TRILOGÍA DEL JUEGO DE LA SERPIENTE 2

CHRISTIAN FURQUET

HUESOS EN LA NIEBLA

HUESOS EN LA NIEBLA

Christian Furquet

A Luis, vigía en las sombras, por alumbrar el origen del camino

“Hay otros mundos, pero están en este”
Eluard

HUESOS EN LA NIEBLA

La lluvia golpeaba con furia el parabrisas del coche, desdibujando el paisaje urbano que se intuía más allá del cristal. Al fondo, la anémica

luz de las farolas aclaraba parte de los edificios y el recorrido de la calzada, donde el agua se escabullía por el alcantarillado entre nubes de vapor. El Opel Corsa, estacionado a un lateral de la calle, se había convertido en el único testigo de la decolorada madrugada mientras Melissa y Bruno continuaban besándose en el interior del vehículo. Nada parecía interrumpir el fluir de sus caricias hasta que un estruendo seco y metálico resquebrajó el romántico encuentro tras una breve sacudida.

Después, la alarma del coche se accionó.

- ¡Qué ha sido eso? – soltó la chica con el corazón desbordado. Su novio, por el contrario, intentaba sin éxito manipular la llave de contacto.

- ¡No puedo parar este trasto, joder! – vociferó.

Melissa se tapó los oídos con ambas manos y levantó por inercia la mirada. La tenue claridad de fuera desempañó la extraña abolladura del techo, donde una profunda cicatriz atravesaba parte del armazón. *¡Pero qué diablos…!,* murmuró al acariciar con las yemas el tacto gélido de su deformidad. Melissa se desabrochó el cinturón y abrió la puerta del coche ante el rostro demudado de su novio. Lo primero que sintió fue la cortina de agua que se abalanzó sobre ella y desfiguraba su visión. Gotas que se escabullían por su piel y se filtraban sin remedio hasta sus huesos. Humedad. Melissa notó la humedad en las plantas de sus pies y giró el cuerpo despacio, precavida, como si una repentina sensación la alertase. Miedo. Las sombras de la noche despejaron sus dudas y un miedo súbito ascendió por su tráquea al distinguir la figura que yacía inerte sobre la techumbre del Opel Corsa. Gritó. Melissa gritó aterrorizada y el tiempo se detuvo en los ojos helados del hombre.

Bruno salió a su encuentro para protegerla. Algunos vecinos encendieron las primeras luces alertados por la llamada de socorro. Pero mientras Melissa seguía gritando, un desconocido expiró su último aliento bajo el fragor de la lluvia.

Miércoles, 27de febrero de 2019
Calle la Paz, 10. Ponferrada (León)
03:47 de la mañana

No había día en que Vicente Altamira se enorgulleciera de su suerte y valorase delante de la mesa de trabajo la ingente cantidad de horas que sacrificó en la Academia hasta llegar a convertirse en lo que rezaba la placa que había mandado colocar fuera de su despacho. Pero tampoco había noche en que no despotricase de su papel como responsable de la Guardia Civil en Ponferrada y la comarca del Bierzo cuando alguno de sus agentes le solicitaba de madrugada para acudir a algún punto de la ciudad y tomar las riendas del operativo.

Eso mismo pensó el capitán Vicente Altamira a escasos minutos de alcanzar su destino. Y es que los sinsabores de su cargo – un ascenso en el escalafón de la Benemérita que le habían reportado ciertos éxitos e incómodos fracasos durante los casi seis años que llevaba en el Puesto –, le habían dotado de una meticulosidad, perfeccionamiento y rigor a la hora de enfrentarse a un nuevo caso, que muchos de sus hombres no se atrevían siquiera a contradecirle. Tal vez fuese su manera de advertir al mundo que él era el orden, que no se rendía fácilmente, y que lo llevaba implícito en su sangre y hasta en el *ADN*. Aunque esa noche, a pocos minutos para que el reloj del cuentakilómetros marcase las cuatro, se dio cuenta que los temerarios que le hacían salir de la cama le jodían, y mucho.

Enseguida dobló la esquina del edificio y oteó desde su coche las luces estroboscópicas que salpicaban de destellos azulados las fachadas de la calle la Paz. Después recorrió exasperado los metros que le distanciaban del cordón policial y detuvo el vehículo entre el resto de patrullas repartidas en desorden. Una vez que apagó el motor,

Altamira salió del coche y se internó en la lluvia constante. No tardó en apreciar los nudos de humedad apoderándose de su *Barbour* color caqui, y del peso que comenzó a soportar sobre sus hombros a medida que se colaba por debajo de la cinta de balizamiento policial y se dirigía raudo hacia sus agentes. Pronto reconoció a Martínez, su mano derecha, que le saludó con un golpe de cabeza. Luego avanzó hacia él solícito, dejando al resto de sus compañeros en la preparación del protocolo.

- Vaya nochecita, jefe – imprecó de camino –. Con este ya van cinco en lo que llevamos de semana.

El capitán Altamira apenas le prestó atención mientras atendía a los numerosos vecinos asomados a las ventanas y los curiosos que contemplaban el espectáculo al otro lado de la calle.

- Hemos despejado esta parte para que el servicio de emergencias pudiese acceder al lugar de los hechos – alegó el agente al comprobar que su jefe no paraba de examinar la escena a una distancia considerable.

- ¿Se sabe quién dio el aviso? – le lanzó con sequedad.

Martínez, varado a su lado bajo el persistente aguacero, extrajo del bolsillo interior de su uniforme una libreta abarrotada de anotaciones. Las gotas de agua comenzaron a desvanecer la tinta.

- Veamos. Bruno García, de veintiún años, y Melissa Nogales, de veinte. Ambos de Ponferrada y estudiantes de Derecho. La chica está siendo atendida en estos momentos por el personal sanitario después de sufrir un ataque de pánico. Al novio, que parece estar algo más estable, se le está tomando declaración.

- ¿Ya ha aclarado cómo ocurrió? – quiso averiguar.

Altamira reanudó lentamente la marcha, dejando que su agente buscara la información entre los garabatos acuosos que sobresalían de la hoja.

- Al parecer, los chavales habían pasado parte de la noche estudiando en la biblioteca. El chico ha asegurado que a eso de las tres decidió llevar a su novia a su domicilio, sita en esta misma calle, cuando, y cito textualmente: *un estruendo similar al de un artefacto retumbó en el interior del vehículo,* un Opel Corsa modelo *Selective, y lo zarandeó durante un par de segundos*.

El capitán atendía concentrado al relato mientras sus ojos deambulaban con rapidez por las inmediaciones del levantamiento de cadáver. Varios técnicos peritos fotografiaban el coche siniestrado con las manos enguantadas, donde el cadáver aún permanecía sobre la techumbre, resguardado por una manta isotérmica ante la inclemencia del tiempo. Altamira advirtió que las gotas se escurrían por el tejido resbaladizo cuando al otro lado

del vehículo, el juez de guardia le robó la atención. Jacinto Morales alzó el brazo con un cigarrillo prendido en sus dedos al tiempo que conversaba con varios de sus agentes.

- ¿Barajáis alguna hipótesis? – le cuestionó tras los haces de luz que proyectaban las lámparas portátiles de policarbonato.

- Tal y como le avancé por teléfono, el sujeto debió lanzarse desde la azotea de la finca – adujo mientras señalaba con la mano el edificio que tenían a su izquierda.

Vicente alzó la mirada ante la mole de granito amarillo que se perdía en el sortilegio de la noche oscura.

- Hemos hallado el *DNI* en su cartera – continuó – y se ha comprobado que aparece otro domicilio. Exactamente en Cubillos del Sil. El tipo aprovechó que la puerta de la finca estaba abierta para subir al terrado, lanzarse al vacío y estamparse contra el coche de los chicos. El caso es que andaría buscando un lugar con suficiente altura y fácil acceso para llevar a cabo su plan.

- Suicidarse... – puntualizó –. ¿Lo ha localizado la Central en la base?

- Andan en ello, jefe. Por ahora sólo sabemos que era de nacionalidad belga, tenía cuarenta y seis años y respondía al nombre de... – el agente alargó la última vocal a medida que repasaba con el dedo sus apuntes –. Aquí está. Jan van Hoof.

Aquel nombre, Jan van Hoof, se encalló de pronto en un rincón de su mente.

- Apunta. Quiero un informe completo del acta de asistencia y una necro–reseña del individuo, así como un dossier con todo lo que el médico forense recoja tras un estudio preliminar. ¿Estamos? – Martínez no paraba de garabatear sobre el papel mojado –. Después se lo remitís al juez de instrucción para que se elabore en la mayor brevedad posible el correspondiente atestado. ¿Alguna duda?

El agente negó con la cabeza mientras guardaba la libreta en el bolsillo de su uniforme y se mesaba con timidez un extremo del bigote a modo de tic nervioso. Al momento, su compañero Blas Carmona apareció de la nada parapetado tras un paraguas negro. Se paró delante de ellos y los cobijó.

- Buenas – le saludó –. Seguimos buscando el teléfono móvil del sujeto, pero aún no ha habido resultado. Hemos registrado la azotea a fondo y también la calle. ¿Aviso más tarde al Ayuntamiento por si se hubiera colado en el alcantarillado?

- También cabe la posibilidad de que no lo llevase encima – conjeturó.

Carmona acechó a Martínez con el ceño fruncido.

- ¿Alguno puede explicarme qué está pasando? – arrojó el capitán en cuanto percibió cierta tirantez entre sus hombres.

- He averiguado que Jan van Hoof era titular de una línea telefónica – respondió Carmona de inmediato –. Me pareció prudente comprobar los registros telefónicos; más que nada por verificar que no había nada extraño. El caso es que después de contactar con la compañía y comunicarles lo sucedido, han enviado por correo una lista con las llamadas que realizó la víctima a lo largo del día.

- ¿Y qué hay de extraño en ello? – le inquirió el capitán desconcertado.

- Resulta que Jan van Hoof efectuó una llamada minutos antes de lanzarse al vacío. Justo cinco minutos antes de recibir el 112 el aviso de los testigos.

Altamira percibió en sus ojos una brizna de inquietud.

- ¿Tienes el registro a mano?

El agente introdujo los dedos en el bolsillo de su pantalón y extrajo un folio doblado primorosamente en cuatro mitades que le entregó acto seguido. El capitán de la Guardia Civil de Ponferrada y la comarca del Bierzo no pudo por menos que adentrarse en su propio escepticismo. Su mirada se abrió más de la cuenta al leer el nombre que el agente había anotado junto al número de teléfono.

- Jefe, ¿ocurre algo? – le sondeó Martínez.
- Es imposible. Debe tratarse de un error.

LA PRISIONERA DE LA CUMBRE NEVADA

Han pasado tres meses desde que apareció el cuerpo de Penélope Santana y la vida en La Alberca no tuvo más remedio que volver a la normalidad.

Los furgones de prensa que alimentaron en su día las calles del pueblo, desaparecieron sin hacer ruido para dar paso a una sensación de tristeza y abandono que podía respirarse en cada esquina. De vez en cuando, la campana de la iglesia retumbaba entre sus callejas empedradas mientras los vecinos retomaban sus viejos hábitos, liberados del miedo que generaron multitud de artículos. La prensa desplegó su artillería contra los dos asesinos oficiales de los crímenes de Las Batuecas, propagando en las redes sociales un exaltado odio hacia las figuras del director de la agencia Satellite y el policía nacional de Béjar, donde los usuarios compartieron datos y curiosidades sobre un caso que difícilmente podrán olvidar. Quizá al que sí olvidaron fue a Lorenzo Garrido, alias el Serbio, que se quitó la vida una semana después de ser trasladado a la cárcel de Topas. Fue Leo Baeza, el Sargento de la Guardia Civil de La Alberca, quien se encargó de redactar un informe al Fiscal con el propósito de desvincular al Serbio de los homicidios de Penélope Santana y Rebeca Ortiz, acaecidos en el mes de noviembre en el Bosque de los Espejos uno, y en el Camino del Agua otro.

Han pasado tres meses de aquello y aún hoy reconozco que estaba equivocada. Durante dieciocho días busqué a Penélope en el recuerdo de las personas que la conocieron y en los lugares que solía frecuentar. Creí hallarla bajo dos extraños símbolos pintados en sus párpados y también en un perverso mural poblado de más chicas. Sin embargo, nunca me planteé si Penélope buscaba a alguien, y así fue. Tropecé con la respuesta en un antiguo sepulcro de la Peña de Francia, donde Vega Molina descansaba bajo el constante susurro de las corrientes de aire. Tal vez me equivoqué y Vega era el centro de una historia que aún sigue varada en mi memoria; pero si algo he de reconocer, es que siempre recordaré este caso como el de La Prisionera de la Cumbre Nevada.

DIA 1

Miércoles, 27 de febrero de 2019
Puesto de la Guardia Civil de La Alberca (Salamanca)
06:51 de la mañana

Leo Baeza esbozó una mueca de complicidad en su rostro en cuanto leyó el título de la última entrada: ***La Prisionera de la Cumbre Nevada***.

Habían pasado catorce días desde que Aura publicó algo nuevo en su blog y aún le costaba dominar el ligero cosquilleo que le producía en la boca del estómago cada vez que su nombre aparecía rubricado al final de cada texto. Aura Valdés. Leo se reclinó en la silla y contempló la pantalla de su ordenador con deleite. ***La Prisionera de la Cumbre Nevada***, por Aura Valdés. ¿Y si lo intentaba de nuevo?, pensó. La simple idea de abrir el WhatsApp y enviarle un mensaje, le provocaba una voraz inquietud que no le dejaba estar quieto. Pero… ¿Y si se estaba equivocando?, volvió a pensar. El sargento se levantó de un brinco y recorrió los escasos metros de su despacho para poder pensar con claridad y tomar una decisión. ¿La cagaría otra vez?, relampagueó en su cerebro. Tiró del pomo de la puerta y asomó la cabeza por el pasillo. Ni rastro de sus hombres. ¿No entraban Medina y Barrios a las 7? Cerró la puerta de nuevo, aunque esta vez de un manotazo.

Enseguida se dio cuenta que tras las cortinas laminadas de su despacho, las primeras luces despuntaban plomizas más allá del callejón. Leo volvió a sentarse y leyó una vez más el nombre de Aura en el ordenador. ¿Te quieres volver loco?, se recriminó. En realidad, su propia indecisión llevaba tiempo carcomiéndole las entrañas. ¡Quién te ha visto y quién te ve, Baeza!, destelló en la lobreguez de sus pensamientos. El sargento estaba a punto de dar por concluida su sesión matinal de auto tortura cuando algo (una voz interior, la falta de sueño tras hacer guardia durante 24 horas seguidas), le hizo calibrar los miedos y bloqueos que almacenaba desde hacía tres meses y que sólo le habían servido para alimentar un pozo vacío. Sin pensárselo, sacó el móvil del bolsillo de su anorak verde y encendió la pantalla. Varios símbolos de distintos colores abarrotaban el margen superior izquierdo. Pasó de largo y pulsó directamente sobre el icono de WhatsApp. Después, deslizó el dedo entre sus contactos hasta que el nombre de Aura brotó como una alegoría. *Última vez conectado a las 23:28 horas*, leyó.

Leo calibró una sonrisa pícara. Sabía que estaba a punto de conectarse como solía hacer últimamente, entre las 07:00 y las 07:10 de la mañana. Todavía estaba a tiempo de dejar un mensaje y que fuera lo primero que viese nada más encender su teléfono. Dudó. El cursor palpitaba invariable entre sus pulgares. De pronto, comenzó a teclear: "Hola Aura. *¿Cómo estás? Acabo de ver la nueva entrada en tu blog. Me ha gustado el título. Creo que define muy bien lo que significó el caso Santana"*. ¡Patético!, bramó hacia sus adentros. Por un instante intentó anteponerse a la situación; dilucidar lo que Aura pensaría al comprobar que le había escrito esas líneas tan… ¿Anodinas? Si por un casual le respondería; si actuaría como antes o si por el contrario, lo desecharía como hizo con aquel mensaje que le mandó por navidad para felicitarle las fiestas.

El repiqueteo del teléfono fijo rasgó la quietud del despacho.

- Puesto de la Guardia Civil de La Alberca – expulsó de memoria.

- Buenos días – pronunció una voz grave y potente al otro lado de la línea –. Pregunto por el sargento Leo Baeza.

- Sí, soy yo – vaciló –. ¿Con quién hablo?

- Disculpe que le telefoneé tan temprano. Soy Vicente Altamira, el Capitán del Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada y el Bierzo

Leo asimiló desconcertado la información que acababa de ofrecerle.

- El motivo de la llamada es sobre un asunto que ha tenido lugar esta madrugada en Ponferrada y que en cierta manera, aunque no lo crea, le concierne. Pero prefiero que vayamos por partes. ¿Conoce usted de algo a Jan van Hoof?

- ¿Cómo dice…? – le lanzó aún más desorientado.

- Verá, ese hombre, Jan van Hoof, se suicidó anoche lanzándose desde la azotea de un piso del centro de la ciudad.

- Lo siento. Pero sigo sin comprender que tiene que ver eso conmigo – le interrumpió.

- ¿En serio que no le suena de nada? – volvió a insistirle –. El hombre en cuestión era de origen belga. A lo mejor ese dato le ayuda a refrescar la memoria.

Baeza desplegó ligeramente las aletas de su nariz, como si de esa forma pudiera contener las ganas que le estaban entrando de mandarle a la mierda.

- ¿Debería…? – pareció retarle.

- Creo que no me he explicado bien. Resulta que la víctima realizó una última llamada desde su teléfono móvil minutos antes de precipitarse al vacío y estrellarse contra la techumbre de un Opel Corsa modelo *Selective* – le avanzó –. El terminal todavía no ha aparecido y mis hombres continúan rastreando la señal. Pero después

de comprobar los registros telefónicos y facilitarnos la empresa el nombre del titular de esa línea, hemos verificado que Jan van Hoof marcó su número personal a las 03:05 horas.

El sargento enmudeció unos segundos mientras intentaba mantener la cordura y asimilar lo que aquel desconocido le estaba relatando con frialdad. Por un momento pensó que todo aquello formaba parte de una broma de mal gusto.

- ¿Sigue ahí…? – volvió a manifestarse su voz.

- Es un error – articuló Leo–. Se trata de un error. Acabo de caer en la cuenta que llevo toda la noche haciendo guardia en la comandancia. De haber recibido una llamada a esas horas, le aseguro que la habría escuchado. Pero no ha sido el caso. Nadie se ha vuelto a poner en contacto conmigo desde que empecé mi turno.

- Pues tenemos un problema.

- ¿Qué problema? – escupió defensivo.

- Va a tener que acudir al Puesto de Ponferrada para que le tome declaración y, de paso, acompañarme al Anatómico para la identificación del cadáver.

- ¡Pero si ya le he dicho que no conozco de nada a ese hombre!

- Créame, sargento, que es la mejor decisión que puede tomar – le pausó –. Imagino que no querrá que los de *Arriba* abran una investigación interna.

- Esta situación me parece absurda.

- Si me permite, evite riesgos mayores cuando existe la opción de solventarlos por vías más amistosas.

Baeza suspiró largamente antes de continuar.

- ¿Cuándo? – se rindió ante lo inevitable.

- Si puede hoy mismo… – le apremió sin esfuerzo –. Voy a estar toda la mañana en mi despacho. Avíseme cuando esté llegando.

Y colgó.

Leo Baeza depositó el teléfono sobre la base con un rictus de contrariedad enmarcado en su rostro. Miles de dudas bullían en su cabeza a medida que su respiración se volvía cada vez más brusca. A punto estuvo de soltar un improperio cuando la alarma de su móvil sonó. Las siete de la mañana, hora de llegada de sus primeros agentes. El sargento deslizó el dedo por la pantalla y descubrió entonces el mensaje de Aura. *En línea*, verificó. Dudó de enviárselo. ¿Sería buen momento? ¿Quizá demasiado temprano? Leo decidió abortar el plan mientras abandonaba el despacho con la sensación de haber fracasado.

A lo lejos, la silueta de la Peña de Francia se asomaba emborronada tras una gasa de nubes.

Una hora más tarde, y retenida en un clamoroso atasco en el

barrio de Tetuán, Aura apretó el claxon con insistencia.

Llevaba cerca de diez minutos retenida en su Golf blanco cuando volvió a echar un vistazo a su *Flik Flak*. Las ocho y cinco pasadas. Aura se inquietó y presionó de nuevo la bocina, integrándose en la ensordecedora jauría que congestionaba la avenida. *¡Vamos, joder!*, gritó al tiempo que golpeaba el volante con la mano. Rápidamente sacó el móvil de la mochila que descansaba en el asiento del copiloto y comprobó que no tenía ningún mensaje. Buena señal, admitió. La impaciencia comenzó a desatarse en su organismo. Necesitaba un plan B para llegar lo antes posible a su destino, situado a poco más de veinte metros. Sin pensárselo, Aura giró el volante y percibió cómo los neumáticos delanteros escalaban una porción de pavimento. Luego echó un vistazo a la calzada – 0 transeúntes – y se lanzó a la aventura de transitar a toda velocidad la acera, dejando atrás un reguero de coches bajo el insufrible zumbido de los cláxones. Al momento, traspasó el garaje de la sede central de Tribuna Madrid.

La periodista detuvo el Golf en mitad de dos plazas y salió apresurada hacia los ascensores, pulsando frenética el botón del tercer piso. Aprovechó la subida para acicalarse delante del espejo, donde el reflejo le devolvió la imagen soñolienta de una chica de treinta años con indumentaria pasable (plumas de montaña, vaqueros roídos a la altura de sus rodillas y sus sempiternas *Converses*), así como el cabello corto, con las puntas del flequillo rozando sus mejillas.

En cuanto las puertas se abrieron de par en par, descubrió un revuelo poco habitual entre sus compañeros de mesa. Su mirada tropezó enseguida con la de Max.

- ¿Dónde diablos te habías metido? – le lanzó de sopetón.

Aura ni siquiera se dio por enterada mientras sus ojos saltaban entre los distintos corrillos que se habían formado a lo largo de la redacción.

- ¡Hola…? ¡Tierra llamando a Marte…? – persistió una vez más.
- Mira que eres cansino – rezongó.

Después reparó en su cabello rubio y escarolado, la barba de tres días que asomaba áspera sobre su piel y la media sonrisa dibujada con timidez. Aura pensó que con aquella camisa de lino verde y sus pantalones bombachos, parecía más bien un reportero de guerra.

- ¡Me quieres contar de una maldita vez qué está pasando aquí?
- De no haberte quedado dormida, habrías podido disfrutarlo – Max captó la señal de reprobación que Aura esbozó en su rostro –. Pero gracias a que soy de los primeros en llegar al periódico, te diré que

hace cosa de quince minutos una pareja de policías entró en el despacho de la jefa. Creo que está que muerde.

La periodista atravesó con la mirada el ventanal del despacho de Alicia Sanz donde, efectivamente, un par de agentes ataviados con sus uniformes le estaban mostrando en ese instante lo que parecía un cuaderno. De pronto, sus ojos se encontraron fugazmente con los suyos.

- ¿Se sabe por qué?

- Dicen que debe haber metido las narices donde no debía – bajó la voz –. Mierda, creo que ya salen.

Max retomó el camino hacia su mesa de trabajo mientras Aura se quedó allí varada en mitad de la sala. La puerta del despacho se abrió. Ambos policías atravesaron el umbral y se despidieron de Alicia con un apretón de manos. Enseguida se percató de cómo enarcaba su ceja izquierda, rasgo distintivo de que algo no iba bien. Llevaba la melena cobriza recién alisada y una profunda base de maquillaje que la ayudaba a sentirse con un pie en la treintena pese a rondar los cuarenta y tantos. Vestía un pantalón de traje y una chaqueta de efecto neopreno que le garantizaba un porte de alta ejecutiva.

Una vez que los agentes tomaron el ascensor, Alicia cruzó los brazos y echó una mirada en derredor.

- ¡Aura, a mi despacho! – pegó una voz.

Sus compañeros apenas levantaron la vista de sus mesas. Un incómodo silencio comenzó a borbotear entre las paredes de la amplia redacción a medida que Aura traspasaba timorata la puerta del despacho con la sensación de haberla liado. En cuanto se detuvo al lado de una de las butacas de rafia, la redactora jefe de Tribuna Madrid selló sus dependencias con cara de pocos amigos.

- ¡Otra vez te ha pillado un atasco? – farfulló mientras rodeaba su escritorio blanco de líneas depuradas. Luego desplomó los brazos sobre el tapete de cuero de último diseño y clavó sus ojos en ella –. Con esta ya son tres en lo que va de mes.

- Lo siento, Alicia. Te prometo que no volverá a suceder.

- No me cuentes tu vida y haz el favor de sentarte. ¿Estamos…?

Aura se dejó caer sobre la butaca más cercana y esperó a que su jefa terminara de presionar con los dedos el tabique de su nariz al tiempo que tomaba asiento. La luz azulada del Mac le confería un aire espectral. Luego resopló hondamente y volvió a fijar su atención en el rostro apocado de la periodista.

- La policía ha acudido a hablar conmigo porque esta mañana ha aparecido el cadáver de un hombre a las afueras de Madrid – descerrajó sin previo aviso –. Exactamente en el jardín de un chalé de

la urbanización Valparaíso, en Somosaguas. Se llamaba Rafael Oviedo – leyó la información en un *Post-it*.

- ¿Necesitas que investigue por mi cuenta? – se aventuró a preguntar.

- Todavía no he acabado – Aura tragó saliva –. Los nacionales que viste antes salir de mi despacho, han localizado a primera hora el coche de la víctima en las inmediaciones de la urbanización. Al parecer, dentro han encontrado la agenda personal del tal Oviedo; agenda que he visto con mis propios ojos y donde el hombre en cuestión anotó una cita para consultar la hemeroteca de nuestro periódico el día 19 de la pasada semana.

- ¿Sospechan algo…? – arrojó confusa.

- Pues, básicamente, que ese día debió de ser asesinado porque fue lo último que anotó en ella.

Aura Valdés esgrimió un rictus de difícil interpretación al otro lado del escritorio.

- Rafael Oviedo tenía cita a la una menos cuarto del mediodía – continuó.

- ¿Y acudió a la hemeroteca?

- Por supuesto. Lo acabo de verificar en el registro del ordenador – despejó sus dudas – Aunque ese dato no lo he compartido con los agentes.

La mirada de la periodista se abrió más de la cuenta.

- ¿Por qué? – intentó penetrar en la mente embrollada de su jefa.

- Por la sencilla razón de que la información es poder y ahora mismo tenemos ventaja sobre el resto de medios – argumentó – ¿Te parece bien…?

Aura asintió sin opción a réplica.

- Aquí tienes anotada la dirección donde ha aparecido el muerto – Alicia depositó el *Post-it* al otro extremo de la mesa–. Necesito que te enteres de hasta el más mínimo detalle y que fotografíes, si es posible, la escena del crimen. Seguro que con suerte, presencias el levantamiento de cadáver.

La redactora jefe de Tribuna Madrid se levantó de su butacón y se dirigió pensativa a la ventana. Fuera, el cielo se asomaba velado por un batallón de nubes.

- Voy a intentar averiguar quién era ese tío y por qué vino la semana pasada a nuestra hemeroteca – dijo convencida –. Ten el móvil cerca. Si me entero de algo, te pego un toque. ¿Alguna duda?

Alicia Sanz giró el cuello y escrutó de arriba abajo a la periodista, la cual negó con la cabeza.

- ¡Pues venga, espabila! – la apremió –. No quiero que regreses a la sede hasta que hayas conseguido un titular.

Aura Valdés se esfumó del despacho y cruzó la redacción a

toda velocidad. Las miradas de algunos de sus compañeros parecían estar cargadas de desconfianza. Por un instante creyó leer en los labios de Max un *¿qué ha pasado?* Sin embargo, Aura continuó su camino hasta que franqueó aliviada el ascensor. Nada más cerrarse las puertas de golpe, una sensación de desplome se alojó en su estómago. Quizá era parte de la tensión acumulada. Pero algo por dentro le decía que iba a tardar tiempo en olvidar el nombre de Rafael Oviedo.

Llevaba algo más de tres horas conduciendo por encima de lo permitido cuando Baeza echó un vistazo al reloj del cuentakilómetros. Las 10:12 horas. Más allá del constante balanceo del limpiaparabrisas, los nudos montañosos despuntaban velados por una gasa vaporosa, donde las familias de coníferas escalaban las laderas entre tonos castaños. La lluvia fina se resistió a abandonarle desde que dejó atrás la provincia de Zamora, bajo un cielo plomizo que arrastraba rachas de viento y humedad. Leo se figuró que la mayoría de sus agentes habría dado por hecho que estaría en casa descansando tras hacer guardia la noche anterior. Tomó la primera salida dirección Ponferrada y se internó en una carretera que pronto comenzó a descolgarse entre sinuosas curvas. Al fondo, la ciudad se intuía entre cortinas de bruma. El sargento aceleró la patrulla a medida que recorría el profundo declive y encendió el móvil, encajonado en un soporte a la altura de las rejillas de la calefacción. Luego marcó de memoria el número del Puesto y pulsó el manos libres.

La voz de Portu, su agente más veterano, retumbó en el interior.

- Puesto de la Guardia Civil de La Alberca.

- Portu, soy el sargento. Escúchame bien. Estoy llegando a Ponferrada. Me requieren en su comandancia por un asunto interno –le expuso de manera atropellada sin entrar en detalles –. Imagino que estaré ausente un par de días. ¿Te haces cargo del Puesto en lo que estoy fuera?

Leo percibió la sonrisa triunfal de su agente al otro lado de la línea.

- Sin problema, jefe. Puede estar tranquilo. Me hago cargo.

- De acuerdo. Cualquier cosa, avísame. Intentaré tener el móvil operativo.

En cuanto su agente colgó la llamada, Leo se dio cuenta que acababa de llegar a su destino. Grupos de naves y concesionarios poblaban los márgenes de la carretera a medida que escribía en el sistema de navegación de su GPS la dirección a la que debía personarse. *Continúe por Avenida Montearenas y tome la primera*

salida, le indicó una voz femenina. Los primeros edificios se erigían soberbios, donde sus cornisas se perdían entre paños de vaho. *A quinientos metros, incorpórese a la Avenida de la Puebla*. La lluvia persistente emborronaba sus calles de transeúntes. Sólo la claridad que proyectaban los escaparates de las tiendas, generaba débiles haces ambarinos. *Permanezca en Avenida de Asturias. A trescientos metros encontrará su destino, esquina con calle José Luis Sáez*. Leo fijó la atención en la calzada hasta que al cabo de unos minutos, vislumbró una serie de postes con las banderas de la Comunidad ondeando entre corrientes de aire.

El Cuartel de la Guardia Civil de Ponferrada era un sencillo cuadrilátero de dos plantas, revestido de ladrillo cara vista y con unas dependencias anexas que limitaban parte de la manzana. Baeza estacionó la patrulla a escasos metros de la entrada principal y continuó oteando el edificio, esta vez bajo el intermitente aguacero. Las luces que arrojaban los amplios ventanales estaban encendidas en su mayoría, donde algunos agentes uniformados cruzaron fugazmente su campo visual. Leo echó un vistazo alrededor y advirtió el rótulo anaranjado de un centro comercial que parpadeaba de manera irregular al otro lado de la carretera. Luego giró el cuerpo y comprobó que un grupo de chavales jugaba un partido de fútbol dentro de unas instalaciones privadas. Entonces, escuchó un profundo carraspeo a sus espaldas.

Baeza reparó de inmediato en el guardia que se hallaba resguardado bajo el saliente de la puerta de acceso y que no paraba de examinarlo con el rostro carcomido por las dudas. Leo avanzó con parsimonia, sosteniéndole la mirada con dureza. Todavía se preguntaba qué diablos estaba haciendo allí. Una vez que se detuvo a un palmo de distancia, el hombre – de mediana altura, edad incierta y poblado bigote – se adelantó.

- ¿El sargento de La Alberca? – le cuestionó con el ceño fruncido.

Leo asintió sin poder apartar la vista de la panza que sobresalía por debajo de su camisa.

- Soy el agente César Martínez – apenas pudo disimular la inseguridad que encadenaba su voz – Si es tan amable de acompañarme al interior. El capitán Altamira le espera en su despacho.

Rápidamente franquearon la entrada del edificio. Martínez se adelantó unos pasos mientras los ojos del sargento barrían con avidez las salas y otros departamentos que flanqueaban el pasillo central de la comandancia. El repiqueteo de los teléfonos rasgaba de vez en cuando el ambiente. Tras los cristales de algunos ventanales, observó la rutinaria labor de los agentes apostados en

sus mesas de trabajo. Leo continuó adentrándose en las entrañas del Puesto hasta que el guardia dobló la esquina y frenó delante de la última puerta.

- Es aquí – le anunció –. ¿Necesita algo más?

Leo negó una vez más con la cabeza.

- Pues entonces, regreso a mis tareas. Que tenga un buen día.

El rastro de Martínez se diluyó tras el continuo traqueteo de los teléfonos cuando el sargento volvió a posar la mirada sobre la puerta. A un lateral, lucía una placa dorada de considerable gramaje que rezaba: *Capitán Vicente Altamira*. Leo se mordió el labio inferior para amortiguar lo que pensaba de aquella horterada y llamó con los nudillos un par de veces.

La urbanización Valparaíso era un complejo residencial de reciente construcción situado en el municipio de Pozuelo de Alarcón, a escasos kilómetros de la urbe. Se trataba, junto con el resto de áreas edificadas en Somosaguas, de un exclusivo complejo urbanístico con una extensión de 7.000 metros cuadrados, chalets adosados y viviendas unifamiliares repartidos a lo largo de 289 parcelas, servicios mínimos las 24 horas del día, y rodeado de numerosas encinas y carrascales que hacían de este lugar uno de los pulmones más valiosos de la zona centro.

Aura Valdés apenas pestañeó desde su asiento mientras contemplaba las villas que se erigían majestuosas tras las tapias fortificadas de exuberantes setos en la Fase I de la urbanización. Nada parecía presagiar lo que estaba a punto de descubrir a unas cuantas manzanas de allí a medida que se recreaba la vista tras la ventanilla de su Golf blanco. Arquitecturas de ensueño, cascadas de hiedra sorteando a su suerte los muros de ladrillo, amplias zonas ajardinadas y carriles bici que conectaban con la misma naturaleza. La periodista devoró con los ojos la suerte de unos pocos privilegiados y continuó adentrándose en la retícula de calles y avenidas donde la vida parecía detenerse tras las señoriales entradas de lanzas. El *TomTom* volvió a indicarle la dirección marcada. Recorrió los seiscientos metros que le ordenó la voz en *off* y después giró a la derecha. El cartel de la Fase II del complejo se revelaba a un margen de la calzada entre desconchones de óxido. Aura comprobó al volante que el nivel urbanístico de la nueva área menguaba según iba inspeccionando los alrededores. Las quintas y palacetes que dejó atrás, se transformaron de pronto en repetitivas hileras de viviendas junto a chalés unifamiliares de baja estofa.

El *TomTom* volvió a manifestarse en el interior del coche. Aura circuló hasta la rotonda y después tomó la primera salida a la izquierda. Enseguida percibió las torretas de varias patrullas de policía

y los vecinos que se agolpaban tras el acordonamiento perimetral. Estacionó el Golf rebasando parte de la acera y salió apresurada al encuentro del resto de curiosos, inmortalizando la escena con su cámara fotográfica.

- ¡Por favor, desalojen la zona! – gritó un agente. El furgón de la funeraria mostraba con las puertas abiertas los compartimentos con camillas para el traslado de cadáveres.

Aura se inquietó al no poder traspasar la cadena humana allí formada y se alejó unos metros para poder pensar con claridad. Ni siquiera sabía cómo capturar una imagen del interior sin que la policía la sorprendiera. Los restos del solar contiguo se revelaron como una señal divina. Miró a ambos lados de la calle y comprobó que nadie reparaba en ella según avanzaba precavida por la parcela, plagada de pedruscos y vegetación. Aura localizó un resquicio entre la abundancia de setos que protegían la intimidad del chalet e introdujo el objetivo de la cámara con cuidado de no rayar la lente. Después, se aventuró a adentrarse por el visor.

Rafael Oviedo tenía las facciones apergaminadas y las cuencas de los ojos alimentadas de barro. Los labios, parcialmente contraídos, revelaban el miedo que se desató en su cuerpo segundos antes de morir. Sus brazos estaban anquilosados, como si tras aquella férrea posición implorase una especie de clemencia con las muñecas maniatadas. Aura sintió una sacudida en su espalda mientras un par de peritos enfundados en sus trajes de bioseguridad criminalística terminaban de introducir el cadáver en un saco oscuro. Sin pensárselo, disparó la cámara. Capturó el instante en el que los operarios de la funeraria auparon al fallecido hasta una camilla portátil. También a la comitiva judicial, que prefirió mantenerse a un margen compartiendo impresiones. Luego hizo un barrido de izquierda a derecha, donde distinguió un profundo hoyo en el jardín delantero de la casa.

Un extraño crujido la alertó.

- Hay que ser muy cruel para hacer algo así – pronunció una voz a sus espaldas.

Aura giró rápido la cabeza. Aquella mujer con el cabello platino, el rostro ligeramente alterado por el *botox* e indumentaria deportiva, la escudriñaba con estupefacción bajo unas gafas de sol. A su lado, un terrier irlandés olfateaba entre unos arbustos.

- Me refiero al muerto – continuó –. Hay que tomarse muchas molestias para enterrarlo vivo en el jardín de la casa.

- ¿Vivo? – paladeó la periodista con estupor.

- Sí, claro. Eso le ha comentado el del traje blanco a uno de los agentes – Aura supo que se refería al perito forense –. Vivo justo en el

chalet de enfrente. Esta mañana me despertaron las sirenas y pude ver todo el dispositivo desde la terraza de mi casa.

La periodista vislumbró en ella un testimonio crucial que haría las delicias de su jefa.

- Perdone que no me haya presentado. Soy Aura Valdés y trabajo para Tribuna Madrid. Quizá le interesaría hacer unas declaraciones a mi medio – la tanteó.

- Si yo sólo estaba dando un paseo con *kuki*…

- Pero ya sabe que cualquier pista, por muy estúpida que nos parezca, puede esclarecer en muchos casos el móvil del crimen – la insistió. La mujer parecía bloqueada, a lo que Aura decidió arriesgarse con la primera pregunta –. ¿Conocía usted a Rafael Oviedo?

- ¿A quién…?

- A su vecino – se extrañó de que no le sonara siquiera – ¿No era ese su nombre?

- Es que el hombre no vivía aquí – le confirmó –. Este chalet es de alquiler. Pertenece a la promotora inmobiliaria. Lo único que sé es lo poco que he podido escuchar mientras desayunaba en la terraza.

- Que lo maniataron y enterraron vivo en el jardín de la casa – se adelantó ante la falta de probabilidades de obtener más información al respecto.

- Bueno, y también que falleció a causa de la tierra inhalada – le esclareció – Uno de los policías aseguró que el médico forense había encontrado arena en sus vías respiratorias.

Aura esculpió un rictus de asombro en su rostro.

- ¿Y usted no oyó nada? – intentó tirarle un poco más de la lengua –. Imagino que se escucharían golpes o cristales. Tengo entendido que ocurrió la semana pasada; si no recuerdo mal, el martes día 19.

- Pero es que la cerradura no estaba forzada – la rebatió mientras se recogía el cabello con una pinza de carey –. Yo misma he visto a Mamen, la secretaria de la promotora, abrir la puerta a los agentes. De haberse escuchado golpes, la casa estaría revuelta; y le aseguro que no es así. Puede comprobarlo usted misma más adelante. Hay otro hueco que da directamente a la ventana del salón.

La periodista calibró su testimonio y albergó la posibilidad de que Rafael Oviedo conociera en persona a su agresor o agresores.

- De todos modos, le agradezco los datos aportados. Espero que sirvan a la policía para encontrar al verdadero culpable – sonó a despedida.

En el fondo, estaba deseando largarse de allí y regresar a la redacción con los apuntes que había anotado en su memoria.

- Espere, hay algo más – la detuvo.

Aura entornó los ojos con sospecha.

- Pero antes necesito que me asegure que esta conversación es

totalmente confidencial.

Valdés asintió sin pestañear, a la espera de que desembuchase la pesada carga que parecía estar consumiendo su mandíbula. Luego escondió el rostro al fondo, tras un cielo tormentoso que arrastraba briznas de humedad.

- Lo vi – articuló fatigosa –. Lo vi el día antes fuera del bar de la urbanización. Lo recuerdo bien porque era lunes, y también porque ese es el día que me cito con Javier a las ocho.

La mujer se detuvo un instante para coger aire en sus pulmones y expulsarlo en una honda bocanada.

- Nadie conoce mi secreto – continuó –, ni siquiera mi marido sospecha que llevo meses viéndome con un repartidor de paquetería a domicilio. El caso es que vi a ese hombre justo cuando me disponía a entrar en el bar. Parecía muy enfadado. Estaba discutiendo por teléfono y sin saber cómo, atrapó mi atención. Pero es que hacía tanto tiempo que nadie utilizaba esa cabina, que me pareció de lo más curioso.

- ¿Qué cabina? – contuvo su relato.

- La que hay delante de la puerta del bar.

A Aura también le asombró que un hombre que alquilaba un chalet en esa parte de Madrid, no tuviese un teléfono móvil a mano.

- ¿Le escuchó decir algo? ¿Un nombre? ¿Tal vez una dirección?

- Qué va – negó igualmente con la cabeza –. Aunque todavía soy incapaz de olvidarme de su mirada. Jamás he visto unos ojos tan llenos de rabia y dolor. Si no le conociese, pensaría que estaba ajustando cuentas con algún indeseable. Pero ahora que sé cómo acabó todo, estoy convencida de que lo único que hacía era poner fecha a su muerte.

El despacho era un insulso habitáculo compuesto por un escritorio de líneas setenteras, un armario archivador de puertas metálicas, dos butacas de microfibra para las visitas y unas cortinas verdinosas desgastadas por el sol.

Leo volvió a otear la estancia hastiado de esperar y posó la mirada en la torre de carpetas y clasificadores que nutrían la mesa a un margen de la desmesurada pantalla de ordenador. Después, ojeó el reloj de pared: las once y cuarto. El sargento resopló al tiempo que sacudía su pierna izquierda para amortiguar la impaciencia que estaba comenzando a apoderarse de su cuerpo. No estaba dispuesto a esperar un minuto más por el capitán del Puesto de Ponferrada cuando, en ese instante, la puerta se abrió.

Vicente Altamira apareció ante él como un espejismo espectral.

Leo se levantó de golpe y concentró la mirada en su rostro fatigado. Sus ojos eran presos de unas incipientes bolsas que crecían tímidamente hasta el tabique de su nariz. Sus labios, suavemente perfilados, sobresalían bajo la azulada barba que recorría como un ciempiés su mentón. El capitán tragó saliva y su nuez escaló la piel de su cuello hasta volver a retomar su posición inicial por encima del nudo de su corbata. Sin mediar palabra estrechó la mano de Baeza y le ofreció una sonrisa templada, mostrándole parte de sus carillas.

- Siento el retraso – se disculpó. Luego rodeó el escritorio y se posicionó delante de él.

Leo no pudo por menos que volver a inspeccionar sus marcadas facciones. Había algo en su fisionomía que le hacía inútilmente retroceder en el pasado. ¿Acaso se conocían? Después se fijó en su cabello ralo, peinado con esmero hacia un lado.

- Por favor, toma asiento – le invitó igualmente con la mano –. Te puedo tutear, ¿verdad?

El sargento asintió confuso mientras dejaba caer el cuerpo sobre la butaca.

- Tuve que ausentarme unos minutos porque..., en fin, mi suegra se había vuelto a tirar de la cama… – continuó como si tal cosa –. Fue Martínez, el agente que te recibió en la entrada hace un rato, quien me avisó de tu llegada. Por cierto, ¿todo bien?

- Más o menos – pronunció con la voz queda. Su repentina amabilidad le turbó.

- Madre mía, el mismo Leo Baeza en persona. ¿Cuántos años llevamos sin vernos?

El tiempo se detuvo en el interior de aquel despacho. Leo pestañeó repetidas veces y notó que la sangre circulaba helada por sus venas.

- ¿Nos conocemos? – le inquirió confuso.

- Ya veo que los años hacen estragos – descerrajó tras su tibia sonrisa –. Jaén, promoción del 98. Sin duda, la mejor cosecha de la Academia de Guardias y Suboficiales. Aunque imagino que tú y tu grupito de colegas ya no os acordáis de los compañeros a los que hacíais continuamente novatadas.

El tono de su voz parecía recriminatorio, severo, como si en el fondo deseara reprocharle algo que ocurrió veinte años atrás. Baeza intentó disimular el golpe contrayendo una y otra vez su mandíbula a medida que su mente le devolvía imágenes de un chaval enclenque y asustadizo al que solían gastar bromas en las duchas comunitarias.

- Espero no haber venido hasta aquí para hablar de los viejos tiempos – le increpó –. Más que nada porque todavía sigo sin entender

el motivo que me ha traído a Ponferrada.

Vicente Altamira extrajo un expediente de la torre de documentos y lo arrojó sobre la mesa.

- Entonces no hay más que hablar – añadió. Su rostro evidenciaba un poso de desagrado –. He pensado que tal vez viendo su cara, seas capaz de ubicarle en la memoria.

El capitán abrió el expediente por la primera hoja y asió una ficha policial que le entregó de inmediato. Leo apenas pudo despegar la vista de las dos fotografías que asomaban del hombre, una de frente y la otra de perfil. Su rostro, carcomido por las trazas del escaneo en blanco y negro, revelaba el semblante invariable de un chaval con el flequillo alborotado, la nariz gruesa y una perilla exquisitamente delineada que camuflaba parte de su mandíbula cuadrada.

- ¿Y bien? – quebró el capitán su concentración.

- Lo que yo decía. No conozco de nada a este tipo – pronunció satisfecho.

- El problema es que las fotos fueron tomadas hace veintisiete años – objetó –. Su aspecto ha cambiado en este tiempo. Aunque no su historial.

Altamira posó el dedo en uno de los folios que nutría el expediente y comenzó a recitar datos en voz alta.

- Veamos. Jan van Hoof, cuarenta y seis años. Nacido en Amberes, Bélgica. La gente en la zona le conocía por el sobrenombre de Tintín. Llevaba residiendo en España desde los diecinueve años. Antes de eso, fue detenido en la frontera francesa por transportar un buen paquetito de hachís en la guantera. Parece ser que pretendía pasarlo a su país. Cumplió condena en un correccional de menores y al salir, decidió instalarse en España siguiendo los pasos de su hermano mayor. Antes de recalar en la provincia de León, trabajó unos meses como camarero en un par de hoteles de la Costa Brava – Leo escuchaba absorto al otro lado del escritorio –. Actualmente residía en una comunidad belga que lleva años asentada delante del embalse de Bárcena en Cubillos del Sil, a unos diez kilómetros de Ponferrada. Trabajaba en el matadero del Bierzo desde que prácticamente se trasladó a vivir a la comunidad. Estaba casado con una mujer también de origen belga y tenía un hijo de ocho años.

El capitán levantó la mirada de la hoja para escrutar de nuevo al sargento.

- Pero su historia acabó la pasada noche – continuó –, cuando decidió lanzarse al vacío desde la azotea de un edificio después de realizar una última llamada.

Vicente deslizó el registro telefónico sobre la mesa, donde Leo distinguió a simple vista su número privado subrayado con

rotulador fluorescente. También los segundos que duraba la llamada: siete.

- ¡Pero yo no he recibido ninguna llamada! – se exaltó –. Y menos a esas horas. Estuve haciendo guardia en el Puesto toda la noche.
- ¿Alguien puede corroborarlo?

Baeza resopló con la mirada enterrada en un punto incierto del despacho.

- No – respondió.
- Está bien. Déjame que piense. Aunque sólo se me ocurre una manera de acabar con esto.
- Dispara – le exigió.
- ¿Podría revisar tu teléfono?

Leo se apresuró a sacarlo del bolsillo de su anorak y se lo cedió sin miramientos. El capitán encendió la pantalla y comprobó que tenía el margen superior izquierdo abarrotado de iconos.

- Por curiosidad. ¿En el Puesto de La Alberca hay buena cobertura?
- Pues… la verdad, no sabría decirte – dudó –. A veces se pierde la señal, pero sólo en algunas salas y en contadas ocasiones. ¿Por qué?
- Porque Tintín sí que se puso en contacto contigo, pero no de la forma que pensábamos.
- ¿Cómo dices…?
- Te dejó un mensaje de voz, Leo – le aclaró –. Un mensaje que dura siete segundos. Los mismos que confirman el registro telefónico.

Entonces depositó el móvil sobre el escritorio y mirándole fijamente a los ojos, presionó el altavoz.

La mañana continuaba velada por un escuadrón de nubes bajas. Aura Valdés dobló la esquina del último edificio y se adentró con su Golf blanco en las instalaciones de la sede central de Tribuna Madrid. Todavía albergaba en su pecho la dilatada sensación de regocijo que experimentó una vez que recopiló y clasificó en su mente los datos aportados por la vecina de Somosaguas. Y es que las dudas sobre quién era en realidad Rafael Oviedo y por qué utilizó la cabina telefónica de la urbanización el día antes de ser cruelmente asesinado, la acompañaron de camino al ascensor, donde presionó el botón del tercer piso con la clara convicción de haber hecho bien su trabajo.

Una vez que las puertas mecánicas se abrieron, franqueó el inevitable maremágnum de voces y repiqueteos que congestionaba la redacción a esas horas. Avanzó con el paso ligero entre las mesas de sus compañeros y evitó en la medida de lo posible cruzar la mirada con alguno de ellos para no dar pie a esas interpelaciones que siempre, sin variación alguna, se formulaban de manera sistemática: *¿alguna novedad?* Siguió

caminando con la vista puesta al frente hasta que se detuvo delante del despacho de Alicia Sanz y deslizó la manilla sin pensárselo.

Su jefa emuló un rictus de confusión al otro lado del escritorio.

- No te lo vas a creer – soltó como un resorte. Su voz destilaba confianza –. Acabo de hablar con una vecina de la urbanización. Parece ser que Rafael Oviedo discutió desde un teléfono público la noche antes de que le matasen. Posiblemente con su asesino. Esto cuadraría con lo último que escribió en su agenda: que tenía que revisar algo de nuestra hemeroteca por algún motivo, imagino, de índole personal.

- Aura…

- También he presenciado el levantamiento de cadáver entre los setos que rodean la casa. Al hombre lo habían enterrado vivo en un recodo del jardín. Vivo y maniatado. Por lo visto, el forense ha encontrado restos de tierra en sus vías respiratorias. O al menos, eso es lo que le ha comunicado a la comitiva judicial.

- ¡Aura! – alzó la voz. La periodista enmudeció sorprendida, rebasando con su cuerpo parte de la entrada del despacho–. No hay tiempo que perder. Así que escúchame con atención. He hecho algunas averiguaciones y resulta que ya sé quién es Rafael Oviedo. ¿Dónde lo tenía anotado...? – dijo mientras rebuscaba entre los papeles que alimentaban su escritorio. Enseguida encontró lo que buscaba en el reverso de un sobre –. Aquí está. Veamos. Rafael Oviedo, cincuenta y un años, natural de León. Era detective privado y tenía su despacho en Ponferrada. Acabo de hablar con su secretaria y nos ha concedido una entrevista para las cinco. ¿Te encargas?

Aura asintió satisfecha, recreándose mentalmente en su buen hacer.

- Por cierto. He estado dándole vueltas y he pensado que tal vez nos sea de ayuda. Ya sabes que nunca hay que rechazar una fuente cercana – manifestó con los ojos clavados en los suyos –. Pero aun así, me gustaría comentártelo.

- ¿Qué ocurre, Alicia? – disparó seria.

- ¿Te sigues llevando con ese guardia civil de La Alberca?

Una inesperada sacudida relampagueó en su estómago a medida que miles de fotogramas comenzaron a desfilar vertiginosamente en su cabeza. Su mente se encasquilló entonces en una marea de aromas y sensaciones, de recuerdos pasados y olvidos prematuros, que la hirieron inútilmente pese a soportar con esfuerzo la estoica mirada de su jefa.

- ¿A qué viene esto? – pronunció.

- ¿He hecho mal en preguntar? – la sondeó mientras introducía los dedos por su cabellera cobriza y los arrastraba hacia las puntas.

- Tampoco era necesario.

- Creí que después de trabajar juntos en ese caso que te relanzó a nivel profesional, mantendrías algún tipo de contacto. Aunque sólo era una idea – sonó a disculpa –. Sabes que con un guardia a nuestro lado, las cosas resultarían más fáciles a la hora de recabar información.

- Y te entiendo. Pero esa etapa ya está cerrada.

Alicia se cercioró de la rotundidad de sus palabras al tiempo que examinaba sus facciones, completamente contraídas. Decidió cambiar de tema.

- Toma. Aquí tienes la dirección del despacho del detective y el número de teléfono de su secretaria – Alicia le tendió el sobre garabateado por un extremo del reverso que la periodista le arrebató confusa –. Será mejor que te pongas en carretera si quieres llegar puntual a la entrevista.

- ¿Cómo dices…? – su voz denotaba todavía poca empatía.

- Lo que oyes. No pretenderás que la secretaria haga el trabajo por ti y venga a Tribuna Madrid desde Ponferrada.

- ¡Pero pensé que era telefónica, Alicia! ¡No puedes hacerme eso!

- Aura, puedo hacer eso y mucho más. Nos vemos a la vuelta cuando hayas traído a mi mesa un buen artículo para publicar en el dominical. Hasta entonces, buena suerte.

Aquel sonoro portazo quebrantó la concentración de algunos de sus compañeros cuando la periodista abandonó el despacho y se refugió en el rutinario trajín de la redacción. La simple idea de viajar a Ponferrada la asqueó de camino a los ascensores. A punto estuvo de dar media vuelta y abandonar el caso. *¿Por qué a mí y no a otro?*, se cuestionó enojada. La respuesta la encontró simple: era la nueva.

Max detuvo sus azorados pensamientos en cuanto la abordó por la espalda.

- ¿Y esa cara? – se atrevió a preguntar.

- La que se le pone a una cuando su jefa la manda a Ponferrada para entrevistarse con la secretaria de un muerto – resumió –. ¿Alguna objeción?

- Ninguna.

- Pues entonces, me marcho. Quiero llegar a tiempo y picar algo de camino.

- De acuerdo. Te pego un toque en un rato.

Aura le ofreció una sonrisa fingida y reanudó de nuevo la marcha. Sin embargo Max volvió a detenerla, agarrándola esta vez del brazo.

- ¿No se te olvida algo? – le formuló con una pizca de exigencia.

- Tienes razón. Lo más importante.

Y sin más, le dio un beso rápido en los labios.

Un silencio sepulcral invadió el despacho del capitán Altamira después de escuchar repetidas veces el mensaje de voz que Jan van Hoof – alias Tintín – le dejó a Leo en su móvil minutos antes de lanzarse al vacío desde el terrado de un edificio de la calle la Paz. Los ojos del sargento parecían querer abandonar sus órbitas mientras intentaba desmenuzar las palabras que todavía vagaban en su mente al otro lado del escritorio. Nada tenía sentido. Por más que se esforzaba en extraerle de algún recóndito lugar de su memoria, el sargento seguía sin dar crédito a lo que acababa de oír. Sólo él parecía ser el único responsable de su tragedia cuando sintió desde la butaca la mirada maciza de Vicente Altamira. El capitán le atendió sin mediar palabra y presionó de nuevo el *Play*. La oscuridad cegó las aristas del despacho.

No puedo más con la presión. (Silencio. Su respiración se asoma entrecortada). ***Ya he hecho demasiado por ti, Leo***. (Segundo silencio). ***No merece la pena***. (Tercer silencio. La voz se torna opaca). ***Lo saben…***

El despacho volvió a recobrar sus formas originales a medida que Leo levantaba la vista del suelo y tropezaba para su desgracia con la de Altamira, el cual carraspeó profundamente, reclinándose con suavidad en su butaca. Un cuarto silencio se formó inevitablemente entre ambos. Baeza sintió el juicio de valor en su ceño fruncido; el mensaje recriminatorio que le lanzaba desde su apacible posición con las manos entrelazadas, la boca sellada, los ojos intimidantes. Leo se aseguró de no perder la calma y también carraspeó como único modo de romper el hielo.

- Sé lo que piensas, pero te aseguro que no conozco de nada a ese hombre.

- Tampoco te estoy juzgando – se adelantó Altamira –. Simplemente intento averiguar por qué alguien al que afirmas no conocer, se dirige a ti antes de suicidarse. Espero que tú también comprendas mi postura.

El sargento no tuvo más remedio que asentir como un animalillo indefenso mientras Vicente recogía de su mesa un cuaderno con tachaduras y anotaciones.

- Leo textualmente: *No puedo más con la presión. Ya he hecho demasiado por ti, Leo. No merece la pena. Lo saben…* ¿Alguna idea?

- ¡Cómo que si alguna idea? – le increpó – Ya te he dicho que no sé quién es ese belga de los cojones.

- Sólo intento ayudar – se mostró conciliador –. Nada más. Pero necesito que tú también colabores y solventemos juntos este malentendido.

- ¿Se te ocurre algo? Porque a mí se me está empezando a agotar la paciencia.

- El mensaje de voz – lanzó de improviso –. ¿Reconoces algo en sus palabras? ¿Algún detalle? ¿Alguien con el que coincidieras tiempo atrás y tuviera el mismo acento?

- ¿En serio vamos a seguir con esto? – le reprendió malhumorado – Porque entonces cojo mi patrulla y me vuelvo a La Alberca hasta que alguien sepa hacer bien su trabajo y me explique por qué ese cretino dejó un mensaje en mi teléfono.

De pronto, llamaron a la puerta. La tensión acumulada en el despacho de Altamira se podía palpar con los dedos. Enseguida pronunció un sonoro *¡adelante!* Martínez asomó precavido la cabeza y echó un vistazo a los dos hombres.

- Buenas, jefe – dijo –. Qué hay, sargento – le dedicó igualmente unas palabras –. ¿Se puede?

- Pasa – le invitó –. Acabo de recordar que ya os conocéis.

El agente portaba en su mano un portafolio con las tapas color camel que parecía custodiar con la postura recia. Luego se situó por detrás de Baeza y se dirigió al capitán.

- El Ayuntamiento ha enviado a varios operarios a inspeccionar el alcantarillado – le comunicó –. Robles y Picazo siguen triangulando la señal sin éxito.

- Que me informen en cuanto aparezca el terminal – ordenó –. ¿Algo más?

- El forense ya tiene algunos datos preliminares de la autopsia. ¿Necesita que me ponga en contacto?

- Gracias, Martínez. Yo me encargo.

Sin embargo, Altamira no pudo por menos que retomar la conversación que habían dejado inacabada y tenderle una mirada prolija al sargento.

- ¿Te apetece? – destapó sus pensamientos –. El Anatómico no se encuentra muy lejos.

- ¿Acaso tengo otra opción? – se resignó.

- Por supuesto. Regresar a La Alberca o averiguar por qué Tintín dejó un mensaje en el contestador de tu móvil. Ambos caminos son factibles, pero ahora eres tú quien decide.

Una débil capa de vaho lamía las ventanillas de su Golf blanco mientras Aura atravesaba una sinuosa carretera flanqueada de pinos y arbustos. La lluvia azotaba con fuerza el chasis del coche, donde los faros despedazaban la cortina de agua que rebotaba sin cesar contra el asfalto. Al fondo, una niebla desgastada barría los oscuros contornos de las montañas bajo un cielo plomizo y helado. Aura giró una vez más la ruleta de la calefacción y se maldijo en voz baja por no haber reparado aún la avería. Echó un vistazo a la guantera y comprobó que se había olvidado de sus

mitones en casa. *¡Mierda!*, imprecó. Su móvil comenzó a vibrar en el salpicadero. Ojeó rápido la pantalla y expulsó consciente un suspiro. No sabía si cogerlo, pero un arrepentimiento inútil la llevó a presionar el manos libres.

- Dime, Max – alzó la voz.

Notó que tenía los dedos de ambas manos entumecidos.

- Te llamaba para saber por dónde vas – respondió vacilante –. Bueno, y también para preguntarte cómo te encuentras.

- ¡Y cómo debería encontrarme? – respondió reacia.

Max denotó en su voz un cabreo adobado de ironía. Intentó mantener la calma.

- Nadie mejor que tú entiende lo que conlleva nuestra profesión – continuó –. Somos periodistas. Los casos que nos adjudican en el diario implican estar todo el santo día en carretera. ¿Acaso vale de algo quejarse?

- Por supuesto que no. Y de ahí mi llamada. He caído en la cuenta que no has vuelto a cubrir una noticia de ese tipo desde que trabajaste en el crimen de La Alberca.

El tiempo pareció detenerse en el interior del vehículo bajo el pertinaz fragor de la lluvia.

- Estaba preocupado – le esclareció –. Han pasado tres meses de aquello y sé que todavía tienes pesadillas algunas noches – la sonrisa taimada del Serbio se perfiló como una fría quimera en el recuerdo de Aura –. Pero necesitaba decirte que tienes mi apoyo, que esto no tiene nada que ver con lo otro y que estoy a tu entera disposición.

- En serio Max, estoy bien – mintió –. Sólo han sido las formas de Alicia, que a veces me sacan de mis casillas – volvió a mentir –. Lo que no quiero es que ahora te preocupes por mí. Así que olvídate. Te prometo que sabré cuidarme sola.

- Pero eso es justo lo que hacen las parejas, Aura – mostró sus miedos –. O al menos, dos personas que se compenetran y llevan un tiempo conociéndose. ¿No crees…?

Aura Valdés fue distanciándose de sus palabras a medida que otros paisajes germinaban en su memoria. El humo de las chimeneas tiznaba el cielo encapotado de La Alberca mientras recorría mentalmente sus callejas empedradas, mordisqueadas de musgo y humedad. No había vuelto a perderse por los soportales de la plaza, donde la niebla seguiría abrillantando la calzada bajo el rumor de la esquila de ánimas. No había vuelto a visitar a Carmen, la mujer con la que convivió en su casa durante unas pocas semanas. Tampoco el edificio de la comandancia, en el que pasó tantas horas dispuesta a entrevistarse una vez más con el Serbio. Aura se distanció de todo aquello y se permitió olvidar. Olvidar el cabello rosa y los ojos alegres de Penélope Santana.

Olvidar a los sospechosos con los que conversó durante su periplo en busca de la verdad. Olvidar el chalet donde Coto, el que fuera su jefe, la retuvo en contra de su voluntad. Y olvidar (por supuesto) un libro de título *El Juego de la Serpiente* y firmado por un tal Funelli, que Lorenzo Garrido depositó en una consiga de Correos.

Aura se permitió olvidar todo aquello, pero también a Leo Baeza. Lo enterró junto con lo demás por miedo a sentir dolor; por miedo a no ser capaz de enfrentarse a la oferta de trabajo que recibió vía email y que venía a resumir que un diario con sede en Madrid estaba interesado en su inmediata incorporación tras aparecer en distintos medios relacionados con el caso Santana. Aura tuvo miedo, cierto; pero tampoco podía perder la oportunidad que llevaba años buscando: convertirse en una periodista en mayúsculas, alguien con cierto renombre. Aunque aquello conllevara anteponer lo laboral a lo personal.

Aura echaba de menos a Leo Baeza y se obligó a olvidarle en una ciudad desconocida a miles de kilómetros. Se centró en su nuevo empleo, pero volvía a caer. Retomó la amistad con Hooded, pero a punto estuvo de dar marcha atrás y regresar al lugar donde lo dejó todo.

Nada parecía aliviar el dolor que le provocaba su recuerdo hasta que un buen día, Max le echó el ojo. Max Tejeda, el reportero estrella del diario, el mismo que comenzó a agasajarla con detalles y le daba los buenos días por *WhatsApp*, el que le dio un primer beso en los ascensores y le acabó dando una oportunidad por *pesado* (en palabras de la periodista), se convirtió sin querer, o tal vez queriendo, en la compañía que necesitaba para rellenar sus vacíos. Quizás Aura temió equivocarse; alentar una ilusión que no crecía al mismo ritmo que la suya. Tal vez se sintió un pelín agobiada mientras él la demandaba más compromiso, mucha más atención, y ella se escudaba en que las cosas, para que funcionasen, debían ir con calma. Posiblemente su presencia le sirvió para no responder a ninguno de los mensajes que Leo le envió por navidad a su teléfono móvil. Pero en ese preciso instante, mientras conducía por una carretera de montaña con los limpiaparabrisas activados, Aura se dio cuenta que para ser feliz, había que hacer ciertos sacrificios, aunque le provocasen un dolor inmenso.

- ¿Sigues ahí…? – la voz de Max la devolvió de nuevo al interior de su Golf blanco.

- Te escucho mal – mintió por enésima vez –. Mejor hablamos luego, ¿vale? Chao.

Aura colgó la llamada con una mezcla de alivio y

remordimiento. En el fondo, sabía que no estaba actuando bien. Max era un buen tío y tampoco se lo merecía. Pero a poco más de cincuenta kilómetros para llegar a su destino, no estaba dispuesta a mostrar sus verdaderos sentimientos. Simplemente reconoció (o se justificó) que habían pasado tres meses de lo otro y esa idea, por muy pésima que sonara, la reconfortó.

Sin embargo, Max Tejeda se quedó con cara de póker en mitad de la redacción con el móvil de la mano. Una lúgubre sensación serpenteó en su estómago a medida que diseccionaba la extraña conversación que acababa de mantener con su *¿novia?* A falta de poder clasificar su relación – pese a que no le faltara empeño–, Max barruntó que muy posiblemente la estaba atosigando por (en palabras de un psicoanalista), una patente inseguridad sumada a un miedo terrible por sentirse rechazado. El reportero objetó que quizá la mejor solución era no estar tan encima de ella cuando, de pronto, Alicia Sanz se plantó al otro lado de su mesa con el semblante adusto.

- ¿Por casualidad no estarías hablando con Aura? – le lanzó con los ojos puestos en su teléfono.

- Todavía no ha llegado a Ponferrada – sabía que esa era la respuesta que buscaba.

- De acuerdo. Ahora escúchame. Necesito que revises todos los periódicos que *La Voz del Bierzo* publicó en 2014.

- ¿*La Voz del Bierzo*…? – dudó.

- Eso es. Se trata de un diario leonés que quebró hace un par de años. Su material se trasladó a nuestra sede por un tema de afiliación editorial. El caso es que la encargada del servicio de hemeroteca me acaba de confirmar que el detective que está investigando Aura le pidió el anuario completo de ese año en particular. El del 2014.

- ¡Pero Alicia, voy a tardar siglos!

- Me da igual – resolvió – Averigua qué estuvo consultando Rafael Oviedo aquí y no me toques más los cojones.

Y sin más, la redactora jefe de Tribuna Madrid desapareció de su vista mientras Max se cagaba literalmente en su suerte y en todo el trabajo extra que tendría – calculó – durante al menos una semana.

Alicia Sanz cerró la puerta de su despacho con cierto ímpetu, fruto de las vagas pesquisas obtenidas en torno a la figura de Rafael Oviedo.

Aún no se le iba de la cabeza lo que leyó en la agenda del detective horas antes, justo por debajo de la cita que había escrito

para acudir a la hemeroteca de la sede central y que la policía le mostró muy amablemente. Aquella idea volvió a resplandecer en su mente. *¿Y si se metía en un lío?*, admitió a un palmo de su escritorio. Después de todo, creyó que era lo más factible si deseaba continuar tirando del hilo. Aura tampoco estaba receptiva y no iba a conseguir que cambiara de opinión para que contactase con el sargento del Puesto de La Alberca.

Rápidamente descolgó el fijo y marcó el número de teléfono que irradiaba la pantalla de su Mac. Esperó varios segundos.

- Centro Penitenciario de Topas – descerrajó una voz masculina al otro lado de la línea.

- Buenas. Me llamo María Rodríguez y me gustaría saber con quién podría hablar en relación a un interno que permaneció allí tiempo atrás – Alicia cerró instintivamente los ojos por temor a que su embuste no hubiera surtido efecto.

- ¿Qué es lo que necesita saber, señora? – la cuestionó sin más.

- Si Rafael Oviedo, mi cuñado, realizó alguna visita o mantuvo correspondencia con uno de sus presos. Se llamaba Lorenzo Garrido. Aunque todo el mundo le conocía como el Serbio.

La lluvia de primera hora de la mañana dio paso a un mojabobos invariable. Altamira estacionó la patrulla delante del Anatómico y bajó del vehículo acompañado del sargento Baeza. Ambos franquearon las puertas mecánicas sin dirigirse la palabra a medida que penetraban en las instalaciones del edificio, provistas de una retícula de pasillos y puertas. Apenas existía vida más allá de las diversas salas que ojearon con curiosidad según avanzaban. Sólo el eco de sus pisadas los acompañó de camino a los ascensores mientras Leo atendía al cielo inflamado de nubes que vislumbró por un amplio ventanal. Tomaron el primer ascensor y descendieron hasta los sótanos. Al cabo de un minuto apareció ante sus ojos un nuevo pasillo, alimentado por una hilera de tubos fluorescentes que parpadeaba en ciertos ángulos bajo un inquietante zumbido similar al de un enjambre de abejas.

De vez en cuando, Altamira miraba de soslayo a su acompañante. La silueta del sargento parecía adelantarse a los acontecimientos, curvándose sombreada en algunos tramos de la pared. Imaginó lo que se le estaría pasando por la cabeza; la certeza de no poder dar marcha atrás a escasos metros del depósito de cadáveres. El capitán fue el primero en atravesar las puertas batientes. Después, le siguió Baeza. Ambos se mantuvieron expectantes mientras el forense, un joven treintañero equipado con unas lentes de seguridad transparentes, guantes de látex y bata impoluta, los contemplaba boquiabierto

desde aquel habitáculo. Leo desvió unos instantes la mirada hacia la mesa, compuesta por un ordenador portátil, impresora, escáner, fax y varios torreones con carpetas.

- No te esperaba tan pronto, Vicente – articuló el forense a medida que introducía las manos en los bolsillos de su bata.

- Baeza, te presento a Alejandro Pumares – agilizó Altamira las presentaciones.

Ambos hombres se saludaron de forma escueta. Después, continuó.

- Ya me han informado en el Puesto que tienes algunos datos preliminares de la autopsia.

- Justo estaba terminando de redactar el informe – le esclareció.

- ¿Y bien…? – pareció presionarle.

- Nada reseñable en la causa de la muerte salvo... – el forense hizo una pausa forzada al tiempo que movía los ojos con impaciencia –. ¿Por qué no me acompañáis y os lo explico mejor?

Alejandro Pumares recogió una carpeta de la mesa y la abrió por la primera página. Varios párrafos ilegibles salpicaban la hoja entre anotaciones a los márgenes y tachaduras. Luego empujó con el talón la puerta batiente que tenía a sus espaldas e invitó a los agentes a que traspasaran el depósito. En cuanto el forense presionó los paneles de iluminación, la mirada de Leo se perdió en aquella estancia aséptica que olía a desinfectante. El suelo, abrillantado gracias a una manguera que había sido recogida por dentro de un soporte, reflejaba la leve inclinación que conducía a una especie de desagüe con sistema anti retorno. Los extractores del techo permitían la circulación del aire, generando una sensación fría e inhóspita. Sus paredes, revestidas de arriba abajo por unos azulejos blancos, transmitían un efecto de desamparo que era interrumpido por las diversas estanterías de acero inoxidable con miles de utensilios en sus repisas. El forense avanzó hacia una de las mesas para necropsias y se detuvo en la única que exhibía un bulto bajo la tela de una sábana. Leo se percató que allí se encontraba el hombre que le dejó un mensaje de voz horas antes y no en cualquiera de las cámaras frigoríficas que observó al fondo.

- Si os acercáis, podré contaros lo que he descubierto hasta el momento – propuso el forense a los guardias, que se resistían a acompañarle.

Acto seguido descubrió el cadáver y ambos pudieron contemplarle con cierta precaución. Jan van Hoof tenía la piel de su rostro pálida. Su cabello, todavía con trazas húmedas a causa de la lluvia, se revolvía denso y oscuro sobre el soporte de la mesa. Baeza se fijó en sus labios amoratados, así como en la

perilla que sobresalía con exquisita precisión. Sus venas azuladas se extendían como un ramal por algunos tramos de su cuello, descendiendo suavemente hasta el inicio de su pecho. Enseguida detuvo el barrido en su antebrazo, donde aquella serpiente enroscada parecía seguir palpitando bajo la tinta de su tatuaje.

- ¿Comenzamos? – interrumpió Alejandro su análisis ocular.

- Cuando quieras – le animó Altamira al otro lado de la mesa. Baeza se situó a su altura.

- Teniendo en cuenta que el sujeto se lanzó desde una altura de ocho pisos, he localizado múltiples lesiones en cada una de sus extremidades y un fuerte traumatismo torácico provocado por el impacto. ¿Veis? – el forense hundió sus dedos con firmeza en aquel amasijo de carne que parecía recobrar vida propia –. Sin embargo, la causa de la muerte ha sido la fractura cervical de los pedículos de C2 que he constatado tras realizarle un examen radiológico, donde se aprecia claramente la luxación de la vértebra. En otras palabras, el sujeto se partió el cuello.

El sargento desvainó en su rostro un rictus de desagrado.

- También he…

- Espera un momento – frenó Altamira su exposición –. ¿Lo reconoces?

Leo se limitó a negar con la cabeza mientras volvía a adentrarse en la serpiente de cuerpo anillado que salpicaba su antebrazo.

- De acuerdo – masculló.

- Como decía – prosiguió el forense –, también he hallado unas pequeñas erosiones por debajo de sus uñas. Le he practicado una biopsia por si los del Laboratorio fueran capaces de confirmarme qué sustancia pudo haber manipulado. Son similares a las ocasionadas por una quemadura leve, pero quizá nos dé una pista sobre dónde estuvo el sujeto horas antes o si realmente tuvieron algo que ver en su suicidio.

El capitán vislumbró una posible vía de investigación.

- ¡Pero…! – alzó la voz –. Hay algo más.

Alejandro Pumares retrocedió unos pasos y asió una bolsa transparente que yacía sobre una mesa supletoria. Leo se fijó en la magra fisionomía del joven, así como en los auriculares que pendían por debajo del cuello de su bata.

- El motivo de haceros pasar al depósito no era para mostraros el estudio forense que le he practicado al cadáver, sino por lo que he encontrado entre sus pertenencias. En este caso, en el bolsillo interior de su abrigo.

El capitán le arrebató la bolsa que sujetaba en su mano derecha y examinó a la luz los restos de lo que parecía una cinta de VHS

de tamaño pequeño, con el carrete de nylon enmarañado por fuera de las tripas del dispositivo.

- ¿Qué diablos es esto? – expulsó Leo sus propias dudas.

- Se trata de una de esas cintas de 8 milímetros que se utilizaban hace años para tomar grabaciones caseras con una videocámara – le esclareció Pumares – Luego la insertabas en un adaptador y podías ver las imágenes en un reproductor.

- Pero no tiene sentido.

- O tal vez sí – le cortó Altamira –. Pumares, necesito que lo envíes a la Científica por si hubiese alguna posibilidad de recuperar las imágenes. Aunque viendo el estado de la bobina por fuera de la carcasa, dudo mucho de que se arregle. El caso es que un tipo que decide suicidarse, lleva una cinta en el bolsillo interior de su abrigo. ¿Por qué? Quiero una respuesta lo antes posible.

Y antes de terminar la frase, el capitán dirigió a Leo una mirada reprobatoria que le cortó el aliento.

El mojabobos suspendido en el ambiente volvió a coger intensidad cuando Aura se apeó del Golf blanco a los pies del Castillo Templario de Ponferrada. La periodista se cubrió la cabeza con la capucha de su plumífero y alzó la vista hacia aquella mole de piedra de estilo románico, donde las almenas de sus torres parecían extinguirse bajo un cielo frío velado por la lluvia. Aura encaminó los pasos por una cuesta empedrada que conectaba con el casco histórico y rodeó la estructura poligonal de la fortaleza mientras echaba un vistazo a su *Flik Flak*. Las 16:40 horas. Apenas le quedaban unos minutos para entrevistarse con la secretaria del detective que Alicia Sanz, su jefa, tuvo la suerte – o la intencionalidad – de formalizar aquella mañana en su despacho, cuando el rastro de Aura Valdés se perdió por un entramado de callejuelas medievales.

Largos pasadizos carcomidos por el paso del tiempo se adentraban laberínticos hacia la entrada de la plaza Virgen de la Encina. Las gotas de agua habían despejado las terrazas de los bares. Aura cruzó a toda prisa la plazoleta y se internó en los soportales de un edificio. Allí sacó el móvil de su abrigo y tecleó una vez más la dirección en el buscador de internet. La agencia se hallaba a escasos veinte metros. El rugido de su estómago le recordó que no había vuelto a probar bocado desde hacía horas. Aura apoyó su hombro contra una de las columnas y clavó la vista en los charcos que se estaban formando en la calzada. La vida parecía desdibujarse bajo el débil fulgor de los escaparates cuando aquella idea centelleó en su mente. Entró en la agenda de su teléfono y buscó por la H. Después esperó varios tonos hasta

que percibió cómo descolgaba la llamada.

- Pensé que habías vuelto a desaparecer – pronunció una voz cavernosa.

- Y lo he hecho, pero esta vez en Ponferrada.

Hooded, el informático experto en *hackeos*, implantación de sistemas de alta seguridad y otras variables, se desternilló de la risa al otro lado de la línea.

- A lo que intuyo que necesitas ayuda para geo localizarte. ¿Voy bien?

- Siempre y cuando no abuse de tu amistad – Aura esbozó una sonrisa ladina.

- Siempre y cuando no tenga que volver a entrar en otro caserón abandonado – matizó –. El del Paseo de la Estación sigue causándome estragos las noches de luna llena. Pero venga, dispara. ¿De qué se trata?

La periodista comenzó a caminar por dentro de los soportales, donde los canalones de fuera vertían el agua recogida en ciertos tramos.

- Resulta que el cadáver de un detective de Ponferrada ha aparecido esta mañana en el jardín delantero de un chalet de Somosaguas.

- De acuerdo. La cosa pinta de cojones – objetó – Continúa.

- El caso es que el hombre mantuvo una discusión la noche antes de ser asesinado desde una cabina que hay justo delante del bar de la urbanización. Exactamente el día 18 de febrero a eso de las ocho. Eso es lo que baraja la policía, ya que no volvió a anotar nada en su agenda pasado el día 19 – Aura evitó entrar en detalles sobre su visita a la hemeroteca.

- Comprendo. Y la pregunta del millón es…

- ¿Existe la posibilidad de acceder al sistema de registro de llamadas de la cabina y obtener el número de teléfono que marcó Rafael Oviedo?

- ¿De un teléfono público? Ni de coña.

- ¿Y por control remoto o con alguno de esos cachivaches que tienes? – ofrecía ideas.

- Aura, es complicadísimo *hackear* una de esas líneas. Primero, porque hablamos de rastrear el registro de una cabina de entidad pública. Y segundo, porque su operador no es otro que… ¿Hola? ¿Telefónica? ¿El máximo responsable de la función de seguridad global e inteligencia de este país?

La periodista desistió en su propósito ante la falta de recursos en la materia.

- Qué se le va a hacer… – se lamentó.

- De todos modos, envíame por WhatsApp la dirección y el nombre completo. A lo mejor resulta más fácil preguntando en el bar. Te

aseguro que si ese detective discutió en plena calle, alguien debió de escuchar algo. No falla.

Aura le agradeció la ayuda y le insistió en que la mantuviera informada. Después colgó la llamada y miró su reloj de pulsera. Las divertidas agujas de su *Flik Flak* marcaban las cinco en punto. Deprisa, abandonó el resguardo de los soportales y enfiló el último recodo del ágora. Se fijó que algunos transeúntes se apostaron al otro lado de la calle, al abrigo de un portal. Aura apretó el paso hasta que su silueta se diluyó bajo el agua. Caía ese atardecer añil y sombrío del invierno cuando traspasó la calle del Reloj. Sólo el eco de sus pisadas parecía rebotar contra los muros de los edificios de trazas medievales. Enseguida distinguió el portal de la agencia, con un mirador de forja y cristal en cada una de sus dos plantas. Al fondo, la torre con mampostería de pizarra y esbelto chapitel se erigía como un silencioso guardián entre corrientes de aire. Aura se detuvo delante del portal número 11 y reparó en la placa metálica ubicada al margen izquierdo que rezaba:

Agencia de Detectives Privados Oviedo
1º derecha

Después pulsó el botón del interfono y esperó una respuesta.

Habían pasado algo más de diez minutos desde que abandonaron el Instituto Anatómico cuando ambos agentes regresaron a las dependencias del Puesto. Ninguno de los dos había vuelto a dirigirse la palabra mientras se acomodaban en el despacho e hilvanaban hipótesis en silencio. Altamira encendió la pantalla del ordenador y dirigió miradas intermitentes al hombre que roía sus propios pensamientos al otro lado del escritorio. Baeza ni siquiera se percató hasta que Vicente carraspeó con fuerza.

- ¿Tienes hambre? – intentó suavizar la tensión que subrayaba la mandíbula del sargento –. Puedo pedirle a alguno de mis hombres que nos traigan unos sándwiches.

- ¿Tú crees que estoy para comidas? – escupió –. Lo único que quiero saber es por qué ese maldito belga llamó a mi móvil cinco minutos antes de suicidarse.

- Y por qué guardaba una cinta de VHS en el bolsillo de su abrigo – añadió.

Leo sacudió la cabeza con la mirada escondida en el

entarimado del despacho.

- Intentemos mantener la calma, ¿vale? Alguna explicación debe haber. Te conozco de hace años y sé que eres un buen guardia. Estuve al tanto del trabajo que realizaste en el caso Santana.

- ¿Qué sugieres? – le tanteó receloso.

- Por ahora, demostrar que no tienes nada que ver en el suicidio de van Hoof.

- ¡Pero si no lo he visto en mi vida! – se exasperó.

- Lo sé. Y te creo, Leo. El problema es que llegue a oídos de los de *Arriba*. Necesitamos resolver este malentendido cuanto antes. ¿Alguna idea?

Baeza suspiró al considerar lo que se le acababa de pasar por la mente.

- Mi ayuda. Es lo único que puedo ofrecerte; mis servicios como sargento. No me importa quedarme en Ponferrada y trabajar mano en mano hasta que averigüemos la verdad.

Altamira se mordió el labio inferior mientras cavilaba desde su asiento.

- De acuerdo – respondió –. Eso demuestra que no escondes nada.

- ¿Acaso lo dudabas…?

- No. Pero espero que comprendas la situación en la que me hallo. Yo también soy el primer interesado en aclarar este error.

- ¿Entonces…? – notó sus pulsaciones bajo la piel de su cuello.

- Creo que tu experiencia podría ayudarnos a ampliar el campo de visión.

Martínez entró en ese instante en el despacho del capitán. Su rostro demudó una expresión de sorpresa nada más frenar el paso delante de su escritorio.

- Disculpe, jefe. No sabía que continuaba reunido.

Sin embargo, Vicente Altamira fijó la vista en el bloc de notas que portaba en su mano.

- ¿Alguna novedad? – quiso averiguar.

- Acabamos de recibir el listado de vecinos del inmueble y no se lo va a creer – hizo una pausa adrede.

Ambos agentes lo miraron expectantes.

- Resulta que uno de los pisos está alquilado a nombre de Christoffer van Hoof.

- ¿El hermano de Tintín…? – inquirió el capitán sobresaltado.

- Por eso la señal del móvil nos remite constantemente a la calle la Paz. Creemos que tiene que hallarse en el interior del inmueble – resumió con atropello –. Hemos avisado al casero y ya viene de camino. Lo único que no localizamos a Christoffer.

El capitán Altamira se incorporó de inmediato y rodeó la mesa con los ojos puestos en su agente. Baeza se levantó igualmente,

aunque con el ceño fruncido.

- Que todos se preparen para iniciar el dispositivo – le ordenó tajante –. Y pide al juez una orden de registro por si el casero la solicita.

Martínez salió del despacho como alma que lleva el diablo mientras Leo atendía a las señales de insatisfacción que surcaban el rostro de Vicente Altamira. Por vez primera se dio cuenta de las profundas ojeras que crecían implacables por debajo de sus párpados. También de la contracción de su cuello, sometido por una red de músculos y venas. Leo se dirigió a la puerta y volvió el cuerpo antes de cruzarla.

- Te espero fuera – recalcó.

Su figura se perdió después por un pasillo alimentado de sombras.

Altamira ni siquiera tuvo el valor de perderle de vista. Simplemente se quedó varado en el quicio de la puerta hasta que Martínez volvió a quebrar sus pensamientos.

- Jefe, todo listo – le avanzó.

El capitán parecía no prestarle atención.

- ¿Jefe…?

- Quiero que vigiles al sargento Baeza. ¿Me has entendido? No me fio de él.

Luego clavó los ojos en los de su agente.

- Creo que oculta algo. Y si somos capaces de que se sienta confiado, tarde o temprano acabará cometiendo un fallo.

Aura pulsó el timbre. Una campanilla prendió en el aire y al momento la puerta se abrió, desvelando la figura de una secretaria de talle grueso, gafas con montura de pasta y atuendo formal. El vestíbulo que se intuía a sus espaldas, rezumaba un aire sobrio con las paredes desnudas y una alfombra persa con las grecas desgastadas. La mujer, que rondaba la cincuentena, descorrió del todo la puerta. El sonido de las bisagras acuchilló el silencio del rellano. Después la escrutó de arriba abajo con la mirada rapaz y arrugó la frente *ipso facto*.

- ¿Qué desea? – exploró como un gato sigiloso.

- Soy Aura Valdés, de Tribuna Madrid. Teníamos una cita para las cinco.

- Ah, sí – recordó –. Pase, no se quede ahí fuera.

La periodista cruzó el umbral de la agencia y oteó la composición de la estancia mientras la mujer volvía a cerrar la puerta y echaba el pestillo. El amplio vestíbulo era en realidad un recibidor con una mesa de oficina en un recodo, varias sillas dispuestas en fila a un margen de la pared y un pasillo en

penumbra que conectaba con el resto del inmueble. La secretaria rodeó su mesa de trabajo e invitó a Aura a tomar asiento en la butaca de capitoné color crema que había delante. Percibió por su expresión facial una profunda angustia.

- Siento lo de su jefe – consiguió articular.

- Todavía no he sido capaz de asimilarlo. ¡Pero quién ha podido hacerle algo semejante? – respondió consternada –. Aunque ya le dije a la directora de su diario que no sospecho de nadie si es a lo que ha venido.

Aura presintió por el rumbo que estaba tomando la entrevista que no se lo iba a poner nada fácil.

- Sólo intentamos ayudarla, señora…

- Pilar – puntualizó –. Me llamo Pilar Gaona.

- Gracias, Pilar. Nuestro medio tan sólo quiere serle de utilidad. Ayudarla a localizar a algún testigo por si acaso hubiera visto algo que no se atreva a contar a la policía.

La secretaria torció visiblemente los labios a modo de desaprobación. ¿Habría gesticulado de la misma manera de saber que una vecina de la urbanización lo vio discutir desde una cabina telefónica la noche antes del crimen?, se preguntó Aura.

- Hay algo que sigo sin comprender. ¿Por qué su jefe se encontraba en Madrid?

- No sabría decirle. Rafael era un hombre muy reservado con sus asuntos. Solía moverse con frecuencia cada vez que aceptaba un nuevo encargo. Dese cuenta que Ponferrada no es una ciudad que dé para vivir exclusivamente de la investigación privada. Siempre viajaba de acá para allá; le gustaba citarse con sus clientes, inspeccionar a fondo lo que se traía entre manos… En resumen, Rafael era un currante nato.

- Entiendo. Pero algún tema de carácter personal o profesional le reclamaba en la capital.

Aura esperaba descifrar en su respuesta el motivo por el cual, el detective acabó recalando en la hemeroteca de Tribuna Madrid.

- Ya le digo que no solía hacerme partícipe de sus pesquisas – prosiguió –. Mi trabajo consistía en organizarle las citas por teléfono y archivar los casos ya resueltos. Es verdad que viajaba a menudo a Madrid, pero tampoco me pareció extraño. Rafael iba allí donde le solicitaban. La profesión de detective es así de dura; la gente se piensa que por montar una agencia privada, los casos te llegan como si fueses el propio Hércules Poirot. Pero no es así. Hay que echarle muchas horas y algo más de paciencia para esclarecer el meollo de un asunto.

- ¿Y por qué Somosaguas? – desvió intencionadamente la conversación.

- Siempre se alojaba en esa urbanización. Yo misma era la que me ponía en contacto con la promotora inmobiliaria Valparaíso. Le gustó el chalet la primera vez que se hospedó en él y tampoco quería cambiar de zona por su excelente ubicación con el centro de la capital.

- Un enclave exclusivo para un detective que estaba de paso en Madrid – la espoleó adrede –. He leído en varios portales de internet que los chalets de la Fase I superan los tres mil euros de alquiler semanal.

- ¿Qué insinúa? – le lanzó una mirada asesina por encima de sus gafas.

- Lo que he visto con mis propios ojos esta mañana en la urbanización.

- Pues se equivoca si cree que Rafael pagaba esas cantidades. El chalet piloto, aparte de encontrarse en otra Fase del complejo, tenía un arrendamiento bastante normalito.

Aura se percató del escozor que le había supuesto la indirecta. Al menos, su táctica le esclareció que el móvil del crimen no parecía ser el económico.

- Rafael gozaba en el gremio de una formidable reputación – continuó molesta –. Era un hombre que vivía por y para su trabajo; y al igual que lo ganaba, también se daba sus pequeños caprichos. Faltaría más. Aparte de que no tenía que dar explicaciones a nadie. Tenía 51 años, no estaba casado, no tenía hijos. ¡Si hasta dormía en un cacho camastro que hay en la habitación del fondo! – señaló con el brazo extendido el pasillo que se abría a su izquierda – Mi jefe tuvo claro qué quería ser y cómo ganarse la vida. Al principio trabajó como escolta de un reconocido empresario. Después, cuando hizo sus pinitos en diversas agencias y abrió la suya propia, la Asociación Profesional de Detectives de España le concedió la medalla a la constancia.

Pilar Gaona parecía sentirse orgullosa del currículo de su jefe. La periodista alumbró cierta sospecha de enamoramiento enmascarado.

- Siempre estaba ampliando sus conocimientos: cursos de medicina forense, derecho, criminología, grafología… Una pena.

La mujer tuvo un atisbo de romperse a llorar en cuanto sus ojos se volvieron acuosos.

- Sin embargo, algo sucedió la semana del 19, Pilar – detuvo su aflicción –. Algo como para que la policía ni siquiera tenga una hipótesis sobre si Rafael Oviedo fue asesinado por algún caso que investigó en el pasado o se trate de un asunto de índole personal, que por lo que me cuenta, lo dudo.

- ¿A qué se refiere con *lo dudo*? – le inquirió.

- Pues a que creo que el crimen tiene tintes de venganza o de algún

encargo mafioso.

Pilar se llevó la mano al pecho, impresionada.

- La cuestión es: ¿qué clase de trabajos realizaba en la agencia?

- Lo que creo es que me está malinterpretando. Rafael se ocupaba de lo habitual entre los detectives: informes comerciales, infidelidades conyugales, casos de divorcio, bajas laborales o el seguimiento de un adolescente porque los padres están convencidos de que anda con malas compañías. Pero de ahí a lo que usted dice…

- ¿Nunca se vio comprometido con algún cliente? – insistió.

- Si se refiere a demandas de cierto marido despechado o amenazas en el buzón como las que recibió de ese magistrado de la Audiencia Nacional, entonces sí, tiene usted razón. Pero esa es la cara fea de esta profesión.

- Y hasta donde yo sé, los detectives elaboran extensos informes – Aura dio otra vuelta de tuerca – Informes donde puede que se halle la clave de lo ocurrido.

La secretaria le tendió una mirada desafiante al otro lado de la mesa.

- He captado la señal – le confirmó –, pero afortunadamente soy muy competente y no revelo información a terceros. Es más, ahora que lo pienso, le estoy haciendo un favor a su medio hablándole de detalles que forman parte del secreto profesional. No obstante, será la policía quien se encargue de revisar sus archivos y recopilar todas las pruebas pertinentes. ¿Me explico?

Aura tragó saliva segundos antes de responder.

- Sólo intentaba ayudar.

- Pues entonces, escriba una buena crónica en su periódico para que la gente conozca la verdad y el culpable sea detenido. Rafael no se merecía ese final, él no, cuando ayudó a tantísimas personas. Sólo espero que se haga justicia porque a muchos nos han jodido la vida. Y si no, añádalo a su redacción. Escriba que su secretaria tuvo que ponerse en contacto con la Asociación de Detectives porque se ha quedado en el paro. Que está buscando desesperadamente una nueva agencia porque todavía tiene una familia a la que mantener.

La periodista asintió de buena gana mientras intuía que la entrevista acababa de llegar a su fin. La tristeza que acumuló a lo largo de la conversación, se había transformado en un sentimiento aún más ponzoñoso mientras escarbaba con las uñas la tarima de su escritorio. De repente, el timbre de la puerta retumbó en el vestíbulo. La mujer hizo un amago de incomprensión y se levantó de su asiento para comprobar quién la solicitaba a través de la mirilla. Aura se levantó igualmente y se arriesgó.

- ¿El cuarto de baño?

- Al fondo a la derecha – respondió de manera mecánica.

Un paño de sombras azuladas oscilaba en el pasillo a media que Aura Valdés atravesaba las entrañas del inmueble con el paso titubeante. La débil claridad que penetraba en finas lonchas por debajo de las puertas, la guio durante el trayecto mientras su visión se adaptaba a la oscuridad que la envolvía. A ratos, la voz de la secretaria llegaba como un arrullo a sus oídos, donde creyó adivinar que hablaba del suceso con una vecina. Aura dobló la esquina y entonces reparó en la nube de luz polvorosa que emanaba de una puerta entreabierta.

El despacho de Rafael Oviedo conservaba un aspecto de mausoleo, donde las placas de homenaje y los libros de derecho civil se mezclaban con un mobiliario añejo y provinciano. Aura se percató de la cama sin hacer que habitaba en un extremo de la habitación. También de los torreones de carpetas que abundaban por el suelo y del escritorio decimonónico con apliques dorados, igual de atestado que el resto de la estancia. La periodista se adentró en su mesa de trabajo y enseguida tropezó con el rostro del detective. La fotografía enmarcada mostraba a un hombre bonachón de aspecto clásico, incipiente calvicie y poblado bigote, que sonreía a la cámara desde un paraje agreste. Un escalofrió erizó el vello de su nuca en cuanto volvió a depositar la foto sobre la mesa. Después, se embarcó en la tarea de localizar una pista entre los diversos sumarios e informes que se apilaban en desorden. Leyó los títulos de cada investigación. Ninguno le causaba una mínima sospecha. Ojeó los cuadernos donde anotaba sus impresiones. No encontró evidencia alguna de una posible extorsión. Abrió los dos cajones del escritorio, y en el último halló un teléfono móvil escondido bajo un taco de folios. Aura se extrañó. Lo cogió con cierto reparo y se percató que se trataba de un modelo en desuso. ¿Por qué un hombre que se alojaba en una exclusiva urbanización cada vez que recalaba en Madrid, guardaría una reliquia como aquella – un Nokia 8810 – en uno de los cajones de su escritorio?, pensó. ¿Acaso poseía un valor sentimental? ¿O es que…?

Aura se guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo y retomó deprisa el camino de vuelta. Un extraño silencio se mecía inquietante en toda la vivienda. Asió el pomo de la puerta con disimulo hasta que sus ojos se estrellaron con los de Pilar Gaona.

- ¡Por el amor de Dios, sabe el susto que me ha dado? – se estremeció.

- ¿Qué hacía usted ahí dentro?

Su cara de pocos amigos le esclareció que era hora de largarse.

- Es evidente, me he equivocado de puerta – mintió–. Pero no se preocupe, me marcho ya. Gracias por su tiempo.

- La acompaño.

La secretaria no dudó en escoltarla hasta la salida, atravesando a marchas forzadas el amplio vestíbulo donde minutos antes habían mantenido aquel íntimo coloquio. Una vez que se aseguró por la mirilla que la periodista tomaba el ascensor, regresó a su mesa y descolgó el teléfono. Marcó decidida un número y esperó. Su voz se tornó áspera.

- Te doy un par de horas para efectuar el pago o de lo contrario, no habrá trato. Los medios de comunicación ya están acechando.

Y colgó.

La gente se agolpaba delante del portal de la calle la Paz cuando el capitán Altamira cruzó el cordón policial acompañado por el sargento Baeza. Una lluvia fina espolvoreaba su anorak verde mientras atendía a los curiosos que murmuraban en corrillos, la mayoría parapetados por una nube de paraguas. El agente Blas Carmona abandonó la intimidad del portal al tiempo que su compañero César Martínez intentaba alejar a la muchedumbre que parecía crecer por segundos. Altamira le dirigió una mirada severa en cuanto el hombre se posicionó a escasos centímetros de él.

- ¿Cómo es que todavía no habéis despejado la zona? – le asestó imperativo.

- Es la cuarta vez que lo hacemos, jefe – Carmona agachó la vista –, pero no hacen caso.

- Me da igual. Quiero todo esto limpio en cinco minutos. Se acabó el espectáculo.

Baeza se cercioró de las trazas de malhumor que escupía su voz.

- ¿Y los demás?

- Arriba, en el primer piso – continuó el agente ofreciendo respuestas –. Esperando a que llegue el casero.

- ¿Habéis vuelto a rastrear el teléfono móvil de Tintín?

- La señal de triangulación sigue marcando la zona como el lugar donde se encuentra.

- De acuerdo. Entonces esperaremos a que el juez envíe la orden de registro – se ciñó al protocolo –. Y ahora, todo el mundo a trabajar.

El guardia se alejó de su implacable mirada para acompañar a Martínez en el propósito de ahuyentar al gentío que seguía apiñándose tras la cinta de balizamiento. Leo se percató de la red de vasos capilares que surcaba la esclerótica de sus ojos, impacientes por efectuar un operativo que le estaba empezando a devorar por dentro. Se preguntó si tal vez el estricto sistema que el capitán pergeñaba cada vez que se enfrentaba a un reto, le dejaba espacio para vislumbrar nuevos horizontes.

- También puedes autorizar a tus hombres a que entren en el

inmueble de Christoffer van Hoof.

Altamira le escrutó como si hubiese perdido la cabeza.

- ¿Sin que esté presente el casero? – dudó de lo que acababa de oír.

Baeza se dio por vencido.

- Era sólo una idea.

Entonces, sintió que alguien golpeaba su hombro. El sargento giró instintivamente el cuerpo mientras aquella voz emergía por su espalda.

- Disculpe. ¿Sabría decirme qué ha pasado?

Leo no pudo por menos que enarcar sus cejas.

- Pero… ¡Qué haces tú aquí?

La campanilla retumbó en el interior de la cafetería mientras Leo Baeza depositaba sobre el velador de mármol un botellín de cerveza y un café irlandés.

Apenas podía levantar la vista de la mesa. Tenía un nudo en el estómago que le impedía observarla fijamente. Leo se sentó muy cerca del amplio ventanal y escurrió la mirada por el cristal, cubierto por una ligera capa de condensación. Afuera, la noche caía tras un paño de luces amarillentas que proyectaban las farolas de la ciudad. El tumulto seguía creciendo tras el cordón policial. Por un instante quiso apreciar el semblante retraído del capitán, enjuagado por el calabobos en suspensión. Imaginó su exasperación mientras esperaba la llegada de la orden judicial, acompañado por dos de sus agentes.

Baeza volvió de nuevo al interior de la cafetería y enseguida tropezó con sus ojos. El flequillo que asomaba por debajo de su gorro de lana había crecido unos centímetros hasta rozar el hueso de su pómulo. Sus labios, untados por una fina capa de vaselina, emergían por encima del filo de la taza que sostenía entre sus manos. Leo sintió una punzada en su pecho y le dio un sorbo al botellín. Tampoco sabía qué decir. Simplemente continuó examinándola hasta que ella le devolvió una sonrisa.

- ¡Qué miras! Me estás poniendo nerviosa.

Leo notó un cosquilleo en su nuca al escuchar la voz de Aura Valdés.

- Perdona. Estaba pensando en lo de ahí fuera – se sonrojó tras su embuste.

- ¿Pero qué ha pasado? Ni siquiera sabía que te habían destinado a Ponferrada.

- Para nada. Sigo donde me dejaste hace tres meses – sonó a indirecta –. El caso es que he tenido que venir esta mañana porque un tío se lanzó anoche desde la azotea de ese edificio – señaló por el ventanal –. Resulta que minutos antes de suicidarse, me dejó un

mensaje de voz en el contestador del móvil. Por supuesto, se trata de un malentendido porque ni conozco al hombre ni a nadie de origen belga. Ahora estamos esperando la orden del juez para acceder al inmueble. Y en cuanto localicen el terminal, archivarán el caso y regresaré por fin a La Alberca.

Aura percibió esa peculiar manera de queja tan característica en él, que la devolvió sin querer al pueblo donde se conocieron. No pudo por menos que regalarle otra tímida sonrisa.

- Y dime. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va en ese periódico? – soltó con atropello. Leo era incapaz de aplacar el ímpetu que corría por sus venas –. ¿Qué haces en Ponferrada?

- Por partes – se rio –. Lo primero, estoy de paso porque mi jefa me ha enviado a cubrir un crimen para el dominical. Se trata de Rafael Oviedo, un conocido detective de la zona. Su cadáver ha aparecido enterrado en el chalet de una exclusiva urbanización de Madrid con evidentes signos de violencia. Según un testigo, el hombre discutió desde una cabina telefónica la noche antes de ser asesinado. ¿Con quién habló? Esa es la pista que investigamos. Bueno, y también que el detective acudió a la hemeroteca del diario donde curro para buscar algo.

- ¡*Guau*! – exclamó el sargento –. Me dejas asombrado. Te has convertido en toda una reportera de sucesos.

- Gracias. Aunque ya sabes que hubiera preferido otra sección – se lamentó –. El crimen de Penélope me abrió algunas puertas, pero quizás las que evitaba traspasar. Sin embargo, tampoco puedo quejarme. Mis compañeros de redacción me acogieron desde el minuto uno. Al principio me costó adaptarme al ritmo de la ciudad, no te lo voy a negar, pero al final el trabajo lo ha compensado con creces.

- Cuánto me alegro – pronunció, imbuido en su relato –. Sabía que era la mejor decisión. ¡La de cosas que te hubieses perdido de haberte quedado en La Alberca!

Baeza liberó parte de la tensión tras una breve carcajada. Aura, en cambio, se retrajo.

- Y no me arrepiento – apostilló –. Es más, ahora que te tengo delante, quiero agradecerte que me dieras ese empujón. Recuerdo que tenía la cabeza hecha un lío. En serio Leo, gracias. Al menos, sé que de todo aquello me llevo una buena amistad.

El sargento se adentró en su mirada, donde percibió una brizna de enfriamiento por su parte. ¿Por qué la notaba distinta?, elucubró con el botellín de la mano. Se dio cuenta que aún tenía respuestas que despejar. Se aventuró.

- Me extrañó que no te pusieras en contacto conmigo cuando te envié aquella felicitación de navidad por WhatsApp.

Aura se mordió el labio inferior.

- Este maldito trabajo me roba demasiado tiempo – sonó a excusa –. Quise hacerlo, pero luego me di cuenta que ya no procedía. Vas a pensar que soy un desastre.

- En absoluto – mintió –. Entiendo que ya tienes tu vida en Madrid.

- Venga, no nos pongamos sentimentales – intentó por todos los medios cambiar de tema –. Cuéntame que tal te va en La Alberca. ¿Hubo algo nuevo en el caso Santana?

Aura exhaló un suspiro tras una sonrisa fingida. En el fondo, se sentía más cómoda hablando de él.

- Pocas novedades, la verdad: gestiones básicas, alguna que otra denuncia... – enumeró–. Después de marcharte, hubo un pequeño flujo de periodistas *amateurs* interesados en el caso y un par de frikis merodeando por los lugares clave en busca de nuevas y escabrosas pistas. Pero por lo demás, una vida tranquila en un pueblo tranquilo de la sierra.

La periodista denotó cierta resignación en su respuesta.

- Espero volver pronto cuando Tribuna Madrid me lo permita – añadió.

- Y hasta entonces, habrá que aprovechar los encontronazos. Aunque aún no me has dicho lo más importante. ¿Hasta cuándo te quedas en Ponferrada?

En la otra punta de la ciudad, Alejandro Pumares estaba terminando de extraer unas muestras en el cadáver de Jan van Hoof. Apenas un foco de luz pajiza iluminaba los contornos del depósito mientras el forense escuchaba una canción de U2 con los auriculares puestos. Extirpó un fragmento de tejido epitelial que depositó en un portaobjetos de cristal para microscopía y lo trasportó hasta una de las mesas supletorias. Entonces, un pitido se coló en la base instrumental de la canción.

Alejandro escurrió los cascos por su cuello en el instante que se cercioró de donde procedía aquel desagradable chirrido. Después se despojó de sus lentes transparentes y echó a andar hacia la salita que se intuía a través del ventanuco circular de las puertas batientes. En cuanto atravesó el reducido espacio donde almacenaba los documentos clínicos, se fijó en el parpadeo rojo del fax. La máquina estaba expulsando una hoja que el forense arrancó de inmediato con las manos enguantadas. Enseguida se dispuso a leer el documento. Procedía del Laboratorio de Análisis de León. Sin embargo, apenas pudo controlar su respiración. Pumares se detuvo al comienzo del segundo párrafo y vociferó en alto un *¡mierda!*

Aura Valdés dudó de su respuesta. El rumor constante del interior de la cafetería la abstrajo durante unos segundos mientras Leo esperaba solícito al otro lado del velador. Esquivó su mirada. Aura regresó al escenario que se adivinaba al otro lado del ventanal y se arrepintió de tocar el hombro a un agente que no llegó a reconocer de espaldas. ¿Por qué ahora, si ya estaba a punto de olvidarte?, se lamentó. Después retomó el camino de vuelta y le obsequió con otra sonrisa engañosa.

- Imagino que un día. Dos como mucho. Salvo que mi jefa me haga cambiar de planes.

- Espero que esta vez el periódico te proporcione alojamiento. ¿O aún mantienes las viejas costumbres de dormir en tu Golf?

Leo estaba por la labor de continuar viajando en el tiempo y postergar un poco más aquel inesperado encuentro. Cosa que a Aura estaba empezando a agobiarla.

- Digamos que Tribuna Madrid sólo cubre la estancia de una noche, por lo que intentaré ponerme en carretera mañana a primera hora.

- Razón de más para invitarte a cenar. ¿Qué me dices? – soltó como un resorte –. Así nos ponemos al día sin prisas porque no sé cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a vernos.

La periodista se reclinó en el asiento con los brazos cruzados. El callejón sin salida en el que se estaba adentrando, la advirtió del peligro. Tenía que pararlo antes de que fuese demasiado tarde. Antes incluso de que conociera su secreto: que sólo Max formaba parte de su presente.

- No estoy segura – se atrevió a articular –. Ya no. Prefiero dejar el pasado atrás.

Leo sintió una bofetada de calor que ascendió de pronto por su cuello. Ni siquiera era capaz de reconocerla al otro extremo de la mesa mientras afuera, el revuelo de varios agentes le advirtió que tenía que abandonar de inmediato la conversación.

- No pareces la misma – le salió decir –. ¿Dónde está la chica que conocí en La Alberca hace meses? Pensé que nada había cambiado entre nosotros.

- Quizás el tiempo me ha ayudado a aclarar las ideas – respondió molesta –. ¡Qué crees, que yo tampoco lo pasé mal? De nada sirve ahora revivir lo que ya no existe. Lo siento Leo, pero sólo intento mirar hacia delante sin engaños.

Los hombres del capitán Altamira franquearon de nuevo la entrada del edificio de la calle la Paz cuando el secretario del Ministerio trajo la orden del juez. Sólo Martínez permaneció a su lado mientras la lluvia fina caía helada sobre sus rostros. La muchedumbre continuó varada al otro lado del cordón policial

bajo el resplandor azulado de las torretas de algunas patrullas. Los agentes se perdieron escaleras arriba tras el paño de sombras que alimentaba el portal y Altamira esperó impaciente una señal. Las horas que llevaba sin probar bocado, le estaban desgastando los nervios. Luego advirtió que varias luces del primer piso despejaron las tinieblas de las ventanas. Ya estaban dentro.

- Jefe, ¿quiere que vuelva a telefonear al casero y le informe? Hace un rato me dijo que todavía le quedaba media hora de viaje.

El móvil del capitán vibró en el bolsillo de su *Barbour*. Lo cogió y leyó en la pantalla el nombre de Alejandro Pumares.

- Acompaña mejor a los demás – le ordenó.

El rastro de César Martínez se desvaneció en la penumbra del portal una vez que Altamira descolgó el teléfono.

- Dime, Pumares – disparó a modo de saludo.

El capitán escuchó con el ceño fruncido lo que el forense intentaba explicarle con la voz entrecortada.

- ¿Cómo dices…? – le interrumpió, taponando su otro oído con la palma de su mano.

Su rostro evidenció entonces un rictus de complejidad.

- ¡Me cago en la puta! – vociferó.

Altamira echó a correr con el móvil de la mano. Sólo el tiempo pareció detenerse en el filo de su mirada mientras cruzaba la entrada del portal y subía apresurado los primeros escalones. Gritó el nombre de Martínez. Ni siquiera halló respuesta. Su corazón continuó bombeando con estrépito hasta que presintió que lo peor estaba a punto de alcanzarle.

Leo no pudo apartar la vista de su rostro. No en ese instante, mientras Aura enredaba una servilleta de papel entre sus dedos. Por más que intentaba analizar las palabras que le había asestado como puñales, *prefiero dejar el pasado atrás, el tiempo me ha ayudado a aclarar las ideas, de nada sirve ahora revivir lo que ya no existe…*, le costaba reconocer a la joven con la que había compartido demasiados buenos recuerdos en La Alberca.

El sargento negó varias veces con la cabeza. Después inclinó el cuerpo hacia delante y se acodó sobre el velador para arrojarla una mirada de decepción.

- Necesito hacerte una última pregunta – su voz se tornó cavernosa –. Pero quiero que seas totalmente sincera.

- De acuerdo – respondió – Adelante…

Una honda explosión restalló en el interior de la cafetería mientras una nube de cristales se pulverizaba en el aire y colisionaba contra sus cuerpos. Leo y Aura salieron despedidos en milésimas de segundo, desintegrándose sus figuras en la profunda

oscuridad que brotó tras un prolongado pitido. El silencio que se manifestó a continuación, húmedo y lacerante, dio paso a un ahogado chillido que fue creciendo en intensidad. Leo se incorporó lentamente, con la mirada nublada de telarañas. Apenas podía soportar el silbido que descarnaba con crueldad su cabeza. Avanzó a tientas entre los restos del naufragio hasta que sus pies se toparon con un bulto. Aura descansaba en el suelo, envuelta en un velo de polvo blanquecino. Leo se arrodilló a su lado y comenzó a sacudirla, cada vez con más fuerza, como si así pudiera rescatarla del profundo sueño en el que navegaba.

Quizás lloró en la penumbra de la cafetería mientras otros gritos arañaban el silencio de la noche. Tal vez se resistió a abandonarla por miedo a perderla de nuevo. Pero cuando sus ojos atravesaron el boquete donde las cortinas se mecían fantasmales, se dio cuenta que las ventanas del primer piso, las mismas donde minutos antes la guardia civil buscaba el móvil de Jan van Hoof, se habían volatilizado.

Una hora y media más tarde, en la cara sur de Ponferrada, la sala de emergencias del hospital de la Reina se encontraba repleta de heridos.

Un trajín de enfermeras y médicos entraban y salían de las distintas consultas que nutrían el pasillo central cuando Oliva Estévez, la auxiliar del servicio de admisión y documentación clínica, resopló ante la ingente cantidad de documentos que poblaban el mostrador. Apenas había parado a tomar un ligero tentempié desde que las ambulancias comenzaron a trasladar en camillas a los primeros heridos. Centenares de familiares y agentes de la guardia civil pululaban desconcertados por los pasillos. El caos que se había formado tras la explosión de la calle la Paz, redujo a la auxiliar en un prolongado mutismo que ni siquiera interrumpió sentada delante del ordenador. Al menos, hasta que aquella chica con mal aspecto, la ropa sucia y varias magulladuras por su piel, robó su atención.

Oliva Estévez se coló en su mirada fatigada y un repentino escalofrío reptó por su espalda.

- De la explosión, ¿verdad? – dedujo –. Rellena antes la ficha con tus datos personales.

La mujer le entregó un formulario con las casillas vacías y un bolígrafo de gel que la chica sostuvo temblorosa entre sus dedos. Después, estudió su caligrafía con cierto desconsuelo hasta que la joven terminó de apuntar la información requerida.

- Voy a imprimir mientras el brazalete de identificación. Tardo un segundo – agregó.

Oliva Estévez dio media vuelta y se dirigió rauda al ordenador para las impresiones. En cuanto comenzó a teclear su nombre, un rictus de desconcierto afloró en su rostro a medida que levantaba la vista y se perdía en el cartel de la corchera, algo descolorido por el paso del tiempo. Su nombre, Daniela Guzmán, se asomaba en una tipografía carmesí por detrás de la palabra **Desaparecida**.

A Oliva tan sólo le dio tiempo a percibir cómo su rastro se desvanecía tras el mostrador, desplomándose después contra el suelo. Puede que incluso hubiera regresado de las sombras para encontrar su final cinco años más tarde. Pero mientras un grito desgarrador brotaba de su garganta, varios sanitarios acudieron a socorrer a la joven que aún seguía envuelta en su propia niebla.

DIA 2

Una mirada al mundo a través de Aura Valdés

Han pasado 14 horas desde que ¿un artefacto? ¿Una bombona de butano? ¿Acaso una caldera de gas? explosionara en la calle la Paz de Ponferrada sobre las 18:30 horas. Sin un comunicado oficial por parte de la Policía, muchos heridos que se encontraban en ese momento en la vía pública, fueron trasladados al hospital de la Reina tras recibir el Centro de Coordinación numerosas llamadas de testigos que alertaron de lo sucedido. En pocos minutos vehículos del Cuerpo de Bomberos, Protección Civil y Emergencias, tomaron la zona ante el asombro de decenas de curiosos que se dieron cita en el lugar de los hechos.

La explosión, originada en el primer piso de un inmueble, causó cuantiosos daños materiales en los comercios y viviendas de alrededor. Por el momento, dos guardias civiles han perecido en el siniestro. Ambos se encontraban junto a otros agentes en el interior del domicilio, dentro del marco de una operación secreta que el Ministerio aún no ha desvelado.

Las próximas horas serán de suma relevancia para esclarecer lo ocurrido en la calle la Paz.

#explosionponferrada #nomasmentiras #tribunamadrid #auravaldes

Leo volvió a morderse la uña del dedo meñique mientras esperaba impaciente a que la puerta de la habitación 136 se abriera. Apenas había podido pegar ojo en toda la noche. Tal vez la cama que le proporcionaron en el hospital le impidió conciliar el sueño mientras el sonido de la detonación restallaba una y otra vez en su cabeza. Puede que incluso los cortes que salpicaban su cara, le escocieran hasta el punto de recordar con precisión la nube de cristales que se precipitó a su encuentro en el interior de la cafetería. Leo se incorporó en cuanto las primeras luces se colaron tamizadas por las rendijas de la persiana y se diluyó por un pasillo congestionado de médicos y enfermeras en busca de respuestas. La clave la halló minutos más tarde, delante del mostrador de la entrada. El sargento enfiló un amplio corredor flanqueado por una docena de puertas entreabiertas y subió en ascensor hasta la primera planta. Allí volvió a preguntar a una administrativa y ésta le indicó el camino más corto hasta alcanzar su destino. Al momento, Leo se acomodó en uno de los bancos que se

extendían a lo largo de la pared y estudió con sumo interés las entradas y salidas que varios sanitarios efectuaron en la habitación 136.

Una hora más tarde, la puerta se abrió. Aura apareció ante sus ojos con un gesto apocado que destilaba cansancio y preocupación a partes iguales. Llevaba la misma ropa que el día anterior y una mochila cargada sobre uno de sus hombros. Después se detuvo en el quicio de la puerta y suspiró con la mirada clavada en la suya.

- Estoy bien, así que quita esa cara de susto – intentó quitarle hierro al asunto.

El sargento se incorporó de inmediato y se aproximó a la periodista.

- Joder, me tenías preocupado – farfulló –. Estuviste unos minutos inconsciente.

- Lo sé. Pero ya he regresado del mundo de los muertos.

- Eso me di cuenta hace un rato, cuando vi que acababas de publicar una nueva entrada en tu blog.

- ¿Se sabe algo?

- Poca cosa. Los peritos han descartado una fuga de gas – le aclaró –. Por cierto, ¿quién diablos te ha informado de los avances?

- Digamos que nunca suelo revelar mis fuentes. Y menos si proceden del gremio de enfermería – le guiñó un ojo –. ¿Un paseo?

La periodista echó a andar ante la mirada atónita de su compañero, el cual se preguntó qué parte de la noche se había perdido para ese repentino cambio de actitud. Aura no parecía comportarse de la misma forma que en la cafetería a medida que avanzaba despacio por un pasillo provisto de luces artificiales. Más allá de los ventanales de medio punto, el cielo se adivinaba borrascoso. Leo se situó a su lado y oteó las pequeñas heridas que punteaban su rostro y cuello.

Un hombre con el brazo en alto les robó a lo lejos la atención. Baeza tardó pocos segundos en reconocer la fisionomía del capitán Altamira. Vestía una bata azul por debajo de sus rodillas y unas pantuflas de talón abierto que mostraban unos calcetines de media pasados de moda. Se dirigió a ellos ayudado por el portasueros con ruedas que sujetaba en ambas manos y se detuvo en un recodo del pasillo, despejado de personal sanitario. Fue entonces cuando se fijó en el collarín que aprisionaba su garganta.

- Contusión en las cervicales – arrancó a hablar –. La onda expansiva me lanzó escaleras abajo.

- Lo siento… – balbució el sargento incómodo.

- Al menos puedo contarlo. Dos de mis hombres cayeron en el acto cuando desenchufaban el terminal del cargador.

- ¿Cómo dices…? – le interpeló, dudoso de lo que acababa de oír.

- Pensé que ya te habías enterado. Alejandro Pumares, el forense que conociste en el depósito, me avisó un par de minutos antes de que estallara el artefacto. Por lo visto el Laboratorio encontró restos de Triperóxido de Triacetona en los dedos de Tintín.

Baeza recordó de pronto la biopsia que el forense le había realizado al hallar unas pequeñas erosiones en las yemas de sus dedos.

- El muy hijo de puta nos tendió una trampa – prosiguió con los ojos enfurecidos –. Jan van Hoof fabricó una bomba casera que después colocó en su móvil y que segó la vida de dos de mis agentes, aparte de los daños materiales que ha ocasionado en el edificio.

- ¿Entonces…? – le cuestionó el sargento con la mente abotargada.

- Entonces la prueba que buscábamos ya no existe – le despejó el camino –, y Christoffer van Hoof, su hermano, ni siquiera da señales de vida.

Una sacudida, fría como un témpano, se ramificó en su organismo.

- Pero ese no era el motivo por el que te andaba buscando – le esclareció –. Me gustaría hablar contigo un momento a solas.

Altamira posó la mirada en la joven que le escoltaba unos pasos por detrás. Leo se percató de la señal y amplió el círculo para hacer las presentaciones.

- Ella es Aura Valdés. Supongo que la recordarás del caso Santana.

- Desde luego – sonó a reprimenda –. La civil que participó en las investigaciones.

Aura replegó su frente con cara de pocos amigos.

- Me temo que viene conmigo – escupió deliberadamente –. Así que suelta lo que tengas que decirme.

El capitán supo encajar la indirecta al tiempo que escondía el rostro al fondo del pasillo. Quizá no estaba del todo seguro; aunque también consideró que no existía nadie mejor que él para ayudarle en lo que estaba a punto de proponerle.

- Daniela Guzmán tenía dieciséis años cuando desapareció de su casa el 28 de febrero de 2014. La chica había acudido a una fiesta de carnavales que se celebraba en un bosque a las afueras de Carucedo, a veinte kilómetros de Ponferrada, junto a otros compañeros del instituto. Los familiares denunciaron su desaparición a la mañana siguiente, alertados de que Daniela no respondiera al móvil. Durante varios meses, se practicaron diversos interrogatorios a su entorno más cercano. Yo mismo llevé el caso. Sin embargo, nunca se obtuvo una pista fiable de su paradero y la investigación fue finalmente archivada. Hasta hoy…

Leo y Aura atendían perplejos a un relato que les devolvió

reminiscencias no tan lejanas.

- Anoche, durante el trasiego de heridos en el hospital, se presentó una joven en el mostrador de admisiones. La auxiliar que la atendió, creyó que se trataba de otra de las víctimas de la explosión por el aspecto que mostraba. El caso es que al pedirle que rellenase el formulario con sus datos personales, la chica escribió un nombre que a la administrativa le resultó familiar.

- Daniela Guzmán – desveló Aura con los brazos cruzados.

- ¿Habéis hablado con ella? – se interesó Baeza.

- La Junta ha enviado de León a una psicóloga criminal para un primer acercamiento. Al parecer, es la mejor en este campo haciendo perfiles criminales. Imagino que con suerte no tardaremos en descubrir qué fue lo que le sucedió y dónde ha permanecido durante los últimos cinco años. Hace un rato me han informado que le estaban tomando varias muestras para saber cómo se encuentra.

- ¿Pero…? – descerrajó Leo a escasa distancia.

La voz de Altamira destilaba incertidumbre.

- Inés Solís, la psicóloga especializada en desapariciones, está esperando a que se persone alguna autoridad competente para efectuar un primer abordaje psicológico. El problema es que se niega a que la interrogue hasta que no me haya reestablecido de las lesiones. Dice que le puede causar una situación de vulnerabilidad aún mayor después de haber vivido una experiencia estresante. Algo de la sensibilidad de los barorreceptores o no sé qué.

- Estoy con ella – Aura mostró su opinión al respecto.

- Pero las primeras horas son cruciales para esclarecer los hechos – refutó Leo elevando ligeramente la voz –. Tienes que tirar de alguno de tus agentes.

- Y lo haría si no tuviera a varios hospitalizados y al resto trabajando en lo ocurrido ayer tarde. Ya no sé a quién recurrir…

Baeza vislumbró una propuesta tras los puntos suspensivos que dejó escurrir con facilidad.

- ¿No estarás pensando…?

- Tú tienes experiencia, Leo. Viviste un caso parecido no hace tanto tiempo – pareció rogarle tras su hermética posición.

El sargento se adentró en los ojos de Aura y creyó ver en ellos una brizna de advertencia. Después, resopló con fuerza.

- Joder Altamira. Lo que me pides rebasa los límites de mi jurisprudencia.

La excusa sonaba irrisoria en su boca.

- Te lo pido como un favor personal. Es más, la psicóloga estará delante en todo momento. Pero necesito averiguar dónde estuvo Daniela Guzmán cuando todo el mundo la daba por muerta. Han pasado cinco años y anoche ha vuelto…

Por un instante, el recuerdo de Penélope relampagueó en su memoria. Los carteles con su rostro pegados en farolas y marquesinas. Las batidas de vecinos por el monte. Su cuerpo desnudo a los pies de una puerta abierta en el Bosque de los Espejos. De haberla encontrado con vida, posiblemente las cosas hubiesen sido bien distintas. Leo se aventuró a contemplar el rostro cargado de dudas del capitán Altamira y advirtió las mismas señales de ingenuidad. Quizá estaba a tiempo de advertirle del cenagal que estaba a punto de cruzar. Luego reconsideró la idea y tomó una decisión.

- ¿Dónde está?
- Acompañadme. Creo que Inés sigue aún con ella.

Se internaron por un ramal de pasillos vagamente iluminados por la luz eléctrica. Aura Valdés y Leo Baeza escoltaron al capitán unos pasos por detrás mientras éste apretaba el paso gracias al portasueros móvil que sujetaba de su mano. La periodista se cercioró que el sargento no paraba de fisgonear entre las distintas puertas abiertas de las habitaciones, donde los enfermos exhibían una angustiosa calma desde sus camas. Aura le chistó con el fin de atrapar su atención. Leo se percató al instante.

- ¿Estás seguro de lo que haces? – murmuró.
- ¿A ti qué te parece? – respondió en el mismo tono.

Enseguida tomaron un ascensor que les devolvió a la segunda planta. Altamira fue el último en salir, aventajado por aquellos dos extraños que se preguntaban en silencio dónde narices se estaban metiendo. Una claridad desgastada lamía los ventanales de la nueva galería, arrastrando el cielo briznas de humedad. Aura se fijó en la mujer que leía unos informes al fondo del pasillo. Vestía una bata blanca y unos vaqueros ajustados a juego con sus deportivas. El cabello, ligeramente ondulado, le caía en cascada por uno de sus hombros. La periodista calculó que tendría unos treinta y cinco años. Era bastante atractiva, con las facciones suaves y los labios voluminosos. En cuanto rebasaron el último ventanal, la mujer alzó la vista y dibujó una sonrisa a modo de saludo. Baeza se percató que se trataba de Inés Solís.

- Ya estoy de vuelta – le anunció el capitán –. Por cierto, ellos son Aura Valdés y Leo Baeza.
- Encantada – emitió con seguridad.
- El sargento se encargará de estar presente durante la primera intervención – evitó en la medida de lo posible pronunciar la palabra *interrogatorio* –. ¿Se sabe algo?
- Los doctores le han realizado diversas pruebas y análisis para descartar cualquier tipo de hemorragia o enfermedad infecciosa. La

conclusión es que Daniela está sana, aunque bastante desorientada y con evidentes signos de deshidratación. Hace un rato he intentado mantener un pequeño acercamiento para comunicarle que las autoridades querían charlar con ella. El problema es que se muestra bastante cerrada.

- Tal vez no sea una buena idea – reconsideró Baeza en voz alta.

- Las desapariciones suponen un desencadenante complejo que precisan igualmente de un abordaje aún más complejo. Mi tarea consiste en estabilizar y reducir los síntomas de *distrés* que Daniela comenzará a experimentar pronto tras abandonar su cautiverio.

- ¿Y eso no le causará una mayor angustia? – la abordó Aura esta vez.

- Depende – contestó ágil –. Depende de muchísimos factores. Daniela se encuentra muy vulnerable, cierto; pero también su propio mecanismo de defensa no le permite ver más allá. Hay que tratarla con estrategias de afrontamiento centradas en la emoción, y con herramientas cognitivas y conductuales encaminadas a eliminar el estrés que le produce la nueva situación.

Altamira buscó una señal en el rostro demudado del sargento.

- No estoy seguro – se atrevió a decir.

- Es lógico – se anticipó Inés –. Pero puedes estar tranquilo. Te daré instrucciones de actuación en todo momento. Daniela sólo necesita su ritmo de adaptación.

- ¿En serio no prefieres entrar tú? De alguna manera me siento que estoy usurpando tu caso.

- Hasta que el capitán no se recupere de sus lesiones, prefiero que sea otro agente el que se encargue de la intervención – sofocó Inés su desazón – Antes de que se me olvide, la conversación será grabada para hacer un seguimiento de su evolución. ¿Hay algún problema?

Vicente Altamira negó con la cabeza.

- Pues si no hay más cuestiones, prefiero que vayamos pasando. Tengo entendido que la familia ha sido informada y se espera que acuda en cualquier momento. ¿Me acompañas, Leo?

Inés Solís se adelantó unos metros hasta que frenó el paso delante de la habitación 202, con los números inscritos por encima del travesaño superior. Sin pensárselo, golpeó con los nudillos sobre la madera y abrió por completo la puerta. La luz de dentro despejó las dudas de los allí presentes. Una joven con el cabello corto y la mirada huidiza se reveló como por arte de magia en la cama del fondo. Apenas se percibía movimiento bajo las sábanas que oprimían su figura. La psicóloga franqueó el umbral y Leo la acompañó en un intento de dar marcha atrás. Sin embargo, Inés asió el pomo interior. Fue desplazando la puerta hacia atrás hasta que los ojos de Aura Valdés se encontraron por

la estrecha abertura con los de Daniela Guzmán.

Sólo entonces, supo a lo que se enfrentaba Leo Baeza.

La sala de espera se encontraba despejada en esos momentos cuando la periodista traspasó la entrada y se dirigió rauda hacia la ventana. Había dejado en el pasillo al capitán Altamira en cuanto Inés Solís cerró la puerta de la habitación 202. Aura buscó un lugar donde poder hablar en privado mientras sacaba el móvil del bolsillo de su abrigo. Después traspasó la mirada por los cristales de la ventana, donde una cortina de vapor ocultaba parte de las sierras que se adivinaban a lo lejos. Enseguida marcó un número de teléfono que se sabía de memoria y esperó vacilante al otro lado de la línea. Al tercer tono, Alicia Sanz descolgó.

- Justo te iba a llamar – descerrajó –. Acabo de enterarme de la explosión por tu blog.

- Me encuentro en el hospital de Ponferrada, Alicia. Pero estoy bien. Sólo perdí el conocimiento unos minutos.

- ¿Lo sabe Max? – su voz exhibió de pronto trazas de preocupación.

- No. Y prefiero que no le comentes nada si llega la noticia a sus oídos.

- De acuerdo. Aunque dudo mucho que no descubra tu secreto. En fin, ¿puedo hacer algo por ti?

Aura denotó que estaba impaciente por colgar.

- No estoy segura, pero creo que hay algo que debes saber.

- ¿De qué se trata? – el corazón de la periodista se agitó unos instantes.

- Anoche, entre la confusión de heridos por la explosión, apareció en el hospital una chica que llevaba cinco años desaparecida. Tengo entendido que la última vez que se la vio fue en unos carnavales que celebraba con sus compañeros de instituto en un bosque. El caso es que está ingresada y hoy mismo van a interrogarla. Se llama Daniela Guzmán. ¿Te suena de algo?

- ¡Cómo has dicho…? – elevó la voz –. ¿Daniela Guzmán, la del caso *Campanilla*?

Aura Valdés desvainó un gesto de confusión en su rostro.

- ¿El caso *Campanilla*…? – paladeó insegura.

- ¡Claro! El hada que acompañaba a Peter Pan. La prensa la bautizó con ese apelativo cuando supieron de qué iba disfrazada la noche que desapareció. ¿Se puede saber qué mierda de periódicos leías en 2014?

La periodista prefirió no desvelarle que el suyo mientras se situaba mentalmente. Recordó que ese año, el 2014, andaba practicando con la cafetera del *office* de una conocida cadena de televisión.

- ¿Alguien más lo sabe? – quebró sus pensamientos.

- Si te refieres al resto de medios, supongo que no.

- Pues entonces, escúchame: necesito que te quedes en Ponferrada y te enteres dónde ha estado la chica en todo este tiempo. Si alguien la raptó. Si se fugó por su cuenta. Por qué ha aparecido ahora y no antes. ¿Estás apuntando? Quiero saber hasta el más mínimo detalle, Aura.

- Lo único que no sé si podré llevar ambos casos – se excusó. Aura deseaba salir de allí cuanto antes y que enviara a otro en su lugar –. Ya tengo material suficiente para elaborar una crónica del detective. Ayer hablé con su secretaria y me contó que…

- Envíasela a Yuste – resolvió –. Él se encargará de darle cuerpo. Y ahora, ponte con lo otro. Necesitamos publicar un titular esta misma semana.

- No puedo, Alicia.

El silencio que se escurrió al otro lado de la línea, mantuvo a Aura en un incómodo desconcierto mientras barajaba posibles respuestas ante la que se le avecinaba.

- ¿He oído bien…? – articuló la jefa de redacción con indiscutible retintín.

- Leo Baeza está en Ponferrada hablando en estos momentos con ella.

Aura se vació de golpe. Después, tuvo la sensación de haber cometido un error.

- ¿Y cuándo tenías pensado comentármelo? – le reprochó –. Me da igual lo que tuvieras con ese tío en el pasado. Necesito que te acerques a él y le saques hasta las entretelas. ¿Me explico? Que te acuestes o no es tu problema. Pero la exclusiva es de Tribuna Madrid y la quiero en mi correo en tres días. Cinco como mucho.

- Eso es jugar sucio.

- ¿Te recuerdo cómo conseguiste el trabajo? Porque hasta donde yo sé, el crimen de Penélope Santana te permitió escalar en la profesión. ¿O me equivoco?

- Pero jamás me aproveché de Baeza. Eso te lo aseguro. Lo que ocurrió en La Alberca fue circunstancial.

Notó que su pulso comenzaba a agitarse.

- Aura, no voy a discutir contigo por teléfono. El tema de desaparecidos vende mucho en este país. Así que ya sabes lo que tienes que hacer si pretendes mantener tu puesto en el periódico.

Y escuchó cómo colgaba con saña el auricular.

La periodista volvió a guardar el móvil en el bolsillo de su abrigo y oteó una vez más el horizonte, calado por un tamiz vaporoso. Diminutas gotas de lluvia empezaron a salpicar los cristales de la ventana. El rugido de su estómago la distrajo por momentos y Aura recordó que aún no había desayunado. Deslizó la mochila por su antebrazo en busca de una de esas barritas energéticas que solía

comer a media mañana en la redacción. Luego desató los cordones y escurrió la mano por dentro.

El teléfono de Rafael Oviedo palpitó entonces entre sus dedos.

Una penumbra azulada se filtraba por la ventana de la habitación 202 mientras Leo Baeza atendía al resto de la composición de la estancia. La puerta entreabierta del cuarto de baño reflejaba parte de la ducha y el lavabo tras un paño de sombras. El suelo, recubierto por una loseta de vinilo bacteriostática, se extendía hasta los dos armarios metálicos situados al margen derecho. Leo imaginó que el espacio que ocupaba aquella máquina surtida de cables y lucecitas, sirvió tiempo atrás para alojar a otro paciente. Sin embargo, su rastro había desaparecido. La cortina que se mecía en el aire parecía ser el único vestigio ya olvidado, diseccionando la habitación en dos perfectas mitades. Después, reparó en la cama.

Daniela Guzmán apenas despegó la mirada de las gotas de gotelé que barrían la pared. Ni siquiera realizó un atisbo de movimiento bajo las sábanas que comprimían sus piernas, con los brazos estirados por encima del embozo. El sargento se adentró en su fisionomía y comprobó que tenía los labios cuarteados. Sus párpados, ligeramente violáceos, se abrían y cerraban con dificultad. Luego echó un vistazo a su corta cabellera zahína, como si en más de una ocasión hubiese sido rasurada.

Inés Solís situó una silla a los pies de la cama. La chica hizo un ademán con el antebrazo, revelándoles el magro contorno de su extremidad bajo el camisón. Su miedo y desconfianza eran más que evidentes.

- Daniela, quiero presentarte a un amigo, el sargento Baeza.

Sus ojos parecían rehuirle intencionadamente.

- Le he invitado a venir porque le gustaría conocerte y charlar un ratito con nosotras. ¿Te parece bien?

La chica asintió con el cuello rígido.

- De acuerdo. Cuando quieras – se dirigió esta vez al sargento.

La psicóloga se apartó de la cama con intención de dejarle el camino libre. Leo emprendió la marcha hacia la silla y se sentó en la orilla con precaución, como si de esa forma pudiera apaliar el rastro de aprensión que refulgía más allá de sus pupilas. Daniela apartó rápido la vista y la escondió de nuevo en la pared. La tarea que Altamira le había encomendado, iba a resultarle dificultosa. En cuanto Inés terminó de preparar el dispositivo de grabación, se aproximó a él y rozó su hombro con las yemas de sus dedos.

Supo entonces que ya no tenía escapatoria.

- Hola, Daniela – su voz grave se expandió por la habitación.

La chica estrujó la sábana con el puño.

- Entiendo que estés asustada. Yo en tu lugar lo estaría – avanzó con tacto –. Te preguntarás por qué un señor al que no has visto en tu vida, quiere conocerte y hablar contigo. Pero antes de continuar, necesito puntualizar lo que acaba de decir Inés. Ahora mismo soy tu amigo.

Daniela rotó despacio la cabeza sobre la almohada.

- Soy tu aliado y estoy aquí para ayudarte. ¿De acuerdo?

La joven desplegó sus labios agrietados con esfuerzo.

- Gracias – emitió una voz febril. Leo se percató que evitaba mirarle.

- Puedo imaginar las sensaciones que deben estar removiéndose en tu interior – escarbó un poco más –, pero necesito que me hagas un favor. Necesito que me cuentes qué ocurrió la noche que desapareciste.

Una lágrima rodó silenciosa por su mejilla. La barbilla le temblaba con disimulo.

- ¿Qué ocurrió en aquella fiesta de carnavales, Daniela?

- Estaba con algunos de mis compañeros de clase – los recuerdos empezaron a desfilar al fondo de su iris –. Hacía frío en el bosque y la música sonaba por todas partes. La gente bailaba alrededor de la tarima donde pinchaba el Dj. Pero aun así, hacía frío. Mucho frío. Comencé a sentirme mareada. Pensé que había bebido más de la cuenta, así que decidí alejarme del tumulto. Me dirigí a una zona más apartada para tomar un poco de aire. Recuerdo que había muchos pinos a mi alrededor. Pinos altísimos que se perdían en la oscuridad del cielo. En algunos tramos, las estrellas brillaban tras las copas. Seguí caminando mientras admiraba el firmamento hasta que de pronto, escuché un ruido. Un ruido similar al de una rama cuando se troncha. Giré asustada el cuerpo y me di cuenta que me había alejado de la fiesta. No escuchaba la música. Tampoco veía a ninguno de mis compañeros. Tuve miedo y eché a correr.

- ¿Hacia dónde? – le interrumpió el sargento.

- No lo sé. Solamente corrí y corrí mientras sorteaba los pinos. También grité. Grité muy alto por si alguien podía escucharme. Pero era inútil; no había nadie. Todo estaba muy oscuro y me puse a llorar.

Una nueva lágrima descendió por su rostro.

- Fue entonces cuando me golpeó por la espalda – rememoró con el embozo de la sábana hecho un ovillo –. Lo siguiente que recuerdo es el sonido del motor. Y también las sacudidas. Creo que me trasladó en un coche, aunque tampoco estoy segura. No volví a abrir los ojos hasta que me dejó en esa habitación que olía a humedad.

- ¡Pero quién?

- Él – pronunció con seguridad –. El hombre del pasamontañas.

Leo sintió una punzada en su estómago en el momento que

Daniela tropezó a propósito con su mirada.

- Él se encargaba de alimentarme, de suministrarme medicamentos si caía enferma.

- ¿Nunca se retiró el pasamontañas de la cara? Debe existir algún detalle que nos ayude a identificarle.

- Jamás – le avanzó –. Únicamente escuchaba su voz. La voz ronca de un hombre que a veces me sonreía por debajo de la tela negra.

- ¿Pero por qué? ¿Por qué te quería mantener cautiva? – necesitaba averiguar.

- Porque decía que yo le pertenecía – le reveló –. Eso fue lo que me dijo: que yo ya no era Daniela Guzmán, que sólo le pertenecía a él y que tenía que hacer todo cuanto deseara.

- ¿Por ejemplo…? – temió su respuesta.

- Abrazarle. A veces me pedía que le abrazara porque se sentía muy solo. La primera vez que me negué, me abofeteó hasta que perdí el conocimiento. Al día siguiente me dijo que si volvía a repetirlo, habría peores consecuencias. Aunque no como aquella vez, cuando me sumergió la cabeza en el barreño por intentar escaparme. Me apretó muy fuerte la tráquea y noté que la vista se me emborronaba dentro del agua.

El sargento hizo un amago de repulsión al imaginarse la escena.

- ¿Te forzó?

- No. Sólo me demandaba cariño, que le acariciase las manos cada vez que bajaba al zulo y se recostaba conmigo en el colchón. Se tiraba horas observándome, repasando con sus dedos las comisuras de mis labios, los huesos de mis clavículas, el ombligo. Notaba cómo traspiraba el tejido del pasamontañas mientras emitía jadeos. Entonces me susurraba que él me cuidaría, que me protegería del exterior, que afuera no había más que miseria humana y codicia.

- ¿Cada cuánto tiempo se repetía el ritual?

- Los primeros dos años casi a diario. Bajaba por la escalinata a media tarde y se quedaba a mi lado hasta que me daba la cena. Pero antes tenía que lavarme en el barreño. No le gustaba acariciarme hasta que no se cercioraba que me había aseado. Me desnudaba delante de él y me enjabonaba muerta de frío. Siempre me indicaba cómo debía hacerlo, qué partes tenía que frotar con esmero. Decía que tenía que estar inmaculada, que nada podía mancillarme, que mi obligación era estar pura para él.

- Porque de lo contrario… – se figuró.

- Me castigaba. Se volvía con la bolsa de la cena y echaba el candado de la puerta.

- Te enseñó a representar un papel.

- Más bien a no contradecirle – matizó con el semblante adusto. La

rabia parecía vibrar bajo sus facciones.

- ¿Alguna vez pudiste salir del zulo? – cambió intencionadamente de tema.

- No. Era imposible. Jamás me llegó a quitar el grillete salvo cuando estaba con él.

- ¿Cómo dices…?

- Antes de marcharse, siempre se aseguraba de fijar el grillete a mi tobillo. Tan sólo me liberaba los ratos que pasaba conmigo en la habitación. Después, volvía a encadenarme – evocó –. Era una cadena de hierro trenzado con la que podía moverme con dificultad. Mediría unos tres metros, lo suficiente como para acercarme al bidé o recostarme en el colchón del suelo. Pero no a la puerta. Por más que tiraba del gancho de la pared, ni siquiera era capaz de rozar con las yemas el primer tramo de la escalera.

- Intuyo que se trataba del sótano de una vivienda.

- Era un zulo. Una habitación escondida bajo tierra en las profundidades del bosque.

- ¿Tuviste oportunidad de ver los alrededores?

- Hace unas semanas, cuando de repente dejó de ponerme el grillete.

Leo Baeza esgrimió un rictus de confusión desde su silla.

- Esa tarde estaba raro. Apenas me dirigió la palabra. Depositó la bolsa de la cena en el suelo y acto seguido me liberó. Luego me dijo que tenía algo de prisa, que habían surgido ciertos problemas que debía resolver y se dio media vuelta. *Te olvidas de ponerme el grillete*, le recordé. Él frenó el paso en el segundo escalón y pude sentir cómo esbozaba una sonrisa bajo el pasamontañas. *No me olvido*, respondió. *Ahora sé que ya no te escaparás*. Cuando se largó, subí corriendo las escaleras y colé la mirada por debajo de la puerta. Varios arbustos se adivinaban al fondo mientras olía la humedad de la tierra. Grité por si alguien pudiera escucharme. Después tiré del pomo. Pero la puerta seguía atrancada.

- Hasta ayer – dudó.

- Hasta que tuve el valor de hacerlo – respondió.

Daniela se echó a llorar, depositando una vez más la mirada contra la pared.

- No estaba segura. Tenía mucho miedo de que saliese mal. Pero era la única oportunidad que tenía de escapar – sollozó con la voz pastosa –. Había horadado una esquina del colchón sin que se diese cuenta. Durante días fui escarbando con los dedos en el relleno. Una vez que extraje el muelle, esperé paciente su llegada. Era consciente de que podía salir mal, pero necesitaba intentarlo. Esa tarde apareció más temprano de lo habitual. Me preguntó que qué me pasaba cuando me vio tendida en el suelo. Le dije que me encontraba mal, que creía que

estaba enferma. Entonces se aproximó. Detuvo sus botas a un palmo de mi rostro y alargó el brazo. Fue entonces, al incorporarme, cuando le clavé el muelle en su mano izquierda. Hui a toda prisa del zulo mientras escuchaba sus alaridos. Recuerdo que una extraña claridad me cegó en el instante que atravesé la puerta y me interné corriendo en el bosque. Pero no me detuve. Corrí y corrí hasta que horas más tarde, contemplé a lo lejos las luces de Ponferrada.

- Es suficiente – abortó Inés la conversación.

La psicóloga detuvo el reproductor de grabación y proyectó una mirada furibunda en él. Tal vez Leo se percató que había ahondado más de la cuenta en la entrevista mientras la mujer parecía invitarle a abandonar la habitación. Inés se acercó hasta la cama y acarició el cuero cabelludo de la joven con intención de calmarla. Daniela continuaba llorando entre hipidos.

En cuanto el sargento asió el pomo de la puerta, volvió a girar sobre sí mismo. Miró a la joven con pesar y tosió levemente para atrapar su atención.

- Sólo una pregunta más. ¿Hubo alguna otra chica en aquella habitación?

Daniela frunció sorprendida el ceño antes de responder.

- Ojalá hubiese estado acompañada.

Después, el rastro de Leo Baeza se extinguió por un pasillo infestado de más sombras.

Vicente Altamira no paraba de removerse en la cama mientras miraba una vez más el reloj de pulsera que descansaba sobre la mesilla supletoria. Se cercioró que habían pasado tres cuartos de hora desde que dejó al sargento Baeza en la habitación 202. De nuevo, se preguntó qué tal le estaría yendo con la chica durante aquella primera sesión. Las ganas de saber le devoraban las entrañas. De algún modo, Altamira se reprochó su mala suerte. Que no pudiese estar en esos momentos al frente de una investigación que inició con su equipo en febrero de 2014 y que se extendió a lo largo de dos años, le asqueó. Él, que había hecho batidas por los mismos lugares donde se la vio horas antes de desaparecer. Él, que se había entrevistado con familiares y amigos en busca de alguna pista fiable. Él, que se resignó a que el caso fuese evaporándose de las páginas de los periódicos locales. Sólo él tuvo el valor de maldecirse cuando se dio cuenta que Daniela Guzmán estaba viva, a pocos metros de su habitación y que ni siquiera podía interrogarla por recomendación de la psicóloga.

Los golpecitos contra la puerta le robaron el ánimo. Vicente Altamira articuló un *¡adelante!* y enseguida descubrió la figura del sargento tras la penumbra del pasillo. Leo enfiló con el paso ligero y se detuvo a los pies de la cama con el rostro picado por su propia

incertidumbre.

- ¡Y bien…? – le lanzó exaltado.

Leo tuvo dudas de saber encontrar las palabras que pudieran describir las sensaciones que bullían en su fuero interno.

- Creo que será mejor que lo veas por ti mismo. Inés ha grabado la entrevista.

- ¿Pero…? – se irguió en la cama.

- La chica está muy afectada, eso es evidente. Fue raptada esa misma noche por un tipo que siempre ha llevado el rostro cubierto por un pasamontañas – Altamira apenas pestañeaba –. Debió de trasladarla en un coche mientras se encontraba inconsciente y después la encerró en un zulo situado en el bosque. El lugar no he podido precisarlo.

- ¡Entonces se escapó? – ahora parecía más bien enervado.

- Eso asegura. Dice que le hincó un muelle en su mano izquierda para poder fugarse.

- Tengo que informar al Puesto para que intensifiquen los controles en las principales carreteras de la comarca y den el aviso a León – escupió para sí mismo. Su mente no paraba de bosquejar nuevas rutas de ejecución –. Hay que dar con su raptor antes de que decida huir. Puede que ya sepa que se encuentra en el hospital.

Leo se atoró ante su precipitada necesidad de localizar respuestas.

- Más raro me parece que la chica lleve años desaparecida y aparezca el día antes de cumplirse su quinto aniversario – apuntó *ex profeso*.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que quizá la intención de su raptor no fuese otra que deshacerse de ella.

- ¿Por qué?

- No lo sé. Puede que ya no viera en ella a una adolescente. Esa muchacha por lo menos tendrá…

- Veintiún años – concretó –. Daniela Guzmán desapareció con dieciséis.

Baeza percibió cierto retintín en su voz y decidió cambiar de tema.

- ¿Se sabe algo más de la explosión? – las dudas le carcomían por dentro.

- Negativo. Aunque me pregunto por qué un tío que se va a suicidar, colocaría una bomba casera en su teléfono móvil.

- Tal vez para deshacerse de algo que escondía en el terminal – conjeturó.

- O puede que estemos mirando en la dirección equivocada y la clave se halle en el domicilio de su hermano.

Altamira hizo una pausa breve para mirarle fijamente a los ojos.

- ¿Y si ocurrió algo en esa vivienda que no quería que viésemos? ¿Acaso Tintín protegía un secreto que sólo ellos conocían?

El sargento bosquejó una mueca de recelo.

- ¿Habéis hablado con Christoffer van Hoof?

- Continúa sin dar señales de vida – pareció retarle.

Los ojos del capitán viraron intencionadamente de rumbo. Leo giró el cuello y enseguida tropezó con Aura Valdés. Su figura se desleía tras la penumbra que habitaba al otro lado de la puerta. Después se fijó en el doctor que la escoltaba unos pasos por detrás.

- ¿Se puede? – preguntó con cautela –. Es que no sabía dónde encontrarte. La psicóloga le pidió que me acompañase.

La periodista señaló con disimulo al sanitario.

- ¿Qué ocurre?

- Sólo vengo a decirte que me marcho. Bueno, y también que me quedaré unos días más en Ponferrada. Ha habido cambio de planes en la redacción – alteró intencionadamente la verdad.

- De acuerdo. Estamos en contacto – respondió parco.

A Leo le intimidaba el forzoso silencio de los allí presentes.

- Hay algo más – se adelantó el doctor, rebasando unos centímetros la habitación –. Una docena de periodistas ha acampado con sus furgones delante de la entrada del hospital.

- ¡Cómo…? – escupió Altamira.

- El director se pregunta que quizá le apetezca organizar una rueda con los medios en la sala de eventos.

El capitán se incorporó de la cama al tiempo que se arrancaba el collarín.

- ¡Pero no haga eso! – le exigió el doctor –. ¡No ve que aún sigue convaleciente!

- Me da igual. Solicito el alta voluntaria – su ánimo iba *in crescendo* – ¡Y quíteme de una maldita vez esta vía!

Aura retrocedió unos pasos y se esfumó por un pasillo infestado de tinieblas, donde las voces de Vicente Altamira podían percibirse como un eco lejano. Todavía era incapaz de quitarse de la cabeza lo que había encontrado en el móvil del detective. Aura continuó avanzando por las entrañas del hospital y se resignó a pensar que tal vez Rafael Oviedo no era el respetable investigador que tanto se esmeró en elogiar su secretaria.

Minutos más tarde, el capitán del Puesto de Ponferrada y la comarca del Bierzo cruzó con cara de pocos amigos el vestíbulo del hospital.

Y es que nada parecía detener sus ansias de enfrentarse a los medios de comunicación que se habían atrincherado por fuera de la puerta giratoria mientras daba grandes zancadas con el semblante adusto. Vicente Altamira continuó bregando con sus pensamientos sin atender siquiera a los tres agentes que le saludaron de forma concisa a pocos metros del mostrador de admisiones. Simplemente se dejaron arrastrar por su fuerza centrípeta y le acompañaron en silencio ante el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo. Antes de empujar la hoja de cristal, Baeza le detuvo en su empeño. El capitán le lanzó una mirada corrosiva que impresionó al propio sargento.

- ¿Estás seguro de lo que haces? – quiso prevenirle –. Porque después no habrá marcha atrás. Esa gente te exprimirá hasta que el caso ya no genere interés.

Altamira no se dio por aludido cuando atravesó finalmente las puertas y un aluvión de flashes aclaró su figura ante la marea de periodistas que pronto comenzó a asediarle con una batida de preguntas. Se posicionó al borde del primer escalón del complejo hospitalario y echó una mirada en derredor segundos antes de arrancar con su declaración. Baeza prefirió mantenerse a un margen, cerca de los otros guardias.

- Buenos días a todos. Soy Vicente Altamira, Capitán de la Compañía de la Guardia Civil de Ponferrada – un turbador silencio se esparció en el ambiente –. Antes de nada, me gustaría agradecerles su presencia aquí. Como responsable del mando de operaciones, diré que ayer tarde, alrededor de las 18:30 horas, una explosión tuvo lugar en el primer piso de un inmueble situado en la calle la Paz, cobrando la vida de dos agentes que se encontraban en servicio en dicho domicilio y que responden a los nombres de Julián Salinas y Francisco Tabares. En estos momentos la Compañía está estudiando el suceso para esclarecer cuanto antes los hechos, aunque me gustaría recalcar que no se trata de un atentado como se ha especulado en las últimas horas, sino más bien de algo aislado, posiblemente un escape de gas. El caso se encuentra bajo secreto de sumario e iremos aportando datos según vaya avanzando la investigación. Desde aquí, pido guardar honores por los dos guardias que fallecieron en el siniestro en horas de servicio.

- Capitán Altamira – llamó su atención un joven periodista – Soy Thiago Martín, del Norte de Castilla. ¿Es cierto que Daniela Guzmán ha reaparecido en el hospital tras casi cinco años en paradero desconocido?

- Eso es completamente falso – negó con rotundidad. Las gotas de sudor resbalaban por su frente.

- Pero una enfermera del centro ha publicado en una conocida red social haberla atendido anoche – le abordó otro reportero con sed de

una suculenta primicia.

- Por favor, les insto a que no especulen con bulos que no han sido contrastados y comunicados desde cualquier canal oficial. Hay una familia que todavía sigue sufriendo por la desaparición de esa chica.

- Capitán Altamira, de La Gaceta de León. ¿Es verdad que la joven llevaba tiempo…?

- Muchas gracias a todos – le interrumpió ante la marea de cuestiones que comenzó de pronto a asediarle.

Vicente descendió raudo un extremo de las escalinatas exteriores y se dirigió a una patrulla situada en la primera plaza del parking. La confusión de cámaras y flashes le acompañó bajo un ensordecedor ajetreo mientras Leo Baeza esquivaba como podía a la turbamulta con intención de alcanzar el vehículo. Enseguida se acomodó en el asiento y cerró la puerta ante la avalancha que se precipitaba a su encuentro. Tras el cristal de la ventanilla, varios reporteros le reconocieron y gritaron su nombre. ¡Es Baeza, del caso Santana!, vociferó uno de ellos mientras aporreaba la patrulla.

- ¡Arranca el maldito coche! – apremió al capitán.

Altamira introdujo la llave de contacto y aceleró. El chirrido de los neumáticos restalló contra el asfalto al tiempo que abandonaban el complejo hospitalario y se internaban rápido en la carretera. Después, se buscaron con la mirada.

- Por poco – dijo con el corazón atronando bajo su caja torácica.

- ¿Por poco dices…? – el cabreo del capitán era notorio – Todavía sigo sin explicarme cómo ostias se ha podido correr la voz. ¡Joder, que no hace ni veinticuatro horas que ha aparecido con vida!

A punto estuvo Leo de replicarle.

- ¿Qué piensas hacer?

- Mantener a la familia alejada del foco mediático – le avanzó con la mandíbula rígida –. Está claro que la noticia saltará por los aires en cuanto reabra el caso y vuelva a interrogar a los principales sospechosos.

Quince minutos después, Vicente Altamira estacionó la patrulla a pocos metros de la entrada del Puesto. Su cara destilaba cansancio y hostilidad a partes iguales al franquear las puertas de las dependencias y perderse por un largo pasillo iluminado por una fluorescencia fría. Leo intentaba emular su ritmo apresurado, elucubrando para sus adentros qué narices estaba haciendo allí y de qué manera se había visto envuelto en aquel asunto.

El capitán atravesó la sala de ordenadores, donde varios de sus hombres se quedaron atónitos al verle. Baeza apareció segundos más tarde y ojeó las distintas mesas de trabajo desperdigadas por

la amplia habitación.

- La prensa sabe que ha aparecido Daniela Guzmán – se dirigió a todos –. Necesito que rastréis su rastro en internet y que eliminéis cualquier clase de bulo del servidor.

Los agentes recibieron la orden sin ánimo alguno de réplica a medida que Blas Carmona abandonaba su escritorio. El guardia se acercó cauteloso con un folio de la mano.

- Jefe, ¿qué tal se encuentra? – le tanteó.
- Al grano, Carmona.
- Christoffer van Hoof, el hermano de Tintín, sigue en paradero desconocido. Su teléfono continúa apagado y tampoco ha abierto la vinoteca que regenta en el centro de la ciudad – resumió –. El caso es que me ha dado por fisgonear en su cuenta de Facebook y curiosamente ayer publicó una foto. La colgó a media tarde.

Carmona le tendió deprisa la hoja que sostenía en la mano y el capitán se sumergió junto a Baeza en la fotografía a color que revelaba trazas poco definidas a causa de la impresora. La escena mostraba un paraje agreste, donde la caída de sol reverberaba destellos anaranjados contra la superficie cristalina del pantano. A un lateral, Christoffer van Hoof sonreía triunfal a cámara mientras se enorgullecía de enseñar en su particular *selfie* la trucha que sujetaba de la mano, con el anzuelo aún clavado en la boca del pez. Altamira se sintió en cierto modo satisfecho de ponerle cara al hermano de Tintín. El cabello castaño y ondulado. Las pestañas pobladas. Las facciones igual de remarcadas que Jan van Hoof y la complexión – o al menos la parte que se podía evidenciar bajo su jersey a rayas – atlética. Vicente volvió a hacer un barrido de izquierda a derecha y supo que aquel lugar era, sin duda, el embalse de Bárcena en Cubillos del Sil. Lugar de residencia de la comunidad belga.

- ¡Mierda, no puede ser! – vociferó Baeza.

Los agentes que había en ese momento en la sala, interrumpieron su trabajo para observarlo fijamente.

- ¿Qué es lo que ocurre ahora? – quiso averiguar Altamira.
- ¡La mano, joder! ¡No te das cuentas! ¡Lleva la mano vendada!

El capitán posó de nuevo sus ojos en la fotografía y examinó la venda que cruzaba en varias vueltas la palma de su mano. Seguía sin caer en la señal.

- La chica dijo que hirió a su raptor en la mano izquierda con el muelle de un colchón. La misma mano con la que Christoffer sostiene su pieza y que lleva vendada – soltó con atropello –. Por lo que si coincide con la lesión, y a mayores no se le localiza…
- Posiblemente se trate del hombre que estamos buscando – remató.

Los tres agentes enmudecieron al unísono.

- Jefe, su mujer sí que está localizable – recordó Carmona –. Es más,

puede que incluso le esté encubriendo.

- Entonces no hay tiempo que perder. Vamos a preparar un dispositivo para interrogarla en su domicilio, y que Robles y Picazo se encarguen de pincharle el teléfono. Si somos capaces de ponerla nerviosa, no tardará en contactar con él.

Se había dirigido en su Golf blanco al centro de la ciudad cuando Aura Valdés se acomodó minutos más tarde en el velador de una cafetería que olía a carne a la plancha. Se pidió un pepito de lomo para comer y una cerveza que le supo a gloria bendita. Después de todo, la periodista objetó que se lo había ganado tras permanecer en el hospital toda la noche y salir ilesa de la explosión. Más allá del ventanal, el cielo esparcía gotas de agua en suspensión que emborronaban los contornos de los edificios. La calle se mantenía solitaria y el sonido de la máquina tragaperras parecía ser el único vestigio de vida que quedaba a las tres y cuarto de la tarde.

Aura depositó el bocadillo en el plato y sacó de su mochila el móvil del detective. Al encender la pantalla, comprobó una vez más la reserva de batería: 55%. Debía de existir alguna manera de acceder a la aplicación que encontró por casualidad en una carpeta y que aún no se le iba de la cabeza. *Me&You*. En tonos azules y con la imagen corporativa de dos manos entrelazadas. Volvió a pulsar encima. La clave de acceso la obligaba a introducir una contraseña. El dilema que llevaba rumiando en su mente más de una hora se transformó de pronto en una sonrisa maliciosa. La periodista extrajo su teléfono del bolsillo de su abrigo y entró en el icono de llamadas realizadas. Después pulsó encima de su nombre y esperó ansiosa una respuesta. Al segundo tono, apareció su voz.

- Parece que alguien no consigue dominar sus nervios – soltó sin más. Aura apenas pudo contener la risa –. Pero te avanzaré que ya he estado en la cafetería de la urbanización Valparaíso intentando *hackear* la cabina que hay justo delante.

- ¿Y…? – le solicitó una respuesta.

- Pues que lo veo muy complicado. Ya te dije que el sistema de seguridad de Telefónica está plagado de granadas y cortafuegos, igual que si jugaras a *Hundir la Flota*. Pero prometo que seguiré practicando con mis misiles.

La periodista esbozó una mueca de conformidad al tiempo que trasteaba con el terminal del detective sobre la mesa.

- Hay algo más, Hooded – cambió intencionadamente de registro–. ¿Existe la posibilidad de entrar a una aplicación móvil, aun desconociendo la clave de acceso?

- Depende. ¿Has probado a darle a *recuperación de contraseña*? Recibirías un mensaje al correo electrónico asociado a esa cuenta.

- Digamos que tengo en mi poder el móvil de Rafael Oviedo. Estaba escondido en uno de los cajones de su escritorio.

- A este paso te convertirás en la nueva Jessica Fletcher del panorama nacional.

- Menos guasas *majete*, que lo devolveré – se justificó –. El caso es que sospecho que el móvil debe tratarse de un prepago. No me imagino a Rafael Oviedo con un Nokia 8810, aparte de que su teléfono personal lo llevaría encima cuando lo asesinaron en Madrid.

- Obvio – acuñó el informático al otro lado de la línea.

- Mi miedo es que al entrar en su correo electrónico, la policía acabe rastreándolo de alguna forma. No sé si me explico. Que deje en la red una huella digital o similar.

- ¿Ahora te preocupa que la policía te pille después de *"cogerlo prestado"*? – le rebatió mordaz –. Lo primero: es meramente imposible rastrear la línea de un prepago, así como el uso que se le dé. Y lo segundo: si por lo que cuentas tenía el teléfono a buen recaudo en un cajón de su despacho, eso es porque hay algo en él que no deseaba vincular al suyo personal.

Aura se mantenía absorta, desmontando cada palabra en su cabeza.

- Y ahora, ¿me vas a contar de qué se trata?

- Resulta que Rafael Oviedo utilizaba una aplicación de contactos gay llamada *Me&You*.

- Por qué será que no me sorprende viniendo de ti – concluyó –. Aunque presiento que todavía queda la guinda del pastel. ¿Voy bien?

- Hooded, necesito acceder a la aplicación y averiguar si chateó con alguien días antes de viajar a Madrid.

- De acuerdo. La operación es sencilla. ¿Has entrado ya en su cuenta de correo?

La periodista pulsó de inmediato en el icono de Gmail.

- ¡Qué raro! La bandeja está vacía. No hay mensajes.

- Eso es porque tu detective evitaba que cualquiera fisgonease entre sus cosas – dedujo –. Vuelve a entrar en la aplicación y dale a *recuperar contraseña*.

Aura repitió paso a paso sus indicaciones y después esperó una señal.

- Ya está – le avanzó –. ¿Y ahora qué?

- En cuanto recibas un correo, introduces la nueva contraseña y con eso te daría acceso al proceloso mundo de la comunidad internauta.

- Una cosa más. ¿Podrían existir otras aplicaciones asociadas?

- Por supuesto. Si me pasas el nombre de la cuenta, puedo hacer un rastreo desde *Contact Monkey*.

- Apunta: r.oviedo@gmail.com
- Listo. Dame un par de días y te diré lo que he descubierto.

Una vez que colgó la llamada, Aura se percató que el sistema había generado un correo instantáneo en la bandeja de entrada. Modificó las claves de acceso y probó a entrar en *Me&You* con la nueva contraseña. ¡Bingo!, acertó a decir. La web de citas para hombres se abrió ante sus ojos como un vago espejismo. Rápidamente seleccionó la pestaña de mensajes y esperó a que la plataforma cargase el contenido.

Después, sus ojos hurgaron en lo que no debían.

Cubillos del Sil era un municipio berciano dedicado a la extracción del carbón y situado a 9 kilómetros de Ponferrada dirección noroeste.

Sin embargo, Vicente Altamira no detuvo la patrulla mientras avanzaba por la vía principal, desierta a esas horas de la tarde. Continuó conduciendo en silencio al tiempo que oteaba por la ventanilla los distintos comercios que flanqueaban la calle, todos ellos con las trapas bajadas. Enseguida encendió la radio. El parte meteorológico anunciaba fuertes lluvias para el final del día. Luego dobló el último edificio y se internó por una vieja carretera. Dos torres de refrigeración emergieron de la central termoeléctrica Compostilla II. Al fondo, los tonos ocres de las montañas se diluían bajo una cortina de mojabobos disuelta en el ambiente, donde la niebla correteaba con su aliento glacial por los márgenes del embalse de Bárcena. El capitán giró el volante y se internó rápido por un camino sin asfaltar. El horizonte quedó velado por un tejadillo de ramas y acículas que asfixiaba los contornos del bosque.

Leo apenas podía apartar la vista de la luneta. Aquel escenario le devolvió imágenes de Las Batuecas a medida que su mente repasaba una y otra vez el motivo que le había llevado a acompañarlo a casa de Christoffer van Hoof. *Si somos capaces de ponerla nerviosa, no tardará en contactar con él*. Eso mismo fue lo que dijo minutos antes de que abandonasen el Puesto. Pero, ¿y si no funcionaba?, elucubró ¿Y si era cierto que Nathalie Peeters, su esposa, desconocía dónde podía esconderse? ¿Acaso tenía algo que ver en la muerte de su hermano? ¿Tal vez con el móvil que explosionó en su domicilio de la calle la Paz?

Esas y otras cuestiones le acompañaron en silencio de camino a la comunidad belga, la cual se descubrió a lo lejos entre legendarios castaños y matorrales. El complejo de bungalós se había levantado a principios de los ochenta, cuando se asentaron los primeros moradores en busca de mejores condiciones

laborales en la central térmica de carbón. El recinto contaba con alumbrado público, parque infantil, zonas ajardinadas y un modesto supermercado. Leo atendió asombrado a las casitas prefabricadas que se alineaban en perfecta simetría, con vallas de madera a la entrada y un huerto ecológico en cada una de ellas.

Al momento, la voz de Martínez resonó en el interior. Altamira abrió el *pocket* sin dudarlo.

- Jefe, el furgón se encuentra oculto entre la maleza a cierta distancia de los bungalós. Robles y Picazo acaban de pinchar el teléfono. ¿Necesita algo más?

- Todo listo. Me encuentro a escasos veinte metros del objetivo. Cambio y corto.

Al sargento le desconcertó la metódica praxis que el capitán y sus hombres efectuaban en la preparación del dispositivo. En cuanto Altamira detuvo la patrulla delante de la vivienda de Christoffer van Hoof, confirmó por una de las ventanas que había luz en su interior. Después, apagó el motor.

- ¿Vamos…?

- Mejor te espero aquí – sorteó Baeza.

- Prefiero que entres conmigo. Me gustaría conocer tus impresiones.

Altamira se abstuvo de explicarle lo que pensaba en realidad; que posiblemente conoció a Jan y Christoffer van Hoof en el pasado y que, por ende, su mujer lo reconocería al haberle visto en alguna ocasión. En el fondo, necesitaba comprobar las reacciones de ambos.

Leo se desabrochó el cinturón enojado y salió del vehículo. El aire de la sierra lo embistió con saña. Rápidamente se subió el cuello de su anorak y atravesó junto al capitán la cancela de madera que comunicaba con el bungaló mediante una senda de pizarra. Se fijó en los horripilantes duendecillos que poblaban el jardín, prácticamente abandonado. También en la fuente con forma de *Mannenken Pis* por el que emanaba un chorrito de agua constante. El capitán fue el primero en subir los tres escalones. Después, aporreó la puerta. Ambos esperaron callados en el porche hasta que al cabo de un minuto, alguien giró el pomo desde dentro.

- ¿Qué desean? – su acento afrancesado delató su procedencia.

La mujer tendría alrededor de cuarenta y cinco años. Su apariencia era joven, atlética, con el cabello incendiado en tonos rojizos y la piel nívea y pecosa. Los miró con bastante recelo, ocultando parte de su cuerpo por detrás de la puerta.

- ¿Es usted Nathalie Peeters?

Ella asintió con mucha más desconfianza.

- Venimos a hacerle unas preguntas acerca de su marido. ¿Podemos

pasar?

Altamira le mostró su placa por fuera del bolsillo de su *Barbour*.

Nathalie Peeters abrió la puerta del todo y los invitó a traspasar el umbral de su casa. El hall que se manifestó al otro lado destilaba cierto encanto montañés, con el techo revestido de listones de madera en color blanco, dos butacas de mimbre y un aparador con el barniz original decapado. La mujer cruzó el angosto pasillo y franqueó la entrada que había a su izquierda. Leo atendió enseguida a la decoración que rezumaba el amplio salón mientras Nathalie tomaba asiento en un sofá con tapicería de lino. Las paredes eran de piedra vista. Al fondo, la chimenea de forja crepitaba con deliciosa calma, propagando un aroma a resina que invadía por completo la estancia. Un par de librerías custodiaban la ventana con la cortina de ganchillo totalmente descorrida y una mullida alfombra de pelo se extendía hasta las patas del sillón, donde Altamira se acomodó junto a una lámpara de pie. Baeza le acompañó en silencio y se sentó a su lado. Luego observó un retrato de la pareja sobre una mesilla auxiliar. Christoffer y Nathalie parecían sonreír al mundo con despreocupada satisfacción.

- Señora, no me voy a andar por las ramas – pronunció el capitán con visible malestar–. La pregunta es sencilla: ¿dónde se encuentra su marido?

- ¡No lo sé! – la mujer se agitó nerviosa en el sofá –. Ya le dije a uno de sus agentes que no ha vuelto por casa desde entonces.

- Pero resulta que dos de mis hombres permanecen en el tanatorio de La Encina *desde entonces*, a causa de una explosión que se originó en el inmueble que tiene alquilado a su nombre. ¿Me explico?

Nathalie comenzó a sollozar.

- Por lo que me resulta bastante sospechosos que *desde entonces* –recalcó una vez más–, no sepa nada del paradero de su marido. Le recuerdo que mañana se oficia la misa de Jan van Hoof, su hermano. ¿O es que también desconoce que se ha suicidado?

La mujer se encogió de hombros con la mirada embarrada en sus propias lágrimas.

- Si me permite, es de suma importancia contactar con él para hacerle unas preguntas y aclarar ciertos aspectos que ahora mismo estamos intentando encajar – tomó Baeza el relevo –. Le aconsejó que nos cuenta la verdad.

- ¡Pero por qué nadie parece escucharme? – desempañó con un poso de impotencia en su voz–. Yo también soy la primera interesada en que todo esto acabe. Christoffer es inocente. Sería incapaz de hacer algo así, se lo aseguro. Él no tiene nada que ver con lo ocurrido en la

calle la Paz.

- ¿Por qué…? – intentó avanzar en su particular interrogatorio.

- Por la sencilla razón de que lleva un par de días fuera.

Altamira se percató que no paraba de observar al sargento. Una incómoda sensación le hizo albergar ciertas sospechas.

- ¿Y cómo es que ayer publicó una foto en el embalse de Bárcena? – la asedió esta vez el capitán –. Lo hemos verificado esta mañana en su cuenta de Facebook.

- Esa foto se la tomó el sábado pasado, cuando salió a pescar – argumentó veloz.

- Entonces, según usted, su marido se larga del domicilio sin avisar, ignorando que su hermano se ha lanzado desde la azotea de un edificio. Edificio en el que tiene arrendado un inmueble a su nombre y que resulta que fue donde Tintín fabricó una bomba casera que después insertó en su teléfono móvil – resumió – ¿Nos quiere tomar por imbéciles?

Nathalie le atendió boquiabierta.

- Me da igual que no me crean. Christoffer suele ausentarse con bastante frecuencia.

- ¿Algún motivo en particular?

- Por trabajo – alegó –. Mi marido viaja a menudo a Bélgica por temas de trabajo. Exporta vino de la zona a nuestro país y también carga con género que vende después en la tienda. No siempre me telefonea desde el hotel para decirme que ha llegado bien; aunque, hasta donde yo sé, eso tampoco es un delito. ¿Verdad?

Vicente Altamira se clavó a propósito las uñas en las palmas de sus manos, intentando así mantener el autocontrol. Que Nathalie estaba encubriendo a su marido, era un hecho.

- Lo que sigo sin comprender es por qué alquiló un piso en Ponferrada, teniendo su domicilio aquí, en Cubillos del Sil.

- Es que íbamos a mudarnos a esa casa. La tienda se encuentra bastante cerca y el precio de la renta es, o mejor dicho, era muy asequible – la mujer esbozó un gesto de pesar –. Ya ve que nuestros planes se han ido al traste…

- Discrepo – se aventuró Baeza –. Nada habría cambiado si su cuñado no hubiese volado por los aires una parte del inmueble.

- ¡Ahora va a resultar que tengo yo la culpa…! – añadió dolida.

- No – respondió el capitán –. Pero alguna explicación debe de haber para que Tintín lo echara todo a perder y después se quitara la vida.

La mujer le arrojó una mirada cargada de inquina. Ni siquiera varió su posición en el sofá.

- En tal caso deberían preguntárselo a Camille, su esposa. Tal vez ella pueda aclararles si Jan sufría algún trastorno mental significativo

como para acabar haciendo lo que hizo.

- Intuyo que su relación no era lo que se dice muy cercana – la sondeó –. No parece muy afectada por su muerte.

- Oiga, que llevara tiempo sin hablarme con él no significa que no me haya dado lástima del camino que escogió al final – alegó en su defensa –. Pero si algo he aprendido en estos años, es que no pienso cargar con las miserias de los demás. Jamás. Tintín era ya mayorcito para saber lo que hacía. Tenía un trabajo estable en el matadero, una familia a la que atender. ¿Qué más quería? Aunque, pensándolo bien, quizá no estaba por la labor.

- ¿De qué…?

Vicente necesitaba tirar un poco más del hilo.

- Pues por la labor de madurar de una puta vez y conformarse con la vida que tenía. Pero claro, él no estaba contento. Siempre acababa volviendo a las andadas. ¿Y saben qué les digo? Que en el fondo se lo buscó él solito. Cómo es ese dicho: *cada uno se ahorca en el árbol que quiere*. Pues entonces, él se ahorcó en el que le dio la gana. ¿Y por qué? Por la sencilla razón de que nunca escuchó a su hermano. Christoffer le insistía en que dejara de fumar esa mierda que le estaba consumiendo el cerebro, que se juntara con otras compañías, que lo hiciera por Noah, su hijo. Pero imagino que prefirió robarle las llaves del piso para jodernos un poco más la vida a los demás.

El capitán y el sargento se lanzaron una mirada de connivencia que revelaba un sentimiento común: Nathalie sentía un desmesurado rencor hacia su cuñado que le costaba disimular.

- ¿Cree que se hizo con una copia de las llaves?

- Tampoco le encuentro otra explicación – dudó –. Lo que Christoffer y él hablaran cuando quedaban a tomar una cerveza, es algo que desconozco. Siempre he intentado no entrometerme en la relación de los hermanos.

Vicente exhaló un hondo suspiro y se levantó acto seguido del sofá. La charla acababa de alcanzar su cenit. Leo lo acompañó en su ascenso mientras Nathalie se chascaba los dedos, anquilosados por la tensión. Después se puso en pie.

- No hace falta que nos acompañe – le dijo –. De todos modos, no deje de ponerse en contacto en cuanto tenga noticias de su marido. No me gustaría activar una orden de búsqueda y captura a través de la Interpol.

- Descuide, capitán. Les mantendré informados.

Los dos agentes abandonaron el domicilio de los van Hoof con la sensación de haber errado en su propósito: averiguar dónde se escondía el hermano de Tintín. Que Christoffer fuese el único responsable de raptar a Daniela Guzmán cinco años atrás, era algo que su propia esposa, Nathalie Peeters, tampoco iba a

desenmascarar aunque conociese su secreto.

Leo abrió la puerta de la patrulla y se sentó en el asiento del copiloto. Miles de ideas bullían en su mente cuando Altamira arrancó el motor y retomó el camino de vuelta por la misma calle repleta de bungalós. Puede que en ese instante las piezas del rompecabezas le robasen el ánimo. Puede que incluso nada tuviera sentido y la simple idea de regresar a La Alberca lo pergeñase como una ilusión pueril. Pero a medida que el coche avanzaba por el bosque, Leo fue incapaz de retirar la vista de la ventanilla.

Y es que la antena de aquel furgón escondido tras la maleza le convenció de que aún existía una posibilidad.

Inés Solís se encontraba enfrascada en la lectura de unos documentos cuando el teléfono repiqueteó al fondo del despacho. La psicóloga depositó los folios sobre la mesa y descolgó por inercia. Luego escuchó atenta lo que la enfermera de planta parecía comunicarle con inquietud al otro lado de la línea.

- De acuerdo – respondió finalmente –. Me hago cargo.

Enseguida se abotonó la bata médica y salió disparada hacia los ascensores. No tardó en comprobar que la flecha de subida ubicada en el panel de mandos parpadea con intervalos regulares. Se puso nerviosa. Inés notó en la boca del estómago un hormigueo que la redujo a calibrar en milésimas de segundo la situación. ¿Haría falta hablar antes con él? Tampoco estaba del todo segura. Nunca había trabajado en la situación contraria; la de comunicar a la familia que su hija desaparecida había regresado años más tarde. ¿Pero de qué manera un profesional en psicología criminal podía exponer esa buena noticia sin llegar a profundizar en el calvario que la joven vivió, encerrada en un zulo?

Al momento, las puertas se abrieron de par en par.

Ismael Guzmán apenas ejerció un movimiento facial tras su estática posición. Simplemente se quedó varado en mitad del ascensor mientras Inés analizaba con premura su lenguaje corporal. Tendría alrededor de sesenta años. Su corta cabellera, echada ligeramente hacia delante, espejaba el revoltijo de canas que se adentraban desde sus sienes hasta la parte occipital de su cráneo. La nariz huesuda, los labios belfos, la mirada derrotada. Ismael parecía clamar con su actitud de sometimiento una pronta respuesta. El hombre dio un paso con la espalda encorvada y mostró a la luz del pasillo su magra fisionomía, oculta bajo su chaquetón con cuello de borrego. Un concentrado olor a *aftershave* le indicó que hacía escasos minutos que se había

afeitado.

- Señor Guzmán, soy Inés Solís, la psicóloga encargada de atender a su hija.

La mujer dudó de sus propias palabras.

- ¡Por el amor de Dios! ¿Es ella? ¿Es mi Daniela la que ha aparecido? ¿Cómo está? – enumeró sumamente alterado, con los ojos inyectados por una red de vasos capilares.

- Estable – pronunció flemática –. Su hija se encuentra estable, y por supuesto, es ella.

Ismael rompió a llorar, desalojando de su pecho una retahíla de hipidos que le impedían continuar.

- Tranquilícese – deseó consolarle – Le prometo que su hija está en buenas manos. Pero antes necesito que se recomponga. No quiero que le vea en ese estado.

El hombre desenterró la mirada del suelo y se retiró las lágrimas con las mangas de su chaquetón.

- ¡Pero cómo es posible! – paladeó con dificultad. Un remolino de saliva se adueñó de sus comisuras –. ¡Cómo es posible que después de cinco años, la niña no esté muerta!

- Daniela estuvo encerrada todo este tiempo, pero consiguió escapar de su raptor – le avanzó –. Ahora no se preocupe por eso. La Guardia Civil está trabajando en el caso para esclarecer cuanto antes lo ocurrido.

- ¿Puedo verla? – le sugirió con el rostro suplicante.

Inés Solís extendió el brazo y juntos encaminaron los pasos por un corredor alimentado de sombras vacilantes. El cielo que se asomaba de vez en cuando por los ventanales de medio punto, descorchaba una niebla desgastada que emborronaba el horizonte.

- Intente mantener la compostura en todo momento – señaló –. Daniela continúa bastante desorientada. No es recomendable alterarla durante el proceso de readaptación.

Ismael prestó atención a lo que decía con un rictus de estupor.

- Deje que sea ella la que marque los ritmos del acercamiento. Es posible que la note cambiada, distinta en su forma de comportarse. Tenga en cuenta la situación por la que ha pasado. Desprogramar el cautiverio de su cabeza nos llevará unas cuantas semanas.

La psicóloga frenó en seco delante de la habitación 202.

- ¿Listo? – quiso averiguar.

El hombre asintió con una brizna de curiosidad enmarcada en su rostro al tiempo que Inés entornaba despacio la puerta. Después, asomó la cabeza.

- Hola, Daniela. Tienes visita. ¿Podemos pasar?

La joven arrastró entre sus labios un *sí* casi imperceptible a

medida que la tensión volvía a aflorar en sus extremidades. Daniela no fue capaz de apartar la vista; ni siquiera cuando Inés descorrió por completo la puerta y una silueta sombreada avanzó con tiento hacia la luz del interior, despojándole de las capas de arrepentimiento que parecía arrastrar consigo. El hombre traspasó el umbral y se detuvo para observarla largamente. Ninguno de los dos se atrevió a articular una palabra. Sólo sus miradas se mantuvieron en suspensión hasta que la chica dejó escapar una lágrima que rodó por su mejilla.

- Mejor os dejo un rato a solas – pronunció Inés, sobrecogida por la escena.

En cuanto cerró la puerta a sus espaldas, el hombre caminó atemorizado hacia ella. Se fijó en su cabellera corta, igual de negra que como recordaba. En sus labios agrietados, todavía secuestrados por una tonalidad violácea. También en sus facciones consumidas. Ismael Guzmán recorrió los escasos metros que le distanciaban de su hija y después tomó asiento en un extremo de la cama. Volvieron a mirarse detenidamente, como si el tiempo jamás hubiese avanzado entre ellos. Luego acarició el dorso de su mano, hasta que su voz emergió de las profundidades.

- ¿A qué has vuelto, Daniela?

El atardecer languidecía tras un escuadrón de nubes.

El capitán Altamira se apeó del vehículo con la extraña convicción de haberse dejado escapar a Christoffer van Hoof. Apenas pudo desprenderse de la conversación que había mantenido con Nathalie en el salón de su bungaló y que repasó mentalmente de vuelta a la comandancia. Tenía dudas. Vicente Altamira tenía tantas dudas que no se prestó a compartirlas con su acompañante, el cual le examinó de soslayo a medida que cruzaban las puertas del Puesto y se internaban por un pasillo castigado por los tubos fluorescentes. Baeza también; Leo albergaba una especie de presentimiento que le venía a decir que iba a tardar tiempo en regresar a La Alberca por algo que no conseguía descifrar. Se preguntó una vez más hasta cuándo, de qué manera, por qué él.

Sus sospechas se evaporaron en el instante que franquearon la sala de ordenadores. Los agentes parecían enfrascados en un agitado debate que mantenían desde sus mesas, donde ni siquiera se percataron de la presencia del capitán. Sólo Blas Carmona salió a su encuentro, con el semblante afable y la mirada sonriente.

- Jefe, la belga ha mordido el anzuelo – enseguida supo que se refería a Nathalie Peeters.

- ¡No me digas! – exclamó sorprendido.

Leo enarcó ambas cejas.

- Acaba de llamar a su marido desde el teléfono fijo. El informático sigue triangulando la señal, pero tenemos una transcripción de la conversación. Lo único que es en francés.

- ¿Conocemos a alguien que hable su idioma?

- Verónica – aludió a la única agente que había en la comandancia y que muchos de sus hombres estaban embobados por su atractivo físico –. Ella es la que ha transcrito el diálogo gracias a un traductor que encontró en internet.

- ¿Se puede saber dónde está Corredera?

- ¡Aquí, jefe!

Verónica Corredera alzó el brazo por encima de las cabezas de algunos de sus compañeros. Su mesa estaba custodiada por tres de sus incondicionales: Bustos (el eterno casado que renegaba volver a casa cada noche), Labrador (el musculitos de ancho torso y piernas enclenques) y Vallejo (el intelectual que leía a Baudelaire y escuchaba a Stravinski en su patrulla). Los agentes se retiraron paulatinamente del campo visual de Altamira al tiempo que éste traspasaba la sala, escoltado por Baeza. Una vez que se detuvieron al borde de la mesa, Verónica les regaló una dulce sonrisa.

- Me falta averiguar una palabra, jefe. Pero el resto ya está traducido –. les amplió información.

Leo reparó en sus dientes, blancos y perfectamente delineados. Su rostro angelical, con el cabello recogido en un moño bajo, le confería un encanto hipnótico.

- ¿Quieren escucharlo?

El capitán asintió por los dos.

La joven tecleó en el ordenador y buscó de nuevo el archivo de audio que el informático había enviado al correo central del Puesto. Nada más localizarlo, situó el ratón por encima de la pestaña del *Play*. Luego asió un cuaderno abigarrado de anotaciones y tachaduras y lo depositó de pie, a un margen de la pantalla.

Entonces, presionó el dispositivo.

- *Soy yo. La Guardia Civil ha venido a casa para hacerme algunas preguntas* – su voz en *off* se intercalaba con la de Nathalie Peeters –. *Te andan buscando. Les he dicho que no sé nada de ti. Creen que te has largado a Bélgica*. Ahora entra Christoffer: *escúchame cariño, no tengo mucho tiempo. Nadie puede saber la verdad de la chica. ¿Me has entendido? Nadie. Ya me he encargado de borrar todas las pistas. He pensado que me iré una temporada de España, pero antes necesito que me hagas un último favor. Trae mi bolsa de Nike y mis zapatillas deportivas a los andenes de la vieja estación de La Placa. Quedamos mañana a las doce del mediodía. ¿Ok? Ahora tengo que colgarte. Te quiero*.

Después, la agente levantó la vista del cuaderno.

- Necesito que todos me prestéis atención. Tras los últimos acontecimientos, no me queda otra que redistribuir recursos – vociferó el capitán en la sala. Leo se dio cuenta que no paraba de contraer la mandíbula –. Quiero que Robles y Picazo continúen encargándose de la explosión de la calle la Paz. Vallejo, Labrador, vosotros vigilareis a la mujer desde primera hora. Recordad que mañana se oficia el entierro de Tintín. Es muy probable que se acerque al cementerio para dar sus condolencias a la viuda y que después se dirija a la estación de La Placa.

- Pero jefe, mañana es cuando se celebra la misa de Salinas y Tabares… – le recordó Carmona, encajonado tras su escritorio.

- Lo siento, pero el deber es lo primero – le conminó –. El resto vigilará la estación y sus inmediaciones. Ese hijo de puta pudo raptar a Daniela Guzmán y su mujer lo está encubriendo. Así que ahora quiero que todo el mundo se ponga a trabajar.

El revuelo que se originó en la sala redujo a Leo en un prolongado mutismo, donde sus pensamientos parecían calibrar otro tipo de sospechas. Vicente lo observó a un palmo de distancia, intentando desentrañar los secretos que vagaban al fondo de sus pupilas.

- ¿Algo que objetar? – exploró con disimulo.

- Estaba pensando qué papel ha jugado Tintín en todo esto – le clarificó –. Porque si al final resulta que su hermano raptó a Daniela cinco años atrás, me gustaría entender qué le llevó a suicidarse horas antes de aparecer la joven en el hospital, además de dejarme un mensaje de voz en el contestador del móvil.

Vicente esbozó un gesto incómodo en su cara.

- Supongo que no te sorprenderá si te pido que te quedes unos días más en Ponferrada.

- Eso ya lo daba por hecho – le cortó –. Me buscaré un hotel por aquí cerca.

- No hace falta. Puedes quedarte en el chalet que tengo en Molinaseca – le ofreció –. Lo he estado meditando de camino a la Capitanía y es lo menos que puedo hacer por ti.

- Te lo agradezco, pero prefiero algo más cómodo.

- Insisto – le rectificó –. Es más, si quieres, puedes invitar a tu amiga para que comparta contigo la casa. Hay espacio suficiente para los dos.

Al sargento no le hizo falta averiguar que se refería a Aura Valdés. Le chocó.

- Ahora, cuando vayamos a mi despacho, recuérdame que te dé las llaves.

- De acuerdo – dijo lo primero que se le pasó por la cabeza – Voy a

avisarla.

Leo se retiró de la sala y se internó por el pasillo con el móvil de la mano. Después marcó el número de la periodista y esperó una señal. Al cuarto tono, trazó una sonrisa templada en su rostro.

- ¿Dónde estás? Tengo que hablar contigo. ¿Te gustaría alojarte en un chalet?

Al cabo de unos segundos, César Martínez traspasó decidido la sala de ordenadores. No tardó en descubrir que el capitán examinaba con descaro una de las ventanas interiores. El agente giró el cuello y se percató que Leo Baeza hablaba por teléfono al otro lado del pasillo. Enseguida se preguntó si habría pasado algo mientras se encontraba en el mostrador de la entrada atendiendo a un ciudadano. El impropio revuelo que vio entre sus compañeros le confirmó sus sospechas.

- ¿Jefe…? – se propuso quebrantar su ensimismamiento.

Altamira le devolvió la mirada para concentrarse esta vez en sus facciones.

- ¿Pudiste hacerlo? – indagó, en busca de respuestas.

- Todo listo. He colocado los micrófonos en los dormitorios y también en el salón del chalet. ¿Al final ha aceptado quedarse?

- Eso parece – volvió a atravesar el cristal de la ventana. Leo continuaba hablando con la periodista –. Al menos, espero que funcione. Sigo sin fiarme de él.

- Es muy sospechoso que Tintín realizase una última llamada a su móvil.

- Algo esconde. De eso estoy seguro – barruntó –. Así que no le perdáis de vista. Tarde o temprano cometerá un fallo y ya no tendrá escapatoria.

El agente no pudo resistirse a observarle de nuevo.

- Por cierto, ¿qué tienes?

- Hay un hombre en la entrada que desea emitir una denuncia. Asegura que ayer tarde una chica entró a robar en su casa de campo. Por lo visto la pilló *in fraganti* en la cocina. Dice que salió huyendo y se metió asustada en el bosque.

- ¿Crees que se trata de Daniela?

- La descripción que ha dado de la joven coincide bastante: alrededor de veinte años, el cabello corto, la ropa sucia… – enumeró.

El capitán se mantuvo pensativo.

- Tómale declaración igualmente, pero no admitas la denuncia para no comprometer a la familia. Por ahora prefiero mantener a la prensa alejada. Sólo una cosa más. ¿Dónde ocurrió el robo?

Martínez se aproximó a la corchera de la pared y exploró un plano de la comarca sujeto por cuatro chinchetas. Después señaló

con el dedo un área en concreto al norte de Ponferrada.

- En San Miguel de las Dueñas – balbució –. Tendría sentido. Esa zona es boscosa.

Altamira se acercó y le pidió prestado el bolígrafo que asomaba por encima del bolsillo de su uniforme. Acto seguido, rodeó una sección del mapa.

- Asegúrate de que varios efectivos peinen palmo a palmo el terreno. Hay que localizar como sea el zulo donde estuvo retenida Daniela Guzmán.

Una hora más tarde, Leo insertó la llave en la cerradura del chalet.

La luna espejaba los contornos pedregosos de Molinaseca cuando Aura Valdés volvió a desviar la mirada por el porche de la casa. Al fondo, el puente avanzaba como una criatura legendaria por encima de la balsa de agua suspendida en un sueño cristalino. Una cortina de nubes ocultó de pronto el campanario de la iglesia que se erigía a un lateral, sumiendo al pueblo en una profunda cerrazón desempañada por las raquíticas luces de las farolas.

Aura esperó a que el sargento abriera la puerta de la casa mientras se sumergía de nuevo en las dudas que la acompañaron durante el corto trayecto. Y es que los siete kilómetros que recorrieron por una carretera que escalaba los márgenes de la montaña, la retrajeron sin más. La periodista enterró la vista en las oscuras siluetas que se revelaban por el cristal de la ventanilla y admitió que aún no estaba preparada. Preparada para cohabitar bajo el mismo techo. Preparada para un inevitable acercamiento tras varios meses intentando borrarle de la memoria. Preparada para revivir de algún modo lo que dejaron sin acabar en La Alberca. Aura lamentó haber aceptado la propuesta que le lanzó una hora antes por teléfono, donde la voz de la redactora jefe volvió a colarse en sus pensamientos. *Me da igual lo que tuvieras con ese tío en el pasado. Necesito que te acerques a él y le saques hasta las entretelas. ¿Me explico? Que te acuestes o no es tu problema. Pero la exclusiva es de Tribuna Madrid y la quiero en mi correo*.

Agobio. Aura notó una brizna de ansiedad en el pecho. ¿Cómo diablos iba a hacerle eso al único que la ayudó a relanzar su carrera? ¿En qué clase de persona se estaba convirtiendo? No podía engañarle de esa forma tan mezquina y usurparle información de la chica para contentar a Alicia Sanz. Pensó que lo mejor era abortar el plan y regresar a Ponferrada.

Sin embargo, la voz del sargento la detuvo en su propósito.

- ¿Entramos?

Leo Baeza empujó la puerta con la punta del pie y coló el brazo en el interior. Después palpó con las yemas el interruptor y lo presionó. La luz de la lámpara despejó las tinieblas que oscilaban en el interior. Leo asió su maleta y entró en el recibidor, donde enseguida se fijó en la decoración rural que exhalaba la estancia. Aura franqueó el umbral con la mochila a cuestas y cerró la puerta tras de sí. Altamira aparecía sonriente junto a su familia tras el marco de aquella foto que descansaba sobre una mesa de grandes dimensiones. Había una butaca de capitoné tapizada en tonos verdes por delante de un armario empotrado. También un espejo ovalado en una de las paredes y un perchero de cuatro brazos junto a un cuadro que rezaba: *no permitas que nadie perturbe tu paz*. La periodista enarcó una ceja a modo de desaprobación (*¡menuda horterada!*, pensó) y enfiló el pasillo con vaga curiosidad.

- Imagino que los dormitorios estarán en la planta superior – intuyó por la escalera que se encaramaba al fondo en una perfecta ele.

- ¿Tomamos algo antes? – le propuso el sargento – He comprado unas cervezas.

Aura comenzó a encender todas las luces que encontró a su paso hasta que al fin localizó la cocina en la penúltima puerta. Una isla en el medio con vitrocerámica incorporada, dividía el lugar en dos amplias mitades donde a un lado se hallaba una hilera de armarios voladizos sin tiradores y al otro los electrodomésticos. Aura se sentó en uno de los taburetes mientras Leo depositaba sobre la isla una bolsa de supermercado.

- Pensé que Altamira era de esos gilipollas que se lo tienen mega creído – conjeturó la periodista en voz alta –. Me chocó que me ofreciera a mí también su chalet.

- Digamos que tampoco es santo de mi devoción – dijo al tiempo que rasgaba con ambas manos un cóctel de *snacks* –. Pero prefiero estar a buenas con él y largarme cuanto antes de aquí.

Después chascó la lengüeta de su lata de cerveza y le ofreció otra a Aura.

- ¿Se sabe algo nuevo?

- Hay bastantes indicios de que el hermano de Tintín sea el verdadero raptor de Daniela Guzmán – la informó de los avances del caso –. El muy cabrón se ha citado mañana con su mujer para recoger algunas pertenencias y darse a la fuga.

- Espero que se aclare pronto lo del mensaje de voz que te dejó el belga en tu móvil.

- ¡Por favor…! – exclamó, entrelazando los dedos –. Por cierto, aún no me has dicho por qué te quedas en Ponferrada. ¿Nuevas pistas sobre el asesinato de ese detective?

Aura desvió la mirada a propósito por temor a que reconociera la mentira que palpitaba al fondo de sus pupilas.

- Ha habido novedades. Resulta que Rafael Oviedo utilizaba una aplicación de contactos gay para comunicarse con otros hombres – Leo se quedó totalmente petrificado al otro lado de la isla –. El caso es que he podido acceder a su bandeja de mensajes y parece ser que en los últimos meses chateaba con un internauta llamado *Robin*.

- ¿*Robin*…? – le sonó a telefilme.

- He leído varios mensajes por encima y creo que ambos conectaban. De hecho, *Robin* le confiesa en uno de ellos que está casado, que nunca se ha planteado salir del armario y que prefiere seguir ocultado su sexualidad para no dar un disgusto en su entorno.

- E imagino por lo que cuentas, que el detective compartiría esa misma sensación.

La periodista se quedó pensativa con los ojos entornados.

Leo, en cambio, tuvo una especie de *dèjá vu* que le devolvió a las tardes que paseaban juntos por las calles de La Alberca, desgranando teorías e hipótesis. En el fondo, se alegró de no contarle lo que descubrió tiempo después cuando el Serbio se quitó la vida. Supuso que *aquello* hubiese tirado por tierra sus planes de irse a Madrid.

- ¿Y si el tal *Robin* conoce algo, una pista de lo que ocurrió en el chalé de Somosaguas? – persistió en su empeño.

- ¿Has probado a escribirle?

- El problema es que aún no te he mencionado la letra pequeña – Aura se mordió el labio inferior –. Pero prométeme que no te vas a enfadar. Ya sé que va en contra de la ley.

- ¿Qué has hecho? – se inclinó en el taburete.

- *"Tomar prestado"* el Nokia 8810 que vi por casualidad en un cajón de su escritorio.

- ¡Pero Aura!

- ¡Juro devolverlo! – alzó igualmente la voz – Por eso no le he escrito. Me da miedo que la policía que investiga el crimen en Madrid, rastree el mensaje y dé conmigo.

- Y te aconsejo que no lo hagas porque se trata de un delito – la conminó.

- Lo sé. Pero tampoco existe otra manera de contactar con él. Si al menos hubiese puesto una foto suya en su perfil y no ese dibujo…

Leo sintió cierta curiosidad.

- ¿Me dejas verlo?

La periodista extrajo el móvil del fondo de su mochila y encendió la pantalla. Luego tecleó la nueva contraseña en la aplicación *Me&You* y entró en la bandeja de mensajes. Aquel dibujo con las líneas negras y combadas se reveló como una

caprichosa entelequia del destino. *¿Qué diablos significará?*, se preguntó a medida que se lo cedía al sargento, el cual trituraba unos cuantos ganchitos con la boca llena. En cuanto sus ojos se posaron en aquella figura, arrancó a toser.

- No puede ser – pronunció con esfuerzo, sin apartar la vista de la pantalla.
- ¿Qué ocurre? – le consultó nerviosa.
- Aura, sé a quién pertenece ese tatuaje.

En la habitación 202 del hospital de la Reina, la lluvia consumía silenciosa el cristal de la ventana. Apenas un claro de luna despejaba parte de las sombras que correteaban febriles por la estancia mientras la cama situada al otro lado de la pared permanecía vacía.

Daniela Guzmán se abrió camino entre la penumbra hasta que rozó con los dedos el tacto gélido del alfeizar. Después, se asomó al exterior. Una tupida cortina de agua desdibujaba los contornos oscuros de la ciudad, acuchillada por la débil luz de las farolas. La joven continuó barriendo con la mirada las aceras desiertas, donde enseguida tropezó con su cita. Enterrada por las tinieblas de la noche, su figura emergía decolorada. Tan sólo intuyó aquel chubasquero negro con la capucha levantada, al igual que unos ojos penetrantes que se encendieron de pronto como dos brasas incandescentes. La devoró. Daniela sintió la primera dentellada y no se apartó.

Simplemente posó la mano sobre el cristal y se estremeció.

DIA 3

La niebla desmenuzaba con su aliento glacial los contornos pedregosos de Molinaseca. Un velo de agua en suspensión rezumaba entre las orillas del río Meruelo, desdibujando el relieve del Puente de los Peregrinos que se perdía al fondo, tras una oquedad blanca como la nieve. Aura depositó la taza de café sobre la baranda del porche y observó ensimismada el trazado medieval del pueblo. La iglesia de San Nicolás se erigía en trazas neoclásicas entre nubes de vapor. A sus pies, las primeras casas con balconadas de forja se comunicaban entre sí, mostrando en sus gruesos muros distintos escudos y blasones.

Aura tuvo la extraña sensación de estar en La Alberca, con el característico olor a leña vagabundeando en el ambiente y el frío colándose una vez más en sus huesos. Aquel paraje de ensueño, rodeado de montañas y contagiado por el sonido del río, le devolvió escenas de la mítica película de *La bella y la bestia*. Al momento, los faros de un coche pulverizaron la neblina del entorno tras un halo ambarino. La periodista dio un sorbo a su taza humeante y comprobó que se trataba de la patrulla del sargento. Echó un vistazo a su *Flik Flak*: las nueve menos cuarto de la mañana. Leo estacionó el vehículo en una calle en pendiente y se apeó. Luego encaminó los pasos hacia el chalet en tonos amarillentos que se alzaba a un extremo de la carretera, donde tropezó con la mirada silenciosa de Aura Valdés.

- ¡Qué madrugadora! – exclamó mientras subía los tres peldaños y se internaba con ella en el porche.

Leo percibió entonces un efluvio de su perfume.

- Te estaba esperando para desayunar. Por cierto, ¿qué tal los funerales de honor?

- Digamos que me he escaqueado de la misa – le confesó –. Di el pésame a sus familiares y me volví. También tengo entendido que van a dar sepultura a Tintín en el cementerio de Ponferrada. Al parecer, hay una zona destinada a los enterramientos belgas.

Aura ladeó el rostro y se sumergió de nuevo en el horizonte velado.

- Todavía no soy capaz de quitármelo de la cabeza. ¿Estás realmente seguro que Rafael Oviedo chateaba con Tintín?

- Sin duda – buscó su mirada –. Yo mismo vi en el depósito la serpiente enroscada que tenía tatuada en su antebrazo. Es el mismo dibujo que me mostraste ayer en su perfil de *Me&You*.

La periodista parecía no admitir que la persona que se escondía tras ese enigmático Nick, *Robin*, fuese el propio Jan van Hoof.

- Al menos, reconoce que es de lo más sospechoso que ambos hayan

muerto en extrañas circunstancias – regresó a sus ojos –. Uno enterrado vivo en un chalet de Madrid, y el otro lanzándose desde la azotea de un piso del centro de Ponferrada. ¿Por qué…?

- ¿Has averiguado algo más en los mensajes que se enviaban?

- Digamos que la mayoría versan en torno a sus deseos y sentimientos reprimidos. Tintín estaba casado y tenía un hijo; Rafael era un prestigioso detective. Ninguno de los dos quería perder su *vida* por algo que no iba a cuajar en una zona rural. Creo que ambos se entendían y se desahogaban a modo de terapia. Pero tampoco estaban dispuestos a salir del armario y acabar siendo la comidilla de media comarca.

Leo intentó hilvanar de algún modo la desaparición de Daniela con sus muertes. ¿Existiría algún tipo de conexión? ¿O era meramente accidental?

- Sin embargo, he descubierto que hace cosa de un mes se citaron en un bar de ambiente con intención de conocerse en persona – le desveló –. El sitio se llama *Colorful* y se encuentra en el centro de la ciudad.

- ¿Y a qué estamos esperando? Tengo la mañana libre.

- Voy a por mi mochila.

Y sin saber cómo, Leo tuvo la corazonada de que el caso de Aura Valdés y el suyo propio acababan de fusionarse en uno solo.

El bar *Colorful* era un antro nocturno con el rótulo carcomido por el moho y escondido en un callejón solitario que hedía a orín, próximo a la agencia de detectives de Rafael Oviedo.

Aura y Leo se lanzaron una mirada de estupefacción y se aventuraron a bajar por el angosto ramal de escalones que se retorcía bajo un aura fosforescente procedente de varios tubos de neón. Enseguida llegaron a su destino.

El aspecto del local traspiraba una pestilencia antediluviana, con cachivaches superpuestos alrededor de las paredes, un espeso cortinaje carmesí al fondo, varias mesas desperdigadas sobre lo que en su día debió de servir de tarima para realizar actuaciones y una barra oscura con una docena de baldas voladizas, surtidas todas ellas con botellas de alcohol. Leo se fijó en el hombre que había al otro lado del mostrador y que no les quitaba ojo mientras fregaba unos vasos. Tendría alrededor de cuarenta años, con el cabello teñido en un rubio platino, la nariz aguileña y un diminuto pendiente que brillaba en su lóbulo izquierdo. Se secó con un trapo ambas manos y se dirigió a través de la penumbra azul al equipo de música, donde subió el volumen de una canción de George Michael que comenzó a atronar en los bafles que el sargento localizó en el techo.

- ¿Un botellín? ¿O aún es pronto? – les planteó con una sonrisa

ladina –. Acabo de abrir y tengo la máquina de café apagada.

- Para mí una Coca Cola – le espetó Aura.

Después reparó en sus dedos, cargados de anillos.

- ¿Y para el caballero…?

- Una cerveza. A poder ser bien fresquita.

Los dos avanzaron hacia la barra y se acomodaron en unos taburetes, donde la periodista oteó de nuevo la composición del lugar. Distintas fotografías se encadenaban en la pantalla de un ordenador, mostrando las fiestas que organizaban con espectáculos de *drag queens* y *gogós* masculinos. El camarero depositó las bebidas sobre la encimera de mármol junto a un plato rebosante de cacahuetes.

- ¿Desean algo más?

- Me preguntaba si por casualidad frecuenta el local un hombre que todo el mundo conoce por el apelativo de Tintín – disparó el sargento a bocajarro – Es de origen belga.

El camarero plantó ambas manos sobre la tarima y entornó ligeramente los ojos.

- Y yo que pensé que eran de esas parejas *hetero* que bajan en busca de intimidad para comerse los morros a escondidas – arrojó con descaro –. Sí, claro que le conozco. Suele venir bastante, sobre todo los fines de semana que es cuando el *Colorful* se pone hasta los topes de niñatos. ¿Por qué lo pregunta…?

- Resulta que ha muerto en la explosión de la calle la Paz – le esclareció sus dudas.

El hombre se quedó de piedra, intentando digerir con la mirada agitada la información que acababa de proporcionarle.

- Bueno, realmente se ha suicidado – matizó.

- Creí que vivía en esa comuna *hippie* en Cubillos del sil… – murmuró, preso de sus propios pensamientos.

- ¿Por casualidad sabría decirme si tuvo algún incidente con alguno de sus clientes? ¿Si notó que actuase de manera distinta a la habitual?

- ¿Tintín? No me suena. El tío es… Mejor dicho, el tío era muy reservado. No sé si me explico. Se acodaba en esa esquina de la barra a primera hora de la noche y apenas hablaba con el personal salvo cuando estaba chispado. El maricón venía a lo que venía, como todos. Se daba un garbeo por el cuarto oscuro y si caía algo, pues perfecto. Pero de ahí a buscar que le escuchasen como hace la mayoría, ya les digo que no. Era un sieso de mucho cuidado. Sé que estaba casado y que tenía un hijo pequeño porque un cliente lo vio en el centro comercial. Pero el colega estaba bastante tocado del ala. Tenía verdadero pánico a que le pillasen. Recuerdo que una noche montó una de no te *menees* porque un chaval se le acercó y le preguntó si trabajaba en el matadero. Tintín se puso… – se echó las manos a la

cabeza –. Se puso hecho un basilisco y mi encargado le invitó a largarse hasta que supiera comportarse como es debido.

Aura y Leo se miraron sin pestañear. Que Jan van Hoof se sentía sumamente reprimido, era un hecho por lo que aseguraba el camarero y la aplicación de *Me&You*.

- ¿Recuerda haberle visto con este hombre? – la periodista le mostró en su móvil una plana de periódico donde Rafael Oviedo aparecía recogiendo la medalla a la constancia que la Asociación Profesional de Detectives de España le concedió años atrás.

- Puede ser – intentaba hacer memoria –. Ese mostacho ochentero… Sí, creo que es él, aunque el que yo vi tenía menos pelo y era algo más corpulento.

- ¿Cuándo fue eso? – le interrumpió Baeza.

- Hará cuestión de un mes. Se sentaron en una de las mesas del fondo y estuvieron charlando alrededor de una hora. Me dio la impresión de que se entendían porque era la primera vez que veía a Tintín partirse de la risa. Lo que hablaron, eso ya lo desconozco. Tampoco me dio la sensación de que se tratase de un ligue puntual porque al belga lo que le tiraba eran los críos de veinte, aparte de que físicamente no pegaban ni con cola. Pero…

El camarero hizo una pausa forzada mientras buceaba en los archivos de su memoria.

- Ahora que caigo, ¡el gordinflón volvió al día siguiente! – hizo unas pronunciadas alharacas con sus manos –. El tío bajó solo por estas horas. Recuerdo que estaba reponiendo los refrescos en el arcón cuando el colega va y se me sienta justo donde se encuentran. Le dije que estaba cerrado, que aún me quedaba por fregar los suelos, pero el hombre se acodó en la barra con todo su papo y comenzó a preguntarme cosas relacionadas con Tintín.

- ¿Por ejemplo…? – dejó el sargento caer varios puntos suspensivos.

- Por ejemplo dónde vivía, en qué trabajaba, si realmente estaba casado. Tonterías de ese tipo. Luego me empezó a contar que había tenido tantos desengaños amorosos que necesitaba saber a lo que atenerse. *Y a mí qué cojones me cuentas*, le dije. *Ni que fuese el gurú del barrio*.

A la periodista se le escapó una débil carcajada.

- Pensé que me tocaba llamar a la policía porque no es al primer loco que atiendo pasado de alcohol y otras sustancias. Pero al final pilló mi malhumor mañanero y se largó del pub echando leches.

Baeza asió el botellín y le dio un trago largo a su cerveza. Después se levantó del taburete.

- Es todo – pronunció sucinto –. ¿Nos vamos?

El camarero le apresó la muñeca mientras Aura se situaba a su lado.

- Espero que tengan en cuenta mi testimonio para futuras redadas.

Y le regaló una sonrisa taimada de las que daban a entender que no tenía un pelo de tonto.

Aura y Leo regresaron por el mismo entramado de escalones hasta que traspasaron el umbral del *Colorful* y una corriente de aire los embistió de frente. El hedor que despedía el callejón volvió a revolverles las tripas a medida que se desplazaban dirección a la patrulla. La periodista fue la primera en verter sus impresiones.

- Rafael Oviedo no buscaba lo mismo que Tintín – concluyó – No en un lugar como éste.

- Más bien lo estaba investigando – añadió Baeza –. Se estaba ganando su confianza.

- ¿Crees que pudo ser el responsable de su muerte?

- ¿Y viajar a Madrid para cargarse al detective? – Leo frenó el paso –. ¿Por qué tengo la sensación de que estamos adentrándonos en un callejón similar a éste?

El móvil del sargento vibró entonces en el bolsillo de su anorak.

Diez minutos más tarde, el sargento estacionó la patrulla delante del edificio de ladrillo cara vista del Puesto de Ponferrada. Se apeó del vehículo con la mente aún congestionada por la conversación que habían mantenido con el camarero del *Colorful* y franqueó deprisa las instalaciones.

Altamira lo detuvo en la misma entrada.

- ¡Dónde te habías metido? – alzó la voz –. No te vi en la misa de mis agentes.

- Me encontraba indispuesto – mintió adrede, evitando revelarle lo que había descubierto en torno a la figura de Jan van Hoof –. Martínez me ha telefoneado hace un momento. ¿Pasa algo...?

- Ayer tarde un hombre se presentó en la comandancia y emitió una denuncia. Parece ser que pilló *in fraganti* a una chica que estaba robándole comida en su casa de campo. Los hechos ocurrieron en las inmediaciones de San Miguel de las Dueñas, a unos diez kilómetros de Ponferrada.

Baeza emitió un gesto de incomprensión.

- El caso es que dos unidades han peinado a primera hora de la mañana la cara norte de la vivienda en un radio amplio.

- ¿Y…? – intentaba conquistar el rastro de Daniela en el bosque.

- No se han encontrado indicios de zulo, casa abandonada o cueva, donde su raptor pudiese haberla retenido todo este tiempo – desembuchó a trompicones –. No sabemos con certeza si la chica dio un rodeo en su huida hasta llegar al hospital de Ponferrada.

- ¿Qué propones? – se interesó.

- Tenemos que ir a hablar con la psicóloga – le sugirió rotundo –. Hay que buscar la manera de que nos dé permiso para que la chica nos acompañe al bosque por si fuese capaz de identificar algo. Si localizamos el zulo, es posible que lleguemos a Christoffer van Hoof.

El pasillo de la segunda planta se mantenía bajo el dominio de un zumbido constante mientras las lámparas del techo proyectaban sombras escurridizas que se filtraban por debajo de las puertas. Sólo el eco de sus pisadas retumbaba contra los cristales de las ventanas de medio punto, donde una niebla espesa continuaba deshaciendo en jirones añiles el horizonte velado. Leo percibió un pestilente olor a lejía, adobado con medicamentos y sufrimiento. Le asqueaban los hospitales. Por un instante se acordó de la última vez que pisó uno. El cuerpo de Gustavo Santana se encontraba fortificado por multitud de cables y lucecitas de colores que parpadeaban en una habitación olvidada del hospital de Béjar. El sargento arrojó una mueca de desagrado al tiempo que Altamira frenaba el paso delante de una puerta entreabierta. El número 202 que había por encima del travesaño, le reveló que acababan de llegar.

Vicente asomó la cabeza por el quicio y comprobó que la psicóloga estaba reunida. Baeza se preguntó quién era esa pareja que parecía conocer a Daniela y que de pronto le lanzó una mirada incómoda al otro lado. Inés Solís se disculpó con ellos y avanzó hacia la puerta con extrañeza. Después se integró en el pasillo.

- No sabíamos que te encontrabas ocupada – sonó a justificación por parte de Altamira.

La psicóloga enarcó su ceja izquierda.

- Es Ismael Guzmán, el padre de Daniela – les confesó –. La mujer es Maite, su actual pareja. Han venido esta mañana para comenzar la terapia de proximidad con el fin de romper barreras afectivas.

- Nadie me había informado – su voz se tornó oscura.

- Es el protocolo que suelo llevar a cabo durante las primeras setenta y dos horas. Pero si tienes algún inconveniente, puedes escribir a la Junta. Ahora mismo no dispongo de mucho tiempo.

- Sólo será un segundo – pareció retarla –. Varios de mis hombres han rastreado los alrededores de una casa de campo porque su dueño asegura haber visto a la chica la tarde que huyó. El caso es que si Daniela nos acompañara, sería bastante factible que recordase el itinerario que recorrió en el bosque y llevarnos hasta el zulo.

- Es una locura – desechó rápido su idea –. Todavía no está preparada para enfrentarse al mundo exterior, y mucho menos para

acudir al lugar donde estuvo confinada.

- Pero según la versión que ofreció al sargento Baeza, la chica agredió a su raptor.

- ¿A dónde quieres llegar? – la psicóloga estaba empezando a impacientarse.

- Pues que si es cierto todo lo que dijo, imagino que habrá restos de su sangre en el zulo. Restos que el forense podría cotejar con las muestras extraídas en el cadáver de Tintín.

- Por cerciorarnos de que alguno de los hermanos belgas está implicado en el secuestro – Leo le lanzó un salvavidas.

Inés Solís denotó cierta clase de complicidad enmascarada.

- Entiendo vuestra labor, pero me sigue pareciendo muy arriesgada. A Daniela sólo le generaría un cuadro de ansiedad que no le beneficiaría en estos momentos. Mi trabajo consiste en paliar y establecer correctamente su campo neuronal mediante técnicas de apoyo y conductuales; pero no exponerla a sus miedos de la forma que me sugerís.

El capitán torció visiblemente los labios.

- Lo siento, pero la decisión está tomada – remató –. Ahora, si me disculpáis… Aunque tal vez prefiráis acompañarme y conocer a los padres de Daniela.

Los agentes se miraron perplejos a medida que rebasaban el umbral de la habitación 202 de la mano de Inés. Nada más formalizarse las presentaciones, Leo se aventuró a examinar con fruición el rostro apesadumbrado de Ismael Guzmán. Sus profundas ojeras revelaban una fatiga imposible de ocultar mientras su actitud reservada, visiblemente apocada, se traslucía bajo el armazón de su chaquetón con los hombros cargados hacia delante. Su esposa, por el contrario, exhibía una sonrisa fría y acartonada aprendida a base de pericia. Y es que Maite del Val intentaba coordinar la operación tras un semblante afable. Llevaba el cabello ensortijado en una tupida permanente, con el flequillo abombado a fuerza de cepillo y secador. Tenía los labios finos y el tabique de la nariz suavemente arqueado, otorgándole a su dueña una impronta rapaz similar al de una lechuza. La mirada, algo ojijunta, destilaba nocturnidad y alevosía.

Leo reparó después en Daniela, la cual se hallaba sentada en un butacón de rafia. Por vez primera observó las escuálidas piernas que asomaban por debajo del camisón. El sargento la saludó con un golpe de cabeza y ella respondió, enterrando la vista al fondo de la ventana.

- Ha sido como un milagro, capitán – articuló Maite con los brazos en jarras.

Baeza cayó en la cuenta que el matrimonio conocía a Altamira de los interrogatorios que se le practicó cuando la joven desapareció en la fiesta de disfraces.

- Al menos, me alegra saber que con un final feliz.

- Nosotros tenemos que marcharnos. ¿Verdad, Isma…? – se dirigió al marido, el cual la surtió de una mirada aprobatoria –. Aún tenemos que abrir la carnicería.

- Un día es un día, mujer – añadió el hombre, intentando aplacar sus nervios.

- Eso se lo cuentas tú a las clientas.

Los demás se rieron de forma sucinta.

- Aparte de que la niña necesita su tiempo para reestablecerse – se justificó –. Es lo que ha dicho la psicóloga.

- Cierto – añadió Inés, situándose al lado de Baeza –. Iba a proponerles que hiciésemos visitas periódicas a la casa familiar con el fin de recuperar la normalidad en un ambiente más cercano a sus recuerdos. ¿Qué me dices, Daniela?

La chica apretó los labios con la expresión invariable. Luego volvió a perderse en la niebla que asolaba el cristal de la ventana.

- ¿Pero no es mejor que pase más días en el hospital? – le robó Maite la atención. El resto se mantuvo callado –. Vamos, es sólo una sugerencia. La entendida en la materia es usted. Pero no entiendo por qué vienen ahora tantas prisas.

- Si al menos eso la ayuda a recuperar la vida que dejó atrás… – se entrometió el capitán.

- Que yo no digo que no, Altamira; pero de siempre las prisas no son buenas consejeras.

- ¿Y usted qué opina, Ismael? – intentó averiguar.

El hombre apenas hizo un viso de querer hablar desde su hermética posición.

- ¡Pues qué va a opinar! – continuó ella –. Los dos también necesitamos nuestro tiempo para hacernos a la idea.

Leo se planteó si la vuelta de Daniela no les habría causado una impresión aún mayor que a la propia chica. Quizá estaba en lo cierto y necesitaban expurgar el dolor que cada uno sobrellevaba de distinta manera. Maite del Val prosiguió en su intento por demostrar que estaba en lo cierto mientras gesticulaba con cierto aire provinciano.

- Tal vez podríais pasaros por su domicilio para convencerlos – le susurró la psicóloga.

El sargento giró el cuello hasta que colisionó con su mirada.

- Si Daniela respondiese al método, la prepararía para que os ayude a localizar el zulo. ¿Qué me dices…?

Leo se abstuvo de responderla cuando el móvil del capitán resonó en el interior. Descolgó deprisa la llamada y escuchó atento al otro lado de la línea.

- De acuerdo. Salgo para allá.

Después volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su *Barbour* color caqui y se dirigió con una sonrisa templada a los allí presentes.

- El deber nos llama – agregó conciso –. Baeza, ¿me acompañas?

Ambos agentes se despidieron de la familia Guzmán y cruzaron a toda prisa la puerta de la habitación. Ya en el pasillo, Leo no pudo resistirse.

- ¿Qué sucede?
- Era Carmona. Parece ser que Nathalie Peeters va camino de la vieja estación.

Un escuadrón de nubes grises parecía presagiar una tormenta de nieve cuando Altamira apagó el motor y dejó caer la patrulla por un camino sin asfaltar. Un amplio solar se abría paso entre matorrales y arbustos a medida que Leo contemplaba desde su ventanilla el edificio de la vieja estación de La Placa. Aquella mole curvilínea de ladrillo degastado se izaba al fondo, con la techumbre de uralita vencida en algunas secciones y sustentada por una hilera de columnas mordisqueada por el frío y la humedad.

El capitán accionó el freno de mano en cuanto se cercioró que la frondosidad de la maleza camuflaría la patrulla. Baeza, en cambio, continuó inspeccionando los alrededores. Sus ojos deambularon deprisa por los tramos de raíles que sobresalían de la hierba y que resistían el peso de los vagones, todos ellos heridos por el óxido e infinidad de grafitis.

La voz de Labrador emergió en el interior.

- A todas las unidades. Nathalie Peeters se dirige en coche a la estación. Repito: la mujer acaba de entrar en la propiedad y se dirige en estos momentos a la estación de La Placa. Christoffer van Hoof aún no ha aparecido.

Vicente Altamira arrancó el interfono de la radio y presionó la clavija para hablar.

- Aquí el capitán. Dame posición.
- Dirección sur, abandonando la calle Bodegón.
- De acuerdo. Que nadie la pierda de vista. Cambio y corto.

Un Ford Escort granate apareció en escena, sorteando a escasa velocidad los obstáculos que encontraba a su paso. Luego rebasó uno de los vagones y estacionó el vehículo delante del edificio abandonado. Nathalie se apeó con una bolsa de deporte de la mano. Con la mirada escondida tras unas gafas oscuras, la mujer volvió la cabeza a ambos lados en busca de una señal. Se impacientó al no encontrar a su marido. Sacó el móvil de su abrigo y realizó una llamada. Al cabo de unos segundos, lo

guardó extrañada y observó una vez más los alrededores. Entonces, se quedó clavada en un punto incierto.

- Estad atentos – pronunció de nuevo el capitán–. Creo que ha localizado a van Hoof.

Sin embargo, Nathalie Peeters echó a correr hacia los vagones.

- ¡Mierda! – vociferó Altamira.

Baeza salió escopeteado unos pasos por detrás del capitán mientras su silueta era devorada por una cortina de vapor que danzaba con premura en las inmediaciones. El rastro de la mujer se había disipado ante sus ojos, ocultándose por una calle de vagones con las puertas abiertas. Nada más alcanzar su destino, Leo se dio cuenta que también había perdido a su compañero. Se adentró en el lugar y apoyó la espalda contra el armazón de metal, escurriendo la mirada en el interior del primer vagón. Despejado. Las corrientes de aire rezumaban esquirlas de humedad. El sargento enfiló el siguiente coche carcomido por la herrumbre y se detuvo al ras del boquete, abierto a la intemperie. Vacío.

Fue entonces, al voltear la cabeza, cuando Nathalie salió a su encuentro. Le lanzó la bolsa de deporte que sostenía en sus manos y sacó un arma por la espalda.

Le apuntó al estómago.

- Ni te muevas, hijo de puta – murmuró.

La niebla enturbiaba el horizonte cuando el sargento avanzó en su mirada, desordenada por la incertidumbre. La mujer presionó el percutor y disparó.

La detonación acribilló el áspero silencio de la vieja estación. Leo Baeza se lanzó al interior del vagón de mercancías segundos antes de que la bala le alcanzase. Notó el crujido de su espalda al caer contra la plancha metálica. Después, rodó por el suelo. Su cuerpo salió desbocado por el otro extremo, cayendo sobre un montículo de arena. Entonces, extrajo su arma del cinturón. El sargento escurrió los ojos por debajo del coche y comprobó que sus pies ya no estaban. Se levantó. A lo lejos, varios agentes le hacían una señal por uno de los laterales. Leo caminó en la dirección marcada empuñando su pistola. Las gotas de sudor resbalaban por su frente. Rodeó deprisa la estructura ferruginosa del último vagón hasta que se topó de frente con las figuras de Nathalie y Altamira. Ambos se estaban batiendo en un duelo improvisado.

- Baja el arma – emitió con la voz ronca.

La mujer ni siquiera hizo el amago. Simplemente continuaron encañonándose, enfrentados.

- Si colaboras, prometo que no te pasará nada.

- Eso cuéntaselo a otra – respondió.

Leo avanzaba despacio por su espalda. Intentaba pisar sobre seguro para no hacer ningún ruido. Dudó de hacerlo. Tampoco estaba realmente seguro. Pero cuando Nathalie vislumbró en los ojos del capitán una brizna de desconcierto, giró el cuerpo y descargó el cañón. Leo se abalanzó rápido sobre ella.

Unos cuantos agentes atravesaron corriendo la niebla espesa mientras Altamira esposaba en el suelo a Nathalie Peeters. Enseguida apareció un coche patrulla alumbrando con sus faros la escena. Baeza se incorporó, cerciorándose de que no estaba herido. Luego se deshizo del polvo de su uniforme con las manos.

- Jefe, he encontrado esto debajo de uno de los vagones – le indicó Martínez.

El capitán asió la bolsa de deporte que le tendió y deslizó la cremallera delante de la mujer, la cual estaba siendo aupada por dos de sus guardias. Varios fajos de billetes se asomaron a la luz cenicienta.

- ¿Qué tenías pensado hacer con esto? – la escrutó a corta distancia.
- A ti eso no te interesa.
- ¿Estás segura? Metedla en el coche – ordenó a sus agentes –. Nos vamos al Puesto a charlar un ratito. Desconocía que la venta de vinos diese tanto dinero.

Nathalie Peeters sacudía sus uñas contra la mesa de la sala de interrogatorios.

Había pasado algo más de una hora desde que fue detenida en la vieja estación de La Placa cuando un precipitado alboroto secuestró las instalaciones de la comandancia. Los agentes cruzaban los pasillos a la velocidad de la luz intentando tener listo el protocolo de actuación que Altamira les había solicitado antes de practicar a la mujer un interrogatorio que presumía de ser cualquier cosa menos efectivo. Eso mismo elucubró Baeza mientras se dirigía a la salita anexa que había al otro lado de la pared. El capitán no había vuelto a salir de su despacho desde que se encerró con llave para organizar sus documentos. Tal vez evitaba verbalizar lo que los demás ya daban por hecho: que Christoffer van Hoof se había fugado al presenciar el arresto de su esposa a lo lejos. Leo franqueó la puerta y descubrió que Verónica Corredera (la única fémina que trabajaba en la Capitanía) estaba preparando el equipo de grabación. El sargento la saludó de manera escueta y cruzó la mirada por el cristal polarizado.

La sala de interrogatorios era una habitación reducida con mobiliario anodino y las paredes desnudas. Estaba dotada con un sistema de ventilación y un teléfono interno situado al margen de

la puerta blindada. La luz de dentro era delgada y fría, doblegándose contra el tablero donde Nathalie Peeters continuaba descamando la madera con sus uñas. De vez en cuando se retiraba el cabello hacia un lado, con la mirada prendida en las sombras que vagaban a su alrededor. Leo reparó en su agitado nerviosismo, columpiando sin descanso su pierna derecha a medida que paladeaba palabras en francés difíciles de interpretar.

Un hondo pitido desbloqueó la puerta de acceso. Altamira entró con el semblante adusto y se dirigió a ella, desechando varias carpetas sobre la mesa. Luego arrastró una silla y se sentó con desgana, reclinando la espalda contra el respaldo. Nathalie rompió a llorar en ese preciso instante. El capitán, sin embargo, cruzó sus brazos por debajo del pecho y ladeó el cuello para perderse unos segundos en el espejo unidireccional. El golpe de cabeza advirtió a Corredera que podía poner en funcionamiento el sistema de grabación.

- ¿Podemos empezar? ¿O prefieres que vuelva más tarde? – articuló con cierta altivez.

La mujer le observó atemorizada, secándose las lágrimas con las mangas de su suéter.

- ¿Puedo fumar un cigarrillo? – le preguntó con la voz rota.
- Cuando me cuentes dónde cojones se esconde tu marido.
- ¡Ya les he dicho que no lo sé! – arrancó de nuevo a gimotear.
- ¡Mientes! – golpeó la mesa con la palma de su mano –. Y no me gustan las mentirosas. Así que ya me estás diciendo dónde se esconde ese maldito cabrón y por qué pretendía cruzar la frontera con tanto dinero. Tengo una grabación telefónica en mi poder que desmonta vuestra coartada.

Nathalie comenzó a mover sus ojos con premura.

- Imagino que daría media vuelta cuando vio a tantos guardias en la estación.
- Bien. Ya vamos entendiéndonos. ¿Alguna idea de dónde puede estar?
- Su intención era largarse de España una temporada.
- ¿A Amberes?
- Supongo.
- Y tú te ofreciste a ayudarle, entregándole quince mil euros en efectivo. ¿De dónde ha salido todo ese dinero? Y cuidadito con mentir, porque te juro que la próxima vez no seré tan benevolente.

La mujer exhaló un largo suspiro que la desmontó por completo.

- Es cierto que Christoffer viaja con frecuencia a Bélgica – comenzó a relatar –, pero no para exportar vino de la zona, sino para comprar armas en el mercado negro.

Altamira emuló un rictus de gravedad en su rostro.

- Por lo visto es bastante sencillo pasarlas en el relleno de los asientos traseros del coche. Jamás le ha parado la policía en la aduana.

- ¿Qué hacía con ellas? – se interesó.

- Venderlas. Las vendía a clientes de la región que no tenían acceso por vías…, digamos que ordinarias.

- ¿Es decir?

- Cazadores sin licencia o gente que quería un arma para su uso y disfrute.

- E imagino que alquiló el piso de la calle la Paz para ocultarlas – sospechó.

- Más bien para realizar las transacciones de mayor envergadura – matizó con los ojos enrojecidos –. En un principio Christoffer hacía las operaciones en la trastienda; aunque con el tiempo se arrepintió y decidió buscar un inmueble cercano a la vinoteca. Decía que era menos arriesgado.

- Hemos registrado el piso a fondo y no hemos hallado nada – le confesó.

- Es que mi marido tan sólo viajaba a Bélgica cuando tenía un pedido grande. Evitaba en lo posible almacenarlas por miedo a que saliese mal y el cliente se echase para atrás en el último momento.

- Entonces, ¿qué hacía Tintín en el inmueble la noche que se suicidó?

Leo Baeza se dio cuenta del intencionado giro que dio al otro lado del espejo.

- ¿Y por qué debería saberlo? – se molestó.

- Por la sencilla razón de que poseía una copia de las llaves de la vivienda. Me cuesta creer que su hermano le abriese la puerta para permitirle fabricar una bomba casera en el interior y colocarla después en su teléfono móvil. ¿Alguna idea?

- Lo primero: Christoffer estaba conmigo en Cubillos del Sil la noche que ese estúpido se lanzó por el terrado. Y lo segundo: si mi marido alquiló la casa a su nombre, fue porque Tintín estaba fichado por la policía y no quería correr riesgos – resumió de carrerilla. Su rostro transpiraba un intenso resquemor –. Chris no ha manejado explosivos en la vida. Se lo aseguro. Pero lo que hiciese mi cuñado…, eso ya no es de mi incumbencia.

- O sí – rectificó sus ansias de eludir lo inevitable –. Desconocía que Tintín formase parte del entramado de las armas.

- Era él quien realmente llevaba el peso del negocio – su intención era ahora evidente: deseaba culpabilizarle –. Tintín se encargaba de negociar los precios con la clientela o de realizar la entrega en algún punto de la ciudad cuando Chris no podía. Nada más. Pero si llegó a

ese acuerdo con su hermano, fue por la sencilla razón de que Jan estaba fichado en su país y tenía miedo de que levantase sospechas si regresaba a Amberes. Por eso Christoffer se ofreció en el trasporte. Porque en el fondo le quería demasiado.

- Y supongo que ese amor fraternal le ha llevado a tomarse un tiempo de retiro ante su inesperada muerte, ¿no? – sus palabras destilaban un tono sarcástico impropio en él que le aventajaron a escudriñar sus reacciones.

La mirada de Nathalie se transformó en odio.

- ¿Por qué había planeado fugarse con tanto dinero? – insistió –. ¿De qué huía?

La mujer hincó los codos en la mesa y apoyó la frente sobre las palmas de sus manos. Una sensación de desamparo reptó en la sala de interrogatorios a medida que Nathalie detenía con los labios la pesada bola de angustia y remordimiento que ascendía por su tráquea. Quizá llevaba demasiado tiempo reprimiendo sus sentimientos; un secreto que vibraba al fondo de sus pupilas y que se resistía a expulsar.

- Di. ¿Por qué te ha dejado sola en esto?

- Porque sospechaba que su hermano se había metido en un lío que le iba a salpicar de un modo u otro – paladeó.

Luego levantó el rostro.

- ¿Con quién?

- Con Bautista, el Legionario – disparó atemorizada –. Uno de sus clientes habituales.

Leo frunció el ceño mientras Carmona anotaba el nombre en una libreta y salía disparado de la salita.

- Hace unas cuantas semanas se presentó en el bungaló – continuó –. Tintín y Christoffer estaban tomando una cerveza en el salón cuando ese hombre llamó a la puerta. En un principio no me pareció extraño; sé que a veces quedaban con él para tomar algo y hablar de negocios. Pero de pronto, los escuché discutir desde la cocina. Al parecer, el Legionario estaba molesto porque le habían variado el precio de unas armas que a Chris le costó adquirir en el mercado negro cuando viajó a Bélgica el mes anterior. Entonces, los amenazó. El Legionario los amenazó con delatarles a la policía por algo relacionado con una chica que desapareció de la zona.

- Daniela Guzmán… – pronunció visiblemente consternado.

- ¡Yo no sabía a qué se refería! ¡Ni siquiera me atreví a preguntárselo cuando Tintín se marchó de casa una hora más tarde! – se alteró desde su silla.

- Nathalie, te he dicho que no me gustan las mentiras – la retrajo consciente –. Él mismo te comentó por teléfono que había borrado unas pistas de la chica. Sabes perfectamente que te estaba hablando de

Daniela.

- ¡No! – sollozó –. En ese momento no. Lo descubrí esta mañana, cuando me saltó la noticia en un portal digital.

La mujer era incapaz de aplacar los nervios que se habían desatado en sus extremidades.

- Ahora sé de lo que hablaba el Legionario. ¡Cómo ha podido hacerle esa barbaridad a esa pobre niña? – gritó desconsolada.

Vicente Altamira se levantó sin hacer ruido mientras Nathalie Peeters se deshacía en su propio lamento. Caminó apesadumbrado hacia la puerta e hizo un gesto con la mano. La puerta se accionó tras un incómodo pitido. Luego se internó en el pasillo y franqueó la sala anexa, donde enseguida tropezó con la mirada confusa del sargento Baeza.

- Quiero que la trasladéis a los calabozos por si cambia su versión– se dirigió a su agente.

Verónica Corredera asintió flemática.

- Después que firme la declaración y la soltáis pasadas setenta y dos horas. ¿Entendido?

- De acuerdo, jefe – masculló.

La joven apagó el sistema de grabación y se esfumó con discreción. Baeza, en cambio, volvió a atravesar la mirada por el espejo unidireccional en cuanto se convenció de que ya estaban a solas.

- ¿No te fías de su relato? – indagó con sumo cuidado.

- No lo sé. Es posible que diga la verdad – dudó.

- A lo mejor deberías hablar con ese tal Legionario – se aventuró –. Quizá él pueda ampliarte el campo de visión.

Blas Carmona aporreó en ese instante la puerta. El capitán se volvió y se fijó en la libreta que sostenía en su mano derecha.

- ¿Qué has averiguado? – le reclamó deprisa.

- He introducido en el servidor los datos de Bautista, el hombre que nombró la belga en la sala de interrogatorios, y resulta que está fichado por tenencia ilegal de armas – esclareció –. También he comprobado que reside en una caravana en el bosque de las Longueiras, próxima a la casa familiar de los Guzmán en Carucedo. ¿Necesita que me ponga en camino y le pregunte acerca de los chanchullos que se traía con los van Hoof?

Altamira cerró los párpados mientras pinzaba con los dedos su tabique nasal. Después resopló.

- Ahora mismo lo que necesito es pensar – exhibió su agobio –. De todos modos, emite un comunicado a la Interpol con los datos de Christoffer. Si hay novedades, avisadme al móvil.

Y sin más, abandonó la salita con una extraña sensación culebreando en su estómago.

El frío de la sierra lo embistió nada más franquear las puertas del Puesto. Leo se abrochó los corchetes de su anorak y cruzó a toda prisa la calzada de cemento. Las voces de unos cuantos chavales que jugaban al fútbol en las instalaciones deportivas que había enfrente, le robaron la atención según abría la patrulla y se acomodaba después. Enseguida arrancó el motor y se internó por las primeras calles de Ponferrada. El cielo del mediodía arrastraba partículas de agua suspendidas en el ambiente. Leo activó el limpiaparabrisas y depositó su teléfono sobre el salpicadero. Aún no se le iba de la cabeza el interrogatorio de Nathalie Peeters que observó tras el cristal polarizado. Tampoco la manera en que le afectó al capitán Altamira y su deseo de escapar de allí. Baeza mantenía sus propias impresiones al respecto. Tal vez los nuevos frentes que se iban abriendo a raíz de la muerte de Tintín, le estaban carcomiendo el ánimo al carecer de práctica. Puede que incluso la reapertura del caso de Daniela Guzmán le hubiese reportado una dolorosa visión de lo que no fue capaz de resolver por sí mismo en el pasado. Pero mientras el sargento atravesaba en su patrulla calles y avenidas desiertas, se le ocurrió que quizá Aura Valdés sí estuviera por la labor de adentrarse junto a él en una investigación que de algún modo, ya le pertenecía.

Leo pulsó la pantalla de su móvil y buscó por la A. En cuanto presionó el manos libres, espero impaciente una señal por parte de la periodista.

- Me pillas elaborando un dossier con todo lo que hemos descubierto del detective hasta el momento – le abordó al otro lado de la línea –. ¿Qué tal tu mañana?

- ¿Prefieres el resumen corto o el largo?

- El que me ayude a entender por qué Rafael Oviedo se acercó a Tintín. ¿Pido mucho?

- Suficiente como para pedirte yo a ti que me acompañes a ver a los padres de Daniela Guzmán.

Aura percibió cierta vacilación en su voz.

- ¿Ha ocurrido algo en el hospital?

- Digamos que la psicóloga me ha insinuado que hable con ellos para convencerles de que la chica debería hacer visitas periódicas a su hogar con el fin de recuperar la normalidad.

- ¿Convencerles? – se extrañó –. ¿De qué?

- La pareja de su padre cree que aún es pronto. Que todos necesitan su tiempo para adaptarse a la nueva situación.

- ¿Pero…? – sintió que había algo más.

- He notado un extraño comportamiento por ambas partes – confesó –. Es más, no sé hasta qué punto se alegran de que Daniela haya reaparecido.

- ¿Y pretendes que me meta en casa de unos señores que no he visto en mi vida, para que te dé mi opinión al respecto?
- ¿Te puedo recoger por el chalet en cinco minutos?

Una fuerte pendiente escalaba la ladera de la montaña, sembrada de profundos bosques de castaños y robles a los márgenes de la carretera. Las familias de helechos lamían con apetito las paredes de tierra rojiza, donde las raíces de algunos árboles se descollaban en multitud de formas. Aura sacó la cámara de su mochila y fotografió la espesura del entorno. La hiedra se columpiaba de las ramas desnudas, conquistando como culebras la rugosidad de su corteza.

Leo accionó la calefacción en cuanto una fina capa de vaho comenzó a invadir los laterales del parabrisas. Los faros de la patrulla disolvían tras un haz ambarino la niebla desgastada que se enredaba al fondo, en un horizonte velado por partículas en suspensión y el graznido de varios cuervos. Las primeras casas de Carucedo se perfilaron a pocos metros. Baeza aceleró el motor y se internó por la primera calle. Enseguida distinguió una balsa de agua que exhalaba su aliento entre nubes de vapor. Dedujo que se trataba del famoso lago romano. Después continuó atravesando la vía central, donde se percató tras el cristal de su ventanilla que los habitantes del pueblo se resistían a abandonar el calor de sus hogares. Poco antes de rebasar el término municipal, se fijó en un cartel que sobresalía del muro exterior de una vivienda unifamiliar de dos plantas: *Carnicería Guzmán*. Leo giró el volante y frenó la patrulla en el amplio acceso sembrado de grava.

- Fin del trayecto – declaró a su compañera mientras se desabrochaba el cinturón.

Aura se apeó del vehículo y contempló el inicio del bosque que se abría exuberante frente a sus ojos. Las copas de los pinos se agitaban entre corrientes de aire mientras el cielo era tiznado por una estela grisácea procedente del humo de las chimeneas. El olor a tierra mojada invadió de pronto su olfato. La periodista cruzó en silencio la explanada y subió junto al sargento los peldaños de la casa, con la fachada revestida con carillas de pizarra y amplios ventanales. Leo fue el primero en percatarse que la carnicería se hallaba cerrada. A su izquierda, una puerta de madera con un buzón exterior le reveló que se trataba del hogar de la familia Guzmán. Baeza presionó el timbre sin pensárselo y un hilo musical irrumpió en el interior. Entonces, escucharon unos pasos al otro lado.

- ¿Sí…? – pronunció el hombre tras la puerta. Apenas se asomaba un rastro de su figura, enterrada por la penumbra de dentro.

- Soy el sargento Baeza. No sé si me recuerda. Nos vimos hace un rato en el hospital.

Ismael Guzmán avanzó apocado entre las sombras, revelando a la luz del mediodía su escuálida fisionomía. Su rostro evidenciaba una soterrada preocupación enmarcada por dos bolsas violáceas que secuestraban sus párpados. Luego abrió la puerta del todo y se refugió en la alfombrilla que descansaba en el mismo umbral de la vivienda.

- Claro que le recuerdo. ¿Ocurre algo?
- Me preguntaba si podríamos pasar y charlar un rato.

El hombre entornó la mirada, desconfiado.

- Es sobre su hija – le avanzó.
- Por supuesto – respondió finalmente –. Acabábamos de terminar de comer.

Ismael les invitó a pasar con una sonrisa artificiosa. Enfiló un largo pasillo con las paredes empapeladas en tonos ocres y varias pinturas cinegéticas. Aura percibió el aroma a carne guisada que flotaba en el ambiente a medida que oteaba cada rincón de la casa: el suelo con tarima flotante, la escalera que se encaramaba en zigzag hacia la segunda planta o el salón que atravesaron a continuación y que hacía la función de comedor. Unos cuantos leños crepitaban en la chimenea del fondo, donde la sucia claridad del día intentaba traspasar las cortinas de lino transparente. Maite del Val esbozó de pie un gesto de asombro y dejó de quitar los platos de la mesa camilla, con la cazuela aún humeante. Enseguida bajó el volumen del televisor.

- Cariño, ha venido a vernos el sargento Baeza – le anunció con la voz titubeante –. Al parecer, quiere hablar con nosotros de la niña.
- Si no les pillo en mal momento – se interesó –. Por cierto, ella es Aura.
- Mucho gusto – se atrevió a decir la mujer.

Sus ojos rapaces se adentraron en los suyos sin disimulo.

- Por favor, siéntense – les ofreció el mullido sofá de dos plazas situado delante de una mesa atestada de fotografías.

Ellos hicieron lo propio en el que había justo enfrente. Aura miró de soslayo a Leo y se percató por su postura (las piernas parcialmente separadas, las manos apoyadas sobre sus rodillas, el rostro grave), que estaba a punto de abalanzarse sobre sus presas. Maite se encargó de romper el hielo.

- Usted dirá, sargento ¿A qué debemos su visita?
- La verdad, no sé muy bien por dónde empezar. A mí también me resulta difícil tratar esto, pero… – el matrimonio lo miró con cara de circunstancias – ¿Cabría la posibilidad de que cambiasen de opinión y que Daniela empezara la terapia de adaptación aquí, en su casa?

Maite del Val destensó rápido sus facciones.

- Entiendo que para ustedes tampoco esté siendo fácil. Pero la psicóloga cree que es el camino más cómodo para que todos puedan recuperar cuanto antes la normalidad.

- Y es cierto – consideró Ismael desde el sofá –. Maite y yo lo hemos meditado mucho desde que nos fuimos del hospital. Pero queremos hacer las cosas bien, poco a poco, sin precipitarnos.

- Lógico – añadió Baeza. Aura observaba la conversación como si se tratase de un juego de *ping pong* –. Imagino que les habrán comentado que tenemos indicios del lugar donde Daniela debió estar retenida.

- Algo nos ha llegado a los oídos.

- Creemos que el zulo se halla cerca de San Miguel de las Dueñas – continuó –. El caso es que para que su hija pueda acompañarnos al bosque, necesitaríamos el visto bueno de la psicóloga; asegurarse de que va a estar preparada para volver.

Ismael agachó la cabeza y escondió la mirada en la tarima flotante.

- Comprendo su labor, sargento. Incluso las prisas por averiguar la verdad.

- Pero aún seguimos en *shock* – le interrumpió su esposa –. Por supuesto que nos está costando aceptar que Daniela ha regresado. Hace años que la dimos por muerta, ¿sabe usted? La *"enterramos"* en nuestra memoria por no sufrir más – entrecomilló con sus manos –, por liberarnos de lo que ya era irreparable; en definitiva, por seguir viviendo. La habitación de la niña la transformamos en un gimnasio para no perpetuar más tiempo el dolor.

- O al menos, eso fue lo que nos aconsejó el psicólogo que llevó nuestro caso durante el primer año – añadió su marido mientras la cogía de la mano. Maite parecía abatida.

- ¿Y algún recuerdo? – cuestionó Aura con cierta reserva –. Quizá reconociendo algunas pertenencias que formaron parte de su anterior vida, podrían ayudarla a recuperarse en un breve periodo.

- El problema es que casi todo lo donamos – le esclareció la mujer –. Conservar su ropa y el resto de efectos personales nos pareció mucho más cruel.

- Y después de cinco años desaparecida, nadie se imaginó que podría acabar sucediendo el milagro – remató Ismael –. Les aseguro que ellos, sus propios compañeros, ya la daban por muerta.

Leo se percató que se refería a Altamira y todo su equipo.

La periodista, por el contrario, deambuló con la mirada por la mesa atestada de fotografías, donde no encontró siquiera un vestigio que confirmase que Daniela Guzmán vivió allí una vez. La escamó.

- ¡Qué tarde es! – exclamó Maite en cuanto echó un vistazo a su

reloj de pulsera –. Isma, espabila que el mayorista dijo que vendría en un cuarto de hora.

El sargento comprendió la indirecta, a lo que acto seguido se levantó. Aura le acompañó.

- Nosotros nos marchamos ya – verbalizó –. Gracias por su tiempo.

- Pensaremos detenidamente su propuesta – respondió el hombre –. Al fin y al cabo, nuestro mayor deseo es que Daniela se reestablezca y vuelva a casa pronto.

Ismael Guzmán los escoltó hasta la salida, despidiéndose de ambos con una sonrisa cálida y un apretón de manos.

El frío que bajaba de la sierra los atacó de inmediato a medida que atravesaban el terreno de gravilla dirección a la patrulla. La periodista prefirió no hablar hasta que se convenció de haberse alejado lo suficiente de la casa. Leo se adelantó.

- ¿Y bien…?

- Todo es bastante extraño – consideró –. Es más, puede que me equivoque, pero si te paras a pensarlo, se nota que Maite no es la madre biológica de la chica. Hay algo en ella que me rechina, como si en el fondo le molestase que Daniela haya regresado.

- ¿Crees que accederán a la terapia que les ha propuesto la psicóloga?

- Creo que harán lo que mejor le convenga a ella. Tú mismo ha sido testigo de quién domina a quién.

Leo desbloqueó las puertas de la patrulla con el mando a distancia.

- Entonces no hay tiempo que perder. Se me ha ocurrido algo. Te lo cuento de camino.

Los neumáticos arrastraron consigo una nube de polvo cuando la patrulla se internó deprisa en la carretera. Maite del Val se alejó de la mirilla y posó sus ojos en los de su marido, cargados de inquina. El hombre se refugió en un recodo sombrío del hall.

- Te lo dije, Isma. Es hora de actuar – le reprendió –. Así que espero por tu bien que me hagas caso, porque te juro por Dios que soy capaz de aniquilarte con mis manos.

Las montañas exudaban paños de vapor cuando Leo retomó el camino de vuelta por una carretera sinuosa fortificada por un tejadillo de ramas. La frondosidad de sus bosques apenas permitía adivinar el horizonte, tapiado por una gasa neblinosa que los faros de la patrulla rasgaban a través de una burbuja de luz. Aura se fijó por el espejo retrovisor en la estela de hojas secas que removía el automóvil a su paso. Un débil hilo musical procedente de la radio parecía acompañarlos a medida que recorrían la pendiente, sembrada de castaños y helechos. Baeza giró el cuello

con intención de robar su atención.

- ¿Qué piensas? – se atrevió a indagar.

- La verdad, no sé si es buena idea que vaya contigo al hospital.

La periodista no paraba de darle vueltas a lo que le había propuesto nada más alejarse de Carucedo.

- Tampoco quiero que te sientas obligada – la apaciguó –. Pero en estos momentos es lo único que se me ocurre para averiguar si es cierto lo que declaró Nathalie Peeters en la sala de interrogatorios: que el tal Legionario amenazó a los hermanos belgas sobre una chica que desapareció de la zona hace años.

- Sigo sin comprender a dónde quieres llegar.

- A Daniela – disipó sus dudas –. La chica dijo que jamás había visto la cara de su raptor porque siempre la llevaba oculta por un pasamontañas. Pero no habló nada de su voz. Voz que imagino que reconocería después de relacionarse con él durante cinco años.

- ¿Y…?

- Pues que si dispongo del mensaje que Tintín me dejó en el contestador, es posible que sea capaz de identificarle. A él o a su hermano. Me da igual. Ambos tienen el mismo acento francés.

Aura consideró factible su plan desde el asiento del copiloto. En el fondo, sabía que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salir ileso de aquel suceso que le había retenido en Ponferrada sin buscárselo. Quería ayudarle, pese a la irregularidad del proceso.

- De acuerdo. Tienes razón. Pero todavía sigo sin saber qué pinto yo en esa habitación. Tampoco quiero comprometerte con Altamira.

- ¿Acaso piensas que iba a autorizarme? – soltó con aplomo –. Pero si se abstiene a mover sus fichas, prefiero mover las mías por mi cuenta. Sé que Daniela me rehúye por algún tipo de trauma generado por su raptor. Pero tú eres una mujer. Contigo no se cerrará en banda. Confía en mí.

De repente, pegó un frenazo.

Leo dio marcha atrás mientras se aseguraba entre improperios que era cierto lo que acababa de ver por el retrovisor. Aura sintió un pinchazo a la altura del corazón. Se puso nerviosa.

- ¡Qué pasa ahora? – se inquietó.

El parachoques trasero de una patrulla se asomó a sus ojos tras la espesura del bosque, al fondo de un camino. El sargento accionó el freno de mano y abrió la puerta.

- Enseguida vuelvo.

Rápidamente cruzó la carretera y se sumergió en la frondosidad selvática, cuajada de zarzas y helechos. La tierra mojada se filtraba por las suelas de sus botas a medida que despejaba con el brazo las ramas que dificultaban su avance. Un

incómodo silencio lo zambulló. La claridad neblinosa se volvió opaca mientras el musgo reptaba entre las juntas de las rocas, sediento de humedad. Entonces, escuchó unas voces.

Leo corrió, sorteando otra tanda de obstáculos. El sonido era cada vez más intenso. Una especie de claro se abría paso a escasos metros, entre familias de pinos y rebollos. El sargento se ocultó tras unos arbustos y echó un vistazo. Las montañas de escombros se esparcían en derredor, enmarcando la silueta de una vieja caravana que parecía resistir a duras penas las inclemencias del tiempo. Afuera, aquella bestia vestida con uniforme militar y boina carlista le estremeció. El hombre tenía el cabello largo y enmarañado, así como una poblada barba que rebasaba su barbilla varios centímetros. Su altura era mayor que la del otro hombre con el que discutía.

Baeza no tardó en reconocerle.

- ¡Coge el maldito dinero y lárgate de aquí! – le increpó Altamira de espaldas mientras le tendía un sobre. El hombre no parecía inmutarse –. ¡Joder, no lo entiendes? ¡Van a ir a por ti! ¡Ahora todos saben que amenazaste a los belgas!

Pero segundos antes de que la bestia respondiera, el sargento sacó su móvil e inmortalizó el encuentro con su cámara.

Quintanilla omitió de su cabeza las palabras que el doctor le asestó el día anterior para que cuidase esos triglicéridos de más cuando se dispuso a darle la primera dentellada a la raqueta de yema. De pronto, el teléfono de su mesa repiqueteó. El agente abandonó el dulce sobre la bandeja de cartón y se maldijo de su suerte.

- Puesto de La Alberca – pronunció asqueado.
- Quintanilla, soy el sargento.

El hombre pegó un traspiés en su silla que poco le faltó para estamparse de bruces contra el suelo.

- ¡Jefe! ¡Cómo va la cosa en Ponferrada?
- Escúchame. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre Vicente Altamira. Es el capitán que está al mando del Puesto de la comarca del Bierzo.

El agente anotó perplejo el nombre.

- Y también toda la información que encuentres en la base de datos sobre un tal Pedro Bautista, conocido en la zona como el Legionario. ¿Lo tienes?
- Eso creo – dudó de lo que le estaba pidiendo.
- En cuanto lo tengas, envíamelo al teléfono. Es todo.

Y colgó.

Leo abrió la puerta de la patrulla y se acomodó en el asiento. La

periodista le miró con cara de circunstancias.

- ¿Y bien? ¿Qué ha pasado? – se interesó.

- Será mejor que salgamos de aquí. Hay algo en todo esto que me huele mal.

Veinte minutos más tarde, Leo y Aura cruzaron las puertas giratorias del Hospital de la Reina. Enseguida enfilaron un ramal de pasillos y ascensores que les devolvió a la segunda planta, donde una claridad plomiza se arrastraba bajo una nube de polvo gris por los ventanales de medio punto. El eco de sus pisadas rebotaba sin cesar contra los techos. La vida en el interior parecía haberse detenido tras las puertas cerradas de las habitaciones según iban adentrándose en la penumbra. No tardaron en reconocer los tres números superpuestos por encima del travesaño de madera: 202. Leo miró a ambos lados del pasillo y tocó con los nudillos un par de veces mientras se cercioraba que todo estaba despejado. Después abrió la puerta sin pensárselo y cruzó el umbral junto a la periodista.

Daniela Guzmán se ovilló a un extremo de la cama cuando el sargento se manifestó delante de su visión. Pronto volteó el cuerpo hacia la pared y refugió su rostro entre las gotas de gotelé que acarició sin más con las yemas de sus dedos. Aura se percató desde el ángulo opuesto que la joven seguía amedrentada tras el calvario sufrido durante cinco años. Los mechones de su corta cabellera se enredaban en desorden sobre la almohada. Sus labios, visiblemente cuarteados, revelaban el frío que todavía humeaba bajo su piel. La chica comenzó a temblar y cerró deprisa los ojos. Tenía miedo.

- Hola, Daniela – pronuncio Baeza a escasos metros de su cama.

Su mirada continuaba esquivándole. La periodista se percató de ello.

- Quiero presentarte a Aura Valdés. Le gustaría hablar contigo y hacerte unas preguntas.

La joven abrió los párpados de golpe y la observó por el rabillo del ojo a medida que rotaba la cabeza. Leo enarcó una ceja y le indicó que se sentase en la silla que había suspendida a los pies de la cama. Aura se acercó con recelo y comprendió entonces el dolor que vibraba al fondo de sus pupilas cuando sus miradas se cruzaron en el instante que tomó asiento. Con ella parecía encontrarse relajada.

- Hola – pronunció apocada.

- Hola – respondió con un hilo de voz.

La periodista volvió a mirar a Leo antes de retomar la conversación. Éste se alejó hacia las taquillas, donde la luz traspiraba por debajo de

las cortinas.

- El sargento me ha contado que nunca viste la cara de tu raptor; que cada vez que te visitaba, la llevaba cubierta por un pasamontañas.

Daniela asintió con aprensión. Al menos, parecía dispuesta a colaborar.

- ¿Alguna vez te habló?

- Claro – masculló con extrañeza.

- Entonces, imagino que serías capaz de reconocer fácilmente su voz – añadió –. ¿Te importaría escuchar una grabación por si acaso fueras capaz de identificarle?

Aura pasó el relevo a Baeza, el cual buscó el mensaje del contestador en su móvil. Luego puso el manos libres y presionó el *Play*: *No puedo más con la presión. Ya he hecho demasiado por ti, Leo. No merece la pena. Lo saben…*

El silencio volvió a vagar en la habitación. Daniela, en cambio, removía agitada sus ojos.

- ¿Es él? – creyó suponer por su semblante.

- No estoy segura – admitió nerviosa.

Ambos se sorprendieron de su respuesta.

- Voy a ponerlo de nuevo – declaró Leo al fondo.

La voz de Tintín volvió a asomarse tétrica en los siete segundos que duraba la grabación. Después, un segundo silencio serpenteó en la estancia.

- No lo sé – insistió contrariada –. El audio es corto.

- Pero su pronunciación es clara.

Aura la forzó a concentrarse.

- Sus erres son suaves, como si fuese de otro país – evitó revelarle su procedencia –. ¿Recuerdas si tu raptor hablaba con un acento en particular? ¿Un leve soniquete? ¿Algo que nos ayude a reconocerle?

La chica negó con la cabeza.

Baeza comenzó a impacientarse con el teléfono de la mano. Lo guardó en el bolsillo del anorak y se dirigió a la ventana en busca de una nueva ruta que la ayudase a localizar a Jan van Hoof en su memoria. Entonces, tropezó con sus botas. Leo se hizo a un lado y observó detenidamente aquellas *Martens* rosáceas aparcadas a un lateral del radiador. Una gruesa capa de barro se apelmazaba por los costados de las suelas. Baeza se acuclilló e hincó la uña en la tierra reseca. Una película arcillosa se desmigajó en el suelo, exponiendo diminutas partículas de desigual tamaño y tonalidad. Sacó un clínex de su abrigo y comenzó a traspasar los cachitos de légamo al papel, donde su color cobró de pronto un matiz anaranjado.

- ¡Qué haces?

La voz de Daniela se abalanzó por su espalda. Enseguida se

incorporó.

- Intentar localizarte – la aseguró –. Tal vez el Laboratorio pueda determinar de qué zona viniste. Es el único modo de llegar al zulo. Varios agentes han peinado los alrededores de la casa donde robaste comida y no han hallado nada.

- ¡Pero por qué? – se impacientó –. ¿Por qué nadie me cree?

La chica comenzó a remover las piernas por debajo de las sábanas.

- Estate tranquila – pronunció Aura, cogiéndola del brazo. Daniela hizo el amago de soltarse –. Sólo intenta ayudarte porque llegaste al hospital muy desorientada.

- No quiero hablar más. Estoy cansada.

Baeza recorrió los escasos metros que le distanciaban de la cama y se situó delante de ella.

- Tienes que recordar – la abordó–. Necesito que hagas un último esfuerzo. Hay que atrapar a ese malnacido antes de que vuelva a secuestrar a otra chica.

- Ahora quiero estar sola.

- No lo entiendo – se esforzó en comprender –. Tienes a toda la comandancia movilizada. Sólo te pido que colabores y nos hables de tu raptor. ¿Pongo la grabación de nuevo?

- Me cuesta respirar – dijo. Acto seguido, arrancó a hiperventilar.

Aura empezó a alarmarse por el rumbo que estaba tomando la conversación.

- ¡Pero por qué intentas defenderle! – gritó. Luego la tomó por los hombros y la zarandeó en la cama –. ¡Por qué diablos le proteges! ¡No te das cuenta que lo único que ha hecho es arruinarte la vida!

Sus ojos se abrieron más de la cuenta, presos del pánico.

- ¡Ese hijo de puta se ha suicidado, joder!

Chilló. Daniela Guzmán emitió un hondo alarido que retumbó en la habitación y traspasó fronteras. Aura y Leo se quedaron inmóviles, impresionados por el dolor que arrancaba de su garganta y se expandía por todas sus facciones. El tiempo pareció cristalizarse entre sus cuatro paredes mientras una enfermera abría apresurada la puerta y se dirigía corriendo a la chica. Inés Solís, la psicóloga, apareció segundos más tarde. Su semblante no les confirmó nada bueno.

- ¿Qué está pasando aquí? – le lanzó al sargento –. ¿Y por qué está ella en la habitación?

Aura agachó la cabeza por temor a meter la pata.

- Sólo estaba haciéndole unas preguntas rutinarias – se justificó.

- ¡Pero no puedes hacer algo semejante sin mi permiso! – se exaltó –. Voy a tener que pediros que salgáis de la habitación.

- Tampoco era mi intención provocar esto.

- Lo siento Baeza, pero informaré debidamente a Altamira.

Ambos franquearon el umbral sin despedirse ante la mirada amenazante de la psicóloga. Después, en cuanto se cercioró que la pareja se perdía entre las sombras del pasillo, regresó dentro, donde la enfermera seguía calmando a Daniela Guzmán. Fue entonces, al depositar su carpeta, cuando reparó en la cámara. La luz roja parpadeaba a un lateral del dispositivo mientras continuaba grabando el interior de la habitación. Inés la giró intencionadamente hacia la pared y marchó a auxiliar a la joven, cegada por sus propias pesadillas.

El frío arreciaba por fuera del hospital cuando Leo traspasó las puertas mecánicas y encaminó los pasos hacia la patrulla, estacionada en la segunda fila del parking. Nada parecía detener sus ansias de marcharse de allí. La sensación de malestar que gestó en la habitación, fue transformándose en un ostensible resentimiento difícil de reparar. Baeza se situó por delante del vehículo y dejó caer los brazos sobre el capó. Enseguida se perdió en el horizonte añil, cuajado de volutas de humedad. Después apretó muy fuerte sus párpados y golpeó con el puño la techumbre metálica.

- ¡Mierda! – vociferó, iracundo.

Aura se mantuvo en la retaguardia, a la espera.

- Aún sigo sin comprender qué es lo que ha ocurrido ahí dentro – vocalizó a sus espaldas.

Baeza continuaba encastillado en su rabia, reacio a hablar.

- Esa chica no tiene la culpa, Leo. Parece mentira que hayas sido capaz de tratarla así. Es más, puede que te moleste lo que voy a decirte, pero creo que todavía no has superado lo de Penélope.

El sargento giró el cuerpo como un resorte. Apenas tardó unos segundos en mostrarle las señales que palpitaban al fondo de sus pupilas.

- Te recuerdo que no fui yo el que se largó – escupió –. No fui yo el que dejó todo atrás, en el pasado. Aunque ya me lo aclaraste en la cafetería minutos antes de la explosión.

- ¡Cómo dices…? – le inquirió.

Aura se convenció de que buscaba desesperadamente combatir contra alguien.

- *Soy de las que prefiero dejar el pasado atrás*. ¿No fue eso lo que dijiste? – le refrescó la memoria.

- ¿A qué viene esto?

- No sé, dímelo tú – pareció retarla –. Porque todavía sigo sin entender tu actitud fría y distante. Ni siquiera te reconozco. ¿Pero sabes una cosa? Que no tienes ni puta idea de la presión que tengo

encima. Y si me he puesto así en esa habitación, es porque quiero esclarecer de una maldita vez quién le hizo eso a Daniela. Te recuerdo que uno de sus posibles raptores me llamó al móvil minutos antes de lanzarse al vacío. Si al menos te pusieras en mi pellejo, comprenderías que tengo todas las papeletas para que se abra una investigación interna contra mi persona.

La periodista vislumbró su dolor, electrizante y tangible. Intentó mantener la cordura.

- Lo siento, Leo – suavizó a propósito –. Siento el calvario por el que estás pasando. Pero tampoco puedes forzarla a que te relate sus últimos cinco años de cautiverio en unas pocas horas. ¡Joder, ponte tú también en su piel! Esa cría está muerta de miedo. Es incapaz de enfrentarse a sus propios miedos, por el amor de Dios.

- Pues ya es hora de que asuma su parte en esta historia.

- ¡Pero te estás escuchando…? – le reprendió –. Razona de una vez y no cargues contra los que no tienen la culpa. Sólo es una muchacha de veintiún años. ¿Cómo estarías tú en su lugar?

Baeza asfixió la mirada al fondo, iluminada por esquirlas vidriosas. Supo entonces que estaba a punto de romperse en varios pedazos.

- De estar con vida Penélope, jamás la hubieses tratado así. De eso doy fe.

- ¿Y por qué me encuentro hecho una mierda?

Una lágrima rodó silenciosa por su mejilla. La barbilla le temblaba.

- Quizá te ha superado la situación. Pero ya está. No te machaques más – intentó aplacar sus pesadillas con tacto –. Y sí, tienes razón. Te pido disculpas si en algún momento me he mostrado fría contigo. Si algo tengo claro, es que estoy donde estoy gracias a ti.

- Yo no tuve nada que ver – rezongó.

Aura se situó a su lado y le agarró de la mano. El sargento destensó sus facciones.

- Tuviste mucho que ver, don modesto – le regaló una sonrisa –. Así que ahora quiero que cojas aire, lo expulses por la boca y te calmes, porque voy a ayudarte. ¿Ok? Voy a ayudarte por la sencilla razón de que una vez, no hace tanto, hiciste lo mismo conmigo. Quiero que volvamos a ser el equipo que fuimos y que investiguemos juntos lo que nos ha traído a Ponferrada. ¿Hecho?

A Baeza no le dio tiempo a contestar cuando su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su anorak. Rápidamente lo sacó y echó un vistazo a la pantalla. Quintanilla parecía reclamarle desde el Puesto de La Alberca.

- Dime – disparó a su agente.

El sargento escuchó atento al otro lado de la línea. Entonces, miró fijamente a la periodista.

- Lo sabía – respondió –. Ese hijo de puta nos ha engañado a todos.

Leo Baeza enfiló a toda velocidad un circuito de calles y avenidas después de dejar a Aura en el chalet de Molinaseca. La luz tamizada de la tarde se iba diluyendo entre las cornisas de los tejados a medida que sorteaba pasos de peatones y cambios de rasante con el corazón bombeando estrepitosamente bajo su pecho. La templanza que creyó recobrar de la mano de la periodista, se extinguió por completo en su organismo una vez que detuvo la patrulla en la acera y salió apresurado en busca de respuestas. Leo entró en la comandancia sin saludar siquiera a los agentes con los que se cruzó de camino y continuó penetrando en las instalaciones, donde enseguida alcanzó la puerta del despacho de Altamira. Apenas hizo caso al cartel que irisaba destellos dorados (o más bien ordinarios, pensó) a un margen de la pared. Simplemente franqueó la entrada y frenó en seco delante de su mesa, retándole con dureza al otro lado. El capitán se levantó ante su inesperada aparición.

- Te he estado llamando al móvil – descerrajó sin previo aviso.

Ambos hombres mantenían fijas sus miradas.

- Ya me ha contado Inés el numerito del hospital – prosiguió malhumorado –. ¡Pero qué te pensabas, que no iba a enterarme? Baeza, te lo advierto, ándate con cuidado. Te recuerdo que aún está por esclarecerse la llamada que recibiste de Tintín minutos antes de suicidarse. No te creas que pienso olvidarme aunque el caso se cierre. ¡Me oyes?

- ¿Me estás amenazando?

- Te estoy aconsejando – le desafió al otro lado del escritorio–. Así que no me provoques porque te juro que descuelgo el teléfono y doy parte a la Central.

- No tenéis pruebas contra mí – subrayó contumaz–. Aunque no sé qué dirá la Fiscalía cuando se entere que uno de los sospechosos en torno a la desaparición de esa joven, está siendo encubierto por la máxima autoridad que lleva el caso.

Altamira entrecerró los ojos, confuso.

- ¿Vas a ser tú el que se encargue de decirles que el Legionario es tu hermano?

El capitán enmudeció de inmediato, intentando adivinar en sus ojos cómo había sido capaz de descubrir lo que llevaba años encerrado en lo más profundo de su ser. El secreto que guardaba celosamente en un cajón con llave se destapó en su semblante, mostrando el alma carcomida por sus propios miedos al fondo de su iris. Baeza no se atrevió a desvelarle que poseía unas fotos en la galería de su móvil que confirmaban el encuentro con Bautista

en el bosque.

- ¿Por qué le estabas ofreciendo dinero esta mañana? – batalló –. Lo sé todo.

Vicente Altamira tardó varios segundos en reaccionar bajo su hermética posición.

- Tenía que protegerle – articuló amedrentado –. Bautista es un blanco fácil; nadie va a creerle con sus antecedentes.

- ¿Qué clase de antecedentes? – se interesó.

- Alteración del orden público, peleas callejeras, tenencia ilegal de armas… El juez se encargará de mandarle de nuevo a prisión.

- También existe la presunción de inocencia.

- ¿Con su historial? Lo dudo – negó con la cabeza –. Mi hermanastro es demasiado impetuoso. Acabará haciendo lo que le salga de los cojones.

- Pues lo siento por él, pero voy a tener que tomarle declaración. Y sin estar tú presente, por supuesto.

- ¿Cómo dices…?

Su pulso se agitó sin remedio a medida que Leo giraba la mesa y se detenía a un palmo de su cara. Enseguida sintió su aliento, trufado por motas de resentimiento. También el miedo, conservado más allá de sus pupilas. La respiración de Altamira se volvió dificultosa.

- Creo que te estás equivocando si piensas que voy a permitir que metas las narices en mi Puesto.

- De ahora en adelante, se harán las cosas a mi manera – le conminó en voz baja –. Más que nada porque no pienso comerme el marrón del belga. Así que si no quieres que dé parte a los de *Arriba*, será mejor que colabores. No me gustaría que volvieran a meter a tu hermanastro, o lo que ostias sea, entre rejas. ¿Me he explicado?

- Esto no va a quedar así, Baeza. Te lo aseguro.

- ¿Acaso piensas que lo dudaba?

La noche se escurría gélida por la ventana de la habitación 202 cuando Marisol Durán abrió la puerta con una bandeja de medicamentos entre sus manos. La penumbra que se mecía sigilosa al otro lado, le provocó una sensación extraña. La enfermera localizó el interruptor de la pared y encendió la luz. Varios tubos fluorescentes desempañaron el paisaje sombreado, donde la cama de la joven desaparecida se mostraba ante sus ojos con las sábanas deshechas. Marisol dibujó un rictus de perplejidad en su rostro y dejó la bandeja sobre la mesa. *¿Daniela?*, preguntó en alto. Después se percató que la puerta del baño estaba cerrada. Llamó con los nudillos un par de veces y esperó. Nadie respondió a su llamada. Fue entonces, al colar la cabeza, cuando se

estremeció. Marisol Durán corrió hacia la cama y retiró el rebujo de sábanas. Las vías del gotero habían sido arrancadas, dejando su rastro imperecedero sobre la tela blanca. Luego apartó la almohada y se concentró en aquel diminuto dibujo raspado en el cabecero de madera. *¿Qué demonios es eso?*, balbució. La serpiente de cuerpo enroscado y apariencia mitológica la sobrecogió.

Marisol Durán abandonó corriendo la habitación. Su figura se diluyó por el pasillo mientras llamaba a voces a los de seguridad. Sin embargo, un escalofrío reptó por su espalda cuando supo que Daniela Guzmán se había marchado para siempre.

DIA 4

El microondas emitió un largo pitido. Leo Baeza presionó el cierre de la puerta y asió las dos tazas de café que humeaban en su interior. A través de la ventana, observó la silueta de Aura, con los brazos reclinados sobre la baranda del porche. El velo de niebla depositado al fondo confería a la escena un aire navideño, donde la joven parecía recluida en sus propios pensamientos. Leo atravesó la cocina y volvió por el pasillo con ambas tazas en sus manos. Luego entornó la puerta con la punta de su zapato y se internó en el paisaje invernal de Molinaseca. El rumor del río desgastaba el silencio de la mañana un poco más abajo, entre cortinas de vapor que exhalaban de sus orillas. Leo depositó los cafés en la repisa e hinchó de aire sus pulmones. La campana de San Nicolás de Bari les advirtió que eran las ocho de la mañana.

- Echaré de menos todo esto – se afligió la periodista.

Sus ojos deambulaban por el paraje agreste, con el puente de piedra maciza a un lateral, las casonas del pueblo aún adormecidas y el perfil de las montañas desdibujadas por la niebla.

- Siempre te quedará La Alberca – le regaló una sonrisa suspicaz –. Por cierto, ¿sabes ya cuando te marchas a Madrid?

- Con la inesperada aparición de Daniela, sospecho que mi jefa tardará en reclamarme.

Leo sintió una punzada en su estómago. El hecho de que algún día tuvieran que despedirse, le asqueaba. Sin embargo, pensó que era lo más sensato. No estaba por la labor de revelarle lo que había descubierto del Serbio meses atrás. Ya no. Aura se merecía ser feliz.

- ¿Has vuelto a hablar con Altamira? – quebró la periodista su voz interior.

Todavía le costaba hacerse a la idea del pulso que mantuvieron en su despacho. ¿Cómo era posible que ninguno de sus agentes se hubiera percatado que el Legionario era, en realidad, su hermanastro? Aún no se le iba de la cabeza.

- Dudo mucho que vuelva a dirigirme la palabra. Creo que ayer sumé a mi lista un nuevo enemigo – si es que no lo tenía de antes, consideró –. Pero de ahora en adelante, me encargaré personalmente de los avances del caso. Y al primero que visitaré, reside en una caravana en el bosque.

- ¿No te acabará buscando las cosquillas?

- ¿Altamira? – le nombró –. Más bien lo tengo cogido por los

cojones.

El móvil del sargento sonó en el bolsillo de su abrigo. Miró la pantalla con recelo y advirtió que se trataba del Puesto de Ponferrada. Descolgó.

- ¿Qué ocurre? – disparó al otro lado con sequedad.

Leo se mantuvo atento, donde la voz del agente goteaba por el auricular como un murmullo invariable. De pronto, sus ojos se clavaron en los de Aura.

- ¡No puede ser! – bramó –. Ahora mismo salgo.

Las copas de los pinos se agitaban en un suave vaivén cuando Leo Baeza aparcó la patrulla a un lado de la cuneta. Rápidamente apagó el motor y se apeó. Una bocanada de aire frío se precipitó a su encuentro mientras divisaba el horizonte, enmascarado por una bruma vaporosa que se enredaba a los matojos del suelo como una laguna de aguas blanquecinas. El sargento se adentró campo a través y observó que el camino por donde había transitado, se encaramaba zigzagueante hacia el corazón de los Montes Aquilianos. No muy lejos, algunos terrenos sembrados de vides se entremezclaban con distintos árboles frutales, con las ramas peladas y sus troncos exageradamente retorcidos. El liquen espolvoreado por sus cuerpos le produjo una sensación de profundo abandono. Leo continuó avanzando y se fijó en el grupo de técnicos peritos que, enfundados en sus característicos trajes, fotografiaban al fondo los restos de lo que parecía un coche. El chasis ennegrecido, con las ventanillas reventadas y la goma de los neumáticos deshecha, le reveló lo que minutos antes Carmona le confirmó por teléfono.

Enseguida reparó en Alejandro Pumares, el joven forense que Altamira le presentó en el depósito del Instituto Anatómico. Se encontraba sumamente concentrado mientras tomaba anotaciones sobre un portafolio, cerca de una familia de serbales. Leo alzó el brazo a modo de saludo hasta que Pumares reparó en él tras sus lentes transparentes. Vestía una simple bata pese a las bajas temperaturas del entorno y un vaquero negro, ajustado a la altura de sus pantorrillas. Éste le devolvió el gesto y se acercó al sargento con la atención apuntalada en sus garabatos.

- Buenos días – soltó de forma mecánica –. Estaba redactando el acta.

- ¿Entonces es cierto? – se ahorró los prolegómenos.

- Eso me temo – le avanzó –. ¿Me acompañas y te cuento? El capitán todavía no se ha personado.

Juntos recorrieron los escasos metros que les separaban del vehículo, donde el grupo de peritos continuaba enfaenado en la

recogida de pruebas tras el acordonamiento del área. El intenso hedor a quemado vagabundeaba en el ambiente a medida que cruzaban el cordón y se aproximaban a la parte delantera del coche. Entonces, la vio. Aquel amasijo de carne abrasada en el asiento del piloto le sobrecogió de inmediato. Su rostro, desfigurado en su totalidad, evidenciaba una serie de trazas incandescentes que se arracimaban a la altura de su nariz y ojos. Tenía la piel del cráneo carbonizada, cosida por hendiduras irregulares y quebradizas que lo despejaba de cualquier rastro de cabello. De su boca se asomaban unos diminutos dientes similares al marfil, que se revelaban a la luz como filamentos astillosos. El sargento desvió la mirada en cuanto se percató que el resto de su cuerpo se mostraba igual de descarnado y rocoso.

- La matrícula coincide con el vehículo que robaron ayer tarde en el parking del hospital – le aseguró el forense.

El pestilente olor a carne calcinada inundó las fosas nasales de Baeza. Le sobrevino una arcada.

- ¿Estás bien? – se interesó Pumares.

Leo se alejó unos pasos y le hizo un gesto afirmativo mientras cogía aire con las manos en sus rodillas. Después le indicó que continuara.

- Esta mañana me ha confirmado la dirección del hospital que la chica desapareció de su habitación en torno a las dieciocho horas. Fue la enfermera encargada de suministrarle sus medicamentos quien dio la voz de alarma.

- ¿Y el coche? – le cortó el sargento, ya recompuesto –. ¿Cómo demonios lo robó?

- Aún se desconoce. Aunque creemos que no se activó el sistema de cierre centralizado. Su dueña, una tal María de la Encarnación Pérez – leyó en su informe –, asegura que con las prisas se dejó las llaves puestas. La mujer ya ha entregado el mando a distancia en Capitanía.

Leo volvió a otear el interior del vehículo, donde comprobó que el llavero asomaba por debajo de la ranura de arranque.

- Entonces, ¿estás seguro que se trata de Daniela? – se resistía a admitir.

- Tanto la estructura ósea del cadáver, como sus piezas dentales, coinciden con las de una mujer joven con un rango de edad que oscila entre los dieciocho a los veinticinco años. Evidentemente, necesitaría hacerle un examen exhaustivo en el depósito. Radiografiar su cuerpo, practicarle un estudio odontológico, tomar muestras de ADN para cotejarlas con las del familiar más cercano, en este caso, su padre… Pero por lo demás, no hay duda de que se trata de Daniela Guzmán.

El sargento esgrimió un gesto reprobatorio en su rostro.

- ¿Causa de la muerte? – le interpeló.

- ¿Hace falta responder a eso? – le rebatió Pumares con lógica aplastante.

- Ya sé que el fuego se encargó de devorarla – precisó.

- Imagino que perdería la consciencia cuando inhaló grandes cantidades de humo. Aún tengo que examinar el tejido de sus pulmones. Pero si lo que buscas es un motivo, te diré que se quitó la vida. De eso estoy seguro. Daniela se suicidó.

El forense hizo una pausa forzada para que el sargento pudiera asimilar la información.

- Verás, sus brazos se muestran en actitud de *combate* provocada por la rigidez muscular de sus extremidades, con predominio de la flexora sobre la extensora. Es decir, la joven sufrió un fuerte impacto de agarrotamiento segundos antes de perder el conocimiento por intoxicación y entrar, sospecho, en una parada cardiorrespiratoria. Pero eso no es todo – le anticipó –. Los peritos han hallado en las inmediaciones de la escena una lata con restos de gasolina.

- ¿Crees que Daniela se hizo con una? – le interrumpió a propósito.

- Eso parece. Todavía se puede apreciar a escasos centímetros de la rueda delantera una pequeña mancha del combustible. La chica debió de vaciar el contenido en el interior del vehículo y prender fuego con una cerilla o similar.

- ¿Por lo tanto…? – le costaba conjeturar hipótesis.

- Las llamas se desataron con ella dentro y el coche explosionó en cuestión de minutos.

Leo se abstuvo de confesarle lo que se le pasó por la mente: que una chica de esa edad tuviera el valor suficiente como para quitarse la vida de esa forma tan cruel.

- Fue un vecino el que dio el aviso a los bomberos cuando vio que una columna de humo sobresalía del monte Pajariel – continuó narrándole –. Por lo visto, hay una cuadrilla de voluntarios que se encarga de vigilar el entorno a diario por la cantidad de incendios intencionados que ha habido en los últimos años. Tengo entendido que han repoblado la zona con castaños y servales para evitar nuevos ataques.

- ¿A qué hora fue eso?

- Alrededor de las nueve – determinó.

Baeza comenzó a hacer sus propias cábalas temporales para precisar la hora de la muerte de Daniela Guzmán.

- ¿Cuándo dijiste que se largó del hospital? – parecía insistir.

- La última vez que alguien entró en su habitación fue a las seis de la tarde.

- Por lo tanto, hay un vacío de tres horas que necesitamos rellenar. ¿Dónde demonios estuvo desde que se fugó de la Reina hasta que prendió el coche?

- Quizá estés a punto de conocer su respuesta – dijo con los ojos puestos al fondo.

El sargento siguió el rastro de su mirada y comprendió entonces que Altamira acababa de llegar junto al resto de sus hombres.

Aura Valdés apenas había probado bocado desde que Leo se marchó a toda prisa de Molinaseca. Aún era incapaz de concebir lo que un agente le reveló por teléfono a primera hora de la mañana: que había aparecido el cadáver de Daniela Guzmán en las inmediaciones del monte Pajariel. Una sensación de angustia se alojó en su estómago a medida que repasaba mentalmente el encuentro que habían mantenido con la joven en el hospital el día anterior. Por un momento se preguntó si la crudeza con que la trató Baeza, sus ansias de que reconociera a su raptor en la voz de Tintín, la forma en que la zarandeó desde la cama, todo aquello, tuvo algo que ver para que la chica se escapara. Aura rechazó cualquier resquicio de culpabilidad y abandonó el chalet con intención de acercarse en su Golf blanco al lugar de los hechos por si el sargento aún estuviera allí y le avanzara más datos.

La periodista bajó los escalones del chalet y se refugió en la niebla que peinaba los aledaños del río. El frío se anudó como escamas a su piel, donde percibió que las partículas de agua se posaban en las puntas de sus pestañas. Enseguida notó que el móvil le vibraba en el bolsillo de su plumífero. Apenas tardó unos segundos en averiguar de quién se trataba.

- No es buen momento, Alicia – disparó al otro lado. Aura sintió la respiración de su jefa, pausada pero acechante – ¿Sigues ahí…?

- ¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora? Ya no sé cómo comunicarme contigo sin que acabemos discutiendo – soltó visiblemente vulnerable.

La periodista lo achacó a sus sempiternos cambios hormonales o, en el peor de los casos, a una menopausia anticipada.

- Y bien. ¿me vas a contar de una puta vez qué es lo que pasa? – resolvió. Aura dedujo que era más bien una cuestión de frenopatía aguda.

- Alicia, la chica ha aparecido muerta esta mañana – silencio –. No te he llamado antes porque me acaban de pasar la noticia.

- ¿Quién? ¿Ese sargento de la sierra?

- Eso es lo de menos – cortó por la sano –. El caso es que se ha encontrado el cadáver de Daniela completamente calcinado en el interior de un coche a las afueras de Ponferrada – de nuevo, otro silencio –. Parece ser que se fugó ayer tarde del hospital donde la estaban tratando. Creo que no aguantó la presión de los

interrogatorios.

Aura evitó confesarle que posiblemente el que le practicó Baeza en su habitación.

- ¿Se ha suicidado?

- No lo sé, Alicia. Pero todo apunta a ello – dejó entrever –. Estoy bastante afectada, la verdad. Ayer mismo la vi con vida – chascó la lengua –. Esto es una mierda.

- Al contrario, te felicito por tu trabajo. Necesito que sigas recopilando material porque la noticia causará ampollas el día que se descubra lo que ocurrió en realidad.

- ¿A qué te refieres? – frunció el ceño.

- Tal vez el protocolo que utiliza la Guardia Civil durante una investigación en curso no sea el más acertado cuando una joven reaparece después de varios años en cautividad.

- Eso es un golpe bajo – admitió –. Es más, me parece hasta mezquino responsabilizarles de algo que Daniela decidió ejecutar por su cuenta.

- ¡Ah, sí…? – emitió con retintín –. ¿Crees que sus padres pensaran lo mismo cuando sepan a qué clase de interrogatorios la estaban sometiendo?

- Tampoco eran *de tercer grado*, Alicia – se mosqueó.

- Pero la chica está muerta y como bien sabrás, el periodismo sólo atiende a un precepto: localizar al culpable y, por ende, vender toda la tirada – descerrajó –. ¿Pero a ti qué mierda te enseñaron en la carrera?

Los ojos de Vicente Altamira exhibían un conato de irascibilidad según avanzaba por los matojos de hierba, abrillantados por las cortinas de vapor. Y es que el capitán de la comarca del Bierzo pareció retarle en la distancia, escoltado por un escuadrón de agentes que emulaba su ritmo entre grandes zancadas. Leo se fijó en la barba de tres días que sobresalía de su rostro como una lija azulada al igual que en el uniforme, con la chaqueta cerrada hasta el cuello y la raya del pantalón perfectamente remarcada en el centro. El capitán le hizo una seña para que abandonase la escena y se citara con él en un punto impreciso del paraje, donde el horizonte continuaba velado por un extraño *mojabobos* que perlaba su cara de diminutas gotas. Pronto se armó de una coraza cuando vislumbró que Altamira no paraba de triturar su mandíbula con empeño. La tensión era asfixiante.

- Espero por tu bien que la psicóloga no se vaya de la lengua – masculló al tiempo que contemplaba a sus hombres, dispuestos en parejas en los alrededores –. Porque si existe un claro culpable, ese eres tú.

- ¿De qué narices hablas? – le recriminó.

El capitán le devolvió la mirada, cargada de resentimiento.

- Lo que oyes. Ninguno de nosotros estaría aquí si no la hubieses forzado a hablar. Pero eso al sargento de La Alberca se la sopla; aunque deje un reguero de cadáveres en el camino.

- No me toques los cojones, Altamira, que sabes mejor que nadie que esa chica estaba bastante tocada. ¿Acaso crees que una psicóloga que envía la Junta, iba a desprogramar de su cabeza los traumas que arrastraba de tantos años?

- Ahora me dirás que tu intención era ayudarla.

- Y por supuesto que lo era. Pero te recuerdo que me ofrecí por salvarte el culo. Este caso no entra dentro de mis competencias – le asestó sin ambages –. Aparte de que Daniela se resistía a colaborar. ¡Si ni siquiera era capaz de mirarme a los ojos!

- Lo dicho, ándate con cuidado porque como Inés se vaya de la lengua y llegue a oídos del Ministerio, estás acabado.

- ¿Es una amenaza? – se encaró.

- Más bien un consejo profesional. Por si aún no te habías dado cuenta, ayer sorprendió a tu amiga la periodista en la habitación.

- Estaba bajo mi exclusiva responsabilidad.

- Pero no deja de ser una civil – matizó –. Una civil metida hasta el cuello en una investigación en curso. ¿Crees que el Fiscal opinará lo mismo cuando además se entere que estás vinculado con el principal sospechoso del secuestro de Daniela Guzmán?

Baeza hincó sus uñas contra las palmas de sus manos. Le costaba hallar un poso de cordura mientras la voz de Tintín volvía a resonar lúgubre en sus recuerdos. Por un instante, temió que su amenaza se convirtiera en un hecho y los de *Arriba* acabasen comunicándose con él por algo que ni siquiera había provocado: su suicidio. Tenía que pararle los pies.

- ¿Te refieres a su cómplice? – atajó. Altamira perfiló un rictus ambiguo en su rostro –. Porque hasta donde yo sé, el Legionario se presentó en casa de los belgas para intimidarlos con algo relacionado con una chica desaparecida en la zona. Tú mismo lo escuchaste en la sala de interrogatorios. Nathalie Peeters no mentía.

- Mi hermanastro está limpio. ¿Qué cojones insinúas?

- Te tomaste muchas molestias para ir al bosque y ofrecerle dinero. ¿Por qué?

- Ya te dije que es un blanco fácil – se justificó –. Nadie va a creerle con su historial.

- Historial que estoy deseando que me envíes al teléfono porque en un rato pienso ir a hacerle una visita – le forzó –. Mientras, encárgate de que tus hombres se movilicen y localicen las cámaras de seguridad que haya cerca del hospital para averiguar qué hizo Daniela durante

las tres horas que estuvo ausente.

Altamira resopló mientras atendía a sus agentes, los cuales continuaban enfaenados en la inspección ocular por dentro del perímetro acordonado.

- No busco enemistarme contigo – paladeó –, pero lo que propones rebasa los límites del ordenamiento jurídico. Sigo siendo el máximo responsable del Puesto de mando.

- Nadie ha insinuado lo contrario – sonó a disculpa –. Pero al igual que intentas salvar tu pellejo, yo sólo busco largarme de aquí. Así que prefiero dejar ahora las cosas claras y enterrar el hacha de guerra. En el fondo, ambos queremos lo mismo.

El capitán dudó de sus palabras. Después, se convenció de que era lo mejor. Al fin y al cabo, el sargento lo tenía bien agarrado por las pelotas.

- Sólo te pido que no le juzgues – se abrió con esfuerzo –. He intentado proteger a Bautista durante muchos años. Se lo prometí a mi madre antes de fallecer.

Su mirada se tornó vidriosa.

- Descuida. Sabré hacer mi trabajo.

- Por cierto, hay algo que quiero enseñarte. Me lo han enviado al móvil esta mañana.

Enseguida extrajo el teléfono del bolsillo de su *Barbour* y accedió a la galería de fotos. En cuanto localizó la imagen en la carpeta de descargas, se la mostró al sargento. Los ojos de Baeza se enredaron en la naturaleza quimérica de aquella serpiente de cuerpo anillado.

- Era de Daniela – le iluminó el camino –. Parece ser que lo grabó en el cabecero de su cama. ¿Sabes algo de este dibujo?

Aura Valdés se refugió en el *calabobos* prendido en el ambiente. Las vistas de Ponferrada se diluían desde aquel recodo del camino, enturbiadas por una capa evanescente que se enredaba a la falda de la montaña. Aura se resguardó bajo la capucha de su abrigo y esperó a Leo con la espalda apoyada contra su Golf blanco. Miró una vez más su *Flik Flak*: las once y diez de la mañana. La indicación que el sargento le había enviado desde *Google Maps,* prometía una celeridad en los hechos tras el mensaje que le escribió después: *Te espero aquí en veinte minutos. No te lo vas a creer*. ¿Pero el qué?, se preguntó de nuevo. Las dudas que deshilvanó de camino al monte Pajariel, la sumieron en un perpetuo estado de agitación desde que habló por teléfono con Alicia Sanz. Su jefa venía a resumirle que ya estaba meneando el trasero y recabando toda la información en torno a la misteriosa muerte de Daniela Guzmán (aunque aquello conllevase acostarse

con el sargento por un principio deontológico), si no quería verse de patitas en la calle.

Algo así descifró al otro lado de la línea cuando la patrulla de Baeza cruzó a toda prisa y se detuvo por detrás de su coche. Leo esbozó una sonrisa nada más apearse y se aproximó a ella con las manos metidas en los bolsillos.

- ¿Llevas mucho esperando? – se interesó.

- Cinco minutos.

Después la acompañó en su descanso y descargó la espalda contra la puerta trasera del vehículo. Se fijó en el *sirimiri* helado que vagabundeaba en el entorno.

- ¿Y bien? Porque me tienes en ascuas – le azuzó la periodista.

- Parece ser que la chica se ha suicidado – despejó la incertidumbre que corría entre sus facciones –. Vertió una lata de gasolina en el interior del coche y prendió fuego.

Baeza evitó aportar otros datos más escabrosos. Aura frunció sus labios.

- Aunque no te he hecho venir hasta aquí para hablarte de eso – le desveló rápido.

Extrajo el móvil del bolsillo de su anorak y encendió la pantalla. La periodista se asomó a la fotografía que apareció segundos más tarde.

- ¿La reconoces? – pronunció.

Aura abrió sus ojos más de la cuenta.

- ¡Es la serpiente del perfil de *Robin*! – recordó la imagen de su cuenta de *Me&You*.

- El mismo tatuaje que vi en el antebrazo de Tintín en el depósito – prosiguió Leo –. El capitán me ha confirmado que Daniela lo dibujó en el cabecero de su cama.

- Por lo que si la chica pintó esa serpiente…

- Es porque Tintín era su raptor – se convenció –. Al menos, uno de ellos.

Aura se detuvo en el filo de su mirada, intentando colocar mentalmente las piezas de aquel rompecabezas.

- Tendría sentido – murmuró –. Es más; creo que ese sería el motivo por el que Rafael Oviedo accedió a la página de contactos gay. Intentaba forzar un encuentro con él.

- Eso mismo he pensado yo – la secundó –. Tengo la sensación de que tu detective estaba investigándole. Imagino que tendría algún tipo de información como para sospechar que el belga era su raptor. Un chivatazo que le habría proporcionado un cliente o alguien de la profesión.

- Lo que está claro es que Daniela Guzmán se convirtió en el nexo de ambos – resumió –. El detective la buscaba y para ello decidió

acercarse a su secuestrador.

Leo diseccionó cada palabra en su mente, tratando de hallar una lógica en la concatenación de circunstancias que exponían sin ataduras. La mirada de Aura irradiaba un brillo distinto.

- Tal vez podríamos hacerle una visita a su secretaria – le sugirió Baeza –. De existir un confidente, intuyo que lo guardaría a buen recaudo en su despacho.

- Olvídate – descartó –. Esa mujer es un hueso duro. Aparte de que el caso está en manos de la policía de Madrid por lo que me comentó Pilar Gaona.

- Puedo ponerme en contacto con ellos – rastreó una salida.

- Tampoco nos asegura que el nombre que buscamos se encuentre entre las hojas de su agenda.

El sargento presagió que posiblemente tuviera razón y que la fuente que informó a Rafael Oviedo sobre Tintín se escondiera en otro lugar mucho más inaccesible. Desechó la idea.

Su móvil emitió un zumbido en ese preciso instante. Leo pulsó sobre el correo electrónico que acababa de recibir y descubrió que se trataba de un email de Altamira. Descargó el archivo adjunto.

- ¡Premio! – exclamó –. El historial completo del Legionario.

- Ese es el tipo que vive en una caravana en el bosque, ¿no? – dudó.

- El mismo que amenazó a los belgas con contar algo de una chica desaparecida si no le rebajaban el precio de las armas – le simplificó –. Es decir, el hermanastro del jefe.

- ¿Sospechas que pueda saber algo?

- ¿Por qué no nos acercamos y lo averiguamos?

Vicente Altamira se sintió ciertamente contrariado una vez que la pantalla del ordenador le verificó que había enviado el mensaje con éxito. Tampoco estaba seguro de haber hecho lo correcto cuando le adjuntó al sargento el expediente delictivo de Bautista. Se dejó guiar por su instinto y se arriesgó a que Baeza tomara parte del mando por miedo a que las represalias fuesen mayores. En el fondo, todavía vivía anclado en esa especie de sobreprotección que su madre le inculcó para que siempre cuidase de él. Era incapaz de permitirse un mínimo descuido pese a que Altamira, el hermano pequeño, el estudiante ejemplar, el mismo al que se le atribuyó el rol de padre, hiciera lo indecible para que Bautista, el mayor, el rebelde por antonomasia, el mismo que se amotinó contra el mundo cuando perdió a su verdadero progenitor, no se descarriara del camino. Altamira lo intentó, pero también fracasó. Por más que había tratado de ocultar sus fechorías durante años, se dio cuenta que su hermanastro no iba a cambiar. Ya era hora de vaciar la pesada carga que llevaba a cuestas; o al menos, eso barruntó de camino a la sala donde se hallaban sus agentes.

Rápidamente dobló el pasillo y se detuvo en el quicio de la puerta. Algunos de sus hombres se percataron de su presencia desde sus mesas de trabajo.

- Escuchadme todos – se dirigió en alto –. Quiero que contactéis con la DGT o cualquier organismo público que posea cámaras de video vigilancia en la calle. Necesito conocer los movimientos que hizo Daniela desde que se fugó del hospital hasta que acudió al monte Pajariel tres horas más tarde. Si entró en la ciudad, si se reunió con algún desconocido… Cualquier pista que nos aclare dónde estuvo durante ese periodo de tiempo. ¿Alguna duda?

Nadie tuvo el valor de levantar la mano.

- Pues entonces, a trabajar.

Había pasado una hora desde que Aura estacionó el Golf delante del chalet de Molinaseca para dirigirse en la patrulla de Leo a la caravana del Legionario. La radio emitía una serie de interferencias a medida que escalaban la falda de la montaña tras una cortina grisácea que teñía el paisaje de matices húmedos. Aura se concentró en la carretera, donde los faros diseccionaban entre haces amarillos el vapor que barría los costados del bosque. Una ráfaga de *mojabobos* comenzó a motear la luna del coche y Leo activó el limpiaparabrisas. El mecánico vaivén sumió a la periodista en un ligero mutismo.

- ¿Estás bien?

Aura tropezó con su mirada.

- Me preguntaba si realmente ese Legionario esconde algo de la chica – le cuestionó de algún modo –. Tampoco sabemos si hablaba de Daniela cuando amenazó a los belgas.

- Tengo entendido que el tipo no es lo que se dice un santurrón.

- ¿Qué te ha contado Altamira? – descifró.

- Poca cosa: hurtos a baja escala, tenencia ilegal de armas… – enumeró –. ¿Por qué no abres el correo y lees el historial?

La periodista cogió su móvil del cuentakilómetros y entró en su cuenta de *Gmail*. Apenas tardó unos segundos en descargar el documento.

- Veamos. Pedro Bautista, cincuenta años, natural del Bierzo y conocido en la zona con el apelativo del Legionario – leyó en voz alta la información más relevante –. Estado civil: soltero. Durante años trabajó como transportista en el matadero municipal.

- ¡Mierda! – vociferó –. Entonces fue allí donde conoció a Tintín ¡Eran compañeros! La ligazón no venía sólo de la venta de armas.

- Me parece que todavía no has escuchado bien: *durante años trabajó como transportista en el matadero municipal* – repitió –. ¿Eso no te dice nada?

Baeza seguía sin comprender qué se proponía que averiguase.

- ¿Debería? – dudó.

- ¡Pues que posiblemente el Legionario abastecía a la carnicería de los Guzmán! – ahora fue ella quien elevó la voz –. Ese tío pudo conocer personalmente a la chica.

El sargento enmudeció al imaginarse a aquella bestia acechando a Daniela tras la ventanilla de su furgón frigorífico.

- ¿Crees que Altamira pudo encubrirlo para protegerle?

- Tampoco lo descartaría. Pero espera que continúe – le interrumpió –. Por lo que estoy leyendo en su historial delictivo, parece ser que el Legionario entró en prisión en el año 96 por tentativa de estafa. La Guardia Civil destapó el fraude al prender fuego a su casa y tierras en la localidad de Sancedo. Pretendía cobrar la póliza de seguro a todo riesgo por falta de liquidez, aunque finalmente fue arrestado y puesto a disposición judicial, acusado de simulación de delito, estafa en grado de tentativa e incendio en bienes propios. Le cayeron varios años.

- Lo que decía, un verdadero angelito.

- Pero ahí no acaba la cosa. Resulta que durante esa época convivió con una inglesa, una tal Nelly Wilson, que acabó regresando a su país cuando el Legionario entró en prisión. Intentaron ponerse en contacto con ella, pero la mujer cambió de teléfono.

Leo escuchaba ensimismado el relato mientras la patrulla continuaba escalando la sinuosa carretera de la montaña. Aura, en cambio, avanzaba con el dedo entre los párrafos.

- Años más tarde, cuando salió del penal, se le investigó por otro incendio ocurrido en la zona. Pero por lo que estoy leyendo, se le absolvió por falta de pruebas.

- Y desde entonces, vive plácidamente en su propio retiro espiritual en mitad del bosque – añadió –. ¿Por qué será que ya no me creo nada?

El sargento había estacionado la patrulla por dentro de la cuneta cuando se sumergieron en el corazón de la montaña minutos más tarde. El frío reptaba sigiloso entre las ramas de los pinos, donde el verdín espolvoreado por sus gruesos troncos se alimentaba de su corteza. Aura notó que la humedad traspiraba bajo las suelas de sus *Converses*. El suelo se había convertido en un lecho de barro y hojas secas a medida que se internaban en aquel entorno cobrizo, infestado de matorrales y poblados helechos. La frondosidad del bosque apenas permitía traspasar la luz cenicienta. Sólo las sombras comenzaron a sofocar los contornos al tiempo que una niebla fina correteaba danzarina entre nubes de vapor.

Leo señaló la caravana que se erigía desvencijada al fondo, tras

un estrecho apartado por el que emanaba una burbuja de luz que caía en perpendicular tras las copas de los árboles. Su estructura rectangular se sustentaba sobre unos cuantos maderos. El color original se había transformado en un amasijo de óxido purulento que caía en jirones desde el techo hasta el final de la pared. A los márgenes, los montículos de basura se entreveraban con la propia naturaleza, sobresaliendo la hierba entre los resquicios de aquel mausoleo de escombros y plásticos. A escasos metros de alcanzar el claro, unos huesos de animales se mecían de los cordeles que colgaban de varias ramas. Un repulsivo santuario que cercaba el perímetro de la caravana en un extraño ritual compuesto por cabezas de gatos y otros seres. Aura evitó mirar hacia arriba mientras se aproximaba a la casa del Legionario.

- ¡Es asqueroso! – vociferó a su compañero, el cual se encontraba unos pasos por detrás.

A Baeza le produjo la misma sensación horripilante.

De pronto, la puerta de la caravana se abrió. La penumbra del interior desempañó la figura de aquel hombre de complexión maciza y considerable altura. Vestía un uniforme militar y una boina carlista en tonos rojizos. Su cabellera, larga y entrecana, se mostraba enmarañada con unas cuantas rastras rematadas por una argolla plateada. Tenía la barba espesa, surtida igualmente de trazas blanquecinas, y recortada en un abrupto tajo a la altura de su nuez. Sus facciones, curtidas a base de frío, se constriñeron a medida que bajaba los tres peldaños y examinaba con descaro a aquellos dos intrusos. Su mirada se tornó áspera.

- Aquí no pueden estar – su voz retumbó cavernosa.

Después cruzó los brazos, exhibiendo unas manos robustas de gruesas falanges.

- Soy el sargento Baeza – se presentó a escasa distancia.

Enseguida recogió a Aura (varada en tierra de nadie), y se aproximaron.

- ¿Qué quiere? – volvió a mostrar su rudeza.

- Me preguntaba si por casualidad le suena de algo el nombre de Daniela Guzmán.

El Legionario perfiló un rictus de sospecha en su cara.

- No sé a qué viene esa pregunta – descerrajó –. Todo el mundo la conoce de los carteles que se repartieron por los pueblos de la comarca cuando esa joven desapareció.

- Tiene razón – respondió Baeza –. Pensé que todavía se acordaba de ella de cuando proveía de género a la carnicería de su padre.

Una repentina tirantez se instaló entre los dos hombres. Leo estaba convencido de que aquella maniobra le descuadraría sin duda, pese a desconocer si realmente abastecía a la tienda del

matrimonio Guzmán.

- Por supuesto – le confirmó –. Aunque era con Isma y su otra mujer con quien tenía trato. A esa chica sólo la vi un par de veces. De todas formas, ¿a qué viene esto?

Pedro Bautista, el ermitaño de los Montes Aquilianos, se mosqueó. Leo esbozó una sonrisa por dentro.

- Digamos que se trata de una mera inspección rutinaria. Estamos investigando a Jan van Hoof, un belga que era bastante popular en la zona por el sobrenombre de Tintín. ¿Sabe de quién le hablo?

- Sí, claro. Fuimos compañeros en el matadero municipal – se excusó violentado.

- La dirección nos ha confirmado que mantenían una estrecha relación – se arriesgó, esta vez, la periodista.

- Tanto como estrecha… A veces solíamos ir a tomar algo. Pero nada más. Únicamente éramos compañeros – reiteró, seco.

- Pues para ser sólo compañeros, tengo entendido que compartían muchas aficiones. Entre ellas, la caza.

El Legionario le lanzó a Baeza una mirada asesina.

- De hecho, ha sido la mujer de su hermano, Nathalie Peeters, quien nos ha confirmado que una noche se presentó en Cubillos del Sil para amenazarlos. Parece ser que no estaba conforme con el precio de las armas que le suministraban bajo cuerda y decidió intimidarlos con contar algo a la policía sobre una chica que desapareció años atrás.

El hombre comenzó a sentirse acorralado, moviendo los ojos de un lado a otro.

- Así que volviendo a la pregunta anterior: ¿qué relación le unía a Tintín? – le tanteó de nuevo el sargento.

- A ver, es cierto. Ambos me proveían de las armas que Christoffer traía de su país. Pero sólo de vez en cuando, no se vayan a pensar otra cosa.

- ¿Pero por qué los amenazó? – Aura intentaba llegar al meollo del asunto.

- La verdad, tampoco sé por qué lo hice. Recuerdo que esa noche estaba muy enfadado. Era la segunda vez que habían vuelto a variarme el precio que acordamos y por eso discutí con ellos. Pero qué quieren que les diga. En el fondo, esos dos cabrones se aprovechaban de mi situación. Supongo que sabrán que me denegaron la licencia de armas desde que estuve en… – evitó pronunciar la palabra *prisión*.

- A lo que sigo sin saber por qué quiso chantajearlos con algo relacionado con una chica.

Leo se percató de los rodeos que estaba provocando a propósito.

- Tal vez fuesen figuraciones mías; pero en ese momento, tuve mis sospechas – recalcó sin un ápice de vacilación en su voz –. No sé si esa

tipeja, Nathalie, les ha dicho que los tratos solíamos hacerlos en el bar–restaurante que hay a la salida de Camponaraya, en el Botillo. Allí solía ir Tintín con su hermano casi todas las semanas, y allí fue donde descubrí que trabajaba la hija de Ismael Guzmán.

Aura y Leo cruzaron sus miradas en aquel apartado del bosque. La luz de la mañana atravesaba las copas de los pinos en delgadas hebras de polvo azul.

- De todas maneras, pueden ir a preguntar al matrimonio que regenta el restaurante. Ellos les confirmarán que la niña trabajó en cocina una temporada – continuó –. El caso es que si decidí amenazarlos, fue porque había algo en esa desaparición que me olía mal. Posiblemente estuviera equivocado, pero lo cierto es que los hermanitos dejaron de frecuentar el Botillo de la noche a la mañana. ¿El motivo? Lo desconozco. Sólo lo hice para amedrentarlos y ponerlos nerviosos. Aunque con lo obsesionado que estaba Tintín con la muchacha… A saber.

Bautista desdeñó una mueca por debajo de su poblada barba a medida que daba un paso hacia atrás, signo de que la conversación estaba alcanzando su cenit. Baeza, en cambio, le analizaba con ojos escrutadores, intentando adivinar tras su hercúlea complexión un rastro de veracidad que le asegurase que el Legionario tan sólo nombró a la chica aquella vez por un vago presentimiento. Su lóbrega apariencia le daba escalofríos.

- El problema es que esa información ya no podemos cotejarla – articuló el sargento de pronto –. Tintín se suicidó hace unos días.

El hombre ni siquiera pareció inmutarse.

- Si por un casual Christoffer se pone en contacto, diríjase al Puesto de Ponferrada. En estos momentos se encuentra en busca y captura.

- Supongo que ese malnacido se habrá largado a Bélgica – consideró –. Pero descuide. Avisaré al capitán Altamira.

- Vicente ya no lleva el caso – le informó, contumaz –. Ya no. Por lo que le aconsejo que no se mueva de la zona en unas semanas.

- ¿Es una advertencia?

El Legionario descargó una carcajada brabucona.

- Más bien una sugerencia – puntualizó con convencimiento de causa –. Imagino que su hermanastro no volverá por aquí con otro sobre de dinero para salvarle el culo.

El hombre infló las aletas de su nariz, dispuesto a replicarle.

- De todas formas, gracias por su tiempo – le contuvo –. Seguiremos en contacto.

El sargento regresó a la penumbra del bosque, donde las voces del Legionario se perdieron para siempre en la niebla.

Pedro Bautista soltó un puñetazo a la puerta de la caravana

una vez que entró y descorrió la cortina del ventanuco. La silueta de esos dos indeseables se evaporó en el horizonte helado mientras una retícula de vasos sanguíneos comenzó a devorar sus ojos. La idea de haberles partido a ambos el cuello, relampagueó por un segundo en su mente. Sin embargo, un tibio escozor en sus nudillos le abstrajo de hacerlo. El Legionario examinó a conciencia las magulladuras que salpicaban su piel y entonces, propinó una patada a la pared del baño.

- ¡Ya puedes salir! – bramó con asco.

Maite del Val abrió la puerta con sumo cuidado y asomó la cabeza.

- ¿Se han ido? – se cercioró.
- ¡Qué si, mujer! ¿No ves que estamos solos?

La esposa de Ismael Guzmán abandonó el cuarto y se aproximó a Bautista con recelo.

- Espero que hayas mantenido la boca cerrada porque te juro que soy capaz de contar la verdad.

El hombre la tomó por la barbilla y apretó con fuerza.

- ¿Me estás amenazando? Porque te advierto que no soy el único que esconde secretos.
- Nos la estamos jugando, imbécil. ¡Y suéltame! – apartó su brazo de un manotazo.
- Esos dos no tienen nada, así que olvídate de la chica porque ya no es nuestro problema.
- ¿Estás seguro?
- ¡Me quieres volver loco? – gritó.

Maite del Val escurrió una sonrisa ladina.

- Sólo me estaba asegurando de que sabrías hacerlo.

Después cogió su mano y le lamió con apetito la herida que palpitaba en sus nudillos.

- Y ahora fóllame, maldito embustero.

La tarde caía plomiza por la ventana del chalet de Molinaseca cuando ambos atravesaron la puerta de la cocina. Llevaban horas diseccionando desde el salón las posibles rutas que se abrían en torno a la figura de Daniela Guzmán y sus captores. Por un lado, cada vez tenían más claro que los hermanos belgas estaban estrechamente vinculados a su desaparición; o eso pareció confirmarles el Legionario en el bosque después de que Nathalie Peeters confesase en la sala de interrogatorios que su esposo, Christoffer van Hoof, formó junto a su hermano Tintín un negocio relacionado con tráfico ilegal de armas. Esa fue una de las pistas que recabaron durante su estancia en Ponferrada y que conectaba (según la versión de aquel montaraz con uniforme de camuflaje),

con un bar de carretera a las afueras de Camponaraya llamado el Botillo, donde la chica trabajó y los belgas frecuentaban con el fin de cerrar allí sus negociaciones.

Sin embargo, todavía les quedaba por despejar la incógnita principal: ¿qué hizo Daniela Guzmán desde que se fugó del hospital hasta que prendió el coche en las inmediaciones del monte Pajariel tres horas más tarde? Cansados de hilvanar hipótesis que nos les llevaban a ninguna parte, decidieron tomarse un descanso y acudir a la cocina a por unas cervezas. Leo se encargó de chascar las lengüetas de las latas sobre la isla central mientras Aura lo contemplaba enfrente, sentada en un taburete. La claridad de fuera se disolvía entre jirones tenebrosos.

- ¿Crees que la chica se vio con alguien? – disparó el sargento en cuanto tomó asiento.

Aura ni siquiera supo qué contestar.

- Dudo mucho que Christoffer siga escondido en la zona – pareció sentenciar –. Además, estoy convencida de que Tintín era el cabecilla. El detective lo estaba investigando y eso es porque tuvo que recibir un encargo de alguien cercano, ya fuera un compañero de profesión que un cliente.

Leo admitió que estaba en lo cierto. Al menos, las piezas encajaban.

- De todas formas, y cambiando de tema, me gustaría darte las gracias por ayudarme a salir de este entuerto. Hace un rato te juro que creí que estábamos en La Alberca.

La periodista esbozó una sonrisa templada. Sus ojos avanzaron en los suyos al tiempo que un silencio incómodo se instalaba en la cocina. Entonces, se atrevió a hacerlo. Leo posó sus dedos sobre la palma de su mano y la acarició. Tal vez con recelo. Puede que incluso con algo más de miedo. Pero su tacto le devolvió una bomba de sensaciones que desconocía almacenar en su memoria.

La llamada de teléfono irrumpió la magia del momento. Aura sacó a toda prisa el móvil de su pantalón y agradeció en su fuero interno que Hooded hubiese intermediado entre ellos por temor a viajar en el pasado. Enseguida descolgó y puso el manos libres.

- Por la N: espacio virtual que sirvió a Rafael Oviedo para almacenar un archivo de audio, clave en su investigación.

Ambos se desternillaron de la risa ante la ocurrencia del informático.

- ¿Te pillo ocupada? – titubeó al comprobar que Aura no se encontraba sola.

- Estoy con Leo tomando unas cervezas. Pero tranquilo, puedes hablar – le aseguró al otro lado – ¿Qué has averiguado?

- El correo electrónico que me facilitaste del detective está

vinculado a una nube – se dirigió, en este caso, a su amiga –. Una nube que curiosamente contiene información relativa a lo que estaba rastreando en ese momento.

- ¿Una nube? – a Leo le sonaba a chino mandarín.

- Es un modelo de almacenamiento de datos que se accede por diferentes canales, ya sea un servicio web, un interfaz de programación de aplicaciones o alguna otra seleccionada por el usuario – desembuchó, enciclopédico –. En cristiano; la nube sirve para guardar información esencial o confidencial. En este caso, y pese a que me ha costado acceder a sus claves, Rafael Oviedo la utilizó para guardar una grabación telefónica en la que se escucha a un tal Tintín hablando con su hermano en francés.

Aura y Leo se miraron boquiabiertos mientras atendían atentos al relato de Hooded.

- El caso es que el detective privado dejó por escrito que Tintín había mordido el anzuelo – prosiguió –. Parece ser que ambos hombres quedaron en un local llamado *Colorful*. ¿Os suena de algo?

- Es un pub de ambiente que hay en el centro de Ponferrada – le aclaró la periodista.

- Pues resulta que antes de acudir a su cita, Rafael Oviedo escribió una nota anónima que dejó en el limpiaparabrisas del coche de Tintín, incriminándole de algo que había hecho a una chica en 2014.

- Ese fue el año que desapareció Daniela Guzmán – recalcó Leo –. Le estaba señalando.

- ¡Exacto! – exclamó el informático –. Aunque tampoco sé cómo el detective se las ingenió para bloquear las llamadas en el teléfono del belga. Imaginó que usaría algún tipo de inhibidor.

- ¿Por qué lo dices…? – se perdió Aura.

- Por lo que vino después.

Un largo silencio se coló al otro lado de la línea.

- Una vez que abandonaron el *Colorful*, Tintín debió de ver la nota en su coche y ponerse nervioso – interpretó Hooded –. Más que nada porque el belga no podía realizar ninguna llamada desde su móvil y tuvo que pedirle prestado el suyo a Rafael.

- ¿Acaso estaba convencido de que acabaría poniéndose en contacto con alguien?

- ¡Bingo! – se exaltó de nuevo –. El detective dio en el clavo. Grabó la conversación que Tintín mantuvo con su hermano durante treinta segundos. Y al traducirla con algún programa, verificó lo que sospechaba: que alguien sabía lo que pasó con la chica.

La periodista se mantuvo callada al tiempo que Baeza reordenaba la información en su cabeza. Tuvo la corazonada de que cada vez estaban más cerca de conocer la verdad.

- ¿Es posible que Oviedo guardara otra clase de pruebas en la nube?

– se adelantó Aura.

- Negativo – le ratificó Hooded –. Lo demás son documentos de otros casos pasados.

Aura replegó visiblemente los labios.

- Igualmente, gracias – tuvo en consideración –. Te debo una de las grandes.

- Ya hablaremos en Madrid.

- Por cierto, antes de que se me olvide. ¿Averiguaste algo más de la discusión que Rafael mantuvo desde la cabina de la urbanización Valparaíso?

- Digamos que aún es pronto para destapar mis sucias artimañas, pero se me ha ocurrido una forma de acceder sin tener que partirme los cuernos en el *hackeo* del sistema. Eso sí, tampoco te aseguro nada. Dame un par de días y te informo. ¿Ok?

Y sin más, Hooded colgó la llamada, dejando en el interior del chalet de Molinaseca una estela de secretos aún por desenmascarar.

El ladrido de un perro retumbaba contra los cristales del dormitorio.

Leo Baeza giró el cuerpo por enésima vez y abrió los ojos malhumorado. Se fijó en la hora del despertador, que rasgaba la penumbra bajo un halo rojizo. Las 00:40. Resopló entonces y volvió a cerrar sus párpados con intención de atrapar el sueño.

De pronto, el timbre de la puerta resonó con estridencia.

El sargento se incorporó de la cama y se calzó las botas por dentro del pijama. Un nuevo repiqueteó desbrozó el silencio de la noche. *¡Será posible!*, rezongó mientras avanzaba a tientas por la mullida moqueta del suelo. En cuanto localizó el interruptor, encendió la luz y abrió la puerta. Enseguida vislumbró el perfil de Aura, con la cabeza asomada por fuera de su habitación.

- ¿Esperas visita? – le interpeló con la mirada soñolienta.
- ¿A estas horas? – respondió con una hebra de tozudez en su voz.

Leo descendió los escalones de dos en dos y se internó rápido en el largo pasillo, donde una sombra parecía moverse tras el tragaluz ovalado de la entrada. El sargento descorrió el pestillo furibundo, sin preguntar siquiera quién se encontraba al otro lado.

- ¿Eres tú? – vaciló por segundos –. Pero… ¿Qué haces aquí?

Alejandro Pumares recogió sus hombros por dentro de su enjuta fisionomía, asegurándose de que había hecho bien presentándose a esas horas bajo el paño de opacidad que enturbiaba el porche de la casa. Al menos, la mirada de Baeza se mantenía limpia y estupefacta por igual.

- Siento haber venido sin avisar – se disculpó apocado –. El capitán me dio las señas cuando salí del Anatómico.

- También podías haberte esperado a mañana – refunfuñó.

El forense se percató que había sido una pésima idea acudir en su moto hasta Molinaseca.

- Creo que te interesará saber que la chica fue asesinada – disparó a bocajarro.

- ¿Cómo dices…? – le costó asimilar lo que acababa de soltarle sin rodeos.

- Pensé que querrías saberlo cuanto antes. He estado toda la noche realizando la autopsia al cadáver que encontramos calcinado en el monte Pajariel y ya te puedo confirmar que se trata de Daniela Guzmán – le desveló con atropello –. Su ADN y el de su padre coinciden en un 99,9 por ciento.

Leo enmudeció sin poder apartar la vista de su rostro, alimentado de sombras.

- Sin embargo, hay algo bastante raro. La chica presentaba una fractura a la altura de la segunda vértebra y una fuerte lesión en su muñeca izquierda. Ambas originadas fuera del hospital por lo que he comprobado en su historial clínico. Es decir, salvo la rotura del ligamento transverso, Daniela tenía sus muñecas en perfecto estado.

- Tal vez el fuego que se desató en el interior del coche se encargó de lesionarla – calculó a decir.

- Imposible – vaticinó el forense –. Ese tipo de dislocaciones, como es su caso, proceden de contusiones mucho más violentas. No sé si me explico. A Daniela la asesinaron y después la introdujeron en el coche para que pareciese un suicidio.

- Pero tengo entendido que el Laboratorio iba a cotejar las huellas dactilares que se encontraron en la lata de gasolina – intentaba eludir los datos que le estaba facilitando.

- Por supuesto – le aseveró –. Y espero tener los resultados a primera hora. Pero tampoco descartaría que su asesino pusiera sus manos en la lata para hacernos pensar que todo lo gestionó ella sola. ¿Me sigues…? Nada es realmente como parece.

Leo se concentró en los ojos del forense, los cuales brillaban como dos fósforos bajo la raquítica claridad que despedía el hall.

- Infórmame en cuanto sepas algo – le reclamó con un tono de exigencia.

- Descuida – respondió –. Buenas noches.

El sargento cerró la puerta con una extraña sensación alojada en su estómago. ¿Asesinada?

¿Daniela? ¿Pero quién?, se cuestionó. Nada más volver el cuerpo, la silueta de Aura se asomaba tímidamente en la escalera que trepaba hacia la segunda planta.

- Lo he escuchado todo – dijo mientras bajaba los peldaños. Después se situó a su altura.

- La clave está en averiguar qué hizo durante el tiempo que permaneció fuera del hospital.

- Qué hizo, y sobre todo, con quién estuvo – añadió la periodista – Más que nada porque Tintín, el principal sospechoso, está muerto. Él no es el asesino, Leo.

DIA 5

Aura Valdés apenas había podido pegar ojo desde que el forense acudió por la noche al chalet de Molinaseca para confirmar al sargento que Daniela Guzmán había sido asesinada. Tal vez ninguno de los dos fue capaz de articular una sola palabra cuando se ovillaron en el sofá minutos más tarde, con la madrugaba precipitándose sigilosa tras el cristal de la ventana. Puede que incluso no se atrevieran a verbalizar una verdad que todavía escocía en la piel, pese a que el caso había dado un giro de ciento ochenta grados y que de algún modo se resignaban a admitir. Ambos se mantuvieron callados, cautivos en sus propios desvelos, hasta que al cabo de dos horas decidieron regresar a sus dormitorios.

Aura se despertó con telarañas en los ojos. Tenía la cabeza embotada y un reflujo en el estómago que le impidió devorar la tostada aún templada que encontró en un plato encima de la isla de la cocina. Miró por inercia su *Flik Flak*: las diez menos veinte de la mañana. Se calentó un café bien cargado en el microondas y recordó de pronto las palabras de Pumares: *creo que te interesará saber que la chica fue asesinada*. Eso fue lo que dijo tras el paño de sombras que vagaba en el porche. Aura se sentó en el taburete con la taza entre sus manos y se preguntó una vez más quién podía albergar tanto interés en que Daniela, la misma joven que contempló en la habitación 202 y que parecía haber vuelto de la niebla con la mirada aterrada, desapareciera para siempre. De nuevo, desechó a los hermanos belgas. Los restos de Tintín descansaban en el cementerio de Ponferrada, y su hermano posiblemente hubiese cruzado la frontera en cuanto advirtió que la Guardia Civil había arrestado a su mujer en las inmediaciones de la vieja estación de La Placa. ¿Quién más deseaba que Daniela Guzmán no hubiese regresado jamás de su cautiverio?

De pronto, escuchó la cerradura de la puerta. Aura sospechó que se trataba de Leo, el cual había acudido temprano a la comandancia tras la visita del forense la noche anterior. El sargento entró en la cocina con cara de pocos amigos y arrojó un periódico doblado por la mitad sobre la encimera. El diario de Aura Valdés anunciaba un suculento titular entre dos grandes interrogantes: *¿La Guardia Civil de Ponferrada empujó a Daniela al suicidio?* La periodista, atónita, apenas pudo apartar la vista de la fotografía a color de la joven desaparecida que Alicia Sanz debió de insertar en la rotativa en el último momento.

- ¡Me puedes explicar que cojones significa esto? – le exigió, al tiempo que señalaba con el dedo la plana.

Aura se quedó totalmente petrificada. Era incapaz de despegar

su mirada de la suya.

- Te juro que no me esperaba esto de ti. ¿A qué estás jugando, Aura? Di. ¿Formaba parte del plan cuando aceptaste instalarte conmigo en el chalet?

- ¿Te has vuelto loco? – tenía el corazón a mil.

- ¡Tú sí que me estás volviendo loco! – voceó –. Me ha parecido repugnante. Pensé que eras distinta, que no tenías nada que ver con esa panda de carroñeros que se entrometen en una investigación para sacar tajada del dolor ajeno. Pero ya veo que me equivoqué. ¡Acaso te haces una idea lo que he tenido que contar ahí fuera para que no te relacionen con esta basura? ¿Eh? ¿Acaso lo sabes? – volvió a gritar –. Estoy hasta los mismísimos de solucionar la vida a los demás. Es más, prefiero que te marches. Ya no necesito que me ayudes.

Leo masticó su propio resuello mientras descargaba ambos brazos sobre la isla y agachaba después la cabeza. La tensión parecía devorarlo por debajo de la piel de su mandíbula. La periodista se levantó del taburete y entonces se dio cuenta de las posibles consecuencias que acarrearía aquella publicación entre ambos cuando su jefa tuvo la deslealtad (o el puto descaro, pensó) de difundir una conversación privada sin su permiso.

- Todo tiene una explicación – articuló con fatiga.

Baeza se incorporó con la mirada lastimada.

- Y entiendo que te sientas traicionado – continuó –. Pero las cosas no son como tú crees.

- ¡Ah, no…? – cruzó sus brazos –. ¿Y cómo son?

- Mi jefa es la única responsable. Yo misma le conté por teléfono que había aparecido el cuerpo calcinado de Daniela. Pero no creí que fuera a utilizarlo en Tribuna Madrid. No de ese modo. Era una conversación privada, joder; no de trabajo. Estaba consternada por lo ocurrido y me desahogué con ella, nada más. Fin de la historia.

Aura sintió que de nada servía justificarse mientras Leo parecía juzgarla con el ceño fruncido a escasa distancia. Pensó que quizá era hora de hacer las maletas y largarse a un hostal.

- El problema es que ahora los medios meterán las narices y posiblemente perdamos ventaja sobre su asesino.

La periodista quiso entrever que volvía a contar con ella.

- Lo siento, Leo – se disculpó –. Soy consciente que he metido la pata. Pero necesito que confíes en mí. Te juro que no lo hice a propósito. De haberlo sabido, ni siquiera se lo habría contado a mi jefa. Creo que aún me conoces.

- ¿Tú crees…? – dudó.

- ¡Por el amor de Dios, Leo! ¡Soy yo, Aura! La misma con la que trabajaste mano a mano en La Alberca – comenzó a alterarse –. Entiendo que estés cabreado; entiendo incluso que desconfíes. Pero la

pregunta es simple: ¿quieres que continúe a tu lado en la investigación, o prefieres machacarme el resto del día?

Aura no tuvo más remedio que depositar en él la elección final. Baeza, por el contrario, se resignaba a tomar una determinación mientras su mirada llameaba incombustible, decidido a perpetuar el combate.

- Más bien formularía la pregunta al revés: ¿vas a ser capaz de mantener la boca cerrada? – le lanzó de sopetón –. Porque si la respuesta es afirmativa, prometo que tendrás la exclusividad en cuanto todo esto acabe. Pero ahora te toca a ti decidir.

- ¿Acaso hace falta? Te recuerdo que soy la primera interesada en conocer la verdad.

- De acuerdo. Pues será mejor que te vistas.

La periodista perfiló un gesto de incomprensión en su rostro.

- ¿Ha pasado algo? – creyó entrever.

- Ahora que sabemos por Pumares que la chica fue asesinada, deberíamos hacer un alto en el camino y averiguar quién era en realidad Daniela Guzmán.

- ¿Qué sospechas?

- Sospecho que si Tintín la conoció en ese bar–restaurante, es hora de hacer una visita a sus dueños. Tal vez nos puedan contar si la chica se relacionó con alguien más aparte de los belgas.

La carretera comarcal LE–713 se extendía en el horizonte en un tramo rectilíneo y uniforme sembrado de chalets y naves a los márgenes. Al fondo, las sierras bercianas se disolvían bajo un vapor azulado, con el cielo completamente inflamado de nubes. Leo bajó el volumen de la radio y observó la pantalla de su móvil. El satélite marcaba en un ramal de ocho kilómetros la distancia entre Ponferrada y Camponaraya. Imaginó que el pueblo se habría transformado con los años en una pedanía cercana a la ciudad cuando comprobó que apenas quedaban cinco minutos para llegar a su destino. Sin embargo, el sargento dudaba de que el Legionario les hubiese contado la verdad aquella mañana en el bosque. Todavía le costaba admitir que una joven de familia media que desapareció de su casa con tan sólo dieciséis años, hubiese trabajado en un bar de carretera. ¿Acaso su padre era conocedor de tal hecho? ¿Altamira interrogó a sus dueños cinco años atrás? Aura se percató de los pensamientos que roía ensimismado, con la mirada fija en la luneta de la patrulla.

- ¿Vas a compartir conmigo tus reflexiones?

Baeza giró el cuello sorprendido.

- Está claro que estás pensando en ella. ¿O me equivoco? – avanzó con tiento.

- Sigo sin entender por qué se fugó del hospital – exteriorizó –. Allí estaba segura. No debía temer por su vida.

- A lo mejor su intención no era otra que citarse con su asesino.

Leo entrecerró los ojos unos segundos.

- Continúa por ahí – le solicitó, concentrado.

- Anoche estuve dándole vueltas a una idea. ¿Y si Daniela confiaba en alguien de fuera y resulta que ese *alguien* decidió jugársela en el último momento? Al menos, encajaría con lo que Pumares te confirmó en el chalet: que Daniela no se suicidó.

- ¡Pero quién…? – disparó –. ¿Quién querría quitársela de en medio? ¿Y por qué?

- Tal vez nos hayamos olvidado que Christoffer sigue en paradero desconocido.

- Muy arriesgado – admitió –. Con el despliegue de controles que hay en las principales autovías y carreteras nacionales de la comarca, dudo que el hermano de Tintín continúe escondido en la zona.

- Pero puede que tuviera miedo de que la chica confesase algo – la periodista parecía no rendirse –. Un hecho que ambos compartieron en el pasado y que acabaría destapando a las autoridades.

- O quizá se trate de algo mucho más simple y Daniela tuvo la mala suerte de conocer en el bar a su verdadero asesino. ¿Quién te asegura que no fue allí donde empezó todo?

Aura le lanzó una mirada cargada de escepticismo mientras Leo volvía a direccionar la suya en la carretera. Al fondo, el letrero del Botillo se erigía en lo alto de un poste a los márgenes de una explanada. Baeza aceleró la patrulla y se adentró en un terreno repoblado de grava. El bar–restaurante apareció ante sus ojos como una antigualla setentera con reminiscencias futuristas. Tenía las paredes acicaladas en tonos anaranjados y los balcones del segundo piso alimentados de grecas y formas estridentes.

- Fin del trayecto – pronunció.

La periodista notó que el móvil le vibraba en el bolsillo de su abrigo. Lo sacó y comprobó que tenía un WhatsApp de Max. *Que sepas que Alicia te felicita por el trabajo. Me siento muy orgulloso de lo que has conseguido, aunque eso implique estar distanciados. ¿Me echas de menos? Yo a ti a cada segundo. Llámame cuando tengas un hueco. TQ*. Aura respondió en el acto: *yo también*. Después se mordió el labio inferior y rectificó: *¡Claro! En cuanto pueda te pego un toque*. Entonces, lo envió. Max estaba en línea. Pero antes de averiguar qué le respondería, prefirió guardarse el móvil y salir del coche.

El rumor de la televisión vagaba en el interior del bar. Leo y Aura cruzaron la puerta abierta y se internaron en la penumbra.

Un fuerte olor a longanizas y fritanga colapsó el sistema olfativo de cada uno según avanzaban por un suelo con las baldosas desgastadas, examinando al detalle cada centímetro del lugar. Varias mesas con manteles de papel se orillaban a la derecha, separando el bar del presumible comedor por un biombo de mimbre y una máquina tragaperras que emitía un hilo musical discordante. Al fondo, la barra se nutría de vitrinas de metacrilato, embutidos y una selección de tarros con quesos en aceite. Algunos parroquianos departían sentados en taburetes en un recodo, junto a un cartel que anunciaba que allí tocó un quinto premio de la lotería. Aura y Leo se situaron en el extremo contrario, entre frascos repletos de aceitunas y altramuces. El dueño, un hombre de estatura media, incipiente calvicie y rostro fatigado, se acercó con una sonrisa postiza. Aura intuyó que rebasaba con creces la cincuentena.

- ¿Qué les pongo? – preguntó con deje agallegado.

Una mujer de su misma edad apareció por detrás con una bandeja a rebosar de ensaladilla rusa. Vestía completamente de negro, con el cabello recogido en un moño bajo, sin rastro de maquillaje en su tez y un crucifijo anodino por fuera del cuello de su jersey.

- Disculpe que le moleste. Soy el sargento Baeza y ella es mi compañera, Aura Valdés.

La pareja cruzó sus miradas, contagiadas por la incertidumbre.

- Nos gustaría hablar con los dueños del establecimiento.

- Somos nosotros – articuló el hombre, inseguro –. Cristóbal Tamames y aquí mi señora, Margarita Yuste. ¿Ocurre algo?

- Querríamos hacerles unas preguntas acerca de Daniela Guzmán – les avanzó –. Nos consta que trabajó aquí hace años.

- Pobre muchacha… – emitió la mujer mientras depositaba la bandeja por dentro de la vitrina –. He leído esta mañana que no aguantó la presión y se suicidó.

Leo bosquejó un gesto de rechazo hacia el titular de Tribuna Madrid. Aura se dio cuenta.

- En fin… Que Dios la tenga en su gloria – se santiguó.

- Si lo prefieren, podemos pasar al almacén – propuso Cristóbal. El hombre no paraba de cruzar y descruzar sus brazos, nervioso – Allí estaremos más cómodos. No quiero que esto se convierta en el chismorreo del pueblo.

Y con un golpe de cabeza, señaló a los clientes que había al otro lado de la barra, los cuales intentaban adivinar entre bisbiseos quiénes eran esos dos forasteros.

- Es esa puerta – señaló la única que se encontraba al fondo, custodiada por un torreón con cajas de cervezas.

El hombre levantó un extremo del mostrador y se dirigió junto a su mujer hacia el comedor, escoltados por Leo y Aura unos pasos por detrás. Margarita, mucho más menuda que él, arrastraba los pies por dentro de sus zuecos de talón abierto. El garbo de la señora era exánime, como si de algún modo quisiera anunciar al mundo que su vida se resumía a lavar platos y calentar el aceite de la freidora. Cristóbal, por el contrario, se mostraba intranquilo tras su larguirucha complexión, con los hombros cargados y el abdomen visiblemente pronunciado bajo su camisa de rayas. Luego retiró la cortina de cordones y esperó a que los demás entrasen en el almacén.

Una anémica claridad procedente de un flexo rasgaba la opacidad del interior. Margarita presionó el interruptor de la pared y los tubos fluorescentes desempañaron por completo las sombras. La presencia de aquel joven de apariencia adulta, los sorprendió.

- ¡Pero Gabriel, todavía no has subido a tu habitación…? – rechistó la mujer.

El chaval parecía no darse por aludido mientras dibujaba absorto en una especie de pupitre escolar. Tenía el cabello ralo, peinado a conciencia hacia un lado con la raya perfectamente delineada a su derecha. Vestía una sudadera gris con una imagen de Harry Potter estampada sobre su pecho y unas cuantas pulseras de hilo en ambas muñecas.

- Si quieren, podemos venir en otro momento – pronunció Baeza.

- El niño apenas se entera. Tiene un retraso de nacimiento – les aseguró la madre –. Se pasa la mayor parte del día dibujando o pegado a esos cachivaches. Pero el psicólogo nos dijo que era su manera de comunicarse con los demás.

- El pobre nació prematuro, ¿saben ustedes? A las veintiséis semanas de gestación. Nadie daba un duro por él. Ni siquiera los médicos estaban convencidos de que saliera. Pero mi esposa y yo nos encomendamos al arcángel Gabriel y obró el milagro – rememoró Cristóbal emocionado –. Ahora es el niño de la casa. Sus cuatro hermanos lo adoran pese a tener una discapacidad intelectual.

Margarita se acercó a una mesa camilla y retiró una de las sillas de enea.

- ¿Nos sentamos mejor? – sugirió.

Todos tomaron asiento a medida que Aura oteaba con curiosidad el almacén. Había varias bolsas de plástico en el suelo surtidas de adornos navideños. También unas cuantas sillas y mesas de terraza apiladas unas encima de otras, así como cuatro sombrillas replegadas y esquinadas contra un armario ropero. Luego se fijó en una puerta entreabierta, situada en la pared de

enfrente.

- Hay algo en este asunto que no entiendo – rompió el sargento a hablar–. ¿Cómo es que siendo Daniela menor de edad, trabajó en el bar un tiempo? ¿Acaso el padre les dio su consentimiento?

- Verá usted – se dirigió Cristóbal –. La chica apareció un buen día por el Botillo para entregarnos su currículum.

- ¿Cuándo? – le interrumpió.

- Pues eso ocurrió como unos seis meses antes de que desapareciera. ¿Verdad, Marga?

La mujer asintió con los dedos de las manos entrelazados.

- El caso es que la chica me preguntó si podía entregarme el currículo porque estaba buscando trabajo en la zona. Evidentemente, a mí también me sorprendió; figúrense cómo me quedé cuando leí sus datos personales y me di cuenta que tenía la misma edad que Jesús, uno de nuestros hijos.

- Y aceptaron darle una oportunidad – imaginó.

- Tardamos unas semanas en ponernos en contacto con ella. Ninguno de los dos estaba realmente convencido. Pero hablándolo con mi mujer, me animó a hacerle una prueba porque justo necesitábamos un pinche de cocina para los fines de semana.

- Por supuesto, la condición que le pusimos es que debía seguir yendo al instituto – se adelantó su esposa –. Le dije que no quería que abandonase sus estudios; que una a esas edades no piensa las cosas con claridad y luego se acaba arrepintiendo.

- Se arriesgaron mucho ofreciéndole un empleo sin la autorización paterna– recalcó la periodista –. De haber llegado a oídos de un inspector, los habría multado.

- ¡Cómo íbamos a dejar a esa criaturita en la estacada? – se justificó Margarita en voz alta–. ¡En qué clase de cristianos nos estamos convirtiendo si no auxiliamos al prójimo, si no lo rescatamos de su dolor! Al menos, eso es lo que intentamos inculcar a nuestros hijos cada día: que velen por el bien del desdichado sin apartar la mirada.

- Y a mayores, darle un sustento y una retribución – le secundó el marido –. Daniela fue una excelente cocinera. El tiempo que pasó a nuestro lado, intentamos transmitirle los mismos valores que todos hemos aprendido en los encuentros cristianos. En definitiva, que la vida se encargara de reconvertirla en una mujer apegada a Dios.

Las miradas de Leo y Aura tropezaron al instante.

- De todos modos – zanjó Baeza el sermón parroquial –, ¿cuánto tiempo estuvo la chica trabajando en cocina?

- Un par de meses – respondió Cristóbal –. Si no me falla la memoria…

- ¿Y nunca se relacionó con nadie de la clientela?

- Por supuesto que sí – intercedió ella –. Daniela era una muchacha

muy sociable. ¿Por qué lo pregunta, sargento?

- Tenemos indicios para creer que la chica se relacionó durante esa época con un hombre de origen belga que frecuentaba el Botillo.

El matrimonio se mantuvo callado, a la espera de que pronunciase un nombre.

- La gente en la zona lo conoce por Tintín.

- ¡Válgame Dios del cielo! – exclamó la mujer al tiempo que se persignaba –. ¿No tendrá ese algo que ver con su desaparición?

- Como comprenderá, la investigación se encuentra en estos momentos bajo secreto de sumario – exageró –. Tan sólo queremos saber si Daniela se relacionó con él más de la cuenta; si notaron que se afianzó entre ellos algún tipo de relación de amistad o similar.

- No, que yo sepa – admitió el hombre, convencido de lo que decía –. Recuerdo que a veces conversaban fuera, sobre todo cuando la chica salía a tirar la basura y se fumaba un cigarrillo.

- Pero de ahí a darnos la impresión de que hubiese algo raro… – matizó su esposa –. Yo era la que más tiempo pasaba con ella en cocina y jamás me nombró a ese fulano.

Leo se percató del apelativo con el que se refirió al belga.

- ¿Solía venir mucho por aquí? – hizo hincapié.

- Varias veces por semana – le aseguró Cristóbal.

- ¿Solo o acompañado?

- Ambas. Cuando se presentaba sin compañía, se acodaba en una esquina de la barra y se tomaba un par de cervezas antes de regresar a Cubillos. Lo sé porque él mismo me lo dijo, aunque no era muy conversador que digamos. También solía frecuentar el Botillo con su hermano Christoffer o con otros belgas de la comunidad.

- E incluso con ese pirómano que vive en el bosque – agregó su señora.

Ambos se dieron cuenta que hacía alusión al Legionario.

- ¡Cristóbal, otro vino! – gritó alguien por fuera del almacén.

- ¡Ya va, Marcial! – elevó igualmente el tono de voz –. El borracho del pueblo, que me reclama.

El sargento intuyó que aquel improvisado interrogatorio estaba llegando a su fin.

- ¿Por casualidad sabrían decirnos el motivo por el que Daniela mantuvo en secreto que trabajaba aquí? – atajó la periodista –. Por lo que cuentan, sospecho que no se atrevió a contárselo a sus padres.

- Al parecer, no tenía muy buena relación con su madrastra – le despejó Margarita sus dudas –. Ella misma me confesó que su padre había cambiado mucho desde que contrajo matrimonio con esa tal Maite. Decía que lo tenía dominado, que sólo miraba por y para ella, y que necesitaba ahorrar lo suficiente como para poder largarse lejos.

- ¿Por qué? – se interesó.

- No sabría decirle, la verdad. A Daniela tampoco es que le gustase hablar de su vida. Era muy simpática, por supuesto, y de más de parlanchina; pero también era una niña que sabía situar una barrera entre lo personal y lo laboral. No se crean ustedes que se dejaba conocer fácilmente. En varias ocasiones intenté tirarle de la lengua, pero de nada sirvió. Daniela tenía muy claro hasta dónde te permitía entrar.

La periodista se preguntó si aquel carácter retraído se traducía a una falta de apego desde que Maite del Val entró en sus vidas (en la suya y en la de su padre) para quedarse.

- ¡Cristóbal! – volvió a desgañitarse el tal Marcial.

El hombre se disculpó y abandonó el almacén royendo palabras en su boca.

- Nosotros también tenemos que marcharnos – dijo el sargento a la mujer.

De pronto, el chaval comenzó a hacer unos extraños sonidos guturales desde su pupitre, sin quitarle el ojo a Aura. Margarita pareció comprender el mensaje y se levantó de la silla con intención de recoger la hoja que su hijo le tendía a un palmo del flexo.

- ¿Es para ella…?

Gabriel asintió con las mejillas un tanto sonrojadas.

Margarita tomó el folio y se lo entregó a Aura, la cual no salía de su asombro.

- Me parece que al niño le ha hecho tilín – anunció con una sonrisa pícara.

La periodista le devolvió la sonrisa mientras observaba la composición del dibujo. En él, aparecía junto a un hombre uniformado (evidentemente, Leo) y rodeados por un gigantesco corazón trazado en diferentes colores. Abajo, una G mayúscula emergía a modo de rúbrica. Aura le dio las gracias al chico y dobló la hoja en cuatro mitades. Después, la guardó en el bolsillo de su abrigo.

- Si por casualidad recuerdan algún detalle, no duden en contactar con la comandancia de Ponferrada – le indicó Baeza –. Ahora mismo es de suma relevancia averiguar por qué desapareció Daniela hace cinco años.

Minutos más tarde, Cristóbal Tamames comprobó por el ventanuco del bar que el sargento se alejaba junto a su acompañante por la explanada de fuera. Cogió el periódico que escondía al fondo de la barra y regresó al almacén con el paso ligero. Al entrar, mandó a Gabriel a su habitación, situada en la planta superior del establecimiento. El chico se levantó del

pupitre sin rechistar y se escabulló de allí con el ánimo por los suelos. En cuanto se percató que estaban solos, arrojó el periódico contra la mesa y escrutó a su esposa con el rostro encendido.

- ¡Maldita sea, por los pelos! – señaló la fotografía de Daniela Guzmán que aparecía en primera plana – ¿Crees que se han dado cuenta?

- Lo dudo – respondió –. Evité que se sentaran enfrente. Pero para otra vez, hay que andarse con más cuidado. Cualquier día hasta el niño lo va a ver.

- Será mejor que nos deshagamos de todo. No quiero que lo relacionen con ella.

Cristóbal se acercó a la puerta del fondo y asió el pomo. La luz del almacén se escabullía entre la penumbra que goteaba por dentro. Sin embargo aquella esquirla metálica centelleó en las sombras, procedente de unas esposas que se mecían de una ganzúa.

Una vez que entraron en el coche, Leo arrancó el motor y regresaron de vuelta a Ponferrada bajo una nube de polvo que arrastró consigo los neumáticos. El cielo, sucio y encapotado, se deshacía en motas de agua. Baeza activó el limpiaparabrisas y atravesó con premura la carretera comarcal, vacía a esas horas de la mañana. La conversación que habían mantenido con los dueños del Botillo en el almacén, continuaba varada en un rincón de su cabeza. Eran muchas las dudas que aún albergaba y que se fusionaban en una sola pregunta: ¿quién era en realidad Daniela Guzmán? Leo intentó conocer la respuesta al girar el cuello, donde advirtió que Aura estaba observando el dibujo de Gabriel con una sonrisa sincera.

- Para no hablar el chaval, parece que sabe más de la cuenta.

- ¡Vete a la mierda! – respondió la periodista entre risas.

Después abrió la guantera de la patrulla y guardó el dibujo al fondo. El corazón de colores que los aprisionaba, radiaba una verdad que sólo ella deseaba eludir. ¿Acaso era lo que transmitían, la imagen de una pareja formal? Cerró instintivamente el compartimiento.

- Por cierto, aún no me has dicho qué te han parecido esos dos.

- Digamos que he sacado dos conclusiones básicas.

- ¿La primera? – se interesó el sargento.

- Que el Legionario decía la verdad – respondió –. Los belgas conocieron allí a Daniela. Aunque el matrimonio no me ha dado la sensación de que Tintín estuviese obsesionado con ella. Ahí es donde me genera la sospecha. ¿Acaso la acechó discretamente durante un tiempo para secuestrarla después?

- ¿Cuál es la segunda conclusión? – atajó.
- La malísima relación que mantenía, supuestamente, con su madrastra.
- ¡Premio! – exclamó –. Eso era lo que quería escuchar.
- La situación en casa debía de ser insoportable como para que la chica les ocultase que trabajaba en ese bar de carretera – dedujo.
- Y esa vulnerabilidad se transformó en el objetivo de su raptor – concluyó –. Puede que me equivoque, pero Maite del Val la arrastró sin darse cuenta a sus brazos.

El móvil del sargento vibró en el bolsillo de su anorak. Lo sacó de inmediato y comprobó que se trataba de Altamira. Presionó el manos libres.

- ¿Dónde estás? – descerrajó de golpe.
- Saliendo de Molinaseca – mintió – ¿Qué sucede?
- Será mejor que te pases por el Puesto. Hay algo que debes ver. Sabemos dónde estuvo Daniela cuando se fugó del hospital.

Minutos más tarde, Leo y Aura se apearon del vehículo.

Una ráfaga de viento los embistió de camino a la comandancia mientras el sargento trituraba su mandíbula a tenor de la reserva que Altamira engendró al otro lado de la línea cuando le confirmó que habían localizado a Daniela tras su huida. Rápidamente cruzaron el vestíbulo y se internaron por un pasillo asediado por el fulgor del techo y el repiqueteo constante de los teléfonos. Aura oteó las ventanas de las distintas salas que flanqueaban ambas paredes. En su interior, los agentes bregaban afanados en la búsqueda de nuevas pistas desde sus mesas de trabajo. Imaginó que el capitán habría redistribuido los recursos con el fin de ganar tiempo y averiguar no sólo qué le ocurrió a Daniela Guzmán, sino también qué motivó a Tintín a colocar una bomba en el inmueble de la calle la Paz y dónde se escondía su hermano.

Leo dobló el último recodo del pasillo y avanzó con el talante adusto hacia el despacho de Altamira. Aura se quedó pasmada al observar la placa de considerable gramaje que rezaba el cargo del hombre al otro lado de la puerta. Eludió verbalizar lo que, a fin de cuentas, era un hecho: que se trataba de una horterada en mayúsculas. Baeza llamó con los nudillos un par de veces y asomó la cabeza.

- ¿Se puede?

Vicente Altamira reclinó la espalda en su butaca y pronunció un sonoro *¡Adelante!*

Leo abrió la puerta por completo y traspasó junto a Aura el umbral. La periodista apenas pudo apartar la vista de la composición del despacho, el cual abrigaba entre sus cuatro

paredes un tufo antediluviano venido a menos, aromatizado con una estética provinciana y rústica. El escritorio de madera en el centro, el armario archivador de puertas metálicas y unas cortinas verdinosas con la tela ya pasmada, la transportó a una serie remota donde sólo faltaban las cabezas de cervatillos decorando el frontal. Sin embargo, Leo advirtió la señal de desaprobación que el capitán manifestó al arquear su ceja izquierda. Ambos se retaron con la mirada, esperando a que alguno diera el paso para iniciar el combate.

- ¿Qué hace ella aquí? – disparó al fin Altamira.

Aura se contuvo por detrás del sargento, que prefirió mantenerse de pie tras la mesa.

- Me está ayudando en la investigación – intentó controlar la situación –. Yo mismo se lo he pedido.

- ¡A una periodista? – alzó la voz de pronto.

- Te recuerdo que la periodista tiene nombre y que colaboró en la resolución del crimen de La Alberca.

- ¡Pero tú te has vuelto loco? Una cosa es que pretendas apartarme del caso por algo que sólo tú y yo conocemos – se refirió, sin duda, a la mañana que quiso sobornar a su hermanastro en el bosque para que se largara lejos de allí –, y otra bien distinta que me tomes por imbécil. ¿Acaso te haces una idea de la cantidad de medios que se han presentado en la comandancia a cuenta de esa mierda de diario?

Aura supo que hablaba de Tribuna Madrid y de su desacertado titular: *¿La Guardia Civil de Ponferrada empujó a Daniela al suicidio?*

- Te aseguro que se acabarán olvidando de la chica en cuestión de días.

- No, Baeza. Esa no es la cuestión. ¿Me puedes explicar cómo tienes los santos cojones de filtrar a una reportera en un homicidio? Porque eso es justo lo que ha pasado; que la asesinaron la tarde que se escapó.

La saliva comenzó a conquistar sus comisuras, formando pequeñas burbujas de espuma.

- Será mejor que espere fuera – balbució Valdés.

- ¡No! – sonó tajante –. No te vas a ninguna parte por la sencilla razón de que estás bajo mi mando. Él es el que tiene que pedirte disculpas por su comportamiento.

Una tensión que cortaba el aire se expandió en el interior del despacho.

- Pienso rendir cuentas con los de *Arriba* en cuanto todo esto acabe – le amenazó.

- Y mientras tanto, soy yo el que dirige la operación en tu nombre – le recordó Baeza –. No me gustaría que tu hermano acabase formando parte de la lista de sospechosos en torno a la muerte de Daniela

Guzmán.

- Bautista es inocente.
- Pero no es trigo limpio. Y lo sabes – remató.

Leo aguantó su estoica mirada como si se tratase de un pulso entre machos.

- Espero que no me hayas hecho venir al Puesto para contemplar tu numerito. Dijiste que tenía algo que ver y aquí estoy. ¿De qué se trata? – cortó por lo sano.

Vicente resopló largamente y giró varios grados el ordenador, quedando en una posición de escorzo. Leo y Aura examinaron la pantalla, congelada en una imagen borrosa tras un paño de pixeles.

- Mis hombres han localizado el coche que Daniela robó en el parking del hospital gracias a una videocámara instalada en la vía pública – arrancó a relatar –. La captura se obtuvo a las 18:42 horas; unos treinta minutos antes de que la enfermera diera la voz de alarma a los de seguridad. Pero lo interesante no es el marco temporal, si no el lugar al que acudió.

Baeza frunció el ceño como un resorte.

- ¿A dónde fue? – la intriga le carcomía por dentro.
- Al cementerio.

Altamira ocultó el ratón bajo la palma de su mano y pulsó el *Play*.

La hora aparecía en el margen superior izquierdo mientras la cámara, en un suave picado, capturaba la imagen en blanco y negro de la entrada del cementerio de Ponferrada, con la puerta de lanzas abierta y el velo neblinoso de la tarde cayendo plomiza contra el muro de piedra. De pronto, atravesó el encuadre un Renault blanco modelo Modus con matrícula 7105 DRL. Estacionó el vehículo a escasa distancia de la entrada y se apeó.

Daniela Guzmán miró a ambos lados de la calle para asegurarse de que estaba sola. Vestía el mismo camisón del hospital y sus botas *Dr. Martens* en tonos rosas. Rápidamente se coló por dentro del cementerio hasta que su rastro se perdió tras la opacidad del pórtico.

- ¿Y ahora…? – le cuestionó Aura, desconcertada por lo que acababa de presenciar.
- Ahora llega la mejor parte – le aseguró.

Vicente adelantó la grabación siete minutos y volvió a dar al *Play*.

Daniela apareció de nuevo en la imagen a medida que rebasaba la puerta de lanzas y se dirigía apresurada al coche. En su mano, llevaba un ramo de flores. Ninguno se atrevió a verbalizarlo en voz alta mientras la chica se introducía en el asiento del piloto y

arrancaba el motor. Después dio marcha atrás y se escabulló del encuadre a toda velocidad.

Todos enmudecieron cuando la grabación volvió a congelarse en la pantalla del ordenador.

- ¿De quién son esas flores? – rasgó Baeza el silencio del despacho.

- Aún no lo sabemos – esclareció Altamira.

Sus ojos transpiraban un conato de inseguridad.

- Algunos de mis agentes están intentando localizar el coche por otras cámaras de vigilancia. Es lo único que tenemos por ahora.

- ¡Pero algo haría con ellas! – se exaltó –. No recuerdo haberlas visto en el monte Pajariel cuando hablé con el forense.

- También cabe la posibilidad de que ardiesen con la chica, ¿no crees? – se convenció.

- Pero lo importante no es el dónde, sino el hecho – disparó Aura.

Ambos la miraron con sumo interés.

- Ese ramo esconde un mensaje. Daniela no acudió al cementerio porque coincidió así en su huida. Lo tenía premeditado.

Ninguno de los dos se atrevió a interrumpir su reflexión.

- ¡No os dais cuenta? – rechistó –. Fue a estar con su madre.

Leo entornó los ojos mientras procuraba avanzar en su hipótesis.

- Explícate – le ordenó el capitán desde su butaca.

- Todos sabemos que la chica mantenía una pésima relación con Maite del Val. Daniela fue a visitar a su madre biológica porque en el fondo se sentía sola. Ese era el motivo.

- Tendría sentido – sospechó el sargento –. Al menos, coincide con la declaración de los dueños del Botillo.

- ¿Quiénes? – le cuestionó Altamira a falta de información.

- Deberíamos volver a casa de los carniceros. Tal vez ellos puedan esclarecernos si la chica iba al cementerio con cierta regularidad.

- ¡Espera! – alzó Vicente la voz.

Acto seguido se levantó de la butaca y rodeó el escritorio.

- ¡Cómo que ir a casa de los Guzmán? – le replicó –. Esa familia está destrozada por la muerte de su hija. ¿Quién cojones te crees que eres? ¿Eh…? Te recuerdo que estos años he sido el contacto directo. Me gané su confianza durante los primeros interrogatorios y les prometí que la encontraríamos con vida. Si alguien debe visitarles, ese soy yo.

Baeza dio un paso al frente y se situó delante de él.

- Pues si no estás de acuerdo, detenme – le espoleó –. Pero te aseguro que ninguno de los dos saldrá bien parado.

El *Flik Flak* marcaba las 14:55 horas de la tarde cuando Aura depositó la cucharilla de café sobre el plato. Enseguida comprobó que su compañero aún degustaba con apetito el lomo con queso

que se pidió para comer en una tasca cercana a la plaza mayor de Ponferrada. Afuera, el aire arrastraba briznas de humedad que empañaban al fondo la casa consistorial, consumiendo por momentos los chapiteles de sus torres. Baeza terminó de zamparse el cuscurro de pan y se limpió la boca con una servilleta de papel. Después, le dio un trago largo a su cerveza. Quizás no había vuelto a reparar en la periodista hasta que sacó la cartera de su anorak y depositó un par de billetes sobre la mesa.

- ¿No quieres pedirte algo más? – le sugirió. Una sensación de sopor comenzó a invadir sus párpados.

- Prefiero ir con el estómago vacío – respondió –. Si es que todavía pretendes que vayamos.

Aura no estaba del todo convencida de que aún quisiera presentarse en casa de los Guzmán después del careo que mantuvo con Altamira en su despacho.

- Estaba pensando que sería oportuno planificar la visita y hablar con ellos por separado.

La periodista conoció finalmente la respuesta. ¿Por qué no le extrañó en absoluto?

- No quiero que Maite interfiera en el dialogo de Ismael – continuó –. Esta vez no. Prefiero hablar con él en privado para que su esposa no saboteé la conversación y acabe dominando la situación.

- ¿Te importa que intercambiemos los papeles? No me apetece quedarme con Maite a solas.

Leo intuyó un resquicio de incomodidad en sus palabras.

- De acuerdo – la apaciguó –. Espero poder sonsacarle qué clase de relación mantenía con su hijastra. Por si coincide con la versión que nos han ofrecido los dueños del bar.

- Tampoco estaría de más echar un vistazo a las pertenencias de Daniela, ¿no te parece?

El sargento arrugó el ceño con un leve golpe de cabeza.

- ¿Cuáles? – se preguntó –. Porque si no recuerdo mal, su habitación la transformaron en un gimnasio.

- Dudo que Ismael se deshiciera de todas las pertenencias de su hija. ¿No crees que a lo mejor guardó algo que pudo pasar inadvertido a Altamira cuando llevó la investigación de su desaparición hace cinco años?

- ¿Y que nos dé una pista sobre a quién estamos buscando…?

Aura se percató que le costaba alcanzar su mismo punto de vista.

- Eso es. Su asesino – pronunció –. ¿Y si Daniela lo conoció en el pasado y escondió una pista en su casa? Tampoco lo veo enrevesado. ¿O es que ya te has olvidado de lo que encontramos en el dormitorio de Penélope aquella vez…?

Las campanas de la basílica de la Virgen de la Encina retumbaron en el horizonte helado que se adivinaba tras los ventanales del mesón. Aura volvió a echar un vistazo a su *Flik Flak* y se cercioró que eran las tres en punto. Tal vez la hora de regresar a Carucedo por la expresión reflexiva que enmarcó Baeza en su rostro.

- ¿Nos vamos? – enunció acto seguido.

La periodista se limitó a asentir a medida que se levantaban y se ponían los abrigos. Luego retomaron el camino de vuelta y cruzaron la puerta acristalada del bar. El rastro de ambos se diluyó tras la cortina de vapor que abrillantaba los adoquines del suelo.

La patrulla cruzó media hora más tarde la vía principal de Carucedo. Al fondo, las Médulas se encaramaban como guardianes legendarios, devorados por la frondosidad de sus castaños bajo un velo neblinoso casi consumido. Leo continuó avanzando por la carretera mientras oteaba por la ventanilla las aceras del pueblo, con las tiendas cerradas y despejadas de cualquier rastro de humanidad. La vida en Carucedo parecía sestear a las tres y media de la tarde a medida que el humo de las chimeneas tiznaba el cielo, provocando una estela gris que se perdía en el horizonte. El sargento rebasó el cartel del término municipal y giró el volante a la izquierda, franqueando la entrada de la vivienda de los Guzmán. Se fijó en los pinos que cercaban a escasos metros la parcela, donde sus ramas se batían contra el viento tras la espesura que ocultaba el bosque. Aura se apeó del vehículo y percibió el olor a leña. La humedad del ambiente se clavaba como astillas a su piel. Deslizó rápido la cremallera de su abrigo y caminó junto al sargento por un suelo alimentado de grava que se extendía hasta los escalones, con las juntas pobladas de musgo. La periodista leyó el cartel de *cerrado*, ubicado por dentro de la puerta acristalada de la carnicería. Supuso que la pareja no tardaría en volver a abrir la tienda de nuevo. Leo, en cambio, se adelantó unos metros y se dirigió a la otra entrada que había en la fachada principal. Pulsó el timbre un par de veces y esperó.

Al cabo de un minuto, Ismael Guzmán se sorprendió de verlos por detrás del felpudo.

- ¿Qué es lo que quieren? – preguntó como un resorte.

Ambos se dieron cuenta de la incertidumbre que carcomía su rostro tras el paño de sombras que vagaba en el hall. Tenía unas profundas ojeras que secuestraban ambos párpados y una actitud de derrota perfilada en sus hombros caídos. Aura sospechó que no

habría dormido en toda la noche desde que le comunicaron la noticia de que su hija había aparecido calcinada en el coche que robó del hospital en el monte Pajariel.

- Si es por lo de ese técnico que vino a recoger muestras de ADN, ya me han informado del Laboratorio que se trata de Daniela – arguyó como posible respuesta ante la inesperada aparición del sargento y su acompañante.

- Sentimos mucho lo ocurrido – paladeó incómodo el sargento –, y le damos nuestras más sentidas condolencias. Le aseguro que el Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada está haciendo todo lo posible por encontrar al culpable.

Leo evitó pronunciar la palabra *asesino* por temor a ahondar más de la cuenta en la herida.

- Nuestra visita se debe a que estamos intentando reconstruir las horas en las que su hija permaneció fuera del hospital, y averiguar qué hizo durante ese tiempo.

Ismael trazó un gesto de recelo al arquear sus dos cejas.

- ¿Tienen sospechas de algo? – quiso desentrañar.

- Hemos localizado una cámara de seguridad en la que se la ve entrando en el cementerio de Ponferrada. Creemos que para estar con su madre biológica.

- ¡Pero qué tontería es esa? – escupió Maite del Val por detrás.

La mujer traspasó la penumbra de dentro y se asomó a la luz cenicienta de la tarde. Sus facciones contraídas evidenciaban un resquemor aún mayor.

- ¿No se dan cuenta que estamos haciéndonos a la idea de que la niña ya no está con nosotros? – su actitud se mostraba defensiva –. Venga, díselo tú Ismael. A ver si así nos dejan pasar tranquilos el duelo.

El hombre la contempló alicaído. Luego retomó el camino de vuelta hasta que tropezó con la mirada de Baeza.

- Verá usted, sargento. La madre de Daniela no está allí enterrada – se esforzó en decir –. Sus restos fueron incinerados y esparcidos en Lugo como era su expreso deseo.

Aura frunció los labios ante semejante metedura de pata.

- De todos modos, nos gustaría saber más acerca de su hija y comprender por qué decidió escaparse del hospital – Leo buscó un resquicio por el que salir de aquel atolladero.

- E inspeccionar entre sus pertenencias por si hubiera alguna pista que pasó inadvertida y nos ayude a bosquejar un perfil de su raptor – le socorrió la periodista –. Es posible que ambos se conocieran en el pasado.

Aura prefirió omitir la información recabada en el restaurante de Camponaraya: que Tintín ya le echó el ojo mientras la chica

trabajaba para los dueños del Botillo. El hecho de que él no fuera el asesino y su hermano hubiera cruzado la frontera española, no interfería en que alguien la asaltara durante su huida. ¿Pero quién?

- ¡Ya les dije que me deshice de todo! – farfulló incomprensible –. Sólo guardo algunas cosas sin importancia en el trastero.

- ¿Le importaría enseñármelas? – le regaló una sonrisa templada.

El matrimonio se buscó con la mirada, provista de complicidad.

- Si es tan amable de acompañarme. El trastero se encuentra en el piso superior.

La periodista asintió de buena gana mientras enfilaba el pasillo unos pasos por detrás del hombre y se internaba en la fría penumbra del interior. Después le guiñó un ojo al sargento cuando comenzó a subir los primeros peldaños de la escalera. Leo se dio cuenta que tenía vía libre y entonces fijó la atención en Maite, la cual no sucumbía en examinarle a corta distancia.

- ¿Prefiere esperar dentro? – le cuestionó con cierto fastidio en su voz.

- De acuerdo – respondió –. Y ya puestos, me gustaría hablar con usted.

Unos cuantos leños crepitaban al fondo de la chimenea cuando Baeza traspasó la puerta del salón. El rumor de la televisión vagaba como un candoroso arrullo mientras la claridad de fuera escarbaba con resignación la tela pálida de las cortinas. Maite le indicó con el brazo extendido el mismo sofá de la anterior vez y encendió a su paso la lámpara de pie. Una luz amarillenta deshilachó la lobreguez de la estancia en el momento que Leo se acomodó y esperó a que su dueña hiciera lo propio en el que había justo enfrente. La mujer dobló la mesilla atestada de fotografías de la pareja (el sargento volvió a percatarse que no existía alguna de la joven recién fallecida) y se sentó en el sillón color crema con el respaldo de capitoné a medida que flexionaba sus rodillas con cierta torpeza. Luego recogió la mantita que había en uno de los apoyabrazos y la extendió por encima de sus piernas.

- Usted dirá… – articuló con suspicacia. Su mirada rapaz le acechaba sin excusas.

- Me preguntaba si hay algo que pueda hacer para ayudar a su marido a sobrellevar estos duros momentos – comenzó a aguijonear su hermetismo, igual de tupido que su ensortijado cabello a base de laca –. Ya sabe que al ser el padre biológico de la chica, es posible que necesite terapia o hablar con la psicóloga del hospital.

- ¡Qué insinúa, que a mí no me ha afectado tanto o más que a él?

Leo comprobó que había mordido el anzuelo. El comentario le había escocido.

- Ignoro hasta qué punto conocía a Daniela. Como desapareció hace cinco años…

- Y once son los que llevo trabajando en la carnicería – argumentó, dolida – He visto crecer a esa niña desde que era una mocosa.

- No tenía ni idea. Pensé que entró en la vida de la familia Guzmán cuando la esposa de Ismael falleció.

- Conocí a Laura el mismo día que a mi marido. Ellos me contrataron para echarles una mano en la tienda durante unas navidades y ya me quedé – se limitó a decir.

- Y lo que en un principio se trataba de una relación meramente laboral, se transformó en algo mucho más profundo, ¿no?

- ¿A qué viene esto, sargento? – le cortó el paso sin ambages –. No sé qué chismes le habrán contado, pero se equivoca si piensa que me entrometí en el matrimonio. Laura enfermó años más tarde. Yo misma la acompañé a algunas de sus sesiones de quimio. Pero jamás me inmiscuí en la pareja. Lo que sucedió entre Isma y yo fue accidental. Es cierto que le ayudé a sobrellevar la enfermedad de su esposa, que quedábamos después del trabajo para tomar un café y charlar. Él también necesitaba apoyo, ¿sabe? Que se le escuchase, que alguien le tendiera una mano.

- Y por supuesto, surgió la chispa – remató *ex profeso*.

- Evitamos hacerlo público hasta que no pasó un tiempo prudencial. Tampoco teníamos prisa y decidimos esperar a que se cumplieran dos años de su muerte. Evidentemente, yo lo respeté. Era la voluntad de mi marido.

- ¿Qué edad tenía Daniela cuando se casaron?

- Nueve o diez. Ahora mismo no lo recuerdo. ¿Por…? – volvió a tensarse en el sofá.

- ¿Me preguntaba cómo era la relación entre ambas? Al fin y al cabo, Daniela se había quedado sin madre y apareció una nueva en escena.

Maite del Val entrecerró los ojos con intención de averiguar qué era exactamente lo que se proponía el sargento en el salón de su casa.

- Daniela era una niña de lo más cariñosa que me acogió con los brazos abiertos. Nunca hubo ningún tipo de rencilla entre nosotras si es a lo que se refiere. Dese cuenta que me conocía de la carnicería, teníamos bastante confianza cuando me instalé a vivir aquí.

- ¿Pero…? – preguntó. Leo tuvo la certeza de que existía un *pero* aún enquistado.

- La cosa cambió en la adolescencia, como era de esperar. ¿O es que usted no tiene hijos?

Baeza negó con la cabeza sin apartar la vista de la suya.

- Pues como bien sabrá, a esas edades uno se vuelve más quisquilloso, se rebela contra el mundo y cualquiera se convierte en su enemigo de la noche a la mañana.

- ¿Acaso se enemistaron?

- Tampoco me malinterprete, es una forma de hablar. Digamos que Daniela comenzó a mostrar una especie de antipatía y hostilidad hacia mi persona sin motivo alguno.

- ¿Es decir…?

- Lo típico; se enfadaba si la castigaba por contestar mal a algún cliente, me cogía dinero de la cartera cuando su padre y yo le quitábamos la paga por suspender unas cuantas… Lo que son los hijos en plena adolescencia con las hormonas revueltas.

- ¿Pero de ahí a sentir hostilidad…? – escarbó un poco más en la herida que vibraba al fondo de sus pupilas.

- Es que esa es la versión *light*. Daniela se volvió con el tiempo mucho más… Cruel.

El sargento se inclinó en el sillón para atender a lo que estaba a punto de soltar por su boca.

- Jamás lo he hablado con nadie. Ni siquiera su padre lo sabe; preferí ocultárselo para no disgustarle – expuso a modo de introducción –. Meses antes de desaparecer, Daniela ya no era esa cría que conocí cuando entré a trabajar en la carnicería. Se había vuelto mucho más retraída, mucho más huraña, como si en el fondo odiase su propio entorno. Una noche, mientras Ismael estaba duchándose, entró en la cocina y comenzó a insultarme sin venir a cuento. Me dijo que yo no era su madre, que no tenía derecho a opinar de su vida y que yo era la culpable de que su padre ya no le hiciese el mismo caso de antes. Pensaba que de algún modo lo había acaparado a mi favor.

- ¿Y no fue el caso? – insinuó.

- ¡Por supuesto que no! – alzó la voz –. Ni había acaparado a su padre, y mucho menos suplantado la figura maternal.

- Pero algo tuvo que ver para que le soltase todo aquello.

- Ver no lo sé; pero que la niña se empeñó en romper mi matrimonio, desde luego. Imagino que me odiaba porque tampoco le prestaba demasiada atención a las tonterías que decía. Pero ahora sé que lo hacía aposta para que discutiera con su padre.

- No la comprendo… – expresó.

- Y no hay nada que comprender – apuntaló –. Aunque Isma no quisiera verlo, a Daniela le daban unos prontos muy raros; como a su madre, que en paz descanse. Ya le digo que era una niña retraída, muy "especial" – entrecomilló con los dedos –. Quiso romper mi matrimonio, pero no lo consiguió. Me insultaba para alejarme de ellos, pero fue en vano. El problema es que Daniela necesitaba ir a terapia y

tomar medicación. Al menos eso le hubiese ahorrado más de un disgusto. Porque si algo tengo claro, es que ella misma se acabó convirtiendo en su peor enemigo. Y cuando uno cruza ciertos límites y se adentra en sus propias sombras, acaba viendo lo que no existe.

- ¿Por ejemplo…?

- Que alguien la perseguía. Tonterías de ese tipo.

El trastero (o lo que era lo mismo, un armario empotrado con doble fondo y revestido de arriba abajo por baldas) se encontraba en un recodo del pasillo de la segunda planta, junto a un dormitorio que por sus máquinas de *fitness* y musculación, Aura intuyó que se trataba de la antigua habitación de Daniela Guzmán. El hombre, bastante más alto que ella, se puso de puntillas para recoger la caja de cartón que descansaba en una esquina del último estante. Luego cargó con ella por fuera del armario y la depositó en el suelo, permitiendo a la periodista que hurgase entre las pertenencias de su hija, las cuales se resumían a dos álbumes con fotografías personales, varios libros de lectura, apuntes del instituto y una bolsita con bisutería de escaso valor.

Ismael Guzmán se posicionó de pie delante de ella mientras Aura continuaba de cuclillas, revolviendo con ambas manos entre los restos de una vida ya extinguida.

- Ya le dije que no iba a encontrar nada – la aseguró con los brazos cruzados.

La periodista levantó la cabeza y lo contempló durante breves segundos. Su actitud seguía siendo compungida.

- Maite decidió transformar el dormitorio en un gimnasio para pasar el duelo cuanto antes. Donamos casi todo a varias organizaciones que pudieran serle de utilidad – rememoró –. Ambos llegamos a la conclusión de que la niña no volvería más por casa.

Aura imaginó que no se atrevía a decir que más bien la dieron por muerta al cabo de un tiempo. Le escamó.

- ¿Qué tal se llevaba con su hija? – se le ocurrió preguntar – Bueno, si no es indiscreción.

- Pues qué le voy a contar, a días y a ratos – respondió de manera campechana –. Cada una tenía sus cosas. Ya sabe que a veces las mujeres…, discuten por todo. Aunque en líneas generales, Maite y Daniela encajaron bien desde el principio. A la niña le costó hacerse a la idea de que Laura, su madre biológica, había fallecido a causa de esa terrible enfermedad. Mi esposa la ayudó a adaptarse a la nueva situación. Figúrese que hasta la apuntó a los *scouts* para que se relacionase con otros chavales y no pasase tanto tiempo encerrada en su habitación. Maite se desvivió por comprenderla; al fin y al cabo, no dejaba de ser su hija.

- Entiendo – balbució –. ¿Y con usted? ¿Cómo era su relación?

- Estupenda – puntualizó –. La que cualquier padre desearía. Daniela era una niña muy buena, cariñosa, siempre con una sonrisa en la boca.

La periodista percibió desde abajo que se estaba emocionando.

- He cuidado de ella como le prometí a su madre el mismo día que falleció. He intentado inculcarle los mismos valores que ambos decidimos cuando la niña llegó a nuestras vidas. Aunque ya sabe que a veces…, uno no puede estar tan pendiente como quisiera. La tienda me quita mucho tiempo, más de lo que parece. Pero soy el hombre de la casa y sigo teniendo una familia a la que alimentar. Muchos días me lamento de no haber estado más ratitos junto a Daniela; preguntarle si era feliz, si le gustaba algún chico de su clase, si se sentía orgullosa de mí como padre. Pero no lo hice. ¿Y sabe por qué? Porque no me di cuenta de valorar lo que tenía hasta que lo perdí. Hasta que una noche mi pequeña desapareció en aquella fiesta de carnavales.

La pesada carga que Ismael soportaba entre sus hombros, se hizo aún más palpable. Aura se figuró que bajo las capas de su propio arrepentimiento, habitaba una sensación mucho más amarga, mucho más desoladora, de tiempo vacío e irrecuperable. Posiblemente jamás llegaría a saber que su pequeña trabajó como pinche de cocina en un bar de carretera con el fin de alejarse de su hogar para siempre. Probablemente nunca sabría que el motivo venía originado por una nefasta relación hacia la que fuera su madrastra. Tal vez las cosas no volverían a ser como antes, pese a que Ismael ya había emprendido la labor de fustigarse por miedo a ser de nuevo feliz.

- Siento de veras su pérdida – articuló con la garganta seca.

- Más lo siento yo – se flageló una vez más –. Pero a veces, las cosas ocurren sin que tengamos opción a cambiarlas. Hay días que pienso que Daniela ya no me pertenecía y que se machó de mi vida porque así lo había decidido el destino. ¡Qué sé yo…!

Aura no se atrevió a preguntarle si se encontraba bien cuando se cercioró que el hombre estaba reprimiendo sus lágrimas en silencio. Prefirió no inmiscuirse en su burbuja de desamparo mientras continuaba aleteando sus dedos entre los distintos clasificadores que nutrían la carpeta del instituto de Daniela. Aquel papel arrugado llamó de pronto su atención. Aura asomó los ojos por dentro y leyó lo que parecía una nota escrita a mano. Su respiración se agitó al profundizar en el contenido del mensaje.

- ¿Ha visto algo? – le sondeó rápido Ismael.

La periodista atrapó la nota y la ocultó por debajo de su palma.

- Tenía razón. No he encontrado nada que nos ayude a avanzar en la investigación.

Acto seguido se levantó, soportando con esfuerzo la mirada del hombre.

- Lo que yo decía – concluyó satisfecho –. Conocía bien a mi hija.

El aire de la sierra se abalanzó sobre ellos una vez que se alejaron de la casa de los Guzmán. El cielo, cargado de humedad, derramaba filamentos acuosos que sepultaban el horizonte bajo un armazón tejido de nubes bajas. Leo extrajo del anorak el mando a distancia y pulsó el botón. Las luces traseras de la patrulla parpadearon tras un breve pitido. Enseguida abrieron sus puertas y se acomodaron en los asientos, a la espera de poder estar de nuevo a solas. Leo se dio cuenta que la periodista se mostraba intranquila, deseosa de compartir con él la charla que acababa de mantener con el padre de Daniela.

- ¿Y bien…? – sintió entonces curiosidad.

Aura se aseguró por la ventanilla que no había nadie en las inmediaciones y encendió la luz de cortesía. Después sacó del bolsillo de su abrigo aquella nota con la caligrafía angulosa.

- Compruébalo por ti mismo – se la entregó.

Leo esbozó una mueca de incomprensión y se adentró en el mensaje.

Pienso en ti constantemente. Ya falta poco. Te estoy vigilando de cerca. Roger.

- ¿Dónde has encontrado esto?

- En su carpeta del instituto – le clarificó –. Daniela tuvo que pasar bastante miedo. El papel está completamente arrugado.

- Alguien la estaba acosando… – masculló para sí mismo –. ¡Pero quién?

- Dudo que Ismael supiera la respuesta. Me ha dado la impresión de que apenas la prestaba atención. Estaba más centrado en su carnicería y en Maite, que en los problemas que pudiera estar pasando su hija.

Baeza se resignó a mirarla con la cabeza anidada de interrogantes.

- ¿Has sido capaz de sonsacarle algo a Maite?

- Su versión dista mucho de la ofrecida por los dueños del Botillo. Parece ser que fue una madrastra ejemplar que sufrió un verdadero calvario a cuenta del comportamiento de la chica, que se propuso romper su matrimonio a base de mentiras y hostilidad – resumió, escéptico –. Aunque hubo algo que sí que llamó mi atención. Por lo

visto, el carácter retraído de Daniela padecía de ciertos altibajos que la llevaron a inventarse, según ella, episodios que rozaban casi la locura.

- ¿Es decir…? – le exigió.

- Que alguien la perseguía.

Aura se concentró en sus labios, ligeramente separados tras la última vocal que expulsó.

- Me cuesta creerlo – se aventuró a decir –. Además, tampoco tendría sentido. Daniela no se habría escapado del hospital sabiendo que alguien la acechaba.

- O no – la rebatió –. Te recuerdo que la misma tarde de su huida, yo mismo le revelé que Tintín se había suicidado. Tal vez por eso acudió al cementerio; para cerciorarse por sí misma que era verdad.

La periodista comenzó a encajar las piezas del puzle en su mente. Que los restos de Laura, su madre biológica, habían sido incinerados y esparcidos en Galicia, era un hecho. Sin embargo, todo aquello seguía pareciéndole descabellado.

- De acuerdo. Te compro la idea – continuó profundizando en su hipótesis –. Pero de ser así, ¿por qué decidió llevarse un ramo de flores de su raptor?

- ¿Para tenerlo presente? – lanzó la primera idea que le vino a la cabeza –. Ya sé que no tiene sentido, pero es lo único que se me ocurre en estos momentos. Imagino que tras cinco años de cautiverio, algún tipo de ligazón le uniría a su secuestrador.

Leo esperó una reacción por su parte.

- ¿Y Roger? – le cuestionó finalmente –. ¿Quién se supone que es Roger? ¿Y por qué le envió ese mensaje? Ya has leído que la estaba vigilando.

- Quizá deberíamos pasarnos por el Puesto y preguntarle a Altamira si interrogó a algún sospechoso con ese nombre cuando la chica desapareció – se aventuró –. Puede que se trate del tipo que estamos buscando. El mismo que la asaltó en su fuga y la quemó en el interior del coche por miedo a que se destapara su secreto.

Con esa premisa Aura y Leo abandonaron Carucedo, recorriendo en la patrulla la misma carretera comarcal que zigzagueaba entre la espesura de la falda de la montaña. Ninguno de los dos se atrevió a deshilvanar otras conjeturas a medida que la tarde caía invernal tras un horizonte cubierto por una escarcha helada. Únicamente se resignaron a recrear en sus cabezas imágenes donde Daniela aparecía envuelta en llamas, con el rostro sepultado por el humo de dentro. Tal vez era el momento de buscar culpables; de localizar entre los nuevos frentes que se abrían en la investigación, un resquicio por el que avanzar y avanzar hasta dar con su paradero. Porque eso era lo que

tenían: un hondo vacío cargado de sospechas, aunque sin una respuesta clara.

El cuerpo calcinado de Daniela Guzmán continuaba en una de las cámaras frigoríficas del depósito, a la espera de ser entregado a la familia. Leo apretó fuerte los dientes y se maldijo con la vista puesta en la calzada. Quizá pudo haberla salvado de no gritarle mientras la zarandeaba que Tintín se había suicidado. Puede que incluso no se hubiera fugado de su habitación de no haber cometido la estupidez de intentar encontrar un motivo al mensaje de voz que guardaba en las tripas de su móvil. El sargento prefirió no inmiscuir a la periodista en sus asuntos por temor a que le viese como a un bicho raro. Sólo condujo bajo el ruido ensordecedor de sus pensamientos hasta que al cabo de media hora, aparcó delante del edificio de la comandancia.

Ambos se apearon sin dirigirse la palabra y franquearon las instalaciones con la sensación de haber fracaso en su intento. Luego atravesaron el mismo pasillo en tonos ocres asediado por una luminosidad recalcitrante, donde enseguida se toparon con Martínez.

El agente hizo el amago de no pararse en cuanto los tuvo a su altura.

- ¿Está el capitán en el despacho? – descerrajó Baeza.

- Se marchó a casa hace un rato – dijo –. Acabo de dejar en su mesa un paquete que ha traído el repartidor de Correos. Tampoco sé si es para él, sólo específica: *a la atención del responsable de operaciones de la Compañía de la Guardia Civil de Ponferrada*.

- Puede que se trate de la cinta de VHS que estaba analizando el Laboratorio – supuso –. Yo me encargo.

Leo apretó el paso y recorrió junto a Aura el último tramo del pasillo. Después giraron a la derecha y traspasaron la puerta del despacho. Tras la penumbra que vagaba en el interior, se adivinaba un pequeño bulto situado en una de las esquinas del escritorio. Aura encendió la luz y los tubos fluorescentes arrancaron los paños de nebulosa bajo un inquietante zumbido similar al de un avispero. Leo se aproximó a la mesa y echó un vistazo al paquete. Una especie de logotipo sobresalía de uno de sus ángulos.

El sargento de La Alberca y la periodista de Tribuna Madrid se miraron extrañados. Sin pensárselo, Leo abrió un lateral de la caja e introdujo la mano. Aura no pudo reprimir el gesto de perplejidad que bosquejó en su rostro cuando reparó en aquella careta infantil con forma de conejo que le produjo una sensación escalofriante.

- ¿Qué cojones es esto? – la voz de Baeza quebró sus sospechas.
- ¿No lo comprendes? – le reprendió.

Leo no tuvo más remedio que esperar a que le clarificase el significado de aquella careta de ojos saltones y flequillo anaranjado que sostenía en su mano.

- Es lo que estábamos buscando.
- ¿Esto…? – se lo volvió a mostrar.
- Eso es una careta de carnavales. Y su nombre es Roger. *Roger Rabbit.*

DIA 6

El parte meteorológico anunciaba lluvias para la tarde. Leo Baeza apagó la radio y enfiló a toda velocidad un entramado de calles y avenidas bajo un soñoliento albor turquesa que despuntaba entre las cornisas de los edificios. Apenas había podido pegar ojo en toda la noche desde que descubrió en el despacho del capitán aquella careta animada que resultaba ser un famoso conejo de la era dorada de la industria del cine de los ochenta. Su nombre: *Roger Rabbit*. El mismo pseudónimo que un desconocido utilizó para rubricar la nota que la chica guardaba en su carpeta del instituto por – sospechó – un mensaje de lo más turbador: Te estoy vigilando de cerca.

Eso fue lo que leyó en el trozo de hoja que Aura usurpó del trastero de los Guzmán, y eso fue lo que recibió a cambio cuando minutos más tarde, su firma recobró milagrosamente un sentido para ambos. Alguien parecía saber la verdad y había enviado una especie de señuelo a la comandancia. ¿Pero quién? ¿Tal vez su asesino? Baeza regresó al chalet de Molinaseca pasadas las tres en cuanto decidió abortar la misión y pedir a los agentes que permanecieron a su lado que continuaran rastreando el logotipo al día siguiente.

Horas después, y con la vista sucia de telarañas, el sargento estacionó la patrulla delante del edificio. Notó su mente ligeramente abotargada según cruzaba las losetas de cemento y franqueaba la entrada con el deseo de tomarse un café bien cargado. La deslumbrante claridad de dentro le dañó sus córneas. Luego se adentró por un ramal de pasillos vacíos hasta que se detuvo en una de las oficinas. Verónica Corredera salió a su encuentro en el acto.

- Buenos días, sargento – se dirigió a él con una amplia sonrisa.
- ¿Alguna novedad? – prefirió no andarse por las ramas.
- Ya hemos descubierto la procedencia del paquete – le informó –. Carmona se ha encargado de hablar con el responsable de Correos a primera hora. Resulta que viene de Villafranca del Bierzo, un municipio situado a unos veinte kilómetros.
- Buen trabajo. Felicita a todos de mi parte.
- Eso no es todo – le interrumpió –. Hemos rastreado el logotipo y verificado que esa T rodeada por una O se encuentra patentada en el Registro Nacional de Asociaciones. En un principio pensábamos que se trataba de un sello personal, pero después se le ocurrió a Labrador consultar los ficheros del Ministerio del Interior.
- ¿Y…? – buscó deprisa una respuesta.
- Pertenece al Tabernáculo de la Oración; un lugar de encuentro y misa dominical de una congregación latinoamericana. De ahí sus

siglas.

Baeza se quedó en *shock* mientras intentaba encajar aquella información en la muerte de Daniela Guzmán.

- ¿Sargento…?

- Que alguno se ponga en contacto con el pastor de ese Tabernáculo y le proporcione una lista con todos los miembros que fueron inscritos desde el 2014 hasta la actualidad.

- De acuerdo – contestó, escueta.

- ¿Algo más?

- El capitán está esperándole. Lleva cerca de quince minutos en el despacho.

Vicente Altamira observó una vez más aquella careta suspendida en una esquina de su mesa y que parecía reírse de él tras su insidiosa sonrisa de roedor. La pregunta sobre quién había enviado esa broma de mal gusto, sobrevoló en su cabeza desde que fue informado a primera hora de la mañana por uno de sus agentes. Que tuviera o no algo que ver en el homicidio de Daniela Guzmán, le resultaba difícil de concebir tras los últimos avances en el caso. Por un instante sospechó del sargento. ¿Por qué no habría de orquestarlo junto a esa periodista para despistarlos con la existencia de un nuevo sospechoso? Aunque le resultara disparatado, el capitán no las tenía todas consigo. Había algo en su comportamiento; una soterrada tirantez que le costaba disimular desde que se personó en Ponferrada y que le otorgaba sin embargo un cariz de culpabilidad. Porque eso era lo que había interpretado en su actitud desde entonces; que ocultaba un secreto relacionado con la muerte de Tintín y, por ende, con el secuestro de la joven. ¿Por qué sino le evitó cada vez que acudía a su habitación? ¿Por qué se mostraba siempre distante y huidiza? ¿De qué tenía miedo Daniela Guzmán?

Tales conjeturas se evaporaron de su mente en cuanto alguien aporreó la puerta. Altamira invitó a pasar al desconocido que se encontraba al otro lado y enseguida advirtió que se trataba del sargento. Entró en su despacho con el talante firme y el rostro pálido. Vestía el mismo uniforme de siempre. Luego dejó caer el cuerpo en una de las butacas y contempló la careta de *Roger Rabbit* que descansaba sobre el escritorio. Apenas pudo controlar el gesto de desagrado que remarcó en sus facciones.

- Tus hombres van a ponerse en contacto con el Tabernáculo de la Oración – articuló con la voz pastosa –. Hay que hacernos con una lista de sus miembros.

- Puede que se trate de una pista falsa – le refutó el capitán con la espalda reclinada en el asiento–. No es la primera vez que un medio intenta desviar la atención con el fin de vender más morbo a sus

lectores.

Leo tuvo la extraña corazonada de que intentaba señalar a Aura.

- ¿Y quién colocó esa nota en el trastero de los Guzmán? ¿También un reportero?

- Tampoco me malinterpretes. Pero reconoce que es demasiado casual que justo el día que aparece ese mensaje firmado por un tal Roger, alguien envíe a la comandancia una careta del conejito de la película – resumió con atropello –. Corrígeme si mis agentes no me han informado correctamente.

Por un momento, se imaginó a Martínez desternillándose de la risa mientras le relataba a su jefe el disparatado episodio que sus compañeros habían vivido la noche anterior.

- Casualidades o no, te recuerdo que Daniela desapareció una noche de carnavales – le increpó –. Alguien de ese Tabernáculo nos está queriendo decir algo. O el propio Roger o quien se esconda tras ese pseudónimo. Y si se ha tomado la molestia de remitirnos la careta, es porque pretende que exploremos por ahí. Así que la pregunta es bien simple: ¿recuerdas si interrogaste a un sospechoso con ese nombre?

- ¿A dónde quieres llegar? – sonó amenazante.

- Me gustaría echar un vistazo al expediente del caso.

- ¿Crees que oculto algo? – se ofendió.

- Tampoco te lo tomes como algo personal. Pero en estas circunstancias, deberíamos basarnos en la realidad. Y la única verdad que existe se halla delante de tus narices.

Altamira presionó su mandíbula sin apartar la vista de la suya. Tal vez sintió la necesidad de retarle al otro lado del escritorio mientras abría con denuedo el primer cajón y extraía una voluminosa carpeta en tonos marrones que lanzó a propósito al otro lado de la mesa. A Baeza ni siquiera le amilanó su ímpetu.

- Haz con él lo que quieras – soltó después.

Leo lo tomó entre sus manos y abrió las primeras páginas. Allí se encontraba el atestado y la denuncia de su desaparición; también las declaraciones de sus familiares más cercanos y algunos compañeros del instituto. Luego volvió a mirar al capitán y se levantó de la butaca con el cargamento bien pesado bajo del brazo.

- Le voy a pedir a Corredera que lo coteje en cuanto reciba la lista de miembros adscritos a ese Tabernáculo – le avanzó sin mayor rivalidad –. Ahora mismo hay que descartar cualquier coincidencia.

Aura Valdés cerró la puerta del chalet y bajó los tres escalones del porche. El frío reptaba agazapado por las inmediaciones de Molinaseca mientras una cobertura de nubes anunciaba a lo lejos

la tormenta que estaba a punto de desatarse. La periodista cruzó la carretera que trepaba hacia la montaña y se fijó en el caudal que lamía con apetito las columnas ennegrecidas del Puente de los Peregrinos. Acto seguido entró en su Golf blanco y arrancó el motor.

Miles de ideas bullían en su cabeza a medida que abandonaba el pueblo y se incorporaba a la carretera comarcal en dirección a Ponferrada. Había pasado una hora escasa desde que Leo decidió pasarse por la comandancia y continuar rastreando junto al resto de guardias la procedencia de aquel misterioso paquete que contenía la careta del mítico dibujo animado. *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, rememoró el título de la película sin esfuerzo. Aún era capaz de visualizar a la exuberante Jessica, con la raja de su vestido prolongándose por encima del muslo y la melena cobriza surcando como una ola parte de su ojo derecho. Sin embargo, todo aquello le dio muy mala espina. Que la nota que confiscó del trastero de los Guzmán (te estoy vigilando de cerca) coincidiese con la repentina aparición de esa máscara horas más tarde, le provocó una sensación de inquietud que fue incapaz de reprimir el resto de la noche. ¿Quién diablos le envió aquel mensaje?, se volvió a preguntar. ¿Y por qué Daniela lo guardaba en su carpeta? ¿Se trataba de la única prueba que atesoraba de la persona que la estaba hostigando? ¿O acaso hubo más?

La periodista apenas halló una respuesta en su imaginación cuando el móvil vibró en el asiento del copiloto. Echó un vistazo a la pantalla y comprobó que se trataba de Hooded. Le escamó que se pusiera en contacto con ella a esas horas de la mañana mientras activaba el manos libres.

- ¿Tú llamando a las ocho y media? – alzó la voz –. ¿Has cambiado de medicación?

- Los años, que no perdonan. Y también la cafeína de los refrescos, que la han edulcorado para primeros lactantes. Pero qué te voy a contar a ti, si ya has renegado de la vida noctámbula.

- Será que me hago mayor…

- O que no aguantabas a ver lo que estás a punto de recibir en tu correo.

- ¿Has conseguido la grabación? – se adelantó a los acontecimientos.

- Digamos que obran en mi poder unas imágenes que, ahorrándonos los detalles, prueban que Rafael Oviedo conversó desde la cabina pública de la urbanización la noche del 18 de febrero del pasado mes a las 20:07 horas.

- Soy toda oídos.

- Tras varios intentos de *hackeo* al sistema operativo de Telefónica,

desistí en mi empeño y me trasladé con todo mi equipo al único lugar que podía garantizarme una amplitud de miras: el bar. El caso es que después de hacer mis primeros pinitos detectivescos y abordar a unas cuantas clientas de inconfundible botox labial y cara de susto a causa de estiramientos faciales, me percaté que la cafetería de la urbanización Valparaíso cuenta con una cámara de seguridad a pie de calle que, a mayores, alcanza parte de la cabina.

Aura aleteó una amplia sonrisa en su rostro mientras atravesaba las primeras calles de la ciudad.

- ¡Eres un genio, Hooded! – le espetó entusiasmada.
- No tan deprisa, amiga. Prefiero que antes le eches un vistazo. Tal vez no sea lo que esperas.
- ¿Por qué dices eso? – se extrañó.
- Tu primero descarga el vídeo y después, las felicitaciones al artista.

El informático colgó la llamada en cuanto Aura rebasó el centro de Ponferrada. Las luces de las farolas espejaban destellos anaranjados que barrían pequeñas porciones de acera bajo un halo de misterio y orfandad. La vida parecía resistirse tras las ventanas encendidas de algunos edificios a medida que atravesaba en su coche un ramal de cruces y avenidas que enfiló a toda velocidad. Al cabo de diez minutos, aparcó el Golf delante de la Capitanía. Desde su ventanilla observó la patrulla del sargento. Supuso que aún estaría hablando con Altamira en su despacho cuando cogió de nuevo el móvil y encendió la pantalla. El correo de Hooded apareció en la esquina superior izquierda. Aura pulsó encima y descargó el archivo adjunto. Nada más completarse una barrita azul, el vídeo se reprodujo al instante. Sin embargo, sus ojos avanzaron en lo que no debían.

- ¡Mierda! – imprecó.

Su figura se perdió después tras la puerta acristalada del Puesto.

La hora aparecía registrada en el margen inferior. Las 20:07. El ángulo, dispuesto en un plano picado, encuadraba la escena en una reproducción sin sonido donde barría una sección de la calzada y parte de la cabina telefónica. La calle de la urbanización se mostraba desierta bajo la fantasmagórica claridad procedente del rótulo de la cafetería Valparaíso. En los aledaños, la noche caía bajo un manto gélido que enturbiaba un recodo de la carretera. De pronto, aquel hombre de complexión gruesa que vestía una camisa verde de cuadros, chaleco y vaqueros holgados, entró en escena. Tras la forzada angulación, se podía apreciar su incipiente calvicie y el poblado bigote que se mesó segundos

antes de descolgar el teléfono. Después abrió su agenda y marcó un número. Rafael Oviedo esperó unos segundos antes de arrancar a hablar con el cuerpo escorado hacia la cafetería; primero pausadamente, después con aparente arrebato, como si tras los aspavientos que marcaba con el brazo en el aire, se ocultara una acalorada discusión con su interlocutor. A las 20:09 horas, colgó. El detective agarró su agenda y oteó el interior de la cafetería con la mirada furibunda. Luego echó un vistazo a ambos lados de la calle y desapareció del encuadre por el lado contrario.

Aura Valdés guardó entonces el móvil en el bolsillo de su abrigo.

- Pues ese es el problema – se quejó de nuevo –. La maldita grabación no tiene sonido.

Eso mismo fue lo que farfulló minutos antes.

A la periodista ni siquiera la detuvo que Altamira se encontrase en su despacho cuando un agente le comentó dónde encontrar al sargento. Aura interrumpió la conversación que mantenían los dos hombres con el escritorio de por medio y se dirigió a Leo con el talante adusto, dispuesta a mostrarle el vídeo que Hooded le había enviado a su correo. Una vez que declamó con enojó que la reproducción carecía de audio, se posicionó a un lateral de la mesa y les mostró la grabación con la pantalla en horizontal. Después, volvió a rezongar.

- ¿Alguien puede explicarme qué es lo que está pasando aquí? – reclamó el capitán desde su asiento.

Aura desdeñó una mueca en su rostro.

- El hombre que aparece en la imagen se llamaba Rafael Oviedo. Era un detective bastante popular en el gremio que tenía su agencia en un inmueble de la calle del Reloj – resumió –. El caso es que su cadáver apareció enterrado en el jardín de un chalet a las afueras de Madrid la semana pasada. El diario para el que trabajo, me envió aquí para investigar el suceso y contactar con su secretaria.

- Aura ha sido capaz de averiguar que el detective estaba siguiendo los pasos de Tintín – Leo evitó desvelar que más bien su amigo el informático –. Parece ser que el tal Oviedo sospechaba del belga; estaba convencido de que se trataba del secuestrador de Daniela Guzmán. Aunque desconocemos si formó parte del encargo de un cliente o si alguien de la profesión le dio el chivatazo.

Vicente Altamira desplegó sus párpados más de la cuenta.

- ¿Y se puede saber por qué no he sido debidamente informado? – se dirigió al sargento.

- Él no tiene nada que ver en este asunto – le frenó el paso la periodista.

El capitán le arrojó una mirada abyecta al otro lado del

escritorio.

- Cuidado, porque estás cometiendo un delito por encubrimiento – la instruyó –. Pueden caerte hasta tres años por dificultar el trabajo a la Administración durante las pesquisas policiales.

- Ha sido decisión mía compartir con el sargento mis indagaciones – se defendió –. En tal caso hablaría con los nacionales, que son a fin de cuentas los que llevan el homicidio en Madrid.

- Creo que deberíamos emplear las fuerzas en seguir investigando el crimen de Daniela Guzmán – los alentó Baeza, harto de tantas riñas absurdas.

- ¡Pero esto es inaudito! – se exaltó Altamira, golpeando después su mesa –. ¡No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que una civil oculta datos relevantes del caso!

- ¡Y qué pretendes, avisar a la Central y contarles ya de paso que tu hermanastro figura como uno de los principales sospechosos en la muerte de la chica?

Vicente se quedó totalmente petrificado.

- No tendría más remedio que entregar las fotos que demuestran que estabas sobornándole en el bosque para que se largara lejos de aquí – resolvió.

El capitán prefirió guardar silencio.

- Así que por el bien común, vamos a intentar mantener la calma y pensar en la forma de descifrar la conversación del detective. Tal vez la clave se halle en sus palabras.

- Hay una manera – irrumpió Altamira, restableciéndose –, aunque tampoco estoy seguro de que funcione.

Verónica Corredera llamó a la puerta en ese instante. Su actitud traslucía una intencionada cautela provocada – arguyó el capitán – por las voces de dentro. Luego cruzó el despacho y se dirigió con cierta reticencia al sargento.

- Acabamos de recibir la lista completa de los miembros inscritos al Tabernáculo desde el 2014 hasta ahora – anunció –. Vallejo ha introducido los nombres en el servidor y el programa ha registrado una coincidencia.

- ¿De quién se trata? – le requirió Altamira.

- De Yanet Espinoza. Una compañera del instituto por aquel entonces.

Un extraño silencio se coló entre las cuatro paredes de la habitación.

- La chica también reside en Villafranca del Bierzo – continuó –. Hemos telefoneado a su casa y nos han dicho que trabaja en un supermercado. Al parecer, su turno acaba a las diez. ¿Quiere que envíe una patrulla al establecimiento, jefe?

- Yo me encargo – soltó Leo como un resorte. Después buscó una

señal en el rostro demudado del capitán –. Si no te importa.

- Preferiría que se encargara otro, pero si te empeñas… – pareció darle luz verde –. Eso sí, intenta no acorralarla a base de preguntas. Recuerda que tiene la misma edad que Daniela.

- Descuida. Únicamente me ceñiré a lo que nos interesa: la careta.

Leo se levantó de la butaca y se posicionó al lado a Aura.

- Ahora mismo le mando las señas a su móvil – le confirmó Corredera.

El sargento respondió con un golpe de cabeza segundos antes de abandonar el despacho con la cara animada de *Roger Rabbit* entre sus manos.

Una húmeda cerrazón asfixiaba los contornos pedregosos de Villafranca del Bierzo. Las vistas señoriales eclipsaron a Aura tras la ventanilla de la patrulla, donde las nubes parecían depositarse al fondo, entre las frondosas laderas de sus montañas. El sargento atravesó la plazuela del pueblo y observó la hilera de terrazas que jalonaba una de las aceras, concurrida de clientes a escasos minutos de dar las diez. Continuó recorriendo la arteria principal del pueblo hasta que se internó en otra calle poblada de comercios y viandantes. Enseguida vio un hueco libre delante del Convento de los Padres Paules tal y como rezaba un cartel por fuera. El soberbio conjunto arquitectónico de estilo barroco se encaramaba sobre una balaustrada de piedra, erigiéndose la fachada como un prodigio rescatado de la leyenda y la superstición.

Ambos se apearon del vehículo y encaminaron los pasos hacia la calle del Agua, orientados por el GPS del móvil del sargento. Las callejuelas se volvieron de pronto laberínticas según exploraban los alrededores. El pavimento estaba revestido por cantos de piedra desgastados y sus casas, la mayoría de dos plantas, mostraban con orgullo sus escudos nobiliarios por encima de sus dinteles. Al fondo, observaron el rótulo azulón del supermercado, el cual producía estridencias discordantes con el resto del mobiliario urbano. El sargento fue el primero en atravesar sus puertas mecánicas y se dirigió raudo a una de las cajeras, que se encontraba cobrando a una clienta con el rostro hastiado.

- Disculpe. ¿Yanet Espinoza?

La mujer, que todavía no habría rebasado la treintena, se sorprendió de que aquel Guardia Civil preguntase por su compañera.

- Creo que está en la sección de congelados – respondió lacónica – ¿Desea que la avise?

- Si hace el favor… – enarcó ambas cejas.

La cajera apretó una clavija del micrófono que tenía por delante de la caja y un hilo musical similar a un xilófono atronó en el interior. Después, emitió la orden: *señorita Espinoza, diríjase a la caja número tres. Gracias*.

- Ahora mismo viene – le recalcó con un chicle asomando entre sus dientes.

Leo se situó a pocos metros y contempló a Aura con los brazos cruzados. Al momento, una chica vestida con uniforme blanco y gorra de rejilla acudió por uno de los pasillos laterales. Su rostro exhalaba un rictus de confusión a medida que se acercaba a la cajera.

- Ese hombre quiere hablar contigo – le aclaró mientras terminaba de cobrar.

Yanet Espinoza intentó adivinar en milésimas de segundo qué es lo que habría hecho como para que un agente se personara en su puesto de trabajo junto a una joven vestida de calle. Arrastró los pies con intención de retardar el encuentro hasta que finalmente se detuvo a escasa distancia de la pareja, la cual no le quitaba ojo.

- Buenos días. ¿Yanet Espinoza? – le interpeló el hombre.

- Sí, soy yo – emitió – ¿Pasa algo…?

- Nos gustaría hablar con usted acerca de Daniela Guzmán – le aclaró. La chica destensó de pronto sus facciones –. Nos consta que fueron compañeras de instituto.

- Sí; estudiamos juntas aquí, en Villafranca. Danny era una de mis mejoras amigas. ¿Por?

- ¿Le importa que salgamos fuera y charlemos sobre un asunto? – Leo dejó caer la duda.

- Mi turno acaba dentro de cinco minutos – puntualizó –. Si quieren, espérenme en el banco que hay a mano derecha mientras termino de reponer uno de los lineales.

El sargento pareció aceptar las condiciones con un ligero golpe de barbilla y traspasó las puertas mecánicas del supermercado junto a la periodista.

La calle se mantenía desierta a esas horas de la mañana bajo un cielo secuestrado por una cobertura de nubes negras. El olor a leña merodeaba en el ambiente cuando divisaron en un recodo de la acera aquel banco de piedra que la joven les indicó. Ambos se acomodaron en él, donde su tacto gélido traspasó deprisa el tejido de sus pantalones. Ninguno de los dos se atrevió a compartir sus impresiones mientras esperaban en vano con el frío colándose en sus huesos. Tal vez Leo esperaba encontrar una respuesta a la careta que seguía sosteniendo entre los dedos de su mano; un

matiz que resolviese el motivo que llevó a Daniela Guzmán a custodiar en su carpeta aquel mensaje intimidante (te estoy vigilando de cerca).

Yanet Espinoza apareció ante sus ojos vestida de calle. Llevaba un vaquero ajustado y un abrigo oscuro de paño con una bufanda gris alrededor de su cuello. El cabello, largo y fino, le caía en cascada por delante de sus hombros. Según se iba aproximando, Leo se fijó en el tono tostado de su piel, así como en sus ojos, sutilmente rasgados. Conjeturó que procedía de un lugar más exótico que aquél. La chica frenó el paso con reparo y el sargento la invitó a sentarse entre medias. Aura se dio cuenta que aquella situación la estaba incomodando por su actitud retraída. Baeza, en cambio, no tardó en mostrarle la careta de *Roger Rabbit*.

- ¿Nos puedes explicar por qué lo enviaste ayer a la comandancia? – disparó con la voz lúgubre, dispuesto a tutearla.

Yanet desvió la mirada. Sus labios comenzaron a temblarle mientras intentaba amortiguar la descarga que estaba a punto de sobrevenirle.

- Di. ¿Qué tiene que ver esta careta con tu amiga?

Entonces, rompió a llorar. La joven taponó la boca con su mano para obstaculizar la retahíla de hipidos que era incapaz de esconder. Su pecho emitía una sucesión de sacudidas.

- Esto es importante, Yanet – pronunció Aura al tiempo que acariciaba su espalda. La periodista sintió lástima–. ¿Quién es Roger?

- No lo sé – desembuchó con sacrificio. Unas cuantas venas se remarcaron en sus sienes.

- ¿Y por qué tenías esta careta? – insistió Baeza –. ¿Te pidió que la guardases?

- ¡Sí! – elevó la voz –. Danny me la entregó porque en el fondo no se fiaba de ella. Temía que Maite la tomase por una mentirosa y tirase a la basura la única prueba que tenía del cabronazo que la estaba acosando. Por eso me pidió que la escondiese; porque estaba convencida de que nadie la creería en su casa.

- ¿Te comentó alguna vez cómo era su relación con su madrastra? – se aventuró Leo a averiguar.

- Nefasta. Maite estropeó la relación que había entre su padre y ella. Esa es la pura verdad. De algún modo quiso suplantar a su madre y convertirse en el eje familiar. Su comportamiento era evasivo, autoritario, siempre imponiendo su punto de vista a toda costa. *Daniela, ya sabes que no me gusta que hagas esto; Daniela, no quiero que hagas lo otro…* – emuló –. Maite la tenía muy controlada. Pero no como uno puede presuponer siendo el nuevo miembro de la casa. Lo primero que hizo fue involucrarse en las discusiones que a veces tenía con su padre. Le gustaba tomar partido e implantar su propio criterio.

Eso la distanció de Ismael y dio pie a lo otro…

- ¿A qué te refieres? – se adelantó Aura.

- Pues a vigilarla, a hurgar entre sus cosas, a enfrentarse cada vez que la pillaba metida en algún lío. Sé que Danny no era fácil de llevar; pero en eso tenía razón. De la noche a la mañana, comenzó a sentirse acechada. Escribía a otros compañeros de clase desde su móvil haciéndose pasar por ella; le registraba los armarios de su habitación y le dejaba notitas…

- ¿Qué clase de notitas?

- Del tipo: *una mujer decente limpiaría la basura que guarda en sus cajones; o será mejor que tu padre no te pille el paquete de tabaco que escondes entre los jerséis. Me das asco* – rememoró –. Quizá lo peor fue cuando abrió su diario y comprobó que le había corregido con un boli rojo las faltas ortográficas. Aunque esa vez no le dejó nada por escrito.

Aura y Leo se miraron asombrados.

- A lo que deduzco que no le quedó más remedio que deshacerse de la careta por miedo a tener que dar explicaciones – hiló el sargento – ¿Te dijo Daniela quién era Roger?

- No. Nunca.

- Pero por lo que cuentas, imagino que desconfiaría de su madrastra.

- Tampoco. Yo misma se lo insinué, pero Danny me aseguró que no tenía nada que ver.

- ¿Y por qué estaba tan convencida? – le lanzó la periodista.

- Porque parece ser que ocurrió algo grave en ese bar de Camponaraya – articuló con la mirada enterrada en el asfalto –. Jamás llegó a confesarme de qué se trataba; pero por lo que me sugirió, vio algo que no debía.

A Baeza le mosqueó aquella frase cargada de misterio y escasa información.

- ¿Recuerdas si durante el tiempo que trabajó en el Botillo, te nombró a un tal Tintín?

Yanet le miró a los ojos y negó con la cabeza.

- Le juro que no sé más, sargento – le aseveró –. Daniela dejó el bar al día siguiente y fue a las pocas semanas cuando recibió esa careta.

La periodista comprobó por su manera de gesticular que no mentía.

- Una cosa más. ¿Estuviste con ella la noche que desapareció de la fiesta de carnavales?

- Qué va. Mi familia no me permite ir a esas *raves* que organizan en el campo. Yo la vi el viernes por la mañana, justo horas antes de la fiesta.

- ¿Y cómo es que una chica que por entonces tenía dieciséis años, no fue con su amiga y el resto de sus compañeros de clase? – la tanteó

esta vez Aura.

- Digamos que las reglas del Tabernáculo no aprueban que la comunidad hispana se relacione a extramuros con gente del pueblo. Su estructura es bastante hermética, aparte de que las mujeres tenemos prohibido acudir a eventos sin una autorización expresa del Pastor o un acompañante masculino. Romper cualquiera de sus normas, conllevaría una dura sanción; incluso tener que abandonar la congregación. La hermandad se encarga de proporcionar trabajo y casa a los inmigrantes recién llegados, escolarizar a sus hijos, ayudarlos a relacionarse con el resto de miembros mediante las liturgias del domingo y las cenas que se celebran cada mes. Pero también te acoges a no quebrantar los votos y el más importante de ellos es lo que el Tabernáculo espera de ti.

- ¿Qué es…?

- El respeto por los de tu misma sangre.

Aura se quedó atónita ante su respuesta.

- Hay algo que sigo sin comprender – la abordó el sargento –. ¿Por qué decidiste mandar la careta al Puesto y no en los días posteriores a su desaparición?

- Porque de algún modo, no quería involucrar al Tabernáculo con ese suceso. Hay mucha gente sin papeles, ¿comprenden…? Creí que la policía haría demasiadas preguntas – se inquietó –. La verdad, me impactó mucho leer en el periódico que se había suicidado. ¿Pero saben qué les digo? Que no es cierto. Daniela era incapaz de hacer algo así. Por eso envié la máscara; para que investigasen. Porque aparte de haberla guardado durante cinco años, estoy segura que alguien la mató. Y Posiblemente se trate del mismo tipo.

El claxon de un coche retumbó al fondo de la calle. Yanet echó un vistazo y se levantó de un brinco.

- Tengo que marcharme – anunció.

- De acuerdo – pronunció Leo –. Si por casualidad recuerdas algún otro hecho que nos ayude en la investigación, no dudes en ponerte en contacto con la comandancia.

La chica asintió de buena gana y salió escopetada hacia el monovolumen de color plateado y cristales tintados estacionado delante del supermercado. Después abrió una de las puertas traseras y se coló en el interior.

- ¿Y bien? ¿Un titular? – le solicitó a la periodista.

- Opino como ella. Ahora mismo nuestra prioridad es encontrar a Roger – respondió –. Tengo la sensación de que al final cumplió con su promesa

- ¿Y es…?

- Que la estuvo vigilando de cerca hasta la misma noche de su desaparición.

Yanet Espinoza se abrochó el cinturón y miró de refilón a la pareja de guardias una vez que el vehículo atravesó por delante. Acto seguido, suspiró aliviada. Sin embargo, los ojos del conductor parecían devorarla por el espejo retrovisor.

- ¿Qué querían esos dos? – le interpeló con la voz ronca.

La joven dudó de su respuesta.

- Saber si había aparecido el bolso de una clienta que robaron ayer en el supermercado.

Aura y Leo abandonaron Villafranca del Bierzo con la sensación de que Daniela recibió la careta de *Roger Rabbit* junto con aquella nota amenazante en la misma época que dejó su trabajo en el bar–restaurante. Durante algunas horas, deshilvanaron la declaración de Yanet Espinoza en la que no sólo les ratificó la deplorable relación que la joven mantenía con su madrastra, Maite del Val, sino también un suceso que presenció en el Botillo y que la empujaron a no volver más. ¿Pero qué fue lo que Daniela descubrió como para no atreverse a contárselo a su amiga del instituto? ¿Acaso estaba relacionado con Tintín o alguno de los belgas que frecuentaban el bar? ¿Tal vez la amenaza de Roger – te estoy vigilando de cerca – venía motivada por un secreto que la chica tuvo la mala pata de conocer? ¿Realmente la acechó durante ese tiempo? Y lo más importante, ¿cumplió con su promesa hasta la misma noche de la fiesta de carnavales?

Con esas y otras conjeturas, el sargento de La Alberca y la periodista de Tribuna Madrid comieron en un mesón a las afueras de Ponferrada hasta que a eso de las tres, decidieron hacerle una visita a los dueños del Botillo. El *mojabobos* comenzó a barrer los campos de labranza según cruzaban la carretera comarcal dirección a Camponaraya. Varias naves y chalets diseminados en el horizonte gris, revelaban su desconsuelo y abandono bajo una bóveda de nubes tormentosas. Al cabo de unos minutos, el rótulo sustentado en lo alto de un poste les anunció que habían llegado a su destino. Leo se saltó el *Stop* y giró el volante a su izquierda. Enseguida atravesaron la explanada de gravilla, donde el edificio de dos plantas parecía resistir incólume bajo una gruesa capa de pintura anaranjada. Ambos se apearon del vehículo y sortearon deprisa las gotas de agua que comenzaron a perlar sus rostros. En cuanto se internaron en la penumbra de dentro, Aura se fijó en las mesas del comedor, distribuidas sin un orden aparente y ocupadas por un escuadrón de parroquianos que jugaba a las cartas tras una ensordecedora algarabía. Otros permanecían acodados en la barra, dispuestos a ganar la partida a un soliloquio mudo y

repetitivo. Los dos avanzaron por el suelo de grecas y advirtieron que Cristóbal Tamames acababa de asomar la cabeza por el ventanuco de la cocina para chistar a su esposa. Margarita Yuste rebasó entonces la cortina anti insectos que protegía la puerta interior y se situó al ras de su marido con cara de pocos amigos.

- ¡Sargento! – exclamó el hombre con una sonrisa acartonada –. ¿Cómo usted por aquí?

Baeza se situó en un recodo y le mostró a la pareja el enojo que corría veloz en su mirada.

- ¿Ocurre algo? – quiso averiguar.

- ¿Por qué diablos dejó el bar Daniela?

- A saber… – le rescató su mujer con brusquedad –. Imagino que tendría sus motivos.

- Creo que no me he explicado bien – bajó intencionadamente la voz –. Lo podemos hacer por las buenas mientras me cuentan en el almacén qué cojones pasó en realidad, o me encargo de arrestarles por obstrucción a la justicia delante de toda su clientela.

El matrimonio se dirigió una mirada de desconcierto.

- Y les advierto que se me está empezando a agotar la paciencia.

Cristóbal levantó un extremo de la barra y les pidió que le acompañasen mientras esquivaba las distintas mesas que encontró de camino y abría con llave la puerta del almacén. Una vez que retiró la cortina de cordones, esperó a que el resto traspasase el umbral. Margarita encendió las lámparas del techo y les indicó que se sentasen en la misma mesa camilla que había en el centro de la habitación, entre restos del mobiliario de terraza y el pupitre vacío de su hijo Gabriel. Aura reparó en el periódico de Tribuna Madrid que mostraba el rostro risueño de la joven bajo aquel desafortunado titular: *¿La Guardia Civil de Ponferrada empujó a Daniela al suicidio?* Supuso que la pareja habría leído con atención los avances del caso por miedo (sospechó) a que alguna fuente indiscreta señalase su bar como el lugar donde la chica trabajó un par de meses en la más estricta clandestinidad. Sin embargo, Leo arrojó la careta de *Roger Rabbit* sobre la mesa y escudriñó con interés sus gestos a medida que tomaba asiento en una de las sillas de enea, con la espalda enfrentada a la puerta del cuarto sin luz. El matrimonio no hacía más que lanzarse miradas de connivencia.

- Voy a intentar no andarme por las ramas – descerrajó –. ¿Qué tiene que ver esta careta con Daniela?

- Sargento, se equivoca si piensa que escondemos algo relacionado con su desaparición – balbuceó el hombre con las manos inquietas.

- ¡He dicho que qué ostias tiene que ver! – vocifero, descargando su furia contra la mesa.

Todos se quedaron en *shock* ante su inesperado arrebato.

- A ver, todo tiene una explicación – contestó Margarita nerviosa –. Pero tampoco hace falta ponerse así.

Baeza cruzó los brazos aposta y la retó con la mirada encendida.

- Soy todo oídos.

Cristóbal escondió los ojos bajo la palma de su mano. La periodista apreció la sensación de bochorno que parecía ocultar mientras masticaba palabras ininteligibles.

- Digamos que el bar organiza encuentros con otros *swingers* varias veces al año.

- ¡Con quiénes…? – la cortó el sargento, confuso.

- Con *swingers*; usted ya me entiende. Con parejas liberales – evitó pronunciar a toda costa lo que a Leo se le pasó por la cabeza: actividades sexuales no monógamas.

Aura, en cambio, apenas pudo controlar su estupor al imaginarse a aquellos dos mojigatos compartiendo cama con desconocidos.

- El caso es que llevamos años gestionando las citas con otros matrimonios similares al nuestro – prosiguió la mujer con cierto rubor en sus mejillas –. Si nos decidimos a hacerlo, fue porque nos lo aconsejó una pareja que conocimos en los encuentros cristianos a los que acudimos semanalmente. Por aquel entonces, Cristóbal y yo estábamos pasando por una fuerte crisis a raíz del negocio: los números no cuadraban y discutíamos cada dos por tres. Esa pareja nos abrió la puerta a un nuevo mundo donde había multitud de matrimonios con nuestros mismos problemas que practicaba el intercambio como método para oxigenar la relación y no caer en la rutina.

Margarita tomó aire con intención de continuar con su relato.

- Por supuesto, los intercambios se organizaban con muchísima discreción. Camponaraya es un pueblo pequeño y todo el mundo se conoce, aunque sea de vista. Aparte de que somos una familia muy respetada en la zona y con fuertes convicciones religiosas.

Aura enarcó ambas cejas y pensó: *swingers y católicos, ¿cómo diantres se come uno ese bocadillo?*

- Utilizábamos una plataforma web donde la gente podía inscribirse de manera anónima, siempre con seudónimo o bajo el nombre de algún personaje ficticio; nada de revelar su verdadera identidad. Muchas de las parejas que venían de distintos puntos de España, eran respetables empresarios y las normas del *swinging* no sólo prohíben mostrar el rostro de los participantes, sino también intercambiar cualquier clase de dato personal. De ahí que la gran mayoría acudiese

con una máscara o antifaz.

Leo encajó al autor de la nota entre los asistentes que se congregaban en el interior del bar para mantener relaciones sexuales con las cortinas – se imaginó – echadas.

- A lo que sospecho que el tal *Roger Rabbit* era uno de los habituales – se figuró Baeza.

- Solía venir de vez en cuando – puntualizó –. Únicamente cuando se incluían a solteros en las reuniones.

Aura elucubró que para reuniones, las que tenía a diario en el despacho de Alicia Sanz. Eso sí que te bajaba la libido de golpe, adujo.

- ¿Alguna vez tuvieron ocasión de verle la cara? – se lanzó al barro la periodista.

- Jamás – respondió Cristóbal con un hilo de voz –. Siempre aparecía con la careta del conejo.

- ¿Y recuerdan algún rasgo físico que nos ayude a identificarlo? – insistió.

- Era alto. Mediría un metro ochenta – evocó con esfuerzo –. También era de complexión atlética. Tenía el pelo castaño y unos treinta o cuarenta años.

- Pero desconocemos su procedencia o cómo se llama – interfirió su esposa –. Como les he dicho, se apuntaba a los eventos mediante la plataforma bajo el seudónimo de Roger.

El sargento descargó los brazos sobre la mesa camilla en actitud de control.

- Continúa sin responderme a la pregunta que le formulé al principio: ¿qué tiene que ver esa careta con Daniela? Porque por lo que creo adivinar, la chica nunca asistió a tales encuentros. ¿O me equivoco?

- Y así es, sargento – exhaló un hondo suspiro –. Pero esa noche ocurrió algo inesperado que lo cambió todo…

Sábado, 5 de octubre de 2013 (Bar-Restaurante El Botillo).
12:27 de la noche.
Cuatro meses antes de su desaparición.

Daniela Guzmán profirió una serie de improperios nada más apearse de su moto y liberarse del casco. Enseguida se sacudió su corta cabellera y comprobó por el espejo retrovisor que aún llevaba el *piercing* a un extremo del labio inferior. La sombra mate con la que se había cubierto sus párpados, parecía mantenerse

intacta pese a la poca pericia que tenía con los sets de maquillaje. De repente, escuchó el pitido de su móvil. Daniela metió la mano en el bolsillo de su chupa de cuero y sacó su nuevo juguetito: el *Iphone 5s*. Yanet le había escrito un WhatsApp para preguntarle por qué tardaba tanto. *Me he dejado la ropa del curro en el bar y he vuelto a por ella. Dame diez minutos*, contestó.

La joven volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y enfiló decidida el suelo de grava mientras sacaba las llaves del local, esta vez de su riñonera. Entonces, reparó en la luz. La penumbra que abrigaba aquella porción de carretera parecía quebrarse tras la débil claridad que asomaba por una de las ventanas del bar. Daniela se acercó precavida y enseguida cayó en la cuenta de que sus jefes solían celebrar aquellos encuentros cristianos una vez al mes. *Panda de meapilas*, farfulló de camino. Sintió una enorme curiosidad por lo que estarían haciendo dentro. La chica se asomó por la abertura de la cortina y traspasó con la mirada una parte del comedor. Sus ojos se abrieron más de la cuenta en el instante que contempló a varios individuos distribuidos entre las distintas mesas, manoseándose desnudos con la cara oculta por una máscara. El corazón comenzó a latirle deprisa. Era incapaz de apartar la vista del fondo, donde un hombre con un antifaz de época apresaba a una mujer por detrás al tiempo que otro saboreaba con apetito sus pechos.

De pronto, aquella careta con el rostro de Mafalda se abalanzó por sorpresa contra la ventana.

Daniela pegó un chillido y giró el cuerpo con intención de echar a correr. Sin embargo, aquel hombre de prominente estatura y complexión robusta, detuvo su propósito en cuanto la apresó del brazo. La joven sintió un miedo atroz a medida que sus ojos se relamían por detrás de su máscara con formas de conejo.

- No sabía que a ti también te gustaba esto – pronunció mientras restregaba sus vaqueros contra los suyos –. ¿Te apetece probar mi zanahoria?

- ¡Suéltame! – gritó despavorida.

- Venga, vamos a disfrutar un poco – insistió, agarrándola más fuerte.

- ¡He dicho que me sueltes!

Y pegó un tirón.

Daniela notó que era libre. Tampoco se preguntó cómo lo había conseguido. Simplemente corrió como alma que lleva el diablo y arrancó el motor de su moto. Segundos más tarde, su figura se diluyó bajo una burbuja de luz al fondo de la carretera.

Un extraño silencio se ramificó en el interior del almacén en cuanto

Margarita Yuste concluyó su relato con un poso de aflicción en su voz. Tal vez la mujer había sido capaz de desalojar una pesada carga que parecía sobrellevar a cuestas; o al menos, esa fue la impresión que le transmitió al sargento.

- Daniela dejó el trabajo al día siguiente – prorrumpió Cristóbal –. Ella misma nos confirmó nuestros temores. Lo había visto todo.

- Y después de mucho insistir, nos dijo que no quería volver a saber nada más de nosotros – añadió su esposa –. Quisimos ofrecerle dinero, pero Daniela se negó. Tan sólo recogió su finiquito y nos aseguró que mantendría la boca cerrada por vergüenza.

- Pero es la verdad, sargento – remató el hombre –. Puede juzgarnos si lo prefiere, puede incluso tacharnos de unos guarros pervertidos, pero es nuestra verdad. Si Daniela vio a ese tipo tiempo después, lo desconocemos. Ella dejó de formar parte de nuestra vida el mismo día que nos miró con asco.

Minutos más tarde, Aura y Leo abandonaron el Botillo con la mente anidada de palabras e imágenes obscenas. El *mojabobos* había dado paso a una cortina de agua que barría los aledaños tras una estela gris depositada al fondo. Ambos echaron a correr por el suelo de grava y se internaron en la patrulla. Leo activó enseguida el calefactor mientras una gélida lámina de vaho conquistaba el cristal del parabrisas. La lluvia azotaba la techumbre del coche como si se tratase de un millar de guijarros.

- Le pediré a alguno de los informáticos que eche un vistazo a la página web desde donde se concertaban los encuentros; por si fuese capaz de rastrear la dirección IP y dar con su paradero.

Aura evitó decirle que posiblemente ni siquiera existiese un mero rastro después de cinco años. Se conformó con seguir escuchándole.

- Lo que está claro es que Roger estaba obsesionado con ella. Supongo que le puso de lo más cachondo el encontronazo que tuvo con la muchacha fuera del bar y persistió en su empeño por acorralarla, enviándole aquella nota. Aunque ya no sé si su obsesión le llevó a hacer algo más.

- ¿Por ejemplo…? – se interesó la periodista.

- Raptarla – conjeturó –. Haber participado en su rapto la noche que desapareció.

- ¿Él solo? – le planteó.

Baeza entrecerró los ojos por un momento.

- Continúa – la exigió.

- No sé si te has parado a pensar que es bastante probable que los hermanitos belgas y el propio Roger se conocieran aquí, en el bar, en la misma época que Daniela trabajaba en cocina – le expuso –. ¿Quién

no te dice a ti que acabaron convirtiéndose en cómplices de lo que sucedió meses más tarde?

El sargento estaba a punto de ampliar sus propias cábalas cuando el teléfono vibró en el bolsillo de su anorak. Lo sacó asqueado y leyó en la pantalla el nombre de Altamira. Descolgó.

- Dime – disparó.
- ¿No estarás con la periodista? – aquel soniquete estaba empezando a cansarle.
- ¿Qué ocurre ahora?
- Será mejor que os paséis por la comandancia – le anunció –. Acabamos de descubrir lo que el detective habló desde la cabina telefónica.

Baeza cortó la llamada y aceleró la patrulla sin saber que en la planta superior del bar, en la ventana que despedía una claridad artificial, Gabriel, el chaval con discapacidad intelectual que tanto sobreprotegían sus padres, se desternillaba de risa sentado delante del ordenador de su hermano mayor mientras volvía a reproducir aquel vídeo de Facebook. Las imágenes de la fiesta *rave* comenzaron a reproducirse en la pantalla a medida que la cámara mostraba los contornos umbríos del bosque con miles de chavales bailando al ritmo atronador de la música *techno*. De pronto, el hermano de Gabriel saludó a cámara junto a otros amigos, mostrando orgulloso la cachimba que sostenía en su mano. Pero Gabriel ni siquiera reparó en él cuando aquella figura con cornamenta emergió al fondo, entre las sombras crecientes. El muchacho se entusiasmó al verle y gritó:

- ¡Monstruo! ¡Monstruo! ¡Monstruo!

Después, su risa se difuminó con los sintetizadores de la fiesta.

La lluvia sepultaba el contorno escarpado de las montañas.

Leo estacionó la patrulla delante de la comandancia y abrió la puerta. El torrente de agua se abalanzó contra su cuerpo mientras corría hacia el tejadillo voladizo de la entrada. Allí esperó a Aura resguardado, la cual se apresuró a seguirle con la cabeza cubierta con la capucha de su plumífero. La periodista notó la humedad que se filtraban por debajo de su abrigo en cuanto traspasaron el vestíbulo. Dentro, Altamira los saludó con el brazo estirado a un lateral del mostrador. Se dirigió a ellos con la mirada severa de quien procura realizar sus tareas bajo una rectitud digna de cualquier alto mando y frenó el paso en el centro de la sala, con la sucia claridad del atardecer diluyéndose tras los amplios ventanales.

- Os estaba esperando – les comunicó con la voz pacificadora – ¿Me acompañáis?

Los tres se internaron por el pasillo, bajo aquella luminosidad desquiciante que irradiaban los tubos fluorescentes del techo. Leo sospechó que el capitán intentaba mostrarse mucho más amable a tenor del pulso que mantuvieron con él horas antes en su despacho.

- Un experto en lectura labial ha sido capaz de leer algunas de las frases que el detective pronunció durante su conversación en la cabina telefónica – desveló, examinando por el rabillo del ojo a la periodista –. Al menos, las partes en las que el hombre muestra su rostro a cámara. Fue a Carmona a quien se le ocurrió avisar a la Asociación de Personas Sordas de la Comarca del Bierzo.

Baeza se abstuvo de contarle lo que habían descubierto hasta el momento cuando el capitán moderó el paso y se detuvo finalmente delante de una de las oficinas.

- Por cierto – miró al sargento –, el forense ya ha concluido con la autopsia de Daniela. Su cuerpo será entregado a la familia en las próximas horas. Tengo entendido que van a oficiar el funeral mañana en la más estricta intimidad. ¿Entramos?

Altamira fue el primero en rebasar la puerta mientras se aproximaba circunspecto a la mesa donde algunos de sus agentes parecían fortificar con sus uniformes al hombre de mediana edad y avanzada calvicie que se hallaba sentado frente al ordenador. Martínez y Vallejo se retiraron para dejar pasar a su jefe.

- Ya estoy de vuelta – paladeó, permitiendo al experto que leyera sus labios.

Leo y Aura se situaron por detrás con intención de que formalizase las presentaciones.

- Ellos son el sargento Baeza y la periodista Aura Valdés.
- Mucho gusto – emitió con la voz engolada.

Ambos le devolvieron el saludo y se mantuvieron de pie a un extremo de la mesa.

- Andrés va a volver a reproducir en voz alta lo que el detective habla en la grabación que Aura nos ha facilitado esta mañana – ofreció una explicación a los allí presentes –. Aunque su discurso ya se encuentra transcrito, prefiero que Andrés emule de nuevo su intervención.

- Hay partes que no puedo interpretar, ya que no para de mover la cabeza durante la llamada – pareció disculparse con cierta torpeza en el habla.

- Eso es lo de menos – le garantizó el capitán –. ¿Listo?

El hombre se limitó a asentir mientras Carmona pulsaba el *Play* con el ratón.

Los primeros segundos comenzaron a transcurrir en la imagen.

De pronto, la silueta de Rafael Oviedo cruzó el encuadre y se detuvo al pie de la cabina. Luego descolgó rápido el auricular.

- *Sé lo que pasó con la chica*. PAUSA. *Te prometo que no te ocurrirá nada si me cuentas la verdad*. PAUSA. *¡Tengo pruebas, por supuesto!* PAUSA. *De acuerdo; mañana en el número 6 de la urbanización Valparaíso*. PAUSA. *Te juro que si me la juegas, iré a la policía*. PAUSA. *¡Ah, sí…? No sé qué pensará tu mujer si se entera de tu secretito*. PAUSA.

Andrés carraspeó en cuanto finalizó la grabación y levantó la vista con reparo, como si tras su actitud apocada exigiera una nueva orden por parte del capitán.

- Buen trabajo – le felicitó –. Ya puede marcharse. Uno de mis hombres le acompañará a la salida.

Altamira clavó sus ojos en los de Martínez, el cual captó el mensaje y cruzó la sala junto al experto en lectura labial. Una vez que se quedaron a solas con el vídeo de Rafael Oviedo congelado en la pantalla del ordenador, el capitán fue directamente al grano.

- ¿Alguna idea de lo que acabáis de presenciar?

- El detective hablaba con Tintín, estoy segura – les transmitió la periodista –. Intentaba chantajearle con contar a su mujer su doble vida.

El sargento rememoró sin venir a cuento la abigarrada decoración del *Colorful*.

- Es más, ahora que lo pienso, una vecina de la urbanización me confirmó que había escuchado a la policía que la cerradura no había sido forzada. La misma cerradura del mismo chalet donde una semana más tarde, su cadáver apareció enterrado en el jardín.

- Por lo que Rafael permitió la entrada a su asesino – dedujo Vicente –. Al menos, las piezas encajan.

Baeza captó el debate *in media res* con una idea merodeando en su mente.

- ¿Y si el detective amenazó al belga porque en el fondo estaba diciéndole la verdad; que en su poder obraban ciertas pruebas que le incriminaban con el secuestro de la chica?

- Tal vez la policía de Madrid posea algún tipo de información – colegió Altamira.

- O puede que su baza la encontrase por casualidad en la hemeroteca de Tribuna Madrid.

Aura parecía no darse por vencida.

- Rafael acudió al diario para buscar un dato, una fecha, algo que solamente él conocía y con toda posibilidad implicaba a Tintín con Daniela.

- ¡Pero el qué…? – se esforzaba Leo en discernir.

- ¿Me disculpáis un segundo? Tengo que realizar una llamada.

La periodista abandonó la oficina ante la atenta mirada de los hombres. Después, el capitán giró el cuello y buscó a Leo en algún punto de sus oscuros pensamientos.

- ¿Crees que no nos la jugará con el periódico para el que trabaja?

Leo agachó la cabeza mientras intentaba arrancar de su mente el titular de Tribuna Madrid.

- Aura está hecha de otra pasta – ni siquiera supo por qué diablos contestó aquello –. Es de fiar.

- Pues entonces, no hay más que hablar. Mañana mismo telefonearé a la Central para que me envíen el acta de Rafael Oviedo.

La lluvia continuaba azotando la calle desierta cuando Aura se refugió en la marquesina de cemento que sobresalía por fuera de la entrada de la comandancia. La raquítica claridad de las farolas derramaba lonchas de luz amarillenta en algunos tramos del pavimento, donde las nubes de vaho ascendían con dificultad bajo la espesura del agua. La periodista sacó el móvil de su abrigo y buscó a Max en la agenda. El hecho de volver a escuchar la voz de su novio le producía un reparo aún mayor. Ni siquiera se acordaba de cuándo fue la última vez que hablaron por teléfono. Quizá se había habituado a contestar sus mensajes de WhatsApp por miedo a enfrentarse a sus reproches, a una verdad imperativa, a lo único que se había encargado de hacer desde que llegó a Ponferrada: mantenerse ausente. Aura era consciente que albergaba un conflicto personal y decidió cortar por lo sano pulsando finalmente el botón verde. Al segundo tono, Max emergió al otro lado de la línea.

- ¡Aura! – exclamó, sorprendido –. ¡Qué ganas tenía de saber de ti! ¿Cómo estás?

- Bien, todo bien. Aunque antes me gustaría pedirte disculpas. Sé que llevo días alejada a cuenta del dichoso caso y que apenas he podido devolverte las llamadas. Pero llego tan agotada por las noches al hostal… – mintió por temor a sentirse juzgada, por vergüenza a pronunciar el nombre de Leo, por pura insensatez.

- Tranquila. Lo entiendo – la apaciguó –. Lo primero es lo primero.

¡Maldita sea! ¡Eres tan estúpida como para no darte cuenta que ese chico bebe los vientos por ti?, se maldijo.

- Por cierto – cambió intencionadamente de tema –, ¿se sabe ya lo que Rafael Oviedo fue a hojear a la hemeroteca de Tribuna Madrid?

- Digamos que me está resultando un trabajo de chinos meterme en la cabeza de ese detective y adivinar lo que buscaba en el anuario de *La Voz del Bierzo*. Pero ya sabes cómo se las gasta tu queridísima jefa. Me parece una tarea absurda.

- Imagino que Alicia te habrá puesto al corriente de que su

investigación parece estar relacionada con la desaparición de Daniela Guzmán. Tal vez ahí se halle la clave; por si te ayuda.

- Descuida. En cuanto tenga algo, te aviso. Aunque será mejor que me dé prisa porque me sé de una que se está planteando traerte de vuelta a la redacción. Dice que al no averiguar nada nuevo, estás perdiendo el tiempo.

Aura se agitó sin remedio mientras hallaba la manera de detener su propósito.

- Mañana se va a celebrar el funeral de la chica – soltó sin previo aviso –. Coméntaselo de mi parte. Dile que le enviaré al correo una crónica y su correspondiente reportaje fotográfico.

- De acuerdo, le haré llegar tu mensaje – intentó relajarla –. Mientras tanto, sólo quiero pedirte una cosa: que aunque estés muy liada, no te olvides de mí. Estoy deseando que termines el trabajo y estés de vuelta. Te echo de menos.

La periodista dejó escapar una risa floja.

- Y yo a ti…– respondió cariñosa.

Entonces, percibió un leve carraspeo por su espalda. Aura giró el cuello y tropezó con la mirada confusa del sargento. Su rictus evidenciaba una sospecha latente.

- Ahora tengo que colgar, ¿ok? Hablamos en otro rato.

Luego guardó el móvil y esperó a que Leo le anunciara lo que corría de manera vertiginosa en su rostro.

- ¿Qué pasa? – quiso averiguar.

- Te iba a proponer salir a cenar – resolvió, inseguro – Piénsatelo y me dices.

Pero antes de que respondiera, el sargento de La Alberca se internó en la lluvia constante con la extraña convicción de que Aura no había sido totalmente sincera con él.

La noche caía helada tras los cristales del chalet de Molinaseca. Un resuello contagiado de motas relucientes se adhería a los márgenes de la ventana mientras Leo y Aura parecían degustar el surtido de comida china que habían dispuesto a lo largo de la isla. El reloj de pared marcaba las 22:05 de la noche. Habían pasado un par de horas desde que el sargento captó aquella risa contagiosa adobada de ilusión que la periodista se esforzó en exhibir al otro lado del teléfono. Leo se planteó si era cierto lo que llevaba rumiando desde entonces; que la corazonada que albergaba bajo las capas de su propio mutismo se traducía a que estaba conociendo a alguien. Por un instante, intentó retirar de su mente aquel oscuro pensamiento que le devolvía imágenes de Aura en brazos de otro hombre. Pero, ¿y si se lo preguntaba?

Un torbellino de celos comenzó a regurgitar en sus tripas a

medida que retrocedía en el tiempo y se sometía a una descarga de auto tortura. ¿Acaso no contestó a mi felicitación de navidad por ese motivo? De nuevo, otro fustigue. Baeza trituró con saña su mandíbula por miedo a conocer la respuesta. Era imposible que ella, la misma joven con la que compartió tan buenos recuerdos en La Alberca, ni siquiera recordase, aunque sólo fuese por un instante, lo que vivieron tres meses atrás. Por más que se empeñaba en demostrarse que estaba equivocado, Leo surtió su copa de más vino con la cabeza cegada por las dudas. Bebió con intención de olvidar, al igual que hizo lo propio con el vaso de su compañera. Ambos se refugiaron al cabo de una hora en un etílico alborozo cargado de pasajes diáfanos y remembranzas. Tal vez Leo era consciente de lo que se proponía a hacer mientras se ceñía a relatar la fiesta de cumpleaños en casa de Estefanía Reyes (*¡y te acuerdas del interrogatorio que te hicieron esos dos imbéciles en el salón?*); mientras Aura reconstruía la escena en la escalera del Puesto la primera vez que se conocieron (*¡fuiste un verdadero gilipollas conmigo!)*; mientras evocaban otros episodios que vivieron una semana después de dar por finalizado el caso y que todavía almacenaban en la memoria. Leo Baeza fue consciente de su propósito y se acercó a Aura. El roce de su piel le quemó. Le abrasó hasta tal punto, que no pudo retirar la yema de su dedo índice circulando por sus nudillos. Aura tuvo el amago de apartar el codo cuando se dio cuenta del deliberado acercamiento que estaba intentando provocar. Puede que incluso notase esa complicidad electrizante que se propagó como una luz cegadora en cuanto el sargento, el mismo hombre de flequillo revuelto y barba seductora, conquistó parte de la isla para aproximarse aún más a ella. Leo ladeó el cuello y entonces, encajó sus labios a los suyos.

Una explosión de imágenes y sensaciones se ramificó inevitablemente por cada poro de su piel. El tiempo se congeló en el interior de la cocina mientras sus lenguas se ensamblaban caprichosas en una especie de juego acrobático. Leo la atrapó con sus manos y comenzó a invadirla a medida que la periodista se incorporaba del taburete para situarse a su altura. La respiración se volvió entrecortada. Aura le desabrochó los primeros botones de su camisa. Una vaharada de calor se precipitó entre medias, fortificándolos. Él le arrancó el jersey para lamerle el cuello. Ella exhaló un jadeo quebradizo. Ambos se amalgamaron en un ritual de sudor y caricias hasta que Leo decidió auparla por los muslos y cruzar segundos más tarde la puerta.

Sus figuras se perdieron tras la penumbra que emanaba la escalera del segundo piso.

Aura Valdés retiró con la mano el vaho incrustado en el espejo del cuarto de baño.

La mirada que le devolvió su propia imagen, le reveló lo que acababa de hacer minutos antes en la cama de su dormitorio. Aún conservaba en la piel el rastro sonrojado de su barba mientras una sucesión de escenas comenzaba a desfilar atropelladamente en su cabeza. Era capaz de percibir el tacto húmedo y pegajoso de su espalda, los músculos de sus dorsales completamente rígidos, la respiración abrupta pero extenuada. Aura se concentró en la joven de cabello mojado que parecía juzgarla al otro lado del espejo y sintió cómo una ola de cobardía y arrepentimiento se precipitaba contra ella. Se lamentó. La voz de Max parpadeó de pronto en su mente y renunció a seguir contemplando a esa otra Aura que la sometía sin palabras.

Enseguida se enroscó una toalla por encima del pecho y deslizó el pestillo. Leo continuaba tumbado en su cama, absorto en la lectura del expediente de la chica junto a la lamparita de noche. Su pasmosa concentración la adujo a pensar que, o bien se sentía satisfecho del encuentro pasional que habían desatado hacía escasos minutos, o tenía tan asumido lo que acabaría pasando, que regresó sin más a su particular rutina. Su presencia la incomodó según avanzaba por la moqueta del dormitorio y se refugiaba tras la puerta de su armario con intención de ponerse el pijama. Luego respiró hondo y salió de su escondite al cabo de un par de minutos.

- ¿Qué haces? – le lanzó de sopetón, como si una parte de ella no conociera la respuesta.

- Durante la investigación, Altamira recopiló fotografías personales de Daniela – paladeó sin levantar la vista del material –. Pero me gustaría que vieras una para saber si intuyes lo mismo que yo.

La periodista entrecerró los ojos a propósito y se dirigió a él con cierta sospecha, aparcando sus sentimientos a un lado. Después se sentó a la orilla de la cama y atrapó la fotografía que Leo le tendió en ese instante. Daniela aparecía sonriente junto a su amiga Yanet Espinoza y otros chavales (compañeros del instituto se figuró) a las afueras de Ponferrada. El paisaje agreste se entreveraba con varias naves al fondo y un escenario que delataba, junto con sus vestimentas, una de esas *raves* celebrada en carnavales. Aura apostilló para sus adentros que el disfraz de la joven – con el cabello repeinado hacia atrás y pintura roja descendiendo por las comisuras de sus labios – le confería un aspecto masculino, pese a intentar trasmitir en aquel *selfie* una apariencia vampírica. Luego giró la fotografía y leyó: *febrero de 2013*. Un año antes de su desaparición.

- No puede ser – soltó entonces como un resorte.

Leo se incorporó de la cama y se adentró de nuevo en la imagen.

- ¿Ya te diste cuenta? Yanet mintió sobre que nunca había ido a ninguna de esas fiestas.
- No me refiero a eso. ¡Fíjate al fondo!

El sargento avanzó con la mirada entre los diversos corrillos hasta que se detuvo en un individuo que parecía sobresalir por detrás de un árbol. Su rostro, algo escorado, se ocultaba tras una careta con formas de conejo.

- Es él, Leo – pronunció después –. Es Roger. Y la estaba acechando.

DIA 7

Leo Baeza era consciente de que la muerte de Daniela estaba intrínsecamente enlazada a él. De algún modo, se sentía responsable del fatal desenlace cuando la joven se fugó del hospital y su cuerpo apareció calcinado horas más tarde en el interior de un coche. De no haberla gritado – se flageló –, posiblemente estaría con vida. Pero ese incómodo pensamiento cruzó como un destello en su mente en el momento que se apeó de la patrulla y enfiló el camino de cemento que conectaba con la entrada principal de la Capitanía.

Altamira le había telefoneado temprano para solicitarle en su despacho. Al parecer, había novedades en el caso que prefería debatirlas cara a cara. Leo se puso el uniforme en su habitación bajo el ordenado silencio que habitaba en la casa y descendió las escaleras con la sensación de que algo no iba bien. Ese mismo presagio le acompañó una vez que atravesó Molinaseca y se internó después por la carretera comarcal que se descolgaba de la ladera de la montaña. Las escenas de la noche anterior continuaban atronando en su memoria. Apenas había podido pegar ojo mientras escarbaba en las imágenes que aún palpitaban llameantes; la piel suave de sus brazos, el bajo vientre erizado, los huesos de sus clavículas clavándose a la carne o el resuello de la primera embestida. Leo intentó desterrar aquel maremágnum de errores según atravesaba las primeras calles de Ponferrada. Tal vez el propósito que llevó a cabo durante la cena (desempolvar los recuerdos que compartieron en La Alberca mediante otro vaso de vino), le llevó a constatar que tenía miedo a perderla. Leo se sintió un verdadero cretino por no aceptar la situación real (que Aura no formaba parte de su presente), pero también supo que no iba a permitirse renunciar a ella mientras albergara un pequeño ápice de ilusión. Porque en el fondo eso era lo que experimentó a su lado; una desbordante ilusión que le había tambaleado sin duda sus propios cimientos desde hacía tres meses.

Una vez que aparcó sus temores, y por ende, el rastro de culpabilidad que le suscitaba la muerte de Daniela Guzmán, franqueó las instalaciones de la comandancia. Enfiló el pasillo, devorado por una luz cenital, y se detuvo delante de la puerta de su despacho. Leo llamó con los nudillos un par de veces. Después giró la manilla y asomó la cabeza.

- ¿Se puede? – preguntó al hombre que se encontraba abstraído frente al ordenador.

Altamira alzó la vista y le indicó con la mano que pasase.

El sargento no renunció a otear la composición de la estancia a

medida que recorría los escasos metros que le distanciaban del escritorio y tomaba asiento en una de las butacas. La luz que traspiraba por el amplio ventanal, otorgaba al despacho múltiples sombras con sus ángulos combados. Sólo el tictac del reloj de pared parecía verter el tiempo entre sus cuatro paredes.

- Siento haberte avisado tan temprano – articuló a medida que se separaba del monitor y apoyaba la espalda contra el respaldo –, pero la psicóloga ya se encuentra en la sala contigua junto al resto de guardias.

- ¿Cómo dices? – creyó no escuchar bien.

- Inés Solís va a colaborar en la investigación – le asestó como si se tratase de una daga envenenada–. Ya sabes que está especializada en desapariciones, aparte de ser una de las mejores psicólogas en el campo de la criminalidad.

- ¡Pero no tiene sentido! – Leo se exaltó en su asiento.

- Al contrario. Puede ofrecernos un perfil psicológico de Daniela para comprender cómo pensaba, cómo actuaba, por qué acudió al cementerio y robó unas flores de la tumba de su raptor.

- Pensé que tú mismo habías llegado a la conclusión de que la chica tenía un fuerte vínculo afectivo con su secuestrador – alegó, por no decirle que rechazaba la simple idea de que formase parte del equipo y comenzara a dirigirles bajo su propia praxis.

- Te recuerdo que Tintín no la mató – le corrigió a propósito –. Con Inés, podremos encontrar patrones o elementos que nos sirvan de referencia para definir la mentalidad de su asesino y dar con él.

- Estás cometiendo un error. Esa mujer no tiene ni puta idea de cómo se maneja un caso de estas características.

- Tampoco te lo tomes como algo personal. Ella ya está al tanto de todos los avances que hemos recopilado a lo largo de esta semana junto con los primeros sospechosos que han ido apareciendo.

El sargento se preguntó si también la habría hecho participe del papel que el Legionario, su hermanastro, jugaba en todo aquello.

- Es más; estoy deseando que escuches la teoría que tiene sobre cómo deberíamos actuar tras el funeral de Daniela que hoy mismo va a oficiarse a las cinco.

- Dime sólo una cosa. ¿Esto lo haces por lo que pasó ayer? – le echó en cara, indignado.

- No sé a qué te refieres… – su actitud revelaba un poso de frialdad.

- No te hagas el tonto conmigo. Sabes muy bien que si no llego a pedirte el expediente, no habrías orquestado este numerito. Pero te jodió que dudara de si habías interrogado a un tal Roger durante su desaparición.

Altamira se inclinó en el asiento y cruzó los brazos por encima

de la mesa, obsequiándole con una sonrisa lobuna.

- Te equivocas, como siempre – escupió –. El único interés que me mueve es el mismo que a ti: saber qué le ocurrió a Daniela y por qué cojones huyó del hospital. Te recuerdo que hay un asesino ahí fuera que se está jactando de nosotros. Pero si no me crees, deberías consultarlo con los superiores de León. Ellos también opinan que Inés puede aportarnos una nueva ruta por la que avanzar.

- No me hagas reír, ¿quieres? – sonó sarcástico –. Tu objetivo no es otro que utilizarla a tu favor. ¿O acaso crees que no sé lo que pretendes?

- Dispara – le exigió, hostil.

- Tomar más peso en la investigación y equilibrar el poder de ambos.

El capitán dejó escapar una carcajada herrumbrosa.

- En fin… Nos vemos en un rato – lo eludió –. Tengo entendido que la psicóloga no va a empezar hasta que te persones en la sala.

La enemistad que Leo Baeza escudriñó en los ojos de Altamira era más que evidente. La fuerte rivalidad que mantenían, había ido despejando los fracasos personales que cada uno albergaba en su fuero interno. Leo no pudo por menos que dar un portazo al abandonar el despacho. Apenas le quedaban ánimos para soportar otro nuevo ataque cuando comprendió el ardid al que se proponía jugar. Que utilizase a Inés como arma para ganar territorio en el puesto de mando y dirigir a través de sus procedimientos prácticos la investigación, le pareció sucio y mezquino. Sabía que no iba a parar en su empeño mientras no resolviese la situación de su hermanastro y tuviera la certeza de que se encontraba fuera de cualquier ligazón relacionada con la muerte de Daniela Guzmán.

Con esa clara premisa, Leo dobló enojado el pasillo y atravesó con la mirada el ventanuco de la sala adyacente, donde la psicóloga parecía dar instrucciones a unos cuantos agentes que la atendían sentados mientras tomaban apuntes. El sargento giró el pomo y asomó la cabeza sin pensárselo. Inés le ofreció una sonrisa templada por detrás de un viejo escritorio y le invitó a pasar con la mano. Leo Baeza se acomodó en una de las sillas de la última fila y entonces contempló la pared de enfrente, compuesta por una pizarra abarrotada de fechas, horas y toda clase de información resumida en diversos enunciados mediante guiones. A su lado, una corchera agrupaba viejos recortes de periódico con escabrosos titulares sobre la desaparición de la chica. *“Se cumple un año de la famosa fiesta de carnavales. Todo lo que se sabe hasta ahora del caso Campanilla”*; *“Álvaro Miñambres,*

amigo de Daniela, asegura que la vio correr hacia el bosque como si estuviera huyendo de alguien"; *"¿Es cierto que la joven tenía problemas para relacionarse con sus compañeros de clase?"*; *"El padre de Daniela confirma que su hija nunca superó la muerte de su madre biológica"*; *"¿Quién era en realidad la chica de Ponferrada, que vestía con ropa masculina y conducía cada tarde en moto?"*.

Al sargento le repugnó la morbosidad que vendían ciertos diarios sensacionalistas (entre los cuales, se encontraba el mismo para que el que trabajaba Aura Valdés) y se concentró después en el parlamento que Inés Solís declamaba de pie, entre las diversas fotografías de sospechosos que se acumulaban a un lateral de la corchera y en la que no advirtió señal alguna del Legionario.

- Por lo que sabemos hasta el momento, todo apunta a que Tintín fue el verdadero raptor de Daniela – continuaba desmadejando las hipótesis con las que contaban –. La chica debía mantener una estrecha vinculación con su secuestrador, causada por un fuerte síndrome de Estocolmo. Es muy común en estos casos que las víctimas desarrollen una relación de complicidad y afecto donde la realidad se trastoca y el agresor se convierte en una especie de padre para ellas. Esto se debe a que se malinterpreta la ausencia de violencia y lo justifican como actos de humanidad. De ahí que la mayoría de las chicas conserven sentimientos positivos hacia *esas figuras paternales* y generen una hostilidad contra las autoridades policiales que se muestran en contra de sus captores.

Leo captó el mensaje cuando le lanzó en ese instante una mirada de reprobación.

- Pero Tintín ya estaba muerto cuando Daniela se desplazó en coche al cementerio y fue asesinada horas más tarde – pareció rectificar Labrador su argumento. Baeza se fijó en la hercúlea musculatura de sus hombros que tensaba los pespuntes de su camisa.

- Cierto. Y aunque Jan fuese el verdadero raptor, está claro que contaba con un cómplice en el exterior – alegó la psicóloga con seguridad –. Basándonos en la información del forense y en las pesquisas recogidas en la escena del crimen, se trata de un sociópata con un nivel de hostilidad muy alto e incontrolable. Es posible que la chica mantuviese la misma clase de vinculación que con su secuestrador y su huida del hospital estuviera concebida para reunirse con él y buscar de nuevo refugio. Pero Daniela se equivocó y recibió varios golpes a la altura de sus cervicales que resultaron mortales.

Inés evitó añadir que después la roció con gasolina y prendió fuego al interior del coche.

- El problema al que nos enfrentamos ahora es bien distinto – declaró con el semblante serio.

Leo atendió sin embargo a su encanto natural, ataviada con

unos vaqueros ajustados y una cazadora de cuero igual de ceñida. El cabello le caía en cascada por uno de sus hombros.

- Los internautas están publicando en las redes sociales teorías conspiratorias sobre la muerte de Daniela. Nos recriminan que no hayamos avanzado en el caso e incluso están anunciando ofrecer sus respetos delante de la casa familiar una vez que la familia oficie el entierro, previsto para las cinco. Al parecer, quieren encender velas y dejar ofrendas en recuerdo de la chica.

- Podemos ir a echar una ojeada – sugirió Verónica Corredera desde la segunda fila.

- Más bien activaría un dispositivo de vigilancia con varios agentes vestidos de paisano para no llamar la atención – instó.

Los guardias se pusieron a cuchichear, presos de la incertidumbre. El sargento comenzó a chistarles desde atrás para que permitiesen continuar a la psicóloga. Inés se lo agradeció con un leve golpe de barbilla en cuanto el silencio volvió a reinar en la sala.

- El motivo es simple. Tengo sospechas de que el cómplice de Tintín asista al lugar. Muchos criminales suelen acudir a este tipo de actos porque les genera morbo la honra que se les practica a sus víctimas. Por supuesto, hablamos de un tipo que es listo y estratega; no irá si su nombre sale a la luz. Estoy segura que lee todo lo que la prensa publica sobre Daniela. Pero tampoco puede sentirse expuesto ya que, de lo contrario, abortará el plan e intentará pasar inadvertido.

- ¿Qué sugiere? – le lanzó Carmona con el brazo levantado.

- Distribuir a unos cuantos agentes alrededor de la vivienda para que vigilen cualquier movimiento extraño o reacción sospechosa que perciban en alguno de los asistentes – les adelantó –. Es sólo una teoría; pero si los medios no entorpecen el acto, podríamos capturar hoy mismo al asesino.

Vallejo se levantó en el acto. Los demás lo acompañaron en su ascenso, lijando el suelo con las patas de las sillas. Leo arrugó el entrecejo ante el molesto chirrido y esperó a que la psicóloga se acercara con el talante presumible de quien se siente satisfecho de su labor. Al sargento no le quedó más remedio que disimular lo que pensaba en realidad y ofrecerle su mejor sonrisa.

- ¿Qué te ha parecido? – le sondeó a propósito. Su mirada traslucía un poso de recelo.

- Como teoría, es completamente admisible – Leo prefirió no ahondar más de la cuenta. Puede que incluso intentara mostrarse más accesible de lo habitual tras la incómoda situación que vivieron en la habitación de la chica horas antes de escaparse.

- ¿Y en la práctica? ¿Crees que dará resultado?

- Es posible – atajó sin más –. Pero en unas horas saldremos de

dudas.

El sargento dio media vuelta y continuó su camino hacia la salida, topándose de frente con Altamira. Ambos ni siquiera se saludaron cuando Vicente se paró al lado de la psicóloga y observó cómo su figura se perdía al otro lado del ventanuco.

- ¿Qué tal ha ido?

Inés comprendió entonces a qué se refería.

- Será mejor que no le perdáis de vista durante la ceremonia – le advirtió –. Baeza es un hombre que sabe moverse con facilidad en situaciones límite.

- ¿Piensas que tuvo algo que ver?

- Creo que forzó a la chica a que se fugara del hospital para después, deshacerse de ella.

Las montañas vertían sobre sus bosques un aliento glacial cuando la periodista atisbó por la ventanilla los tejadillos de Villafranca del Bierzo. Leo continuaba con ambas manos soldadas al volante mientras cruzaba a toda velocidad la carretera comarcal, espoleado por sus propios pensamientos. Había transcurrido más de una hora desde que se presentó en el chalet y le expuso en la cocina el nuevo protocolo de actuación que se iba a llevar a cabo a petición de la psicóloga. Su rostro rezumaba una sombra de traición que intentaba disimular con la mirada huidiza, pese a que la periodista le confirmó lo que ya era un hecho en varios portales de internet: que circulaba un tuit donde vecinos de Carucedo y alrededores se iban a congregar delante de la casa de Daniela para mostrar a la familia sus respetos. El sargento apenas pudo controlar el resuello que despedía sus labios. Era tal el agobio que sintió en ese instante, que enfiló el pasillo con premura y abandonó el chalet ante el rostro demudado de la periodista. Aura salió tras él y le preguntó ya en el interior del coche qué pensaba hacer. Leo, en cambio, se mantuvo callado. Tal vez la ira que oprimía su pecho le ayudó a rectificar su respuesta y suavizar su carácter por temor a perderla también. *¿Me acompañas a Villafranca y te lo cuento de camino?*

Media hora más tarde, la patrulla atravesó una retícula de calles empedradas y angostas. El olor a leña traspasó la ventanilla abierta del sargento mientras el cielo, camuflado por un escuadrón de nubes, espolvoreaba pequeñas motas de agua contra la luneta. Leo cruzó la plaza, desierta a esas horas de la mañana, y enlazó de nuevo otra tanda de calles vacías con los escaparates de los comercios encendidos. Después estacionó el vehículo delante de los jardines de la Alameda, surtido de fuentes y parterres sin flores. Ambos se apearon a la vez y contemplaron la arquitectura berciana de la colegiata que se alzaba enfrente.

Aura se abrochó el plumífero y se adentró junto al sargento en la antigua judería. Aún recordaba la calzada, revestida por cantos de piedra, al igual que sus fachadas, encaladas y decoradas con escudos y blasones. El aire los embistió nada más rebasar la calle del Agua. Leo atendió al rótulo del supermercado y traspasó de inmediato sus puertas mecánicas con la sensación de estar cometiendo una imprudencia al presentarse en su puesto de trabajo sin avisar. Una vez que recorrieron en silencio el pasillo central, la periodista reconoció a Yanet Espinoza. Se encontraba al fondo reponiendo varios paquetes de bollería industrial sobre unos de los *stands*. Baeza aceleró el paso y se detuvo a escasos centímetros. La joven giró el cuello en cuanto notó una presencia extraña a su lado. Tampoco tuvo el valor de enmascarar su sorpresa cuando comprobó que se trataba del sargento.

- Buenos días – pronunció con la voz grave.

Yanet dejó sobre el carro varias bandejas de cruasanes rellenos de chocolate.

- Hola – articuló timorata.

Aura se dio cuenta que la presencia de ambos le había generado una incertidumbre mayor.

- ¿Por qué mentiste? – le lanzó de sopetón –. Habría resultado mucho más fácil decirnos desde el principio que acudiste a una de esas fiestas con tu amiga.

- ¿Cómo dice? – se puso nerviosa.

- Hemos revisado el expediente de Daniela y entre las fotos que se aportaron durante su desaparición, hay una en concreto que está fechada el año anterior y en la que apareces a su lado en unos carnavales.

Leo extrajo del bolsillo de su anorak la imagen y se la mostró.

- Resulta que al margen derecho, sobresaliendo de un árbol, se intuye a un hombre con la misma careta que nos enviaste a la comandancia. ¿Nos puedes explicar por qué afirmaste no saber quién era ese tipo?

La muchacha comenzó a mover sus ojos con premura en busca de una respuesta.

- Todo tiene una explicación, se lo aseguro – murmuró.

- ¿Y es…?

- Prefiero que me acompañen al almacén – sugirió –. No quiero que mi jefa los vea.

Yanet Espinoza enfiló el último tramo del pasillo a medida que introducía un mechón de su larga cabellera por dentro de la gorra de rejilla. Luego empuñó la manilla de una puerta metálica situada en el frontal y esperó a que aquellos dos individuos traspasasen la entrada. La luz de dentro desempañó la disposición del almacén, colmado de verdura fresca, sacos a granel e

infinidad de cajas. Aura apreció la bocanada de vaho que expulsó de su nariz a causa de las bajas temperaturas del interior.

Leo se posicionó delante de la joven y cruzó sus brazos.

- ¿Y bien…? – le exigió una respuesta rápida.

- Solamente fui un par de veces – le confirmó con la voz trémula –. Nadie de mi familia sabe que acompañé a Danny a esas *raves* que se celebraban en el bosque.

- ¿Por qué? – le cuestionó Aura.

- Por lo que les conté la última vez. Tenía miedo que alguien del Tabernáculo se enterase y pudiera acarrearme problemas.

La chica se mostraba inquieta, basculando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

- Mi gente no es como la suya, ¿comprenden? – prosiguió –. Tenemos nuestras propias normas y debemos respetarlas por el bien de la comunidad. Entiendo que pueda resultar inverosímil que una chica de mi edad tenga prohibido ir con sus compañeros de clase a una de esas fiestas. Pero la congregación no lo permite; sería una deshonra para mi familia y el pastor acabaría expulsándonos del Tabernáculo.

- Sin embargo, Daniela te insistió – elucubró el sargento.

- Por supuesto que Danny me insistió para que fuera con ella. ¡Pero qué iba a hacer? Me dijo que estuviera tranquila, que con el disfraz nadie me reconocería. Por eso me atreví a acompañarla esa vez, y también a la otra fiesta temática donde todos iban disfrazados de piratas.

Aura advirtió las señales violáceas que palpitaban bajo la piel de sus muñecas. Tuvo la extraña corazonada de que el conductor que la recogió el día anterior, pudo haberse ido de la lengua entre sus correligionarios y traerle consecuencias a la joven.

Yanet Espinoza se percató que no paraba de examinarla y se cubrió los hematomas con las mangas de su uniforme.

- ¿Qué sabes del hombre que aparece en la foto? – robó el sargento su atención.

- No sé nada, se lo juro – volvió a agitarse.

- Pero él es Roger – se convenció –, y lleva la misma careta que mandaste al Puesto de Ponferrada.

- ¡Lo sé! Pero ni siquiera recuerdo haberle visto en aquella fiesta. Lo que les conté ayer es cierto. Danny me la entregó porque no se fiaba de su madrastra.

Baeza torció visiblemente sus labios, como si en el fondo hubiera algo en su alegato que le escamara. Decidió entonces seguir atornillándola.

- ¿Quién organizaba esas *raves* clandestinas en el campo?

- No estoy muy segura, la verdad. Creo que lo gestionaba un chaval

algo más mayor que nosotras. De unos *veintimuchos* o treinta y pocos –calculó –. No recuerdo su nombre, pero sí que se ponía en contacto con los estudiantes más populares de los institutos con el fin de atraer a un mayor número de personas.

- ¿Y después cómo se inscribía uno?

- A través de una página de Facebook o del Messenger – intentaba rememorar en vano –. La gente se registraba y luego compartía las fotos y vídeos que se hacían de la fiesta.

- ¿Por ejemplo…?

Yanet se quedó descuadraba por lo absurdo de la pregunta.

- No sé, lo típico que uno puede encontrarse en un evento de ese tipo: chavales haciendo botellones en los alrededores, otros bailando por delante de la cabina del Dj…

El sargento advirtió que la joven estaba deseando escabullirse de allí cuanto antes.

- De todos modos, me gustaría que te pusieras en contacto con tus viejos compañeros del instituto – la solicitó, dispuesto a rematar el *interrogatorio* –. Si por casualidad alguno recuerda el nombre de ese tipo, avísanos de inmediato. Es posible que guarde la lista de las personas que frecuentaban esas *raves* y podamos averiguar quién se esconde tras la careta de *Roger Rabbit*.

La luz de la tarde se consumía fría y lúgubre tras el cristal del parabrisas. La lluvia azotaba con intensidad los alrededores mientras atendían a la multitud dispuesta por detrás del muro de la entrada. Una cobertura de plástico protegía el improvisado altar establecido contra la tapia, donde los vecinos habían ido depositando sus ofrendas fúnebres en forma de velas, manuscritos, imágenes de la chica y peluches. La tenue claridad de sus llamas emitía finas hebras de luz que proporcionaba a la vivienda de los Guzmán un aspecto fantasmagórico. La muchedumbre, agrupada de espaldas a la patrulla, se resguardaba bajo una bóveda de paraguas en distintas alturas y colores. Sólo el silencio parecía habitar más allá del vaho que expelían sus bocas, mientras la radio difundía a cada instante las nuevas posiciones del dispositivo que habían desplegado en las inmediaciones de la casa.

Leo miraba de vez en cuando a su compañera por el rabillo del ojo. Habían transcurrido unas cuantas horas desde que comieron en una tasca de la plaza de Villafranca tras visitar a Yanet Espinoza en el supermercado. Tal vez ninguno de los dos se atrevió a conjeturar nuevas teorías a medida que recorrían callados las calles del pueblo y amortiguaban con su reserva otra clase de impedimentos. Quizá aún no estaban por la labor de

compartir sus impresiones acerca del súbito encuentro que mantuvieron en la cama la noche anterior. Las cosas habían dejado de ser simplemente fluidas, para dar paso a un estado de desconfianza e indiferencia.

Aura Valdés se mantuvo ensimismada una vez que avisaron al sargento por el *pocket* que la familia de Daniela acababa de dar sepultura a la joven en el cementerio de Carucedo y los primeros curiosos estaban llegando al chalet. Leo aceleró la patrulla y recorrió los veinte kilómetros de ascenso a la montaña, donde la periodista continuó absorta mientras Baeza estacionaba el vehículo a cierta distancia de la casa. Desde aquella aventajada posición, atendieron al centenar de vecinos que se acercaba a ofrecer sus condolecías con alguna dádiva entre sus manos. Aura parecía recluida en sus propios pensamientos. Una sucesión de escenas desfilaba atropelladamente por su mente (el cabello empapado de sudor, la piel erizada al contacto de su cuerpo, el fuerte estallido que se expandió por sus terminaciones nerviosas), condenándola a contestar con monosílabos al hombre que se afanaba en romper el hielo al otro lado del asiento. *¿Te has fijado en ese tío? ¿Recuerdas si el hombre de la parca gris vino acompañado?* Aura permaneció encastillada en un torreón de miedos y remordimientos, con la duda de si debía confesarle a Max su traición. ¿Tal vez aquello la expurgaría de sus pecados? ¿O sólo conseguiría estropear su relación con él, aparte de ocultar los verdaderos sentimientos que sentía hacia Leo y que siempre habían estado ahí? Tenía la cabeza tan sumamente liada, que prefirió abrir la puerta del coche cuando Baeza volvió a insistirla.

- Voy a sacar unas fotos para enviárselas a mi jefa – concluyó.

Después, se perdió bajo la cortina de agua.

Leo se dio cuenta del error que había cometido, pese a que su afecto por ella jamás hubiese cambiado. Se resignó a observarla tras la lluvia pertinaz que desdibujaba su silueta mientras disparaba el flash de su cámara contra la cadena humana que sepultaba en varias filas las proximidades del muro exterior. Entonces, la radio se activó.

- Aquí el agente Carmona – emitió tras una corta interferencia.

El sargento asió el interfono y apretó la clavija para comunicarse con él.

- Baeza. Cambio.

- Me encuentro al noreste de la vivienda. Estoy viendo a un individuo de cuclillas delante del altar. Creo que ha cogido algo y se lo ha guardado en el abrigo.

- Verónica Corredera – le interrumpió su compañera –. ¿Puedes describir al sospechoso? Cambio.

- Lleva un chubasquero oscuro y una gorra granate – articuló –. Pero no puedo verle la cara.

Leo atravesó sus ojos tras el mecánico vaivén del limpiaparabrisas y buscó una señal entre la muchedumbre. Tampoco reparó en nadie con dichas características cuando observó de nuevo a Aura, la cual continuaba fotografiando la escena con el objetivo dirigido esta vez hacia una de las ventanas iluminadas del chalet. Leo encendió y apagó los faros delanteros de la patrulla con intención de atrapar su atención. De nada sirvió. Entonces, lo vio. El individuo estaba intentando atravesar disimuladamente la multitud con el rostro sepultado por aquella gorra granate. Miró su reloj de pulsera y volvió a meter la mano por dentro de su chubasquero. Una vez que se deshizo de la aglomeración, echó un vistazo a ambos lados de la calle y tomó el camino de la derecha. *¡Mierda!*, escupió el sargento.

- El sospechoso se dirige al final de la calle. Cambio y corto – farfulló.

Después dejó caer el interfono al suelo y abandonó la patrulla. Baeza se internó en la lluvia fría mientras escudriñaba con la visión borrosa el itinerario del sujeto. Sus zancadas eran presumiblemente inequívocas de quien acaba de cometer una fechoría y se consuela con escapar del lugar sin ser visto. El sargento se adelantó a su propósito y le siguió a cierta distancia para no levantar sospechas. Era alto, de complexión más bien enjuta por lo que adivinó bajo sus vaqueros holgados. Calzaba unas zapatillas deportivas blancas y los dedos de sus manos revelaban una especie de agitación al contraerlos repetidas veces. Luego se paró en seco y miró hacia un punto en concreto de la casa. Vallejo lo observaba de lejos tras unos prismáticos.

Acto seguido, el individuo echó a correr.

Ambos se sometieron a una carrera contrarreloj mientras la lluvia enturbiaba el horizonte y se contagiaba del eco de sus pisadas. Leo aceleró la marcha y notó su respiración, irregular y aparatosa. La vista se le nublaba a medida que el agua golpeaba su rostro y el sospechoso apretaba el ritmo. Le gritó que se detuviera. El hombre hizo caso omiso y se apresuró a correr más y más en cuanto advirtió que estaba a punto de alcanzarle. Leo estiró el brazo con intención de atraparle por la espalda cuando, en ese instante, una patrulla enfiló la calle lateral y entorpeció sin más su camino.

El sargento posó las manos sobre sus rodillas al tiempo que contemplaba cómo el individuo atravesaba la carretera y se perdía en el bosque. Martínez y Labrador salieron deprisa del vehículo para atenderle.

- ¡Sois imbéciles? – vociferó. El aire apenas le llegaba a los pulmones –. ¡Habéis dejado escapar al asesino de Daniela!

Los agentes se miraron boquiabiertos mientras un incómodo murmullo comenzó a emerger por detrás. Baeza dio media vuelta y tropezó con los ojos escrutadores de unos cuantos vecinos, que parecían juzgarlo con severidad entre cuchicheos. La periodista se encontraba entre ellos. Su semblante traslucía una brizna de compasión. Aura desplegó sus labios y musitó, estremecida: *¿te encuentras bien…?*

Tras el paño de sombras que abrigaba el bosque, el individuo rebasó unos cuantos arbustos y se acercó al coche deportivo con el corazón bombeando estrepitosamente bajo su caja torácica. La luz tamizada del atardecer se colaba polvorienta entre las ramas de los pinos, descubriendo un cielo púrpura más allá de sus copas. Extrajo el mando a distancia del bolsillo de su chubasquero y pulsó un botón. Un breve pitido rasgó el silencio. El hombre se acomodó en el asiento del piloto y se despojó de su gorra granate, arrojándola contra el salpicadero. Una fina capa de sudor cubría su frente cuando introdujo la mano por dentro de su abrigo y sacó el pequeño osito de peluche que acababa de usurpar del altar. Lo observó detenidamente entre sus manos hasta que de pronto, una descontrolada inquina le llevó a golpearlo repetidas veces contra el volante, arrancándole de cuajo la cabeza. El individuo advirtió entonces que sus tripas de algodón sobresalían de su cuello. Luego abrió rápido la ventanilla y lo examinó por última vez antes de lanzarlo al bosque.

- Púdrete en el infierno, zorra asquerosa – masculló entre dientes.

Acto seguido arrancó el motor y se largó de allí a toda velocidad.

La noche bruñía con su aliento gris los cristales de la sala de la comandancia cuando Leo traspasó la puerta con cara de pocos amigos.

Había pasado algo más de una hora desde que el sujeto se escapó delante de sus narices por culpa de esa patrulla que se cruzó en su camino. Una sensación de profunda irritabilidad le acompañó desde entonces, pese a que un par de agentes peinó una porción del bosque en busca de su rastro y localizó no muy lejos un osito de peluche decapitado y las huellas de unos neumáticos que se prologaban más allá de un sendero embarrado.

El sargento se dirigió a una pared y despegó con furia un mapa de la comarca que extendió rápidamente sobre una de las mesas.

Martínez y Carmona lo contemplaron mudos mientras Baeza descapuchaba un rotulador negro y rodeaba con un círculo el pueblo de Carucedo.

- ¿Dónde decís que visteis las marcas de los neumáticos?

Carmona se aproximó al escritorio y exploró las rutas topográficas que revelaban el mapa físico.

- Por esta zona – señaló con el dedo índice una sección de terreno.
- ¿A dónde lleva ese camino? – insistió.

Baeza estaba convencido de que el sospechoso habría ocultado allí su coche antes de acudir al chalet de los Guzmán. El agente, sin embargo, continuó orientándose en el plano, provisto de poblaciones, ríos y montañas a vista aérea.

- Es un atajo que utilizan a menudo los cazadores – pronunció con los ojos puestos sobre el mapa – Enlaza de nuevo con la Nacional 536.
- Entonces, deberíamos realizar controles de carreteras en un radio que bordee parte del Bierzo – recabó –. Es la única manera de dar con él.
- Tampoco es necesario – se inmiscuyó Martínez.

Ambos hombres lo atendieron con expectación.

- Justo a la entrada de ese camino hay una cámara de seguridad en lo alto de un poste – parecía estar seguro –. La instalaron hace años para vigilar las salidas nocturnas de los chavales. Imagino que todavía funcionará.

El sargento clavó su mirada en la suya como si de esa forma pudiera obtener una respuesta inmediata a lo que se proponía a hacer.

- Necesito que os pongáis en contacto con la DGT y que comprueben si esa cámara sigue operativa – expulsó con atropello –. ¿A qué hora se escapó el sospechoso?
- Al poco de congregarse los vecinos en el chalet – evocó Carmona –. Sobre las 18:15 de la tarde.
- Hay que hacerse con esas imágenes e inspeccionar la franja que va desde las 18:00 a las 19:00 horas. Si es cierto que el sujeto acudió en coche, la cámara tuvo que registrarlo. Es la única baza con la que jugamos.

Aura Valdés no paraba de morderse las uñas mientras la noche caía tenebrosa tras las ventanas del chalet de Molinaseca. Todavía no había tenido noticias de Leo desde que aquel intruso se escabulló del ceremonial y se internó a toda prisa en el corazón del bosque. De algún modo confirmó tristemente la teoría de la psicóloga. Alguien más parecía conservar un oscuro interés hacia la figura de Daniela Guzmán, pese a que sus restos descansaban ya en el cementerio de Carucedo. *¿Pero quién?*, volvió a preguntarse.

Su teléfono vibró en la mesilla del salón. Aura se incorporó del sofá, imaginando que Leo acababa de averiguar el nombre del sujeto que echó a correr delante de varios vecinos. Sus ojos se abrieron más de la cuenta al leer en la pantalla otra identidad.

- Dime, Alicia – le espetó con cierto desánimo en su voz.

Su jefa dejó transcurrir varios segundos antes de responder.

- Supongo que estarás al corriente de lo que está circulando en Twitter.

La periodista arrugó el ceño a falta de más datos.

- No sé a qué te refieres – se sinceró.

- Algunos testigos aseguran que un hombre vestido de paisano gritó a dos agentes que se habían dejado escapar al asesino de Daniela – disparó, convencida de sus palabras –. Al parecer, el sospechoso había estado merodeando por la casa de la chica.

Aura se mordió el labio inferior en un acto reflejo.

- Seguro que se trata de otro de esos bulos que corren por la red – la disuadió a propósito.

- ¿Tú crees…?

- ¿Por qué lo dices? – creyó entrever un matiz de escepticismo en su soniquete.

- Te recuerdo que acabas de enviarme un correo electrónico con el material fotográfico. Dudo mucho que no te hayas enterado de nada.

Rápidamente giró el cuello y comprobó que su portátil seguía sobre la mesa, con la bandeja de su cuenta de *Gmail* abierta. Se maldijo.

- ¿A dónde quieres llegar, Alicia?

- Voy a intentar ser muy clarita, ¿de acuerdo? Un usuario se ha puesto en contacto con la redacción porque asegura tener una grabación de móvil donde se ve claramente lo que acabo de exponerte.

- ¿Y es…? – Aura temió conocer el trasfondo.

- Que tu amiguito el sargento no sale bien parado.

La periodista entrecerró los ojos al notar cómo el filo de cada palabra se clavaba una y otra vez contra su carne.

- Le he ofrecido dinero para que no lo venda a otro medio, Aura.

- ¡Ni se te ocurra! – la invadió.

- ¿Cómo dices…?

- No puedes colgar esa grabación en la plataforma por la sencilla razón de que el asesino de Daniela tomaría ventaja sobre lo que sabemos hasta ahora.

- ¡Entonces es cierto…? – pareció interesarle –. Ese tipo la mató… ¿Sabemos quién es?

- Aún no. Pero prométeme que no vas a publicar ese vídeo, Alicia. Al menos, hasta que todo esto se resuelva. Leo es un buen guardia y

no se merece que haya una caza de brujas contra él. Sabes perfectamente que algo así podría costarle el puesto.

- De acuerdo – masculló –. ¿Qué propones?

Aura seguía sin fiarse de ella.

- Deja que primero se esclarezca lo ocurrido y después me encargaré personalmente de que obren en tu poder todos los documentos de la investigación.

La respiración de su redactora jefe se asomó al otro lado de la línea. Aura tampoco las tenía todas consigo.

- Con una condición – sonó casi a advertencia –. Que seas tú la encargada de firmar esa crónica.

- ¿Yo? – la simple idea ni siquiera la satisfizo –. ¿Por qué?

- ¡Pero qué mosca te ha picado? Sabes que si tu nombre aparece en esa noticia, va a causar un mayor impacto. La gente aún te recuerda del caso Santana.

- ¡Aquello fue distinto, Alicia! – rezongó.

- Me da igual. Eres periodista y cualquiera en tu lugar daría lo que fuese por tener algo así entre sus manos. No entiendo por qué proteges tanto a ese sargento.

- ¿Tal vez por ayudarme a estar donde estoy?

- ¿Estás segura? Porque yo más bien diría que todavía sigues pillada por él.

La lluvia caía mansa por fuera del edificio de la comandancia cuando Leo Baeza escuchó gritar su nombre. Rápidamente giró el cuerpo sobre sus talones y se percató por el cristal de la puerta que el agente Vallejo estaba cruzando a toda prisa el vestíbulo. El sargento se impacientó y tiró de la manilla hacia dentro. Después, permitió que el hombre se refugiara bajo la marquesina de cemento que sobresalía como una aleta de la fachada.

- Le estaba buscando – articuló con la voz entrecortada.

- ¿Qué ocurre? – disparó.

- Será mejor que me acompañe. La DGT acaba de enviarnos las imágenes que grabó esta tarde la cámara del poste.

Ambos se internaron en el Puesto y recorrieron apresurados la red de pasillos que se abría entre las distintas salas que flanqueaban sus paredes. Cada vez que cruzaban por delante de una ventana, Baeza contemplaba el interior, donde los guardias se afanaban en localizar desde sus mesas nuevas pistas que ayudasen a resolver no sólo el triste final de Daniela Guzmán, sino también el resto de frentes vinculados a su muerte y que tenían como protagonistas a unos hermanos belgas y varios sospechosos. Enseguida franquearon la sala de ordenadores y se dirigieron a Labrador, el cual, aparte de manejar con pericia los sistemas

informáticos, se hallaba concentrado delante de la pantalla de un portátil descartando imágenes de la grabación. Leo se detuvo frente al escritorio y esperó intranquilo a que le atendiera.

- Ya está – pareció confirmar a medida que reclinaba la espalda contra el respaldo.

- ¿Y bien…? – le apremió.

- Parece ser que hay un vehículo que abandona el camino durante esa franja horaria para incorporarse después a la carretera. Exactamente a las 18:45 horas. La propia DGT me lo ha ratificado en el correo.

- ¿Puedo verlo? – le exigió más bien.

Labrador situó el ratón por encima de la barra temporal y retrocedió la grabación unos minutos. De pronto, la pantalla marcó la hora exacta. Luego pulsó el *Play* y las primeras imágenes comenzaron a reproducirse. El atardecer se consumía tenebroso más allá de los contornos arbolados que cercaban el encuadre. El camino, una especie de lengua arenosa y zigzagueante, se encaramaba sobre una cuesta hasta el reborde de la carretera. Entonces, apareció. Un viejo *Lamborghini* en tonos amarillos atravesó a toda velocidad la escena bajo una nube de polvo. Después frenó al ras de la calzada y se incorporó apresuradamente a la Nacional.

- Retrocede unos segundos la imagen – le requirió Baeza.

El agente llevó a cabo su petición y suspendió la grabación en el momento que el deportivo se detenía a propósito en la suave inclinación.

- ¿Puedes ampliarla?

Labrador se limitó a asentir y ejecutó un pronunciado zoom, causando una telaraña de pixeles sobre el fotograma. Leo descubrió a través del parabrisas las mangas oscuras de un chubasquero, al igual que un bulto granate en el salpicadero.

- ¿Serías capaz de descifrar la matrícula y meterla en la base de datos? – persistió.

El guardia avanzó en la imagen granulada y anotó en un *Post-It* los números que parecían dibujarse en tramos deformes. Introdujo la información en el servidor y presionó la tecla *Enter*.

Al momento, la pantalla les mostró el nombre completo del dueño del *Lamborghini*.

- ¡Premio! – soltó el sargento –. Lo tenemos.

Una oscura cerrazón asfixiaba el paisaje a las afueras de San Juan de Paluezas. Las luces estroboscópicas de las torretas pincelaban de llamas anaranjadas las ramas de los pinos que cercaban los laterales de aquel imponente chalet de dos plantas,

revestido de piedra blanca. Varios agentes uniformados se apearon de las patrullas y se distribuyeron por diferentes puntos estratégicos, pertrechados con material antidisturbios y armas. Leo estudió la operación por fuera de su coche e hizo una señal a Carmona para que emprendiese la actuación en la mayor brevedad posible. El guardia forzó la cerradura de la vivienda con un tensor eléctrico al tiempo que su compañero le alumbraba con una linterna. Después, cuatro agentes penetraron en el interior al grito de guardia civil.

Las luces de unas cuantas ventanas se iluminaron durante el transcurso de la intervención hasta que al cabo de unos minutos, Corredera y Bustos sacaron a empellones a un joven de aspecto desaliñado con las muñecas esposadas por la espalda. Vestía unos vaqueros holgados y roídos a la altura de sus rodillas, así como una camisa estampada sin abrochar, donde parecía exhibir su fibrosa fisonomía de clavículas remarcadas. El tipo, que tendría alrededor de treinta años, se sacudió el flequillo y avanzó hacia una de las patrullas con el talante altanero de quien se cree por encima de los demás. Leo se fijó en su pronunciada nuez mientras el tipo le retaba con la mirada, arqueando la lengua por detrás de sus paletas. Su actitud indolente le llevó a considerar que ni siquiera prestaba atención a la lectura de sus derechos que Corredera declamaba con la voz cavernosa.

Luego le ayudaron a sentarse en la parte trasera del vehículo. Segundos antes de cerrar la puerta, volvió a desafiar al sargento y escupió al suelo con repulsión.

DIA 8

El reloj de la salita anexa marcaba las 07:15 horas de la mañana. Baeza sintió un leve sopor sobre sus párpados mientras sorbía la cuarta taza de café con la mirada puesta al otro lado del espejo. Ni siquiera se había pasado por el chalet de Molinaseca para pegar una cabezada y regresar al Puesto con la cabeza algo más despejada. Ninguno de los agentes que se encontraba allí, había dejado de trabajar en toda la noche desde que se personaron en varias patrullas a las afueras de San Juan de Paluezas y arrestaron al dueño del *Lamborghini* con la convicción de que se trataba del mismo tipo que había usurpado un osito de peluche del altar que habían improvisado varios vecinos delante de la vivienda de los Guzmán. Leo se acordó de la psicóloga y no tuvo más remedio que darle la razón cuando recibió el aviso por radio y persiguió segundos más tarde al mismo individuo que ahora se encontraba en la sala de interrogatorios, con los brazos flexionados por detrás de su cabeza y las piernas encima de la mesa.

El sospechoso, que respondía al nombre de Ricky Garzón, tenía treinta años y era natural de Ponferrada. Eso fue lo que los agentes constataron en el servidor cuando las dependencias de la Capitanía se transformaron en una vertiginosa carrera contrarreloj. Una parte de ellos se afanaron en la elaboración de un plan de actuación con el fin de sonsacarle un resquicio de veracidad en su alegato mientras el resto se abstuvo a contemplar la escena al otro lado de los cristales tintados. Sin embargo, los dos guardias encargados de interrogarle (la misión recayó en Carmona y Labrador) se acabaron dando por vencidos al cabo de unas horas. Las distintas versiones que el tipo ofrecía con la actitud desdeñosa, generaron una especie de malestar al comprobar que el *tercer grado* que se le estaba practicando de nada servía. Leo dio la orden de que ambos agentes abandonaran la sala y se preparó para abordar al chico con un poso de animadversión alojado en su pecho.

Corredera le anunció minutos más tarde que el reproductor de grabación estaba listo. El sargento depositó la taza de café sobre una mesa y traspasó de nuevo la mirada por el espejo unidireccional. Ricky se hallaba en la misma posición, con el cuerpo parcialmente recostado y silbando una melodía, como si intentara declarar tras su provocadora postura que estaban perdiendo el tiempo. Enseguida cruzó el umbral de la salita y esperó impaciente en el pasillo, delante de la puerta de la sala de interrogatorios. Entonces, un largo pitido le confirmó que podía pasar. Baeza giró el pomo y se internó en la penumbra que ocupaba la habitación. La luz del flexo derramaba finas lonchas que se escurrían por la mesa, perdiéndose en las sombras

vacilantes que sepultaban los tonos grisáceos de las paredes. Avanzó por el suelo de linóleo y se fijó en el rostro invariable de Ricky, carcomido por una sonrisa disimulada que evidenciaba una falta de interés tras su relajada apariencia. Apenas había variado su postura, con los codos aventajados por detrás de su cabeza. Las suelas de sus zapatillas, con restos de barro reseco, continuaban fijas en un recodo. Baeza sintió unas ganas tremendas de abofetear a aquel *nini* sin oficio ni beneficio. Tan sólo se resignó a retirar una de las sillas, con la sensación de que le estaba desafiando tras su indolente disposición. Luego se sentó a horcajadas a escasos metros del detenido y siguió explorando su fisionomía, concentrándose en las mechas rubias que salpicaban su cabello alborotado. Todavía llevaba la camisa desabrochada, revelando a la claridad tenue los huesos que se pronunciaban bajo sus dorsales. Sus labios, más bien gruesos, le conferían un aire de roquero de los ochenta, con la barba de tres días despuntando de su barbilla.

Baeza apoyó los brazos contra el respaldo e inclinó la espalda hacia delante, sin apartar la vista de la suya. La tensión podía cortarse con el filo de un estilete.

- ¿Me vas a decir a mí por qué robaste ese oso de peluche? – disparó a bocajarro.

Ricky Garzón arqueó su sonrisa, exhibiendo parte de sus piezas dentales.

- ¿Otra vez…? – su voz impostaba un deje de chulería trasnochada –. Ya le dije a ese par de capullos que me daba mucho morbo tener un recuerdo suyo. ¡Qué pasa, que eso también es un delito en este país? De hecho, quería habérmelo guardado; pero cuando llegué al coche, me di cuenta que me excitaba mucho más arrancarle la cabeza.

Leo prefirió hincar las uñas contra el peinazo superior de la silla con intención de descargar así la ira que estaba comenzando a dominarle.

- ¿Por qué? – se limitó a preguntar.

- ¡Y yo qué sé, tronco! Me la pondría dura al imaginarme su cuello entre mis manos. Además, ¡qué importa ya? Esa cretina se merecía el final que se buscó. Sólo espero que se pudra en su propio infierno.

- Yo que tú cuidaría ese vocabulario – le conminó a propósito.

- ¡Uhhh…! Me muero de miedo, agente – sacudió sus manos, con los dedos cargados de anillos –. ¡Vais a volver a encerrarme en ese calabozo?

- Más bien le entregaremos una copia al juez – rectificó, amenazante –. Te recuerdo que este interrogatorio está siendo grabado.

- Y yo te recuerdo que tampoco tenéis nada contra mí – dijo, balanceando la silla con las patas traseras –. Me suda la polla lo que

piense el juez. Así que limitaros a ponerme una multa que es lo único que sabéis hacer, muertos de hambre.

Un arrollador impulso llevó al sargento a lanzar su silla contra el suelo y atrapar a Ricky por los hombros de su camisa. El joven empezó a desternillarse de la risa a medida que Leo masticaba con denuedo sus muelas, evitando no caer en su estúpido juego y acabar haciendo algo de lo que más tarde se arrepintiera.

- Escúchame bien, maldito cabrón – escupió a escasos centímetros de su cara –, esa chica está muerta. Así que si no vas a tener un mínimo de respeto hacia su persona, al menos ten los cojones de decirme de qué la conocías.

Luego destensó sus manos y permitió que el detenido se recompusiera. Su rostro rezumaba un viso de arrogancia al tiempo que el sargento se sentaba encima de la mesa.

- Ten cuidado, jefe. No sé qué pensará mi abogado cuando vea esto.

- Déjate de amenazas porque estás de mierda hasta el cuello – le aclaró –. Podemos hacer dos cosas: o bien llamo directamente al juez para que te meta en prisión preventiva por ser el principal sospechoso de la muerte de Daniela Guzmán, o ya estás largando qué relación te unía a ella. Es tu última oportunidad. Así que yo que tú me lo pensaría antes de contestar.

Ricky le desafió con la mirada inyectada de venas hasta que de pronto, expulsó un hondo alarido. Los agentes que se encontraban al otro lado del espejo polarizado, se sobrecogieron al comprobar cómo le atizaba una patada a la silla que descansaba en el suelo. Baeza, en cambio, cruzó sus brazos y esperó a que terminase de exhibir su numerito.

- ¿Vas a contarme entonces de qué conocías a Daniela o prefieres seguir jodiendo el resto del mobiliario?

El resuello que descargaba su caja torácica, era áspero y violento.

- ¿Ricky…?

- Esa zorra me la jugó dos meses antes de desaparecer – desenvainó con la voz lúgubre, dispuesto a escarbar en el pasado –. Por aquel entonces, organizaba *raves* clandestinas a las afueras de Ponferrada.

- Espera un segundo – le interrumpió, so pretexto de lo que acababa de oír –. ¿Tú eras el que ibas por los institutos captando a estudiantes?

Aún recordaba la versión de Yanet Espinoza sobre las fiestas celebradas en el campo y que un tipo se ponía en contacto con los líderes de cada clase para atraer a un mayor número de chavales.

- ¿También vais a enchironarme por tratar con menores?

- Sabes muy bien que lo que hacías era ilegal. Pero esa no es la cuestión. ¿Recuerdas a alguien merodear por esas fiestas con una careta de *Roger Rabbit*?

- ¿De quién…?

Leo se figuró que ni siquiera poseería una lista completa con los nombres de los asistentes. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la fotografía que encontró en el expediente de la chica, donde el tal Roger parecía acechar a la joven por detrás de un árbol.

- ¿La gente no se inscribía por una plataforma?

- Sí, por Facebook – le aclaró –. Pero sólo algunos. La cuenta se utilizaba más bien para compartir vídeos y fotos. ¿Por qué…?

Baeza prefirió no hacerle partícipe de lo que solamente él conocía de antemano.

- Da igual – le forzó a retomar la conversación por donde la habían dejado –. Me estabas diciendo que Daniela te la jugó dos meses antes de su desaparición. Aunque me cuesta creer que una chica que por entonces contaba con dieciséis años, se la liara a un tío de… ¿veinticinco? – hizo sus cálculos.

- Es que a lo mejor no es del todo cierto lo que la prensa publicó acerca de ella.

- ¿Por ejemplo…?

- Pues que quizá intentó acercarse a mí para sacar provecho de esas *raves* y proponerme un negocio bastante suculento.

- ¿Del tipo…?

- Lo primero, sugerirme una zona cercana a Carucedo para seguir celebrando las fiestas, ya que varios vecinos se habían quejado del ruido a la policía.

Leo sospechó que se trataría del mismo bosque donde tiempo después, desapareció.

- ¿Y lo segundo? – le aventajó.

- Lo segundo era sacar un porcentaje de la venta de *pastillas*.

- Ahora va a resultar que Daniela era tu camello – le sonó disparatado.

- Más bien la intermediaria. Ella tenía sus contactos cuando me ofreció sacar tajada de todo aquello. Me dijo que conocía a unos tíos que se dedicaban a vender droga por los institutos y que podía conseguir llegar a un trato con ellos si las hacíamos *rular*.

Por un instante, se preguntó si habría algún atisbo de veracidad en su declaración.

- ¿Qué clase de droga?

- *Tripis* en su mayoría: *avatars, aliens, black stars*…Hablamos de mucha pasta. Y la verdad es que todo fue bastante bien hasta que un mes más tarde, se empeñó en subirse su comisión. Ya no le servía el cincuenta por ciento que acordamos. Quería cobrar más por la cantidad de chavales que acudían cada fin de semana a las *raves*. Pero claro, le dije que ni de coña, que el margen de beneficio que me

sugería no daba ni para pagar al Dj. Por lo que acabamos discutiendo esa noche y…

- ¿Y qué? – le apresuró desde la mesa.

- Pues que esa sucia ramera me la lío.

Ricky cogió aire en sus pulmones, destapando sus fauces bajo la inquietante penumbra de la habitación.

- ¿Qué pasó? – le empujó el sargento a seguir hurgando en la herida.

- Las *pastis* que había que vender, desaparecieron. Sé que ella tuvo algo que ver porque a los pocos días, tres fulanos se presentaron en mi casa para darme un toque. Me amenazaron con saldar la deuda en veinticuatro horas si no quería tener problemas con su jefe. Por supuesto, les dije que yo no sabía nada; que esa zorra se había quedado con la droga y que la buscaran para pedirle explicaciones.

- ¿Sabes quiénes eran los camellos?

- No – respondió seguro –. Nunca antes los había visto. Supongo que se trataría de unos traficantes a baja escala que merodean los institutos en busca de enlaces para meter el LSD entre los chavales sin levantar sospechas. El caso es que no volví a saber de esa gente hasta que un par de semanas más tarde, cuando regresaba al coche después de entrenar con mi equipo de *futbito*, ese grupo de matones me asaltó.

El sargento tuvo la extraña intuición de lo que estaba a punto de exteriorizar.

- Me dieron una paliza que me dejaron en coma durante seis putos meses – vocalizó con sumo rencor –. Tuve que ir un tiempo a rehabilitación para aprender a caminar otra vez. Pero no fue hasta que me piré del hospital cuando supe que Danny había desaparecido. Imagino que probó de su propia medicina y se vio envuelta en algo turbio con esos tíos.

- O no – le cortó Baeza –. Tú también tenías muchos motivos para querer matarla.

Ricky le miró fijamente a los ojos mientras desencajaba con la lengua su dentadura postiza, mostrándole tras sus sonrosadas encías las secuelas que todavía guardaba de aquella paliza.

- ¿Motivos…? Muchos – le anunció después –. Pero el destino no quiso que me cruzara con ella. De lo contrario, la habría aniquilado a base de ostias.

El megáfono de dentro se activó y un agente requirió a Baeza fuera de la sala.

Leo esbozó un rictus incómodo y cruzó la habitación ante la atenta mirada de Ricky. Una vez que aquel ensordecedor pitido le anunció que podía salir, tiró de la puerta y se topó de frente con el semblante serio de Martínez.

- ¿Qué pasa ahora? – le lanzó sin previo aviso.

- Hay que dejar marchar al chico – respondió con la voz titubeante –. Ha telefoneado el abogado de la familia exigiendo su inmediata puesta en libertad por falta de pruebas.

El sargento enarcó sus cejas a modo de desacuerdo.

- Está bien, soltadle – dijo a regañadientes –. De todas formas, necesito que os hagáis con su expediente y que averigüéis si recibió una paliza que le dejó en coma meses antes de que Daniela desapareciera. De ser cierto, supongo que se emitiría una denuncia.

- De acuerdo, me hago cargo – resolvió –. Aunque eso no es todo. El capitán e Inés Solís le están esperando en el despacho.

- ¿Han visto el interrogatorio por el espejo? – sospechó.

- Sí, pero se trata de otro asunto. Hemos localizado otra cámara donde se ve a Daniela minutos después de abandonar el cementerio en el coche.

El humo del cigarrillo serpenteaba por fuera de la ventanilla. Concha Duato cerró la agenda del Consejo Comarcal del Bierzo y ocultó sus ojos tras unas gafas oscuras de montura ancha. Ni siquiera le había dado tiempo a pasarse por la peluquería cuando recibió una llamada de su abogado y le comunicó que su hijo se encontraba en el Puesto de Ponferrada declarando sobre un asunto relacionado con la desaparición de esa joven que congestionó los periódicos de la provincia tiempo atrás. Concha introdujo los dedos por dentro de su lacia melena rubia y le dio una nueva calada a su Winston. La mujer intentaba aparentar una calma consistente pese a los nervios que gorgoteaban en su estómago, desatados.

Entonces, lo vio salir. Concha apretó el claxon repetidas veces hasta percatarse que Ricky había captado la señal. El muchacho atravesó la carretera con el paso ligero y se acomodó en el asiento del copiloto tras un sonoro portazo. Luego se fijó en su madre, la cual parecía haber cogido algo más de peso bajo la chaqueta de manga francesa que aprisionaba sus antebrazos.

- ¿Por qué no se te ocurrió avisarme antes? – le lanzó ofendida.

Ricky se dio cuenta por el tono de su voz que estaba bastante alterada.

- Esos hijos de puta sólo me dejaron hacer una llamada – respondió, impávido –. Pensé que sería conveniente avisar primero a tu abogado.

- Espero que hayas mantenido la boca bien cerrada y no les hayas mencionado nada de lo otro…

El joven, mientras tanto, sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y se metió en su cuenta de Instagram.

- Déjame de una puta vez, ¿quieres? Sé cuidarme solo.

Sin embargo, Concha le agarró fuerte del brazo y le gratificó

con una mirada cargada de inquina. Ricky apenas pestañeó al otro lado del asiento.

- Creo que no te has enterado. Si caes tú, caigo yo. Y por supuesto, también el partido.

- Me lo recuerdas cada día, *mamaíta* – le echó en cara.

- Esto no es un juego, Ricky. Sabes que tuve que tapar todos tus errores mientras estabas ingresado en el hospital. Así que espero que ahora estés a la altura. Es la última vez que muevo un dedo por ti. ¿Te enteras? Así que dime, ¿puedo quedarme tranquila…?

El organizador de aquellas *raves* que orquestaba en el bosque, ladeó el cuello varios grados y filtró la mirada por el cristal de la ventanilla. Únicamente balbució un *por supuesto* de lo más lacónico mientras su mente viajaba en el tiempo y se refugiaba en otras escenas igual de comprometidas que atesoraba en su memoria…

Viernes, 7 de febrero de 2019.
Bosque de las Llamas (17:25 horas).
3 semanas antes de aparecer Daniela Guzmán en el Hospital de la Reina.

La luz de la tarde se desprendía de las ramas en frágiles pelusas de color cobrizo cuando la carrocería del *Lamborghini* se removió un instante, oculta por frondosos matorrales. Ricky Garzón se meneó en el asiento del piloto tras un corto espasmo, con el cuello reclinado en el apoyacabezas y ambas manos adosadas al volante. Después exhaló un jadeo prolongado y se subió la cremallera del pantalón en cuanto percibió que su acompañante volvía a incorporarse lentamente.

Sus labios palpitaban sonrosados bajo el temible remordimiento de quien cree haber obrado por necesidad.

- Si no te importa, prefiero que me des lo acordado – articuló con un hilo de voz –. Tengo algo de prisa.

Ricky extrajo una pequeña cinta de VHS del bolsillo de su chubasquero y se la entregó sin mediar palabra.

- Es la copia original, ¿verdad? – quiso constatar.

- ¿Por quién me tomas? – se molestó.

El acompañante abrió su puerta y salió del coche apresurado. Después, Ricky deslizó una de las pestañas del panel de control y bajó la ventanilla del copiloto.

- Por cierto, ha sido un placer hacer negocios contigo.

Entonces le mostró su sonrisa lobuna mientras arrancaba el motor, como si de algún modo intentara denigrarle por lo que acababa de hacer.

- Cuando quieras repetimos, Tintín.

Y sin más, aceleró el *Lamborghini* bajo una nube de polvo, dejando al belga en mitad del bosque con una cinta de ocho milímetros entre sus manos.

El ordenador registraba en el margen inferior las 19:05 horas. Habían trascurrido quince minutos desde que la joven desapareció en un Renault blanco de la grabación del cementerio cuando Baeza fijó la vista en la pantalla. Tras un ángulo picado, la cámara de la gasolinera barría una hilera de surtidores y parte de la calzada. Las luces de la estación de servicio acribillaban bajo un fulgor artificial la oquedad umbría de los laterales, disuelta por la noche cerrada. Entonces, entró en escena. Daniela estacionó delante de un surtidor y se apeó del vehículo. Llevaba el mismo camisón blanco del hospital y sus botas *Dr. Martens* en tonos rosados. Luego miró a ambos lados y enfiló la pista de cemento en dirección al establecimiento. En ese momento, el reloj de la pantalla marcaba las 19:07 horas. Dos minutos más tarde, volvió a aparecer en el encuadre junto a un hombre (posiblemente el encargado de la gasolinera), deteniéndose frente a uno de los tanques. El señor, que rondaría los sesenta años pese a su indumentaria informal, desenroscó la lata que llevaba en su mano e introdujo la boquilla del surtidor por dentro. Leo se percató que se trataba de la misma lata que los técnicos peritos encontraron en la escena del crimen mientras atendía ensimismado a una conversación muda entre vendedor y cliente. Después, la chica le pagó con un billete y se esfumó de allí a toda velocidad.

El sargento irguió el cuello y se topó con el rostro demudado de Altamira al otro lado del escritorio. Sus ojos denotaban un brillo de inquietud.

- Ese fue el siguiente paso de Daniela tras acudir al cementerio y robar unas flores de su raptor – resumió con la voz plagada de dudas –. No sé si tienes alguna idea al respecto.

- Creí que la lata que se encontró en el monte Pajariel pertenecía a su asesino – elucubró – Me cuesta entender que utilizase la misma que Daniela compró en esa estación. ¿Para qué diablos querría una lata de gasolina…?

El capitán reclinó la espalda en su asiento y atendió brevemente a la psicóloga, la cual se hallaba de pie cerca del monitor dispuesta a entrar en el debate.

- Será mejor que escuches la opinión de Inés – la introdujo – Es posible que tenga razón.

Leo se limitó a bosquejar una mueca en su rostro al tiempo que soportaba la mirada de la psicóloga con denuedo.

- Después de visualizar la grabación varias veces, tampoco estoy muy segura de lo que Daniela pretendía hacer con esa lata – enunció –. Por ahora sabemos que la chica no se suicidó como se barajó en un principio; alguien la asaltó en su fuga o directamente la engañó para citarse con ella en el bosque y acabar con su vida. Pero lo que está claro es que existe un motivo premeditado con anterioridad que la llevó no sólo a visitar la tumba de Tintín, sino también a hacerse con ese combustible que su asesino utilizó después para quemar su cadáver.

- ¿Qué propones? – quiso entrever una sugerencia en su exposición de los hechos.

- Tengo la sensación de que la clave se halla en la conversación que mantuvo con el dueño de la gasolinera. Es más, puede que nos descubra incluso a dónde se dirigió.

- Porque si aún no te has dado cuenta – prosiguió Altamira –, Daniela tomó otra dirección.

- ¿A qué te refieres? – le interrumpió.

- Pues que debió de hacer otra parada en su camino antes de dirigirse al monte Pajariel.

Por un instante, Baeza vio factible aquella teoría e inclinó el cuerpo hacia delante.

- Yo me encargo – disparó.

- Eso ya lo había dado por hecho. Pero antes, me gustaría tratar contigo un asunto. Inés, ¿te importaría esperar un momento fuera?

La psicóloga aceptó de buen grado la petición y dirigió sus pasos hacia la salida, cerrando tras de sí la puerta del despacho. Leo se percató por la expresión de Altamira que el motivo de quedarse a solas revestía de urgencia. De pronto, se impacientó.

- ¿Qué sucede? – le acució.

- Había pensado que Inés podría acompañarte a la gasolinera para averiguar qué habló el hombre de la grabación con la chica.

- Me parece bien – respondió de forma escueta.

Sin embargo, un mal presagio le invadió al contenerse tras la mirada taimada del capitán.

- Hay algo más, ¿verdad?

- Esta mañana he recibido un aviso de la Central por un rumor que les ha llegado – su voz se tornó áspera.

- ¿Qué clase de rumor?

- Al parecer, un internauta anda publicando en internet que ha vendido un vídeo casero a un conocido medio de comunicación donde

se aprecia que un tipo vestido de paisano grita a dos agentes que se han dejado escapar al asesino de Daniela.

La sangre se heló en sus venas.

- ¿Se sabe quién es el medio?

- Se trata del mismo periódico que publicó esa otra basura hace días. Tribuna Madrid. ¿Lo conoces?

Leo negó con esfuerzo mientras rememoraba la conversación que mantuvo con Aura en la cocina la mañana que leyó aquel escabroso titular: *¿La Guardia Civil de Ponferrada empujó a Daniela al suicidio?* Su respiración se agitó sin remedio.

- ¿Qué te han dicho los de *Arriba*? – quiso saber.

- Temen que quedemos por unos mentirosos ante la opinión pública – le anticipó –. Pero ese no es el problema. Si deciden investigarlo y descubren que eres tú, puede costarte la placa.

- ¡Qué te crees, que no me había dado cuenta? Debería ponerme en contacto con ese diario para que no publique el vídeo.

- Todavía sigues sin enterarte, Leo. Hay que encontrar rápido a un culpable si pretendes que se olviden del incidente. Es lo único que te garantiza salir ileso de la investigación.

Unos tímidos rayos de sol se escurrían por la luneta de la patrulla de camino a Molinaseca. Leo apenas había dirigido la palabra a Inés desde que abandonaron el Puesto, la cual continuaba refugiada en sí misma en el asiento trasero. El reflejo del espejo retrovisor le ofrecía una panorámica indiscutible mientras atravesaban aquella carretera comarcal con los márgenes sembrados de vastas praderas. Sin embargo, el sargento no podía acallar la voz que arañaba su mente. Y es que las palabras que Altamira exhortó en su despacho, aún palpitaban con rabia. ¿Cómo había podido ocultarle Aura una información de esa magnitud, sabiendo que su cargo como sargento se encontraba en peligro? ¿Desde cuándo tenía constancia que un internauta había vendido las pruebas de su delito a Tribuna Madrid? ¿Qué más se había callado desde que se encontraron por casualidad en Ponferrada?

Las dudas sobre a qué estaba jugando, volvieron a revolotear en su cabeza. Era tal el enojo que sintió en ese preciso instante, que ni siquiera prestó atención a lo que Inés declamaba por su espalda.

- ¿Cómo dices…? – la cuestionó, inseguro.

- Que desde cuándo trabajáis juntos Aura y tú – repitió de nuevo.

Echó un vistazo por el espejo retrovisor y se percató que la psicóloga estaba mirándole fijamente a los ojos.

- Más bien se trata de una relación de estrecha complicidad.

Leo se dio cuenta que acababa de dar respuesta a sus múltiples dudas. ¿En qué momento dejaron de ser cómplices, para dar paso a una rivalidad colmada de desconfianza?

- Nos conocimos durante la investigación del crimen de Penélope Santana en noviembre del año pasado – prosiguió –. Aura me ayudó a resolver el caso cuando parecía que todo había dado un giro inesperado – de pronto, se acordó del Serbio –. Hace días nos encontrados por casualidad aquí, en Ponferrada. A veces tengo la sensación de que el destino se empeña en que volvamos a formar un equipo.

- ¿Y tú no quieres? – interpretó Inés.

- Al contrario. Aura tiene buen olfato, sobre todo con los sospechosos. Pero…

- No deja de ser una civil. ¿Es eso?

Baeza ni siquiera se lo había planteado.

- También – añadió –. Aunque eso no es un inconveniente. Aura es de fiar. No publicará nada hasta que el caso esté cerrado.

¿Por qué diablos había dicho esa estupidez?, se preguntó.

Al momento, entraron por las primeras calles de Molinaseca. El campanario de San Nicolás de Bari despuntaba por encima de los tejadillos mientras una tupida claridad parecía abrillantar la humedad que emanaba de los bajos de algunos muros. El sargento atravesó sus callejuelas empedradas y confirmó por la ventanilla la presencia de unos pocos vecinos. Enseguida rodeó el Puente de los Peregrinos y depositó la mirada en aquel chalet de tonos pajizos, encaramado en lo alto de una cuesta al otro lado del río. Leo estacionó el coche en la acera y pidió a Inés que le esperase dentro. Luego subió los peldaños del porche y sin pensárselo, timbró.

Escuchó unos pasos por detrás de la puerta.

- ¡Qué haces aquí? – le interpeló a medida que se internaba con él en el porche. Después percibió un rictus extraño en su semblante.

- Me preguntaba si querrías acompañarnos a una gasolinera a las afueras de Ponferrada. Se ha localizado una nueva grabación donde se ve a Daniela comprando la misma lata que apareció en la escena del crimen – dijo con atropello.

Aura Valdés esquivó su rostro y comprobó que Inés Solís la oteaba de reojo por el cristal de la ventanilla trasera.

- ¿También va ella? – le escamó.

- Ya te dije que prefiero estar a buenas con Altamira – admitió –. Por cierto, hay algo más. Alguien está difundiendo en internet que ha vendido un vídeo a un famoso medio de comunicación donde se me ve gritando la tarde que perseguí a Ricky en Carucedo.

La periodista notó que sus pulsaciones iban en aumento.

- ¿Sabes tú algo?

Le costaba aguantar la mirada lastimada del sargento.

- Es cierto – se atrevió a pronunciar –. Ayer me lo comunicó mi jefa. ¡Pero te juro que he intentado convencerla para que no lo publique hasta que atrapemos a su asesino!

- ¡Mierda! – se enfureció, agitando sus brazos –. ¡Cómo has podido ocultármelo, Aura? ¡Acabo de quedar como un imbécil en el despacho de Altamira!

- Estate tranquilo, ¿quieres? En cuanto regrese a Madrid, hablaré con Alicia. Sé que no colgará ese vídeo si le ofrezco otro material igual de suculento. Hazme caso.

- Más te vale. Porque no te imaginas la presión que tengo encima. ¡Joder!

- Déjalo ya, por favor – le requirió, nerviosa – La psicóloga no para de mirar.

El sargento giró la cabeza de golpe y tropezó con el rostro de Inés, enterrado tras el reflejo de su ventanilla.

- Será mejor que nos pongamos en camino – resolvió –. Entonces, ¿te quedas o nos acompañas?

La estación de servicio se encontraba en la cara suroeste de la ciudad, frente a una amplia explanada de cemento compuesta por un área de descanso con jardines y dos hileras de surtidores. Leo se fijó que el reloj del cuentakilómetros marcaba las 11:20 horas cuando frenó la patrulla a un margen de los baños públicos y se apeó. Afuera, la gasolinera le devolvió reminiscencias de otro caso similar mientras divisaba la cadena montañosa que parecía fortificarles al fondo. Los tres traspasaron las puertas mecánicas del establecimiento y se adentraron en silencio por el pasillo central, surtido de lineales con comida preparada y bolsas de *snacks*. Los paneles del techo acribillaban el interior bajo una claridad dañina mientras el runrún constante de un televisor los acompañó de camino al mostrador. Aquel hombre de apariencia saludable y vestido con una camisa de cuadros azules, les ofreció una sonrisa meliflua con las manos revoloteando por dentro de la caja registradora.

El sargento se adelantó y le devolvió otra sonrisa menos brillante a medida que se detenía en un recodo del mostrador. Aura tuvo claro qué se proponía a hacer.

- Buenos días. Pregunto por el dueño de la gasolinera.

- Servidor – le aseguró tras su afable expresión –. ¿En qué puedo ayudarle?

Inés Solís y Aura Valdés se situaron por detrás.

- Me gustaría saber si recuerda a una joven de cabello corto y

ataviada con una especie de vestido blanco – evitó pronunciar la palabra *camisón* por no ofrecerle otros detalles que no venían al caso –. Estuvo en su gasolinera hace cinco días, a eso de las siete de la tarde.

El hombre tornó su expresión en una rigurosa concentración.

- Vino con un Renault blanco modelo *Modus* – continuó aportándole más datos – y estoy casi seguro que fue usted quien le sirvió una lata de carburante fuera.

La posición de la cámara de seguridad tampoco le permitió observar con nitidez su rostro.

- Ya entiendo… – respondió entonces –. ¿De la Guardia Civil, verdad?

El sargento se dio cuenta que su anorak verde no le permitía ver la camisa de su uniforme. Después, se limitó a asentir.

- Ayer mismo otro agente se llevó la cinta donde quedaron grabadas las imágenes. Pero sí, claro que la recuerdo.

- ¿Y sabría decirnos qué hizo, si en algún momento entablaron conversación, si le llamó algo la atención…? – disparó la psicóloga a bocajarro pese a que conocía algunas de las respuestas.

- Por supuesto. Parece que la estoy viendo ahí mismo – señaló a su izquierda –. Estaba terminando de cobrar a unos clientes cuando esa chica entró en la tienda y se puso a ver la televisión. Tampoco me malinterpreten, pero me dio la sensación de que estaba muy interesada en lo que estaban dando en Canal Ponferrada. Figúrense que le pregunté un par de veces qué deseaba y ni siquiera se inmutó.

- ¿Recuerda qué estaban echando en la tele? – se adelantó la periodista.

- Sí, claro. Un documental de esa muchacha que desapareció de Carucedo hace años. La misma que se suicidó hace días en el hospital – les ilustró –. Como daba la casualidad que acababan de cumplirse cinco años desde que se la vio por última vez en esa fiesta de carnavales, llevaban todo el día emitiendo programas sobre su vida. El caso es que al verla de la misma edad, me acerqué y le pregunté si la conocía. La muchacha me miró fijamente a los ojos y dijo: *de vista*. Yo me quedé a cuadros, tampoco sé por qué le hice esa pregunta. Pero acto seguido pronunció: *esa chica ya está muerta*.

Los tres provocaron un silencio torpe mientras atendían confusos al hombre, embebidos por su narración.

- Imagino que se trataría de ella… – dedujo con la voz cavernosa.

El sargento prefirió no darle explicaciones.

- En la grabación exterior, vimos que intercambiaron unas palabras – avanzó –. ¿Sabría decirnos de qué hablaron?

- Una tontería sin importancia. Estaba perdida y me preguntó si podía indicarle el camino más corto para llegar a San Esteban de

Valdueza.

Leo recordó que no muy lejos de allí, en San Miguel de las Dueñas, un vecino aseguró en la comandancia que una chica de aspecto desaliñado había entrado en su casa de campo para robarle comida.

- ¿A qué distancia se encuentra ese pueblo de San Miguel? – quiso averiguar.

- Poco. A unos veinte kilómetros – le concretó.

A Baeza, en cambio, le mosqueó.

- ¿Y después? – prosiguió en su improvisado interrogatorio –. ¿Le comentó algo más?

- ¡Qué va! Me pagó y se largó en su coche.

- De acuerdo. Gracias por su tiempo – sonó a despedida –. Si recuerda algún otro detalle que nos pueda ser de utilidad, póngase en contacto con nosotros. Buenos días.

Y sin más, abandonaron la estación de servicio ante la atenta mirada de su dueño.

Ya en la calle, el aire de la sierra sacudía las ramas de los árboles que habitaban en el área de descanso bajo un sol invernal. El sargento se detuvo a escasos metros de la patrulla y echó un vistazo al horizonte, donde el cielo azul espejaba destellos glaciales más allá del nudo montañoso. Luego se fijó en el semblante taciturno de Inés, la cual parecía perseguir al fondo la estela de su mirada.

- ¿Qué opinas? – quebró Leo sus pensamientos.

Sin duda, la mujer continuaba enfrascada en la conversación que acababan de mantener con el dueño de la gasolinera.

- ¿Por qué le insinuaría Daniela que la chica que aparecía en la tele ya estaba muerta? No tiene sentido. Es como si en el fondo no quisiera que nadie más la encontrase.

- Tal vez formase parte de su plan: volver a desaparecer – auspició Leo con la sensación de estar igual de perdido que ella.

- O puede que todo sea mucho más simple y su único propósito fuese reunirse con él, con su otro raptor. En otras palabras, con su asesino.

- ¿Para qué…? – se interesó el sargento.

- Para pedirle explicaciones sobre lo que le confesaste en su habitación horas antes de fugarse.

- Que Tintín se había suicidado – la periodista dio voz a lo que ambos se resistían a pronunciar –. Aunque no entiendo por qué se escapó del hospital sabiendo que allí se encontraba segura.

- En circunstancias normales, cabría la pena hacerse esa pregunta. Pero no en su estado, tras pasar los últimos cinco años de su vida en cautividad con un desarrollado síndrome de Estocolmo – la instruyó –.

Su seguridad era estar junto a él. De eso no hay duda.

- Y entonces, ¿por qué querría una lata de gasolina? – la interrumpió Leo aún confuso.

- Esa es la pieza que sigo sin encajar. Si al menos consiguiésemos localizar el destino al que se dirigió después, quizá fuésemos capaces de entrar en su mente.

El teléfono del sargento vibró por dentro de su anorak. Leo se apartó unos metros y sacó el móvil de su bolsillo. Enseguida verificó que el número correspondía a la comandancia. Sin pensárselo, descolgó.

- Aquí el sargento – disparó.

- Disculpe que le moleste. Soy Martínez – le reveló al otro lado –. Hemos ojeado la denuncia que la familia de Ricky Garzón emitió cuando al chaval le dieron una paliza en diciembre de 2013, y resulta que al único que se le imputó con cargos fue a un tal Nelson Vargas, de origen nicaragüense.

- ¿Lo habéis localizado?

- Acabamos de constatar que era miembro del Tabernáculo de Villafranca del Bierzo.

- ¿Estáis seguros? – se agitó sin remedio.

- Y eso no es todo. Lleva desde entonces cumpliendo condena en la prisión de Mansilla de las Mulas, a algo más de una hora de Ponferrada.

- Necesito que contactéis con el Centro Penitenciario y que me faciliten un encuentro con el reo. Si es posible, para esta misma tarde.

- Descuide, ahora mismo llamo. Más que nada porque aquí viene la mejor parte.

El agente pareció disfrutar de los segundos que dejó escurrir a propósito.

- ¿Y es…? – se impacientó.

- Que Nelson Vargas es tío carnal de Yanet Espinoza.

Después de dejar a la psicóloga en su domicilio, Aura y Leo se entretuvieron en pasear por el casco urbano mientras diseccionaban con pulso de cirujano cada detalle recolectado hasta entonces en torno a la investigación. Ambos llegaron a la conclusión que el motivo que llevó a Daniela a hacerse con una lata de gasolina horas antes de aparecer su cuerpo calcinado en el monte Pajariel, escondía otra razón que aún eran incapaces de comprender y que tristemente se llevó consigo a la tumba. Sin embargo, las miras estaban puestas ahora en la inesperada aparición del tío carnal de Yanet Espinoza, el cual cumplía condena en el Centro Penitenciario de Mansilla de las Mulas. Quién era en realidad Nelson Vargas fue un tema que les devanó

los sesos durante la comida en una tasca cercana a la calle del Reloj. El único acusado de propinar una paliza y dejar en coma a Ricky Garzón años atrás (el sargento aún recordaba sus aires altaneros tras esa indumentaria *cani*), se ensamblaba a la nueva lista de sospechosos de manera fortuita.

A las tres y media de la tarde, Martínez volvió a llamar a su móvil. El agente le comunicó que los funcionarios de prisión le habían concedido un encuentro de veinte minutos fuera del régimen de visitas. Ambos se pusieron deprisa en camino y se dirigieron en la patrulla al este de la provincia. Los campos se extendían bajo un manto helado que sembraba de destellos glaciales el horizonte. El sol, suspendido en lo alto, irisaba una cobertura de rayos perpendiculares que atravesaba la ventanilla de Aura y lamía con generosidad sus manos. Ninguno se atrevió a compartir sus impresiones de lo que estaba a punto de suceder mientras el sonido de la radio parecía someterlos a una retahíla de partes meteorológicos y avances de noticias. Tal vez ya estaba todo dicho cuando aquella carretera solitaria y horadada de socavones les condujo a la prisión una hora más tarde.

La torre de vigilancia del Centro Penitenciario de Mansilla de las Mulas se elevaba varios metros por encima de los distintos pabellones con la techumbre rojiza. Con capacidad para mil reclusos, las modernas dependencias contaban con una enfermería, gimnasio, aula de informática, un módulo de aislamiento y otro de ingreso. Leo atendió a las señalizaciones y se internó por un lateral de la valla de hormigón rematada con alambre de espino. Después detuvo la patrulla delante de la entrada, refugiada por una amplia marquesina de cemento sustentada entre varias columnas. Aura bajó del coche y leyó en una de sus paredes: *Centro Penitenciario de León*. Aquel lugar le dio escalofríos. Juntos atravesaron las puertas acristaladas y enfilaron un amplio vestíbulo hasta los dos funcionarios que hablaban por detrás de un mostrador. Baeza se presentó y uno de ellos le anunció que el reo ya se encontraba en la sala de visitas.

Los tres se perdieron al momento por una retícula de pasillos con las paredes revestidas de puertas blindadas. Más allá de los ventanucos enrejados, la vida se intuía silenciosa en poco más de nueve metros cuadrados. La periodista apretó el paso con las manos metidas en los bolsillos de su plumífero y evitó mirar al resto de funcionarios con los que se toparon. El hombre saludó a uno de sus compañeros, que parecía fortificar con su presencia una de las puertas. Éste, con la postura recia y el semblante circunspecto, les informó que tan sólo disponían de veinte minutos. Luego se echó a un lado y les permitió entrar en aquella

sala aséptica, con las paredes forradas de vidrio y alimentadas por dos hileras de sillas. Una vez que selló la entrada tras un sonoro portazo, un pitido desgarró la calma de dentro. Aura y Leo cruzaron precavidos la habitación, donde un tufo pestilente vagaba en el aire. La falta de ventilación era más que evidente. Ambos se dirigieron hacia la tímida luz que derramaba el flexo de una de las cabinas y se percataron entonces de la presencia de Nelson Vargas, sentado al otro lado del cristal.

El hombre, que aparentaba más edad de la que posiblemente tendría (Aura calculó en torno a cuarenta años), vestía una camiseta blanca de tirantes. Exhibía con orgullo la profusión de tatuajes que garabateaban sus brazos, voluminosos y macizos. La piel de su rostro, en tonos cetrinos, concordaba con el sutil rasgado de ojos. Leo admitió sus orígenes nicaragüenses a medida que contemplaba su cabello, oscuro y engominado hacia atrás. El hombre arqueó una de sus comisuras, sombreada por un raquítico bigote del grosor de un lapicero. Vargas señaló las dos sillas vacías que había en frente y ambos captaron el mensaje mientras tomaban asiento. Luego golpeó el auricular contra el vidrio y cada uno asió un teléfono con el fin de comunicarse con él.

Un extraño crujido se coló segundos antes de que Leo desempañara su voz.

- Buenas. Soy el sargento Baeza y ella es mi compañera, Aura Valdés – descerrajó.

El hombre apenas varió el semblante al otro lado del cristal. Su mirada parecía mantenerse firme mientras lo escudriñaba con recelo.

- ¿Qué es lo que quieren? – disparó con sequedad.
- Antes, necesito informarle que esta conversación va a ser grabada.
- Sé cómo funciona esto – masculló entre dientes.

Leo introdujo la mano en su anorak y sacó la fotografía que encontró en el expediente de Daniela Guzmán la noche que se acostó (muy a su pesar) con la periodista. Después la pegó contra la luna para que Vargas pudiera observarla. El hombre ni siquiera pestañeó a medida que buceaba en aquella imagen capturada un año antes de su desaparición en una de esas *raves* que organizaba Ricky en el bosque.

- ¿Conoce a alguna de las dos chicas? – le sondeó.

En el fondo, quería saber hasta qué punto era cierto lo que Martínez le confesó horas antes.

- Por supuesto. La de la derecha es mi sobrina y la de al lado su amiga del instituto.

Aura y Leo se lanzaron una mirada de complicidad con el auricular pegado a la oreja.

- Estamos investigando el caso de Daniela y nos preguntábamos si sabría decirnos qué relación mantenía la joven con Ricky Garzón. Tengo entendido que es el mismo sujeto por el que está cumpliendo condena aquí, en Mansilla – le resumió –. He hablado con él esta mañana y asegura que la chica le engañó en el pasado por un asunto relacionado con la venta ilegal de estupefacientes. Parece ser que uno de sus camellos, Nelson Vargas, le propinó una paliza por la deuda contraída que le dejó en coma varios meses.

Sin embargo, el latinoamericano continuaba absorto en la imagen, estudiando con sumo interés cada detalle de ese misterioso *selfie* que sólo él parecía entender. Aura se percató y no dudó en abalanzarse por el auricular.

- ¿Reconoce a alguien más? – le arrojó.

Vargas depositó un dedo sobre el cristal y señaló al margen izquierdo. La periodista supo de quién se trataba.

- Es por él, ¿verdad? – interpretó –. Conoce al que se esconde bajo la máscara de *Roger Rabbit*.

El hombre levantó la vista y le brindó una sonrisa oscura y tétrica por igual.

- Por supuesto – le confirmó –. El tipo de la careta soy yo.

- Conocí a Daniela en el bar que tienen esos dos meapilas a la salida de Camponaraya, el Botillo – continuó Vargas deshilvanando bajo la atenta mirada de Leo y Aura –. La verdad, era muy simpática; recuerdo que solíamos hablar con frecuencia cada vez que salía a fumar o a tirar la basura. Siempre se mostró muy atenta conmigo. Es más, ahora que lo pienso, puede que incluso llegara a obsesionarme más de la cuenta.

- Hasta el punto de asediarla en uno de esos encuentros…, de intercambio – le inquirió el sargento.

Tampoco albergaba el interés de pronunciar la palabra *Swingers*, y mucho menos, lo que la joven tuvo que ver por una de las ventanas del bar.

- Oiga, sé lo que estará pensando, pero no soy ningún pervertido – se molestó –. Aquella noche, cuando la sorprendí mirando por fuera del Botillo, creí que se habría animado a participar. Yo sólo me acerqué a ella y le propuse pasar un buen rato, nada más. Estaba convencido de que me reconocería con la careta. Aunque ya vi que me equivoqué. Daniela echó a correr atemorizada y se largó de allí en su moto. Después, cuando me enteré que había dejado el trabajo, entendí lo que había ocurrido y decidí enviarle varios mensajes para que supiera que no me había olvidado de ella. Incluso esa careta…

- Una forma un tanto peculiar de mostrarle sus sentimientos, ¿no cree? – le reprendió la periodista –. Más bien lo único que consiguió

fue asustarla.

- Tampoco era mi propósito – recapacitó –. Tan sólo buscaba acercarme a ella. Pero de haberlo sabido, le aseguro que jamás habría actuado de esa forma.

El sargento decidió cambiar de tema al constatar que Nelson se hallaba en prisión la tarde que Daniela se fugó del hospital y fue cruelmente asesinada.

- Imagino que al frecuentar ese bar de carretera, se relacionaría con su clientela – le expuso de manera concisa tras su indolente expresión –. ¿Alguna vez coincidió con un tipo llamado Tintín?

- Todo el mundo conocía a los belgas – le aclaró rápido –. Y por supuesto, a qué se dedicaban. Sé que a veces solían cerrar allí sus tratos. Ya me entiende…

Se refería, sin duda, a la venta clandestina de armas, las cuales adquirían en el extranjero para venderlas, en su mayoría, a cazadores sin licencia.

- ¿Qué me puede contar de él? – se obstinó.

- ¿De Tintín? Poca cosa. Ese *pendejo* iba a lo suyo; tampoco es que le gustara *platicar* con los de fuera de su comunidad salvo para tratar negocios. A veces conversábamos si coincidamos en la barra, pero cosas banales como el tiempo o el *gym*.

- ¿Qué gimnasio?

- El que hay en el centro, el *Fitness Place*. Ambos acudíamos casi a diario y más de una vez nos encontramos en la sala de pesas. Pero aparte de eso, tampoco tenía mucha más relación con Tintín.

- ¿Y con Ricky? – disparó –. ¿A él también lo conoció en el Botillo?

Vargas le arrojó una mirada abyecta que podía traspasar el vidrio que los separaba. Aura se dio cuenta que su nombre le provocaba una tirantez en los músculos de su cuello.

- A esa sabandija la conocí por mediación de otro hermano del Tabernáculo. Por aquel entonces, éramos muchos los hispanos que trabajábamos en una de las pocas minas de carbón que todavía quedan en el Bierzo, cerca de Carucedo – de nuevo, Daniela volvía a emerger en cualquiera de sus narraciones, pensó la periodista –. El sueldo no daba para mucho y a veces, cuando teníamos oportunidad, varios de nosotros sustraíamos pequeñas cantidades de hulla para venderla en el mercado negro. Yéremi, un boliviano que compartía habitación con los demás, nos presentó un buen día a Ricky. Al parecer, éste le había propuesto aumentar el negocio, robando el material de la misma nave que la empresa minera guardaba muy cerca.

- ¿Cómo? – le exigió Aura una respuesta.

- Según le relató a Yéremi, se había acercado a una muchacha porque sabía que su padre, aparte de regentar una carnicería en

Carucedo, era propietario de las tierras donde la mina almacenaba tanto la maquinaria vieja como el carbón. Por lo tanto, la chica disponía de las llaves para entrar. Tengo entendido que consiguió engañarla con la excusa de que cada vez era más difícil encontrar un lugar seguro donde celebrar esas fiestas que montaba en el bosque. Por lo que Daniela tuvo que aceptar su propuesta ya que al poco tiempo, comenzamos a usurpar grandes cantidades de hulla en nuestros coches cada vez que se congregaban miles de chavales en alguna de las naves vacías.

A Leo le costaba admitir que aquella chica de sonrisa sincera que observó en innumerables carteles junto a la palabra **Desaparecida**, hubiese sido capaz de hacer algo semejante.

- Por supuesto, ese *huevón* se llevaba una comisión por la venta del carbón – continuó rememorando –. Una noche se presentó en el Tabernáculo. Nos amenazó con contarlo todo a la policía si no le aumentábamos las ganancias. Evidentemente, nos negamos. Le dijimos que apenas sacábamos para el alquiler del piso con lo que vendíamos en el mercado negro. Pero el *gordo* montó un escándalo y nos aseguró que la cosa no iba a quedar así.

- ¿Acaso cumplió con su palabra? – se interesó Baeza.

- Ese fin de semana, mientras cargábamos la mercancía en el maletero, se presentó la *pasma*. Todos nos escabullimos bosque adentro cuando de pronto, vi que Ricky se largaba a toda prisa en su *carro*. Entonces, me di cuenta que el muy cabrón nos había delatado. Le juré al mismísimo Señor que me las pagaría.

- Y le diste una paliza semanas después que le dejó en coma – dedujo la periodista –. ¿Por qué? ¿Quién os aseguraba que Ricky había avisado a la policía estando él allí? No tiene sentido…

Nelson la atendió tras las sombras que vagaban al otro lado de la cabina, apretando con fuerza el auricular.

- Puede que ahí tenga razón – se adentró en sus ojos –. Quizás se encargó otra persona.

- ¿Quién? – le cortó el sargento.

- Daniela.

Todos sucumbieron al silencio que se coló irremediablemente en la llamada.

- Daniela llamó a la policía esa noche. Lo sé porque Yanet me lo confesó días más tarde. Mi sobrina había escuchado parte de la discusión que mantuvimos con el *pinche* en el Tabernáculo y se lo contó a su amiga. Sé que le suplicó que acabase con aquello por miedo a que las amenazas de Ricky fuesen reales y los *sin papeles* de la congregación tuvieran problemas con la justicia. Por supuesto, Daniela era la primera interesada en romper el trato. Esa *sanguijuela* la había advertido que si se le ocurría dar un paso en falso, sería procesada

igualmente como cómplice. Por lo que utilizó la información que le ofreció mi sobrina para jugársela, sabiendo que nosotros tomaríamos represalias contra él en cuanto se personara allí la policía. Así de sencillo.

Leo tuvo la extraña convicción de que el nicaragüense estaba contando la verdad.

- Ricky alegó en la comandancia que la paliza que recibió, vino por una deuda pendiente con los camellos que le suministraban droga a la chica – le expuso segundos después.

- Ese *pendejo* sí que era un dromedario, y de los gordos. Se metía por la nariz todo lo que pillara. ¿No ha visto lo chalado que está de la cabeza?

- Pero no hay nada referente al robo del carbón en el expediente de Ricky. Ni siquiera en el sumario del juicio que se celebró meses más tarde.

Nelson Vargas desgranó una sonrisa maliciosa que le heló la sangre a la periodista.

- Es que eso fue obra de su *mamaíta*, la presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo. Digamos que Concha Duato tuvo la última palabra…

Sábado, 12 de abril de 2014.
Sala de visitas de Mansilla de las Mulas (12:45 horas).
2 meses después de la desaparición de Daniela Guzmán.

Nelson Vargas apreció su cara de asco al otro lado del cristal. La mujer caminaba decidida por el centro de la habitación, desconchando la tarima flotante con sus zapatos de tacón. Vestía una chaqueta de *tweed* jaspeada a juego con unos vaqueros elásticos. Vargas calculó que tendría alrededor de cincuenta años cuando se sentó delante de él y agarró el auricular con visible repugnancia. Se fijó en sus rollizas facciones, así como en el cabello rubio que removía a modo de tic nervioso con un brusco golpe de cabeza. Luego le miró fijamente a los ojos, como si deseara traspasar el vidrio para asfixiarlo con sus propias manos.

- Imagino que sabrás quién soy – se dirigió a él con rabia en su voz.

- Uno de los guardias ya me puso al corriente de tu visita – pareció retarla.

- Tampoco voy a andarme por las ramas. Puedo desvincularte del robo del carbón si admites lo que le hiciste a mi hijo en el juicio que se celebra la semana próxima– le persuadió, consciente –. Tengo influencias en el Consejo. Te caerían menos años.

El nicaragüense se desternilló de la risa sin apartar sus ojos de los suyos.

- Ni se te ocurra pensar que voy a hacer algo semejante por salvar el culo a tu hijo. Él está igual de pringado que yo.

- Tengo entendido que tu gente te ha dado de lado…

El rostro de la presidenta del Consejo del Bierzo se tornó pérfido y ambicioso.

- Me preguntó cómo subsistirá tu familia en Nicaragua ahora que nadie se hará cargo de ellos.

- Ni se te ocurra nombrarles – masculló por el auricular.

- Es sólo una apreciación. Aunque yo podría hacer algo en el exterior…

Nelson comprendió entonces su juego.

- ¿Qué sugieres? – se arrepintió después de formularle aquella pregunta.

- Si mantienes la boca cerrada, me encargaré de pasarles un dinero todos los meses a tu esposa e hijos. ¿Qué me dices? ¿Hay trato?

De vuelta a Ponferrada, Aura y Leo se devanaron los sesos intentando encajar a Daniela en aquella enrevesada ecuación. Cada uno de los sospechosos que habían ido interrogando durante sus pesquisas, parecían relacionarse de algún modo pese a que todavía no habían encontrado al verdadero culpable de la muerte de la joven. Por ahora, ambos mantenían el Botillo como el lugar donde Daniela coincidió no sólo con los hermanos belgas (Christoffer y Jan van Hoof), sino también con aquel ermitaño que vivía en el bosque, el Legionario, así como con Nelson Vargas (el cual la acosó tiempo antes de su desaparición bajo esa careta de *Roger Rabbit* y que cumplía condena en Mansilla de las Mulas por propinar una paliza a Ricky Garzón, el angelito que montaba *raves* clandestinas en el bosque).

Sin embargo, el nicaragüense no se contuvo a la hora de nombrar a Concha Duato. La inesperada aparición de la presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo los llevó a explorar otras rutas mientras la periodista buscaba información en *Google* sobre su cargo. Tan sólo confirmó que se trataba de una institución pública encargada del gobierno y administración local, donde sus miembros eran elegidos por los partidos políticos en proporción a los votos obtenidos en las elecciones municipales en el ámbito de la comarca.

Con esos vagos apuntes, el sargento llegó a la conclusión de que lo más sensato era pasarse por la comandancia para que alguno de los agentes rastrease las cuentas de la presidenta por si era cierto lo que Vargas admitió en la sala de visitas: que la mujer

le sobornó una semana antes del juicio para que no vinculara a su retoño con el asunto del robo del carbón. ¿Acaso intentaba acallar algo más?

Leo aparcó la patrulla delante del edificio de la Capitanía y pidió a su compañera que le esperase dentro. En cuanto rebasó la entrada, Carmona le detuvo en el mismo vestíbulo. El rostro del agente parecía traer buenas noticias.

- Sargento, justo iba a llamarle – disparó –. Acabo de regresar del supermercado donde trabaja Yanet Espinoza.

Baeza recordó que había telefoneado al Puesto para pedirle que fuese a investigar sobre lo que habían descubierto esa mañana.

- ¿Se sabe por qué mintió? Vargas lo ha confesado todo en prisión.

- Parece ser que la muchacha se quedó en *shock* cuando le mostró aquel *selfie* en el que aparece su tío con esa careta de conejo por detrás de un árbol – el agente no se atrevió a pronunciar su nombre por no exhibir en público su inglés macarrónico –. Al ver la foto, creyó que era Vargas el que acosaba a su amiga y prefirió no decir la verdad por miedo.

- Lógico – apuntó Baeza –. Y comprensible. Buen trabajo, Carmona.

Las mejillas del guardia se sonrojaron.

- Ahora necesito que investiguéis los movimientos bancarios de Concha Duato, la presidenta del Consejo. Quiero comprobar si ha estado haciendo algún envío mensual a Nicaragua en los últimos dos años.

El agente frunció visiblemente el ceño.

- Es posible que la madre de Ricky sobornara al mismo tipo que dejó en coma a su hijo – le aclaró después –. Avisadme si encontráis algo.

Leo se despidió del agente y volvió a traspasar las puertas acristaladas de la comandancia, desafiando al frío de fuera con el cuello de su anorak levantado. Nada más acomodarse en la patrulla, aceleró el motor y se internó por las primeras avenidas en dirección al chalet. Aura no pudo contener las conjeturas que había esbozado durante su ausencia.

- Tengo la sensación de que Vargas ha dicho la verdad – le espetó sin más. Baeza, en cambio, giró el cuello por inercia –. Ese hombre lleva cinco años encarcelado. No tiene nada que perder.

- ¿Por qué lo dices? – escarbó en su razonamiento.

- Por la sencilla razón de que la presidenta del Consejo sí que tendría motivos suficientes como para quitarse a la chica de en medio – descargó.

La periodista no paraba de remover las manos sobre su regazo.

- Piénsalo fríamente – continuó –. Concha Duato conocía la verdad sobre los robos cometidos en aquella nave de la empresa minera. Pero

Daniela también.

- Por lo que se debió de tomar muchas molestias para silenciar el asunto.

- Tú mismo lo has escuchado hace un rato: sobornó a Vargas para que no abriese la boca durante el juicio.

- Así que la pregunta es: ¿por qué no habría de matarla para que no quedara ningún cabo suelto?

Aura entrecerró los ojos mientras analizaba su teoría.

- Yo lo formularía de otra manera: ¿hasta qué punto fue capaz de proteger a su hijo y su carrera como política?

La noche se precipitaba gélida tras las ventanas de su despacho. Concha Duato se sentó en su butaca de poli piel oscura y contempló la maqueta de la Planta Solar que habitaba sobre una mesa auxiliar, empotrada contra un recodo de la pared. La luz tenue que desprendía el flexo, vertía esquirlas cobrizas tras la malla de opacidad que cubría el resto de la estancia. La presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo abrió con llave el segundo cajón de su escritorio y extrajo aquella plana de periódico que guardaba con recelo desde hacía cinco años. Se fijó en la fotografía que alimentaba la noticia, donde aparecía estrechando la mano al caballero de sonrisa perpetua al lado de su esposa. Sin querer, sus ojos se enredaron en el titular: *"El matrimonio Oldán y el Consejo del Bierzo alcanzan un acuerdo para la futura construcción de la Planta Solar"*. Concha Duato estrujó el papel contra su pecho hasta que tuvo una idea. Introdujo la mano en el doble fondo del cajón y sacó una caja de cerillas. Después chiscó una de ellas y dejó que la llama arañase la esquina inferior. Una lengua de fuego comenzó a conquistar el papel en cuanto depositó el viejo periódico de *La Voz del Bierzo* dentro de un cenicero de cristal de Murano.

Al cabo de cinco minutos, los rescoldos le confirmaron que ya no tenía de qué preocuparse.

DIA 9

Una claridad azulada rasgaba la penumbra de la habitación mientras el móvil vibraba en la mesilla de noche. Leo giró el cuerpo en la cama y echó un vistazo a la pantalla con los ojos aún llenos de telarañas. Enseguida reconoció el número. Antes de deslizar el dedo hacia arriba, Baeza se incorporó y dejó escapar un prolongado bostezo.

- ¿Sí…? – pronunció con la voz adormecida.

Después se levantó y cruzó a tientas la habitación, ayudado por las delgadas hebras de luz que perforaban las rendijas de la persiana. Una vez que tiró de la cinta, se percató que unos retraídos rayos de sol intentaban atravesar la cobertura de nubes que sepultaba el horizonte.

- Buenos días, sargento. ¿No le habré despertado?

Leo tardó varios segundos en ubicarse y reconocer la voz de Carmona. Ni siquiera se había fijado en el despertador de la mesilla, el cual marcaba en ese momento las 07:40 horas en números rojos.

- Me pillas desayunando – mintió –. ¿Qué sucede?

- Le llamo para confirmarle que la entidad bancaria nos ha enviado al correo un extracto con los movimientos que realizó Concha Duato, la presidenta del Consejo, en los últimos dos años – se esmeró en exponerle de manera resumida.

- ¿Y bien…? – le reclamó más información.

- Efectivamente. La mujer estuvo haciendo transferencias de cuatrocientos euros desde su cuenta a otra nicaragüense.

El sargento bosquejó una sonrisa torpe al constatar que Vargas había dicho la verdad cuando fueron a verle a la prisión de Mansilla de las Mulas el día anterior.

- Le he dejado una copia del extracto en el despacho de Altamira con los movimientos subrayados en rotulador fluorescente – prosiguió –. Aunque lo más curioso de todo es que Concha Duato dejó de realizar dichos pagos hace cuestión de dos meses.

Aquello le escamó. ¿Por qué narices la presidenta rompería el acuerdo verbal al que llegó con el reo cinco años atrás?, se preguntó.

- Lo mejor será que me presente en las instalaciones del Consejo y le haga una visita – respondió para sí mismo. Carmona continuaba atendiéndole al otro lado de la línea –. Es posible que la mujer esté envuelta en el homicidio de Daniela por proteger a su hijo de sus trapicheos con el carbón.

Las banderas ondeaban en el balcón de la última planta cuando Leo y Aura se personaron en el Consejo Comarcal del Bierzo una hora más tarde. Aquella mole revestida de mortero color crema y cristales traslúcidos, se erigía solitario entre fuertes corrientes de aire delante de un parking. Ambos se apearon de la patrulla con la sensación de que Concha Duato escondía motivos suficientes como para haberse deshecho de la joven. Era de prever que el inesperado regreso de Daniela, podría atraer una estela de funestas consecuencias si decidía revelar los chanchullos que su hijo mantuvo con los latinos en el pasado. O al menos, eso sospechó el sargento desde que Carmona le notificó por teléfono que la mujer había estado enviando dinero a Nicaragua para acallar a Vargas desde prisión.

Una vez que traspasaron las puertas giratorias, se internaron en un amplio vestíbulo con varios ramales de pasillos y ascensores. A un lateral, encajonado tras dos gruesas pilastras, el mostrador de recepción se mostraba cargado de portafolios y cables de distintos colores que nutrían la fuente de alimentación de un Pc de sobremesa. Aura se fijó que el conserje – un sexagenario ataviado con bata azul, camisa de rayas y un bolígrafo que rebasaba su oreja izquierda –, no paraba de examinarlos con el ojo avizor. El hombre depositó el periódico sobre la mesa y se levantó del asiento. No tardó en chistarles para atrapar su atención.

- ¿A dónde se dirigen? – les lanzó con un poso de hostilidad en su voz, como si en el fondo se sintiera en el derecho de hacerlo.

Ambos se acercaron al mostrador y se detuvieron a un palmo de aquel batiburrillo de hojas impresas y revistas pasadas, que no se ordenaba desde tiempos inmemoriales.

- Estamos buscando a Concha Duato – le confirmó Baeza.

- Se encuentra reunida – les ofreció aquella conveniente respuesta aprendida a base de años y experiencia.

- Da igual, podemos esperar.

El conserje esbozó un rictus incómodo al conjeturar que no se irían de allí tan fácilmente.

- Lo mejor es que envíen un *email* a la dirección que tienen disponible en la página web, contándoles brevemente el motivo de su visita.

Aura consideró que parecía más bien una de esas muñecas autómatas que repetían el mismo discurso una y otra vez a lo largo del día. Estaba convencida de que ni siquiera se sabría el dichoso correo electrónico que les sugirió al otro lado del mostrador.

- En un plazo de un mes, ellos se pondrán en contacto con ustedes – remató orgulloso.

- Creo que no me ha entendido bien – le conminó con dureza.

El conserje, en cambio, se permitió gratificarle con una mirada feroz.

- ¿Por qué no descuelga ese teléfono y le indica que la Guardia Civil quiere hablar con ella en relación a su hijo y la muerte de Daniela Guzmán?

El hombre se quedó blanco como la patena.

- Así nos ahorramos la tarea de tener que buscar ese correo. ¿No le parece…?

- Si son tan amables de aguardar un segundo.

Sin pensárselo, marcó una extensión en aquel cacharro de la era glacial y esperó a que alguien le atendiera. Después bisbiseó unas palabras ininteligibles hasta que al cabo de un minuto, colgó.

- Ya está – les avanzó con tono melifluo –. Están de suerte. Doña Concha acaba de salir de la reunión y puede atenderles en su despacho. Tomen el ascensor a la primera planta y diríjanse al final del pasillo. Allí les espera la presidenta. Buenos días.

Juntos cruzaron el vestíbulo, donde el eco de sus pasos rebotaba sin cesar contra sus techos altos. Enseguida se colaron en uno de los ascensores que cubría el frontal de una pared y se trasladaron a la primera planta. En cuanto las puertas volvieron a abrirse, descubrieron que un largo pasillo se perdía al fondo, entre varios maceteros que decoraban cada uno de los alfeizares de las ventanas y una alfombra en tonos granates que ocultaba parte de la tarima flotante. Ambos enfilaron aquel silencioso corredor mientras la luz jaspeada de la mañana derramaba sombras contra el resto de puertas que habitaba en el espacio. Al doblar el último recodo, reconocieron su despacho por el nombre que asomaba en una placa a un lateral de la pared:

Pdta. Concepción Duato.

El sargento miró a Aura y llamó con los nudillos.

Un rotundo *¡adelante!* los invitó a franquear el umbral. El despacho en sí se trataba de una holgada habitación de estilo industrial con las paredes pintadas en un blanco luminoso, una ventana de *Climalit* con las cortinas de lamas corridas y un escritorio que soportaba, aparte de un modernísimo *Mac* de ultimísima generación, unas cuantas carpetas, dos recipientes a rebosar de estilográficas y varias fotografías familiares. El resto de la estancia se componía de dos butacas de capitoné para las visitas, una fotografía del Rey Felipe VI presidiendo el lugar por encima de una estantería y una considerable maqueta de cartón

piedra sustentada sobre una mesa auxiliar en un rincón. La mujer, sin embargo, parecía desentonar con la armonía que prestaba la pieza. Dispuesta al otro lado del escritorio, sus duras facciones revelaban un conato de desagrado por su parte. Llevaba una chaqueta de ejecutiva en tonos marrones y una camisa blanca abotonada por encima de su escote. Su cabello, en un rubio casi platino, mostraba las raíces negras que asomaban de su cuero cabelludo. La presidenta del Consejo descargó sus uñas contra la alfombrilla del ratón y entonces, decidió levantarse de su asiento.

- Si hacen el favor de acomodarse – les ofreció las dos butacas con el brazo extendido.

Aura se percató de la forma en que arqueaba sus labios, en una especie de sonrisa invertida.

- Aunque la verdad, no sé qué más quieren. Ya encerraron a mi hijo en los calabozos del Puesto toda la noche.

Baeza pronosticó que no iba a ser tarea fácil sonsacarle un ápice de veracidad en su alegato, si es que estaba dispuesta a colaborar. Ambos se sentaron a la par.

- Digamos que esta vez no se trata de Ricky – la cortó con decisión –, sino de sus cuentas bancarias.

Concha bosquejó un rictus de confusión en su rostro.

- Hemos comprobado que hasta hace dos meses, ingresaba una cantidad considerable a la familia del hombre que dejó en coma a su hijo. Ayer mismo nos pasamos por prisión y Vargas lo ha confesado todo. Aunque estaríamos encantados de escuchar su versión al respecto…

El sargento cruzó sus brazos a propósito a sabiendas de que la presidenta estaba empezando a inquietarse desde su asiento. Descargó la tensión agitando su melena con un brusco golpe de cabeza.

- Era cuestión de tiempo que ese cretino acabase yéndose de la lengua – escupió con una desorbitada inquina –. Sobre todo desde que dejé de mantener a su esposa.

- ¿Por qué? – se aventuró la periodista –. ¿Por qué canceló los ingresos hace dos meses?

- Porque en diciembre se agotaron los plazos para recurrir en el proceso y el caso quedó archivado – soltó aliviada –. Nadie creería a ese muerto de hambre si quisiera cambiar ahora su versión de los hechos; aparte de que estaba hasta las narices de sustentar a su familia con mi dinero.

- Creo recordar que fue usted quien decidió llevar a cabo ese plan – la advirtió Baeza. En el fondo, estaba deseando llegar al meollo del asunto –. Si tomó en su día la determinación de alcanzar ese acuerdo con el convicto, fue porque intentaba proteger y desvincular a su hijo

de aquel sucio negocio del carbón. Pero al final, el juego le salió caro. Y nunca mejor dicho.

La mujer soportó con osadía su mirada al tiempo que sacaba del cajón de su escritorio un paquete de tabaco. Después extrajo un cigarrillo y se lo encendió, expulsando el humo de forma precipitada.

- Ricky era un niño muy especial hasta que en plena adolescencia, dejó de ser él. Tal vez la culpa la tuvimos su padre y yo en el momento que decidimos separarnos. Quizá ninguno quiso darse cuenta que nuestro hijo necesitaba ayuda; que de nada servía enviarle a esos internados a Inglaterra cuando lo que realmente imploraba era atención y cariño. Reconozco que el proceso de divorcio no resultó fácil; había mucho dinero en juego y mi exmarido y yo peleamos en los tribunales durante cerca de tres años. Ahí fue cuando Ricky se perdió. Comenzó a juntarse con malas compañías, me llamaban del instituto cada dos por tres advirtiéndome que no acudía a clase… Ricky entró en una espiral de autocastigo donde acabó convirtiéndose en su peor enemigo. No estudiaba, se tiraba la mayor parte del día encerrado en su habitación…

Rememoró tras la cortina de arabescos que formaba el humo en el aire.

- La primera vez que la policía vino a mi casa, fue para decirme que le habían pillado robando en unos conocidos almacenes. Pueden imaginarse que el castigo que le impuse, sólo provocó un mayor distanciamiento. Por aquel entonces, yo tenía la custodia. Pero al cumplir la mayoría de edad, decidió irse a vivir con su padre. Él, que siempre le consentía todo, que le daba su tarjeta de crédito para que invitara a sus amigos en los recreativos, terminó por corromperlo. Figúrense que le compró incluso un chalet a las afueras de San Juan de Paluezas para que el niño, que ya no era tan niño, se independizara. A mí en un principio me pareció bien; hasta me enteré que a la nueva novia de papá le incomodaba su presencia. Una tarde me armé de valor y decidí ir a visitarlo para proponerle que volviera conmigo a casa. Pero lo que pasó allí… Jamás me he atrevido a contarlo. Ricky estaba en el jardín con un grupo de chavales cuando aparecí. Le dije que quería hablar con él a solas, que aún podíamos empezar de cero. Entonces, comenzó a insultarme. Me llamó cosas que todavía soy incapaz de olvidar mientras sus amigos no paraban de reírse. Luego me agarró fuerte del brazo y me arrastró hasta el coche, gritándome con la cara desencajada que como se me ocurriera volver por allí, él mismo se encargaría de apalearme. Esa fue la última vez que supe de él. Nunca más volvimos a tener contacto. Hasta que años más tarde, recibí una llamada del hospital.

Aura exhaló un suspiro a tenor de las horripilantes escenas que

cruzaban su mente.

La presidenta, por el contrario, le dio una nueva calada a su cigarrillo, desechando la ceniza en un voluminoso cenicero de cristal repleto de más colillas.

- Supongo que se refiere a la paliza que le propino Vargas – se aventuró el sargento.

- No me separé de su cama ni un solo día durante los seis meses que estuvo en coma. También sufragué los gastos del Centro de Rehabilitación donde le interné para que aprendiese a caminar de nuevo. La mañana que salió de allí ayudado por unas muletas, le acerqué a su casa y hablé con él. Le dije que como madre, había procurado que le trataran los mejores fisioterapeutas del país; que había sacrificado mi carrera como política para que no le faltase de nada y tuviera una segunda oportunidad. Pero que ya no estaba dispuesta a mover ni un solo dedo más; esta vez no. Nunca había valorado la posición que tenía, y tampoco quería formar parte de esa vida caótica y desordenada que le había llevado a la cama de un hospital.

- Una decisión de lo más taxativa si nos ceñimos a las molestias que se tomó una semana antes del juicio para que su hijo no entrase en la cárcel – la reprendió Baeza al recordar la declaración del nicaragüense.

- ¿Qué insinúa? – le asaltó, estrujando el cigarrillo en el cenicero.

- La verdad; que tenía muchos motivos para que la única persona que conocía su secreto, desapareciera.

Concha Duato entrecerró los ojos con un poso de animadversión.

- Yo no tuve nada que ver en la desaparición de esa chica – contestó tajante.

- Pero sí sabía que Daniela era conocedora de los trapicheos que mantuvo su hijo con esa panda de latinos.

- Oiga, no sé a dónde quiere llegar, pero se equivoca si piensa que tuve algo que ver en ese suceso. He podido cometer muchas irregularidades en mi vida de las que no me enorgullezco. He podido ser mejor o peor madre. Pero nunca, aunque intenté sugerir lo contrario, llegué a conocer a esa joven. ¿Cree que después de todo lo que les he dicho, sería tan estúpida como para callarme algo así?

Leo le sostuvo la mirada, igual de desafiante que la suya.

- Están perdiendo el tiempo, y por supuesto, mirando en la dirección equivocada. Mi hijo habrá sido un vándalo; quizá aún le quede un largo camino por recorrer para que algún día se dé cuenta de lo que hizo. Pero le aseguro que ni él, y mucho menos yo, estamos involucrados en algo tan sucio como lo que sugiere.

- Y lo comprobaremos – alegó rotundo –. No le quepa la menor

duda.

- Pues entonces, si no tienen nada más añadir, prefiero dejar aquí la conversación. Estoy en mi horario de trabajo y cualquier otra cuestión me gustaría tratarla con mi abogado.

Después, se levantó de su butaca.

Aura y Leo comprendieron el mensaje y la acompañaron en su ascenso. Se despidieron tras un breve apretón de manos y enfilaron el despacho de la presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo con la sensación de que las heridas del pasado todavía se encontraban tiernas. Una vez que cerraron la puerta, Concha Duato giró el escritorio y se aproximó a la maqueta de cartón piedra que parecía conservar el polvo de los años. La estructura de la Planta Solar se levantaba a lo largo del valle en una especie de construcción salomónica que ni siquiera llegó a formalizarse. Tan sólo se consiguió una fotografía para la prensa y dos firmas en la parte inferior del contrato, pese a que su mente se negaba (encasquillada) a deshacerse de las imágenes…

Viernes, 17 de enero de 2014
Chalet del matrimonio Oldán.
Dehesa de Dones (16:44 horas).
1 mes antes de la desaparición de
Daniela Guzmán

El timbre resonó en el interior de la vivienda. Concha Duato volvió a admirar el hermoso jardín invernal por el que había cruzado segundos antes de subir los peldaños del porche con aquel portafolio bajo el brazo. Los parterres de prímulas y pensamientos se extendían más allá de las verjas blancas de la entrada, entre robustos castaños y milenarios tejos. La presidenta repasó su melena con el fin de causar una agradable impresión y se pellizcó levemente sus mejillas para darle un color lozano a su pálida piel, desprovista de los *rayos uva* a consecuencia del trabajo de los últimos meses. Entonces, la puerta se abrió. Concha esbozó una amplia sonrisa al hombre que tras sus lentes de pasta oscuras, le devolvió el mismo gesto. Llevaba un chaleco gris por encima de su camisa; también unos pantalones de pinzas y unos zapatos cómodos. Luego se fijó en la incipiente calvicie que despejaba su frente, así como en su depurado afeitado. Su actitud reflexiva reflejaba la tranquilidad de quien se cree merecedor de todo aquello después de años de trabajo y sacrificio.

- No la esperaba tan pronto – pronunció con un timbre de voz de lo más jovial. Parecía estar feliz – Pero pase, por favor.

Concha escoltó al dueño de aquel impresionante chalet unos pasos por detrás. Apenas tuvo el valor de pestañear mientras se dejaba deslumbrar por cada detalle que encontró a su paso entre las distintas puertas abiertas del pasillo, como si la ostentación que se respiraba dentro formase parte de una revista de decoración para ricos. Rápidamente traspasaron la entrada del salón, donde se maravilló con los sofás impolutos recargados de cojines, la chimenea de mármol blanco, varios muebles de importación a un extremo y una descomunal lámpara de cristal en el techo.

- Imagino que habrá traído el contrato de explotación donde se instalará la futura Planta Solar – el hombre quebró de pronto sus ensueños.

- ¡Por supuesto! – soltó una carcajada herrumbrosa al tiempo que golpeaba el portafolio con sus manos –. Recién salido del horno.

- Entonces, no la hago esperar más. Voy un momento a por mi estilográfica, no sea que al final nos dé mala suerte. Manías de uno.

Ambos se rieron a la vez.

- Mi esposa se encuentra en la cocina preparando el café. Enseguida vuelvo.

El hombre enfiló la puerta mientras Concha volvía a retomar su inspección ocular. No tardó en acercarse a una cómoda repleta de fotografías del matrimonio, donde la pareja aparecía sonriente en cada una de ellas en distintos rincones del mundo. Nada parecía enturbiar la férrea estabilidad que mostraban con las manos entrelazadas hasta que de pronto, un hondo carraspeo la devolvió al salón. La mujer giró el cuerpo y descubrió en el quicio a una joven de cabello corto que la miraba en silencio con los ojos escrutadores. Su aspecto desaliñado la retrajo hasta el punto de causarle cierta aprensión.

- Menudo susto… – se atrevió a articular tras una sonrisa forzada.

- Lo siento. No era mi intención – se disculpó–. La vi cruzar el jardín por la ventana del comedor.

Su voz, en cambio, era fría y distante.

- Por cierto, soy Concha.

La chica tuvo el amago de dar media vuelta en ese instante.

- Daniela – contestó finalmente –. Aunque todos me conocen por Danny.

A la salida del Consejo Comarcal del Bierzo, Leo y Aura se refugiaron deprisa en el coche. El frío que reptaba fuera, había formado una fina capa de escarcha sobre la luneta, irisando

destellos glaciales a la luz solar. Baeza activó la calefacción y una bocanada de aire caliente comenzó a propagarse por dentro. Con el cuerpo aún entumecido, ambos se acomodaron en sus respectivos asientos mientras conjeturaban nuevas hipótesis a tenor de la entrevista que acababan de mantener con Concha Duato en su despacho. Por un lado, ninguno descartó la posibilidad de que la mujer hubiese pergeñado un plan para acabar con la vida de Daniela. La joven guardaba desde hacía años un secreto que vinculaba a Ricky con los saqueos que unos cuantos latinoamericanos llevaron a cabo en las naves de la cooperativa minera. Pero por otro, la relación entre madre e hijo se hallaba rota del todo, pese a los esfuerzos de Concha por sobornar al único culpable de la paliza que recibió su vástago y que seguía cumpliendo condena en la prisión de Mansilla de las Mulas. Vargas.

El teléfono del sargento vibró en el bolsillo de su anorak.

Rápidamente lo extrajo y echó un vistazo a la pantalla. El nombre de Alejandro Pumares le causó una rara inquietud al desconocer el motivo de su llamada. Descolgó entonces y puso el manos libres.

- ¿Pumares? – dudó incluso de que se tratase de él.

- Buenas – le saludó el joven forense al otro lado –. ¿Podemos hablar?

- ¿Pasa algo…? – se olió un hallazgo de última hora.

- Acabo de recibir un fax del Laboratorio con los resultados de la tierra sustraída de las botas de Daniela. ¿Recuerdas?

Leo viajó en el tiempo y se apeó en la última tarde que visitó a la joven en la habitación del hospital. Ni siquiera había vuelto a acordarse de los restos de barro que apartó en un clínex y que había recolectado de las suelas de sus botas *Dr. Martens*. Él mismo creyó que aquello les ayudaría a averiguar el trayecto que recorrió una vez que se escapó del zulo.

- Resulta que han identificado la mezcla – reveló –. Por lo que he leído en el informe, se trata de una tierra con gran amplitud de elementos. Han distinguido lentejones de grava compuesta por cuarzo, cuarcitas y exquisitos. Esos sedimentos son propios de climas semiáridos con periodos secos y lluviosos. El Laboratorio ha tardado más de la cuenta porque ha intentado *geolocalizar* con exactitud el lugar de procedencia de Daniela Guzmán.

- ¡Entonces…? – se impacientó.

- No sé cómo diablos pudo hacerlo, pero la chica llegó a Ponferrada desde Las Médulas.

Las miradas de Leo y Aura tropezaron confusas.

- He enviado los resultados a la comandancia. Cualquier cosa que

necesitéis, avisadme. Estaré en el Anatómico hasta las ocho.

Y colgó.

Sin embargo, Baeza continuaba absorto en los detalles que acababa de revelarle el forense. No fue capaz de apartar su mirada de la suya mientras la periodista removía sus ojos por dentro de sus cuencas. Tal vez intentaba descifrar la senda por la que Daniela atrochó cuando se liberó de su secuestrador al hincarle un muelle en la mano. ¿Pero por qué ahora nada parecía tener sentido?

- Es imposible… – balbució al fin el sargento – Las piezas no encajan.

- Según ese vecino que emitió una denuncia en el Puesto, se supone que la chica llegó a Ponferrada desde otra dirección, ¿no…? Tú mismo lo comprobaste en un mapa.

- Desde San Miguel de las Dueñas, al norte de la comarca – pronunció –. Pero Las Médulas se encuentran en sentido contrario, al sur.

- ¿Quizá viró de sentido y rodeó desorientada la ciudad?

- ¿Tantos kilómetros…? – se preguntó a sí mismo –. Me cuesta admitirlo.

En ese instante, la radio de la patrulla se accionó. Leo asió el interfono y apretó la clavija al requerirle Martínez al otro lado.

- Aquí el sargento – respondió –. ¿Alguna novedad?

- Será mejor que acuda de inmediato a la comandancia – le exigió con la voz dura –. Ha habido un giro en la investigación.

Enfilaron a toda prisa una madeja de calles y avenidas bajo un cielo azul que reverberaba contra las cornisas de los edificios. Una sucesión de semáforos y cambios de rasante les condujo minutos más tarde a la Capitanía, provistas sus aceras de otras patrullas alineadas de manera discontinua a lo largo de la manzana. Enseguida se bajaron del coche y cruzaron las losetas de cemento que atravesaban en distintos carriles las porciones del jardín. Al franquear las puertas acristaladas, accedieron al vestíbulo y de ahí al pasillo central que, acuchillado por un inquietante resplandor, les devolvió al cabo de unos segundos a la sala de ordenadores. Allí, varios agentes fortificaban con sus uniformes una de las mesas. Baeza aceleró el pasó y quiso averiguar qué sucedía.

Carmona advirtió la presencia de ambos y se retiró unos metros para permitirles contemplar la pantalla del ordenador, la cual arrojaba imágenes de una carretera comarcal acribillada por el rastro rojizo de los faros de los automóviles.

- Hemos localizado una nueva grabación donde aparece Daniela –

les instruyó el guardia a poca distancia –. El coche que robó del parking del hospital cruza el encuadre treinta minutos después de largarse de la gasolinera.

- ¿A dónde se dirigía? – le apremió.

- Eso es lo que intentamos rastrear. En el vídeo se aprecia cómo la chica toma una salida de la comarcal LE–158. Parece ser que el camino que escogió, lleva a una zona boscosa conocida como El Barredo. Se encuentra a dos kilómetros de San Esteban de Valdueza.

- ¿Podemos verlo? – se interesó.

Carmona se limitó a asentir y después le requirió a Labrador que retrocediese las imágenes hasta el instante en que el Renault blanco modelo *Modus* cruzaba por delante del encuadre. La pantalla marcaba ahora las 19:42 horas en la esquina inferior. La cámara, instalada a una considerable altura, barría parte de la carretera, congestionada de tráfico en ese intervalo de la tarde. Aura supuso que era el momento en que muchos regresaban del trabajo a sus hogares. Entonces, apareció el vehículo en escena. Apenas se apreciaba el número de la matrícula tras los haces ambarinos que irradiaban los faros. Aminoró la velocidad según avanzaba por la comarcal y giró por un camino sin asfaltar que se adentraba al margen izquierdo tras una profusa arboleda. Labrador detuvo la imagen y realizó un *zoom* con el ratón. Tras el paño de píxeles que enturbiaba la pantalla, se intuía el cabello corto de la chica y las mangas blancas de su camisón. Sin dura, era ella.

- Supongo que en algún momento saldrá de ese bosque – enunció Leo sin entender aún por qué Daniela había decidido trasladarse hasta ese apartado llamado El Barredo.

- Todavía no lo hemos verificado – contestó Labrador.

- ¿Te importaría? Más que nada porque el coche apareció calcinado en el Monte Pajariel. Es decir, justo de vuelta a Ponferrada.

Los agentes que se encontraban alrededor de la mesa, enmudecieron.

- Puedes acelerar el tiempo en la pestaña de *editar* – le aconsejó la periodista.

Labrador llevó a la práctica su sugerencia y los minutos comenzaron a correr deprisa ante la atenta mirada de los demás. Rayas de luz anaranjadas se cruzaban a toda velocidad en la imagen a medida que la impaciencia crecía más y más en los ojos del sargento. Una burbuja blanquecina se asomó media hora más tarde entre las copas de los árboles, rasgando la opacidad que cubría el entorno. El destello era cada vez más intenso. El guardia congeló el fotograma y avanzó cada segundo pulsando sobre una tecla. Después, realizó un nuevo *zoom*. El capó del automóvil

inundó parte de la pantalla, permitiendo adivinar la matrícula: 7105 DRL.

- ¿Podrías subir un poco el encuadre? – le pidió el sargento.

El agente arrastró la flecha del cursor y se detuvo finalmente a la altura del parabrisas.

Más allá del reflejo del cristal, se percibía la silueta sombreada del conductor. El corazón de Aura se removió bajo su pecho a medida que reconocía aquella figura con las manos soldadas al volante.

- ¡No es la chica! – soltó Carmona por detrás.

Leo, en cambio, frunció sus labios con violencia.

- ¡Mierda! – gritó después.

El atardecer se consumía tenebroso bajo la bóveda de acículas que asfixiaba el entorno.

Unas cuantas torretas salpicaban de destellos azules los aledaños de la carretera mientras un escuadrón de agentes se internaba en el bosque. Pertrechados con material antidisturbios, tomaron posición alrededor de la caravana para llevar a cabo el operativo. Dos de ellos avanzaron en sigilo, apuntando con sus armas hacia el objetivo. *Despejado*, murmuró el guardia por el *pocket* cuando su compañero se refugió por detrás de la puerta. El resto de la comitiva abandonó su escondite y los acompañó en la detención del sujeto. Entonces, reventaron la entrada al grito de Guardia Civil. Las luces del interior derramaron esquirlas de cobre líquido sobre los escombros que invadían el perímetro. Al cabo de unos minutos, sacaron esposado al detenido.

El Legionario, ataviado con una gorra carlista y traje militar, sacudió sus hombros con intención de liberarse de las manos que aprisionaban sus antebrazos. Ni siquiera se preguntó por qué cruzaba ahora el bosque de vuelta a la carretera. Simplemente se resignó a caminar mientras posaba los ojos entre los huesecillos que se columpiaban como astillas de sal de las ramas de los árboles.

Altamira buscó un hueco tras el espejo unidireccional. El Puesto se había convertido en un hervidero de agentes desde que trasladaron a su hermanastro a la sala de interrogatorios. Fue Inés Solís, la psicóloga, quien le advirtió que dejara al sargento hacer el trabajo sucio al mantener un alto grado de parentesco con el detenido. Sin embargo, el capitán apenas pudo amortiguar su impaciencia. No paró de morderse repetidas veces el labio inferior mientras escudriñaba el protocolo de actuación que estaba a punto de llevarse a cabo. El ansia que devoraba sus entrañas, le condujo a un hermetismo nocivo. Tal

vez rememoró las palabras que vertió su madre años ha, cuando le insistió con la voz consumida que jamás abandonara a su hermano. Altamira se maldijo y contempló una vez más el rostro de Bautista. De algún modo supo que estaba traicionándole al no personarse en la sala. ¿Cómo diablos iba a volverle a mirar a los ojos? Ni siquiera reparó en la presencia de la periodista, la cual se hallaba a su lado con la vista puesta tras el cristal polarizado. Observó cómo la puerta se abría tras un horripilante pitido al tiempo que Baeza se internaba en la penumbra que habitaba en su interior.

Leo recorrió los escasos metros de la habitación bajo la atenta mirada del Legionario. Luego depositó el portátil sobre la mesa, con la imagen del detenido suspendida en la pantalla. El hombre se reconoció de inmediato tras la estela de *pixeles* que enturbiaba la luneta de aquel Renault. Únicamente le concedió unos segundos de interés. Después regresó al rostro del sargento, que prefirió mantenerse de pie junto al espejo. Con los brazos cruzados y la actitud de reserva, Leo le examinó tras el paño de sombras que anidaba al fondo de la sala. La raquítica luz del flexo le confería un aire marcial con aquella larga cabellera poblada de nudos y *rastas*. Su barba, igual de espesa, rebasaba varios centímetros su mentón tras las canas que pincelaban su color zaíno. Tanto su altura como complexión eran sobresalientes, con el cuerpo ligeramente escorado. Aquella indumentaria militar le otorgaba un aire combativo, reforzada por unas facciones ásperas y renegridas.

Baeza destensó los músculos de su mandíbula y se aventuró a iniciar el interrogatorio.

- Necesito que me expliques por qué la mataste – le espoleó a propósito.

Bautista se sintió atacado y echó el cuerpo hacia delante, conquistando con sus brazos parte de la mesa.

- Os equivocáis – resolvió con la voz aguardentosa –. Esa chica llevaba años muerta.

Leo arqueó una de sus comisuras, confuso.

- ¿Tú crees…? Entonces, ¿qué hacías en el coche que Daniela robó del hospital la noche que su cuerpo apareció calcinado en el Monte Pajariel?

- Me cago en todo – protestó –. ¡Esa chica llevaba años muerta! ¡No lo comprendes? Yo sólo trasladé su cadáver hasta ese apartado. Nada más. Pero no intentéis endosarme la papeleta porque os juro que soy capaz de hacer cualquier estupidez.

Después, le obsequió con una mirada furibunda.

- Él fue el hijo de puta que raptó a la chica en esa fiesta.
- ¡Quién…? – elevó impaciente su voz.
- Tristán Ortiguera.

La mente del sargento se tiñó de oscuridad a medida que aquel nombre, Tristán Ortiguera, se abría paso entre los recovecos de su materia gris. Luego alzó el brazo, indicando a los de la sala contigua (o al menos esa fue su pretensión) que lo localizasen.

- Ni os molestéis en buscarle – descifró el Legionario sus intenciones.

- ¿Qué quieres decir? – le exhortó.

- Que Ortiguera está muerto.

Al otro lado de la sala, Aura contempló cómo Baeza reanudaba el paso y se sentaba en una de las sillas, desafiándole a corta distancia.

Puede que ninguno de los dos estuviera dispuesto a dejarse vencer mientras los micrófonos de dentro capturaban las señales de un resuello brusco y entrecortado.

- Será mejor que empieces por el principio.

- ¿Es decir…? – escupió Bautista con cierto retintín.

- Por ejemplo, desde cuándo conocías a ese tipo.

El hombre se mesó la barba con un poso de apatía enmarcado en su semblante.

- ¿Estás de coña? – contestó malhumorado.

- ¿Tú crees…? Porque más bien estoy empezando a perder la paciencia.

- ¡Y qué sé yo cuándo conocí a Ortiguera! Ambos coincidimos en el matadero municipal hace años.

- ¿Antes o después de intentar sobornar al seguro quemando tu casa?

Su mirada llameó tras la penumbra que lo abrigaba.

- Meses antes – masculló entre dientes –. Tintín me lo presentó al poco tiempo de entrar. Había venido de un pueblo de Galicia en busca de trabajo, ya que las cosas por allí estaban cada vez peor. Si no recuerdo mal, creo que se dedicaba a la pesca en alta mar. El caso es que tampoco nos hicimos grandes amigos; éramos compañeros y punto. Es cierto que de vez en cuando quedábamos para ir a pescar o tomar una caña; pero lo que hiciera en su vida privada… Esa es otra cuestión. Vivía en una cabaña a las afueras de San Esteban de Valdueza, en una zona boscosa conocida como El Barredo. Pero lo que no podía imaginarme es que ese malnacido hubiera raptado a la misma muchacha que vi en multitud de carteles por aquel entonces.

El sargento atendía ensimismado a su narración.

- Alguna vez me pasé por la cabaña, pero jamás vi nada extraño – continuó –. Luego descubrí que el muy cabrón la atiborraba a somníferos cada vez que recibía una visita.

- ¿Cuándo te enteraste? – le cortó.

- Hace tres meses. Justo en el puente de diciembre – alegó

convencido –. Recuerdo que ese día el cielo estaba completamente despejado. Hacía un sol espléndido y cargué mis cañas en el maletero de mi coche. Pensé que a Tristán le entusiasmaría la idea de pasar el día en el embalse de Bárcena, en Cubillos del Sil. El caso es que me presenté en su cabaña sin avisar cuando, de pronto, escuché una voz. Un hilo de voz que apenas traspasaba la puerta abierta. En un principio pensé que Ortiguera andaría hablando solo. Como tampoco era un hombre al que le gustara relacionarse… Decidí entrar y comprobar qué sucedía. Esa voz, su voz, comenzó a ganar intensidad según avanzaba por el estrecho pasillo. Entonces, lo vi. Estaba de cuclillas en una de las habitaciones intentando dar de comer a una chica que se encontraba en el suelo, con las rodillas flexionadas y negando sin cesar con la cabeza. Me fijé que tenía muy mal aspecto, con la ropa sucia y las facciones demacradas. También que su tobillo estaba rodeado por un grillete. Tristán volvió a insistirla mientras sostenía una cuchara en su mano. *Te prometo que si terminas el arroz, te dejaré salir un rato*, dijo. *Hazlo por mí, Daniela*. En ese mismo instante, relacioné la foto de la chica desaparecida con la joven que estaba observando con mis propios ojos al otro lado de la puerta. Quise dar media vuelta y regresar a mi coche para llamar a la policía. Pero justo cuando me proponía a hacerlo, la muchacha levantó la vista y me delató. No sé por qué demonios se puso a chillar.

El silencio que flotaba en la sala anexa era devastador.

- Tristán salió a mi encuentro y comenzó a ponerse nervioso. Me dijo que aquello tenía una explicación, que no era lo que parecía; que la había recogido en el bosque y que llevaba años cuidándola –prosiguió –. Evidentemente, yo no le creí. Y así se lo hice saber. Pero él se volvió loco, ni siquiera parecía escucharme mientras le insistía en que era ella, la chica de la que hablaban los periódicos. Le dije que iba a llamar a la policía, que cómo se le había ocurrido hacer eso. Tristán me miró a los ojos y sin pensárselo, se abalanzó sobre mí. Ambos caímos al suelo y comenzamos a forcejear. Sentí que Tristán descargaba su rabia contra mi cara. No paraba de golpearme con los puños mientras intentaba quitármelo de encima para poder defenderme. Vi que sus nudillos estaban cada vez más impregnados con mi propia sangre. También que un trozo de muela se removía en mi boca con cada nuevo embiste. Pensé que era el final hasta que entonces, pude hacerlo. Le asesté un golpe seco en la nuez y cayó fulminado. Tristán se retorcía de dolor cuando pude incorporarme del suelo y apresarlo por la garganta. Apreté fuerte, como si de algún modo necesitara comprobar que el pulso que palpitaba bajo su cuello, era cada vez más débil. Fue apagándose poco a poco, sin esfuerzo. Luego destensé el brazo y me di cuenta que su mirada, inerte, quedó suspendida en un punto de la pared. Me puse nervioso. Ortiguera ni

siquiera se movía. Me levanté del suelo y removí su pecho con la punta de mi zapatilla. Estaba muerto. Supe que Tristán estaba muerto mientras la chica, con el tobillo apresado, comenzó a llamarme asesino. Gritó más y más hasta que angustiado, hui de la cabaña.

Después de ponerle nombre al raptor de Daniela, el sargento se cercioró que ya ni siquiera existía. Todo parecía indicar que los errores del pasado habían trastocado sus planes en el presente.

- ¿Qué hiciste con el cadáver? – se aventuró.

- Lo lancé al Boeza – contestó con una hebra de derrota –. Tenía miedo que con mi historial, volvieran a meterme en el *trullo*. Por eso regresé esa misma noche a la cabaña y arrojé su cuerpo al río.

- ¿Y la chica? – atajó –. ¿Qué pasó con Daniela durante esos meses?

- En un principio quise liberarla y trasladarla al hospital, pero luego me di cuenta que no estaba preparada. Durante días siguió chillándome y llamándome asesino. Le dije que no lo entendía, que por qué renunciaba a ser libre ahora que Tristán había muerto. Pero Daniela pronunció algo que me heló la sangre. *Ahora ya no quiero vivir*. Eso fue lo que dijo; que ya no quería vivir y que la había arrebatado a la única persona que admiraba y sentía compasión por ella. Entonces, lo comprendí. Supe que Daniela estaba enamorada de él y que jamás me perdonaría que la hubiera salvado; que si tenía la oportunidad de abandonar su cautiverio, lo confesaría todo. Por eso decidí mantenerla en esa habitación, para intentar convencerla de que lo único que deseaba era que regresase con sus padres. Le llevaba comida a diario. A veces incluso la despojaba del grillete para que pudiese caminar por la casa. Luego volvía a candarle el tobillo y cerraba con llave la cabaña. Sin embargo, el día antes de aparecer en el hospital, me la jugó. No sé cómo, pero había sido capaz de desprenderse del grillete y escapar por una de las ventanas. Al día siguiente, cuando inspeccioné la habitación, descubrí que había utilizado un muelle del colchón para liberarse. El caso es que no volví a saber de ella hasta que una enfermera de la Reina publicó esa noticia en internet. Supe entonces dónde encontrarla.

- A lo que sospecho que fuiste en su busca.

- Una noche de tormenta la vi asomada a la ventana de su habitación. La saludé y ella me devolvió el gesto. Pero eso fue todo.

- ¿Y cómo estabas tan seguro de que acabaría fugándose del hospital?

- Porque durante el tiempo que estuve a su lado, tuve la certeza de que no aguantaría la presión. Sabía que antes o después regresaría al único lugar donde fue feliz junto a él. Y eso hizo. Daniela se sorprendió al verme en la cabaña. Estaba vertiendo una lata de gasolina por fuera cuando la llamé. La chica me retó con la mirada y prendió una cerilla en el acto. Me dijo que ni me acercara, que iba a

volar la cabaña. Que había sido una estúpida creyendo que la policía la creería y que se había dado cuenta que yo era el único culpable. *No debiste matar a Tristán*, dijo. *Aunque ahora ya es demasiado tarde. Lo he confesado todo*. Reconozco que en ese instante, la rabia me cegó; ni siquiera sé por qué corrí hacia ella y la empujé, golpeando su cabeza contra el muro de la casa. Me sentía fuera de sí, poseído por el mismo diablo. Tampoco sé si estaba viva cuando me percaté que tenía las manos ensangrentadas. Me puse tan nervioso, que decidí meterla en el maletero y quemarla una hora después en ese monte.

Leo resopló para aliviar la pesada carga que soportaba sobre sus hombros, anquilosados por la narración.

- Daniela nunca llegó a delatarte – le aseveró –. Todos dimos por hecho que Tintín era su secuestrador. Ella misma dibujó en el cabecero de su cama una serpiente enroscada que el belga tenía tatuada en su antebrazo.

- Pero esa serpiente se la hicieron ambos cuando trabajaban en el matadero. Imagino que albergaría algún tipo de significado. Daniela sólo me confesó que Tintín la cuidaba cuando Ortiguera se ausentaba de la zona. Sin embargo, nunca apareció por allí. De ser cierto o no, eso ya da igual.

Al que no le dio igual fue a Leo Baeza, que se resignó a levantarse de la silla con la cabeza sobrecargada de datos e imágenes escabrosas. La historia que el Legionario acababa de relatarle, continuaba varada en un rincón de su mente. Leo se observó en el espejo y comprobó que su propio reflejo le devolvía la imagen de un hombre abatido, herido por un caso que parecía haber llegado a su fin. Porque eso fue lo que sintió una vez que se puso en pie; que la investigación había concluido. El sargento hizo un gesto para que abriesen la puerta y miró una vez más al detenido. Tras las sombras que sepultaban sus facciones, Bautista parecía desgranar una sonrisa hueca tramada de dientes afilados y amarillos. Tampoco se planteó si estaba arrepentido. Sólo avanzó por la sala y agarró con firmeza el pomo en cuanto aquel pitido se coló en el interior.

Después giró el cuello y volvió a escudriñarle.

- En breve pasarás a disposición judicial – acertó a decir.

El Legionario desdibujó la sonrisa de su rostro.

- Puede que yo le quitase la vida, pero esa chica llevaba años muerta – pronunció –. Y Ortiguera se encargó de hacerlo la misma noche que la secuestró en esa fiesta.

Labrador y Carmona entraron en la sala en ese instante. Procedieron a levantar al detenido para trasladarlo – supuso el sargento – a los calabozos. Después le colocaron las esposas y tiraron de él para obligarle a caminar. Bautista se clavó al suelo

como una estaca, buscando desesperadamente la mirada de Leo.

- Me gustaría realizar una llamada – le solicitó.

Baeza vislumbró un atisbo de aprensión en sus palabras.

- Llevadlo a la sala de ordenadores – se dirigió a los agentes –. Pero sólo un minuto.

Y sin más, el Legionario salió de allí con la extraña convicción de que todo había salido según lo previsto.

Vicente Altamira no paraba de escupir improperios en la sala adyacente cuando el sargento atravesó la puerta y se refugió en los ojos de Aura.

El aire de dentro destilaba un tufo malsano que podía cortarse con el filo de un cuchillo. Y es que el impacto que había causado la declaración de Bautista, los redujo a un estado de apatía que parecía sobrevolar por encima de sus cabezas. Sólo Altamira se había encargado de exteriorizar sus sentimientos con denuedo mientras Aura y la psicóloga evitaban mirarle a la cara por miedo – arguyó – a importunarle. Leo sintió lástima por él. Ni siquiera sabía de qué manera podía ayudarle a medida que el hombre se encastillaba en sí mismo con las manos metidas en los bolsillos de su *Barbour*. Tal vez no era cuestión de ponerse en su piel (que también) y adivinar qué oscuras sensaciones culebreaban en sus extrañas. Baeza creyó que el único modo de salvarle era apartándolo del caso, aunque aquello le costara una acalorada discusión y una reiterada explicación por su parte.

El sargento se aproximó a él y le sostuvo la mirada, incómodo.

- Supongo que te alegrarás – le asestó el primer golpe.

Leo supo encajarlo.

- Ya has conseguido que mi hermanastro acabe entre rejas – segundo asalto.

Aura se situó por detrás de Baeza con intención de mostrarle su apoyo.

- ¿No vas a decir nada…? – remató, dispuesto a iniciar el combate.

- Siento no poder hacer más por él – respondió con la voz apaciguadora –. Pero tampoco es culpa tuya. Es su confesión.

- ¡Y ahora qué? ¡Qué se supone que debo hacer, quedarme de brazos cruzados…?

- Quizá escuchar la opinión de Inés al respecto – le cortó la periodista –. No sé si os habéis dado cuenta que todavía quedan varios cabos por resolver.

Ambos viajaron hasta el rostro demudado de la psicóloga.

- Es posible que Bautista haya dicho la verdad – sugirió –. Todos fuimos testigos del comportamiento de Daniela durante los días que estuvo ingresada en el hospital. Nadie fue capaz de atravesar su

caparazón por la sencilla razón de que estaba protegiendo a su verdadero raptor. No quería fallarle aunque estuviera muerto. Por eso jamás reveló su nombre, ni siquiera el lugar donde estuvo cautiva. No estaba dispuesta a compartirlo con intrusos.

- Y según tu experiencia, ¿qué deberíamos hacer? – Baeza deseaba profundizar un poco más en su criterio.

- Puede que esté equivocada. Pero lo primero, localizar esa cabaña y registrarla. No sólo por corroborar la versión de tu hermano – se dirigió a Altamira –, sino también para comprender por qué Daniela tenía intención de quemar todo aquello que supuso durante cinco años su mundo.

- Más que nada porque su historia no coincide con la de Bautista – añadió Aura –. Mintió desde el principio por proteger a Tristán Ortiguera.

Leo transitó mentalmente por esa senda y supo que era la más factible en esos momentos.

- Estoy de acuerdo – dijo después –. Aunque también habría que registrar la caravana del Legionario.

Altamira, en cambio, los atendió mudo y avanzó por la sala con intención de marcharse.

- Haced lo que queráis – concluyó.

Y desapareció sin más por el marco de la puerta.

A varios metros de allí, en una sala con las mesas vacías, el Legionario se disponía a hacer una llamada de teléfono. La tenue claridad que exudaba el flexo, laminaba en finas lonchas la penumbra que reverberaba al fondo, quebrada por el halo ambarino que vertía la luna por una de las ventanas. Rápidamente descolgó el auricular y marcó un número que se sabía de memoria. Bautista no estaba por la labor de malgastar el minuto que ese sargento le había concedido. Entonces, escuchó una respiración lúgubre y cadenciosa al otro lado de la línea.

- El plan está en marcha – resolvió de inmediato –. Todo está saliendo según lo previsto.

Después, presagió que no iba a escuchar su voz. Era el momento de mostrar su advertencia.

- Yo he cumplido con mi parte – desvainó, seguro –. Ahora te toca a ti mover tus fichas.

Y acto seguido, colgó.

El silencio parecía gotear al fondo del pasillo.

Leo cruzó la sala y comprobó que estaba igualmente despejada. Caminó a tientas ayudado por la nebulosa fluorescente que

emanaba tras la puerta abierta y se sentó delante de uno de los ordenadores. Enseguida se colocó unos auriculares y navegó con el ratón entre las distintas carpetas distribuidas en desorden por la pantalla. Cliqueó un par de veces sobre una que rezaba: *Confesión de Pedro Bautista. Sala de interrogatorios. 7 de marzo de 2019*. Después pulsó el *Play* y se adentró en la declaración del Legionario según avanzaban los minutos en el margen inferior.

Al rato, los paneles del techo comenzaron a encenderse por fases. Baeza atendió extrañado y desvió la mirada hacia el interruptor de la pared. Al otro lado de la puerta, Altamira lo contemplaba con el rostro atribulado. Su expresión revelaba un daño visible a medida que el sargento se retiraba los cascos y acertaba a comprender qué sucedía.

- No sabía que estabas aquí – le confesó el capitán con la voz entumecida.

- Quería volver a echar un vistazo al interrogatorio.

- Por supuesto. Estás en tu derecho – añadió, parco –. Yo me voy a casa. La verdad, no me encuentro muy bien…

- Será mejor que descanses. Mañana lo verás todo de manera distinta.

Sin embargo, Altamira no parecía prestarle demasiada atención.

- Por cierto, antes de que se me olvide. Te he reenviado al correo las hojas escaneadas de la agenda personal de ese detective, Rafael Oviedo. Parece ser que la Central de Madrid la encontró en el interior de su coche junto a otras pertenencias. Aunque te adelanto que no hay nada reseñable que nos ayude a progresar en la investigación.

Baeza se acordó de Aura y de lo que habría dado por estar allí presente.

- ¿Necesitas algo más?

Leo negó con la cabeza.

- Pues entonces, hasta mañana.

Tan pronto como desapareció de su vista, Baeza introdujo las claves en su cuenta de *Gmail* y esperó a que la página se cargara. Luego entró en el correo que había recibido de Altamira y descargó el archivo adjunto. La pantalla desplegó al instante una sucesión de hojas escaneadas. El afamado detective que investigaba la periodista (y que siguió los pasos de Tintín hasta el mismo día que murió en aquel chalet de Somosaguas), tenía una letra cursiva e historiada. Eso fue lo primero que pensó a medida que pasaba las páginas con el ratón y echaba un vistazo a las anotaciones escritas. *Llamar a Pilar. Recoger americana en la tintorería. Dentista a las 17:15 horas*. Leo no encontró entre la maraña de apuntes ningún elemento de interés que pudiera ofrecerles un tibio rayo de luz. Después, se detuvo en la última

hoja.

Con fecha a 19 de febrero (el mismo día que fue brutalmente asesinado), Rafael Oviedo había dejado constancia de su visita a la hemeroteca de Tribuna Madrid para las 12:45 horas. Nada hacía adivinar el motivo que le llevó a rastrear – según Aura – en el anuario de *La Voz del Bierzo*, cuando su corazón le dio un pálpito al arrastrar los ojos hacia la parte inferior.

Rodeado por un círculo sin acabar, su nombre le sometió a un oscuro sortilegio de voces pasadas e historias sin resolver.

DIA 10

La niebla depositada al fondo de la carretera era seccionada por los faros de la patrulla. Gotas de agua suspendidas en el ambiente que pulverizaban los cristales de la luna mientras el limpiaparabrisas arrastraba tras su sistemático vaivén un chirrido molesto y prolongado. Leo depositó la mirada por fuera de la ventanilla y contempló las gruesas raíces de los pinos que sobresalían de la tierra en infinidad de formas retorcidas. El bosque, encaramado bajo una gama de tonalidades ocres y verdosas, era devorado por una alfombra de helechos. La humedad continuaba arremetiendo contra la estructura del coche cuando el sargento encendió la radio. El parte de noticias se asomó como un murmullo pausado y lineal. Leo subió el volumen y permitió que la voz del presentador ensuciara su mente con otros sustantivos y adverbios.

Aún no se le había ido de la cabeza lo que leyó en la agenda del detective la noche anterior. Ni siquiera sabía cómo plantearle a la periodista que el nombre de Lorenzo Garrido, su fiel e inolvidable Serbio, aparecía rodeado por un círculo sin acabar al final de la página. Quizá fue lo último que anotó Rafael Oviedo antes de que la policía lo hallase a varios metros de profundidad en el jardín de aquel chalet de Madrid. Pero, ¿cómo diablos podía comunicarle que el hombre al que investigaba por encargo de su diario, había escrito una clave, un señuelo, algo que tan sólo él conocía y que tantas pesadillas la acarreó durante su estancia en La Alberca meses atrás? ¿De qué manera podía dejarle entrever que posiblemente tuviera algún tipo de conexión con el caso en el que se encontraban inmersos? Y lo más importante, ¿qué sabía el detective del Serbio que ambos desconocían?

Posiblemente no estaba por la labor de compartir con ella esa información. No mientras él pudiera protegerla, resguardarla de tormentas lejanas, prevenirla de cualquier ataque. Porque eso era lo que había estado haciendo desde que se marchó del pueblo; esconder otro secreto del Serbio que única y exclusivamente la afectaba a ella. Pero entonces creyó que de nada serviría remover las viejas heridas que sangraban con sólo rozarlas; pues Aura había encontrado un lugar en el mundo (fuera del suyo) y deseaba que siguiese siendo feliz. Aunque aquello conllevara una ceguera forzosa.

Eso mismo conjeturó a medida que la patrulla escalaba la falda de la montaña y continuaba internándose en la gasa vaporosa que envolvía el paisaje. Rápidamente echó un vistazo al reloj del cuentakilómetros y comprobó que faltaban dos minutos para que

diesen las diez de la mañana. La periodista, sin embargo, no paraba de llamarle desde el asiento del copiloto.

- ¿Me estás escuchando? – se impacientó.

El sargento cayó en la cuenta que había estado respondiéndola con monosílabos desde que decidió viajar en el tiempo y enfrentarse a sus propios fantasmas. De nuevo, se cuestionó cómo reaccionaría si le contase que Lorenzo Garrido parecía haber regresado de entre los muertos.

- Lo siento. Estaba distraído. Anoche llegué tarde al chalet y apenas he dormido un par de horas – mintió.

- Te decía que podíamos ir a comer al centro y celebrar que el caso ha concluido.

- ¿A comer…? Claro, me parece buena idea.

- ¿Estás bien? – se extrañó –. Cualquiera diría que has atrapado al asesino de Daniela.

- Ya te he dicho que estoy algo cansado – sonó áspero.

Luego intentó rectificar.

- Pero sí, tienes razón. No todos los días se resuelve un caso. Por cierto, invito yo.

Y giró el cuello para obsequiarla con una sonrisa vacía.

Al momento, observaron que varias patrullas sobresalían a ambos márgenes de la carretera. Baeza aminoró la marcha y estacionó el vehículo a escasos metros de la cuneta. Enseguida se internaron en la frondosa vegetación que sepultaba aquella senda primitiva cargada de otras huellas recientes. La hiedra escalaba enfurecida por los troncos de los árboles, descolgándose de las ramas en un lento vaivén. Nada parecía presagiar que los agentes se hallaban bosque adentro mientras el silencio goteaba en derredor, interrumpido por el graznido de unos cuervos. Los primeros vestigios del Legionario se revelaron como un encantamiento. Varios huesecillos de animales se columpiaban de los pinos en un tétrico aquelarre, anunciando al forastero que aquél era un lugar sagrado protegido de malos espíritus. Ambos continuaron adentrándose en lo desconocido, sorteando las rocas que excedían de la tierra bajo una lengua de musgo y liquen.

No tardaron en apreciar los trajes reflectantes de los técnicos peritos que refulgían a la luz cenicienta por dentro del claro. La mayoría radiografiaba con sus equipos fotográficos los artilugios que se amalgamaban confusos en los improvisados vertederos que cercaban el perímetro de la caravana. Un nauseabundo olor a basura comenzó a invadir sus fosas nasales al cruzar el último tramo boscoso. Después, invadieron aquella porción de terreno despejada de árboles.

Blas Carmona salió a su encuentro en cuanto los avistó.

- Estábamos esperándole, sargento – pronunció de camino.

Leo echó un vistazo y verificó que otros guardias entraban y salían de la vieja caravana.

- ¿Habéis encontrado algo?
- Negativo – respondió con la voz firme.
- ¿Y Bautista? – le cuestionó con la mirada puesta al fondo –. No veo al Legionario.

El agente bosquejó un rictus de desagrado en sus facciones.

- No ha venido.
- ¡Cómo que no ha venido? – se exaltó.
- Digamos que el muy cabrón ha estado toda la noche tocando… – se cortó al contemplar a la periodista –. Estuvo dando voces desde que apagamos la luz y luego no se le ocurrió mejor cosa que embadurnar las paredes con su propia mierda.

Aura cerró los ojos, repugnada.

- El capitán tuvo que acudir al Puesto para intentar calmarle – prosiguió –, pero viendo que era imposible hablar con él, decidió recurrir a la psicóloga para que le suministrase un tranquilizante. Ahora está durmiendo como un lirón en su celda.

Baeza enarcó ambas cejas a modo de reprobación.

- En fin… ¿Entramos?
- No sé si quieren unos guantes de látex – dijo mientras sacaba unos cuantos del bolsillo de su uniforme –. Dentro está todo asqueroso.

El sargento asintió de buen grado.

Aura, en cambio, notó que el móvil le vibraba en su abrigo. Lo extrajo rápido y comprobó que tenía dos llamadas perdidas de Max. También doce mensajes de *WhatsApp*. ¿Por qué se habría puesto en contacto con ella tan pronto?, se preguntó. ¿Acaso había descubierto lo que investigaba el detective en la hemeroteca de Tribuna Madrid?

- ¡Aura…? – robó Baeza su atención por tercera vez.
- ¡Qué…? – se sobresaltó.
- ¡Que si entramos!

Ambos hombres no dejaban de observarla.

- Vale – y guardó de nuevo el móvil en su abrigo.

Los tres enfilaron el estrecho solar por donde se colaba una espesa claridad gris y subieron los peldaños de rejilla. Un hedor pestilente se estrelló contra sus caras en el momento que cruzaron el umbral y se recluyeron en la penumbra del interior, rasgada por dos lámparas isotérmicas de luz purpúrea que generaba una atmósfera inquietante. Leo se percató que Corredera estaba inspeccionando con una linterna el cuarto de baño (la mugre se extendía como un magma por el lavabo y espejo), mientras Labrador introducía sus manos entre los distintos armarios voladizos, atestados de más porquería. El sargento se subió las

mangas del anorak y comenzó a retirar los respaldos de lo que supuso era el salón comedor.

- Tenga cuidado de no cortarse, sargento – disparó Carmona –. Hemos encontrado trozos de cascos de cerveza por los sofás.

Sin embargo, Baeza se afanó en localizar una señal que relacionase al Legionario con el homicidio de Daniela Guzmán. Sabía que no bastaba con su confesión; necesitaba una prueba, algo que le garantizase que solamente él había sido el artífice del asesinato de la joven, abandonando su cuerpo en llamas en aquel desolador paraje. Por eso apartó después los asientos de espuma; porque no estaba dispuesto a largarse de allí sin una garantía. Entonces, descubrió que debajo había una especie de arcón con la tapa de tablillas. Leo se extrañó y tiró de la anilla con fuerza. Una nube de polvo manó de dentro como si se tratase del vuelo de un millar de crisálidas, despejando el rastro blanco de un objeto. Introdujo las manos enguantadas con cautela y lo recogió. Sus ojos se abrieron más de la cuenta.

- ¡He encontrado el camisón de Daniela! – alzó la voz.

La pieza estaba perfectamente doblada, formando el tejido un delicado rectángulo con el cuello hacia arriba. Carmona le tendió una bolsa transparente en el mismo instante que el sargento desplegaba la tela, asiéndola por las costuras delanteras.

Un chasquido metálico resonó a sus pies.

- ¿Qué ha sido eso? – preguntó Aura.

Leo se agachó y recogió del suelo una llave de forja de aspecto antiguo, dentada al final del cilindro y con el agarre recargado de geometrías. En una pequeña chapa sujeta a la anilla, leyó: *Apotheka*.

- ¿Dónde estaba? – preguntó Labrador sin quitar ojo a la llave.

- Envuelta entre el camisón – dijo mientras la introducía en la bolsa junto a la prenda de la joven –. ¿Sabéis si hay un cobertizo o una leñera cerca de la caravana?

Los agentes negaron al unísono.

- Entonces habrá que preguntarle al Legionario – continuó –. Si estaba escondida junto al camisón de Daniela, eso es porque guarda algún tipo de relación con ella.

Leo Baeza hizo un sobreesfuerzo cuando horas más tarde, comió junto a la periodista en la isla de la cocina.

La luz plomiza de la tarde arañaba los cristales del chalet de Molinaseca. Aura no paraba de hablar del caso y el posible ascenso que le reportaría en el diario mientras pinzaba con los palillos chinos la carne bañada en salsa agridulce. Estaba pletórica. Eso fue lo que oteó al otro lado de la mesa pese a que

otra idea, otro asunto bien distinto, carcomía el ánimo del sargento distanciándole de su voz. Las preguntas barrían sin respuesta su mente. ¿La interrumpo ahora y le cuento lo que leí del Serbio en el expediente que recibí de Coruña hace tres meses?, vaciló. ¿Reaccionará bien? ¿O es mejor que siga callándomelo para que no interfiera en su felicidad?

Aura continuaba construyendo castillos en el aire con la risa floja. Quizá el vino que ingería a cada bocado, soltó su lengua mientras volvía a agradecerle que todo había sigo gracias a él, a su honestidad, a su profunda generosidad por contar con ella para la investigación. Leo fue escalando entre la maraña de dudas que anidaba su cabeza y regresó a la cocina en cuanto Aura pronunció su nombre.

- ¿Cómo dices…? – se atrevió a preguntar, inseguro.

- Que si no crees que el detective iba sobre la pista correcta – repitió –. Oviedo nos abrió el camino cuando Hooded encontró en la *nube* aquella grabación en francés. Estaba convencido de que los hermanos belgas estaban involucrados en el secuestro de Daniela.

- O sólo Tintín – rectificó –. El Legionario no nombró a Christoffer van Hoof durante el interrogatorio.

- De acuerdo. Te compro la idea – su verborrea iba en aumento –. Pero si conseguimos llegar hasta la caravana de Bautista, fue porque el detective hizo el trabajo duro meses antes. De no haberlo asesinado Tintín en esa urbanización, estoy convencida de que habría descubierto la verdad. Y por supuesto, quien se escondía detrás del rapto de Daniela: Tristán Ortiguera.

Las conjeturas de Aura se cruzaban irremediablemente en aquel bosque de sospechosos.

- Por eso Tintín acabó lanzándose desde la azotea de la calle la Paz. Porque en el fondo no soportó la culpa de lo que había hecho: colaborar junto a Ortiguera en el secuestro de la chica, y por supuesto, quitarle la vida a Rafael Oviedo.

- Y el Legionario acarreará con todo el peso de la ley – añadió Baeza –. Cometió el error de no confesarle a Altamira dónde se encontraba retenida. Pero en ocasiones, las decisiones que tomamos acarrean consecuencias irreparables. ¿No crees…?

La periodista percibió una hebra de sentimentalismo en su voz.

- Puede – articuló –. Pero hoy celebramos que el verdadero asesino de Daniela Guzmán se encuentra en los calabozos del Puesto, a la espera de ser trasladado ante el juez. Eso sí que merece un brindis.

Y elevó su copa en alto.

- Por el hombre que ha sabido resolver el caso.

Leo la acompañó en su ascenso con una sonrisa templada.

- Más bien diría que por el reencuentro – chocó su copa –. La vida

es así de caprichosa.

Después, ambos dieron un sorbo al vino.

- Imagino que ya tendrás material suficiente como para volver a Madrid y hacer feliz a tu jefa – prosiguió.

- Si te refieres al vídeo del internauta, te prometo que hablaré con Alicia. No quiero que ahora estés preocupado por eso. Sé que podré convencerla para que no lo publique.

- Gracias – musitó.

Una sensación de melancolía comenzó a flotar en el ambiente.

- Entonces… ¿Esto es una despedida?

- O un hasta luego – respondió Aura mirándole fijamente a los ojos –. Dejemos que esa vida caprichosa nos vuelva a sorprender. Aunque espero que en circunstancias distintas.

Le regaló una sonrisa amplia.

Baeza, en cambio, no podía apartar sus ojos de los suyos. No mientras continuara viéndose en el reflejo de sus pupilas.

- Cada vez que pasamos un tiempo juntos, me cuesta separarme de ti – le confesó en voz baja.

- A mí también me ocurre lo mismo.

El sargento depositó la mano sobre su palma y comenzó a acariciarla. Despacio. Muy lentamente. Adivinando con el tacto de sus yemas la geografía de su piel. Aura cerró los ojos y se dejó guiar por el sonido de su respiración, suave pero acompasada. Por los escalofríos que ascendían a través de su espina dorsal, cortos y electrizantes. Por el sabor de su saliva en cuanto posó sus labios en los suyos y ocupó con su lengua las señales de una historia que tan sólo a ellos les pertenecía. Porque eso hicieron en el momento que se desató la pasión y se deshicieron de la ropa de camino al dormitorio. Retomar un pasado que ambos decidieron perpetuar.

Puede que el tiempo, el tiempo de Leo y Aura, se cristalizara bajo una resbaladiza capa de sudor. Tal vez se esforzaran en conquistar cada segundo entre fuertes sacudidas. Pero lo que ninguno se permitió con la luz atravesando las rendijas de la persiana, fue desobedecer a los instintos caprichosos.

Todavía recostado en la cama, el sargento parecía deleitarse del murmullo de agua que se escurría en la penumbra de la habitación. Una cuchilla de luz emanaba por el travesaño inferior de la puerta, escurriéndose débilmente por la moqueta del suelo. La periodista llevaba algo más de diez minutos encerrada en el cuarto de baño cuando su teléfono sonó en la mesilla. Leo echó un vistazo a la pantalla y le extrañó que Altamira quisiera ponerse en contacto con él a esas horas de la tarde. Imaginó que andaría en el Puesto cuidando de su hermanastro. Después, descolgó.

- Dime – disparó.

- No sé si te pillo en buen momento – intuyó por su brusco saludo –. Te llamaba para informarte que varios agentes están dirigiéndose a la cabaña de Tristán Ortiguera. Hoy mismo van a proceder a su registro.

Baeza se incorporó de la cama.

- ¿Es que tú no vas…?

- Prefiero estar al lado de Bautista hasta que el juez me comunique su traslado – dijo con la voz tomada –. Me necesita.

- Entiendo – masculló –. Yo me encargo. Cualquier cosa que necesites, mantenme al corriente.

Y colgó.

Aura entornó despacio la puerta y un aspa de claridad despejó las sombras adormecidas de su dormitorio. Enseguida comprobó que Baeza se hallaba de pie, escudriñándola fijamente con el torso desnudo y los pantalones a medio abrochar. Tal vez ninguno de los dos tuvo el valor de acuñar lo que acababa de suceder allí dentro, con el enigmático efluvio de sus cuerpos vagabundeando aún en el aire. Simplemente caminó descalza por la otra orilla de la cama, sujetando con ambas manos la toalla enroscada por encima de su pecho.

- Era Altamira – rompió el hielo.

La periodista abrió las dos puertas del armario empotrado e intentó ocultarse por detrás de la luna.

- ¿Qué quería? – se interesó.

- Será mejor que te des prisa. Todavía nos queda por conocer el lugar donde estuvo Daniela encerrada.

- Perfecto – respondió lacónica –. En cinco minutos estoy lista.

Aura respiró aliviada en cuanto se percató que Leo abandonaba su dormitorio para – intuyó – terminar de vestirse. El remordimiento que dormitaba agazapado bajo las capas de su piel, no excedía los límites de un deseo que cada vez era más fuerte, mucho más invasivo, como si ya no tuviera control sobre él. Porque eso fue lo que sintió una vez que se quedó a solas; que no podía frenar el torbellino de sensaciones y sentimientos que de algún modo habían dejado de pertenecerle. Aura se acicaló delante del espejo y comprobó que el reflejo le devolvía la imagen de una joven treintañera cargada de dudas. Quizá pudo haberlo evitado. Pero cuando su móvil vibró en la moqueta y leyó en la pantalla que se trataba de Max, tan sólo escupió un *¡mierda!* segundos después de colgar su llamada.

Una niebla baja asfixiaba los matojos que sobresalían de la tierra cuando cincuenta minutos más tarde, los faros de la patrulla alumbraron al final del camino una casa con los muros revestidos por listones de madera y tejadillo de pizarra. Leo apagó el motor y se apeó del coche junto a Aura, dispuestos a seguir examinando la estructura

de aquella cabaña en la que una noche de carnavales, un hombre llamado Tristán Ortiguera decidió apresar a una joven para esconderla del mundo en una habitación. Las imágenes que cada uno recreó durante el interrogatorio del Legionario, se entremezclaban ahora con la visión real de lo que suponía aquella vivienda de campo, sin tapias que la cercaran, sin otros lugares a los que huir; pues sólo la vasta región del Bierzo se abría paso a lo desconocido, poblada de infinidad de árboles y un silencio mortífero.

La cabaña, de una sola planta, era bastante profunda. Tenía los bajos revestidos de piedra y un ligero abombamiento en la madera que cubría sus paredes, hostigada por las heladas y las lluvias del invierno. Un tubo de chapa excedía varios centímetros del tejado a dos aguas, con la salida de humos completamente renegrida. El porche, fabricado con troncos, se encaramaba a un lateral con el barniz decolorado. Aura sintió escalofríos al imaginarse el calvario que debió sufrir la chica mientras varios técnicos peritos, enfundados en sus trajes de bioseguridad, entraban y salían de la vivienda marcando el escenario con cintas y piezas de señalización.

Carmona salió a su encuentro en cuanto rebasó la entrada y los atisbó. Según avanzaba con el paso ligero por aquel territorio hostil, su figura quedó enmarcada por un horizonte herido por infinidad de ramas retorcidas y bandadas de cuervos. Su rostro, en cambio, parecía traer mejores presagios.

- Buenas – se dirigió a ambos –. Hemos localizado la habitación donde supuestamente Ortiguera encerró a la chica.

- ¿Y los demás?

- Dentro. ¿Me acompañan?

Los tres enfilaron la senda que conducía a la cabaña, sofocada por una alfombra neblinosa que se desplazaba entre nubes de vapor.

Los peritos continuaban fotografiando varios rincones de la vivienda en cuanto cruzaron el porche. Un fuerte olor a carburante los embistió en la misma entrada.

- ¿Qué es…? – preguntó Aura asqueada.

- Gasolina – verificó –. Al menos, coincide con la versión que aportó Bautista. Daniela tuvo que verter aquí parte de la lata. ¿Seguimos?

Un estrecho pasillo se abría al fondo, asediado por una claridad fantasmagórica procedente de varias lámparas isotérmicas. Los haces de luz desempañaban algunos tramos del suelo, alimentado de suciedad y hojas secas. Aura percibió que una corriente de aire vagabundeaba en su interior, agitando unas sogas que colgaban del techo. A medida que se internaron en el pasillo, los crujidos de la madera restallaban bajo sus pies. La sensación de abandono era demoledora a medida que rastrillaban con la mirada sus

paredes desnudas, con la pintura desconchada y poblada de cercos de humedad. Una luz blanquecina que emanaba al margen izquierdo, les condujo a rebasar el umbral. Dos peritos fotografiaban la habitación bajo la atenta mirada de unos cuantos guardias. El tufo hediondo que destilaba, era insoportable. La ventana estaba cegada por una escalera de tablones y el colchón que descansaba en el suelo, aún almacenaba restos de excrementos; también el interior de un recipiente que sirvió de bacinilla. Baeza se tapó la nariz con el antebrazo y reparó en el grillete. Se encontraba en una esquina, con el seguro abierto y carcomido por el óxido. Los eslabones de la cadena zigzagueaban en el suelo hasta la placa galvanizada taladrada al rodapié. Todavía podía sentir el rastro de Daniela entre aquellas cuatro paredes putrefactas y moribundas.

Sin embargo, una bola de resquemor ascendió por su tráquea como lava caliente.

- Oídme todos – disparó. Ni siquiera era capaz de destensar su mandíbula –. Necesito que toméis muestras y que el Laboratorio se encargue de analizarlas. No quiero que se nos escape nada. ¿Me habéis entendido?

Los agentes se limitaron a asentir.

Una arcada le sobrevino de inmediato. El sargento salió de la habitación y amortiguó en el pasillo la descarga que reptaba por su laringe, trufado de virutas ácidas. La periodista salió a su encuentro, situándose a escasos centímetros.

- ¿Estás bien? – se interesó.
- Ha sido ese olor – atribuyó –. No lo soporto.
- ¿Quiere tomar un poco de aire? – preguntó Carmona por fuera del quicio.
- Prefiero seguir inspeccionando el resto.

El agente cruzó la luz violeta que derramaban las lámparas en un recodo y se adentró en el pasillo, enmascarado por una penumbra pestilente que sofocaba la visión de telarañas. Aura tanteó la pared por miedo a caer. Después, descubrió que un nuevo descansillo se abría paso al final de la cabaña. Baeza sacó el móvil de su anorak y activó la linterna. La cortina de polvo suspendida en el ambiente permitía entrever las puertas entornadas que abrigaban dos de sus muros. Leo echó un vistazo a su interior, donde apenas quedaba mobiliario entre las chimeneas atestadas de hollín y algunos cuadros con imágenes cinegéticas. La vida allí dentro parecía deshacerse en un miasma cruel e infecto, como si un hechizo nigromante le hubiese concedido el poder de atraer las sombras y la muerte.

Leo giró sobre sus talones hasta que la linterna desempañó aquel bulto reclinado contra la pared de enfrente. Aura se percató y no dudó

en acuclillarse. Enseguida percibió las motas ajadas que despedía aquel ramo de flores secas. Después, leyó en voz alta la leyenda que cruzaba la cinta por delante de la cobertura de plástico: *La Comunidad Belga no te olvida*.

- ¡Son las flores que robó del cementerio! – se exaltó el sargento.

- Debió dejarlas aquí cuando Bautista la sorprendió echando gasolina fuera – conjeturó la periodista a medida que volvía a incorporarse –. ¿Pero por qué este hall?

- A lo mejor sólo intentaba rendir un tributo – se inmiscuyó Carmona – Me refiero a una especie de ofrenda antes de prender fuego a la cabaña.

Aura barajó aquella posibilidad como la más certera. Ambos secuestradores habían muerto y Daniela acudió al cementerio para llevarse un recuerdo suyo. En este caso, de Tintín; ya que el Legionario se había deshecho del cadáver de Ortiguera arrojándolo al río.

- Al menos, encajaría con lo que sospechaba la psicóloga – articuló después –. La cabaña representaba para Daniela el lugar donde fue feliz.

- ¡Y qué pretendía, arder junto a las flores?

- Acuérdate de lo que le dijo al dueño de la gasolinera: que esa chica ya estaba muerta.

Pero a Leo seguía sin entrarle en la cabeza. No entendía (o más bien se negaba a creer) que el propósito de fugarse del hospital fuese para coger unas flores del cementerio y desaparecer horas más tarde entre el pasto de las llamas.

De pronto, la voz de Martínez retumbó al fondo. Su silueta avanzaba entre la luminosidad purpúrea mientras volvía a preguntar en alto si alguien había visto al sargento.

Leo le indicó que se encontraba al final del pasillo a medida que le hacía señas con la luz de su linterna.

- ¿Qué ocurre? – le preguntó una vez que acudió a su encuentro.

- Es el casero – le esclareció –. Acaba de llegar.

La niebla desmenuzaba con su aliento los aledaños del bosque. El sargento salió deprisa de la cabaña y se detuvo en mitad del porche. Esquirlas de hielo pespunteaban el horizonte mientras un hombre de edad avanzaba esperaba por fuera de una ranchera a que alguien le atendiera. Ambos se miraron con cierta sospecha hasta que decidieron saludarse con un golpe de cabeza. El casero, que portaba una carpeta bajo el brazo, se acercó con el paso lento. Vestía un polo de marca así como unos vaqueros claros, desgastados a la altura de sus rodillas. También unos botos marrones de puntera cuadrada que le conferían un aire montaraz.

Aura, situada a la misma altura que su compañero, se concentró en las profundas arrugas que surcaban la totalidad de su tez. Tenía la piel tostada a base de horas expuesta al sol de verano y una boina de fieltro que ocultaba – intuyó – una avanzada calvicie.

El hombre recorrió los escasos metros que le distanciaban de la vivienda y después subió los peldaños del porche, extendiendo el brazo por inercia. Acto seguido, se estrecharon las manos.

- Ya les dije por teléfono que apenas conozco al inquilino – reveló nervioso.

Baeza se percató que deseaba resolver cuanto antes el motivo que le había traído hasta allí.

- Ni siquiera sé por qué me han citado a estas horas – sus formas eran toscas.

- Sólo queríamos hacerle algunas preguntas.

- Pues creo que no les voy a ser de mucha ayuda – resolvió –. Pero ya puestos, dígame.

La periodista advirtió que no se lo iba a poner nada fácil. Luego se percató que no paraba de sacudir la suela de su bota derecha contra la tarima del suelo.

- ¿Hace cuánto que le arrendó la cabaña?

- ¡Pero no hablé con usted antes? – le molestó tener que volver a dar explicaciones.

- Ya ve que no.

- Pues como le dije al que me llamó, hará cosa de cinco años. La verdad, nunca he tenido problemas con ese hombre. Con Ortiguera me refiero. Me avisaba siempre por San Miguel y efectuaba el pago de un año por adelantado. Eso es todo lo que sé de él.

- ¿Y no le llamó la atención ese método?

- ¡Que si no me llamó la atención? En esta zona los acuerdos se hacen así, con el dinero por delante y un apretón de manos. Además, tampoco iba a personarme aquí cada mes. Lo que me faltaba ya. Aparte que con los tiempos que corren…, están las cosas como para negarse a que un inquilino te quiera pagar un año por adelantado. ¿Estamos locos?

El sargento atribuyó a su carácter la escasa posibilidad de haber domiciliado el cobro a una cuenta bancaria. Ni siquiera se lo planteó.

- ¿Cuándo fue la última vez que se vieron? – quebró Aura el incómodo silencio instalado entre ambas partes.

- A finales de septiembre como ya les he dicho – seguía a la defensiva.

- ¿Sería capaz de describírnoslo físicamente? – se adelantó esta vez Baeza.

- ¡Y qué se yo! A mí estas cosas no se me dan bien. Tristán es un tipo, pues eso, de apariencia mundana. Bastante alto; yo diría que corpulento, como usted. Tiene el pelo largo y recogido en una coleta baja. Pero muy formal en el trato, ¿eh? Las cosas como son. Pero sobre lo otro…, tampoco es que lo recuerde bien. Tenga en cuenta que sólo le veía cinco minutos una vez al año.

- Comprendo – apostilló.

- Y como le dije por teléfono al agente con el que hablé, me cuesta creer que se trate del mismo individuo que raptó a esa chica. ¿Cómo se llamaba…? Últimamente sale mucho en las noticias.

- Daniela Guzmán – le ayudó Aura a recordar.

- ¡La misma! – alzó la voz –. Pues a lo que iba, siempre me dio la impresión de que Tristán era un hombre de lo más afable. No tenía aspecto de ser un pervertido de esos o un delincuente. Y pensándolo bien, con el frío que ha arreciado… Es casi imposible.

- ¿A qué se refiere? – Baeza entrevió un poso de duda.

El casero retiró las gomas de la carpeta y rebuscó con los dedos entre las distintas hojas que nutrían el interior. Luego extrajo una a propósito y se la entregó al sargento. Aura averiguó que se trataba de una factura de Iberdrola.

- Si se fija bien, desde el pasado mes de diciembre no ha habido ningún gasto de luz – se aventuró a aleccionarle –. Por eso no me entra en la cabeza que si esa chica estuvo aquí retenida, Tristán no hubiera encendido siquiera la caldera, tirado de la cisterna, no sé, lo propio que se hace en una casa cuando dos personas conviven juntas. Di por sentado que se habría ausentado un tiempo. Pero según ustedes, no fue así. ¿Me pueden explicar entonces cómo pudo hacer para no encender siquiera el calentador de agua en pleno invierno?

Leo entrecerró los ojos un instante.

- ¿No tendrá por casualidad un generador eléctrico? – le sondeó.

El hombre negó con la cabeza.

- El contador del agua y la luz están juntos en el cajetín del fondo – aclaró –. Si hacen el favor de acompañarme, puedo mostrárselo.

El casero enfiló decidido la puerta hasta que se detuvo por inercia en el recibidor. Tras los haces espectrales que esparcían las lámparas, se adivinaba el desolador estado de la casa. La suciedad invocada dentro parecía adueñarse de cada rincón, con las paredes lamidas por cercos de humedad y el suelo atestado de pelusas y hojas secas.

- ¡Maldita sea! Este cabrón se va a enterar si piensa que le voy a devolver la fianza.

Después cruzó el largo pasillo, esquivando entre improperios las solapas de los focos que dificultaban su camino. Aura advirtió que ni siquiera sabría que su inquilino había fallecido a manos del Legionario meses atrás, arrojando su cuerpo a las profundidades

del río Boeza. Una vez que alcanzó el hall del fondo, exploró con las manos una de las paredes. Enseguida localizó el cajetín. Deslizó hacía arriba la tapa de protección y manipuló los distintos fusibles, seguro de lo que hacía. De pronto, la luz eléctrica volvió al interior de la cabaña. Todos se contemplaron confusos, atendiendo a la cruenta desolación que rezumaba la casa, provista de más abandono y suciedad. El hombre, por el contrario, era incapaz de desviar la mirada de la pared donde aquel ramo marchito seguía depositado a sus pies.

- ¡Me cago en todos mis muertos! – farfulló.
- ¿Pasa algo…?
- Pasa que Tristán me va a oír. ¡Cómo se le ocurre hacer obras sin mi permiso! Ese muro no estaba ahí.

Baeza frunció el ceño, desorientado.

- Pero… ¿Qué hay detrás de esa pared? – quiso averiguar.
- Pues que va a ser. ¡El sótano de la caldera!

La maza atravesó al tercer intento la tapia de ladrillos. Un reflejo de opacidad apareció ante sus ojos mientras Labrador y Carmona continuaban ensanchando el agujero, entre cascotes de cemento y nubes de polvo. Ni siquiera las lámparas isotérmicas situadas a los laterales eran capaces de fragmentar las telarañas que sepultaban el fondo, donde un aliento húmedo y maloliente los embistió entre ráfagas de aire. El sargento les obligó a parar cuando se aproximó a la hendidura e introdujo la mano. La linterna de su móvil alumbró el inicio de unas escaleras de madera que se descolgaban abruptamente hacia el abismo. Baeza deslizó la cremallera de su anorak hacia arriba y sin pensárselo, se agachó para poder entrar al inframundo. Los primeros peldaños se revelaban torcidos tras un primer examen. Luego puso el pie encima. El quejido de la madera retumbó en aquel espacio lóbrego. Leo basculó el resto del cuerpo y cerró los ojos. Seguía vivo. El débil resplandor de la linterna le mostró el resto de la bajada, serrada por otros escalones semejantes que percibía abombados bajo las suelas de sus zapatos. Uno a uno, Baeza viajó a las profundidades cavernosas, dispuesto a descubrir el motivo por el que Tristán Ortiguera (¿o acaso fue el Legionario?) ocultó aquel sótano por un falso muro. ¿Qué intentaba esconder, al igual que hizo con Daniela Guzmán en aquella otra habitación?, se cuestionó. Un resplandor que emergía por detrás de su espalda, le hizo girar el cuello. Equipada con su propia linterna, Aura le acompañó en su descenso unos escalones más atrás. Ambos se aventuraron a profanar aquel santuario de decrepitud a medida que ese olor nauseabundo, similar al de la fruta podrida

(asemejó), emigraba hacia sus fosas nasales con garras de acero. Entonces, oteó el suelo de cemento. Leo se apresuró a alcanzar los últimos peldaños hasta que finalmente, expulsó un suspiro de alivio.

El sótano se proyectaba profundo tras el hilo de luz que emitía su teléfono. Tinieblas que se estiraban arqueadas hasta los bajos de las calderas, instaladas al margen izquierdo. Sintió que una burbuja de claridad crecía a su espalda cuando giró el cuerpo y comprobó que Aura acababa de pisar tierra firme. Después, se puso a toser. El ambiente viciado apenas permitía inhalar una brizna de aire puro. Leo continuó alumbrando la pista de cemento, donde un túmulo de arena blanquecina se levantaba al fondo, entre sombras laberínticas y efluvios fermentados. Avanzó con recelo mientras la montaña de sal adoptaba dimensiones bajo el tímido fulgor que proyectaba su linterna. Emplazó el antebrazo por delante de su nariz y se adentró entre los restos de aquella argamasa que se apelmazaba bajo sus suelas. El resuello de su aliento se precipitaba contra la tela de su anorak. Nada hacía presagiar otro desenlace mayor hasta que de pronto, lo vio. Tenía la palma abierta, con los dedos engarrotados y descarnados en algunos tramos. La piel, secuestrada por una tonalidad cárdena, transitaba por sus falanges en filamentos negruzcos y purulentos.

Su pulso se agitó descontrolado, sin poder apartar la vista de aquel brazo que rebasaba con esfuerzo el montículo de arena.

- Me cago en la puta – susurró en cuanto ladeó su espalda.

Sus pupilas se contrajeron al colisionar con la luz cegadora que expulsaba la linterna de Aura unos pasos por detrás. El resplandor parecía interferir en su propósito.

- ¡Necesito que aviséis al forense! – gritó entonces.

Ni siquiera supo si alguno de los agentes le había escuchado.

- ¡Aquí abajo hay un cadáver!

La aureola continuaba suspendida a su misma altura, sin obtener respuesta a cambio.

- ¡Alguien puede oírme…?
- Leo – le nombró la periodista.

Baeza fue incapaz de prestarla atención.

- ¡Leo…! – insistió.
- ¡Qué…? – respondió, visiblemente alterado.
- ¡La pared!

El sargento giró de nuevo sobre sus talones, confuso.

- ¡Qué pared?
- ¡Cuál va a ser! ¡La que tienes delante de tus narices!

Sus ojos volvieron a tropezar con la extremidad putrefacta cuando decidió avanzar por los bajos del frontal y escalar con

denuedo entre las muescas de la pared. La luz de su móvil comenzó a despejar las primeras señales, heridas por las cicatrices de un pasado que le condenaron irremediablemente a viajar a La Alberca. Y es que el conjunto de fotografías dispuesto aleatoriamente en diferentes grupos y escalas, reproducía aquel complejo mural que tantas veces observó durante el caso Santana. Voces del subconsciente que alimentaban sus miedos y que tuvo el valor de enredarse una vez más a sus rostros, donde las chicas parecían juzgarle con severidad. Tal vez aquella broma del destino le devolvió escenas horripilantes del chalet de Jaime Cotobal. Puede que incluso conociera palmo a palmo cada pequeño detalle de aquella geografía humana, provista de sonrisas huecas y otras posturas. Quizá tuvo tiempo de investigar por su cuenta sin hallar una sola evidencia que las uniera. Pero en ese preciso instante, cuando supo que no existía otra salida, sólo tuvo el consuelo de echar la vista atrás.

Aura Valdés subía a trompicones el ramal de escalones mientras el teléfono no paraba de vibrarle en su mano. Después atravesó el agujero de la pared y enfiló el pasillo con el paso ligero. Su semblante destilaba cierto fastidio en cuanto se detuvo por fuera de la cabaña y descolgó la llamada. La niebla fortificaba el horizonte, amenazante.

- No ves que ahora no puedo atenderte – murmuró malhumorada.

Max, en cambio, prefirió aguardar unos segundos antes de responder.

- Aura, llevo todo el día intentando ponerme en contacto contigo. No te llamaría si no fuera urgente, pero estoy en Ponferrada.

La periodista notó que sus pulsaciones iban en aumento.

- ¿Qué ha pasado? – se alarmó.
- Ya sé lo que investigaba el detective en la hemeroteca de Tribuna Madrid.

DIA 11

Las primeras luces del amanecer despuntaban añiles tras el contorno escarpado de los Montes Aquilianos. El horizonte, velado aún por una cortina de vapor, lamía el paisaje húmedo que se adivinaba más allá de los tejadillos de Molinaseca, generando una atmósfera soñolienta y gris. Aura desvió la mirada de la ventana y volvió a perderse entre los cuadernos y apuntes que invadían un extremo de su cama. La pantalla del portátil continuaba encendida en un recodo de la moqueta, al igual que el imperceptible hilo musical que goteaba de sus bafles. La periodista deambuló entre las sombras desgastadas de su dormitorio hasta que reparó en la sonrisa perezosa de Max.

El intrépido reportero de Tribuna Madrid no había vuelto a levantarse de la cama desde que terminaron de repasar el material que la periodista había ido recopilando de la investigación durante los once días que llevaba en Ponferrada. Quizá aquello les ayudó a aflojar la tensión que se había instalado entre ambos mientras escuchaban los audios que Hooded recuperó de la nube de Rafael Oviedo; también la otra grabación ya traducida del francés que Nathalie Peeters, la mujer de Christoffer van Hoof, realizó el día antes de que su marido se diera a la fuga. La pareja se recluyó entre las cuatro paredes de su habitación, con la madrugada precipitándose silenciosa. Los sospechosos del caso *Campanilla* fueron desfilando uno por uno ante la atenta mirada de Max. La madrastra de Daniela Guzmán, el bar–restaurante en el que trabajó y que frecuentaban tanto Tintín como el Legionario. Después sus dueños (o lo que era lo mismo, el matrimonio *Swinger*), Ricky Garzón y sus *raves* clandestinas; e incluso su madre, la presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo, y sus tejemanejes para acallar a Vargas desde prisión.

Aura se esmeró en presentarle a cada uno de los testigos mudos que se relacionaron en vida con la joven cuando terminó de narrarle lo que habían descubierto en la cabaña. Tal vez lo hizo por miedo a adentrarse en su mundo. En sus sentimientos, cada vez más confusos. En ese remordimiento que le impedía mirarle a los ojos; pues tan sólo advirtió en ellos las escenas que compartió con Leo en su cama. Aura evitó confesarle que posiblemente nunca se había olvidado de él, del sargento, del mismo hombre con el que se había acostado por segunda vez la tarde anterior y que no había vuelto a verle desde que Max se presentó en el chalet. La traición cometida en aquella vivienda los distanció a propósito, permitiendo que la noche se encargara de tapar viejas heridas. O al menos, eso barruntó la periodista cuando percibió un ruido al otro lado de la puerta.

Supuso que Baeza habría abandonado su cautiverio para demostrarle que podía encajar la inesperada aparición de… ¿Su novio? Aura Valdés se planteó qué podría estar pasando por su mente. ¿Acaso lo sospechaba?, se cuestionó. Y de ser así, ¿qué decisiones tomaría al respecto? Se impacientó de sólo imaginarse su vida sin él. Entonces se levantó de la silla, tropezando una vez más con la sonrisa almidonada del reportero.

- Deberíamos bajar a desayunar – le anunció –. Me parece haber escuchado al sargento.

Max estiró sus brazos y después arrastró los pies por fuera de la cama.

- ¿Tienes que acompañarle? – dudó.

- Seguramente. Todavía no se me va de la cabeza lo que descubrimos en el sótano de la cabaña – prefirió justificarse –. Es posible que el Legionario mintiera en su declaración y el cadáver que encontramos ayer sea el de Tristán Ortiguera.

- Creí entenderte que lo había lanzado al río.

- Y eso afirmó en el interrogatorio. Pero ya ves que las cosas no son lo que parecen…

Sus propias palabras le sirvieron para definir su relación con él. ¿Desde cuándo las cosas con Max no iban como pensaba? Puede que el joven reportero supiese la respuesta mientras se calzaba sus deportivas.

- Por cierto, ¿por qué no me dijiste que estabas compartiendo este chalet con él? Di por hecho que Alicia te habría pagado una habitación de hotel.

Aura reparó en el resuello de su aliento, áspero y entrecortado.

- Tampoco lo vi relevante – dijo lo primero que se le pasó.

Las manos le sudaban.

- ¡Ah, no…? – su tono se volvió disconforme. Luego clavó su mirada en la suya –. Pues tengo entendido que tú y él…

- Él y yo, qué – le increpó, tajante.

- Tampoco me malinterpretes. Ese rumor ha corrido por la redacción desde que la jefa te contrató a raíz del caso Santana.

- No sabía que tú también pensabas como ellos.

Podía sentir los latidos de su corazón atronando bajo sus sienes.

- Al menos, reconoce que una periodista *freelance* no suele tener los privilegios que tú obtuviste en La Alberca si no llega a ser por ese Guardia Civil.

- Eso ha sido un golpe bajo – se ofendió.

- ¡Y por qué no te pones en mi piel? – alzó la voz –. A mí también me sorprendió veros juntos anoche. ¿Cómo crees que puedo sentirme? No hago más que desvivirme por ti, Aura. ¿Tanto te cuesta sincerarte

conmigo?

Una onda de agobio y dudas arremetió inútilmente contra su conciencia.

- Será mejor que salgamos – dijo –. No quiero que nos oiga discutir.

Max admitió que eso era lo único que parecía importarle (que Baeza se inmiscuyera en sus asuntos, si es que no lo había hecho ya, caviló) cuando minutos más tarde, descendieron las escaleras del chalet y franquearon la puerta de la cocina. Con el motor del microondas en marcha, Aura atendió a la mirada esquiva del sargento, el cual apenas parecía prestarles un mínimo de atención mientras sacaba el azucarero de la alacena y lo depositaba en la isla. El reportero pronunció un *buenos días* de lo más esquivo y se sentó acto seguido en uno de los taburetes. Leo, en cambio, decidió no devolverle el saludo. La tensión de dentro podía cortarse con el filo de un cuchillo. Aura se aventuró entonces a romper el hielo y extendió sobre la encimera aquella fotocopia en blanco y negro. El sargento intentó capturar algo por el rabillo del ojo mientras sacaba la taza del microondas y vertía una cucharada de azúcar en su café.

- Esta es la noticia que el detective rastreaba en la hemeroteca de Tribuna Madrid – dijo con la voz vacilante.

Leo se acercó a la mesa y echó un vistazo somero.

- Max la localizó en el anuario de *La Voz del Bierzo* tras varios días de intensa búsqueda.

Después, gratificó al reportero con una mirada torva y sincera. Aura se percató de la rivalidad de ambos y continuó distrayéndole.

- Se trata de una simple crónica de la sección de sucesos que narra el incendio provocado en una casa de campo en Dehesa de Dones, a poca distancia de Carucedo – resumió –. Parece ser que las llamas se desataron en la noche a consecuencia de una estufa en mal estado. En el siniestro pereció un matrimonio. Los Oldán.

Baeza se detuvo unos instantes en el titular, *"Fallece el matrimonio Oldán en un aparatoso incendio ocasionado en su domicilio"*, para colarse inmediatamente después en la imagen que nutría la noticia, con los ladrillos de la fachada principal ahumados y las ventanas de la primera planta completamente reventadas, donde las cortinas se asomaban hechas jirones por fuera.

- ¿Estáis seguros que esto era lo que buscaba Oviedo en Madrid? – disparó a medida que fruncía el ceño.

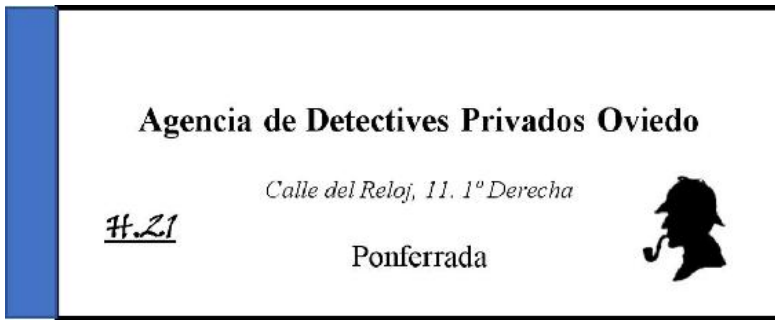
- Por supuesto – respondió Max contundente.

El joven con aspecto de reportero de guerra (el cabello ensortijado y su camisa de lino verde le ubicaban en un contexto

bien distinto) extrajo del bolsillo delantero una tarjeta que depositó de mala gana sobre la isla. De algún modo la incredulidad que forzó el sargento, le llevó a obrar de esa manera.

- El detective lo usó como marca páginas – añadió finalmente.

Leo cogió lo que parecía una tarjeta de visita y buceó en la información.



Advirtió que en el margen inferior izquierdo sobresalía un mensaje. Reconoció sin duda la letra del detective.

- Oviedo dejó anotado una letra y dos números – dijo en voz alta.
- H.21 – pronunció Max –. Pero no he conseguido descifrarlo.
- A lo mejor se trata de una clave para acceder a los archivos de la hemeroteca – se le ocurrió.
- En absoluto. Recursos Humanos te facilita una autorización mediante cita previa. Pero no necesitas una clave para acudir. Y mucho menos para investigar un periódico que quebró hace años, como fue el caso de *La Voz del Bierzo*, y que nuestra sede absorbió al formar parte del mismo grupo editorial.

Baeza, por el contrario, se resistía a abandonar aquella extraña combinación: H.21

- Creo que os estáis alejando de lo realmente importante – los interrumpió la periodista.
- Tampoco veo nada reseñable en la noticia que nos dé una pista sobre lo que hacía en Madrid. Es más, puede que el detective estuviera trabajando en otro caso que no tuviera relación alguna con Daniela Guzmán.
- Ahí te equivocas. ¿Has echado un vistazo a la fecha de publicación?

Leo volvió a perderse entre las columnas que congestionaban la crónica y avanzó deprisa hacia la esquina superior. La tinta desleía algunos tramos de los números.

- 1 de marzo de 2014 – leyó.

- ¡Exacto! El incendio en casa de los Oldán tuvo lugar la misma noche que Daniela desapareció en aquella fiesta de carnavales. ¿Eso no te dice nada?

Baeza le dio un trago largo a su café y después dejó la taza sobre la encimera.

- Será mejor que lleves la noticia a la comandancia – resolvió –. Quizá alguno pueda averiguar algo más de aquello. Te espero fuera.

Y sin más, enfiló la puerta de la cocina hasta que su figura se perdió al fondo del pasillo.

Aura temió que el reportero aprovechara su ausencia para criticar a Leo, el cual se había mostrado igual de frío que… ¿Su novio? ¿Un compañero de redacción? Las dudas anidaron una vez más en su cabeza.

- En fin… – se abstuvo de hacer un juicio de valor –. ¿Nos vemos luego para comer?

Aura estaba deseando largarse de allí cuanto antes.

- De acuerdo. Pégame un toque al móvil.

Y al darse un beso de despedida, Aura no cayó en la cuenta que estaba eliminando el rastro de su saliva con la manga de su plumífero.

Una cobertura de nubes desfilaba con atropello en el horizonte, permitiendo atravesar entre sus claros un tamiz de luz que bañaba de cobre líquido los terrados de la ciudad. Baeza aceleró el último tramo de la avenida y apagó la radio en el momento que rebasó la acera. Después abrió la puerta de la patrulla y se apeó. Una ráfaga de aire los embistió nada más cruzar las losetas de cemento que jalonaban el jardín hasta la misma entrada del Puesto. Las banderas emplazadas en lo alto del edificio ondeaban enérgicas, descargando sus coloridas telas contra los ladrillos de la fachada. Ambos se internaron en el vestíbulo sin dirigirse la palabra y enfilaron el pasillo bajo el sistemático repiqueteo de los teléfonos.

Tal vez ninguno de los dos estaba por la labor de pronunciarse al respecto; de aclarar lo que había sucedido en la cocina hacía escasos minutos. La imprevista aparición de Max en el chalet había originado una brecha donde las explicaciones sobraban y las respuestas eran más que evidentes. O al menos, eso dilucidó Aura mientras el sargento sacudía las suelas de sus zapatos contra las baldosas del suelo. ¿Cómo había podido ser tan estúpida de no confesarle que existía alguien, un compañero del trabajo que se desvivía por hacerla feliz, pero que de algún modo le costaba entregarse por temor a olvidarle, por miedo a estar equivocándose, en definitiva, por no renunciar a él todavía? ¿De

qué manera podía invertir las agujas del tiempo y gritarle que ya no quería separarse de su lado, que se había dado cuenta de lo mucho que le necesitaba y que si por ella fuera, viviría eternamente anclada en el recuerdo que juntos confeccionaron en la penumbra de su habitación?

El silencio que Baeza le ofrecía a modo de castigo, sumió a la periodista en una profunda inquietud al no hallar una salida. Sabía que hiciera lo que hiciese, Leo estaba en todo su derecho a tomar una determinación por los dos. Por eso prefirió mantenerse unos pasos por detrás cuando Labrador tropezó con ellos en un recodo del pasillo. El agente percibió una extraña tensión que le llevó a enarcar una de sus cejas.

- Creo que Altamira le está esperando en su despacho – dijo mientras atendía a Aura, la cual evitaba mirarle a la cara.

- ¿Y el mural? – disparó con un filo rocoso en su voz.

- En la sala de investigaciones. Lo hemos colocado en la pared como nos indicó.

- De acuerdo. Ahora escúchame. Necesito que localices toda la información relacionada con un incendio que tuvo lugar en una casa de campo en Dehesa de Dones hace cinco años.

El guardia lo miró sorprendido tras su hercúlea complexión.

- En el siniestro falleció un matrimonio. Los Oldán. Averigua todo lo que puedas y llévamelo a la sala. Es todo.

Labrador asintió conforme y continuó su camino en la dirección contraria.

El sargento reanudó la marcha entre las distintas oficinas que flanqueaban ambos lados del pasillo y atravesó la penúltima puerta, donde un discreto cartel situado al margen derecho rezaba: *Sala de Investigaciones*. Dentro, la exasperante claridad acribillaba los rostros que se asomaban entre los distintos grupos que nutrían el *collage* en la pared de enfrente. Tal y como verificaron meses atrás, las chicas parecían guardar una edad similar, aunque de apariencia distinta. Aura se convenció que la mayoría de fotos habrían sido extraídas de sus cuentas privadas mientras sonreían a cámara en diferentes posturas y atuendos. Otras, sin embargo, se asomaban desprevenidas a la lente, como si no hubiesen reparado en el sujeto que las retrataba a corta distancia. Baeza avanzó hacia el mural a medida que un torbellino de imágenes y sensaciones se precipitaba a su encuentro. Aquella obra arrancada de las llamas del infierno le devolvió el recuerdo de esa otra habitación donde Vega Molina, la prisionera de la Peña de Francia, imploraba auxilio a través de una grabación casera. En ese mismo habitáculo, descubrieron no sólo la compleja disposición entreverada en múltiples grupos y

escalas, sino también la conexión que guardaba con aquel rombo que dibujaron en uno de los párpados de Penélope Santana.

Ocho agrupaciones de fotografías que unidas entre sí, conformaban el símbolo que aparecía en la cubierta del libro de Funelli. *El Juego de la Serpiente*.

- Nunca llegué a entender su significado – emitió Aura, hipnotizada por el bosque de miradas que parecía escudriñarla a escasa distancia –. Ni siquiera por qué hay, no sé… ¿Treinta? ¿Cuarenta chicas?

- Cincuenta y cuatro – apostilló.

La periodista dilucidó entonces a lo que se había dedicado el sargento durante su ausencia.

- Son cincuenta y cuatro chicas distribuidas aleatoriamente en ocho grupos.

- Y en cada una de esas agrupaciones que formaba, sino recuerdo mal, un perfecto rombo con las aristas aventajadas, había una candidata, una chica rodeada por un círculo rojo como fue el caso de Penélope. Esa era la elegida. La que utilizaban para oficiar una especie de ritual en el bosque. Pero nunca llegamos a descubrir cuál era el verdadero criterio de selección. Por qué ella y no las otras.

Leo escuchaba atento mientras sus ojos deambulaban por la pared.

- Aunque esta vez hay seis. ¿Te has fijado?

La periodista contó mentalmente los trazos rojos que se asomaban en algunas fotografías.

- Penélope es la que se encuentra justo debajo – señaló –. Y la que está por encima es Ainhoa Liaño, la joven por la que el Serbio cumplió injustamente condena.

- ¿Y las demás? – se preguntó a sí mismo –. ¿Quiénes son las cuatro chicas restantes? A diferencia del mural de La Alberca, aquí los grupos ya están completos salvo esos dos de la izquierda. ¿Por qué? ¿Por qué no está la víctima marcada?

Ni siquiera la periodista era capaz de dar respuesta a sus dudas.

- Nunca te pregunté si conseguiste identificar a alguna más.

- No – atajó, como si aquella espinita todavía continuase clavada en lo más hondo de su alma –. Investigué un tiempo por mi cuenta. Sobre todo en mis ratos libres, para que no interfiriese con el trabajo en el Puesto. Tampoco quería que llegase a oídos de los de *Arriba* después de archivarse el caso. Tan sólo deduje que la mayoría fueron extraídas de redes sociales tipo Facebook e Instagram. Me resultó imposible localizar a alguna de las cincuenta y cuatro jóvenes. Busqué en los ficheros de la Base, cotejé varias fotografías con las de otras desaparecidas, pero ningún resultado.

Aura advirtió que su voz arrastraba un poso de frustración aún

sin resolver. Tal vez las horas invertidas, las noches en vela intentando hallar una señal, un patrón común que determinase el motivo de selección, lo redujo a un incómodo desengaño mientras repasaba de nuevo cada uno de sus rostros.

- Sin embargo, hay algo que no tiene sentido – robó Aura su atención –. Según nuestro propio criterio, la persona que se encargó de bosquejar este mural lo hizo para elegir a una chica de cada familia de fotos. ¿Hasta aquí bien?

Baeza asintió, seducido por el sortilegio que exudaba el propio *collage*.

- Pues bien, si en seis de los grupos existe una candidata separada del resto por un círculo rojo. ¿Me puedes explicar por qué Daniela no aparece en ninguno de esos dos?

La periodista le guio con la mano hacia la izquierda, donde la joven de Ponferrada no aparecía entre las sonrisas congeladas que se arracimaban en aquel recodo de pared.

- ¿Y por qué debería estar? – inquirió.
- ¿Y qué pintaba en el sótano de la cabaña?

Leo se asomó a sus pupilas, intentando adivinar lo que proyectaba su mente.

- Explícame pues qué hacia el mural en la misma casa donde Daniela ha permanecido cautiva los últimos cinco años – se esforzó en convencerle.
- ¿Crees que Tristán Ortiguera era el artífice de todo? – sospechó.
- ¿Quién sino…? Te recuerdo que el mural de La Alberca lo encontramos en el chalet del que fuera mi jefe por aquel entonces en la agencia *Satellite* – evitó sin duda pronunciar su nombre –. Y ellos están muertos.

Se refirió, igualmente, a Matías Sandoval, el agente de policía de Béjar.

- ¿A dónde quieres llegar?
- No estoy segura, pero puede que Ortiguera mantuviera algún tipo de vínculo en el pasado con ambos.
- ¿En qué te basas?
- En lo que escribió el Serbio días antes de quitarse la vida en Topas – le situó –. En su carta, decía que Jaime y Matías formaban parte de un juego; de un perverso juego en el que eran igual de mártires que las chicas a las que asesinaron. Pero, ¿y si hubo alguien más por encima de ellos? ¿Y si no supimos interpretar sus palabras pensando que el caso había acabado con sus muertes?

Leo se sumergió en su hipótesis, desempolvando de su mente los fantasmas de una historia que parecían acompañarle allá donde fuera. La sonrisa taimada del Serbio se dibujó como una cicatriz en la lobreguez de sus pensamientos.

- Por eso hay dos grupos sin una candidata seleccionada con un círculo rojo – prosiguió –Porque el Legionario interrumpió sus planes asesinándole.

- Y el Serbio era el único que parecía saber su respuesta – añadió.

- ¡Exacto! Él iba a contármelo en su carta, conocía muchos secretos que su hija Vega le confesó en aquella cafetería. Pero alguien en prisión prefirió intervenir rápido.

Baeza consideró si las piezas de aquel galimatías que configuraban una red de sospechosos y tramas personales, no formaban parte del argumento de una novela policiaca con tintes fantasiosas. Dudó.

- De todos modos, aparte de la carta, recuerdo que el Serbio dejó en aquella consigna de Correos una tarjeta de un detective privado de Coruña. Antonio Peralta si no me falla la memoria.

El pulso del sargento se aceleró.

- Tus hombres iban a ponerse en contacto con él. ¿Qué averiguasteis?

Hasta que la aparición de Altamira en la sala le impulsó a exhalar un hondo suspiro.

El capitán lanzó el expediente contra la mesa.

Unos cuantos folios se precipitaron por fuera de las tapas a medida que se posicionaba delante del sargento con los brazos cruzados. Su mirada traslucía un conato de recelo, dispuesta a retarle desde que su agente le informó de lo que se proponía a hacer.

- Es el expediente del matrimonio Oldán – le aseveró –. Y ahora, ¿puedes explicarme qué ostias está pasando aquí?

Baeza pronosticó un duro combate por parte de su contrincante mientras intentaba hallar la manera de salir ileso del campo de batalla sin tener que ofrecerle demasiadas explicaciones.

- Más que nada porque todavía sigo sin entender el motivo que te ha llevado a desviarte de lo que realmente nos compete: Daniela Guzmán.

- Escúchame – le solicitó, sin ánimo de entrar en su juego –. Parece ser que ese era el asunto que estaba investigando el detective en Madrid.

- ¿Y qué tiene que ver con Tristán Ortiguera? ¿Y con ese maldito mural? – lo señaló a propósito.

- No lo sé – dijo –. Pero el incendio tuvo lugar la misma noche que Daniela desapareció en la fiesta de carnavales.

Altamira desgranó un rictus complejo en sus facciones.

- Puede que esté equivocado, pero ambos casos mantienen cierto paralelismo.

Mientras tanto, Aura Valdés se retiró de la cruzada que parecían haber iniciado y se refugió unos pasos por detrás, donde las fotografías del caso se entremezclaban con los folios del sumario a lo largo del escritorio. La periodista inclinó el cuerpo hacia delante y buceó entre las distintas imágenes capturadas desde varios ángulos. En cada una de ellas, se apreciaban las columnas de humo que partían de las ventanas de la planta baja, devorando con su aliento negro una gran porción de los ladrillos de la fachada. Luego ojeó algunas fotos del interior, con el empapelado de varias estancias hecho jirones y los muebles completamente carbonizados.

- Y yo te digo que te equivocas – disparó Altamira con denuedo –. Lo que le ocurrió a ese matrimonio fue una desgracia. Fin.

- ¿Por qué? – intentaba discernir –. ¿Por qué estás tan seguro? Es demasiado casual que los dos sucesos ocurriesen la misma noche a tan poca distancia. Piénsalo fríamente.

- ¡Pero no te das cuenta que no tiene sentido! Los Oldán eran una pareja muy respetada en la zona. ¡Joder, que eran los propietarios de las principales minas de extracción de carbón del Bierzo! Esa gente daba trabajo a media comarca. Todo el mundo les tenía mucha estima. Ni te imaginas la conmoción que supuso entre los vecinos aquel trágico incendio. La investigación determinó que murieron asfixiados a consecuencia del humo inhalado. Pero si no me crees, ahí tienes el expediente. El fuego se desencadenó en el salón del chalet a causa de una estufa de gasolina en mal estado. Si no recuerdo mal, destruyó prácticamente la planta baja y una parte del tejado tuvo que ser apuntalado por miedo a que se produjese un derrumbe. Cuando los bomberos acudieron alertados por la llamada de un vecino, la vivienda ya estaba envuelta en llamas. No pudieron hacer nada por salvarlos.

Leo enmudeció ante la ráfaga de imágenes que secuestró su mente, donde sus protagonistas luchaban por sobrevivir tras una cortina de fuego.

- ¿Qué ocurrió después? – se interesó.

- Pues ocurrió que el matrimonio fue inhumado en el cementerio de Ponferrada y sus minas pasaron a manos de unos cuantos trabajadores, los cuales fundaron con el tiempo una cooperativa al no existir descendientes directos. Fin.

Aquel sustantivo que repitió con cierto retintín estaba empezando a mosquearle.

- Entonces, ¿por qué cojones Rafael Oviedo consultó ese incendio en una hemeroteca de Madrid, cuando se supone que estaba tras la pista de la desaparición de Daniela? No ves que hay algo que no encaja.

- ¿Y qué es, según tú? – le desafió.

- Que existe un punto de conexión entre ambos sucesos que el detective descubrió.

Altamira resopló, hastiado.

- ¿Te puedo dar un consejo? Pierdes el tiempo.

- O no – le cortó Aura.

La periodista continuaba de pie a varios metros, embebida por los documentos fotográficos que se esparcían sobre el escritorio. Baeza se aproximó entonces, escoltado por la figura de Altamira unos pasos por detrás.

- ¿Qué has averiguado? – se interesó nada más situarse al otro extremo de la mesa.

Aura le entregó una de las copias del expediente, donde la casa de campo de los Oldán se revelaba fantasmagórica bajo el cielo ceniciento de la mañana. Varios operarios cruzaban el jardín en ese instante mientras algunos vecinos atendían a las señales que se escurrían como sombras mortíferas por la fachada principal.

- Decidme. ¿Sois capaces de ver lo que hay en una de las ventanas del piso superior?

Los ojos de ambos agentes rastrillaron la hilera de ventanas, con los cristales ornamentados por listones de madera y enmascarados por dentro con cortinas o estores.

Ninguno parecía entender aquel misterioso juego que les planteaba hasta que Leo se detuvo en un papel garabateado que sobresalía en la esquina inferior de la cuarta ventana.

- ¿Es un dibujo? – dudó.

Acto seguido, la periodista le ofreció la noticia que Max había localizado gracias a la tarjeta personalizada del detective entre las páginas del anuario.

- ¿No es el mismo que aparece en el periódico? – se extrañó.

- Exacto. Pero la fotografía de *La Voz del Bierzo* está ampliada – matizó –. ¿No te das cuenta? Oviedo viajó a Madrid para visualizar mejor la imagen. Necesitaba averiguar qué es lo que había en ese dibujo.

- ¿Por qué? – continuaba igual de perdido.

- Porque tenía que descubrir quién lo había pintado – respondió –. Y la respuesta la halló a pocos kilómetros de aquí.

El aire sacudía las ramas de los árboles al otro lado de la acera. Leo se ajustó los corchetes de su anorak y enfiló junto a la periodista la loseta de cemento que atravesaba las pequeñas porciones del jardín de fuera. Una vez que desactivó la alarma de la patrulla con el mando a distancia, se refugiaron en los asientos delanteros, donde una película de humedad recorría la superficie del parabrisas. Aura arrastró la

manga de su plumífero por la ventanilla y echó un vistazo a su *Flik Flak*. Las 10:45 horas. La luz de la mañana parecía diluirse entre fríos matices de acuarela cuando Aura presionó la palanca de la guantera y la tapa cedió. La oscuridad depositada al fondo del compartimento la llevó a zambullir su mano. Enseguida palpó el tacto rugoso del papel. Aura extrajo aquella cuartilla doblada en cuatro mitades y la desplegó en su regazo. Luego le mostró al sargento el dibujo que Gabriel, el hijo con discapacidad mental de los dueños del Botillo, le regaló esa vez en el almacén.

- Y ahora, ¿lo reconoces? – le consultó a medida que sacaba del bolsillo de sus vaqueros la noticia de *La Voz del Bierzo*.

Baeza apresó ambos pliegos y los cotejó concienzudamente a través de la luz de cortesía que emanaba del techo. Distinguió algunos rasgos identificativos.

- Si te fijas, las figuras aparecen rodeadas por un mismo corazón – arrancó la periodista su análisis –. Una especie de sello distintivo donde siempre encierra a las personas que representa.

Leo comprobó que estaba en lo cierto.

- Evidentemente, Gabriel nos pintó a los dos cuando estuvimos charlando con sus padres. Sin embargo, no entiendo por qué se retrató a sí mismo en ese otro dibujo que hay en la ventana de la casa de los Oldán.

- ¿Estás segura? – la cuestionó mientras examinaba aquel monigote de trazo infantil que aparecía subido en una bicicleta. Su vista se esforzaba en arañar otros detalles.

- No hay duda. Es él. Vi ese mismo triciclo fuera del bar.

- ¿Y la otra persona que le acompaña? ¿Quién es? – dudó –. Parece una niña.

- Es que se trata de una niña con el cabello rubio. Y por la altura que Gabriel le ha proporcionado, diría que tiene en torno a diez años.

El sargento volvió a asomarse a la fotografía que acompañaba al texto de la noticia.

- ¿A dónde quieres llegar? – le interpeló.

- A averiguar por qué hay un dibujo suyo en la ventana de ese chalet, cuando ni siquiera los Oldán tuvieron hijos – disparó –. ¿Me puedes explicar quién es esa niña que está a su lado?

- ¿No crees que exageras? Posiblemente todo tenga una explicación.

- Pues entonces, vayamos al Botillo a preguntarle. Gabriel es el único que puede resolver nuestras dudas en estos momentos.

Y no del todo satisfecho, Leo arrancó el motor del coche.

Enseguida se perdieron por una retícula de calles y avenidas que les condujo minutos más tarde a la periferia de la ciudad. Allí enlazaron con la comarcal LE–713, donde una extensa travesía poblada de bloques de edificios y naves industriales cegaba ambas

aceras. El tejido urbano se transformó paulatinamente en recoletas urbanizaciones diseminadas por dentro de aquel territorio hostil. Sólo el horizonte, amurallado por una cresta de montañas, se percibía velado por un escuadrón de nubes bajas al fondo de la carretera. Aura depositó la mirada por fuera de la ventanilla y se ausentó tras el paisaje que desfilaba con atropello. Quizá no estaba segura de pedirle perdón ahora que el sargento se encontraba mucho más receptivo con ella que a primera hora de la mañana. Creyó que lo mejor era continuar deshilvanando la madeja de ese otro asunto del pasado que Altamira fracturó en cuanto se personó en la sala. La periodista palpó la llave que colgaba por debajo de su cuello mientras buscaba la forma de romper el hielo. Tampoco sabía si estaba en lo cierto; pero al menos, tenía que intentarlo.

- Aún no me has dicho que fue lo que tus hombres descubrieron cuando se pusieron en contacto con el despacho de Antonio Peralta, el detective de Coruña.

Baeza frunció sus labios, descargando el resuello de su respiración por las aletas combadas de su nariz.

- Nada sin importancia – tragó saliva.

Los latidos de su corazón escarbaban con furia la piel de sus sienes.

Aura, en cambio, deseaba averiguar el motivo por el que el Serbio le dejó aquella tarjeta de su despacho en una taquilla de Correos.

- Pero algo os contaría, supongo – insistió.

- Tampoco viene al caso – su voz exhibía un sedimento de escepticismo.

- ¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

Leo giró el cuello y tropezó con su mirada, recelosa.

- Dijimos que no más mentiras – añadió –. Que íbamos a confiar el uno en el otro.

El silencio que se instaló después, le impidió seguir avanzando en sus pupilas.

- Y tienes razón. Pero hay cosas que es mejor dejarlas donde están. Créeme.

- No te entiendo – dijo –. ¿Por qué no me avisaste entonces?

- Para que no interfiriesen con tus planes en Madrid.

Aura pestañeó repetidas veces, intentando encajar aquella respuesta.

- Me estás asustando, Leo. ¿Qué te contó ese detective?

Una furia descontrolada le impulsó a golpear el volante con la palma de su mano.

- ¡Mierda! – gritó después –. ¡Por qué me haces esto, Aura? Déjalo

estar.

- ¿Qué te contó? – le porfió.

Baeza enterró la mirada al fondo de la carretera mientras masticaba sus muelas con fruición.

- Antes, prométeme que no cambiará nada; que seguirás con tu vida como hasta ahora. Que sabrás perdonarme…

- ¿Por qué? – se dio por vencida.

- Porque parece ser que tu madre contrató los servicios de ese detective, Antonio Peralta, el mismo año que desapareció.

La sangre se heló en sus venas.

- Por lo que leí en el informe que nos envió su secretaria, tu madre llevaba varios meses recibiendo amenazas. Cartas anónimas con fotos tuyas saliendo del colegio, en las que siempre aparecías rodeada por un círculo rojo – hizo una pausa breve –. Por eso avisó a Peralta, para que su agencia se pusiera manos a la obra e intentara localizar al dueño de esos anónimos; ya que por aquel entonces, tu familia residía en Coruña. Parece ser que el detective insistió a tu madre para que no se citara con él como le propuso en alguna de sus misivas. Sin embargo, desatendió sus consejos. Quiso averiguar quién estaba extorsionando a su familia y debió de citarse con esa persona a las afueras de la ciudad. Cuatro días más tarde, su cadáver apareció en el interior de una nave abandonada.

Una lágrima rebasó el lacrimal de la periodista, resbalando por su mejilla.

- Con el tiempo, tu padre y tú os mudasteis a Salamanca. Peralta se lo recomendó por tu propia seguridad – prosiguió –. Ese fue el motivo por el que no te criaste en Galicia. Por miedo a que las amenazas que recibisteis, se cumplieran. Imagino que te contaría esa historia sobre tu madre con el fin de que no hicieras preguntas y vivieras feliz. Era mejor que la recordaras con vida, aunque desaparecida, a saber la verdad.

Una onda de dolor y desengaño detonó en su interior a medida que miles de imágenes de su infancia acuchillaban su memoria. Fogonazos de luz pajiza que proyectaban escenas donde las risas se confundían con el desconsuelo de su ausencia. *¿Dónde está mamá? ¿Por qué no viene a mi cumpleaños? ¿Crees que se ha olvidado de mí?* Preguntas que siempre tuvieron la misma respuesta donde aprendió a vivir sin ella pese a intentar recordarla a su manera, entre álbumes de fotos, adueñándose de los recuerdos de aquellos que no la olvidaban (*¿y cómo era?*, le demandaba a su padre); acariciando aquella llave que colgó a su cuello cuando se dio cuenta que necesitaba hablar consigo misma. Por eso fue lo que ocurrió; que la moldeó a sus propios anhelos pensando que algún día, no muy lejos, cuando por fin estuviera a

salvo, regresaría a sus brazos para no abandonarla jamás.

Sin embargo, el desencanto que goteaba por dentro era mucho más fuerte. Volteó la cabeza hacia el otro lado y se secó la lágrima que humedecía ahora su comisura.

- Para el coche – masculló con sequedad.

Leo la contemplaba, boquiabierto.

- ¡He dicho que pares el maldito coche! – gritó.

Las gomas de los neumáticos lijaron el asfalto en cuanto frenó de golpe la patrulla. Un áspero silencio sucumbió después mientras Aura se deshacía del cinturón y abandonaba su asiento con el resuello entrecortado. La luz consumía el paisaje invernal que se revelaba al fondo a medida que otros vehículos cruzaban a toda prisa en dirección contraria. Leo abrió la puerta escopetado y persiguió su rastro por dentro del arcén, emulando el paso marcial que la periodista ejecutaba con la cabeza hundida bajo sus hombros. Aquello le produjo una desazón mayor.

- ¡A dónde crees que vas? – alzó la voz.

Aura parecía no darse por aludida.

- ¡No ves que te estoy diciendo la verdad? – lo intentó de nuevo –. ¡Puedo mostrarte el expediente que recibimos! ¡O llamar al despacho para que hables con su secretaria! ¡Pero por lo que más quieras, para un momento y escúchame!

Entonces se detuvo en seco y dio media vuelta.

- ¡No! – se desgañitó. Leo se quedó totalmente petrificado –. ¡Llama a Peralta!

- ¡Eso es imposible!

Los vehículos que pasaban a su lado, le impedían mantener una conversación fluida.

- ¡Peralta murió hace años! – le confirmó – ¡De cáncer!

- ¡Pues entonces, hablaré con mi padre! ¡Quiero saber quién de los dos miente!

- ¡Aura, no te contó nada por la sencilla razón de que sólo buscaba protegerte! ¡Lo único que vas a conseguir es remover viejas heridas del pasado que, lamentablemente, no van a traerte a tu madre de vuelta!

Las últimas palabras conquistaron su alma hasta derribarla por completo.

Aura cayó de rodillas en la carretera y un llanto abrupto emergió de su boca. Su respiración se agitaba incontrolable. Leo la abrazó por detrás, con las piernas flexionadas y la mirada igual de afligida. Nada parecía consolar la pena que descargaba su pecho mientras Baeza se esmeraba en protegerla, acunándola bajo un apaciguador arrullo que exhalaba con los labios ligeramente separados. Retiró el mechón que asfixiaba uno de sus ojos y

acarició con ternura su cuello.

La fragilidad que exhibía le partió el corazón.

- No me atreví a confesártelo para no hacerte daño – le susurró al oído –. ¿Serás capaz de perdonarme?

Aura se deshizo de su abrazo para incorporarse. De su rostro descendían oscuros raíles de rímel.

- ¿Mejor…? – se interesó, preocupado.

- Más o menos – pronunció con un hilo de voz –. Aunque para otra vez deja que sea yo la que decida por mí misma.

Después reanudó el camino hacia la patrulla, con las manos por dentro de los bolsillos y la mirada suspendida en el horizonte velado. Tal vez Baeza elucubró a su lado que el tiempo acabaría marchitando la esperanza de que su madre estuviera viva en alguna parte.

Ese día, la luz del faro se apagó para siempre en los confines de su propia imaginación.

- Hay algo más – dijo una vez que se acomodaron en los asientos.

La actitud de derrota le condujo a resguardarse tras el cristal del parabrisas.

- He recibido de Madrid una copia de la agenda personal de Rafael Oviedo – le expuso con tacto –. Lo último que anotó en ella fue el nombre del Serbio. En cuanto averigüe por qué lo hizo, te informo.

Aura se encastilló aún más, con la cabeza reclinada hacia la ventanilla y la desgana depositada en la corteza de su semblante.

El sargento expulsó un suspiro y arrancó el motor. Apenas tardó unos segundos en incorporarse de nuevo a la comarcal cuando el móvil de la periodista vibró en el bolsillo de su plumífero. Lo extrajo para descubrir quién la reclamaba y leyó el nombre de Max en la pantalla.

Acto seguido, le colgó.

A unos cuantos kilómetros de allí, cobijado por las balconadas que sobresalían de la calle del Reloj, Max puso cara de circunstancias nada más comprobar que Aura acababa de rechazar su llamada. El reportero arrojó el *Android* en la mochila que colgaba de su hombro y contempló el frente de nubes que barría la porción de cielo por encima de los tejadillos.

- Me parece increíble – rezongó.

Enseguida enfiló la calle triturando palabras huecas hasta que se detuvo delante de un edificio de dos plantas con balaustradas de forja. Su aspecto, una mezcla entre vetusto y señorial, le hizo dudar. Miró por fuera del portal y se concentró en la placa galvanizada que había adosada a un lateral del muro.

Agencia de Detectives Privados Oviedo
1º derecha

Cuando se convenció de que había encontrado lo que buscaba, pulsó el interfono.

Tenía la cabeza embotada y el ánimo por los suelos.

Aura Valdés no había vuelto a dirigirle la palabra desde que se personaron en el Botillo minutos más tarde. El vacío que arañaba su pecho, tal vez la redujo a permanecer en un destierro forzoso mientras Baeza exponía a los dueños del bar–restaurante la necesidad de conversar con su hijo sobre el dibujo que habían localizado en la ventana del chalet de los Oldán gracias a un viejo recorte de periódico. Cristóbal Tamames ni siquiera se atrevió a contradecirle cuando se asomó a la fotografía que acompañaba al texto y adivinó bajo la retícula de tinta que ensuciaba la imagen, el trazo infantil de aquel corazón que tantas veces había visto. Fue Margarita Yuste, su esposa, quien propuso a la periodista que se encargara de hablar con él. *Gabriel es un niño muy tímido*, adujo, *se abre más con las mujeres*. Por lo que Aura no tuvo más remedio que asentir con una sonrisa fingida al tiempo que la mujer abandonaba la barra para guiarla hasta la puerta del almacén.

Tras la cortina de lamas que ocultaba la entrada, Aura se internó en una penumbra tibia que era desmenuzada por un flexo al fondo. Allí se encontraba Gabriel, bajo la burbuja de luz que sofocaba su pupitre y que arrancaba de las sombras los bultos del mobiliario de terraza emplazados en un recodo de la pared. Vestía una sudadera granate con una imagen de *Toy Story* estampada en su pechera y unas deportivas negras que asomaban por debajo de la mesa. El cabello, rastrillado hacia un lado, exhibía la raya perfectamente delimitada sobre su cuero cabelludo. La periodista avanzó con disimulo entre las baldosas que cubrían el suelo y se situó al otro lado del pupitre. Gabriel parecía sumamente concentrado mientras rellenaba con sus lápices de colores un paisaje otoñal que sobresalía de su cuaderno. Aura se percató que no paraba de mirarla por el rabillo del ojo. Entonces decidió sentarse a su lado y extender sobre la mesa el dibujo que le regaló la primera vez que se conocieron. El chico paró de pintar.

- Hola, Gabriel. ¿Te acuerdas de mí?

Sonrojado, señaló con el dedo la figura femenina encarcelada por dentro del corazón. A su lado, Baeza aparecía con cara de enfado.

- Eso es. Soy yo. Aura – dijo –. Y éste de ahí es Leo, mi compañero.

Gabriel sostuvo su mirada al tiempo que emitía sonidos guturales de satisfacción.

- Guapa. Guapa. Guapa – repitió, hincando cada vez más el dedo por dentro del papel.

- Gracias – le brindó con una amplia sonrisa–. Aunque hay una cosa que me gustaría enseñarte. ¿Quieres?

El chico asintió emocionado, con las comisuras cubiertas con su propia saliva.

Aura encendió la pantalla del móvil y buscó en su galería la fotografía que había realizado sobre la imagen que publicó *La Voz del Bierzo* cinco años atrás. La vivienda de los Oldán se revelaba como un trasunto del pasado, con los ladrillos de la fachada principal tiznados por una cobertura de humo. Amplió con sus pulgares la escena, deteniéndose finalmente en la cuarta ventana. Aquel dibujo emergió entre sus dedos como un sortilegio infernal.

- Déjame adivinar – soltó a medida que le mostraba la pantalla –. ¿Lo hiciste tú…?

Gabriel aplaudió, pletórico.

- Claro. ¡Cómo no me he dado cuenta que siempre firmas tus obras con un corazón! ¡Qué cabeza la mía!

El muchacho se rio por lo bajo.

- Y supongo que el chico que sale montado en un triciclo eres tú, ¿verdad…?

- ¡Yo! ¡Yo! – se exaltó.

- Pero tengo una duda – robó adrede su atención –. ¿Quién es la niña de cabello rubio que está junto a ti?

El sonido de la máquina tragaperras distorsionaba las voces de unos cuantos parroquianos, enfrascados en una discusión sobre el partido de fútbol de la noche anterior al otro extremo de la barra. Baeza se sentó en uno de los taburetes y volvió a echar un vistazo al interior del bar. Los mostradores surtidos por una amplia variedad de pinchos, unas cuantas paletillas ibéricas alineadas mediante ganzúas por encima de sus cabezas y una colección de bebidas alcohólicas que constreñían las dos baldas del fondo. Luego alargó la vista y comprobó que el comedor, separado por un biombo de mimbre, se encontraba vacío.

Cristóbal Tamames salió apurado de la cocina y le preguntó si quería tomar algo. *Invita la casa*, le aseguró con las manos nerviosas. El sargento se fijó por el hueco de la pared que su esposa se hallaba batallando con la freidora con un cigarrillo prendido a sus labios. *Una caña*, le sugirió. El hombre cogió un tubo de cristal y lo encajó de manera perpendicular en el grifo. El

chorro de cerveza fluía por dentro del vaso cuando Margarita Yuste se personó en la barra mientras se ajustaba el mandil alrededor de su cintura.

- ¿Una tapita? – le ofreció igual de disciplinaria que su esposo –. Acabo de sacar unas empanadillas de cecina y queso de cabra.

Leo reparó que ambos evitaban eludir el tema de los intercambios de pareja (o *swinging*, que igual le daba) tras su encomiable actitud. Ninguno estaba por la labor de rememorar aquellos encuentros que orquestaron años ha con la trapa echada.

- Gracias – negó con la mano –. Me preguntaba si por casualidad Gabriel se relacionaba con algún miembro de los Oldán.

Tampoco estaba convencido de que existiese alguien más aparte del matrimonio, pese a que la periodista le insinuase lo contrario.

- Imposible – contestó Margarita –. Ese matrimonio no tuvo hijos. Ni siquiera familia cercana por lo que escuché una vez. Ya sabe que aquí uno se entera de todo.

Se justificó.

- Pero en el dibujo, Gabriel aparece montado en un triciclo. Es posible que en alguna de sus escapadas, su hijo hubiese merodeado por la casa y haber visto algo.

- ¡Hasta Dehesa de Dones? – se sorprendió el hombre –. Me extrañaría mucho, sargento. Es cierto que el chaval tiene una mayor autonomía desde que le regalamos ese triciclo y que entra y sale del bar como Pedro por su casa. Pero lo que dice es un disparate. Vale que Gabriel padece un retraso de nacimiento y que se comporta como si tuviera ocho años; pero tampoco me lo imagino recorriendo veinte kilómetros sin ser visto por algún vecino. Alguien nos habría puesto al corriente, digo yo.

Baeza opinó igual que Cristóbal. La idea le pareció demasiado descabellada. Sin embargo, el dibujo que asomaba por dentro de la ventana continuaba siendo todo un misterio.

- ¿Conocieron personalmente al matrimonio? – siguió deshojando el interrogatorio.

- ¡Qué va! Esa gente no era como nosotros – se frotó Margarita las yemas de los dedos –. Lo que viene por aquí es distinto: el albañil, el que anda buscándose la vida tras años en paro. Vamos, la clase obrera. Pero una cosa no quita la otra.

- ¿Por qué lo dice? – se interesó.

- Porque eran los dueños de las mayores minas de la zona y medio Camponaraya trabajó para ellos. En el bar todo el mundo habla y la verdad sea dicha, jamás escuché un mal comentario. Sé que los nervios estaban crispados cuando sucedió aquella tragedia. La gente

no sabía que iba a pasar con las minas y temían perder sus puestos. Pero gracias a la intervención de esa señora, se pudo formar la cooperativa y frenar el proyecto de la Planta Solar.

- ¿De quién habla?

- De Concepción Duato, la presidenta del Consejo del Bierzo.

- ¿Pero quién es la niña de cabello rubio que está junto a ti? – volvió a repetirle.

Gabriel no paraba de vaciar aquella risa nerviosa contra su sudadera. Había encajado el antebrazo por delante de su boca al tiempo que se removía nervioso en su pupitre. Aura calibró la situación en cuestión de segundos y dedujo que lo mejor era tomar un atajo para sonsacarle el nombre de aquella figura de aspecto femenino, contagiada por un paño de pixeles al aumentar la imagen en la pantalla de su móvil.

- ¡Claro! Ya lo entiendo – jugó al despiste –. No sabes dónde está. ¿A que sí? Pobrecita. Seguro que se ha perdido en el bosque…

- ¿Dónde está? ¿Dónde está? – izó varias veces sus hombros.

Gabriel se dispuso a morder inmediatamente después uno de los cordones de su capucha.

- Si al menos supieras su nombre… Saldría a buscarla para que jugásemos con ella.

- ¡Jugar! ¡Jugar! – parecía que la idea le atraía.

- ¡Qué bien nos lo pasaríamos! – se exaltó también –. Pero es una pena que no sepa cómo se llama…

El chico descargó de nuevo esa risilla traviesa.

- Seguro que Laura – le lanzó.

Gabriel negó entusiasmado la cabeza.

- Ummm… Déjame que piense. ¡Ya lo tengo! María. Se llama María. ¡Fijo!

El eco de su carcajada rebotó en el almacén. Aura estaba empezando a inquietarse.

- Bueno, pues en otra ocasión jugaremos con ella. No te molesto más. Adiós.

La periodista hizo el amago de levantase cuando Gabriel detuvo su propósito, agarrándola fuerte del brazo. Luego rebasó la mano por dentro de su dibujo y señaló a la niña de cabello trigueño.

- Tania – pronunció –. Jugar con Tania.

Aquel nombre le produjo un pellizco en el estómago.

Baeza desgranó un gesto incómodo al tiempo que escuchaba el

relato de Margarita Yuste al otro lado de la barra.

- Es caso es que si no llega a ser por la presidenta del Consejo, la mayoría estaría ahora haciendo cola en el INEM. Esa mujer tuvo el acierto de paralizar la Planta Solar que el matrimonio pensaba construir con el cierre de la mina.

- Parece que se tomó muchas molestias – insinuó, dando un nuevo sorbo a su cerveza.

- Afortunadamente – se adelantó Cristóbal –. Concha realizó los trámites para que los trabajadores pudieran formar la cooperativa cuando los Oldán fallecieron en ese trágico incendio. Incluso llegó a un acuerdo con Gaspar, el nuevo supervisor del área, y con los del Partido Verde, para que la mina siguiese explotándose durante otros diez años.

- ¿Por qué?

- Para que al menos una parte de la plantilla tuviese derecho a una pensión digna. Hay que joderse que uno no se pueda jubilar en condiciones por esas chorradas de cuidar el medio ambiente. Primero seremos las personas, digo yo. Un poco de caridad cristiana.

El sargento prefirió no compartir sus impresiones al respecto.

- Todos le debemos mucho a esa señora – prosiguió su esposa –. ¿Se imagina lo que hubiera supuesto el cierre de la mina? La mayoría de los pueblos estarían muertos del asco. Incluso a nosotros nos hubiera tocado cerrar. El poco dinero que se mueve en esta zona, proviene de la minería. Esa es la verdad. Y que se atreva alguien a insinuarme lo contrario.

Una cobertura de nubes ensombrecía el paisaje al fondo cuando Aura y Leo abandonaron el bar. Encaminaron los pasos por la pista de grava mientras el sargento desbloqueaba con el mando a distancia las puertas de la patrulla. Una vez dentro, se acomodaron en los asientos. El vaho empañaba los cristales, asfixiando los contornos de las inmediaciones.

- ¿Y bien? – soltó Baeza al tiempo que activaba la calefacción –. ¿Has podido sonsacarle algo al chaval?

- La niña existe – le confirmó –. Se llama Tania.

El silencio que se filtró entonces, recluyó a Leo en sus pensamientos.

- No me entra en la cabeza que nadie sepa de su existencia – continuó –. Es imposible que la gente no la recuerde. De lo contrario, tampoco tendría sentido que hubiese un dibujo de Gabriel en una de las ventanas. ¡No lo ves…? Esa niña estaba relacionada con los Oldán. Pero la cuestión es: ¿dónde diablos se encuentra?

Baeza se mantenía enfrascado en sus propios desvelos.

- ¡Me estás escuchando…? – robó su atención.

- Discúlpame un segundo. Hay algo que no puedo quitarme de la cabeza.

Enseguida sacó su teléfono del anorak y marcó el número de la comandancia. Esperó varios tonos hasta que la voz de Corredera se asomó al otro lado de la línea.

- Capitanía de la Guardia Civil – dijo.

- Corredera, soy el sargento. Necesito que me hagas un favor. ¿Sabes si Altamira se encuentra en el Puesto?

- Salió hace un rato – le ratificó dudosa –. ¿Quiere que le deje un mensaje?

- Acércate mejor a su despacho y comprueba si en los extractos bancarios de Concha Duato, existe algún movimiento procedente de la cooperativa minera – la arremetió con atropello –. Creo que Carmona los dejó encima del escritorio.

- De acuerdo. Ahora mismo le llamo.

Y colgó.

Leo se impacientó con la vista puesta entre las esquirlas que lamían el parabrisas mientras Aura intentaba en vano averiguar qué habría descubierto en el interior del Botillo. Al cabo de un par de minutos, la pantalla se encendió.

- Dispara – exigió a la agente.

- Efectivamente. Hay un ingreso mensual de mil quinientos euros a su cuenta procedente de la mina – desembuchó –. Los giros los realiza siempre un tal Gaspar Mercader en concepto de *tributos*.

- ¡Premio! – exclamó – La tenemos.

Después contempló a la periodista con una sonrisa de satisfacción.

Corredera, en cambio, se mantuvo a la espera sin entender aun lo que estaba ocurriendo.

- Es todo. Muchas gracias – le agradeció, dispuesto a cortar la llamada.

- Antes de que se me olvide. El forense ha llamado hace un rato. Parece ser que ya tiene un estudio preliminar del cadáver que se encontró en la cabaña. ¿Quiere que le avise y le dé algún recado, o prefiere pasarse por el Anatómico?

El atardecer se escabullía anubarrado tras el armazón de montañas que cercaba el perímetro de Ponferrada. Habían transcurrido unas horas desde que Corredera le anunció por teléfono que Pumares había concluido con el examen preliminar del cuerpo de ¿Tristán Ortiguera? Eso mismo conjeturó el sargento mientras comían un cocido maragato en un mesón de la Plaza Virgen de la Encina. Allí, distanciados del resto de comensales por un biombo con vistas a la calle, Leo le expuso a la periodista su intención de hacer una visita al forense por si

pudiera esclarecerle que el cadáver hallado en el sótano de la cabaña pertenecía, sin duda, al secuestrador de Daniela Guzmán.

La duda los acompañó durante el resto de la tarde mientras deshilvanaban otros derroteros paseando por el casco antiguo. Aura escuchó atenta lo que había descubierto en la barra del Botillo cuando sus dueños le confirmaron que Concha, la presidenta del Consejo Comarcal del Bierzo, formó parte de la puesta en marcha de la cooperativa minera una vez que sus patronos, los Oldán, perecieron en aquel espantoso incendio. No obstante, la mujer recibía unos giros mensuales por valor de mil quinientos euros en concepto de *tributos* (¿acaso sus prestaciones venían aparejadas por una cláusula, donde la empresa debía desembolsar una considerable suma al final de mes?), e ingresados a su cuenta por el responsable de la cooperativa, un tal Gaspar Mercader. Esas y otras cuestiones los llevaron hasta el Instituto Anatómico, con la noche precipitándose más allá del cristal del parabrisas.

El sargento estacionó la patrulla en el parking de fuera y abandonó su asiento.

- Espérame aquí – le pidió con el motor en marcha –. No tardo.

Leo franqueó la entrada y se perdió por un entramado de pasillos y oficinas vacías. El eco de sus pisadas rebotaba contra la techumbre de escayola, la cual se perfilaba abovedada tras los arcos de medio punto de sus ventanales. Tomó uno de los ascensores y se dirigió al subsótano, donde una corriente de aire lo embistió nada más adentrarse en un nuevo corredor. El sargento avanzó con el paso ligero a medida que los tubos fluorescentes parpadeaban en ciertos tramos, emitiendo un zumbido incómodo similar al de un enjambre de moscas.

Aquel cartel situado por encima del travesaño le robó el ánimo: ***Morgue***. Leo impulsó con la mano la puerta batiente y atravesó la estrecha antesala. En la mesa, atestada de informes y carpetas, asomaba un PC obsoleto con la pantalla apagada. A su lado, el escáner parecía servir de tablero para sostener la voluminosa impresora. Baeza rastrilló con la mirada el resto de la estancia y se detuvo unos instantes en las baldas de las estanterías, repletas de más documentos. Entonces advirtió que una tenue claridad arañaba el ventanuco circular que conectaba con el depósito. Dedujo que Pumares se encontraría dentro y decidió ir en su búsqueda.

Aquel olor a producto de limpieza arrasó su pituitaria en cuanto rebasó la morgue y vio al forense tomando apuntes en un portafolio. Vestía una bata blanca con las mangas subidas y unos vaqueros tipo *skinny* ajustados a la altura de sus gemelos. Leo se

fijó que llevaba los auriculares puestos mientras masticaba chicle, haciendo tímidas pompas por encima de sus labios. Enseguida se percató de su presencia y le gratificó con una sonrisa a medida que se deshacía de sus cascos.

- Nadie me ha informado de tu visita – dijo –. Por cierto, ya tengo algunos resultados.

- ¿Algo interesante?

- Antes necesito mostrarte lo que he averiguado. ¿Me acompañas?

Alejandro Pumares se aproximó a la cámara frigorífica y tiró de la palanca de una de las portezuelas. Un aliento de vaho se desprendió del interior, revelando la profunda oquedad que el joven forense interrumpió al deslizar la camilla de acero hacia fuera. Aquel amasijo de carne purulenta detuvo a Leo a una distancia considerable. Los rasgos de su rostro, disgregados bajo su piel abrasada, revelaban los músculos y tendones que sobresalían llameantes. Prolongadas tiras de dermis requemada que descendían como lava por su garganta y se aventuraban a cruzar el cuello de su camiseta. La mandíbula, completamente rígida, parecía haberse encasquillado en una especie de grito eterno, destapando una cobertura de dientes marfileños. Sus ropas, manchadas por el polvo blanco en el que apareció enterrado, secuestraban la férrea posición en que se había convertido. Un trasunto de escultura renacentista, con las rodillas flexionadas y el brazo intentando elevarse hacia el techo. Aquel olor a desinfectante comenzó a culebrear en el ambiente. Alejandro se colocó unos guantes de látex y manipuló su cráneo, cosido de calvas y heridas.

- ¿A qué huele? – preguntó asqueado. Luego retomó el camino y se posicionó a su lado.

- Cal viva – declaró –. De ahí que el cadáver presente un aspecto de deshidratación. Su especial efecto corrosivo provoca la destrucción progresiva de cualquier tejido blando del organismo.

- ¿Y qué sentido tiene?

- Acelerar el proceso de descomposición – apostilló Pumares –. Por eso el detenido, Pedro Bautista, lo enterró en una considerable cantidad de cal. Su intención no era otra que hacer desaparecer el cuerpo en el menor tiempo posible. O sólo una parte; ya que no cayó en la cuenta que únicamente causa quemaduras al contacto de la piel. Los huesos, por el contrario, se mantienen intactos.

El sargento escuchaba atento su análisis clínico.

- De todos modos, he extraído unas muestras para que el Laboratorio las analice. Imagino que estos días tendré los resultados. Pero ya puedo confirmarte que se trata de un varón de raza caucásica, de entre cuarenta a cincuenta años, y con hematomas en algunas

regiones de su cuello con infiltrados esquimóticos. Sin embargo, lo interesante lo he hallado durante la autopsia. He localizado algunas hemorragias petequiales producidas por la rotura de pequeñas vénulas; además de una equimosis perivascular, con fractura en el esqueleto laríngeo causado por una asfixia mecánica y afectando al cuerno superior del cartílago tiroides. En resumen, al tipo lo estrangularon hasta causarle la muerte.

Baeza supo entonces que coincidía con la declaración del Legionario. Intentó ir más allá.

- ¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto?

Pumares inspeccionó de nuevo el cadáver mientras calculaba mentalmente una horquilla de tiempo lo más precisa posible.

- Dado que el cuerpo se halla en un avanzado estado de descomposición por la corrosión que ha ejercido la cal, sería difícil de determinar – resumió –. Pero después de examinar sus piezas dentales, calculo que un mes. Tres como mucho. No más.

El sargento tuvo claro que el periodo que acababa de ofrecerle, encajaba con la confesión de Bautista. Hacía algo más de dos meses que asesinó a Tristán Ortiguera.

- Aunque eso no es todo.

Pumares se dirigió a una de las estanterías metálicas que poblaban el frontal y asió un bulto embalado en una funda de plástico. En su interior había una mochila oscura de tamaño mediano, con la tapa y bolsillos laterales repletos de chapas de distintos dibujos y colores. Rápidamente se la entregó a Baeza, el cual la analizó con fruición dispuesto a esclarecer la relación que la unía con el hombre que aún yacía sobre la camilla.

- Apareció en el sótano, a pocos metros del cadáver – le esclareció.

Leo sacó el móvil de su anorak y comenzó a salpicar de flases su cobertura de plástico para mostrarle las fotografías a Aura.

- ¿Había algo dentro?

- Por supuesto – le confirmó –. Me estaba reservando la mejor parte para el final.

El forense acudió esta vez a una mesa auxiliar y abrió el primer cajón. Enseguida rescató de las sombras lo que parecía un libro con las tapas rojas y envuelto en una funda transparente. Baeza frunció el entrecejo a medida que le cedía la mochila y atrapaba entre sus manos el nuevo objeto. Su respiración se volvió entrecortada al leer el título, encarcelado entre varias líneas romboidales. ***El Juego de la Serpiente***.

Su autor, Funelli, le devolvió un torbellino de imágenes electrizantes.

- Le he echado un vistazo y la verdad, no le encuentro lógica. Es como si los capítulos estuviesen desordenados – articuló –. Nunca

había oído hablar del libro. ¿Te suena a ti de algo?

Sus ojos desprendían esquirlas de fuego a medida que pasaba las fotos en el móvil de Baeza.

Aura se detuvo unos instantes en la cubierta de cartoné carmesí, donde aquel título incapaz de olvidar y el nombre de su autor parecían estar condenados a habitar entre cuatro trazos oscuros. Una sacudida la devolvió al edificio de Correos de Salamanca. Allí, olvidado en un apartado postal, lo encontró por primera vez. El Serbio le había dejado una copia de ***El Juego de la Serpiente*** junto con una fotografía de Ainhoa Liaño y la tarjeta del detective de Coruña. Pasado y presente. Viejas historias que se entrelazaban a la suya sin comprender aún en qué consistía el juego. Porque de eso trataba el experimento del Serbio; de organizar y ensamblar unas cuantas pistas como si se tratase del complejo mecanismo de un reloj vienés.

Aura se concentró en encontrar respuestas sin prestar atención a lo que Leo declamaba respecto al análisis preliminar que Pumares había realizado en el cadáver de Ortiguera.

- El libro de Funelli tiene relación con el *collage* – disparó como un resorte –. Eso fue lo que averiguamos en La Alberca; que las líneas de la portada unidas entre sí formaban la misma disposición que el mural.

- Cierto – respondió –. Los grupos de chicas no eran aleatorios. Seguían un patrón similar al rombo que dibujaron en uno de los párpados de Penélope.

- Por lo tanto, si entiendes el libro, descifras el significado del mural. ¿Es eso?

- El problema vino con el orden de los capítulos. Acuérdate que estaban salteados y que no se podían leer de principio a fin. Carecía de lógica.

- O más bien se trate de un juego matemático – añadió –. Aunque…

Aquella idea relampagueó en su mente.

- Suelta – la apremió.

- ¡Cómo he sido tan estúpida de no mostrárselo…? – se cuestionó en voz alta.

- Si me cuentas, a lo mejor puedo darte la razón.

- ¡Vete a la mierda! – golpeó su hombro –. Estaba pensando que Hooded es el único que puede ayudarnos.

- ¿Hooded…?

- Sí, Hooded – reiteró –. Él es informático. Trabaja con procesadores y códigos binarios. Matemáticas al fin y al cabo. Si es capaz de descifrar una clave secreta. ¿Por qué no el orden de unos capítulos de una novela?

Leo se quedó pensativo, considerando la idea que la periodista le estaba proponiendo desde el asiento del copiloto.

- Me parece bien – expulsó –. Tampoco perdernos nada porque lo intente.

- Ahora mismo le envío un WhatsApp para que se pase por mi apartamento y recoja el libro.

El sargento asintió conforme y arrancó el motor de la patrulla. Estaba deseando llegar a la comandancia para volver a echar un vistazo al mural. Enseguida dio marcha atrás y salió precipitado del parking del Instituto Anatómico.

- Por cierto, antes he estado pensando en Tania y su relación con los Oldán.

- ¿Algo a considerar? – se interesó Leo.

- Teniendo en cuenta que Gabriel no va a aportar más datos, puede que se tratara de una niña que estuvo de paso hace cinco años. Una sobrina, la hija de unos vecinos… Pero alguien que al fin y al cabo tenía permiso para entrar y salir de esa casa.

- ¿Y por qué estás tan segura? – la buscó con la mirada.

- Porque sólo una niña pegaría un dibujo en la ventana de la que consideraba su hogar.

Leo frenó el coche delante de la Capitanía y apagó el motor.

La noche, gélida y oscura, se desdibujaba al fondo de la calle, donde la raquítica luz de las farolas derramaba haces de oro líquido sobre sus aceras. Ambos se apearon de la patrulla y encauzaron sus pasos bajo un aura fantasmagórica procedente de unas cuantas ventanas del edificio. Enseguida atravesaron sus puertas acristaladas y se escabulleron del vestíbulo sin saludar al agente que se encontraba al otro lado del mostrador. Sólo el silencio goteaba por dentro del largo pasillo a medida que cruzaron por delante de algunas salas, despejadas del trajín al que estaban acostumbradas. Leo creyó que la mayoría habría regresado a sus casas cuando doblaron el último recodo y se internaron en la sala de investigaciones.

Los paneles del techo se encendieron por fases. Aura retomó su labor donde la había dejado y se aproximó al escritorio. El material fotográfico del expediente Oldán se arracimaba en desorden entre columnas de humo y ladrillos renegridos. Señales del pasado que devoraron sus ojos a medida que se perdía por nuevos rincones de la vivienda; en otras habitaciones con el mobiliario calcinado y el papel de las paredes hecho jirones. Leo soltó el móvil en la mesa y cogió de nuevo la fotografía en la que aparecía la fachada del chalet.

El dibujo de Gabriel se asomaba como un eco espectral tras el

cristal de la ventana de la planta superior. Él y ella juntos, aprisionados por un corazón de trazo tembloroso, pero decididos a permanecer para siempre en el recuerdo de lo que nunca existió. Porque eso fue lo que sintió en cuanto abandonó a la periodista y retomó sus pasos hacia el mural; que la mente de Gabriel había elaborado una historia fantasiosa poblada de niñas con aspecto principesco y leyendas. Fábulas al fin y al cabo que no se ensamblaban ni por asomo a los grupos que sobresalían de la pared en diferentes escalas y ángulos. Penélope Santana habitando la cara sur del rombo. Ainhoa Liaño, el noreste. Y el resto de chicas encarceladas por un círculo rojo, en otros puntos del *collage*. Sólo dos de las ocho agrupaciones se mantenían fuera de peligro al margen izquierdo. Jóvenes anónimas, desaparecidas o no, pero liberadas de un ritual bosquejado en las profundidades del valle. El cuerpo desnudo, el cabello con rastros de sal marina, y dos símbolos – una espiral y un cubo de aristas pronunciadas – pintados sobre la piel fría.

Leo se afanó en localizar a la séptima presa (Daniela Guzmán) cuando sus ojos llamearon encendidos.

- ¡No puede ser! – alzó la voz.

La periodista dio un respingo en la silla, asustada.

- ¿Qué ocurre ahora? – le cuestionó.

- ¿Te importa acercarme el teléfono? Lo he dejado encima de la mesa.

Aura lijó el suelo con las patas traseras y se dirigió a él, embebido por el magnetismo que radiaban los rostros de unas cuantas chicas en aquel recodo de la pared. Enseguida asió su móvil y entró en la galería de fotos. La imagen de la mochila con la tapa y los laterales cubiertos de chapas, emergió en la pantalla como un mal presagio.

- ¡Claro! – se exaltó de nuevo –. ¡Es la misma!

- ¿Me puedes explicar qué está pasando? – le apremió, confusa.

Leo se acercó al mural y señaló uno de los grupos, limpios de cualquier rastro rojizo.

- Si te fijas, tanto en este conjunto de fotos como en el de arriba, no hay ninguna víctima señalada – le expuso.

- ¿Por qué?

- Porque estábamos buscando en la dirección equivocada. Daniela no podía estar junto a las demás por la sencilla razón de que no era la siguiente candidata.

- ¿En qué te basas?

- En esto.

El sargento la guio hacia la esquina de una de las fotografías, donde aquel hombre con el cabello recogido en una coleta baja y

una mochila idéntica colgada a su hombro, cruzaba de espaldas el encuadre tras su formidable complexión. Aura lo reconoció al instante por la descripción facilitada gracias al casero de la cabaña.

- Tristán Ortiguera – balbució.

- Y ella era su siguiente víctima – disparó Leo –. Estaba acechándola.

La niña que aparecía sonriente en el centro de la imagen tenía el cabello rubio y una mirada angelical. Sus manitas, tímidamente entrelazadas, manifestaban ese candor níveo de quien posee diez u once años. El objetivo de la cámara la había capturado en aquel idílico paraje de ensueño, con jardines almidonados y un letrero al fondo que rezaba: *Mesón Ruta de la Plata*. Aura se concentró en ella, con su vestidito azul bañado por los suaves rayos de sol, y la transportó sin querer al dibujo de la ventana de los Oldán.

- Estaba acercándose a Tania – pronunció finalmente.

Aura no tuvo duda que compartía una apariencia similar a la princesita que pintó Gabriel cinco años atrás. El hombre, en cambio, se escabullía por el margen derecho como una sombra escurridiza y tenebrosa.

- ¿Pero dónde se supone que está? – le inquirió al sargento.

Verónica Corredera entró en la sala en ese instante. Su rostro traslucía un poso de gravedad mientras mirada fijamente a Baeza.

- Le estaba buscando, sargento – su voz palideció de pronto.

- ¿Pasa algo?

- Será mejor que me acompañe a la sala de ordenadores. La Científica acaba de remitir el contenido del VHS que Tintín llevaba encima cuando se lanzó de la azotea.

Su pulso se paró en seco.

- ¿Han podido recuperar alguna imagen? – se inquietó.

- No se imagina lo que había dentro.

Las voces se filtraban por fuera de la sala cuando el sargento atravesó el umbral escoltado por las dos mujeres. Varios agentes fortificaban con sus uniformes la mesa que se hallaba al fondo mientras Labrador reproducía de nuevo la grabación que se asomaba en la pantalla. Baeza, en cambio, encaminó decidido sus pasos, presto a averiguar el contenido de la cinta con la que se suicidó el belga y que la Científica había tenido la fortuna de rescatar de su bobina magnética. Los guardias se abrieron paso en cuanto repararon en su presencia. Su rostro reflejaba un poso de incertidumbre según se acercaba al escritorio y dirigía una mirada de soslayo a las imágenes en movimiento.

- ¿Entonces es cierto? – quiso corroborar por segunda vez.

Aura se situó a su lado y atendió concentrada a la pantalla del ordenador.

- Eso parece – abrevió Labrador tras su corpulenta constitución. Sus dedos jugueteaban por encima del ratón.

- ¿Algún apunte en el informe de la Científica?

- Parece ser que se trata de una de esas cintas antiguas que cualquiera puede comprar por internet a un precio asequible. En el caso del VHS con el que se lanzó Tintín, data del año 95. O al menos, eso ha verificado el técnico en el correo electrónico.

- ¿Por qué? – se preguntó –. ¿Para qué querría Jan van Hoof una reliquia de hace más de veinte años?

- Hay gente que las adquiere para darle a la imagen un tono retro – alegó Aura.

- Aparte de que no sabemos si la cinta pertenecía a Tintín o la consiguió por mediación de alguien que asistió a la fiesta.

- ¿De qué fiesta hablas? – le interrumpió.

Leo se detuvo en el filo vacilante de sus pupilas.

- La grabación fue tomada la noche que Daniela desapareció en esa fiesta de carnavales celebrada en el bosque – escupió –. La fecha aparece en la parte superior: 28 de febrero de 2014.

El tiempo pareció suspenderse en el interior de la sala.

- ¿Altamira ha sido informado? – le avasalló.

- Viene de camino. Pero lo interesante se encuentra al finalizar la película. Exactamente en el minuto nueve.

- ¿Qué hay en el minuto nueve?

El sargento comenzó a impacientarse.

- Prefiero que lo vea con sus propios ojos.

Labrador situó la flecha por delante del icono del *Play* y reprodujo el material.

Los segundos corrían al margen derecho de la pantalla mientras la música *techno* de aquella improvisada *rave* en el campo atronaba por fuera de los bafles. Las luces estroboscópicas encendían en ráfagas de neón los aledaños boscosos al tiempo que unos cuantos chavales se dirigían a cámara, embriagados por las estridencias acústicas que el Dj pinchaba en lo alto de una tarima. El objetivo se desplazó entonces en un barrido horizontal, atrapando en un pronunciado *zoom* a los demás asistentes que mostraban con orgullo sus disfraces entre cachimbas y litronas de cerveza.

- Es ahora – dijo el agente mientras señalaba un punto concreto del monitor.

La iluminación de led desempañó en una brisa verdosa las sombras que se cernían al fondo. Ramas y arbustos que sepultaban el horizonte en multitud de formas retorcidas. De pronto, aquella silueta recobró movimiento. Aura se echó la mano

a la boca mientras aquella figura alargada emergía de las tinieblas. Sus ojos, dos fósforos flameantes, se relamían a cámara por la oscuridad de la que gozaba. Leo inclinó el cuerpo para examinarlo mejor y entonces, descubrió la cornamenta que se alzaba por encima de su cabeza. Una corona cargada de secretos y leyendas milenarias

- ¿Qué demonios es eso? – murmuró después.

DIA 12

Los últimos segundos corrían en la parte superior de la pantalla.

La silueta de aquella criatura quedó recortada al fondo, abrigada por una penumbra rocosa. Sólo unos cuantos haces verdinosos se colaban entre los recovecos del bosque, disipando tímidamente la cornamenta que se erigía primitiva por encima de su testa. Su cuerpo, sepultado por un manto de tinieblas, quedó suspendido en el horizonte velado mientras la cámara recogía las risas de unos chavales que bailaban al ritmo sincopado de la música *techno*. Nadie reparó en aquella quimera arrancada de las profundidades de la naturaleza. Ni siquiera el encargado de grabar la fiesta *rave* de disfraces; pues de pronto, una niña cruzó el encuadre a lo lejos con el paso retraído. Tenía el cabello rubio y vestía lo que parecía un pijama en tonos rosas. Su actitud, ciertamente desorientada, la llevó a detenerse por delante de la bestia. Tal vez su intención no era otra que llamar la atención de alguno de los asistentes con el cuerpo aterido y los hombros vencidos. Quizá sólo deseaba localizar a alguien entre la maraña de jóvenes que disfrutaba de los carnavales. Pero cuando quiso reanudar su camino, la mano de ese espécimen con aspecto de carnero asfixió su boca y la sumergió para siempre en la oscuridad.

- Es todo – dijo Labrador. La grabación quedó suspendida en la pantalla del ordenador.

Baeza se retiró con brusquedad del escritorio y lanzó una mirada conminatoria al capitán, el cual no había vuelto a pronunciar una sola palabra desde que se personó en la sala junto a la psicóloga. La luz de la mañana, fría y plomiza, atravesaba las lamas de la persiana.

- ¿Y bien…? – preguntó en alto –. ¿Alguien puede aclararme qué cojones es eso?

Todos se miraron en silencio.

- ¿Lo dices en serio? – disparó Altamira. Su voz transmitía la misma carga de recelo que el sargento escudriñó en sus facciones a primera hora –. Imagino que no hace falta que te expliquemos en qué consisten unos carnavales. La gente va disfrazada, bebe más de la cuenta, algunos incluso llevan a sus hijos… Lo típico.

Leo sospechó que intentaba ponerle en evidencia delante de sus hombres.

- Vamos, no me jodas. Tú mismo acabas de ver cómo esa cosa con cuernos tira de ella.
- O esa es tu interpretación – le rebatió.
- ¡Pero qué diablos te pasa? ¡No te das cuenta que la está raptando?

El capitán cogió aire para echar por tierra su argumento cuando Inés Solís decidió situarse entre medias con el fin de actuar como mediadora.

- Será mejor que todos bajemos la voz y nos tranquilicemos un poco – arbitró–. Entiendo la postura de cada uno. Es cierto que en un primer vistazo, da la impresión de que estamos siendo testigos de un secuestro. Pero también podemos estar equivocados y que nuestro cerebro imagine cosas que no se ajustan a la realidad. ¿Quién nos asegura que esa niña está siendo raptada, cuando la calidad de la imagen es pésima y encima la grabación se corta en ese preciso instante?

- ¡Pero nos hemos vuelto todos locos o qué…? – vociferó –. Tintín escribió mi nombre en esa cinta. Quería mostrarme lo que sucedió en la fiesta.

- Te equivocas – se adelantó el capitán –. Ese imbécil se suicidó con las imágenes de la famosa noche que desapareció Daniela porque en el fondo se sentía arrepentido de lo que había hecho. Por eso se lanzó de la azotea, Leo. No te dejó ninguna prueba como te empeñas en hacernos creer.

- Eso tendrás que demostrarlo.

- ¡Pero quieres abrir los ojos de una maldita vez! El belga sólo intentaba expurgar sus pecados. Era su manera de confesar al mundo que estaba decidido a quitarse la vida por lo que había hecho en el pasado – bramó –. Aunque ya veo que no te conformas con que haya una sola chica en la investigación.

- ¡Cómo dices…? – le increpó.

- Te recuerdo que mi hermanastro va a pagar por los errores que ha cometido.

- ¡Y qué culpa tengo yo?

- Que no te empeñes en buscar algo que no existe – sonó amenazante –. No hay niña, Baeza. No hay caso. Deja las cosas estar.

- ¿Te muestro de nuevo lo que pintó Gabriel?

- ¡No te puedes basar en un dibujo que hizo hace años un deficiente mental! – gritó, encolerizado –. Y mucho menos en esa *gran noticia* que tu amiga la periodista cree haber encontrado en un viejo periódico.

El aire de dentro se volvió de pronto enrarecido. Ninguno de los allí presentes albergaba el ánimo de interrumpir a los dos caballeros que acababan de retarse a duelo.

- Gracias a esa *noticia*, fuimos capaces de descubrir que el chaval conoció a la niña – le asestó –. Niña que por cierto, se corresponde tanto en estatura como en color de cabello con la que aparece en esa grabación.

- Y yo te repito que los Oldán no tuvieron hijos. ¿No te das cuenta que te estás metiendo en un callejón sin salida? Nunca hubo una

denuncia de desaparición de alguien con esas características.

- Por la sencilla razón de que el matrimonio murió en aquel incendio.

- Lo siento mucho Baeza, pero me niego a perseguir un fantasma en estos momentos. No hay pruebas concluyentes como para abrir una investigación oficial.

Una claridad desgastada relamía las sombras de dentro. Aura se desperezó con telarañas en los ojos y giró el cuello sobre la almohada. La huella de su cuerpo al otro lado de la cama la animó a incorporarse lentamente. El rastro de Max parecía haberse desvanecido mientras se acercaba al escritorio entre bostezos y subía la persiana. Afuera, una corteza de nubes bajas flotaba entre los extensos prados de Molinaseca, punteando el horizonte de grises matices invernales. La periodista recogió su ropa de la silla y se desprendió del pijama. Todavía era incapaz de asimilar lo que Baeza le reveló el día anterior de camino a Camponaraya. Por la noche había tardado en quedarse dormida (¿qué hora era cuando miró por última vez su *Flik Flak*?), mientras su mente se negaba a admitir que su madre llevaba años muerta. Sin embargo, la duda sobrevolaba por encima de su cabeza. Leo leyó en el informe que recibió del despacho de Antonio Peralta, una información que su padre ocultó durante demasiado tiempo. ¿Por qué? ¿Por qué nunca le confesó que su madre se citó con la persona que había estado extorsionando a su familia mediante cartas anónimas, que contrató los servicios de ese detective de Coruña, que su cadáver apareció en una nave a las afueras de la ciudad días más tarde? ¿Por qué…?

El sonido de un motor fragmentó sus atribulados pensamientos. Aura terminó de atarse los cordones de sus *Converses* y bajó rápido las escaleras de la segunda planta. Imaginó que el sargento habría llegado de la comandancia cuando cruzó la cocina, dispuesta a que los dos hombres no volvieran a exhibir otra contienda como la vez anterior. Enseguida verificó que no había nadie. Perfiló una mueca de asombro en sus facciones y se asomó a la ventana. Max estaba cargando la mochila en el maletero de su coche. *¿Pero qué demonios?*, farfulló. Enfiló a toda prisa el pasillo y abrió la puerta del chalet.

- ¡A dónde vas? – le gritó a medida que bajaba los escalones del porche.

El reportero rebasó la cabeza por fuera del maletero y miró a Aura desconcertado.

- Me vuelvo a Madrid – respondió, lacónico.

- ¿Qué pasa? ¿Ni siquiera tenías pensado despedirte?

La periodista se posicionó delante de él con los brazos cruzados.

- ¿Acaso habrías notado mi ausencia?

- Vale; estás enfadado porque ayer no te avisé. Y lo entiendo. Pero la investigación había dado un giro. Hay similitudes con el caso de La Alberca – prefirió no contarle más de la cuenta.

- No te engañes, Aura. El problema no es el trabajo, sino yo.

Un silencio mortífero se solapó tras la aspereza de sus miradas.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque me parece que ya has elegido por los dos.

Aura percibió que su pulso se aceleraba sin esfuerzo.

- Te equivocas si piensas que Leo y yo… – intentó justificar su falta de empatía hacia él; la forma en que le rehuyó intencionadamente desde que se presentó en Molinaseca.

- No te esfuerces – se dio por vencido –. Pero tampoco me tomes por tonto.

- Max…

- Puedes estar tranquila. En la redacción nadie sabrá lo que estás haciendo aquí. Aunque sospecho que Alicia descorchará su mejor cava cuando sepa lo que has descubierto en Ponferrada.

Una mezcla de impotencia y abandono redujo a la periodista en un rinconcito de su propio mundo mientras advertía cómo el que fuera su novio (¿acaso habían roto oficialmente?) cerraba de un portazo el maletero para acomodarse después en el asiento.

Una vez que arrancó el motor, bajó la ventanilla.

- Por cierto, ayer te llamé varias veces para decirte que me había pasado por la Agencia de Detectives de Rafael Oviedo.

Aura esbozó un gesto confuso en su rostro.

- Estaba dispuesto a ayudarte en la investigación – alegó en su defensa –. El caso es que su secretaria, una tal Pilar Gaona, me confesó que el informe que había elaborado su jefe sobre Tintín se lo había vendido a un tío con acento extranjero.

- ¿A quién…? – dudó.

- Al parecer, no recordaba su nombre. Tan sólo me dijo que dada su situación al morir su jefe, no le ha quedado más remedio que sacar provecho del asunto.

- Imagino que se trataría de Christoffer van Hoof. Es el único con acento de fuera al que podía referirse – sospechó –. De todos modos, gracias por tu ayuda.

Max renunció a seguir perpetuando más tiempo el dolor que le reconcomía las entrañas.

- Hay algo más. En las anotaciones que has ido tomando, leí que Christoffer iba a fugarse con una bolsa de dinero y sus zapatillas de deporte. ¿Te sitúas?

- Por supuesto. Esa llamada que realizó a su esposa el día anterior, le delató. Se largó con las manos vacías.

- Lo sé. Pero en la vieja estación donde se citaron, Nathalie Peeters tan sólo se presentó con el dinero.

- ¿Qué insinúas? – quiso averiguar.

- Tengo la extraña convicción de que las famosas *zapatillas de deporte* que mencionó en la llamada, hacen referencia a una clave secreta que únicamente ambos conocían.

La periodista se quedó pensativa unos instantes.

- Tira por ahí – dijo a medida que giraba el volante hasta el fondo –. Tampoco pierdes nada entrevistando a esa mujer.

Y sin más, el reportero de Tribuna Madrid se esfumó de su vida, alejándose a toda prisa por las primeras calles de Molinaseca.

Leo Baeza apretó fuerte sus dientes cuando Altamira echó por tierra su propósito de abrir una investigación paralela. El hecho de averiguar quién era la niña que aparecía tanto en el dibujo que realizó Gabriel años atrás, como la misma (estaba convencido de ello) que salía en la cinta de VHS, parecía no alentarle a buscar respuestas. Tan sólo se mantenía con las facciones contraídas, obviando las imágenes que se reproducían en bucle en la pantalla del ordenador, donde el monstruo con astas de reno la arrastraba consigo a las profundidades del bosque.

- A lo mejor no te interesa abrir una investigación porque hay intereses de por medio.

- ¿Cuáles? – le replicó Altamira, cansado de su lamentable numerito.

- Que no se sepa quién era esa niña en realidad.

El capitán soltó una herrumbrosa carcajada que se expandió en la sala.

- No me hagas reír, por favor – su mirada se tornó áspera –. Sé lo que te propones. Y te prohíbo terminantemente que hables con la presidenta del Consejo.

Leo se percató que alguien se había ido de la lengua.

- Pues si tus hombres te han informado bien, he averiguado que…

- ¡Qué has averiguado – le interrumpió –, que Concha Duato firmó un convenio con los Oldán para la construcción de esa Planta Solar y que al morir éstos, ayudó a fundar la cooperativa minera con los trabajadores? Eso ya lo sabemos, Baeza. La presidenta se lleva un porcentaje al mes por mantener a raya a los del Partido Verde.

Su respuesta le descuadró por completo. Había quedado como un estúpido delante de todos.

- Tal vez la inesperada aparición de esa niña rompió sus esquemas –

persistía.

- ¿Dónde? ¿En esa fiesta de disfraces?

Intentaba humillarle.

- Donde fuese. Me da igual. El caso es que si no se la quitaba lo antes posible, los planes de la política se irían al traste, incluyendo la actividad en la mina durante diez años.

- ¡Y dale! En ese chalet solamente vivía un matrimonio. Punto.

El capitán dio un paso al frente y se situó a escasa distancia del sargento. Podía percibir el resuello de su respiración.

- Te lo advierto, Leo. Ni se te ocurra acercarte a la presidenta del Consejo por algo que ni siquiera existe. Esa mujer tiene mucha influencia en la comarca y si los de *Arriba* se enteran que estamos investigándola por un dibujo que pintó un deficiente, nos acabarán poniendo de patitas en la calle. Al menos a mí, que a fin de cuentas soy el responsable de este Puesto y tú te acabarás largando a La Alberca.

- ¿Crees que esto no me afecta igual que a ti? Te recuerdo que estoy aquí por un mensaje de voz que Tintín dejó en mi móvil minutos antes de lanzase al vacío.

- Pues entonces no hay más que hablar – atajó –. Buscábamos un culpable y mi hermano pasará hoy mismo a disposición judicial. El caso está cerrado.

El sargento le devolvió la misma mirada de desafío hasta que decidió sortearle y encaminar los pasos hacia la salida. Sólo Inés salió tras él, dispuesta a calmar su orgullo herido. Lo llamó repetidas veces mientras Baeza masticaba palabras enrevesadas entre sus dientes. Al fin lo atrapó del hombro en cuanto rebasaron el marco de la puerta.

- ¿Me quieres escuchar…? – le demandó la psicóloga.

Leo giró el cuerpo sobre sus talones con el rostro contaminado por su propio enojo.

- Yo sí te creo – dijo con atropello –. Es más, puede que tengas razón.

- Pues el jefe no opina lo mismo.

- Es que quizá deberías seguir tu instinto y averiguar más sobre esa niña para abrirle los ojos – le sugirió –. Pero evitando otro nuevo enfrentamiento.

Baeza elucubró el consejo durante unos segundos.

- No lo sé – respondió –. Yo también estoy cansado de justificarme.

Después enfiló el pasillo bajo el eco desgastado de sus pisadas.

La psicóloga retomó el camino de vuelta, donde Altamira estaba esperándola en un recodo de la sala. Su actitud de reserva la adujo a pensar que posiblemente no quería compartir con sus hombres lo que opinaba del asunto al respecto.

- No haces bien animándole – aminoró el tono de su voz.

Inés introdujo los dedos por su larga cabellera al tiempo que se aproximaba al capitán.

- Te equivocas. Sólo intento darle confianza – le expuso –. Tarde o temprano acabará dando un paso en falso y nos llevará a la verdad.

- ¿Tú también sospechas de él?

- Desde el mismo día que se entrevistó con Daniela en su habitación – rememoró –. Fui testigo de cómo apretaba los puños y le rehuía la mirada cada vez que se dirigía a ella.

- ¿Cuál es tu diagnóstico? – se interesó.

- El sargento padece un fuerte trastorno obsesivo compulsivo hacia su trabajo. Y ante cualquier situación de estrés, descarga su frustración sometiendo a las mujeres. Lo hizo con la chica horas antes de fugarse del hospital, y también con esa periodista cuando nos pasamos a recogerla por Molinaseca para ir a la gasolinera.

Altamira arqueó el labio superior a medida que analizaba la situación.

- La última llamada que realizó Tintín, nos dio la pista. Por eso le propuse quedarse en mi chalet. Martínez instaló micrófonos en varias habitaciones.

- Imagino que aún no le habrás contado nada sobre lo otro.

- ¿Te refieres a lo de mi hermanastro?

La psicóloga se limitó a asentir.

- Me lo estoy reservando para el final – esbozó una sonrisa templada –. ¿No decías que sólo funciona ante cualquier situación de estrés? Pues es cuestión de días que caiga. Y te aseguro que la ostia va a ser monumental.

Una niebla dispersa desdibujaba el contorno de Molinaseca. Baeza escaló en su patrulla el último repecho del valle y se internó entre sus callejuelas empedradas. La vida en el pueblo parecía diluirse tras el vaho que embarraba sus vetustas fachadas mientras las campanas de San Nicolás de Bari rasgaban el silencio pedregoso. Leo rodeó el Puente de los Peregrinos y estacionó el vehículo delante de aquel chalet con el tejadillo de pizarra a dos aguas y las paredes pintadas en tonos amarillos. Acto seguido se apeó y echó un vistazo al frente. Un aliento húmedo se anudaba a las orillas del río bajo el continuo fragor de su caudal. El pueblo, sumergido aún en una tibia soñolencia, le devolvió retazos de La Alberca.

El sargento subió los peldaños del porche y abrió la puerta. Le extrañó que Aura no hubiese candado por dentro cuando atravesó el largo pasillo y franqueó la cocina. Allí, sentada en uno de los taburetes de la isla, la periodista enarcó sus cejas mientras

depositaba la taza de café en una esquina. Su semblante parecía no traer buenas noticias.

- ¿Cómo tan pronto? Pensé que ibais a estar toda la mañana analizando el VHS de Tintín.

- Y no ha servido de nada – le adelantó –. Altamira ha dado el caso por cerrado.

- ¡Disculpa…? – se exaltó –. ¿Y qué hay de esa misteriosa figura con cuernos que raptó a Tania durante la famosa fiesta de disfraces?

- Sencillamente, nada. Según él, son figuraciones mías por hacerme caso de un dibujo que pintó un deficiente mental.

- Me parece increíble – se enojó –. ¿Y que la cooperativa minera unte todos los meses a la presidenta del Consejo, también es una figuración? Porque te recuerdo que encubrió a su hijo del robo del carbón mientras hacía negocios con los Oldán.

- Ya no merece la pena. Culparán al Legionario del homicidio de Daniela y el resto se olvidará con el tiempo.

Aura tuvo la sospecha de que el sargento no le estaba contando toda la verdad. ¿Habría discutido de nuevo con el capitán?, barruntó.

- ¿Tú bien…? – zanjó el tema.

- Resulta que mi… – ¿podía nombrarle oficialmente como su exnovio? –. Max, se ha ido de Ponferrada.

- ¿Cuándo? – se extrañó.

- Hace un rato. Y parece ser que para siempre – dejó caer adrede –. El caso es que estuvo investigado por su cuenta el día anterior y revisando los informes que almaceno en mi ordenador, es posible que se nos haya escapado algo.

- ¿Cómo que se nos ha escapado algo? – dudó.

- Cuando Christoffer telefoneó a su esposa para citarse con ella en la estación, dijo que no se olvidara de llevarle la bolsa de dinero junto con sus zapatillas de deporte.

- Sí, lo recuerdo.

- Pero en la bolsa no estaban las zapatillas, Leo. Creo que hablaban en clave.

Baeza repasó mentalmente aquella llamada telefónica que uno de los guardias tradujo del francés mediante una sencilla aplicación móvil.

- También he escuchado la conversación de Vargas y éste nos aseguró en prisión que Tintín y él coincidían en un gimnasio. El *Fitness Place*. Por lo que mi pregunta es: ¿y si Christoffer escondió allí algo relevante del caso?

- ¿Por qué debería haberlo hecho? No tiene sentido, y menos habiéndose dado a la fuga.

- Parece ser que la secretaria de Rafael Oviedo vendió documentos

privados de su jefe a una persona con acento extranjero.

- ¡Pero eso es un delito! – alzó la voz.

- Lo sé. La mujer se lo confesó ayer a Max. Y estoy segura que se trata del hermano de Tintín.

- Entonces, salgamos de dudas. ¿Te espero fuera?

- De acuerdo. Voy a por mi abrigo. Pero recuérdame que te cuente lo que he descubierto en internet. Tengo una teoría sobre esa bestia que secuestró a Tania la misma noche que a Daniela.

Las primeras calles de Ponferrada se abrían paso entre naves industriales y concesionarios. Aura picó en la última pestaña del historial y entró en la página web. La pantalla de su móvil tardó varios segundos en cargarse mientras el cielo, inflamado de nubes, presagiaba una tormenta de un momento a otro. La voz del GPS volvió a asomarse en el interior de la patrulla, indicando el camino más corto para llegar al gimnasio *Fitness Place*; lugar donde coincidieron Vargas y Tintín en el pasado. ¿Acaso Christoffer van Hoof era el misterioso hombre de acento extranjero que compró a la secretaria del detective un dossier con la información que estaba investigando?, se preguntó. Y de ser así, ¿guardó el material en ese gimnasio de la ciudad tal y como sospechaba la periodista? Leo giró el cuello y tropezó enseguida con una turbadora criatura que asomaba en el teléfono de Aura. Su oscuro pelaje y la cornamenta que ceñía su testa, le confería un aspecto siniestro dentro de aquel paisaje boscoso e invernal.

- ¿Qué cojones es eso? – pronunció de inmediato.

- Un *Cucurrumacho* – desveló al fin.

- ¿Un qué…? – dudó de lo que había escuchado.

- Un *Cucurrumacho*. Una criatura que se remonta a la época celta y que desde entonces, se da cita cada domingo de carnaval en la localidad abulense de Navalosa. Esto era lo que quería mostrarte.

- ¿Un disfraz…?

Baeza apenas podía apartar la vista de aquella figura arrancada del mismísimo averno.

- No es exactamente un disfraz – rectificó –, sino más bien la simbología que encierra su propia aparición. Digamos que detrás de la manta *pinguera* con la que va ataviado, el rostro oculto por crines de animal y unos cuernos prendidos a su cabeza, se esconde un ritual, una tradición pagana que representa el mal y que se aparecía a los niños para amedrentarlos.

- ¿Por qué? – necesitaba respuestas.

- Según he leído en distintas páginas dedicadas a dicha festividad, estos *diablos* estaban relacionados con las celebraciones solsticiales. En este caso el festejado en carnavales, que era el tiempo en que

finalizaban los trabajos agrícolas antes de la siembra. De ahí que los *Cucurrumachos* prendiesen a sus cinturas decenas de cencerros y zumbas; para advertir a niños y aldeanos que regresaba como cada año del *inframundo* y que debían venerar a sus dioses con el fin expulsar a los malos espíritus de sus cosechas.

- Una costumbre – apostilló –. Pero sigo sin saber qué conexión existe entre ese bicho y la figura que raptó a Tania en la fiesta de disfraces.

- El *Cucurrumacho* de Ávila es un trasunto de otras criaturas similares que abundan en el folclore europeo. Están los *Gilles de Binche* en los Países Bajos, los *Kukeri* en Bulgaria y también el *Antruejo*, en la localidad leonesa de Alija del Infantado.

- ¿Y piensas que ese *Antruejo* o como se diga, es lo que salía en las imágenes del VHS?

- Sólo intento demostrarte que en la provincia hay seres semejantes al *Cucurrumacho*. Y *Cernunnos* es uno de ellos.

Leo frunció el ceño ante la sobrecarga de información mientras se internaba en las primeras calles de Ponferrada.

- Conocido como *El Señor de las Bestias* en la mitología celta, *Cernunnos* representa al macho cornudo, amo de todos los animales salvajes, siendo su rasgo principal las astas de ciervo que coronan su testa, al igual que la serpiente que siempre la acompaña. Pues bien, en la catedral de León hay uno de esos señores cornudos que dominan los bosques esculpido en la piedra. Eso significa que…

- La ejecución del ritual es idéntica a la de Las Batuecas – hilvanó Leo de pronto –. Están utilizando al *Cucurrumacho* de la misma manera que a *Los Hombres de Musgo* en el crimen de Penélope.

- A diferencia de que Tania fue la elegida hace cinco años y no Daniela como creímos en un principio – añadió la periodista –. Por lo tanto, Tristán Ortiguera se encargó de vigilarla de cerca como comprobamos en la foto del mural y también en las imágenes de esa cinta magnética que guardó Tintín hasta el último momento. Supongo que leería en la prensa que eras el máximo responsable del caso Santana y buscó la manera de hacerte llegar el material.

- Todo parece encajar. El Serbio tenía razón cuando te dejó aquella carta en prisión. ¿Era Tristán el único cómplice de los asesinos de La Alberca?

- Algo tarde para saber, ¿no crees…?

El cuerpo abrasado por cal viva que contempló en el Anatómico Forense, respondió a sus dudas.

- Pero el cadáver de Tania jamás apareció – descerrajó –. ¿Y si aún sigue con vida?

- ¿Sospechas que Daniela y ella permanecieron cautivas en la misma cabaña?

- No lo sé. Pero tengo la sensación de que la clave se halla en el libro de Funelli. ¿Sabes algo de Hooded?

La periodista negó con la cabeza.

- Pues mientras tu amigo el informático encuentra una pizca de lógica entre los capítulos del *Juego de la Serpiente*, podríamos ir a echar un vistazo a la cabaña. Es posible que pasáramos por alto algún detalle.

Después de recorrer durante quince minutos una madeja de calles y avenidas, el GPS de la patrulla les trasladó hasta la misma avenida donde se ubicaba el Puesto de la Guardia Civil de Ponferrada. Ninguno de los dos sospechaba que el *Fitness Place* se hallaba dentro del Centro Comercial El Rosal que se erigía al otro lado de la calle; una mole de estructura vanguardista, con las paredes forradas de madera y la entrada forjada en una especie de proa acristalada. Ambos se apearon del vehículo y recorrieron callados la pista de cemento que se extendía entre los distintos jardines poblados de palmeras y parterres.

Tal vez Leo continuaba imbuido en las imágenes del *Cucurrumacho* que vio en el teléfono de Aura mientras franqueaban las puertas mecánicas y se internaban en sus modernas instalaciones. Puede que incluso tuviera la certeza de que Tristán Ortiguera era el que se escondía bajo el pelaje oscuro y la cornamenta de puntas que abrigaba la penumbra del bosque cuando en aquella vieja grabación, tiró de la niña para arrastrarla consigo a los infiernos. ¿Por qué?, se cuestionó una vez más. ¿Por qué esa vestimenta para capturar a su víctima? ¿Y por qué *Los Hombres de Musgo* en el caso de Penélope Santana? ¿Cuál era el patrón que compartían ambos rituales, dentro de aquel submundo poblado de tradiciones paganas y criaturas mitológicas?

Las dudas le acompañaron hasta la misma entrada del *Fitness Place*, donde un hombre con camisa de tirantes y torso hercúleo les ofreció una sonrisa de anuncio dental al otro lado del mostrador. Baeza intuyó que aparentaba mucha menos edad de la que realmente tendría gracias a los soportes vitamínicos y una dieta draconiana que le mantenían en forma. Su rostro, por el contrario, exhibía ciertos retoques que no le permitían destensar a su gusto sus facciones.

- Buenos días – articuló lleno de energía. Leo enarcó su ceja izquierda –. ¿En qué puedo ayudarles?

- Nos gustaría hablar con el dueño del gimnasio. Somos agentes de la Guardia Civil.

Aura conocía de memoria su táctica de intimidación.

- ¿Ocurre algo? – bajó la voz –. Soy yo. Pero tengo los papeles en

regla.

Su edad se reveló misteriosamente en su angustiado semblante.

- Buscamos información acerca de un cliente que por lo que sabemos, era miembro del *Fitness Place*. Un belga llamado Jan van Hoof.

- Si me permite que lo compruebe en la lista de socios – le solicitó.

El hombre tecleó apurado en el portátil de mesa, subyugado por la férrea mirada de Baeza al otro lado del mostrador. Aura, mientras tanto, se concentró en la clase de elíptica, donde una monitora animaba a sus alumnos tras la pared de cristal.

- Aquí está – soltó de inmediato –. Jan van Hoof, con domicilio en Cubillos del Sil. Pero hace justo quince días que no viene por nuestras instalaciones. ¿Sabe por casualidad si ha decidido no renovar su abono?

El sargento tampoco estaba dispuesto a confesarle que llevaba enterrado en el cementerio de Ponferrada algo más de una semana.

- No sabría decirle – abrevió –. ¿Ocurre algo?

- Qué va. Lo decía únicamente por dejar su taquilla libre. No es el primero que deja aquí sus cosas y jamás regresa a por ellas.

Las miradas de Leo y Aura tropezaron a la vez.

- ¿Y por casualidad no tendrá usted una copia de la llave de esa taquilla?

El dueño del *Fitness Place* los condujo por un ramal de pasillos bien iluminados, los cuales destilaban efluvios corporales trufados con vapores a lejía. Las distintas salas se sucedían a ambos márgenes, donde un letrero situado en el marco de cada puerta indicaba la materia que se desarrollaba: *Zona de estiramientos*. *Spining*. *Tatami*. *Cardiovascular*. Unos jadeos intermitentes se manifestaron en cuanto traspasaron la zona de máquinas. Varios tipos de sólida musculatura se estregaban al esfuerzo titánico de levantar unas mancuernas de discos desmedidos.

El amplio vestíbulo se abrió paso al final del pasillo, con un centenar de taquillas alineadas en diversos módulos en el frontal. Las entradas a los dos vestuarios eran el único elemento decorativo que rezumaba el interior. El hombre se dirigió al número que rezaba la plaquita engarzada a la llave y enseguida desatrancó la 215. Una vez que guio la puerta hacia atrás, la luz del techo despejó las sombras de dentro. Aquel bulto les robó la atención.

- Si me necesitan, estaré en recepción – añadió.

Después, su figura se diluyó al fondo del pasillo.

Leo comprobó que se encontraban a solas cuando atrapó la mochila que yacía en la primera balda y descorrió deprisa la

cremallera. Un voluminoso dossier apareció ante sus ojos en el mismo instante que la periodista lo atrapó entre sus manos. En su cubierta de cartón, leyeron: *Tintín/noviembre de 2018*. El trazo historiado del detective le devolvió a Baeza imágenes de esa otra caligrafía que atendió en la pantalla del ordenador cuando Altamira le envió la copia escaneada de su agenda. La periodista deslizó la portada y se entregó en cuerpo y alma a repasar las anotaciones que Rafael Oviedo había ido elaborando en multitud de hojas sobre la vida de Tintín. Un proceloso seguimiento abarrotado de horas y notas a los márgenes, que esbozaba una idea clara de lo que el detective había estado ocupando su tiempo durante los últimos meses. Los lugares que solía frecuentar, número de llamadas que realizaba en la calle, horas de entrada y salida a su domicilio, noches que acudía al *Colorful* y demás información de interés que perfilaban al detalle el día a día del belga.

- Esta es la prueba que confirma que el detective llevaba tiempo investigándolo. Ahora sí que no hay duda.

- Y su hermano se encargó de sobornar a su secretaria días antes de fugarse. Max estaba en lo cierto – aportó la periodista –. Lo único que sigo sin entender por qué su esposa, Nathalie Peeters, no se pasó por el gimnasio a recoger el dossier tal y como hablaron la noche antes de citarse en la vieja estación.

- Supongo que nuestra inesperada visita la hizo cambiar de idea.

Leo aún recordaba con precisión el interrogatorio que le practicó Altamira en el salón de su bungaló.

- Por cierto, ¿qué son los demás papeles?

Aura retiró el taco de folios que componían el resto del informe para concentrarse segundos más tarde en el fajo de facturas y memorias de otros casos ya resueltos que la secretaria tuvo el descuido de incluir entre las tapas del dossier. Imaginó que con las prisas de cerrar la operación con Christoffer, ni siquiera se preocupó de echar un vistazo al material que le cedía. Simplemente le entregó parte de la vida de su jefe con el fin de sobrevivir, ahora que se encontraba en el paro.

Después reparó en una vieja libreta en tonos magentas con la cubierta manoseada y la ristra de anillas combada. Aura la abrió por la mitad, donde sus páginas cuadriculadas estaban infestadas de algoritmos y problemas matemáticos; un arranque de locura contumaz por parte de la mente más brillante. La periodista miró a Leo extrañada mientras continuaba pasando sus hojas. De pronto, un sobre rectangular se precipitó al suelo. Baeza lo recogió y atendió al membrete esculpido en el anverso. *Centro Penitenciario de Topas*.

Entonces extrajo su contenido y buscó la firma entre aquellos pliegos que desprendían oscuridad.

- No puede ser – balbució –. Es del Serbio.

Unos tímidos rayos de sol se escabullían entre la cobertura de nubes cuando Baeza regresó a la mesa con dos bandejas surtidas de comida procesada. El restaurante que habían elegido para almorzar a escasos metros del Centro Comercial, les animó a buscar un lugar tranquilo donde conversar en la terraza de fuera. Allí esperó Aura a que el sargento se hiciese con un par de hamburguesas y un arsenal de patatas fritas mientras leía de nuevo el contenido de aquella epístola donde exponía al detective de Ponferrada los motivos que le habían llevado a escribirle desde prisión. Tal vez era cierto lo que el Serbio redactó de su puño y letra en aquellos párrafos cargados de resentimiento y dolor. Puede que incluso la periodista cayese en la cuenta que la compuso dos días antes de aparecer muerto en su celda por la fecha que encabezaba el relato. Sin embargo, prefirió no atribuir ningún juicio de valor hasta que Leo se sentó delante de ella y desenvolvió rápido la hamburguesa que sostenía entre sus manos. Después le dio una holgada dentellada al tiempo que ingería unas cuantas patatas fritas bañadas en kétchup.

- ¿Tú sabías que Rafael Oviedo trabajó una temporada en la Agencia de Detectives de Antonio Peralta? – le cuestionó con los folios extendidos sobre la mesa.

- Qué va – emitió con la boca llena –. Tampoco me comentó nada su secretaria cuando hablé con ella hace tres meses.

- Pues por lo que estoy leyendo, parece ser que fue allí, en su despacho de Coruña, donde el Serbio conoció a ambos detectives. Todo indica que los contrató porque temía que su hija Vega corriese peligro al lado de Matías; el que fuese su novio por aquel entonces y Policía Nacional de Béjar años más tarde.

Leo se acordó de las noches en que se citaba con él y el resto de sus compañeros en el Sainete. *Estúpido engreído*, admitió.

- Lo que no deja claro es por qué los dos detectives llegaron a la conclusión que el caso de su hija y el de Victoria Gálvez, mi madre, parecían estar relacionados por un extraño libro llamado *El Juego de la Serpiente*. Ni siquiera encontraron un vestigio del paradero de su autor.

- Acuérdate que el Serbio se entregó a la policía para asumir algo que jamás hizo: asesinar a Ainhoa Liaño en Oñate. En el fondo, no quería que su hija corriese la misma suerte que tu madre, Aura. Y siento ser tan explícito.

A la periodista le supuso un duro golpe escuchar aquello.

- Da igual – mintió –. Lo importante es lo que ocurrió en esa misma época.

- ¿A qué te refieres?

- Al acuerdo que llegaron él y Jaime Cotobal. El Serbio admitió su culpa y cortó toda relación con el despacho de Coruña por miedo a que éste no cumpliera con su parte del trato y se deshiciera de Vega por meter las narices donde no debía.

Todavía era capaz de percibir el resuello entrecortado del que fuera su jefe en la Agencia *Satellite* segundos antes de apretar el gatillo en el rellano de su chalet.

- Su único consuelo era seguir protegiendo a su hija desde la cárcel – añadió.

Leo le dio un nuevo bocado a su hamburguesa, manchando sus comisuras de mahonesa.

- Aunque de nada sirvió – rememoró el sargento –. Su actitud cambió en cuanto se enteró que Vega llevaba años enterrada en aquel sepulcro de la Peña de Francia.

- ¡Claro! Y por eso retomó el contacto con Rafael Oviedo – removió la misiva entre sus manos –. Sólo él conocía la verdad puesto que el otro detective, Antonio Peralta, había fallecido a causa de la enfermedad que padecía. Buscaba vengarse.

- ¿Con qué fin? – se cuestionó a sí mismo.

- Su plan era informarle de la única pista que guardaba desde entonces; la que su hija le debió confesar mientras era juzgado por el homicidio de Ainhoa Liaño.

- ¿Es decir…?

- Que el mismo año que entró en prisión, habían raptado a una chica en el Bierzo gracias a un tipo llamado Tintín. Eso fue lo que escribió al detective. El Serbio le instaba a que investigara por su cuenta. Supongo que tendría ciertas sospechas de que le quedaba poco tiempo, aunque después se dijera que se había suicidado.

- ¡Y una mierda! – alzó la voz –. Se lo cargaron. Y eso mismo era lo que iba a revelarte en aquella carta inconclusa que dirigió a tu nombre.

- Por lo que contrató los servicios de Rafael Oviedo para que localizase a Tintín, con la esperanza de que éste le llevase hasta su líder.

- Ni más ni menos que Tristán Ortiguera – sentenció.

Las piezas del rompecabezas comenzaron a casar de manera fortuita.

- Ahora entiendo por qué el Serbio jugó conmigo durante los interrogatorios. No era por el blog como en un principio sospeché.

- Si no por lo que ambos detectives le contaron acerca de tu madre.

Aura se quedó pensativa mientras untaba sus patatas en

kétchup y se metía unas cuantas en la boca.

- Quizá tengas razón.

- ¿Acaso lo dudas? – le inquirió Baeza.

- Espera un segundo. Al final de la carta, el Serbio le comenta que Victoria Gálvez y su asesino coincidieron en aquel sitio en 1978. Que allí fue donde se forjó la relación entre todos.

- ¿Qué sitio?

- No lo especifica – le aclaró –. Aunque pensé que se trataba de otro de sus embustes puesto que si Oviedo trabajó con Peralta en su despacho de Coruña, los dos estarían al tanto de las pesquisas que recolectaban.

- Tampoco tiene por qué – refutó –. Oviedo se separó de su socio para abrir su propia Agencia en Ponferrada. Lo que hiciera Peralta ya no era de su incumbencia.

- Entonces, ¿por qué le insiste el Serbio en el último párrafo que guarde a buen recaudo lo que tantos años escondió su compañero de profesión?

- ¿A qué te refieres? – vaciló.

La periodista deslizó los folios en la mesa y señaló con el dedo aquella extraña criatura de apariencia milenaria y cuerpo apergaminado, rescatada del imaginario de un cartógrafo del medievo.

- ¿Es una serpiente…?

- O un monstruo marino. A saber – agregó Aura –. Pero parece ser que Antonio Peralta se lo envió al Serbio meses antes de fallecer.

- ¿Por qué?

- Ni idea. Tan sólo le dijo que ahí encontraría la clave. La llave que le ayudaría a abrir la puerta a la verdad.

El sargento se sumergió en su caligrafía temblorosa para leer el mensaje por sí mismo.

- ¿Qué opinas? – le cuestionó Aura una vez que levantó la vista del papel.

- Falta información – contestó –. Y puede que sepa dónde hallarla.

El camino serpenteaba bosque adentro, tapiado por una cadena de zarzas que se prolongaba a ambos márgenes. Aura echó un vistazo al reloj del cuentakilómetros y comprobó que eran las cuatro y media pasadas. Después se concentró en el horizonte que se revelaba al fondo, donde pelusas de luz goteaban de las ramas de los pinos y punteaban la tierra de monedas de oro líquido. El

trazo oscuro de la cabaña se perfiló a lo lejos, abrigada por la frondosidad del paraje. Baeza aceleró la patrulla y se internó en el silencio húmedo, interrumpido a cada momento por los quejidos del bosque. Nada hacía presagiar que el rastro de Daniela vagase como un espectro errante entre sus muros de madera. Ni siquiera tenía la certeza de que la niña del dibujo hubiese permanecido a su lado cuando la misma noche de su desaparición, una criatura milenaria arrastró a Tania al olvido más cruel. ¿Qué había de verdad en el relato del Serbio? ¿Por qué contrató los servicios del detective días antes de aparecer muerto en su celda? Y lo más importante, ¿qué más secretos habitaban entre sus párrafos, de nuevo hilvanados por otras voces del pasado y extraños dibujos del inframundo?

La patrulla rebasó el claro que se abría tras la frondosidad de los árboles, donde pequeñas porciones de cielo se escabullían entre sus ramas. El sargento detuvo el coche delante de la cabaña y se apearon. Varias cintas de balizamiento policial se cruzaban por delante de la vivienda, impidiendo al intruso allanar el territorio. Aura se adelantó unos metros y traspasó el cordón reflectante. Luego subió los peldaños del porche y dobló la manilla de la puerta. Las bisagras chirriaron afligidas a medida que la claridad de fuera horadaba la opacidad del vestíbulo. Un tufo hediondo los embistió nada más pisar las tablas del suelo. Baeza activó la linterna de su móvil y atravesó el largo pasillo que se perdía entre muescas de moho que alimentaban sus paredes y corrientes de aire. El crujido de la madera los acompañó según penetraban en la oscuridad rocosa. Miles de pisadas habían quedado impresas en la capa de polvo que se extendía como un manto gélido. Huellas que evocaban el recuerdo de la primera vez y que se adentraban hacia la puerta entornada de la izquierda.

El haz de luz despejó las sombras del interior. Baeza se coló en la habitación y enfocó el colchón que descansaba a sus pies. Los cercos de suciedad se apelmazaban como costras en su tela azul. El olor era nauseabundo. Aura se tapó la nariz y escudriñó los tablones que cegaban la ventana. Muescas de madera que apenas permitían que la claridad perforase sus resquicios. Se imaginó a Daniela encerrada entre aquellas cuatro paredes putrefactas, devorada por sus propios detritos, sometida a que su cuerpo se consumiera lentamente mientras sus clavículas afloraban bajo la carne entumecida. Leo enfocó los listones del suelo y reparó en el destello metálico de los grilletes. Herrumbre carcomida por el abandono y el tiempo.

Juntos abandonaron la habitación y enfilaron de nuevo el pasillo. La burbuja de luz expelía la cortina de polvo que

contaminaba de telarañas el fondo y asfixiaba los contornos que se abrían paso en un segundo recibidor. Los restos de cemento y ladrillos colonizaban un recodo de la pared, donde una pequeña parte del ramo de flores sobresalía por debajo de la montaña de escombros. Leo se agachó y atravesó con esfuerzo el agujero perforado en el muro. Una lengua de escalones se descolgaba hacia las profundidades del sótano, con el pasamanos vencido y los clavos mordisqueados de óxido. El primer crujido se desató en el aire infecto. Después, otro más. El sargento avanzó con tiento de no perder el equilibrio mientras la periodista hacía lo propio unos pasos por detrás. La humedad se resistía a abandonarlos según alcanzaban el suelo de cemento y desempañaban con sus linternas los restos de cal viva. El montículo que ocultó el cadáver de Tristán Ortiguera durante varios meses, se había transformado en una alfombra blanquecina que se extendía hacia el frontal. Justo ahí, bajo las señales que palpitaban en la pared en trazos remarcados, se perfilaba la compleja geometría del mural. Un tablero dispuesto a continuar el juego si no fuese porque Aura le robó la atención en ese preciso instante.

Baeza giró el cuerpo sobre sus talones y observó que la periodista se encontraba por detrás de una de las calderas.

- ¿Qué ocurre? – preguntó en alto.
- Aquí hay otro colchón.

Leo se apresuró y enfocó con el móvil aquella especie de camastro, donde los muelles del centro emergían por debajo de la tela como si se tratase de una espina dorsal. La huella de un cuerpo todavía seguía grabada en una de sus orillas.

- ¿Crees que perteneció a Tania? – se aventuró Aura a cuestionarle.
- No lo sé. Pero si te fijas, se encuentra justo debajo de la habitación de Daniela. Ambas podrían haber llegado a comunicarse si alzaban la voz – dedujo.
- Eso, o que se instaló en este recodo para calentarse con la caldera.

El sargento se volvió para alumbrar el generador cuando, de pronto, escuchó un chasquido metálico bajo sus pies. Se acuclilló para comprobar qué había pisado y entonces recogió aquella anilla maciza que mostró enseguida a Aura.

- Otro grillete… – masculló.
- Efectivamente. La prueba que nos confirma que Tania estuvo en la cabaña.

Leo y Aura abandonaron la cabaña y decidieron dar un paseo por las inmediaciones. El aire de la sierra batía sigiloso las ramas de los pinos mientras rodeaban con paso lento la casa y echaban un vistazo al bosque. Baeza introdujo las manos en los bolsillos de

su anorak y depositó la mirada entre la corteza de montañas que recortaba con sus cimas el cielo azul. Después se detuvo y frunció el ceño sin querer.

- Debería volver a hablar con el Legionario – escupió. Aura esperó a que la aportase más información –. No creo que tarden mucho en ponerle a disposición judicial.

- ¿Qué sospechas? – podía escuchar sus pensamientos.

- Necesito averiguar por qué mintió en el interrogatorio. Jamás lanzó el cuerpo de Tristán Ortiguera al río.

- Pero el homicidio se cometió igualmente. De nada le ha servido ocultarlo en ese sótano que haberlo tirado a las aguas del Boeza. Él mismo se ha auto inculpado.

- Te equivocas – matizó –. Sin prueba, no hay delito.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que el juez sólo tenga en cuenta su versión y no le pida explicaciones sobre el paradero de la otra chica.

- Si es que no está muerta… – tuvo la corazonada –. Aunque no entiendo por qué debería aclarar lo que cometió Ortiguera en el pasado. Él era el responsable. No Bautista.

- ¡Ah, no…? – alargó la última vocal –. Entonces, ¿por qué las movió de lugar? En eso también mintió.

- Explícate.

- Te recuerdo que las facturas de luz que nos mostró el casero, cuadran con el abandono de la propia vivienda. Ese cabrón las movió de sitio en el mes de diciembre por algún motivo que aún desconocemos.

- Lo sé. Pero…

Aura fijó la vista en uno de los árboles que cercaban la cabaña. Aquel destello dorado que brotaba en mitad del tronco le robó la atención.

- Espera un segundo – dijo.

Entonces partió sin más, cautivada por el tibio resplandor que emanaba bajo el sol invernal. Su intensidad parecía mudar de color según avanzaba. Aura introdujo el brazo por el hueco del tronco y rozó con sus yemas una textura acerada. Después lo atrapó con ambas manos y sacó una caja de latón de aspecto envejecido, con una leve pátina verdinosa en la superficie.

- ¿Qué diantres es eso? – pronunció Baeza por su espalda.

La periodista se resignó a mirarle cuando desprendió la tapa del armazón. Aquella cápsula del tiempo atesoraba recuerdos no tan lejanos. Unos cuantos envoltorios de helados se amalgamaban confusos entre dientes de leche, cantos de cuarzo, flores secas y una cuartilla doblada con empeño que el sargento atrapó decidido. Luego desplegó sus seis mitades y se perdió en aquel

dibujo que le estremeció.

El bosquejo infantil de aquel *Cucurrumacho* alimentó sin duda sus pesadillas.

- Es la misma figura que aparecía en las imágenes del VHS – se esforzó en recordar.

- Su secuestrador… – atildó la periodista –. ¿Te has fijado en la T mayúscula que hay por debajo?

- Se trata de la firma de Tania. Estoy convencido. Lo pintaría poco tiempo después de ser apresada por esa cosa. O al menos, así era como lo evocaba su mente.

- ¿Pero qué sentido tiene? – le interrumpió –. ¿Por qué escondían

todo esto en una caja?

- Supongo que para que el mundo supiera que aún seguían vivas –barruntó –. Por cierto, ¿qué es eso?

Baeza señaló una carcasa esférica depositada en un rincón. Aura lo asió igual de confusa y se cercioró que era la funda de un *huevo kínder*. Rápidamente lo desenroscó y extrajo de su interior una cinta de plástico transparente. Ambos repararon en la leyenda que cruzaba el filamento blanco.

- ¡No me jodas! – se exaltó el sargento –. Es la pulsera de identificación de Daniela. La misma que llevaba puesta en su muñeca cuando estuvo en el hospital.

- ¿Y por qué lo guardaría en la caja si tenía pensado incendiar la cabaña? ¿No te das cuenta que hay algo que se nos escapa?

El sargento cogió la cinta médica y la examinó detenidamente. La información comprimida en aquel reducido espacio le replanteó nuevas dudas. ¿Por qué decidió ocultarla junto con los demás recuerdos? ¿Qué intentaba lograr huyendo del hospital y acercándose después a ese paraje desolador? ¿Cuál era su verdadero propósito? Después volteó la cinta entre sus dedos y advirtió la espiral pergeñada con tinta negra.

La sangre se heló en sus venas.

- ¡Pero no es…?

Aura ni siquiera fue capaz de terminar la pregunta. Un remolino de imágenes la devolvió a transitar por las calles de La Alberca.

- Es el símbolo que dibujaron en uno de los párpados de Penélope – contestó a sus dudas.

Todavía recodaba con precisión la lluvia fina que barría *El Bosque de los Espejos* cuando retiró la manta isotérmica y se concentró en aquellos dos signos que sombreaban su piel.

- ¿Entonces…? – su mente trabajaba con esfuerzo.
- Daniela acudió a la cabaña para dejarle un mensaje a Tania.
- ¿Con qué motivo? – se afanó la periodista en comprender.
- Porque sabía que había escapado igual que ella – se convenció –. Su intención era incendiar la cabaña por si Tania se encontraba aún escondida en el bosque y veía la columna de humo.
- Pero… ¿Y la espiral? ¿Por qué dibujó ese símbolo en su pulsera de identificación?
- Puede que se tratara de un lugar donde citarse y que solamente ellas conocían.

A más de trescientos kilómetros de allí, en el apacible silencio que reinaba en el Puesto de La Alberca, Portu se hallaba inmerso en la partida de ajedrez que reflejaba la pantalla de su ordenador. De repente, el teléfono de mesa repiqueteó. El agente liberó un improperio en su lengua materna al tiempo que descolgaba el auricular.

- Puesto de la Guardia Civil – pronunció después.

Se fijó en la gasa pruina que devoraba las lomas de la Peña más allá de la ventana.

- Portu, soy el sargento.

El agente se inclinó rápidamente en su asiento.

- ¡Qué hay, jefe! – exclamó –. ¿Ya ha terminado sus asuntos en Ponferrada?
- Aún no. Aunque espero volver lo antes posible – deseó mientras atendía en el interior de la patrulla a las banderas que ondeaban en lo alto del edificio.
- Si puedo ayudarle en algo…
- Parece que has leído mi mente. Necesito que localices en el informe del caso Santana la espiral que dibujaron en su párpado y que averigües si en el Bierzo existe algún lugar que tenga relación con ese símbolo.

Portu se quedó de piedra al otro lado de la línea.

- Ya sé que es como buscar una aguja en un pajar. Pero créeme si te digo que es de suma importancia. Avísame en cuanto tengas algo.

Y colgó.

Baeza guardó el móvil en el bolsillo de su anorak y abandonó el coche. La luz del atardecer perfilaba sombras alargadas al final de la calle cuando cruzó rápido la carretera y se internó en el grueso pavimento que enlazaba con la entrada a la Capitanía.

Habían transcurrido un par de horas desde que se largaron de

la cabaña de Ortiguera con la sensación de que las dos chicas, Daniela y Tania, habían permanecido juntas hasta el final en aquel apartado del bosque. Al menos, eso fue lo que barruntaron de camino a Molinaseca cuando la periodista prefirió quedarse en el chalet trabajado en los nuevos indicios que habían ido apareciendo a lo largo del día. Tal vez la mente de Aura se había encasquillado entre los párrafos del Serbio y lo que le confesó a Rafael Oviedo en su carta en relación a su madre, Victoria Gálvez (¿qué ocurrió en 1978?, se preguntó una vez más). Puede que la cabeza de Leo se afanara en encontrar respuestas sobre por qué el Legionario mintió en su declaración y nunca llegó a admitir que había dos chicas en la cabaña y que las movió de sitio en pleno invierno.

Esos y otros secretos le devanaron los sesos según cruzaba el vestíbulo y enfilaba el pasillo con paso marcial. En cuanto dobló el último recodo de pared, sus ojos tropezaron con la placa dorada de considerable gramaje. Después abrió la puerta con estrépito. Altamira, sentado al otro extremo del escritorio, frunció el ceño ante su inesperada aparición.

- Quiero hablar con tu hermanastro – escupió a bocajarro.

El capitán extendió las palmas de sus manos, confuso. Parecía estar dispuesto a escuchar la queja que interpretó en sus facciones constreñidas.

- ¿Se puede saber qué ocurre ahora?

- Ocurre que mintió en el interrogatorio. Y eso no es todo; he encontrado otros grilletes en el sótano de la cabaña. Había otra chica como te insistí.

Altamira desvió la mirada en un punto incierto de su despacho, calibrando la entradilla con la que estaba dispuesto a obsequiarle.

- Digamos que eso no va a poder ser – arrancó. Sus ojos le desafiaban ahora, contagiados de venganza.

- ¿Se puede saber el motivo?

- Ya no se encuentra en los calabozos – le esclareció –. Se lo han llevado hace un rato.

- ¡Creí dejar bien claro que se me informase cuando fuera trasladado ante el juez! – se enfureció.

- Es que lo han internado en un Centro Psiquiátrico.

El sargento enmudeció, desorientado.

- Tampoco me mires así. Yo mismo he hablado con el juez y la psicóloga. Ambos han convenido que era lo mejor para él.

- ¿O para ti? – le mostró sus fauces.

- Sabes mejor que nadie que a un tipo como Bautista se lo meriendan en prisión; aparte de que hay pruebas razonables como para internarle en uno de esos centros. Ha sido Inés quien decidió

proceder a su ingreso después de comunicárselo al juez competente, que, por cierto, ha ratificado su criterio terapéutico en menos de veinticuatro horas.

Leo percibió la sangre disuelta en su saliva mientras sus muelas trituraban con ahínco la carne de sus carrillos.

- ¡Lo tenías planeado! – gritó entonces –. ¡Eso es! ¡Me querías quitar de en medio y no te quedó otra opción que conchabarte con ella, con Inés!

El resuello de su respiración restallaba bajo su pecho.

- ¿Ya has acabado? – le preguntó flemático.
- Te juro que esto no va a quedar así.
- Me da igual, Baeza. Pero es mi hermano y pienso velar por su seguridad.

Y antes de dar un golpe seco contra la mesa, decidió dar media vuelta y largarse de allí tras un sonoro portazo.

Las luces de seguridad emitían un fulgor rojizo en el pasillo del Hospital Psiquiátrico Santa Isabel donde la noche, espejada por una luna ambarina, perfilaba los contornos de fuera al otro lado de los amplios ventanales del corredor. Sólo un silencio gelatinoso parecía exudar de sus gruesos muros mientras al fondo, tras la puerta entornada de la habitación 114, unas piernas se agitaban convulsionadas en la cama. Raspas guturales sofocadas por unas manos enguantadas que presionaban la boca y mandíbula del paciente. Su pecho descargó fuertes sacudidas. Su garganta, secuestrada por infinidad de venas dilatadas, intentaba atrapar una burbuja de aire entre sus dedos. El hombre se retorció con los músculos rígidos hasta que de pronto, se fragmentó. Su mirada quedó suspendida en un sueño velado mientras la vida se le escapaba inútilmente por sus labios. Tan sólo una lágrima rebasó su lacrimal en el momento que aquella figura abandonó la habitación y se perdió como una sombra más en el largo pasillo.

Después, el pulso tembloroso del Legionario rozó el llamador y apretó con esfuerzo.

DIA 13

Las verjas del Hospital Psiquiátrico Santa Isabel estaban abiertas. El sargento aceleró la patrulla y se internó en aquel complejo asistencial provisto de jardines, áreas de recreo y multitud de bancos diseminados a lo largo de sus aceras. Al fondo, el imponente edificio de cinco plantas se encaramaba por detrás de un amplio parterre, donde la tupida frondosidad cegaba ambas caras de sus antiguas instalaciones. Aura apagó la radio y entonces se concentró en el grupo de sanitarios que, ataviados con sus impolutos uniformes blancos, cuidaba de los enfermos que paseaban por dentro de una rosaleda bajo unos tímidos rayos de sol. Baeza estacionó el coche delante de las escaleras de acceso y se apearon. Tal vez su mente no le permitía disfrutar de aquel vergel depositado a un lateral de la nacional de camino a León mientras intentaba en vano resolver el enigma sobre por qué el Legionario mintió en el interrogatorio y nunca confesó que había otra chica más aparte de Daniela. Puede que incluso no atendiera al amplio vestíbulo por el que cruzaron después cuando rememoró las palabras que vertió Altamira en su despacho la tarde anterior y el propósito de cerrar el caso para – sospechó – mandarlo de vuelta a La Alberca.

Rápidamente enlazaron con un extenso pasillo de paredes verdinosas, donde la luz del techo generaba un aura fantasmagórica tras sus prolongadas intermitencias. El aire, viciado por un fuerte hedor a lejía, danzaba caprichoso entre las distintas puertas con ventanucos similares a los bueyes de un barco. La periodista reparó en algunas de las habitaciones, condenadas a perecer entre camas de posguerra y suelos de linóleo. Un mausoleo anclado en los prodigios de la era franquista, cuando sus corredores eran habitados por religiosas con tocas de cartón piedra y enfermos arrestados bajo camisas de fuerza. Un lugar exorcizado por el eco de sus pisadas donde enseguida tropezaron con la mirada felina de una auxiliar. La mujer se hallaba por detrás de un mostrador en mitad del pasillo, con la pantalla del PC a un extremo y varias carpeteas apiladas en desorden. Después inclinó el cuerpo hacia delante y los examinó por encima de sus gafas de ver.

- ¿Qué desean? – preguntó cortante.

Aura se convenció de que su particular idiosincrasia ligaba a la perfección con el ambiente.

- Soy el sargento Baeza – pronunció aún más tosco –. ¿Sabría indicarnos la habitación de Pedro Bautista? Tenemos entendido que ha ingresado recientemente.

La mujer parecía no conformarse con la respuesta.

- Necesitamos hacerle unas preguntas – se adelantó su compañera.

- Pues eso no va a poder ser.

Baeza enarcó su ceja izquierda ante la primera pega.

- ¿Alguna razón en especial? – se interesó con cierto retintín.

- Si le vale que ayer por la noche sufrió una parada cardiorrespiratoria…

- ¡Cómo dice? – se exaltó.

- Lo que oye. Tuvo una parada cardiaca y los médicos decidieron inducirle al coma por evitar posibles lesiones cerebrales – articuló –. Así que me parece que el hombre no está que digamos para muchas entrevistas.

Su tono le mosqueó.

- ¿Se sabe cómo ha ocurrido? – intercedió Aura por él.

- La verdad es que desconozco la causa. En tal caso, deberían hablar con el doctor.

- ¿Pero…? – tiró de su lengua.

- Oiga, que esto no es una portería – se molestó –. Ya le digo que pudieron cogerle a tiempo porque el paciente presionó milagrosamente el llamador. Cuando los médicos acudieron, ya había pasado las primeras convulsiones; por lo que el Centro decidió inducirle el coma y avisar a los familiares.

Luego le brindó con una mirada que cortaba el aliento.

- ¿Algo más…?

- Sí – la cortó el sargento –. ¿Podría decirme si su hermano se ha pasado a verle?

La mujer estuvo a punto de replicarle con los brazos en jarras cuando el sargento optó por ofrecerle otros datos más pragmáticos.

- Busque por Vicente Altamira – indicó –. Es el Capitán del Puesto de Ponferrada.

Al menos, aquel apunte la persuadió para que retirase unas cuantas hojas del portafolio que arrancó de la pila de carpetas y localizara finalmente las visitas del paciente.

- Efectivamente – dijo –. Estuvo a primera hora de la mañana.

- ¿Sólo él…? – la inquirió.

Pese a que el rictus que enmarcó en su rostro revelaba cierta antipatía, la administrativa se resignó a resoplar mientras depositaba el portafolio sobre el mostrador.

- Compruébelo usted mismo.

Leo se sumergió entre las casillas vacías, donde enseguida se detuvo en aquel nombre que le resultó de pronto familiar: Maite del Val. ¿Por qué diablos acudió al Centro la madrastra de Daniela Guzmán la tarde anterior?, se cuestionó.

Aura se quedó igual de impresionada.

- ¿Sería posible visitar al paciente? – la sondeó.

- Mientras rellenen sus datos en la hoja de registros, no habría problema. De lo contrario, sólo podrán verle por el ventanuco de la puerta. Su habitación es esa, la 114 – señaló al fondo del pasillo.

Ambos giraron el cuello y repararon en el número que había por encima del travesaño.

- Quizá en otra ocasión – contestó Baeza –. Tenemos algo de prisa. Gracias igualmente.

Retomaron en silencio el camino de vuelta mientras Aura observaba a su compañero por el rabillo del ojo. Puede que ninguno tuviera el valor de declamar en voz alta lo que cada uno pensaba al respecto sobre el motivo que había llevado a Maite a presentarse en el Centro Psiquiátrico horas antes de que el Legionario sufriera una parada cardiaca. Simplemente vagaron por el pasillo con insondables sospechas para asomarse después por el estrecho cristal que comunicaba con la habitación. Al fondo, asediado por un arsenal de cánulas que reptaban por su cuerpo, Bautista dormía plácidamente en su lecho comatoso. De su boca asomaba un tubo blanquecino que se adentraba hasta los confines de su organismo. Aura se fijó en la máquina instalada cerca del cabecero, que emitía breves pitidos entre las distintas lucecitas que parpadeaban por dentro de una pantalla. Aquella imagen la sobrecogió.

- ¿Qué hora es? – preguntó el sargento sin apartar la vista del ventanuco.

La periodista deslizó la manga de su plumífero y oteó las graciosas agujas de su *Flik Flak*.

- Las diez y media.

- Perfecto – señaló –. Justo a tiempo para pillar a Maite en la carnicería.

Una hora más tarde, Leo estacionó la patrulla delante de la vivienda de los Guzmán. El aire de la sierra los embistió nada más salir, tiznado por el humo de las chimeneas que ondulaba como una estela plomiza por encima de los tejadillos de Carucedo. Juntos atravesaron el suelo sembrado de gravilla y subieron los peldaños que comunicaban con la casa. Un cartel suspendido en mitad de una puerta acristalada rezaba que el establecimiento estaba abierto al público. El sargento se dirigió raudo y comprobó que no había nadie en su interior. La campanilla resonó por dentro. Aura reparó en el surtido de adobos, elaborados y carne fresca que nutrían las dos vitrinas refrigerantes. Por detrás, los jamones y paletillas ibéricas ocultaban parte de los azulejos

blancos de la pared mientras una pila de quesos curados congestionaba unas cuantas baldas de acero inoxidable al otro extremo.

Maite del Val retiró las lamas de PVC que aprisionaban la cámara frigorífica. Su mirada fue incapaz de disimular la hebra de tirantez que desvainó con el semblante marchito a medida que sellaba la puerta con el talón y colocaba en unas ganzúas la ristra de longanizas que llevaba en sus manos.

Después se posicionó en el mostrador, delante de la caja registradora.

- ¿Qué quieren? – su voz se tornó igual de áspera que su actitud

- Nos gustaría hablar con usted – trató Baeza de apaciguarla.

- Ya les he dicho todo lo que necesitaban saber. Además, ¿no ven que estoy trabajando?

- Tampoco le robaremos mucho tiempo. Sólo nos preguntábamos por qué se olvidaría de mencionarnos la estrecha relación que mantenía con el supuesto asesino de su hijastra.

Maite esbozó un rictus complejo en su rostro.

- Sabemos que ayer visitó a Bautista en el Centro Psiquiátrico – apostilló.

- Escúcheme, lo que haga en mi vida privada no es cosa suya – contestó, defensiva –. Yo no tengo nada que ocultar si es lo que insinúa. Y si no, pregúntenle a él.

- Un poco tarde, ¿no cree? Más que nada porque anoche le indujeron un coma tras sufrir una parada cardiorrespiratoria. Supongo que estará al corriente.

Leo se percató que su tez palidecía por segundos a medida que abandonaba el mostrador y se dirigía a la puerta acristalada. Enseguida dio la vuelta al cartel y candó por dentro la charcutería. Tal vez así se sentía más cómoda, sabiendo que nadie más podría inmiscuirse en el relato que vagaba al fondo de su iris.

Todavía continuaba en *shock* cuando se situó delante de la pareja.

- Le juro que no tenía ni idea – vació con pesar.

- Pues no me andaré por las ramas. ¿Desde cuándo él y usted son amantes? – descargó.

La mujer giró instintivamente el cuello, como si en aquel acto reflejo fuera capaz de hallar una respuesta que sonara sincera.

Aura, en cambio, no salía de su asombro ante la terquedad del sargento. Tampoco estaba segura de que no hubiese metido la pata hasta el fondo.

- No sé si es consciente que de haber compartido con nosotros esa información, Daniela posiblemente estaría con vida.

- ¡Pero él no ha hecho nada! – alzó la voz, furibunda –. No sé qué

les habrán contado, pero Bautista no la mató. Le conozco bien.

- Señora, hay pruebas que señalan al Legionario como el único autor del homicidio de su hijastra. Tenemos el vídeo en el que aparece conduciendo el coche que Daniela robó en el parking del hospital la tarde que se fugó; aparte de su confesión.

- Me da igual. La policía dijo lo mismo cuando lo encarcelaron por aquello y al final no tuvieron más remedio que soltarlo por falta de pruebas.

Baeza se mordió el labio inferior, confuso.

- Creí que cumplió varios años de condena por intentar estafar al seguro quemando sus tierras – adujo.

- No me refiero a esa vez, sino a lo que ocurrió en casa de ese matrimonio. Los Oldán.

La periodista apenas pestañeó mientras insertaba a aquel hombre de aspecto montaraz entre las imágenes que atesoraba del chalet cuando se fotografió durante el atestado.

- ¿Qué pinta el Legionario con los anteriores propietarios de las minas? – se extrañó.

- Pensé que lo sabría – la mujer parecía dar rodeos.

- ¿El qué…?

- Pues que a Bautista se le inculpó por provocar el incendio en la vivienda de los Oldán.

La firmeza con que soltó aquello, los redujo a un estado de incertidumbre.

- ¿Y por qué cojones se le investigó? – disparó con atropello.

Al sargento estaba empezando a mosquearle los tejemanejes de Altamira y su empeño por ocultar ciertos episodios de su hermanastro, el cual se había convertido durante los días que llevaba en Ponferrada en un temible pirómano que no sólo se resarció incendiando su hogar para estafar al seguro, sino también prendiendo de llamas el cadáver de Daniela.

- Bautista llevaba tiempo sin trabajar cuando entró en casa de los Oldán. De eso les doy fe. En el matadero las cosas empezaron a ir mal a cuenta de la dichosa crisis económica y al final lo pusieron de patitas en la calle. Estuvo varios años buscando trabajo y tan sólo consiguió cositas puntuales, como la recogida de la vendimia o haciendo chapuzas para algún vecino. El caso es que ese matrimonio debió de enterarse de las penalidades por las que estaba pasando y decidió contratarle como jardinero un par de meses antes del incendio. Imagino que por darle una oportunidad al hombre.

- ¿Dónde? ¿En su chalet? – le cuestionó Aura.

- Por supuesto – resolvió –. Su principal labor era el mantenimiento de los jardines de la casa. Aunque también realizó distintas tareas en otras propiedades del matrimonio.

La manera en que narraba su historia, delataba una pizca de entusiasmo por su parte difícil de disimular. Sus sentimientos hacia él eran inequívocos.

- ¿En qué se fundamentó la policía para pensar que se trataba del autor del incendio? – la tanteó Baeza.

- Está claro, ¿no? Había que buscar un culpable – saltó como un resorte –. Como se halló un bidón de gasolina cerca de la caravana, y se comprobó igualmente sus antecedentes como pirómano, las autoridades no dudaron a la hora de sentenciarlo. Eso sí; el tiempo se encargó de demostrar su inocencia al no encontrarse ninguna prueba incriminatoria.

- Pero con esos indicios, era lógico que se sospechara de él – dio otra vuelta de tuerca.

- Ahí se equivoca.

- ¿Usted cree…? Porque le recuerdo que el angelito quemó sus tierras para cobrar el seguro.

- Lo sé. Pero en esa época había mucha incertidumbre en la zona – concretó –. Los Oldán iban a cerrar un suculento contrato con el Consejo del Bierzo para la construcción de esa Planta Solar. Ambas partes se beneficiarían.

- No entiendo a dónde quiere llegar.

Maite del Val introdujo los dedos en su cabello ensortijado, intentando hallar la manera de contar sin desvelar. Había un poso de sinceridad que llameaba en sus pupilas.

- ¿Por casualidad se ha planteado que habría sido de la plantilla de la mina si hubiesen echado el cierre? Cientos de familias a la calle en una comarca donde apenas queda ya industria. Esto no es Madrid, sargento. Vivimos en el culo del mundo.

- Pero los trabajadores consiguieron mantener la continuidad de la mina al fallecer sus patronos – concluyó.

- Sí. Y para que todos saliesen beneficiados, está claro que alguien tenía que morir.

- ¿Insinúa que la muerte del matrimonio fue planificada? – se alarmó.

- Insinúo que las casualidades no existen.

La campanilla resonó en el interior de la carnicería.

Leo y Aura abrieron la puerta y se internaron rápido en la explanada de grava, donde el aire enfurecido los embistió de camino a la patrulla. Maite apenas les quitaba ojo tras el cristal. Su mente se esforzaba en capturar aquellas imágenes que aún almacenaba en un rincón de su memoria mientras apretaba las uñas contra las palmas de sus manos. El resquemor que sintió hacia las dos figuras que se alejaban, le provocó una sensación de

impotencia que no había vuelto a percibir desde hacía cinco años. Puede que nunca antes lo hubiese visto con tanta claridad, pero de pronto tuvo incesantes ganas de entrar en la trastienda y volcar su odio contra su marido. El mismo que asomó la cabeza por dentro del mostrador y la chistó en ese preciso instante para robar su atención.

- Déjame en paz – masculló entre dientes.

- ¿No me vas a contar qué querían…? – preguntó con reticencia.

- Husmear. A eso han venido. A husmear. Pero se han ido con las manos vacías.

Después giró el cuerpo y se concentró en el carácter apocado y pusilánime de Ismael. Se preguntó qué habría visto en aquel hombre con cara de pardillo y actitud de indefensión, que la contemplaba boquiabierto a la espera de recibir nuevas órdenes. Porque eso era lo que el matrimonio había aprendido con los años; que ella dictaba y él acataba sin rechistar.

- ¿Entonces…? – la cuestionó con un hilo de voz.

- Quita esa cara de imbécil y ponte a limpiar el interior del arcón frigorífico. He visto que todavía quedan restos de ella en el suelo.

Los faros de la patrulla diseccionaban la niebla depositada en la carretera.

Gotitas en suspensión que punteaban el cristal del parabrisas a medida que descendían la pendiente de la montaña en dirección a Ponferrada. Aura echó un vistazo por la ventanilla y se refugió en la frondosidad de sus bosques que se encaramaba a un margen de la cuneta entre pinceladas cobrizas. Un bello paraje que la transportó a ese otro rincón con el que tropezó meses atrás en Las Batuecas, donde el rastro de Penélope Santana se diluía con el canto de los pájaros. De repente, su móvil vibró en el bolsillo de su abrigo.

La periodista se apartó de los avances que habían descubierto en torno al caso Oldán para atender a la llamada que insistía a su pesar. Enseguida leyó el nombre que asomaba en la pantalla y esbozó una sonrisa tibia. Al menos (sospechó), estaban de suerte.

- Dígamelo usted – pronunció en alto una vez que puso el manos libres.

Baeza giró el cuello y buscó la mirada de Aura, la cual le devolvió un gesto de: *habla ahora o calla para siempre*. Leo aceptó de buen grado el segundo precepto.

- Espero cobrar pronto mis honorarios después de pasarme por tu apartamento y recoger un libro de sugestivo entramado titulado: *El Juego de la Serpiente*.

Entonces, cayó en la cuenta de que se trataba del informático.

- ¿Acaso debería? – le chinchó adrede.

- Aurita, te he dicho mil veces que no me subestimes. Y menos habiendo dormido cuatro horas en las dos últimas noches. Pero es lo que tiene descifrar una novela sin pies ni cabeza que, aparte de ahorrarnos detalles que no vienen al caso, se trata de un juego matemático basado en un sencillo algoritmo. ¿Sigo…?

- Por favor… – le solicitó, complacida de su ingenio.

Hooded, en cambio, se escudó varios segundos en un silencio obligado.

- ¿Sigues ahí? – dijo mientras comprobaba la cobertura de su móvil.

- Estamos impacientes, ¿eh…? – se rio.

- ¡Vete a la mierda!

- ¡*Vaaaale*! Ahora en serio. ¿Por casualidad no tendrás a mano papel y boli?

La periodista se palpó los bolsillos de su plumífero.

- Lo digo porque quizá te aclares así mejor.

El sargento rebasó el asiento de Aura y abrió la guantera. Después le indicó con señas que buscara dentro. Enseguida localizó un bloc de notas y un bolígrafo *Bic*.

- Ya está – le reveló al cabo de unos segundos.

- Pues al lío. ¿Recuerdas lo que me dijiste por *WhatsApp*, que el libro no tenía sentido si se leía como nos enseñaron en el colegio: de principio a fin?

- Por supuesto. Es como si el orden establecido en su lectura fuese otro bien distinto.

- ¿Y sabes por qué? Porque es el lector el responsable de elegir adecuadamente el camino que la protagonista debe recorrer para que al fin tenga coherencia. No sé si me explico. Al final de cada capítulo, tienes que escoger entre seis posibles variantes que el autor te ofrece; algo así como seis puertas abiertas donde sólo una es la acertada. Por ejemplo, cuando nuestra pequeña Alicia…

- Espera un momento – le cortó –. ¿Quién es Alicia?

- Alicia es el nombre que le he dado a la protagonista del *Juego de la Serpiente* porque comparte ciertas tramas y un razonable parecido físico con la Alicia de Lewis Carrol.

La memoria de la periodista se encasquilló en aquellos dos cuentos, *Alicia en el País de las Maravillas* y *Alicia a través del Espejo*, que tantas veces devoró de niña en la biblioteca.

- Cuando nuestra pequeña Alicia cae por una madriguera en el capítulo 1, acaba saliendo del agujero en el siguiente capítulo correcto. En este caso, el 42. Y así sucesivamente, hasta completar los ocho episodios que conforman en realidad *El Juego de la Serpiente*.

- ¿Por qué? – le lanzó intrigada –. ¿Por qué ocho capítulos?

- Porque son los únicos en los que nuestra protagonista conoce a una criatura del bosque que la acompañará en ese viaje iniciático.

Bueno, y también porque la descripción que aporta Funelli en cada uno de ellos, se corresponde con una localización geográfica. Sin ir más lejos, el penúltimo capítulo se desarrolla en el Bierzo, donde Alicia se queda deslumbrada con su nuevo amiguito. Al parecer, el más poderoso de todos.

- ¿Es decir…?

- *El Señor de las Bestias* – pronunció.

Aura se perdió en la mirada del sargento, el cual parecía reproducir al fondo de sus pupilas las imágenes donde se intuía aquella extraña figura de ostensible cornamenta que arrastró a Tania a las sombras en los últimos segundos del VHS. De pronto, le vino a la cabeza la palabra *Cucurrumacho*.

- Por cierto, en el último capítulo, el octavo, aparece la palabra *Fin*. De ahí que no me haya costado deducirlo. Aunque también te digo que he sido incapaz de encontrar su localización real. Alicia se dirige a una antigua hospedería junto con los amiguitos que la han ido acompañando. Sin embargo, se acaba marchando sola en busca de nuevas aventuras. No sé, quizá esté equivocado, pero me ha dado la sensación de que el libro está inconcluso; como si el autor tuviera pensado hacer una segunda parte de la historia.

- Es que esa era su intención – le confirmó –, pero nunca llegó a publicarla. La única copia que existía era la de su editor, y su hermano, el abad del monasterio de la Peña de Francia, decidió quemarla delante de nuestras narices.

Todavía era capaz de percibir el aroma mefistofélico que las pavesas desprendieron en su vuelo en el interior de aquella sacristía.

- De todos modos, existe un grabado en el que aparece la hospedería donde deciden ir a descansar – apostilló –. Antes de continuar, ¿alguna duda hasta aquí?

- Creo que no. Pero déjame que te resuma: *El Juego de la Serpiente* se compone de ocho capítulos correctos donde la protagonista, tú Alicia, emprende un viaje en solitario por distintos puntos geográficos en los que se van sumando dispares criaturas que conoce, para acompañarla hasta una vieja hospedería en la que, finalmente, se acaba marchando en busca nuevas aventuras. ¿Voy bien?

- Eso es. Ocho capítulos, ocho Seres del bosque y un único destino – simplificó–. Al menos, su teoría; ya que la práctica es bien distinta.

- ¿A qué te refieres? – le sondeó.

- Resulta que al final del libro, hay una hoja de cortesía con ocho casillas vacías para que el lector añada los capítulos seleccionados. Me explico; del capítulo 1 pasaríamos al 42, después al 17, 36, 8, 7, 56, 22, y por último, el 3. Ese sería el orden correcto para que la lectura tuviese un sentido lógico.

- ¿Me puedes repetir de nuevo?
- Apunta: 42, 17, 36, 8, 7, 56, 22 y 3. ¿Los tienes?
- Listo – le aseguró.

Baeza atendió confuso a los números que había anotado en el bloc de notas. ¿Qué diablos era aquello?, se cuestionó.

- He estado investigando en internet y parece ser que se trata de un juego que algunos escritores solían añadir en sus obras para que el lector participase de algún modo en su propio laberinto imaginario; algo así como una especie de *jeroglífico auto conclusivo* que encierra una finalidad, un secreto, un misterio.
- ¿Y es…? – quiso averiguar.
- En eso consiste el juego, Aurita; en descubrirlo. Necesitaría algo más de tiempo para descifrar lo que se propuso Funelli con ese… Llamémoslo acertijo.

La periodista se lamentó de que Hooded no hubiese dado con la clave de un libro que parecía esconder distintas lecturas dentro de una sola. Porque, al fin y al cabo… ¿En qué consistía *El Juego de la Serpiente*? ¿En un cuento infantil? ¿En una novela para adultos? ¿O en algo que se escapaba de los límites de la imaginación?

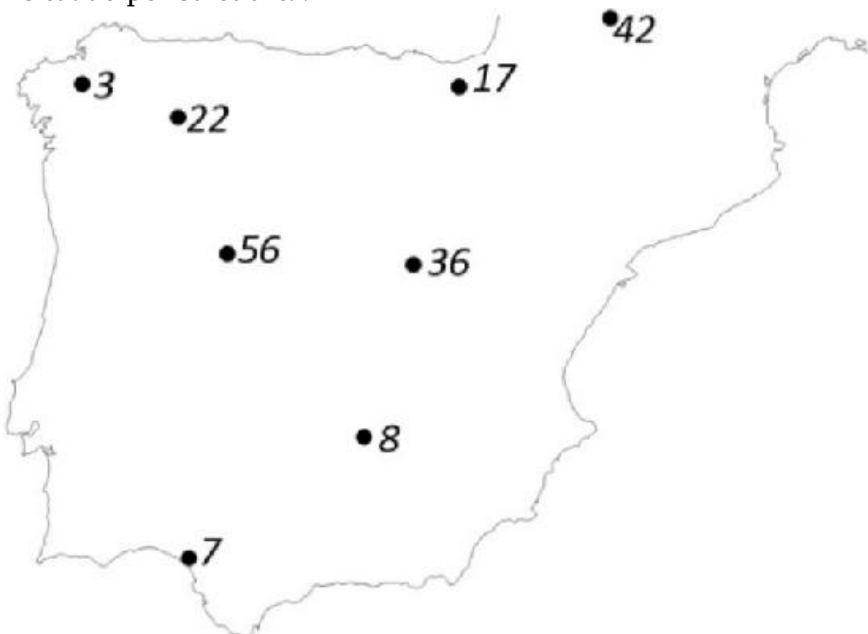
- De todas formas, acabo de enviarte al correo un mapa donde he representado los puntos geográficos que aparecen en la historia – remató el informático –, así como una copia escaneada con los ocho capítulos en orden por si prefieres echarles un vistazo.
- Eres un genio, Hooded. Estaba convencida de que no me defraudarías.
- No tan rápido, amiga. Todavía me queda descubrir el significado de esos números. ¿Por qué los escritores se complicarán tanto la vida…?

Todo había dado un giro de ciento ochenta grados cuando el sargento regresó a la sala de investigaciones con un pequeño taco de folios bajo el brazo.

Había transcurrido media hora desde que el informático llamó al teléfono de Aura para descifrarle no sólo el contenido de *El Juego de la Serpiente*, sino también las líneas que empezaban a ensamblarse en torno a dos investigaciones paralelas, aunque distanciadas en el tiempo (el caso *Campanilla* en 2014 y el de Penélope Santana en 2018). Un caso que se entreveraba misteriosamente a las páginas de un libro y a un mural que todavía seguía alimentando un recodo de la pared. Eso fue lo que la periodista admitió mientras Leo hincaba en la corchera aquel arsenal de capítulos que acababa de imprimir en la sala de ordenadores. Aura se acercó precavida y se concentró en los

párrafos de letra barroca que acompañaban a las ilustraciones. Grabados hechos a carboncillo que rescataban algunas de las situaciones por las que la pequeña Alicia (trasunto de la protagonista de Lewis Carrol) se perdía en el mundo imaginario de Funelli. ¿Quién era en realidad su autor? ¿Y por qué escogió a una niña de cabellos rubios y vestido almidonado para recorrer junto a otras criaturas, un camino cuajado de bosques y madrigueras? Los peligros parecían acecharla en el transcurso de su periplo. Trazos oscuros restregados contra el papel que evocaban nuevas figuras de aspecto monstruoso y mundos imposibles. Porque eso era lo que la mente más oscura proyectó entre sus hojas; un universo cargado de sombras que ambos leyeron con fruición en busca de pistas.

Baeza se retiró para bosquejar en la pizarra magnética el contorno de la península ibérica, marcando con una equis los puntos geográficos en los que se desarrollaba cada escena, así como el número del capítulo correspondiente que Hooded había situado por su cuenta.



Después se distanció para admirar su obra.

- Si te fijas, cada punto se corresponde con uno de esos seres mitológicos que acompañan a la protagonista en su viaje – cotejó el sargento con las fotocopias de la novela a un lateral.

- Y si vas más allá, se trata de ocho criaturas paganas típicas de una zona en concreto.

- Explícate – le requirió.

- En el capítulo 56, el que corresponde a La Alberca, el grabado muestra a un *Hombre de Musgo*. Pero el que está un poco más al norte, el 17, representa a un *Gigante* que, sospecho, poblaría los bosques de Oñate. El mismo lugar donde apareció el cadáver de Ainhoa Liaño.

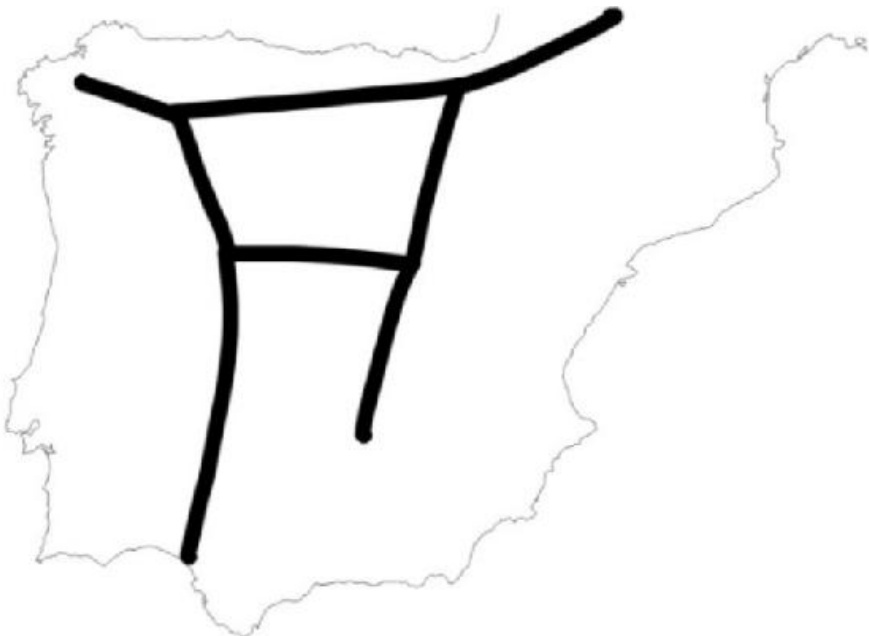
Baeza, en cambio, se refugió en la equis de la izquierda. El número 22 que había esbozado a la altura del Bierzo, estaba dedicado a *Cernunnos* (o un *Cucurrumacho* en palabras de la periodista), *Señor de todas las Bestias*.

- El asesino estaba reproduciendo el mismo camino que recorrió Alicia – masculló Leo.

- Camino que ha quedado a medias al morir Tristán Ortiguera a manos del Legionario.

- Espera un segundo…

El sargento volvió a descapuchar el rotulador y comenzó a trazar líneas discontinuas que se cruzaban por dentro del mapa. De pronto, Aura comprendió lo que se proponía a hacer.



- ¡Lo sabía! – exclamó mientras atendía a la nueva representación – ¡Es el símbolo que pintaron en el párpado de Penélope!

- Y si me apuras, con la misma disposición que el mural – se adelantó Aura –. Por eso hay ocho grupos de chicas; porque al igual que existen ocho capítulos en *El Juego de la Serpiente*, el asesino seleccionaba a una de ellas para recrear su propio ritual. Era una

especie de homenaje al libro. Mataba en los mismos lugares donde Alicia conocía a una nueva criatura.

- ¡Pero por qué…? – se esforzaba en comprender –. ¿Qué sentido tiene ofrendar a un ser pagano con la muerte de una joven?

- ¡No puede ser! – expulsó la periodista.

Entonces sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y comenzó a buscar deprisa en su galería.

- Estoy segura que saqué una foto… – murmuró.

- ¿Te puedo ayudar? – se interesó.

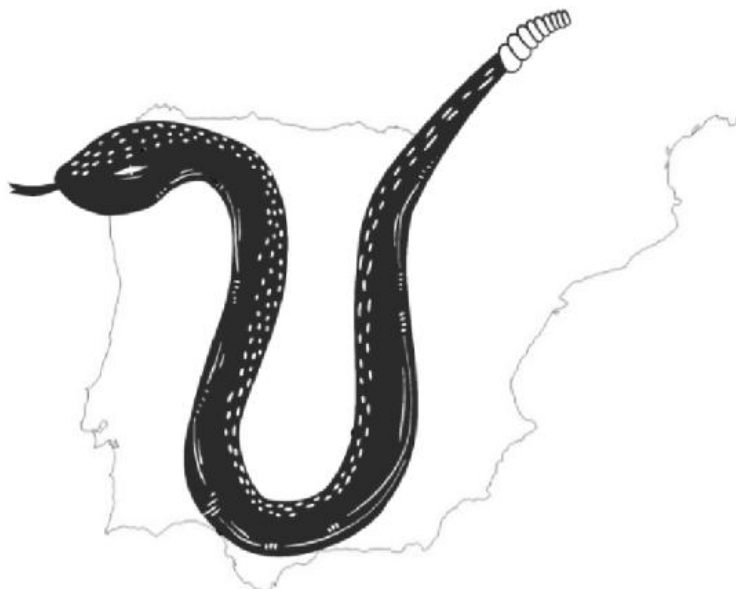
- Aquí está.

Aura le mostró en la pantalla aquella figura extraída del imaginario de un cartógrafo.

- Es la serpiente que el Serbio dibujó en la carta que dirigió al detective de Ponferrada, ¿no…? La que encontramos en la taquilla del gimnasio – dudaba.

- Ya veo que no lo entiendes.

La periodista le arrebató el rotulador y se afanó en reproducir el mismo reptil por encima de cada punto del camino.



Al cabo de unos minutos, ambos prestaron atención a lo que sólo una mente perversa podía pergeñar en un juego plagado de secretos y

varias víctimas inocentes.

- Encaja… – emitió el sargento.

- Pues claro que encaja. Y para descifrar el camino, antes había que interpretar *El Juego de la Serpiente*. No era una cuestión de lógica, Leo; sino de buscar respuestas en él.

- Y Tania era la siguiente – resolvió.

Aura giró el cuello y se perdió en sus ojos.

- ¿Crees que todavía sigue con…? – no se atrevió a pronunciar la palabra *vida*.

- Estoy convencido. Pero tenemos que salir ahí fuera y encontrarla.

Una pila de videojuegos se asomaba por ambos lados del monitor. También restos de pizza de la noche anterior y una Coca Cola que enseguida depositó en su mesa de trabajo. Hooded se reclinó en su modernísimo asiento *Gamer* y volvió a concentrarse en aquellos números que había ido anotando en la hoja de cortesía al final del libro.

Del capítulo 1 al: 4217368
7 56223

¿Qué diantres significarán?, se cuestionó de nuevo.

Nada parecía tener sentido. Ni siquiera para el informático, experto en el *hackeo* de sistemas de alta seguridad y en la lectura criptográfica de códigos binarios. Por más vueltas que le daba, la secuencia de capítulos que constituía la lectura original del *Juego de la Serpiente* le estaba devorando los sesos. Ocho cifras emplazadas en el orden establecido en cada una de sus casillas y que su autor, un tal Funelli, colocó *ex profeso* a modo de acertijo. ¿Por qué?, se preguntó una vez más. ¿Cuál era su finalidad?

Hooded se inclinó en su asiento y tecleó los números en la barra de Google. *La búsqueda no obtuvo resultados*, leyó en la pantalla. *Vamos, piensa…*, se reprendió a sí mismo. Después abrió la calculadora y se resignó a hacer operaciones matemáticas con el consuelo de hallar un resultado que le devolviese alguna imagen relacionada con el libro. Se hastió al cabo de unos minutos. Entonces, aquella idea relampagueó en su mente. ¿Y si fuera eso? Enseguida entró en el programa de Google Maps (*algún día dominará el mundo*, pensó) y escribió por debajo de la lupa las ocho cantidades separadas por un espacio. Acto seguido, presionó el *Enter*.

El servidor transfirió los datos en milésimas de segundo y la pantalla del portátil le devolvió una imagen vía satélite mediante aquellas coordenadas. Luego arrastró el monigote amarillo con el

ratón y lo emplazó hasta la flecha. De pronto, supo el secreto de Funelli. *Ya te tengo, maldito cabrón*. Una fotografía de la vieja hospedería donde Alicia acudió a descansar junto con las criaturas del bosque, se reveló como por arte de magia. Era el mismo edificio que contempló durante dos noches seguidas en el grabado del último capítulo. Hooded anotó las señas y se levantó de un brinco. *¡Eso eran, unas putas coordenadas!*, se entusiasmó. Rápidamente abrió el armario de su habitación e introdujo en una bolsa de viaje el neceser y algunas prendas de vestir. Se cercioró que llevaba dinero encima cuando enfiló el pasillo de su apartamento con la convicción de que Aura sabría recompensárselo. Una vez que apresó su *Canyon* en el hall, marcó un número de teléfono.

- Buenos días. ¿La Estación de Chamartín? – preguntó mientras abría la puerta –. Querría reservar un billete de tren.

Baeza regresó a la sala de investigaciones con el expediente entre sus manos.

Un batallón de nubes corría por delante de la ventana cuando se detuvo a un lateral del escritorio y soltó aquel voluminoso dossier. Aura se percató que unos cuantos folios se precipitaron por fuera, donde algunas fotografías sujetas por clips evidenciaban los trazos ahumados que arañaban la fachada principal de la casa de los Oldán. Filamentos renegridos que ascendían por los ladrillos como escurridizas sanguijuelas y que bordeaban la cuarta ventana sin rozar siquiera aquel dibujo que se reflejaba sobre el cristal. El sargento deslizó la tapa de cartón y comenzó a pasar las páginas del sumario a toda prisa. Buscaba una señal; un indicio de lo que Maite del Val les había confesado en su carnicería y que se resumía a que el Legionario fue contratado por el matrimonio dos meses antes de perecer en el incendio. ¿Y si trasladó a las chicas a alguna de las propiedades de los Oldán?

- Muy arriesgado, ¿no crees? – respondió la periodista.

Leo ni siquiera se había dado cuenta que hablaba solo.

- ¿Por qué no…? Esas propiedades llevan años abandonadas.
- ¿Y exponerse a que alguien, un vecino quizá, lo sorprendiera?
- ¡Pero algo haría con ellas! – alzó su voz –. El casero nos mostró la factura de la luz. Nadie ha vuelto a vivir en la cabaña desde el mes de diciembre, o incluso antes. Por lo que la pregunta es bien simple: ¿dónde cojones escondió a Daniela y Tania?

Aura se quedó pensativa mientras analizaba los fotogramas que desfilaban con atropello en su mente. El pasillo alfombrado por una gruesa capa de polvo; el pestilente efluvio que exudaba la habitación de la izquierda, con la ventana cegada por tablones y una bacinilla con restos de excrementos. La periodista admitió

que era imposible que hubiese mantenido a las dos chicas encerradas, aún a sabiendas de que el sótano de calderas se hallaba tapiado con el fin de ocultar el cadáver de Tristán Ortiguera.

- Piénsalo fríamente – insistió –. Bautista conocía bien las posesiones de los Oldán.

- Eso no nos garantiza nada.

- Pero es la única pista que tenemos. Al menos, de momento – recordó entonces el estado comatoso en el que se encontraba el paciente en el Hospital Psiquiátrico Santa Isabel.

- De acuerdo – se dio por vencida – Adelante.

El sargento se zambulló en el armazón de legajos que congestionaba el informe, obstinado en localizar una pista entre las diversas propiedades resumidas en un folio que encontró por casualidad dentro del acta. Luego extendió el papel sobre la mesa y se detuvo con el pulgar en cada una de las posesiones que habían quedado *en tierra de nadie* al carecer el matrimonio de descendencia directa.

En el penúltimo apartado, leyó: *Bodega "La Apotheka". Túnel 4. Sector Norte. Antigua explotación minera Las Médulas*.

Leo frunció el ceño y miró a Aura extrañado.

- ¿De qué me suena esa palabra? – le ofreció la periodista igual de expectante.

- ¿No lo recuerdas? Era la leyenda que había inscrita en la llave que encontramos en la caravana de Bautista.

- ¿Pero en Las Médulas…? Tenía entendido que esas viejas minas estaban protegidas por la Unesco.

- Y puede que los Oldán adquiriesen o heredaran la bodega antes de ser declarado Bien de Interés Cultural – se esforzó en comprender –. Es más, ahora que me acuerdo, el forense dijo que el análisis de la tierra obtenida de las botas de Daniela procedía de esa zona. ¿Y si el Legionario trasladó a las chicas hasta esa *apotheka* una vez que escondió el cadáver de Ortiguera en el sótano de la cabaña?

A la periodista le cuadró su teoría.

- Tendría sentido – admitió después –. La caravana se encuentra a poca distancia de allí.

- Creo que tampoco perdemos nada por ir a echar un vistazo.

La lluvia enturbiaba el cristal del parabrisas cuando dos horas más tarde, Leo se internó con la patrulla por un camino sin asfaltar. Los socavones zarandeaban la estructura del vehículo mientras el cielo, sitiado por un escuadrón de nubes negras, se incendiaba a cada momento. Aura desempañó con la manga el cristal de su ventanilla y observó por fuera. El diluido paisaje se

entremezclaba con el fragor de miles de gotas que acribillaban con dureza la techumbre. De pronto, un trueno retumbó en las inmediaciones. El sargento activó la calefacción y se concentró después en la calzada romana que se adentraba hacia el corazón del bosque, cargado de castaños y encinas a los márgenes. Ramas que se confundían con extremidades huesudas y que sepultaban el entorno en una humedad vaporosa.

El GPS seguía marcando el itinerario. Sólo la lluvia parecía empañar el paisaje mientras aquellos guardianes arcillosos sobresalían por encima de las copas como espejismos de la era Terciaria. Su intensa tonalidad rojiza se fusionaba con el verdor de la vegetación en un intento por acaparar su atención. Aura sacó el teléfono de su abrigo e intentó capturar el formidable relieve que se adivinaba tras el aguacero. Pensó que quizá aquella instantánea complacería a su padre, si no fuera porque no había vuelto a contestar a sus mensajes desde que Leo le confesó La Gran Mentira (en mayúsculas). ¿Por qué le ocultó durante años que su madre estaba muerta, que se citó a escondidas con la persona que estaba extorsionando a su familia, que se deshizo de su cadáver en una fábrica abandonada? ¿Por qué sintió que una astilla clavada en su corazón emponzoñaba de rencor su relación con él? ¿Acaso no estaba dispuesta a perdonarle? ¿O algún día comprendería que tan sólo intentaba protegerla con su silencio? Las dudas congestionaron desde entonces su mente, dispuesta a enfrentarse a sus propios fantasmas. Tal vez aún era temprano para solicitar respuestas. Pero enseguida reconoció que estaba deseando volver a hablar con su padre.

Las ruedas delanteras se encallaron en el barro. Baeza soltó un improperio mientras pisaba el acelerador hasta el fondo. *No me lo puedo creer*, farfulló. La cortina de agua sepultaba el repecho rocoso que ascendía hacia aquellos promontorios de tierra que se perdían bajo el aliento del bosque.

- ¿Tú dirás? – le lanzó al sargento, sin saber muy bien qué se proponía a hacer cuando abrió su puerta.

- La galería tiene que estar justo ahí – señaló al frente.

Después abandonó la patrulla y se sumergió en la lluvia constante.

Aura optó por acompañarle a medida que se resguardaba bajo la capucha de su plumífero. Los regueros de agua corrían entre las piedras como culebras escurridizas, sorteando las suelas engomadas de sus *Converses*. La humedad atravesó la tela en cuanto echó a andar. Un cartel apostado a un margen, rezaba: *Sector Norte*. Juntos escalaron la pronunciada pendiente hasta que contemplaron el gran boquete abierto en las entrañas de aquella

montaña, alimentada de cárcavas y barrancos.

- ¿Conoces la zona? – rasgó la periodista el sonido persistente de la tormenta.

- Hace años visité La Cuevona y el Mirador de Orellán – dijo –. Pero me da la sensación que esta parte no está abierta al público.

Los truenos descargaban bajo un cielo horrísono, aclarado por electrizantes rayos que se perdían en las inmediaciones boscosas. Leo notó sus huesos entumecidos bajo la humedad que desprendían sus ropas. Aura, por el contrario, se limitó a reproducir su paso marcial. Al momento, atravesaron el profundo boquete. Una amplia red de galerías se adentraba en la penumbra hacia los confines más insospechados. Túneles legendarios excavados a su carne arcillosa mediante *ruina montium*, donde los romanos introducían el agua de los Montes Aquilianos para extraer los materiales preciados de sus cavidades auríferas. El sargento sacó el móvil de su anorak y encendió la linterna. Pequeñas oquedades perforadas a la pared permitían que la plomiza claridad de fuera se escurriese tímidamente. Ambos reanudaron la marcha, donde el haz de luz despejó parte del antiguo trazado y aquel letrero ubicado en lo alto: *Túnel 4*. El silencio goteaba de cada saliente rocoso a medida que avanzaban. Tan sólo los murciélagos arracimados en el techo interrumpían con sus quejidos la quietud del aire, contaminada por un efluvio mineral que los envolvía. Leo alumbró el horizonte velado y atendió al destello metálico que centelleó a pocos metros. Enseguida descubrieron que se trataba de la manilla de una puerta. Aura se fijó en el travesaño superior y leyó: *Apotheka*.

- Dime que no te has dejado la llave en el coche – articuló.

Leo le mostró aquel pedazo de metal que palpitaba en la palma de su mano, con el agarre aderezado de geometrías imposibles. Después la insertó en la cerradura y dio dos vueltas seguidas. La luz de la linterna desempañó los contornos tenebrosos de aquella bodega de tamaño mediano, con las paredes revestidas por botelleros de cerámica y unas cuantas barricas en un recodo. La habitación despedía un tufo hediondo. Ambos cruzaron el umbral y localizaron el interruptor en la pared. La periodista se encargó de suministrar luz eléctrica a la bodega, donde enseguida atendieron a su deterioro físico. Las telarañas se desprendían de la techumbre como velos mortecinos, relamidas por las filtraciones musgosas que supuraban sangrantes de sus muros. Baeza enfocó la puerta que se adivinaba al fondo, con el pestillo abierto. Entonces se acercó precavido y tiró del manillar.

Un aliento pestilente los embistió nada más adentrarse. Motas agrias disueltas en el aire, donde el sargento peinó con la linterna

el rastro de Tania y Daniela entre aquellas cuatro paredes sin ventilación. Aura pulsó el interruptor y la bombilla derramó una claridad anémica. Enseguida tropezaron con los dos colchones tirados en el suelo que, junto con un orinal y un grifo de rosca que excedía de uno de sus muros, componían la estancia. Un lugar infecto y pernicioso, con el suelo sembrado de envoltorios de comida y mugre. La periodista sacó el móvil de su abrigo y comenzó a fotografiar la escena. Leo, en cambio, se arrodilló para examinar uno de los envases vacíos.

- Caducó el mes pasado – le anunció –. El muy hijo de puta las trasladó aquí.

- Pero Tania no está – le increpó Aura.

Aquella afirmación hirió el orgullo del sargento.

- ¿Y dónde se supone que la tiene?

- El Legionario debió moverla en el último momento. Tú mismo lo dijiste: sin prueba, no hay delito.

- Pero mientras Bautista continua en coma en el Centro Psiquiátrico, te recuerdo que hay una chica ahí fuera muerta de miedo – pronunció malhumorado.

De repente, un estruendo atronó a sus espaldas.

- ¿Qué ha sido eso? – se asustó la periodista.

Leo se incorporó rápido y encaminó los pasos hacia la puerta. Una vez que asió el pomo, se dio cuenta que no podía abrirla.

- Me cago en todo. Estamos atrapados.

- ¿Cómo dices…?

- ¡Que alguien ha echado el pestillo por fuera, joder!

- ¡Pero quién…? – se alarmó –. ¡Hemos estado solos todo el tiempo!

- Aparta un segundo.

El sargento cogió impulso y se abalanzó contra el armazón de madera. El crujido que relampagueó en los músculos de su cuello le hizo desistir de un segundo intento.

- ¿Y ahora qué hacemos?

- Mi teléfono no tiene cobertura – le aseguró Aura –. ¿Has comprobado el tuyo?

Entonces, Leo sacó el arma y apuntó hacia la altura del pasador.

- ¡Pero te has vuelto loco?

- Será mejor que te tapes los oídos.

Luego presionó el gatillo y un estallido se expandió por dentro de la habitación.

Un agudo pitido martilleó sus tímpanos al instante. Baeza se acercó a la puerta y comprobó que estaba abierta. Rápidamente se escabulleron de la bodega y regresaron al túnel, donde la tupida cerrazón de dentro sepultaba de telarañas su visión. Aura encendió la

linterna y advirtió al fondo, enterrada por la penumbra de la galería, una figura que huía a toda prisa.

- ¡Allí! – gritó.

Leo echó a correr con el arma en la mano, sorteando las rocas que emergían del suelo. Sólo la burbuja de luz que asomaba por su espalda, proyectaba una vaga claridad a medida que su sombra le aventajaba varios metros por delante. Los latidos de su corazón comenzaron a bombear en sus sienes. Latigazos que se volvieron mucho más intensos en cuanto le ordenó que se detuviera. Su rastro continuaba avanzando sin remedio. Nada parecía detenerle mientras un punto de luz brotó al otro extremo de la galería. Baeza le apuntó guiado por su instinto y disparó. El estallido rebotó en las profundidades cavernosas. Luego volvió a pedirle que se detuviera y presionó por segunda vez el gatillo. El rugido se expandió como un eco tras la cortina de agua que sepultaba la salida del túnel. Atravesó como una sombra el aguacero y desapareció.

- ¿Dónde está? – preguntó Aura minutos más tarde.

Leo parecía no escucharla. Únicamente se resignó a contemplar las huellas impresas en el barro que se diluían bajo la lluvia. Después alzó la vista y se perdió en el follaje del bosque.

- ¡Joder! – escupió con el rostro empapado.

La lluvia desbrozaba con su sonido el cristal de la luneta.

Leo y Aura abrieron las puertas de la patrulla y se acomodaron en su interior. Los raíles de agua se precipitaban por fuera del cabello y salpicaban sus ropas caladas. Baeza activó deprisa la calefacción y se refugió con los ojos cerrados en la nube de calor que asomó de pronto. Su cabeza estaba a punto de reventar mientras rememoraba de nuevo la huida de aquella sombra que se perdió bosque adentro. ¿Quién diablos los encerró en el cuarto de la bodega?, se cuestionó una vez más. ¿Desde cuándo llevaba siguiéndolos? Y sobre todo, ¿quién querría apartarlos de la investigación? Las dudas galoparon en su mente a medida que las vaharadas alimentaban tímidamente su rostro. En ese instante, sintió una ingravidez placentera. Un cosquilleo en el estómago que le ayudó a diluir las imágenes bajo el fragor de la tormenta. Su visión se tornó oscura hasta que Aura decidió devolverle con su voz al interior del coche.

- Tal vez hayamos pasado por alto que el Legionario contaba con un cómplice – dedujo con las manos por dentro de su abrigo. Todavía notaba la humedad en sus huesos.

- ¿Pero quién…?

- La misma persona que nos ha encerrado en ese cuarto y que a todas luces tiene retenida a Tania.

- No lo entiendo. Pensé que cuando Bautista se deshizo en la cabaña de Ortiguera, no existía nadie más.

- Pues parece ser que nos equivocamos – claudicó la periodista –. Y hay que dar con el paradero de la chica antes de que pase a formar parte del *Juego de la Serpiente*.

El móvil del sargento sonó en su bolsillo. Lo sacó y ojeó la pantalla para comprobar quién lo requería. Enseguida supo que se trababa del Puesto de Ponferrada.

- Aquí Baeza – soltó con atropello.

- Sargento, soy Labrador – le aclaró el agente –. No sé si le pillo en buen momento.

- Dispara.

- Hemos podido aclarar las imágenes del VHS donde aparece esa niña en la fiesta *rave*.

Su corazón se alteró, sin duda.

- ¿Habéis descubierto algo?

- Resulta que el tipo disfrazado de esa cosa con cuernos arrastró a la niña hasta la parte trasera de un furgón. Por lo que todo indica que se trata de un rapto, pese a que no hay constancia de denuncia en esas fechas.

Leo se sintió aliviado al contradecir con su exposición la versión de Altamira. Ahora no le quedaba más cojones que abrir una investigación paralela, adujo.

- ¿Tenéis la matrícula?

- Imposible. La calidad de la grabación no es muy buena y se *pixela* al tratar de ampliarla – le confirmó el guardia al otro lado de la línea –. Pero tenemos el modelo. Se trata de una Citroën Berlingo azul oscuro con la puerta trasera corredera.

- De acuerdo. Necesito que saquéis un listado de todos los furgones que estén inscritos en el Bierzo con tales características y que aviséis por radio a todas las unidades para que inicien el operativo de rastreo. Es probable que aún siga operativa desde entonces.

- ¿Algo más…? – le tanteó.

- Ni una palabra al capitán. Quiero ser yo el que le dé la noticia.

Y esculpió una sonrisa de *te lo advertí* segundos antes de colgar.

La tibia luz de las farolas se colaba por dentro de su habitación. Aura Valdés se recostó en su cama y sacó de la mesilla la carta que encontraron del Serbio en la taquilla del gimnasio. Tal vez el recogimiento que halló a escasos minutos de dar las diez, la condujo a extraer las cuartillas del sobre y volver a perderse en su caligrafía angulosa. Sus rasgos se asomaron de pronto en sus pensamientos. Destellos almacenados en la memoria que la devolvieron a aquella

sala de interrogatorios donde tantas veces sintió el peso de su mirada. El Serbio. Lorenzo Garrido, alias el Serbio. El mismo que después de muerto, quiso asestarla un nuevo golpe a medida que se afanaba en encontrar respuestas en los últimos párrafos que dirigió a Rafael Oviedo. ¿Por qué estaba tan seguro de lo que decía? Leyó: *Victoria Gálvez y su asesino coincidieron en aquel sitio en 1978*. ¿Pero dónde?, necesitaba averiguar. Victoria Gálvez. Su madre. Un recuerdo evocado por boca de otros. Quizá una sombra perenne que se manifestaba en cada una de las fotografías que durante tantos años admiró y se preguntó: ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué te fuiste sin más?

Aura se convenció de que tan sólo encontraría un resquicio de luz en la única persona que prefirió mantenerla a salvo. Su padre. El hombre con el que empezó una nueva vida en Salamanca y que jamás le habló del triste final de Victoria. De su madre. La mujer por la que ahora estaba dispuesta a enfrentarse a su pasado y buscar al culpable. Entonces sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y localizó su número en el registro de llamadas. Segundos antes de presionar el botón, visualizó aquel esbozo de serpiente que parecía jactarse de ella.

Después, esperó a la señal.

- Pero hija, ¿dónde te habías metido? Me tenías muy preocupado.

Su voz destilaba un poso de inquietud.

- Lo siento, papá. He estado estos días muy ocupada – mintió.
- ¿Todavía sigues en Astorga?
- En Ponferrada – le corrigió –. Imagino que regresaré a Madrid esta misma semana. No creo que mi jefa tarde mucho en convocarme. Estoy escribiendo un artículo sobre cómo se constituyó Castilla y León como preautonomía en 1978.

El silencio que destiló su padre al otro lado de la línea, la impacientó.

- ¿Ese no fue el año en que mamá y tú os conocisteis? – apretó sus párpados por temor a ahondar en la herida más de la cuenta. Al menos, tenía que intentarlo.
- Qué va. Fue al año siguiente, en el 79, cuando Argentina derrotó a la Unión Soviética en la Copa Mundial de Fútbol – rememoró, nostálgico –. Tu madre por aquel entonces estaba soltera. O eso me dijo.

Emitió una carcajada breve.

- Pero mamá ya trabajaba, ¿no? – le azuzó un poco más.
- ¿En 1978? Más bien estaba terminando sus prácticas de enfermería. Aunque la pobre no vio un duro hasta que se colocó meses más tarde en el hospital de Coruña. ¿Por…?

Aura se percató que su pueril estrategia para sonsacarle información estaba haciendo aguas. Tampoco se planteó preguntarle por qué el Serbio afirmaba en su misiva que su madre coincidió con su asesino años antes de aparecer su cadáver en una fábrica abandonada.

- Tenía entendido que fue allí, en Coruña, donde realizó sus prácticas – insistió.
- ¿En serio…? Ahora me haces dudar – vaciló –. Lo que sí recuerdo es que tu madre estuvo un tiempo en un centro hospitalario que hay a las afueras de Orense y que cerró poco después.
- ¿Cuál? – se incorporó deprisa de la cama.
- El Hospital Psiquiátrico de Toén.

Una cobertura de rayos incendiaba el horizonte mientras Hooded pedaleaba a toda prisa por un camino sin asfaltar. La burbuja de luz que desprendía el foco de su *Canyon* alumbraba la frondosidad del bosque, cuajado de ramas retorcidas y sombras inquietantes. Sólo el halo misterioso de la luna espejaba al fondo tímidos rayos ambarinos que recortaban el contorno arbolado, donde aquel escuadrón de nubes parecía avanzar con premura. Hooded aceleró la marcha, enredándose en las briznas de

humedad que flotaban en el ambiente. De pronto, un escalofrió recorrió su espina dorsal. Notó que miles de ojos le perseguían en su hazaña mientras atravesaba el sendero a toda velocidad y mascullaba palabras ininteligibles por debajo de la braga térmica que ocultaba parte de su rostro. Al momento, adivinó en la penumbra el enrejado de la puerta.

El informático frenó su bicicleta delante de la entrada de lanzas. Rápidamente sacó el móvil de sus vaqueros y activó la linterna. El haz de luz reverberó en la geometría de sus dibujos que escalaba entre las barras trenzadas, mordisqueadas por el óxido. Después depositó su *Canyon* en el suelo y se aproximó. La cadena de eslabones cruzaba en varias vueltas por encima del candado. Hooded enfocó hacia arriba y leyó el rótulo: *Hospital Psiquiátrico de Toén*. Le dio la impresión de que el lugar llevaba años deshabitado. ¿Por qué diablos *Google* le indicó que seguía en activo? No pudo por menos que maldecir su suerte.

Enseguida alumbró por dentro de la finca. La maleza crecía descontrolada a ambos lados del jardín mientras las zarzas devoraban como culebras la tapia de piedra. Unos cuantos cipreses flanqueaban la senda que avanzaba hacia la malla de oscuridad que sepultaba el fondo, donde intuyó el destello de una camilla ruinosa. Entonces, un relámpago aclaró el entorno durante varios segundos. La silueta del edificio se deshizo de sus sombras, recobrando el aspecto de aquel grabado que aparecía al final del capítulo. Se estremeció. Hooded se acordó de las monstruosas criaturas que acompañaron a Alicia hasta la vieja hospedería y se estremeció.

- Mierda – balbució con el cuerpo cortado –. Otra vez no.

DIA 14

Una nube de vapor vagaba por dentro de la finca cuando Hooded saltó la tapia. La humedad que traspiraba el horizonte permanecía velado por gotas en suspensión que desdibujaban los contornos del viejo Psiquiátrico de Toén. Hooded enterró la vista al fondo, donde la burbuja de bruma sepultaba los árboles frutales que intentaban emerger como espectros gaseosos en la mañana. Entonces echó a andar entre las altas hierbas que conquistaban el territorio hasta que su figura se perdió en el corazón de la niebla.

Apenas había podido pegar ojo desde que decidió pernoctar en una pensión de mala muerte que encontró por casualidad a las afueras del pueblo. La escandalosa algarabía que un grupo de senderistas inició horas más tarde en la habitación de al lado, lo mantuvo despierto hasta que el amanecer se filtró tamizado por las rendijas de la persiana. Hooded blasfemó una sarta de improperios mientras se colocaba la mochila a sus espaldas y se largó de allí en su bicicleta. La idea de adentrarse en las entrañas de aquel edificio parecía no entusiasmarle. De algún modo, el recuerdo del caserón abandonado del Paseo de la Estación de Salamanca le seguía provocando angustiosas pesadillas. Quejidos de madera que restallaban tras las puertas entreabiertas, donde el rastro marchito de Penélope Santana parecía condenado a vagar para siempre entre corrientes de aire. El informático regresó en su *canyon* por el mismo camino sin asfaltar y se detuvo minutos más tarde delante de la entrada de lanzas. Tal vez la niebla depositada al otro lado de la verja le llevó a cuestionarse por qué el autor del *Juego de la Serpiente* escogió aquel lugar para que la protagonista (su pequeña Alicia), finalizase allí su aventura junto a varias criaturas del bosque. ¿Qué escondía el Hospital Psiquiátrico de Toén, que sedujo al propio Funelli para elaborar un libro cargado de galerías subterráneas y pasadizos secretos? Hooded se echó la capucha de su sudadera por encima y resopló antes de trepar por el muro.

Su silueta se diluyó bajo el graznido de unos cuantos cuervos.

Aquella cortina de vapor lo arrojó minutos más tarde hasta la entrada del edificio. Escalones de piedra alimentados de musgo y humedad que se encaramaban desvencijados por delante de su fachada. Hooded trepó por ella y se fijó en sus amplios ventanales, los cuales, cegados por barras de hierro, desprendían un tufo pestilente tras sus cristales mellados. Entonces encendió la linterna de su móvil y se perdió en el angosto corredor. Infinidad de grafitis poblaban ambas paredes mientras esquivaba el material sanitario que entorpecía su

camino. Sillas de ruedas y camillas de acero que perecían bajo el abrigo del polvo, como si durante años el Hospital Psiquiátrico hubiese sido saqueado por vecinos y forasteros. El haz de luz enfocó la penumbra que goteaba en la galería, oscura y gelatinosa. Hooded avanzó con recelo, sin saber aun lo que buscaba en sus destartaladas instalaciones.

Las puertas, arrancadas de sus goznes, exhibían una alfombra de suciedad que alimentaba los suelos de la mayoría de las habitaciones. El informático alumbró por dentro y atendió horrorizado al mobiliario. Las máquinas de electroshock se amontonaban en un recodo bajo el dominio de las telarañas, esperando a ser enchufadas para descargar miles de vatios. Prodigios de la era franquista, donde los pacientes eran inmovilizados mediante correas para que el doctor pudiese experimentar con los cuadros de catatonia y esquizofrenia. Enfrente, las baldas de un armario voladizo se encontraban atestadas de frascos de medicamentos y otras pócimas. Leyó algunas de sus etiquetas: *Etomidato*, *Cloruro de Suxametonio*, *Atropina*… Inhibidores al fin y al cabo que relegaban al enfermo mental a un sopor espeso y narcótico.

Hooded continuó adentrándose por el pasillo. Las raspas de luz aclararon los restos de varias hogueras, con el hollín disperso entre astillas de madera y camisas de fuerza. El temor a que el Centro estuviese habitado por *okupas*, le condujo a atravesar con ligereza sus corredores. Tan sólo el eco de sus pasos se filtraba como un pellizco mientras reparaba en los distintos letreros ubicados por encima del travesaño superior. *Sala de Quirófano*, *Aseos*, *Refectorio*, *Sala de Visitas*, *Secretaría*. El informático se preguntó si en aquel despacho existiría algún documento que relacionase el Hospital de Toén con *El Juego de la Serpiente*. Entró. La linterna desempañó poco a poco el mostrador de roble y las diversas estanterías que atrincheraban la pared de detrás. Hooded se fijó en el vetusto teléfono que descansaba a un lateral de la repisa, relamido por el polvo de los años. Después rebasó el mostrador y se concentró en los archivadores de tipo albarán que poblaban en desorden la última balda, con una pegatina marchita en cada lomo. *Ingresos Hospitalarios*, *Notas de Prensa*, *Nóminas Vencidas*, *Índice de Pacientes por Años*. *¿Y esto?*, le escamó. El informático tuvo la vaga sospecha de que allí morarían los enfermos que permanecieron en el Centro desde que se inauguró años ha, hasta el día en que se clausuró. ¿Acaso su pequeña Alicia formaba parte de la lista de invitados? Rápidamente empezó a pasar sus páginas, donde la escala de apellidos se prolongaba en vertical junto al número de habitación asignada a cada paciente. 1959. García, Pelayo, Reinosa. 1960. Alday, Lázaro, Solana. 1961. Clavero, Heredia, Tabares… Sus ojos se detuvieron en 1973. *No puede ser…*, balbució. Funelli apareció como una sombra

más entre los folios apergaminados del registro. *¡Qué demonios hace aquí?*, se cuestionó a medida que pasaba el resto de páginas. Enseguida comprobó que el autor del *Juego de la Serpiente* residió en Toén hasta el mismo año de su cierre: 1978. Y en cada uno de los informes, siempre la misma habitación: 21.

Hooded arrancó las hojas y las dobló en cuatro mitades. Después, las guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Una vez que abandonó la secretaría, se percató que unas láminas de luz descendían polvorientas por la escalera de acceso a la segunda planta. El informático se dirigió al fondo del pasillo, donde enseguida tropezó con el rótulo que yacía en el primer escalón: *Habitaciones*. *Sólo personal médico y pacientes*. Entonces alzó la vista hacia arriba y se perdió en el entramado del pasamanos que reptaba desarmado en algunos tramos. El crujido de la madera restalló bajo las suelas de sus deportivas. Lamentos que se esparcían en derredor mientras se aseguraba en pisar con firmeza sobre la hilera de peldaños que ascendían abombados hacia los confines del inframundo. Un fuerte olor a humedad vagaba caprichoso en el ambiente. También en los cercos que supuraban bajo la pintura carcomida de sus muros. Hooded se dio cuenta que las fotografías se erigían escalonadas bajo una gruesa capa de polvo. Con la manga de su sudadera retiró parte de las partículas que arañaban el cristal y atendió después a la composición que se asomaba como espectros en la niebla. Una veintena de enfermos aparecía en los amplios jardines junto a sus cuidadores, apilados en dos filas para armonizar la estructura visual que el fotógrafo intentó concederle al Psiquiátrico, encaramado unos metros por detrás. Sonrisas huecas y miradas errantes que se asomaban a la lente del tiempo en blanco y negro. Hooded arrastró uno de sus pulgares por debajo de la foto y localizó el año de la composición. 1978. El mismo año que el Hospital cerró sus puertas. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Qué ocurrió para abandonarlo a la inmundicia más cruel? Apagó la linterna de su móvil e inmortalizó la escena. Aquellas criaturas inocentes extirpadas de las calles post franquistas, se revelaron en la pantalla como ecos del pasado. Después reanudó la marcha mientras volvía a proyectar luz sobre el último repecho.

Aquel nuevo corredor se abrió paso entre gritos lejanos y lamentos desgarradores.

Una claridad tupida se colaba entre las distintas puertas que flanqueaban ambas paredes, entumecida por las sombras que se enredaban al final de la segunda planta. Hooded caminó timorato por el suelo de tablillas, arrancando otros chirridos a su madera. Los números de las habitaciones se mantenían por encima del travesaño. También la alfombra de suciedad que se extendía como un aliento infecto, pasto del olvido. Su propia curiosidad le condujo a examinar

la decadencia que rezumaba cada una de las estancias por las que iba atravesando. Piezas despojadas de cualquier rastro de mobiliario, con las paredes marcadas por señales de moho que se descolgaban del techo como lágrimas negras. El olor que vagaba dentro era nauseabundo. Hooded continuó profundizando en el pasillo, concentrado en los números de las puertas. Habitación 15. Habitación 16. Unas huellas impresas en el polvo, lo amedrentaron. Habitación 17. Habitación 18. Su corazón comenzó a bombear deprisa. Habitación 19. Habitación 20. Entonces, un ruido metálico se propagó en la planta de abajo, cortándole de un tajo el aliento. El informático intentó justificarlo con alguna corriente de aire cuando de pronto, advirtió que había llegado a su destino. Habitación 21.

El chirrido de las bisagras anunció su presencia al fondo del corredor. Hooded notó que el vello se le erizaba a medida que franqueaba el umbral y localizaba a Funelli entre sus cuatro paredes. Tan sólo reparó en el nido de humedades que escalaba por la pintura, con un viejo camastro a un lado y una ventana enrejada que daba al exterior. Enseguida echó un vistazo fuera. La niebla correteaba por los jardines, sepultando bajo su corteza los árboles que se adivinaban como manchas oscuras. Sintió que se había equivocado. La idea de tomar un tren en Madrid para apearse seis horas más tarde en la estación de Orense, le ofreció una panorámica bien distinta a la que albergaba cuando pedaleó en su *canyon* hasta Toén. *¿Cómo había podido ser tan estúpido?*, se lamentó. Hooded se conformó con sacar unas cuantas fotografías a la estancia y largase de allí cuanto antes. Sin embargo, el papel satinado que se desprendía en la habitación de enfrente, le robó sus agitados pensamientos.

Aquella extraña visión le arrastró a la habitación número 24. El papel parecía mecerse en un suave vaivén mientras atendía absorto a los trazos de tiza que se asomaban por debajo *¿Qué diablos es eso?*, se preguntó. Hooded avanzó por inercia y decidió arrancar la cobertura que ocultaba el secreto de sus muros. Entonces, su mirada se tiñó de espanto. Aquel gigantesco *Hombre de Musgo* se reveló como una quimera legendaria que abarcaba la totalidad de la pared. Su rostro, sombreado bajo aquel manto de briofitas, le asestó un duro golpe mientras rescataba a Penélope Santana de las sombras. Su cuerpo macizo, en cambio, le redujo a un estado de indefensión. *Me cago en la puta*, susurró. Hooded presagió que no era la única criatura bosquejada y comenzó a retirar el resto del papel. Jirones que se deshacían en sus manos y que le condenaron a contemplar al cabo de varios minutos un pedacito del infierno que todavía palpitaba bajo las paredes de la habitación 24. Un universo oculto durante años, donde a un margen se alzaban tres prodigios de la naturaleza, enfrente otros tres, y en el frontal, presidiendo su supremacía tras una cornamenta

sublime, *Cernunnos*, *Señor de las Bestias*. Leyendas caprichosas que le dejaron sin habla mientras fotografiaba con su móvil aquel pandemónium surtido de más astas, pezuñas, pelaje oscuro y alturas desmedidas. Los compañeros de viaje de la pequeña Alicia, descansando al fin en la hospedería del último capítulo del *Juego de la Serpiente*.

El informático se alarmó al escuchar otro ruido metálico en la planta inferior. El temor a que alguien más transitase por sus desvencijadas instalaciones, le arrastró escaleras abajo a medida que proyectaba con la luz de su teléfono los contornos sombríos. Paredes henchidas de humedad y suelos abombados, donde nuevas huellas adheridas al polvo se cruzaban en sentido contrario. Se impacientó. Hooded se precipitó por el angosto corredor mientras la claridad de fuera intentaba perforar los amplios ventanales. Gotas de sudor resbalaron por su frente. Las camillas de quirófano y las sillas de ruedas entorpecían su camino. De nuevo, otro golpe seco. *¡Quién anda ahí?*, vociferó. Silencio. Entonces echó a correr a medida que volvía la cabeza hacia atrás. Unos ojos llameantes prendieron en la oscuridad. Esquirlas de fuego que rebasaron como brasas la tupida cerrazón. Después, el aire lo embistió.

Hooded atravesó el manto de niebla y se perdió en aquel horizonte velado por una gasa blanquecina. Corrió desalentado por el jardín de fuera mientras la burbuja de luz intentaba desempañar las volutas de agua que cercaban el espacio. Entonces, se sintió acorralado. No sabía dónde se encontraba. Corrió como alma que lleva el diablo hasta que aquella mole con la cruz vencida y la piedra espolvoreada de verdín, le arrancó un grito de desesperación.

La linterna, sin embargo, reflejó la leyenda borrosa.

FUNELLI
1908 – 1978
D.E.P

- ¿Queda mucho? – protestó Aura por segunda vez.

  El collado por el que llevaban transitando algo más de media hora, estaba destrozando sus pies. Tenía la garganta seca y una molestia en las lumbares desde que Leo la animó a escalar por un camino de cabras repleto de pedruscos. *¿Te has vuelto loco?*, fue lo primero que se le ocurrió decir cuando contempló aquel sendero que zigzagueaba hacia la montaña.

  La llamada de teléfono que Portu, su agente, realizó desde La Alberca a primera hora de la mañana, fue el desencadenante de aquel improvisado cambio de planes. Baeza le expuso en la cocina

que existía un lugar en el Bierzo que guardaba cierta relación con la espiral que pintaron no sólo en el párpado de Penélope meses atrás, sino también con la que esbozó Daniela en su pulsera de identificación médica. ¿Y si se trata de una señal?, la cuestionó en la patrulla minutos más tarde. ¿Una clave que sólo ellas dos, Tania y Daniela, conocían de antemano? El hecho de que la niña que observaron en las imágenes del VHS estuviera con vida, continuaba siendo una incógnita. ¿Qué edad tendría ahora? ¿Quince? ¿Dieciséis? La periodista no estaba del todo convencida de que la joven hubiese soportado el crudo invierno que barría el bosque desde que escapara milagrosamente del Legionario (¿o acaso la soltó?) y su rastro se perdiera para siempre en un vacío cruel. Solamente un dibujo, el que Rafael Oviedo localizó en la hemeroteca de Tribuna Madrid, era el único vestigio de su existencia, aparte de los fotogramas que Aura apilaba en su mente y en donde aquella criatura ataviada con astas (¿se trataba de un *Cucurrumacho*?), tiró de ella para esconderla del mundo en la parte trasera de un furgón. ¿Por qué? Las dudas se disiparon de su cabeza en cuanto alcanzaron la cima y contempló aquel paraje sobrecogedor.

El Valle del Silencio se perdía en el horizonte entre extensas praderas pinceladas en tonos ocres que cruzaban la garganta de los Montes Aquilianos. La niebla, depositada por encima del caudal del río, languidecía tras el escuadrón de nubes que fortificaba el cielo en un paño húmedo y gris. Aura sacó el teléfono de su plumífero y capturó el paisaje desde distintos ángulos. Baeza, en cambio, avanzó por el terreno hostil, azotado por una rabiosa ventisca que removía su cabello hacia los lados. Entonces, lo vio. Aquellas rocas clavadas en la hierba, formaban un amplio círculo concéntrico; una especie de monumento megalítico que prestaba a imaginar que allí mismo se erigió siglos atrás. ¿Qué sentido tenía aquella espiral en mitad de la nada, que parecía imantar una energía ancestral y telúrica? La periodista ni siquiera apartó la vista cuando se posicionó a su lado.

- ¿Crees que era aquí donde iban a citarse? – le formuló.

Leo intentaba calcular la distancia de aquella figura orbital. ¿Cuánto mediría? ¿Diez? ¿Doce metros? La hierba ocultaba parte del entramado rocoso.

- No lo sé – respondió –. Pero al menos, reconoce que es bastante similar al símbolo del caso Santana.

- No me malinterpretes – prefirió suavizar lo que estaba a punto de plantearle –, pero me cuesta admitir que ambas quisieran reunirse en este apartado del monte. ¿A cuántos kilómetros se encuentra de Las Médulas? ¿A treinta…?

Baeza reconoció que estaba en lo cierto. Era impensable que Tania hubiese caminado por el bosque ella sola, desafiando a las lluvias de los últimos días y las bajas temperaturas.

- Será mejor que volvamos – dijo finalmente.

La periodista percibió en su voz un poso de derrota. Después sacó unas cuantas fotografías a los tímidos menhires que excedían de la tierra y regresaron por el mismo sendero que se descolgaba del valle, alfombrado por socavones y raíces. Tal vez ninguno de los dos estaba dispuesto a conjeturar nuevas hipótesis a medida que se internaban en la niebla que lamía los aledaños boscosos. Puede que incluso albergaran la misma sensación de desamparo a tenor de los últimos acontecimientos y la escasa información con la que trabajaban en torno a las figuras de Tania y Daniela. ¿Por qué el Legionario mintió en su declaración y no llegó a confesar que había otra chica más? ¿En qué parte decidió esconderlas? Y sobre todo, ¿qué fue de la niña del VHS, donde una sombra monstruosa la encerró en la parte trasera de un furgón la misma noche que Daniela Guzmán desapareció?

Esas y otras dudas acompañaron a la periodista en su descenso hasta que al cabo de media hora, alcanzaron la patrulla. La explanada donde Leo había aparcado el coche, continuaba despejada. Enseguida atendieron a las intermitencias que desprendía la radio. El sargento se adelantó unos metros y desbloqueó las puertas con el mando a distancia. Después introdujo la mano y arrancó el interfono con decisión.

- Aquí Baeza – contestó por fuera del vehículo.

Aura lo contempló boquiabierta.

- Buenas, sargento – reconoció la voz de Martínez –. He estado llamándole al móvil, pero me saltaba constantemente el contestador.

Imaginó que en aquel recóndito paraje, no tendría siquiera cobertura.

- ¿Pasa algo…? – interpretó.

- Labrador ha localizado en la base un furgón que comparte similitudes con la Berlingo azul oscuro que aparece en la grabación. Su registro data de 2008 y fue inscrita en la comarca del Bierzo.

- ¿A quién pertenece? – disparó.

- Al Legionario.

Leo le lanzó una mirada desconcertante a la periodista.

- Tenemos la matrícula. Es: 6313 HTM.

- ¿Pero dónde se encuentra? – indagó.

- Eso era lo que quería comentarle – vaciló –. Aún no la hemos localizado.

- ¡Mierda! – voceó al otro lado.

La posibilidad de que estuviera en manos de la persona que los

encerró en la bodega de Las Médulas, relampagueó en su mente.

- Necesito que pases la información por radio – le exigió –. Y que varias unidades peinen las principales carreteras. Avisadme en cuanto tengáis algo.

Y cortó.

Después se metieron deprisa en la patrulla y se alejaron bajo una nube de polvo, sepultando el contorno velado del Valle del Silencio.

La corteza de nubes depositada en la carretera rugía por la ventanilla abierta de Aura. Briznas de humedad que se colaban en el interior de la patrulla donde el horizonte, tapiado por una cerrazón bíblica, llameaba a cada instante por una descarga de rayos. Baeza oteó el reloj del cuentakilómetros y comprobó que eran algo más de las once. Supuso que Altamira estaría aguardando su llegada en el despacho cuando aceleró el coche y leyó la información del cartel apostado a un lateral de la cuneta. *Ponferrada: 12 kilómetros*. Después giró el cuello y se perdió en el rostro de la periodista. El rumor de sus pensamientos contaminaba de líneas de expresión su frente. Leo sospechó que se sentía igual de perdida que él.

- ¿Qué piensas? – robó su atención.

Aura se removió en el asiento y tropezó con su mirada.

- Tengo la sensación de que se nos escapa algo; como si las piezas del puzle no encajaran por sí solas.

- ¿A qué te refieres? – quiso averiguar.

- Si ese furgón pertenece al Legionario, ¿me puedes explicar por qué aparece en las imágenes del VHS?

- ¿Y por qué no debería aparecer…?

- Se supone que por aquel entonces, nadie conocía el secreto de Tristán Ortiguera. Ni siquiera Bautista. Él mismo te confesó en la sala de interrogatorios que sorprendió a su amigo en la cabaña dándole de comer a Daniela. ¿No ves que no tiene sentido?

Baeza calibró la teoría de Aura y admitió que estaba en lo cierto. Sin embargo, otras dudas revolotearon en su mente.

- Entonces… ¿Quién se escondía detrás del disfraz del *Cucurrumacho*?

- No lo sé. Pero si el furgón de Bautista se encontraba en el bosque la famosa noche que Daniela desapareció, eso es porque ambos estaban conchabados desde el principio.

- ¿Y Tania? – escupió –. Ella era la elegida para ejecutar el ritual. Tú misma viste en la fotografía del mural cómo Tristán la estaba acechando.

- Y posiblemente ese fuese el plan. Pero algo debió salir mal y

Daniela se cruzó aquella noche en su camino. Estoy convencida.

Las hipótesis que poco a poco iban deshilvanando, sumió al sargento en una especie de encrucijada donde por un lado tenía la desaparición oficial de Daniela Guzmán, y por otro el rastro etéreo de una niña esbozada en un dibujo en casa de los Oldán. Ambas, víctimas del mismo individuo, el cual yacía con restos de cal viva en una de las cámaras frigoríficas del Instituto Anatómico.

- El problema es que la Berlingo del Legionario no estaba en las inmediaciones de la caravana – disparó Baeza –. Alguien está ocultándola por alguna razón.

- ¿Crees que fue la misma persona que nos encerró en Las Médulas? – conjeturó.

- Por ejemplo. Aunque después de aquello, imagino que se habrá deshecho de ella.

El móvil de Aura vibró por dentro de su abrigo. Rápidamente lo cogió y leyó en la pantalla el nombre de Hooded. Un amago de sonrisa brotó en su rostro.

- Dime que ya has averiguado el significado de los capítulos – soltó como un resorte tras poner el manos libres.

Baeza atendió extrañado al silencio que se cruzó en la llamada.

- ¿Hooded…?

- Aura, me encuentro en Orense – su voz destilaba oscuridad –. Descifré el acertijo final del *Juego de la Serpiente*. Se trataba de unas putas coordenadas. Pero eso no es todo. El lugar existe; la hospedería donde la protagonista acudió con esas criaturas, existe.

- ¡Pero de qué demonios hablas? – se alarmó.

- ¡Del grabado que aparece en el último capítulo, joder! – vociferó al otro lado –. Era un Centro Psiquiátrico cuando Funelli escribió el libro.

- ¿Estás seguro?

- Créeme si te digo que acabo de estar allí – articuló con cierta aprensión –. El edificio se encuentra abandonado desde entonces en Toén.

- ¡Cómo dices…?

La mente de Aura se tiñó de voces oscuras y susurros espectrales mientras rememoraba en sigilo la conversación que mantuvo con su padre la noche anterior.

- ¿Lo conoces…? – dudó el informático.

- Hooded, mi madre hizo sus prácticas de enfermería en ese hospital.

Los ojos de Baeza se abrieron más de la cuenta.

- ¿En qué año? – se interesó.

- En 1978. ¿Por...?

- No puede ser – balbució.
- Me estás asustando. ¿Qué ocurre ahora?
- Revisando los archivos del Centro, he comprobado que en 1978, aparte de cerrar sus puertas el Hospital de Toén, uno de sus pacientes falleció por causas desconocidas.
- ¿Funelli…? – adivinó.
- He visto su lápida en el jardín, Aura. Y tengo fotos. Parece ser que permaneció varios años en la habitación 21.
- H.21… – paladeó. Su mente retrocedió hasta la extraña combinación que el detective había anotado en su tarjeta de visita cuando visitó la hemeroteca –. Entonces… ¿Mi madre y él coincidieron en algún momento de 1978?
- Eso parece. Aunque lo interesante es justo lo que había en la habitación de enfrente. En la número 24.
- ¿Por qué? – le inquirió –. ¿Qué has encontrado?

La curiosidad mantuvo a la periodista expectante mientras Leo atravesaba con la patrulla las primeras calles de Ponferrada. El cielo, cargado de relámpagos, aclaraba el horizonte.

- ¿Qué pensarías si te dijera que en esa habitación, en la 24, han aparecido en sus paredes las criaturas que acompañaron a la pequeña Alicia en *El Juego de la Serpiente*?
- ¿Te refieres a *Cernunnos* y el resto de monstruos? – la figura de un *Hombre de Musgo* destelló en su mente.
- ¡*Voilà*! – exclamó –. Aún no sé con certeza el motivo, pero al menos he localizado en los ficheros el nombre del paciente que estuvo alojado en esa misma habitación en 1978.
- ¿De quién se trata? – pronunció con un nudo en el estómago.
- De un tal Tristán Ortiguera. ¿Te suena de algo…?

Una retícula de avenidas se extendía por delante del cristal cuando Aura Valdés colgó la llamada y se concentró en las últimas palabras del informático. Tristán Ortiguera.

Su mente, encasquillada en un letargo prolijo, admitió la posibilidad de que su madre y él se conocieran en aquel Hospital. ¿Por qué?, se cuestionó. ¿Por qué Tristán y no otro? Un dolor mecánico se propagó por sus vasos sanguíneos. El veneno inoculado en su organismo comenzó a ramificarse como lava oscura y humeante. Nada era como creía.

- ¿Estás bien? – se interesó el sargento.

La periodista, visiblemente consternada, era incapaz de mirarle a los ojos.

- Ese hijo de puta fue quien la mató. Y el Serbio lo sabía – le asestó con dureza –. Sabía que Funelli, Tristán Ortiguera y mi madre, coincidieron en el pasado en el Psiquiátrico de Toén.
- ¿Pero qué ocurrió allí para que años más tarde, Tristán se pusiera

en contacto con ella? Algún motivo tendría para querer intimidarla mediante cartas anónimas.

- Imagino que su secreto lo compartiría tan sólo con el detective de Coruña. Peralta fue el único que conocía su historia. Por eso le contó al Serbio antes de morir que la verdad la hallaría en esa serpiente; que ahí se encontraba la clave de todo.

- ¿La clave de qué…? – se esforzó en desentrañar –. Hablamos de un suceso que ocurrió hace más de cuarenta años. Algo muy gordo tuvo que pasar como para querer vengarse de esa manera.

Evitó pronunciar la palabra *asesinato* y cualquiera de sus derivados. Aura, por el contrario, se quedó pensativa mientras esperaban a que el semáforo se pusiera en verde.

- ¡No puede ser! – se sobresaltó.
- ¿Qué ocurre ahora?
- ¡El furgón, Leo!
- ¡Pero de qué furgón hablas! – se alteró de igual manera.
- ¡El que está justo delante, en la rotonda! – señaló.

El sargento siguió el rastro de su dedo hasta que tropezó con aquella Berlingo azul oscuro que estaba tomando una salida en dirección noreste. Su corazón se agitó nada más leer su matrícula: 6313 HTM. Los treinta segundos que quedaban para que el semáforo se abriera, le ayudaron a pronosticar la realidad.

- ¡Mierda! – golpeó el volante.

Después se resignó a contemplar cómo su carrocería era engullida entre la marea de coches.

Las imágenes que se reproducían en el portátil, registraban la hora en el extremo inferior. Las 18:15. También la fecha completa. 1 de marzo de 2019. La misma tarde que Daniela Guzmán se escapó del hospital. Eso mismo fue lo que relampagueó en la mente del capitán mientras atendía al encuadre invariable del plano, que capturaba un recodo del gotelé de la pared de una habitación. De pronto, el chirrido de unas bisagras se coló en el audio. Un lamento quejumbroso que se disipó al momento, cuando la voz de Daniela emergió en la penumbra. *¿Qué quieres?* Varios segundos se esparcieron por dentro de un silencio abismal a medida que se intuían las tapas de unas botas. La precisión con que golpeaba el suelo, ayudó a Altamira a calcular los metros que recorrió hasta posicionarse (intuyó) delante de la cama de la joven. Entonces, volvió a hablar. *¿Por qué has vuelto?* El tono de Daniela se mostró dubitativo hasta que varios golpes secuestraron el audio. *¡Otra vez no! ¡Otra vez no!*, gritó. Impactos que se cruzaban con sus súplicas, donde en ese preciso instante arrancó a llorar. Un infierno que rebasaba los

decibelios de la grabación y que la cámara continuaba capturando tras aquella porción de pared.

Entonces, Inés Solís detuvo las imágenes con el ratón.

- Es suficiente – emitió la psicóloga con un rictus de preocupación en su rostro.

Altamira prefirió reclinarse en el asiento mientras dirigía la mirada hacia un punto concreto de su despacho. El café que se había tomado en el pasillo, ahora le daba vueltas en el estómago.

- No lo entiendo – balbució después –. ¿Cómo es que nadie me informó de esto?

- Fue culpa mía – se disculpó, sentada al otro lado del escritorio –. Se me pasó revisar las imágenes de la tarde que Daniela se fugó del hospital. Justo ayer, mientras cenaba en mi casa, recordé que la cámara quedó encendida. Y al echarles un vistazo, me encontré con este horror.

La voz desesperante de Daniela ni siquiera se le iba de la cabeza.

- Lo que sigo sin entender es a que se refiere cuando grita *otra vez no* – robó el capitán su atención –. ¿Quién estuvo en su habitación ese día?

- También tengo la respuesta a eso.

La psicóloga volvió a coger el ratón y retrocedió las imágenes quince minutos. Luego pulsó el *Play*.

Leo Baeza emergió en el encuadre mientras recorría los escasos metros que le distanciaban de su cama. La periodista, por el contrario, se encontraba sentada en una silla. *Tienes que recordar. Necesito que hagas un último esfuerzo*, la apremió. *Hay que atrapar a ese malnacido*. Daniela esquivó su mirada contumaz y paladeó: *otro día. Ahora quiero estar sola*. El sargento no se daba por vencido. *No te entiendo. Tienes a toda la comandancia movilizada. Sólo te pido que colabores y nos hables de tu raptor. ¿Pongo la grabación de nuevo?* Daniela se agitó por dentro de las sábanas. *Me cuesta respirar*. Entonces, la cogió por los hombros. *¡Pero por qué intentas defenderle! ¡No te das cuenta que lo único que ha hecho es arruinarte la vida!*, gritó mientras la zarandeaba con brusquedad. *¡Ese hijo de puta se ha suicidado, joder!* Daniela, presa del pánico, emitió un hondo alarido que retumbó en la habitación y traspasó fronteras.

Acto seguido, Inés Solís paró la grabación.

- Será… – masculló el capitán entre dientes.

Sus facciones, visiblemente contraídas, rezumaban un profundo resquemor.

- ¿Qué ocurrió luego? – se interesó. Tenía la garganta dolorida.

- Poco más. Entré con la enfermera de planta al escuchar las voces y

giré la cámara al ver que estaba encendida. Por eso se me pasó revisar el material. Aunque no hay imágenes de su fuga si es a lo que te refieres. La cinta terminó minutos más tarde.

- Era él – articuló –. Era Leo el que regresó a su habitación.

- Y sin la periodista – precisó Inés –. Supongo que la dejaría en el chalet de Molinaseca.

- Sabía que estaba implicado en el secuestro de la chica desde que Tintín le dejó aquel mensaje de voz. El muy cabrón nos ha estado engañando. Es hora de actuar.

- ¿Qué piensas hacer? – se alarmó.

- Emitir una orden de arresto.

El sargento aceleró la patrulla por las calles de la ciudad mientras machacaba una y otra vez su mandíbula. Un vestigio de la impaciencia que comenzó entonces a dominarle.

- ¿Ves el furgón? – cortó con su voz la tensión de dentro.

- Date prisa. Está cogiendo esa otra rotonda.

- ¿A dónde cojones se dirige? – se cuestionó.

Enseguida adelantó a varios coches, situándose a una distancia considerable de la Berlingo. Leo se esforzó en averiguar su identidad por el espejo retrovisor. Negativo. Sólo un reflejo inútil de las luces antiniebla fue lo único que consiguió a medida que pisaba el acelerador y aventajaba a otra tanda de coches. Necesitaba acercarse un poco más; reconocer al menos quién se escondía en el asiento del piloto y por qué conducía el furgón del Legionario, el cual, según las informaciones que manejaba, continuaba en coma en el Centro Hospitalario Santa Isabel. La periodista encendió la cámara de su móvil y se dispuso a inmortalizar la persecución, ampliando el *zoom* de la pantalla. El vehículo tomó la salida CL–631 en dirección noreste, con dos carriles por sentido y provista de numerosos semáforos que regulaban las intersecciones y pasos de peatones. Ponferrada quedó suspendida como una mancha desdibujada a sus espaldas. Los pinos silvestres que poblaban ambos márgenes de la carretera se encaramaban sobre el terreno montañoso. Bosques de coníferas donde la luz de la mañana se confundía con la cobertura de rayos que aclaraba el horizonte plúmbeo. Un cartel apostado a un lateral, les anunció la salida del Embalse de Bárcena a 4 kilómetros.

- ¿No era allí donde estaba asentada la comunidad belga? – preguntó Aura.

- Sí – confirmó con la vista puesta al fondo –. En Cubillos del Sil.

El mismo lugar donde Altamira interrogó a Nathalie Peeters en su bungaló y al que parecían dirigirse contra todo pronóstico.

¿Por qué tenía la sensación de que Tintín siempre se manifestaba cada vez que se encontraba en apuros? El furgón aceleró, saltándose unos cuantos semáforos.

- ¡Mierda! – bramó el sargento.

Baeza activó la torreta de la patrulla. Sus luces estroboscópicas salpicaron de llamas azules los aledaños de la carretera mientras el sonido de la sirena comenzó a retirar en bandada al resto de vehículos que tenía por delante para permitirle el paso.

- ¿Es necesario? – voceó la periodista, taponando sus oídos con ambas manos.

El sargento ni siquiera se dio por aludido. Clavó hasta el fondo el acelerador al tiempo que iniciaba una vertiginosa persecución por la comarcal. El furgón corrió a más velocidad. Nada parecía detenerlo cuando se cercioró por el cuentakilómetros que conducía a más de 140 km/h. Baeza trituró de nuevo su mandíbula y blasfemó una sarta de improperios. Su propio enojo se desencadenó en su organismo. Una rabia ponzoñosa y visceral que le llevó a golpear repetidas veces el volante. Entonces, la Berlingo cambió de sentido. Desapareció del encuadre a medida que se adentraba por un camino sin asfaltar. Leo giró rápido el volante y se internó bajo la estela de polvo que arrastraba consigo sus neumáticos. Apenas podía ver con claridad. Raspas de arena en suspensión que enturbiaban el horizonte y parte del territorio anexo. Ralentizó la marcha. Baeza tuvo que aminorar la velocidad y activar los focos de la patrulla. Los haces de luz despejaron el cartel emplazado a la derecha. Leyó: *Monte Castro*. Después, se convenció de haber perdido su rastro. O al menos eso creyó cuando al cabo de unos minutos, Aura la localizó varada en la linde del bosque. Su pintura, azul oscuro, estaba recubierta por una capa de partículas terrosas.

El sargento frenó en seco y apagó la sirena. La torreta, mientras tanto, continuó derramando destellos contra la corteza de los árboles. Rápidamente se apeó y extrajo el arma por su espalda, apuntando contra la puerta abierta del furgón. La periodista salió a su encuentro y le acompañó unos metros por detrás. Un puñado de nervios afloró en su estómago a medida que rebasaba la parte trasera de la Berlingo con la frente perlada de sudor. Caminó decidido con los brazos estirados hasta que al fin, dirigió el arma por dentro. La cabina se encontraba vacía, con la llave puesta aún en el contacto. Luego dio un paso atrás y tiró con violencia de la puerta corredera del maletero. Ni rastro del conductor.

- Se ha dado a la fuga – resolvió finalmente.

El rostro de Aura transmitía un poso de angustia.

- ¿Y ahora qué hacemos?

- No debe haber ido muy lejos – se figuró.

Entonces echó un vistazo alrededor. El horizonte, tapiado por la frondosidad del bosque, le reveló las mil y una posibilidades por donde habría podido fugarse. Tan sólo el sendero de arena continuaba avanzando zigzagueante a lo lejos.

- ¿Alguna idea? – le apremió.
- Se me ocurren muchas, pero me faltan refuerzos.

Su teléfono sonó en el bolsillo de su anorak. Enseguida lo sacó y descubrió que se trataba de Altamira. Leo no pudo por menos que fruncir el ceño ante su inoportuna aparición.

- ¿Qué quieres? – preguntó. Tampoco tuvo el decoro de saludarle.
- ¿Dónde estás?
- En el chalet – mintió –. ¿Pasa algo?
- Pasa que el juez de instrucción está en la comandancia para que firmes las actas del cierre del caso.

Su mirada se tornó abyecta.

- Te ha faltado tiempo, ¿eh…? – le asestó con dureza.
- No pienso discutir contigo. ¿Vas a venir o no?
- Sabes perfectamente que hay otra chica. Tú mismo la viste en las imágenes de esa fiesta de carnavales.
- Y tú ya sabes lo que pienso al respecto – zanjó el tema –. Habla con el juez y entrégale las pruebas que creas convenientes. Pero no tardes mucho porque lleva cinco minutos esperando en el despacho.

Y colgó.

Leo, en cambio, le maldijo a voces.

- ¿Qué ocurre ahora?
- Tenemos que irnos. El juez me está esperando en el Puesto.
- ¡Vas a dejar que se escape? – señaló el furgón –. Sabes perfectamente que no va a haber otra oportunidad. Es un milagro que hayamos dado con ella.
- ¿Y qué se supone que debo hacer? – se impacientó.
- Vete. Yo te espero aquí.
- ¿Cómo dices…? – creyó no escucharla bien.
- Que no tardes.

Baeza sopesó su propuesta con muchas dudas. ¿Cómo iba a permitir que se quedara en un lugar como aquél y con un tipo escondido entre la maleza?

La idea le puso mucho más nervioso.

- Insisto. Confía en mí – leyó sus pensamientos –. Pero dime algo.
- Con dos condiciones.
- Dispara.
- La primera, que te quedes con mi arma.

Acto seguido, le entregó su *Beretta* de nueve milímetros. Aura percibió el tacto gélido de su empuñadura. Después, la enorme

responsabilidad que le cedía.

- De acuerdo. ¿Y la segunda?
- Que no te muevas de aquí bajo ningún concepto. ¿Trato hecho?

Inés Solís ni siquiera llamó a la puerta cuando entró con un café entre sus manos. Tampoco se fijó en el rostro cariacontecido del capitán mientras le daba un sorbo a aquel brebaje que sacó de la máquina expendedora del pasillo y tomaba de nuevo asiento en la butaca que había al otro extremo del escritorio. La rasposa claridad de fuera arañaba con su aliento gris las cortinas desgastadas. Luego se miraron detenidamente.

- ¿Ha habido suerte? – se interesó.

Todavía recordaba la idea que se le había pasado a Altamira por la cabeza minutos antes.

- Parece que ha picado el anzuelo – se convenció –. La excusa del juez siempre funciona.
- ¿Crees que vendrá?
- Tampoco puede negarse. Y menos cuando una autoridad te requiere.
- Entonces, es cuestión de esperar.
- Y de no bajar la guardia – añadió.

El capitán se levantó *ipso facto* y cruzó con paso ligero su despacho.

- ¿A dónde vas? – le cuestionó sorprendida.
- Será mejor que me acompañes.

Rápidamente abandonaron el despacho y enfilaron el pasillo bajo el repiqueteo constante de los teléfonos. La luz del techo generaba una luminiscencia dañina a medida que el eco de sus pisadas rebotaba contra las paredes de panel. La psicóloga se desconcertó ante lo que se proponía a hacer mientras reparaba en las ventanas de algunas salas, cegadas por cortinas de lamas. Altamira rebasó la sala de ordenadores y se detuvo delante de sus agentes. Todos lo atendieron expectantes.

- Prestadme atención. Necesito que me informéis de todos los movimientos que realice el sargento Baeza. ¿Alguno lo ha visto esta mañana?

Nadie contestó.

La psicóloga, en cambio, prefirió mantenerse por detrás.

- En caso de que aparezca por la comandancia, que es lo más probable, deberéis proceder a su detención. ¿Me habéis entendido?

Un murmullo se propagó de inmediato entre las distintas mesas de trabajo. Sólo Corredera alzó la mano al fondo.

- Dime, Verónica.
- ¿Está seguro que quiere que detengamos al sargento? – le

cuestionó con la voz queda.

Su mirada, igual de confusa, se engarzó a la suya.

- Eso he dicho.
- ¿Pero por qué…? – le tanteó, esta vez, Labrador.
- Parece ser que está implicado en el secuestro y asesinato de Daniela Guzmán. Los indicios que he ido recabando por mi cuenta, apuntan a ello. ¿Algo más?

Ninguno de los allí presentes se atrevió siquiera a contradecirle.

- Pues entonces, todo el mundo a trabajar.

El aire batía las ramas de los pinos cuando Aura Valdés se sumergió en el bosque. Raspas de luz que se colaban tamizadas entre sus copas y vertían sombras inquietantes en derredor. El olor a tierra húmeda vagaba en el ambiente. Motas que se enredaban a su cabello y que anunciaban la tormenta que estaba a punto de materializarse. Aura continuó profundizando en la frondosidad y contempló la alfombra de helechos que se encaramaba hacia el fondo, prendida al suelo embarrado. Sus hojas se removían al son del aire, recreando una singular danza con sus tallos flexionados. Una cadenciosa melodía que empastaba con el paraje a medida que oteaba las enredaderas silvestres que escalaban la corteza de los árboles. La periodista sacó el móvil de su abrigo mientras empuñaba el arma de Leo. ¿Y si regresaba y no la encontraba donde la dejó?, pensó. Echó un vistazo a su *Flik Flak* y se cercioró que habían pasado pocos minutos desde que se fue en su patrulla. Después disparó su cámara e inmortalizó aquella naturaleza viva en varias tomas.

Sólo al ampliar una de ellas, se percató.

Aura avanzó por el bosque, sorteando las rocas espolvoreadas de verdín que excedían del terreno. Su color cobró una mayor intensidad a medida que se acercaba y examinaba con recelo los trazos sombreados que emergían tras la tupida maleza. Tampoco se planteó qué hacía allí, en mitad de la nada. Simplemente se dejó llevar por su instinto hasta que reparó en su estrecha estructura. La periodista frunció el ceño en cuanto se detuvo delante de aquel cobertizo del tamaño de una cabina, revestido con listones de madera y tejadillo de uralita. Su aspecto era desolador. El musgo reptaba entre sus juntas, dando la sensación de llevar años abandonada. ¿Acaso era utilizada por los cazadores?, consideró a medida que doblaba una de sus caras en busca de una señal. Su corazón se heló.

Aquel símbolo esbozado en el centro de la puerta, agitó su respiración.

Aura rozó con sus yemas el contorno de la espiral. El mismo símbolo que pintaron sobre el párpado de Penélope. El mismo que Daniela trazó por detrás de su pulsera de identificación médica la tarde que huyó del hospital. ¿Por qué? ¿Qué significaba todo aquello? Las capas de pintura estaban carcomidas por el frío y la lluvia. Desconchones que se adherían a su piel a medida que recorría con el dedo aquel sendero orbital. ¿Quién diablos lo había perfilado? La periodista encendió de nuevo su cámara y disparó el flash. Después, envió la foto a Leo por WhatsApp. No se había vuelto a conectar desde hacía más de una hora. Escribió: mira lo que acabo de encontrar en el bosque. ¿No te resulta extraño? Está en un cobertizo.

Acto seguido deslizó el pasador de la puerta y tiró de la manija.

La sucia claridad de la mañana desempañó parte de las tinieblas que se filtraban escaleras abajo. Una malla de opacidad que abrigaba el resto de escalones de cemento que partía hacia las profundidades. Aura se arredró; una sensación de angustia comenzó a culebrear en su estómago a medida que sacaba una foto a aquel… ¿Búnker? Eso fue lo que pensó cuando de pronto, escuchó un ruido. Un chasquido leñoso que la impidió girar el cuello; pues una mano enguantada se adelantó por su espalda y taponó su nariz con un pañuelo.

Tan sólo duró unos segundos. Los suficientes como para que aquella fragancia medicamentosa se colara en su olfato y enturbiara su vista de telarañas.

Después, todo se volvió oscuro.

Tenía que pararle los pies.

Eso mismo pergeñó Baeza en sus roídos pensamientos mientras se internaba con la patrulla por las primeras calles de Molinaseca. Las palabras que Altamira le asestó al otro lado de la línea, revoloteaban llameantes en su cabeza. ¿Acaso también se había aliado con el juez de instrucción?, sospechó. Era incapaz de comprender la acuciante necesidad de cerrar el caso sabiendo que existía otra víctima más, una niña de… ¿diez, once años? condenada a vagar para siempre en el reproductor del VHS y que él mismo observó junto a sus agentes. ¿Por qué le costaba admitir que Tania era real, que esa criatura con cuernos la había raptado en el furgón de su hermanastro la misma noche de carnavales que Daniela desapareció? ¿Cómo era posible que no admitiese la prueba del dibujo de Gabriel? ¿O la fotografía que Rafael Oviedo, el detective, encontró en la hemeroteca de Tribuna Madrid y que vinculaba su secuestro con el incendio en el chalet de los Oldán?

Aquel complejo rompecabezas parecía no tener sentido. O al menos, así lo catalogó. Una tarea de lo más ardua que arrancó en febrero de 2014 y que la propia investigación había ido recolectando varias

muertes inverosímiles y unos cuantos sospechosos hasta entonces. Leo se afanó en encontrar respuestas y aceleró la patrulla una vez que avistó el chalet. El cielo, preñado de nubes borrascosas, oscurecía el paisaje al fondo. Enseguida atendió al *Puente de los Peregrinos* y enfiló el último tramo de carretera hasta frenar delante del porche.

La idea de presentar al juez las pruebas recolectadas durante su estancia en Ponferrada (y, por ende, todo lo que habían descubierto en torno a la existencia de Tanía), le estimuló. Era lo más sensato, se convenció. Acabar de una maldita vez y desvincularse por completo del caso.

El sargento introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Lo primero en lo que reparó fue en el cuadro que descansaba hecho añicos en el suelo mientras los cajones del aparador habían sido vaciados por dentro de la moqueta del recibidor. Se alarmó. Leo arrastró la mano por la pared y encendió la luz. Un reguero de objetos se prolongaba como una alfombra a lo largo del pasillo. También algunas prendas de vestir de Aura que guardaba en el armario de su habitación. Baeza se apresuró a echar un vistazo al resto de la casa, donde enseguida comprobó el lamentable estado en la que se hallaba. *¡Joder!*, vociferó en cuanto se detuvo delante del quicio del salón. La televisión, estampada contra un recodo, cebaba de pequeños cristales el parqué. El respaldo del sofá había sido arrancado de su armazón al igual que la mesilla donde la periodista solía depositar su portátil, se había transformado en dos piezas desiguales.

Leo corrió escaleras arriba, esquivando la ropa que se precipitaba por los escalones. El dormitorio de Aura era un torbellino de sábanas rasgadas y folios del caso. El suyo, más de lo mismo. Se adentró entre los restos de aquel improvisado naufragio y examinó rápido sus pertenencias. No echaba nada en falta. El colchón retirado contra la pared, el despertador a sus pies, la mesa de estudio esquinada contra la butaca… Hasta que reparó en una de las hojas del dossier. *No puede ser*, balbució. Leo se agachó y comenzó a buscar la mochila que encontraron por casualidad en la taquilla del gimnasio. Se impacientó. A medida que registraba entre el revoltijo de sábanas, su corazón se aceleró más. Ni rastro de los papeles que Rafael Oviedo había elaborado sobre Tintín (y que perfilaban al detalle el día a día del belga) durante meses. Pruebas concluyentes que le implicaban con la desaparición de Daniela y que alguien (imaginó que el mismo que los encerró en la bodega de Las Médulas) había usurpado a primera hora de la mañana cuando se encontraban en el Valle del Silencio. *¡Mierda!*, bramó después.

Enseguida sacó el móvil de su anorak. Tenía que avisar a Aura cuanto antes. Encendió la pantalla y comprobó que tenía varios mensajes suyos. También una fotografía que descargó en ese preciso

instante. Aquella espiral bosquejada sobre una puerta de madera, se reveló como una quimera del destino. Leyó: *mira lo que acabo de encontrar en el bosque. ¿No te resulta extraño? Está en un cobertizo*. Baeza soltó un taco en voz alta al cerciorarse que se había saltado sus indicaciones. Buscó su número en la agenda y pulsó encima de su nombre. *El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos. Puede dejar un mensaje después de oír la señal. ¡Píiii…!* Se inquietó. El sargento se puso cada vez más nervioso. Bajó disparado las escaleras y enfiló a toda prisa el pasillo con la sensación de que Aura se encontraba en peligro. *¿Y si el tipo del furgón había salido a su encuentro?* Miles de escenas poblaron su mente al tiempo que cruzaba la puerta y descendía los peldaños del porche. Al menos – le apaciguó pensar –, llevaba su arma encima. ¿Sabría utilizarla? Leo abrió la patrulla y arrancó el interfono de la radio. Después, apretó la clavija.

- Aquí el sargento. Necesito que varias patrullas se desplacen a Monte Castro. Aura se encuentra allí sola y su vida corre peligro. Repito: necesito que alguna unidad se dirija a Monte Castro. ¿Alguien puede darme posición?

- Aquí Martínez – asomó su voz –. Estoy cerca del Club Hípico. Tardo diez minutos.

Leo cortó la comunicación y arrancó la patrulla. Las primeras gotas comenzaron a salpicar el parabrisas. Acto seguido aceleró el motor y se perdió por las calles de Molinaseca bajo el electrizante sonido de los truenos.

Una oscura cerrazón alimentaba de sombras los edificios de la ciudad cuando minutos más tarde, Baeza estacionó delante de la Capitanía. El reflejo de algunas ventanas abrillantaba la lluvia fina que le embistió nada más abandonar la patrulla, refugiándose en una cortina de vapor que enturbiaba el final de la calle. Leo se apresuró a atravesar la pista de cemento y detenerse bajo la marquesina de la entrada para sacudirse el anorak. Regueros de agua que se escabullían por sus hombros a medida que volvía a echar un vistazo a sus aceras, completamente desiertas. Pensó que el día no estaba para paseos cuando finalmente tiró de la puerta y se coló en el vestíbulo. La horrenda iluminación de los tubos del techo le mostró al grupo de agentes que conversaba cerca del mostrador. Murmullos que se escabullían como sutiles pavesas mientras sus ojos se convencían de ver a Martínez entre ellos. Leo enarcó sus cejas y se dirigió a él con el paso marcial. La cuadrilla se deshizo en cuanto sus pasos rebotaron en aquel amplio espacio.

- ¿Cómo es que no estás en Monte Castro? – disparó.

La mirada del agente buscó desesperadamente la de sus

compañeros. Un gesto que a Leo, sin embargo, le escamó.

- Ninguno hemos ido – le socorrió Carmona con la voz cavernosa.

- ¿Y se puede saber qué cojones hacéis aquí todavía?

- Tenemos que proceder a su detención – balbució esta vez Corredera.

Aquellas palabras le dejaron sin habla mientras intentaba procesar la información.

- Son órdenes del capitán – remató.

- ¿Cómo dices…?

Entonces Carmona extrajo sus esposas del cinturón y se dispuso a arrestarle con violencia, agarrándole fuerte del brazo, como si el respeto que le profesaron desde que se personó en Ponferrada hubiese desaparecido. Baeza se resistió, propinándole deprisa un empellón.

- ¡Ni se te ocurra volver a ponerme una mano encima! – se encolerizó.

Los demás atendieron callados a su enojo.

- ¡No lo entendéis! – se desesperó –. ¡Aura se encuentra en peligro!

Ninguno parecía escucharle.

- Quiero hablar con Altamira – renunció a dar más voces.

¿Por qué ahora nadie era capaz de responderle?, relumbró en sus pensamientos.

- ¡Qué dónde ostias está!

- En el despacho – contestó Martínez displicente.

Leo enfiló el pasillo con la boca seca mientras el resto de guardias prefirió escoltarlo unos pasos por detrás. Tan sólo sus sonoras pisadas rasgaron el silencio de dentro mientras su mente se apresuraba en hallar una evidencia, un motivo, algo que le aclarase lo que estaba sucediendo. La sensación de estar cometiendo una negligencia le acompañó de camino a su despacho, donde sus ojos tropezaron rápido con aquella placa de presumible egolatría que mostraba su escalafón en el cuerpo de la Benemérita. Después entró sin avisar y cerró la puerta de un manotazo.

Altamira, reclinado en su asiento, le sostuvo la mirada al otro extremo del escritorio.

- ¿Me puedes explicar a qué ostias estás jugando? – escupió de camino –. Primero te conchabas con la psicóloga para internar a Bautista en ese Centro y ahora tus hombres intentan detenerme. ¿A qué demonios juegas, Altamira?

Baeza trituró sus muelas a medida que se sentaba en la butaca. El rictus de estupefacción del capitán le estaba consumiendo.

- ¿Te importaría bajar el tono de voz? – le requirió –. Hay gente que está trabajando.

- De acuerdo. Pues avisa al juez para que firme el acta y me voy.

- ¿Qué te vas? – le extrañó –. ¿A dónde?

- A buscar a Aura. Y no te hagas el tonto conmigo porque sé perfectamente que has sido tú el que ha denegado la orden.

- Evidentemente – respondió flemático –. Pero porque sé que no corre ningún peligro. ¿O acaso debería preocuparme?

Al sargento le descuadró su falta de tacto.

- Aunque también podemos hacerlo por las buenas y evitar que la cosa vaya a más. Sólo tienes que decirme dónde la tienes escondida.

Leo reaccionó deprisa y captó la indirecta disfrazada de encerrona que Altamira le estaba tendiendo con el rostro invariable. Aquella sucia artimaña para apartarle sin escrúpulos del caso (insinuando que tenía a Aura retenida en alguna parte), le ayudó a discernir lo que se proponía.

- Espera un segundo. ¿Dónde dices que está el juez de instrucción? – le interpeló.

- No hay ningún juez, Baeza. Lo que tengo son pruebas de tu implicación en el secuestro y asesinato de Daniela Guzmán.

- ¡Cómo…? – se agitó en la butaca.

- Ya no hace falta que finjas. Sé que Tintín era tu cómplice – dibujó en su rostro una sonrisa heladora –. Lo supe desde el principio, cuando nos contaste aquella milonga de que no habías recibido ninguna llamada suya minutos antes de lanzarse de la azotea con ese VHS. ¡Qué te creías, que habías sido capaz de despistarnos? – soltó una carcajada herrumbrosa –. Llevamos vigilándote desde el mismo día que viniste a Ponferrada. Lo que pasa es que ahora se te acaban los recursos y estás utilizando a esa periodista como cebo.

- No te hagas ilusiones, porque no pienso cargar con el muerto de tu hermanastro. Te recuerdo que lo confesó todo en la sala de interrogatorios, aparte de que existe un vídeo que lo incrimina.

- Supongo que no te costaría sobornarlo. Era demasiado previsible que aceptara un trato tan rastrero a cambio de dinero.

- Se te ha ido la olla – resolvió –. Por completo.

- Baeza, conozco a mi hermano. Son muchos años ya tapando su mierda. Pero te aseguro que esta vez no va a colar; aunque fuese él quien condujera el coche de la chica.

- Espero que esas pruebas que posees, expliquen cómo me las ingenié para orquestar el homicidio y convencer al Legionario. Más que nada porque vas a tener que demostrarlo delante de un juez – se incendió.

- ¿Me estás amenazando…?

- Todo lo contrario. Tómatelo si lo prefieres como una advertencia.

- Pues ya puestos, ¿sabrías aclararme por casualidad cómo es que mi hermano sufrió una parada cardiorrespiratoria horas después de

confesarte en este mismo despacho que se le había internado en el Hospital Santa Isabel?

Aquel revés dejó al sargento en un estado de indefensión. ¿Quién diablos se habría ido de la lengua?, se cuestionó. Las bazas con las que jugaba, podían acarrearle serios problemas.

- El Centro ya me ha informado que estuviste el otro día haciendo averiguaciones por tu cuenta – prosiguió –. Así que por tu bien, espero que te busques a un buen abogado.

- Te equivocas si piensas que tengo algo que ver en lo que insinúas.

- Lo siento mucho, Baeza. Pero hasta nueva orden, estás detenido – soltó con aplomo.

Después se levantó de su asiento.

- Supongo que no hace falta que te espose para trasladarte al calabozo.

Altamira rodeó su escritorio mientras esquivaba la mirada del sargento. Tal vez no estaba dispuesto a postergar aquel pulso durante más tiempo a medida que recorría el despacho con intención de avisar a alguno de sus hombres y trasladar al acusado a los calabozos del sótano. Sólo deseaba zanjar el asunto cuanto antes; retomar la vida que dejó atrás desde que Baeza se personó en Ponferrada y celebrar con el pecho henchido que la investigación que le había robado horas de sueño e incluso la esperanza, había cesado.

El caso había concluido al fin tras interrogar a familiares y compañeros del instituto de Daniela en los últimos cinco años, de peinar el bosque donde se celebró la fiesta de carnavales en cuantiosas ocasiones, de atender incluso a la prensa local que acudía al Puesto cada vez que salía a la luz un nuevo indicio. *"¿Daniela Guzmán escapaba de alguien cuando desapareció?" "Una amiga de su clase asegura que la joven discutía a menudo con su madrastra" "¿Tenía Daniela serios problemas por su condición sexual?"*. Aún era capaz de recordar algunos de sus titulares. Epístolas que generaron en la opinión publica una imagen distorsionada de la chica que no se correspondía con la realidad. O al menos, eso admitió mientras avanzaba por la alfombra de su despacho y se aproximaba a la puerta. Entonces, sintió una sacudida a la altura de su pelvis. Un brusco desplazamiento que le llevó a girar el cuerpo por inercia. Leo se hallaba de pie, apuntándole a la cara con un arma. Con su propia arma. Porque eso fue exactamente lo que hizo; aprovechar que se encontraba de espaldas para usurparle la pistola del cinturón.

- Atrás – le apremió.

Altamira levantó inconsciente sus brazos mientras Baeza echaba el pestillo por dentro.

- Piénsatelo bien antes de hacer una estupidez – le conminó.

El sargento parecía no escucharle mientras continuaba apuntándole con la mirada cargada de inquina.

- Siéntate en mi butaca y entrégame el cinturón.

Altamira resopló al tiempo que se deshacía de él y se lo entregaba.

- Todavía estás a tiempo de evitar que te expulsen del Cuerpo – intentó persuadirle.

Sin embargo, Leo se posicionó a su lado y arrastró sus brazos por la espalda. Luego deslizó el cinturón por sus muñecas, dando varias vueltas alrededor. Una vez que echó el cierre y se aseguró de que tenía las manos condenadas, le ayudó a sentarse.

- ¿Qué piensas hacer? – articuló con el resuello entrecortado.
- Acabar con esto de una vez por todas.

Rápidamente se coló por detrás del escritorio y abrió la ventana. La lluvia, gruesa y maciza, desdibujaba los contornos del callejón. Leo asomó la cabeza y observó la hilera de patrullas estacionadas a ambos márgenes. Después calculó *a priori* los escasos dos metros que le distanciaban de la calzada. Baeza encajonó el asiento del capitán contra la pared y se aupó, agarrándose con firmeza a los postigos de la ventana. Acto seguido, sacó una pierna por fuera.

- No serás capaz… – emitió Altamira.

El sargento rebasó su otra pierna y se afianzó a la repisa que sobresalía del muro. Entonces volvió a mirar al suelo y saltó. Un hormigueo se ramificó por sus pies en el momento que se incorporó y echó a correr. Corrió bajo la lluvia constante mientras doblaba el edificio y se incorporaba a la vía. De nada servía ya volver la cabeza atrás. Ni siquiera plantearse en qué momento perdió los estribos y actuó bajo el dominio de su impaciencia. Pues de pronto descubrió que Inés Solís estaba entrando en su coche y salió precipitado a su encuentro.

Puede que no fuera consciente de las consecuencias que le acarrearía cuando decidió abrir la puerta e introducirse en el asiento del copiloto. Tal vez estaba dispuesto a llegar hasta el final en cuanto presionó el cierre de seguridad y hermetizó el vehículo por dentro. Pero en ese instante, mientras apuntaba a la Psicóloga con el arma de Altamira, tan sólo pensó en Aura.

- Arranca el maldito coche – dijo después.

Aura, Aura, Aura… Su nombre conquistó las parcelas oscuras de su mente. *Aura, Aura, Aura…* El susurro de una voz aterciopelada que se enraizó a los recovecos, deshaciendo en jirones su sueño narcótico. *Aura, Aura, Aura…* Su tono, cada vez

más intenso y atrayente, la arrastró hacia ella mientras sus párpados aleteaban compungidos. *Aura, Aura, Aura…* Entonces, abrió los ojos.

Una burbuja de luz centelleó en el horizonte, desempañando lentamente las telarañas que distorsionaban su visión. Aura expulsó un gemido gutural a medida que giraba el cuello y se concentraba en los ángulos deformes. Diversos matices grises comenzaron a constituir su propia apariencia. ¿Dónde estaba? El suelo de cemento se extendía hacia la penumbra del fondo, colisionando contra la pared del mismo material que se erigía unos metros más allá. El olor a humedad era insoportable. La periodista volvió la cabeza hacia su clavícula y reparó en el mugriento colchón donde descansaba. Estaba recostada. Eso fue lo primero que pensó; que se encontraba tumbada en una habitación desnuda y sin ventilación. ¿Por qué estaba allí? Varias escenas desfilaron con atropello en su memoria. Había un bosque; un bosque alimentado por el sonido de los pájaros y el arrullo del viento. ¿Qué más había? De pronto, recordó una casita; una especie de cobertizo con las paredes de madera y el tejadillo de uralita. También un símbolo; una espiral esbozada en el centro de la puerta que sin saber cómo, le devolvió la imagen de Penélope. Entonces, su corazón se aceleró. Aquel sueño vaporoso arrojó a su memoria briznas de luz. Quizá una sensación áspera donde una mano enguantada sepultó su nariz, inhalando aquella dulce fragancia bajo la tela de un pañuelo.

Se impacientó. No sabía cuánto tiempo llevaba dentro de aquel… ¿Zulo? Rápidamente hizo el amago de incorporarse hasta que se dio cuenta que le resultaba imposible. Bajó la mirada con esfuerzo y se percató que estaba maniatada. ¿Quién le había hecho eso? Se asustó. Aura quiso gritar y pedir ayuda. ¿Alguien la escucharía? Su respiración se volvió entrecortada. Un resuello débil que descargaba con intermitencias su pecho. ¿Y si llamaba a Leo?, pensó. Palpó con los dedos el bolsillo de sus vaqueros hasta que su voz se asomó en las tinieblas.

- No te esfuerces – dijo –. Lo tengo yo.

Aura se arredró a medida que aquellas suelas se detenían por delante de sus ojos. El olor a tierra húmeda inundó su olfato. Después alzó la vista, donde su figura recortada alimentaba de sombras su rostro.

- ¿Quién eres? – apenas un hilo de voz emergió de su laringe.

Aquella silueta inició el descenso a medida que se acuclillaba.

Aura retrocedió en el colchón hasta rozar con sus hombros la pared. No tenía escapatoria. Su cuerpo, agitado por una ramificación de temblores, quedó reducido a una posición fetal.

- Hola, Aura – pronunció.

La sucia claridad del interior desempañó por completo sus facciones, revelando una sonrisa hueca que le robó el alma.

- Pareces sorprendida.

- No puede ser – balbució –. Pero si tú… Tú estabas…

Los recuerdos se enredaron confusos a las imágenes que almacenaba en su memoria. Destellos en tonos sepia donde Daniela siempre aparecía en actitud vacilante e inofensiva. Sus ojos se abrieron más de la cuenta mientras advertía el tufo que desprendía el humo de sus huesos.

- ¿Muerta? – se rio –. ¿Pensabas que estaba muerta?

La periodista continuaba en *shock*. Su vestimenta, distinta a la que recordaba, se resumía a unos vaqueros y una chupa de cuero. ¿Qué fue del camisón que tantas veces observó en las grabaciones del cementerio y la gasolinera? Su cabello, igual de corto, reflejaba la capa de gomina que había disuelto entre sus mechones. Luego se fijó en sus párpados, visiblemente sombreados.

- Pensé que te alegrarías de verme. Tengo entendido que estabais buscándome.

De pronto, su rastro espectral se disolvió como una sombra más en la habitación.

- ¿Tania? – articuló insegura –. ¿Tú eres Tania?

Su propio convencimiento recluyó a Daniela Guzmán a un olvido prematuro.

- ¿Tanto he cambiado en estos años?

- No tiene sentido. La niña que vimos en las imágenes de la fiesta era rubia.

- Y vivía en casa de los Oldán, ¿verdad?

- Pero todos creíamos que eras Daniela. Ellos vieron tu cuerpo calcinado en ese coche.

- Pequeñas modificaciones en el guion que han logrado su propósito.

- ¿Pero por qué…? – seguía igual de confusa –. ¿Quién eres realmente?

Tania (trasunto de Daniela) arrastró sus dedos por el cuero cabelludo de Aura, deshaciendo con su tacto la humedad que traspiraba. La periodista se replegó atemorizada en el colchón, posicionando sus muñecas maniatadas por delante de su rostro.

- Mis padres eran como tú, ¿sabes? Eran también periodistas. Todavía conservo algunos recuerdos suyos; pocos, pero intensos. Las fiestas de cumpleaños que organizábamos en el jardín de casa, la vez que viajamos a Niza de vacaciones. Ambos fueron secuestrados al norte de Siria mientras hacían su trabajo. Estuvieron tres meses en

paradero desconocido hasta que sus cuerpos aparecieron decapitados a las afueras de Alepo. Por aquel entonces, tenía doce años. Y mis tíos se encargaron de acogerme en su chalet.

- Supongo que te refieres a los Oldán – sospechó.

- Ellos decidieron ocultarme del mundo por miedo a que fuese objeto terrorista. Temían que el Estado Islámico supiera de mi existencia y buscase represalias por el material fotográfico que mis padres recopilaron durante sus idas a la capital siria. Créeme que hasta el Departamento de Defensa Estadounidense saldría mal parado.

- Por lo que permaneciste alojada en casa de tus tíos sin que nadie en la zona supiera de tu existencia.

- Tan sólo ese deficiente mental que venía de vez en cuando en su triciclo y me entregaba dibujos por las verjas de la entrada.

Aura supo que hablaba de Gabriel, el hijo de los dueños del *Botillo*.

- Pero hay algo que no entiendo – rebobinó en su mente –. Si realmente eres Tania, ¿quién ardió en ese coche con el que te fugaste del hospital?

El continuo vaivén del limpiaparabrisas descargaba contra el cristal un chirrido inquietante. Lamentos que se confundían con el fragor de fuera, donde la lluvia azotaba con furia el contorno boscoso que se extendía a ambos márgenes. Baeza siguió apuntando a Inés con la pistola de Altamira mientras le indicaba el camino más corto para llegar a Monte Castro.

- Ahora toma la próxima salida y continua hacia el Embalse de Bárcena.

La psicóloga se limitó a asentir con lágrimas en los ojos. Ni siquiera había pronunciado una sola palabra desde que el sargento se coló en su vehículo y la encañonó con el arma. Estaba muerta de miedo. Apenas podía pensar con claridad mientras se convencía de que necesitaba un plan B, algo que alentase al hombre a bajar la pistola y rectificar. ¿De qué manera podía persuadirle?, se impacientó. Nadie en la facultad la había asesorado sobre la forma en que podía modificar la conducta de un individuo que estaba a punto de volarle la cabeza. Creyó que el diálogo era la herramienta más eficaz. Al menos, debía intentarlo.

- Todavía estás a tiempo de arreglar las cosas – impostó adrede –. Sólo es cuestión de hablarlo y buscar soluciones.

- ¡Quieres centrarte en la carretera! – gritó.

Inés se sobresaltó en su asiento.

- Por el amor de Dios, recapacita. ¡No te das cuenta que así vas a empeorarlo más?

- ¡Y qué se supone que debo hacer?

- Por el momento, bajar el arma – le solicitó con la voz trémula –. Y después, entregarte. Si continúas escapando, sólo vas a perpetuar el problema más tiempo.

- Estás igual de ciega que los demás – escupió.

- ¡Ah, sí…? ¿Y por qué?

- Por la sencilla razón de que no he hecho nada. Estáis cometiendo un error pensando que tengo algo que ver en el asesinato de Daniela. ¡Es Aura la que corre peligro, joder!

La Psicóloga se percató de que no estaba por la labor de cooperar mientras se apresuraba en encontrar una salida sin salir lastimada. Tampoco era capaz de discurrir con lucidez con la boca de aquella pistola rozando su sien. ¿Y si se aventuraba a contradecirle para ganar algo más de tiempo? Posiblemente los agentes de Altamira estarían buscándole bajo el aguacero que desdibujaba la silueta de la ciudad por el espejo retrovisor.

Si era cierto lo que decía de Aura, pensó, era cuestión de minutos que lo atrapasen junto a ella en el mismo lugar hacia donde se dirigían.

- Pues si realmente corre peligro, ve tú sólo – consideró –. Pero no me obligues a que forme parte de tu plan. Deja que al menos me marche.

Inés vislumbró que era la única opción que le quedaba si deseaba avisar a la comandancia y revelarles que huía hacia el noreste de Ponferrada.

- Imposible. Te necesito como testigo.

- ¿A mí? ¿Por qué…? – dudó.

- Para convenceros de una puta vez que estoy diciendo la verdad – confesó –. Lo siento por ti, pero en estos momentos eres mi única baza.

Tania se incorporó y comenzó a dar vueltas por la habitación del búnker, estrujando con las suelas de sus *Martens* la arenisca del suelo. Aura sospechó que tal vez necesitaba elaborar una respuesta creíble. Un pretexto que justificase las dudas que vacilaban en el filo acuoso de la periodista, la cual continuaba recostada en el colchón con las muñecas maniatadas. La penumbra del interior derramaba sombras que supuraban de las paredes. Tania frenó el paso y se volvió para mirarla a los ojos.

Dos fósforos que flameaban en la malla de opacidad que disolvía su figura.

- Di, ¿quién ardió en ese coche con el que te fugaste del hospital?

El silencio que se filtró después, la animó a despojarse de la cerrazón y avanzar hacia la pobre iluminación que derramaba la

bombilla en mitad del techo.

- Daniela – respondió con la voz lúgubre –. Daniela ardió en ese coche. La misma que mis tíos contrataron para que cuidase de mí algunas tardes.

El desconcierto de Aura la empujó a escarbar un poco más en la herida.

- ¿Cómo es que la acogieron en su chalet si evitaban exponerte al mundo? – caviló.

- Porque Danny necesitaba el trabajo, aparte de que mi tía vio razonable una ayuda extra en casa con una niña de doce años – resolvió –. A ella no le contaron nada. Ni siquiera le dieron explicaciones sobre quién era. Simplemente se limitó a hacer su trabajo, que consistía en estar conmigo cuando mis tíos se ausentaban, ver la tele, ayudarme con los deberes y salir al jardín.

- ¿Y Gabriel? Ella trabajó para los padres del chico que te regalaba esos dibujos – hincó aún más la espuela –. Algo diría cuando lo vio merodeando por la casa.

- Creo que nunca coincidieron – contestó flemática –. Recuerdo que una vez me contó que había tenido una mala experiencia con los dueños de un restaurante. Pero nada más. Danny era muy reservada; no se dejaba conocer tan fácilmente. Aunque reconozco que se portó bastante bien conmigo. Siempre llegué a pensar que aceptó el empleo porque estaba enamorada de mi tía.

Tania soltó una carcajada que retumbó contra los gruesos muros.

- Pero Daniela llevaba años desaparecida y las pruebas de ADN confirmaron que se trataba de ella – se aventuró a ir más allá. Necesitaba despejar la duda sobre qué fue de ella hasta que su cadáver apareció calcinado en aquel Renault blanco –. ¿Dónde estuvo en todo ese tiempo? ¿En la cabaña de Ortiguera?

La joven depositó la mirada en un punto incierto del búnker con cierta aprensión.

- Encerrada injustamente. Olvidada por todos. Pero sobre todo, deseando que llegase su momento – descerrajó –. Digamos que nuestras vidas se alejaron aquel febrero de 2014, aunque de igual modo el tiempo volvió a unirnos años más tarde.

- ¿Te refieres a la noche de su desaparición? – quiso adivinar.

- Me refiero a la noche del incendio. La noche que lo cambió todo.

Viernes, 28 de febrero de 2014.
Alrededores del chalet de los Oldán (22:14 horas).
La noche de la desaparición de
Daniela Guzmán.

La música de la fiesta atronaba en la distancia cuando el grupo de hombres se detuvo a un margen del camino que zigzagueaba hacia la casa de los Oldán. Tan sólo Ismael Guzmán reparó en la luz que desprendía una de las ventanas de la planta baja mientras los farolillos de fuera, instalados en hilera por detrás de la verja, centelleaban en la noche oscura. A ratos, la luna espejaba el paisaje arbolado de Dehesa de Dones. Un aura de reflejos blanquecinos que aclaraba al fondo la silueta del chalet.

- Será mejor que nos demos prisa – murmuró Tintín.

Ismael Guzmán volvió la cabeza y enseguida tropezó con el rostro sombreado del belga, el cual estaba sacando el pasamontañas de su mochila. El resto (dos mineros y su cabecilla) actuó de la misma forma. Nada parecía entorpecer el plan que habían ideado durante varias semanas en su casa cuando Barbero, el minero más veterano, arrojó aquel trozo de tela al suelo.

- Yo me rajo – pronunció con la voz afectada –. Es una locura.

- Tú no te vas a ninguna parte – resolvió Gaspar Mercader, líder y futuro supervisor de la cooperativa que habían imaginado para ellos – ¿O que quieres, ver a tu mujer fregando escaleras? Ya está todo hablado, ostias. Es la mejor noche para hacerlo.

- Pero… ¿Y si nos pillan? – seguía sin convencerse.

- Con la música de los carnavales, te aseguro que nadie escuchará nada – le aseveró el belga.

- En serio. Continuad sin mí. Os juro que mantendré la boca cerrada.

Gaspar Mercader renunció a seguir escuchándole y agarró una de sus muñecas, apretando fuerte sus huesos carpianos.

- Demasiado tarde – atajó –. Ya lo hemos discutido mil veces. Además, él cargará con toda la culpa en cuanto la policía encuentre el bidón de gasolina. ¡Qué más quieres…?

- *¡Shsss!* Bajad la voz que nos van a oír – susurró el carnicero –. Gaspar tiene razón. O lo hacemos ahora, o la mujer del Consejo no podrá frenar durante mucho más tiempo el proyecto de la Planta Solar. ¡Joder, que últimamente no me entra nadie en la carnicería! ¿Qué otra alternativa nos queda?

Barbero se limitó a observar los ojos de Ismael Guzmán. Dos fósforos que flameaban con rabia en la penumbra del bosque.

- Yo no estoy dispuesto a quedarme en la puta calle – soltó el otro minero – Aún tengo que alimentar a una familia.

- Ni yo – le secundó Tintín –. La dirección del matadero nos ha comunicado que habrá recortes de personal como la cosa no mejore.
- Está bien, vosotros ganáis – dijo con resignación mientras se ponía el pasamontañas –. Sólo espero que sirva para que ese matrimonio no se salga con la suya.
- ¿Todos convencidos? – preguntó Gaspar al grupo.

Nadie parecía tener intención de rebatirle.

- Pues entonces, hagámoslo cuanto antes.

Rómulo Oldán rechistó malhumorado desde su nueva butaca reclinable con reposapiés. Y es que al dueño de uno de los mayores yacimientos de carbón de la comarca del Bierzo, estaban empezando a hastiarle las fiestas que últimamente celebraban un centenar de chavales en las inmediaciones de su casa. Eso fue lo que le explicó a un agente que le atendió por teléfono la primera vez que avisó para dar parte, y de igual forma lo despacharon cuando a la semana siguiente la música volvió a atronar contra los ventanales de su salón. Rómulo se resignó a subir el volumen de la televisión mientras las vaharadas de calor que irradiaban de la estufa de gasolina, conquistaban el tejido de su pijama. Aquella sensación placentera contuvo las ganas de volver a llamar a la comisaría y quejarse de nuevo. Tampoco estaba por la labor de perderse el documental sobre el Tercer Reich que estaban a punto de dar en uno de sus canales habituales de prepago. Simplemente, se conformó.

Sin embargo, su mujer rebasó la entrada del salón con los brazos cruzados. Llevaba el ceño fruncido y unas ganas inauditas de mandarle a la porra. ¿En qué momento se le ocurrió regalarle aquel trasto por su vigésimo segundo aniversario?, pensó. Luego se posicionó por detrás de la butaca y carraspeó.

- Rómulo – articuló.

El hombre parecía imbuido en los *spots* publicitarios que se encadenaban unos con otros en la pantalla panorámica.

- ¡Rómulo! – alzó finalmente la voz.
- ¡Qué pasa? – se removió asustado en el asiento.
- Lo primero, ¿te importaría bajar la tele? A este paso vamos a padecer todos de sordera.

Rómulo Oldán presionó uno de los botones del mando a distancia y disminuyó el volumen con cierto fastidio.

- Gracias – dijo después –. Y ahora, lo importante. ¿Sabes dónde está la niña?
- Creo que ha subido a su habitación.
- ¿Tan pronto…?
- Me dijo que tenía sueño – alzó igualmente sus hombros.
- Está bien. Voy a acostarla.

Paola Cid dio media vuelta y se perdió en la penumbra que habitaba al otro lado de la puerta, donde su figura se diluyó escaleras arriba.

- ¡Pero no tardes – gritó –, que esta noche ponen ese documental del que te hablé!

Rómulo volvió a subir el volumen mientras la música de la *rave* continuaba golpeando los ventanales. Después, echó un vistazo a su *Rolex* de oro. Las diez y media pasadas. Imaginó que aún quedaban cuatro horas por delante para que la fiesta cesase y el silencio regresara de nuevo a aquel apartado del bosque. Al menos, aquella idea le sedujo cuando de pronto, escuchó un ruido a sus espaldas. Un estruendo de cristales que le llevó a incorporarse de su recién estrenada butaca.

- ¡Paola…? – preguntó en alto.

Tampoco recibió respuesta. Rómulo se quedó varado en mitad del salón, esperando a que su esposa le confirmase qué había ocurrido. Volvió a pronunciar su nombre. Nada. Ni rastro de ella. Sólo un vacío cruel y desgastado. El hombre se impacientó y echó a andar hacia la puerta. *¿Dónde se habrá metido?*, farfulló. Entonces, aquel grupo de hombres interrumpió su camino. Los cinco individuos llevaban el rostro oculto por un pasamontañas y vestimenta oscura. Rápidamente cegaron con sus cuerpos la entrada mientras dos de ellos le cercaban por los lados.

- Llevaos lo que queráis, pero no hagáis daños a mi familia – soltó como un resorte.

Su corazón bombeaba estrepitosamente bajo su pecho.

- ¡Cierra esa maldita boca! – escupió uno de ellos.

Rómulo Oldán percibió una nota familiar en su voz.

- ¿Gaspar…? – pronunció perplejo –. ¿Eres tú…?

Enseguida advirtió su sonrisa lobuna por debajo de la tela.

De algún modo, supo que se trataba de él; del mismo que su padre contrató años antes de cederle la empresa; el que siempre se ponía en contacto con los sindicatos para organizar las huelgas de la plantilla; el único que le amenazó semanas atrás cuando se enteró por la prensa que iba a cerrar sus minas con intención de instalar esa Planta Solar gracias a la intervención del Consejo. *¿Y ahora qué va a ser de nosotros?*, le dijo antes de abandonar su despacho.

- Será mejor que salgáis de mi casa antes de que avise a la policía – descerrajó.

- ¿Es una amenaza? – soltó con la mirada abyecta –. Creo que todavía no has entendido la situación. Esta vez no te vas a salir con la tuya, Rómulo. Se acabó. ¡Apresadle!

Los tipos que lo flanqueaban por ambos costados, lo redujeron

a medida que el dueño de las mayores minas de la comarca del Bierzo se revolvía, preso del pánico.

- ¡Qué vais a hacer? – bramó –. ¡Os habéis vuelto locos! Aún estamos a tiempo de hablar las cosas.

- Tampoco nos diste elección. ¿No te parece…?

Gaspar Mercader extrajo de su abrigo una jeringa con el cilindro cargado con una sustancia transparente. *Bromuro de Vecuronio*. El único medicamente que su esposa, enfermera del Hospital de la Reina, pudo extraer de uno de los quirófanos. ¿Cuánto tardaría en hacerle efecto y producir la parálisis neuromuscular?, se cuestionó de camino.

Rómulo lo miró aterrado.

- ¡Por el amor de Dios, soltadme! – suplicó –. ¡No os dais cuenta que podemos llegar a un acuerdo?

Mercader vislumbró el miedo que rezumaba su rostro cuando al fin clavó la aguja en su cuello, arrastrando el émbolo con suma paciencia. Sus venas se asomaron dilatadas bajo su piel.

- Sentadlo – solicitó después a los dos mineros.

Ismael Guzmán y Jan van Hoof atendían a la escena unos pasos por detrás.

Una flacidez muscular comenzó a invadir las extremidades de Rómulo Oldán a medida que su organismo entraba en un estado de profundo entumecimiento. Apenas era capaz de pedir auxilio con la lengua pastosa. Su visión gravitaba en una especie de sopor narcótico desde la butaca. Gaspar Mercader se acercó por detrás y le susurró al oído.

- Ahora puedes estar tranquilo, jefe. Tu mina estará en buenas manos.

Paola Cid se llevó una mano a la boca.

Tal vez ninguno reparó en su presencia desde que rompieron uno de los cristales de la puerta delantera y accedieron al inmueble. Ella, que lo había escuchado todo, se escondió bajo la penumbra que goteaba en las escaleras, dispuesta a averiguar lo que esa panda de indeseables se proponía a hacer cuando entraron en el salón y redujeron a su marido. Aquello le horrorizó. Una sensación de congoja se ramificó bajo su pecho mientras atendía con el rostro asomado entre los barrotes cómo el que llevaba la voz cantante, le clavaba una jeringuilla en el cuello. Entonces, asfixió con su mano el llanto que le sobrevino. Paola se incorporó muerta de miedo y subió las escaleras por dentro de la moqueta para amortiguar sus pisadas. Tenía que huir deprisa del chalet, pensó. Su vida corría peligro. La suya, y también la de la niña. Paola Cid alcanzó la segunda planta y se

dirigió a la habitación de su sobrina con las manos temblorosas. En cuanto la pusiera a salvo, llamaría a la policía. Eso mismo trazó en su mente mientras la luna clareaba por fuera de la ventana la senda nívea que reptaba hacia su cama. Después reparó en aquel dibujo pegado al cristal.

Paola se sentó en la orilla y sacudió su brazo. La niña desplegó sus párpados con suavidad.

- Tania, tenemos que irnos – susurró con la voz entrecortada.
- Tengo sueño – protestó, con intención de dar media vuelta.
- Lo sé. ¿Pero sabes qué ocurre? Que esta noche es carnaval y Daniela está esperándonos fuera de casa.

La niña la miró incrédula.

- ¿No me crees…? Hace un rato me ha dicho que está jugando con otros niños en el jardín.
- ¿También ha venido Gabriel? – se interesó.
- Por supuesto. Pero sal de la cama para que juguemos con ellos.

Tanía deslizó el edredón y se levantó. Paola, en cambio, se agachó para situarse a su altura.

- Y ahora escúchame. Tenemos que escondernos para que Danny no nos encuentre. ¿Me has entendido? No podemos movernos ni tampoco hacer ruido.
- Vale – respondió convencida –. ¿Me cambio de ropa?
- No perdamos más tiempo. Estoy segura que nadie te descubrirá en la caseta de la leña.

Paola Cid cogió de la mano a la niña y atravesaron el pasillo, embarrado por una penumbra rocosa que se descolgaba escaleras abajo. La tenue claridad que escupía la puerta del salón, las ayudó a descender los escalones enmoquetados. Finas hebras de luz blanquecina que se escabullían por el suelo de parqué junto con las voces de esos individuos. Paola se apresuró a bajar los últimos peldaños mientras posaba sus dedos por delante de la boca de Tania. El sudor comenzó a resbalar por su frente. Cada vez los sentía más cerca. Antes de doblar el pasamanos, giró la cabeza breves segundos. Los suficientes como para comprobar que su marido continuaba sentado en la butaca, con el cuerpo vencido y la mirada dócil. Paola mitigó el llanto con los labios apretados y se refugió con la niña en la oscuridad que emanaba por detrás de la escalera. Luego abrió la puerta trasera del chalet y corrieron por el jardín. La luna, aposentada en el horizonte estrellado, espejaba el sendero que reptaba hacia la caseta. La esposa de Rómulo Oldán tiró de la manilla y metió a la niña dentro, entre montones de leña y garrafas de gasolina.

- ¿Y ahora? – preguntó con una vocecilla cargada de inocencia.
- Ahora tienes que esperar a que Danny te encuentre. Acuérdate de

que no puedes salir ni hacer ruido. ¿Me lo prometes?

Tania asintió de buena gana mientras Paola, con la mirada aterrada, la sepultó para siempre en aquella caseta verde de acero galvanizado.

El tiempo corría en su contra cuando la mujer retomó el camino de vuelta y extraía el móvil del bolsillo de su *blazer*. Encendió la pantalla y buscó a Daniela en su agenda. Una vez que la localizó, pulsó encima del icono de mensajes. Escribió: *ven rápido a casa. La niña…* Ni siquiera se percató que Tintín la estaba acechando a escasa distancia cuando la enganchó del brazo y tiró de ella por detrás. Tampoco se resistió. Únicamente presionó el botón verde de su teléfono a medida que el belga la arrastraba a empellones al interior del chalet y la conducía muerta de miedo al salón.

- Mirad a quién me he encontrado – anunció al grupo –. La muy zorra estaba a punto de escaparse.

Todos pararon de verter gasolina. Paola se conmovió al observar el estado vegetativo en el que se hallaba su marido en el butacón.

- ¡Qué le habéis hecho…? – gritó desconsolada.

Gaspar Mercader se dirigió a ella con el rostro oculto por el pasamontañas y se cercioró que llevaba el móvil encima.

- ¿No habrás avisado a la policía? – le preguntó.

La mujer, sin pensárselo, le escupió a los ojos.

- Por supuesto – se envalentonó –. Y me encargaré personalmente de que os metan en la cárcel.

Mercader dejó escapar una carcajada hiriente. Los demás se mantuvieron expectantes.

- Eso ya lo veremos – dijo.

Pero justo cuando iba a responderle, Gaspar estrelló contra su cabeza la lata de gasolina que llevaba de la mano, cayendo Paola inconsciente al suelo. Un reguero de sangre comenzó a recorrer las juntas de madera.

- ¡Te has vuelto loco? – bramó Ismael por su espalda – ¡Dijimos que nadie sufriría!

- Ella se lo ha buscado – se justificó.

El resto parecía juzgarle por debajo del pasamontañas.

- ¡No os quedéis ahí parados, joder! – resolvió –. ¡Ayudadme a tumbarla en ese sofá!

Tintín la agarró por las piernas a medida que los dos mineros tiraban de ella por sus brazos. La cabeza de Paola se meneó en su ascenso mientras cargaban con su peso y recorrían una porción del salón. Después, la depositaron sobre el sofá.

Mercader se percató que Ismael Guzmán no estaba conforme.

- ¿Algo que objetar? – le asestó.
- No sé. Dímelo tú.

Se fijó que tenía los ojos enrojecidos.

- Isma, no es momento de echarnos cosas en cara. Así que continúa vertiendo gasolina y larguémonos de aquí cuanto antes.

El carnicero resopló hondamente y se limitó a llevar a cabo su cometido. Gaspar, mientras tanto, se aproximó a la butaca y flexionó sus rodillas. La mirada de Rómulo Oldán parecía orbitar en otro lugar bien distinto, con las extremidades completamente rígidas. El líder del grupo posó la mano sobre su brazo e intentó robar su atención. Rómulo ni siquiera se dio por aludido.

- Lo siento por ti – masculló –. Pero ya es hora de que te pudras en el infierno.

A medio kilómetro de allí, un centenar de chavales bailaba los ritmos metalizados que el Dj pinchaba en su mesa de mezclas desde la cabina. Ráfagas de música *techno* destilada con secuenciadores que amenizaba la fiesta improvisada en aquel apartado del bosque. Y es que varios institutos de la comarca se habían dado cita en aquel recóndito paraje desde que el nuevo administrador de la página de Facebook (Ricky llevaba varias semanas en coma), convocó la *rave* con motivo de los carnavales. Un acierto que debió de admitir el actual organizador cuando tomó prestada su cámara y se dispuso a grabar en calidad *vintage* a los jóvenes disfrazados que bebían de sus cachis entre luces estroboscópicas y cortinas de humo.

Sin embargo, la cámara no registró en ningún momento a la chica de cabello corto y mirada sombreada que bailaba sola entre el tumulto. Nadie parecía reparar en Daniela Guzmán. Ni siquiera en su disfraz de Campanilla, compuesto por leotardos verdes, vestido de poliéster y alas espolvoreadas con purpurina. Daniela cerró los ojos y se alejó del mundo a medida que se dejaba llevar por el estallido multicolor de la base instrumental. Ella sola. Sin otra compañía que la suya propia. Consagrada a perpetuar para siempre aquel vacío ingrávido y sideral. Danny se sumergió en su particular sistema estelar hasta que un inoportuno temblor se propagó por encima de su muslo. Una ligera vibración que la llevó a extraer el móvil del bolsillo de su disfraz y comprobar quién la había escrito. *Paola Cid*, leyó en la pantalla. Pulsó encima del mensaje de texto y se concentró en las seis palabras que se transformaron de pronto en un mal presagio. *Ven rápido a casa. La niña…*

Daniela Guzmán frunció el ceño a medida que salía a empujones de la turbamulta. Cuerpos que se deshacían en jirones

y que la impedían abandonar aquel singular aquelarre mientras marcaba el número de Paola. *El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos*. Se impaciento. Daniela tuvo el extraño presentimiento de que algo iba mal en casa de los Oldán. *¿Vuelvo a llamar?*, se preguntó una vez que se precipitó por fuera de la pista de baile. Lo intentó de nuevo. *El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos*. Después miró al frente y sin saber cómo, echó a correr.

Daniela, la joven que cuidaba de Tania los fines de semana, la misma que renunció a seguir trabajando en aquel restaurante de carretera meses atrás y que únicamente deseaba largarse de allí desde que su madrastra empezó a entrometerse en la relación con su padre, corrió bosque adentro, batiendo sus alas en la noche estrellada.

Huyó sin pedir ayuda, sin dar siquiera una explicación a sus compañeros. Solamente corrió como alma que lleva el diablo hasta que la maleza se encargó de sepultarla para siempre.

Una lluvia de cristales invadió un recodo del jardín, desatándose las llamas por fuera de la ventana. Las cortinas del salón comenzaron a arder deprisa mientras el fuego devoraba a su paso la balsa de gasolina que se extendía por el suelo de parqué. Un charco reluciente que arrancaba destellos al queroseno y se deslizaba como una lengua aceitosa entre columnas de humo y chasquidos de madera. Rómulo Oldán emitió un sonido gutural desde la butaca. Un lamento mudo que se fragmentó en el aire, cargado de pavesas. Su cuerpo, secuestrado aún en su propia parálisis, tampoco hizo el amago de moverse. Sólo atendió a las llamas que lo cercaban, con los párpados totalmente desplegados. Miedo. Eso fue lo que centelleó al fondo de su iris. Un miedo atroz y visceral. El miedo a sentir dolor. Pero miedo a fin de cuentas.

Ismael Guzmán se retiró de la ventana, arrancándose sin esfuerzo el pasamontañas. Apenas tardó en darse cuenta que el resto de hombres contemplaba la escena a escasa distancia. El fuego crecía desatado por fuera, tiznando los ladrillos de la fachada. Después se dirigió a Gaspar Mercader, el cual desgranó una sonrisa de satisfacción bajo la penumbra rojiza que teñía los árboles más próximos.

- No está inconsciente – sonó ofensivo.
- ¿Cómo dices…?
- ¡Que todavía está despierto! – vociferó –. Creí que al inyectarle ese medicamento, no se enteraría de nada.

Mercader percibió un poso de incertidumbre en su voz.

- ¡Y qué pretendes que haga – bramó –, que entre y le administre otra dosis…?

Los demás prefirieron no inmiscuirse.

- Vete a la mierda – soltó.

Ismael recogió su mochila del suelo y encaminó los pasos por el jardín. Estaba decidido a marcharse. Gaspar detuvo su propósito, tirando fuerte de su brazo.

- ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?
- ¡No pensarás que voy a quedarme a ver el espectáculo…?
- Tampoco he dicho eso. Pero entenderás que no podemos arriesgarnos a que sobreviva.
- Pues conmigo no cuentes.

Gaspar le devolvió la misma mirada de enemistad.

- Isma, te recuerdo que estás igual de pringado que los demás.
- ¿Me estás chantajeando? – pareció retarle.
- Sólo digo que hay que esperar a que el fuego haga su trabajo. ¿O prefieres arriesgarte y que quede alguna prueba que nos delate?

En el fondo, sabía que estaba en lo cierto. No podía aventurarse a que varios agentes de la policía se personasen en su carnicería al tener indicios de su implicación en el suceso.

Aquella idea le aterró.

- ¿Qué sugieres? – terció.
- Lo primero, seguir con el plan como hasta ahora. Tenemos que asegurarnos de que ambos mueran en el incendio.
- ¿Y después? – se adelantó.
- Después entraremos en ese cobertizo y cogeremos un par de garrafas de gasolina. Antes me he fijado que hay unas cuantas.
- ¿Crees que funcionará si las dejamos cerca de la caravana del Legionario? – dudaba de lo que habían planificado esa última semana.
- Con sus antecedentes como pirómano, y trabajando de jardinero para el matrimonio, te aseguro que la policía sabrá sumar dos más dos.

Pero lo que ninguno de ellos podía imaginarse es que una sombra con forma de crisálida estaba cruzando a toda velocidad la parte trasera del chalet.

Daniela Guzmán agitó sus alas de purpurina contra el viento mientras atravesaba el jardín y abría instantes después la puerta. Una bocanada de humo se precipitó contra su rostro. Las llamas devoraban a su paso el interior de la vivienda, sepultando bajo una nube de pavesas el quicio del salón. Se alarmó. Daniela franqueó la entrada y se dirigió al fondo. El fuego lamía con voracidad las vigas de la entreplanta; también algunos muebles que crepitaban en la rabiosa claridad anaranjada. Los rescoldos

comenzaron a invadir el suelo de tablillas a medida que intentaba colar la mirada entre las volutas de ceniza que sepultaban el horizonte en una cerrazón mortal. Empezó a toser. Sintió que el humo reptaba sigiloso por su tráquea y se anudaba como tentáculos a su sangre. Entonces, lo escuchó. Danny percibió un sonido ronco. Una especie de gemido descorazonador que procedía del fondo. Sepultó su nariz con el antebrazo y recorrió unos metros. La silueta de Rómulo apareció sombreada al otro lado de la puerta. Estaba sentado en el butacón, con los hombros vencidos hacia el apoyabrazos y la mirada enterrada en un miedo agonizante. Las llamas se extendían presurosas por la alfombra, avanzando sin piedad hacia sus pies. Rómulo volvió a gemir, suplicando que le ayudase a salir de allí. El fuego, sin embargo, rebasó como un aliento infernal el travesaño superior. Daniela arrancó a llorar cuando el humo cegó su visión. Una cortina de hollín que la empujó hacia atrás mientras la voz de Rómulo se deshacía en un lamento desgarrador. Después, dejó de escuchar. Daniela dejó de escuchar para refugiarse en los chasquidos de la madera con el cuerpo inmóvil. Sólo unos instantes; pues el mensaje de Paola refulgió en sus pensamientos. *Ven rápido a casa. La niña…* ¿Pero dónde se suponía que estaba la niña?

Alargó la vista hacia la escalera que se encaramaba bajo la humareda. ¿Y si Tania se encontraba en su habitación? Daniela pisó el primer peldaño con fatiga. La falta de aire le impedía respirar. Notó que sus pulmones se colapsaban a medida que subía otro escalón. De nuevo, la tos. Una tos que inundaba su laringe de partículas negras. Apenas era capaz de ver el pasamanos. Nada parecía estar donde recordaba. La joven consiguió subir un peldaño más, hasta que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Después, todo se volvió oscuro.

La luna derramaba sobre el jardín un halo espectral cuando el grupo encaminó los pasos hacia la parte trasera del chalet. Las columnas de humo sobresalían por encima del tejado, disolviéndose su estela en la noche estrellada. Gaspar enfocó con la linterna de su teléfono la caseta de chapa que se adivinaba en las sombras. Allí guardaba el Legionario las garrafas de gasolina que utilizaba para la cortacésped y otros aparatos, y hacia allí se dirigieron mientras volvía a convencerse de que la policía sospecharía de él en cuanto las localizasen en las inmediaciones de su caravana.

Ismael robó enseguida su atención.

- Esperad un segundo.

Gaspar Mercader volvió la cabeza y se concentró en la silueta sombreada del carnicero.

- ¿Por qué está la puerta abierta? – preguntó en alto.

Tintín encendió su linterna y apuntó hacia la casa. Una cascada de humo gris se precipitaba revoltosa por fuera de la vivienda.

- ¿Quién fue el último en entrar? – se dirigió Mercader al resto.
- Yo – articuló el belga –. Pero estoy seguro que la cerré cuando me encontré a la esposa de Oldán en el jardín.

Ismael Guzmán se acercó con recelo mientras activaba también la linterna de su móvil. Los haces de luz desempañaron la cobertura de tizne que disolvía el estrecho zaguán y parte del pasillo que cruzaba hacia el salón. Entonces, se estremeció. Aquel bulto depositado a los pies de la escalera le cortó el aliento.

- ¡Me cago en la puta!
- ¿Qué pasa? – se alarmó Mercader.
- ¡Hay alguien más en la casa!

Rápidamente propinó una patada a la puerta y se coló en el interior. Las llamas arrasaban con furia parte del artesonado mientras esquivaba como podía los rescoldos que encontró a su paso. La fuerte humareda apenas le permitía avanzar. Miles de pavesas en suspensión emborronaban su visión de telarañas. Ismael se tapó la nariz con el cuello de su jersey y se apresuró a recorrer los escasos metros que le distanciaban del cuerpo. El techo comenzó a restallar. Crujidos que lo alentaron a llegar hasta el final y arrodillarse por delante de su cabeza. La luz de la linterna destapó entonces sus facciones sombreadas. También el disfraz de Campanilla y sus alas de purpurina. Su hija yacía inconsciente, con la piel renegrida y los ojos cerrados.

- ¡Ayuda! – gritó desconsolado.

Luego se abrazó a ella, sofocando el llanto contra su pecho.

Tintín apareció en ese instante.

- No puede ser… – balbució, aturdido –. ¡Pero qué hace ella aquí?

Ni siquiera parecía escucharle. Ismael lloraba compungido mientras pronunciaba el nombre de Daniela una y otra vez. De pronto, una viga cayó a sus espaldas. Tintín tiró de él hacia arriba y le ayudó a sacar a su hija de la vivienda, sorteando con dificultad las brasas que entorpecían el camino de vuelta. Al cruzar la puerta, el belga arrancó a toser. Ismael, por el contrario, depositó a su hija sobre la hierba. Los demás se apresuraron en averiguar lo que sucedía. Sólo Gaspar se arrodilló a su lado cuando reconoció a Daniela entre sus brazos.

- ¡Déjame! – vociferó alarmado – ¡Hay que reanimarla!

Mercader se la arrebató y volvió a tumbarla en el césped. Luego entrelazó ambas manos e inició el masaje cardiaco,

comprimiendo y descomprimiendo su pecho repetidas veces. *Vamos, joder…*, susurró. Después realizó la ventilación. Así sucesivamente, durante cerca de cinco minutos, hasta que paró de maniobrar para tomarle el pulso.

- ¿Por qué no responde? – le cuestionó con la voz trémula.

Gaspar se retiró con la mirada abatida.

- Lo siento, Isma. He hecho todo cuanto he podido.

Un alarido desgarrador se propagó en el vacío de la noche.

Ninguno de los allí presentes se atrevió a consolarle a medida que expulsaba el dolor bajo el eco lejano de la música. Tan sólo se conformaron en acompañarle mientras cada uno se preguntaba en silencio por qué la hija de Ismael se encontraba en el chalet de los Oldán. Respuestas inútiles que se disiparon en el momento que escucharon aquel ruido metálico.

Tintín giró el cuello y alumbró con el móvil hacia la caseta de acero galvanizado.

- ¿Qué ha sido eso? – se extrañó.

Entonces echó a andar por la hierba hasta que se detuvo delante de la puerta. Acto seguido, tiró de la manilla.

Tania entrecerró los ojos cuando aquella burbuja de luz se detuvo en su cara.

La niña se encontraba agazapada al fondo de la caseta, con las rodillas flexionadas y el cabello rubio deslizándose por sus mejillas. Entonces, alguien tiró de su brazo.

Tania comenzó a gritar mientras aquel individuo la aupaba en el aire e intentaba sepultar su boca con la palma de su mano. Sus piernas se agitaban deprisa, como si quisiera escapar del hombre que la retenía con esfuerzo. Después apretó fuerte su mandíbula para que parase de una vez. Los demás enmudecieron al tiempo que lo alumbraban con las linternas.

- ¡Quién diablos dijo que el matrimonio no tenía hijos? – Tintín parecía encolerizado.

- Yo – respondió Mercader.

El minero estaba igual de sorprendido que el resto mientras se alejaba de Ismael con el paso presuroso. Enseguida los alcanzó.

- Pues ya me contarás tú quién se supone que es… – le exigió una respuesta.

- ¡Y a mí qué me cuentas! Sé lo mismo que todos; que los Oldán no tenían descendencia.

- ¡Pero no debería estar aquí, joder!

Tania volvió a removerse entre sus brazos.

- ¿Y ahora qué hacemos? – se impacientó Barbero.

La idea de abortar el plan minutos antes de allanar la vivienda,

volvió a cruzar su mente.

- ¡No os dais cuenta que nos ha visto las caras?

- Sólo se me ocurre una cosa – escupió Mercader. Ninguno se atrevió a interrumpirle –. Deshacernos de ella.

- ¡Te has vuelto loco? – le rebatió el otro minero –. ¡Es sólo una niña!

- ¡No pretenderás meterla en la casa? – le secundó Barbero –. Ni siquiera sabemos qué hace aquí.

La tensión podía cortarse con el filo de un estilete.

- Yo me encargo – resolvió el belga.

Los demás lo miraron extrañados, sin saber aún qué se proponía.

- Es lo mejor para todos.

- ¿Qué se te ha ocurrido? – ahora era Mercader quien parecía preocupado.

- Eso da igual. Necesito que carguéis la gasolina en mi coche. ¡Venga, daos prisa!

Después se escabulló entre las sombras del jardín con aquella niña a cuestas.

Gaspar regresó al lado del carnicero mientras los otros se hacían con unas cuantas garrafas de la caseta. El hombre continuaba en *shock* delante del cuerpo de Daniela. Se fijó en el rastro de hollín que tiznaba sus ropas, así como en sus alas marchitas.

- ¿Habría que ir pensando qué hacer con ella? – soltó con aplomo.

Ismael alzó el cuello, tropezando con los ojos confusos de Mercader.

- ¿Qué insinúas? – dijo al tiempo que se incorporaba, posicionándose a su altura –. No pienso enterrar a mi hija en el campo como si fuese un animal.

- Tampoco he dicho eso. Pero deberías emitir una denuncia por desaparición para que al menos la policía no sospeche.

El carnicero le sostuvo la mirada, desafiante.

- Emitiré la denuncia por la mañana – le aseguró –. Pero el resto, es cosa mía.

Jan van Hoof (o lo que era lo mismo, Tintín) era un buscavidas. Un tipo que se había burlado en innumerables ocasiones de la policía, pese a cumplir condena en un correccional de menores cuando lo detuvieron en la frontera por intentar pasar un paquete de hachís en la guantera. De aquello habían pasado bastantes años; los suficientes como para orquestar tiempo más tarde una red de tráfico y venta ilegal de armas junto a su hermano Christoffer en la comarca del Bierzo y alrededores.

Les había ido bien. Tintín elucubró con las manos al volante que aquel negocio les había proporcionado a ambos un bungaló en la comunidad belga de Cubillos del Sil y un apartamento de renta en el centro de Ponferrada para los intercambios más voluminosos. Todo había salido según lo previsto. Ni más, ni menos. Incluso soñaba con montar su propia vinoteca para que su esposa (la cual no había vuelto a ser la misma desde que tuvieron al pequeño Noah tres años atrás), se sintiera orgullosa de él. Tintín tenía tantas ganas de seguir prosperando, que no iba a renunciar a ello por nada en el mundo. Ni siquiera por esa niña de cabello rubio que lo miraba con recelo desde el asiento del copiloto.

Habían pasado diez minutos desde que se largaron en su coche del chalet de los Oldán. Diez minutos en los que no había sido capaz de sonsacarle su nombre, la edad que tenía, por qué se encontraba allí. Tania se refugió en un silencio incómodo mientras atendía a la carretera de la montaña, la cual era alumbrada por la luz de los faros. La noche, completamente estrellada, dejaba entrever la corteza del bosque. Jan se olvidó de ella y se dispuso a trazar mentalmente un plan de contingencia. Algo donde él y sus compañeros no saliesen mal parados desde que incendiaron la casa del matrimonio Oldán con el propósito de frenar la construcción de la Planta Solar y que la mina no se disolviese. Lo primero que necesitaba hacer, era dejar las garrafas de gasolina cerca de la caravana del Legionario para que la policía no tuviese dudas a la hora de señalarle. Eso ya lo habían discutido durante varias noches consecutivas. Pero antes, tenía que deshacerse de ella. Era la única manera de que las cosas salieran como habían imaginado.

Tintín se internó por un camino sin asfaltar, donde las ramas de los árboles golpeaban con insistencia el cristal del parabrisas. Enseguida oteó a lo lejos una luz tenue y frenó el coche. Bautista se encontraba en la caravana. Eso mismo elucubró cuando abrió la puerta y avanzó en la penumbra. Palpó con la mano la carrocería del vehículo hasta que localizó la cerradura del maletero. Luego presionó la palanca y una claridad artificial se escabulló por fuera. El belga se apresuró a sacar las dos garrafas de gasolina. Después las depositó en el suelo y cerró el maletero de un portazo. Era el turno de la niña.

Tal vez estaba dispuesto a asfixiarla y enterrar su cadáver en el bosque cuando comenzó a remangarse la sudadera. Tenía que hacerlo cuanto antes, estrujar con sus manos su cuello, convencerse de que era lo más sensato mientras se dirigía al coche y entraba de nuevo en el compartimento. Entonces, se sobresaltó. Tintín se sobresaltó al descubrir que la puerta del

copiloto estaba abierta. *¡Mierda!*, enloqueció. La niña había aprovechado su ausencia para escaparse. Abandonó deprisa su asiento y divisó el horizonte, cargado de sombras errantes y destellos anaranjados de la fiesta *rave*. ¿Dónde diablos se ha metido?, balbució.

Aquella idea secuestró su mente.

Rápidamente recogió las garrafas y echó a correr hacia la caravana del Legionario. Debía darse prisa; la niña no podía haberse ido muy lejos. Supuso que estaría escondida por detrás de algún matorral cuando rebasó aquel claro. La luna, enmascarada por una gasa débil, se columpiaba por encima de las copas de los pinos. El belga se detuvo y ocultó las garrafas entre la maleza. Luego enfiló hacia la caravana, donde una luz tenue sobresalía por fuera de una de las ventanas. Se aproximó. Bautista parecía estar discutiendo con alguien por teléfono. *¡Me dejas hablar?*, se enfureció. *¡Prometiste cuidar de ella hasta que saliera de prisión! ¡Me puedes explicar que la has hecho...?¡Ahora ni siquiera la reconozco!* Gritó. Tintín pensó en dar media vuelta. Tampoco estaba seguro si aquello funcionaría. Sin embargo, no le quedó más remedio que aporrear la puerta con los nudillos.

Al momento, la robusta figura del Legionario emergió tras la mosquitera abatible.

- ¿Qué haces aquí? – disparó con la voz aguardentosa.

Jan reparó en su cabellera enmarañada, ataviada con una boina carlista. También en su barba entrecana.

- No sé si te pillo en mal momento – se aseguró.
- Estaba hablando con mi hermano por teléfono. ¿Qué quieres?
- Al final lo hemos hecho – se convenció –. Hemos quemado la casa de los Oldán.
- Miserables… – bisbiseó –. Os dije que no quería saber nada de eso.

Bautista retrocedió para volver a cerrar la puerta cuando Tintín detuvo su propósito, rebasando la mano por dentro de la malla mosquitera.

- ¡Escúchame! – farfulló –. ¡Había una niña en el chalet y tú lo sabías!
- ¡Escúchame tú a mí! – se asomó con denuedo –. Espero por vuestro bien que la policía no me relacione por mis antecedentes. Te juro que soy capaz de arrancaros la piel uno a uno.
- Pues entonces, ayúdame a encontrarla. Hay que deshacernos de ella esta misma noche. La muy cretina se ha escapado de mi coche.
- Ese es tu problema, Tintín. No el mío.
- Te equivocas – precisó –. Imagino que no querrás que la policía tire del hilo y descubra que la reinserción social no ha valido de nada.
- ¿Qué ostias insinúas?

- Me da miedo que mi hermano Christoffer abra la boca y les diga a quién vende armas.
- Eres un hijo de puta… – le devolvió una mirada asesina.
- Lo sé. Pero la niña te conoce y saldrá de su escondite en cuanto la llames – reveló, al fin –. Así que muévete.

Pedro Bautista, alias el Legionario, mascó sus muelas con vehemencia

- Ahora salgo – claudicó finalmente.

Después se retiró de la puerta y abrió uno de los armarios voladizos. Dentro, se encontraba su linterna de led. La empuñó con furia y abandonó deprisa la caravana.

- ¿Hacia dónde fue?
- Creo que por allí – señaló su coche en la opacidad de la noche.

El Legionario activó la linterna y se adentraron en el bosque bajo una burbuja de luz.

Lo que Tintín desconocía era que Tristán Ortiguera rebasó la puerta de la caravana minutos más tarde. El hombre desgranó una sonrisa hueca a medida que bajaba la escalinata de rejilla y se internaba en la penumbra. Al fondo, el resplandor anaranjado de los carnavales llameaba por encima de las copas de los árboles. El rastro de su música se enredaba igualmente al aire caprichoso. Tristán vestía una túnica negra hasta los pies y una careta con cuernos que soportaba en sus manos. Tal vez la disputa que había mantenido Bautista con ese cretino, le animó a acelerar el plan que llevaba tiempo pergeñando en la cabaña. Se acercó rápido a la Berlingo del Legionario y comprobó por la ventanilla que tenía las llaves puestas. Volvió a trazar otra sonrisa lobuna en su cara. Luego se introdujo en el asiento y arrancó el motor.

Sus pensamientos se concentraron con voracidad en Tania.

Sabía que acudiría allí.

Tristán Ortiguera estaba convencido de que la música de la fiesta atraparía su atención cuando aminoró la velocidad del furgón minutos más tarde. Y es que aquel cazador furtivo llevaba varios meses acechándola, vigilándola de cerca cada vez que asomaba la mirada entre los poblados setos que tapiaban el chalet de los Oldán, cautivado por su frágil belleza desde que el Legionario le hizo partícipe de su historia. Bautista le contó lo que había escuchado en casa de ese matrimonio; que la niña era huérfana y que sus tíos se habían hecho cargo de su tutela, escondiéndola del mundo por miedo a represalias por parte del Daesh. *Tengo entendido que sus padres, reporteros de guerra, fueron*

decapitados en uno de esos países de Oriente Medio por meter las narices donde no debían, le dijo aquella vez. Sin embargo, Tristán se enamoró; se encaprichó de una niña de doce años a la que observaba embelesado cuando salían a comer fuera. La fotografió, la estudió, la acarició con las yemas y la instaló junto a las demás en aquel enorme mural que desplegó en una de las paredes del sótano. Era tal la necesidad de apresarla, que supo que había llegado su hora.

La hora de cazarla.

Ortiguera abandonó el camino que reptaba hacia el bosque y sorteó despacio los pinos que se cruzaban por delante del parabrisas. Aquella claridad estroboscópica le magnetizó. Miles de chavales bailaban por dentro de un claro, entregados al jolgorio y la música *techno* bajo sus disfraces. Tristán apagó los faros y siguió observando al grupo, en busca de su presa. Se impacientó. Ortiguera notó que su sangre se revolvía en sus venas mientras esbozaba el trayecto que la niña habría tomado para dirigirse a la *rave*. No debía andar muy lejos. Esperó sentado en el furgón con la respiración inquieta hasta que al fin, la atisbó. Caminaba desorientada por fuera de unos matorrales, examinando el tumulto con cierta aprensión. Vestía un pijama de dos piezas en tonos rosas y el cabello le caía en jirones por delante de sus hombros. Tristán presionó despacio el pedal del acelerador y se acercó con gula a ella. A Tania. A su nueva princesa.

En cuanto calculó que se encontraba a una distancia considerable, frenó en seco. Ortiguera se apeó del vehículo y corrió con sumo cuidado la puerta trasera. Después, se transformó en la nueva criatura; en la misma que aparecía con astas de reno y pelaje oscuro en el capítulo 22 del *Juego de la Serpiente*. Ni más ni menos que en *Cernunnos*, *Señor de las Bestias*. Un disfraz que lo guareció en las sombras de la noche a medida que Tania cruzaba por delante de él con la espalda vencida y la actitud indefensa. Tal vez implorando auxilio. Pude que incluso deseando que alguien reparase en ella. Pero, ante todo, deleitando al hombre que aprendió durante años a saber esperar. Y esperó. Y más tarde se convenció. Y cuando al fin se decidió a tapar su boca, supo que en esta vida, para cumplir cualquier sueño, tan sólo se necesitaba creer en uno mismo y armarse de valor. Eso fue lo que Tristán hizo aquella noche nada más adormecerla con cloroformo y depositarla después en la parte de atrás del furgón; admitir que ya era suya. De nadie más. Pues, a fin de cuentas, de eso se trataba. De perpetuar el ritual. De seguir jugando. De escribir su propia historia.

La que tantas veces soñó.

La que paladeó una vez que arrancó el motor.
Sin duda, *El Juego de la Serpiente*.

Las calles desiertas de Carucedo le sumieron en una profunda inquietud.

Había transcurrido una hora de aquello cuando Ismael asomó la cabeza por fuera de la carnicería y se aseguró de que no había nadie merodeando en las inmediaciones. La noche, fría y oscura, era deshilachada por la luz mortecina de las farolas. Enseguida calzó la puerta con una cuña de madera y se apresuró a bajar los escalones en dirección al coche. Luego abrió el maletero, donde la luz de emergencia desempañó el bulto que descansaba en su interior. El hombre volvió a llorar desconsolado mientras sacaba el cuerpo de Daniela con esfuerzo. El pestilente olor a humo todavía vagaba en su cabello. Su piel, tiznada a tramos de hollín, había palidecido. Ismael recorrió la explanada de grava con su hija en brazos y franqueó deprisa el establecimiento. Después arrancó con la punta del pie el calzador y se convenció por el sonido de la campanilla que la puerta volvía a cerrarse.

Ningún vecino parecía haber descubierto su secreto salvo su esposa, Maite del Val, que lo observó con repugnancia desde la ventana de la segunda planta.

Ismael cargó con el cadáver hasta la trastienda y lo depositó con sumo cuidado en el suelo. Acto seguido, pulsó el interruptor. Los tubos del techo se encendieron por fases a medida que el hombre se colaba por detrás del viejo arcón frigorífico y lo arrastraba con denuedo hasta un rincón de la pared. Era lo más sensato, admitió. Esconderla en la carnicería hasta que supiera qué hacer con ella. Ismael enchufó el arcón y tiró de la puerta hacia arriba. El motor se puso en funcionamiento. Entonces, reparó en ella. En su hija. En esa criaturita que yacía en las baldosas decoloradas de la trastienda, con los ojos cerrados y alas de su disfraz consumidas.

Su padre la aupó una vez más y la colmó de besos. También de arrepentimiento. Pero sobre todo, de mucho dolor.

Ismael la depositó en el arcón frigorífico con mucho dolor. Tal vez algún día sería capaz de perdonarse; incluso de enterrarla en el nicho familiar cuando la policía se olvidara de ella. Pero en ese momento, tan sólo escurrió los dedos por su cabello corto y lloró una vez más.

- Lo siento, cariño – se despidió –. Perdóname.

Después echó el candado y la sepultó para siempre en el arcón.
Sus huesos, sin embargo, se volvieron de hielo.

La luz de dentro continuaba derramando sombras vacilantes en el búnker.

Un fuerte olor a humedad parecía exudar de sus muros de cemento a medida que Tania daba vueltas concéntricas alrededor, aplastando con sus botas rosáceas la arenisca espolvoreada en el suelo. Aura escuchó absorta su relato mientras intentaba en vano deshacer el nudo que aprisionaba sus muñecas. Sintió que no tenía escapatoria. Apenas era capaz de remover con soltura sus manos, donde intentó una vez más atrapar un extremo de la cuerda. Imposible. Casi no tenía espacio para maniobrar con sus dedos. Aura empezó a agobiarse en el colchón sin saber aun lo que se proponía a hacer Tania. La misma chica de cabello rubio que contempló en aquel VHS y que en nada se le parecía. Tan sólo el rastro de Daniela Guzmán parecía vagar en su falsa apariencia mientras la otra, su usurpadora, frenó el paso en seco para mirarla directamente a los ojos.

Su figura se oscureció bajo la luz trémula que goteaba de la bombilla del techo.

- Tal vez Danny hubiese permanecido más tiempo en ese arcón frigorífico de no ser por la tierra que encontrasteis en mis botas – prosiguió.

La periodista se concentró en su cabello corto y sintió que hablaba con ella, con Daniela, con la chica que desapareció de una fiesta de carnavales cinco años atrás y que no se había vuelto a saber de su paradero hasta que su impostora apareció en el hospital la noche de la explosión. Aquel embuste le escoció en el alma. ¿Cómo no se dieron cuenta antes?

- ¿Por qué? – la cuestionó –. ¿Por qué decidiste huir?

- Porque sabía que tarde o temprano acabaríais descubriendo la verdad y empezaríais a hacer demasiadas preguntas. Por eso decidí largarme del hospital; para entregaros lo que en ese momento estabais buscando.

- El cadáver de Daniela… – añadió, reticente –. E imagino que para dar el cambiazo, acudiste a la única persona que podía ayudarte: el Legionario. Era de suponer que Maite del Val conocería el secreto que escondía en su carnicería y accedió de buena gana a quitarse un problema de encima. Si su marido fue incapaz de hacer desaparecer el cuerpo de su hija en cinco años, su amante consiguió resolverlo en unas horas. ¿Voy bien?

- Me dejas de piedra… – soltó con sarcasmo.

Aura, en cambio, se afanó en recomponer aquella historia que todavía desprendía volutas de humo.

- Hay algo que sigo sin comprender. ¿Por qué el Legionario acabó matando a Tristán, si en el fondo sabía que te mantenía cautiva en esa cabaña?

- Bautista nunca llegó a conocer la verdad – le confirmó. Luego se acuclilló para sostener su mirada a corta distancia.

- Pero él te buscó junto a Tintín por los alrededores de la caravana. Algo sospecharía cuando descubrió que Ortiguera le había cogido el furgón para raptarte en esa fiesta.

- ¿Por ese detalle? – replicó –. Como te decía, Bautista nunca llegó a conocer la verdad. A Tintín le contó que me había encontrado horas más tarde en el bosque y que se había deshecho de mí. Pero le mintió. El Legionario le mintió por la simple razón de que una niña de esa edad no sobreviviría sola en pleno mes de febrero. Era creíble. Supongo que los mineros que quemaron el chalet de mis tíos, debieron creer al belga cuando les narró la misma historia. Se olvidaron del incendio, y por supuesto, también de mí.

La rabia parecía palpitar al fondo de sus pupilas.

- Aunque sospecho que Bautista no contaba con volver a ver a esa niña tiempo después en la cabaña de su amigo. Es más, tengo la sensación de que a Ortiguera tuvo que suponerle un gran esfuerzo ocultarte del mundo durante tantos años.

- Te equivocas. Era yo la que no quería exponerme al mundo – soltó con desprecio –. El tiempo que pasé a su lado, fue el más feliz de mi vida. Él para mí y yo para él. Sin nadie que entorpeciera al fin nuestros planes.

Aura recordó las palabras de la psicóloga y su teoría sobre el acusado síndrome de Estocolmo que padecía la paciente de la habitación 202. ¿Cómo no se dieron cuenta que se trataba de Tania?, volvió a martirizarse.

- Al principio fue duro, tampoco voy a negarlo – continuó –. Tristán me encerró en ese sótano varios meses hasta que mi comportamiento mejoró. Me negaba a comer, chillaba en mitad de la noche, tenía miedo... – rememoró –. Después, me trasladó a la habitación de arriba. Ahí todo cambió. Enseguida me di cuenta que no quería hacerme daño, que éramos una familia, que solamente buscaba protegerme de la inmundicia del exterior…

- Y alguien del exterior terminó con la farsa el mismo día que descubrió que aún seguías con vida.

Tania frunció visiblemente sus labios.

- Me refiero, por supuesto, a la mañana que apareció el Legionario en vuestras vidas…

La lluvia arreciaba con estrépito en las inmediaciones de Monte Castro cuando Inés Solís detuvo su coche a un margen del camino. Una humedad vaporosa alimentaba los rincones umbríos del bosque, desdibujados tras la cortina de agua que empañaba los cristales. Baeza seguía apuntando con el arma de Altamira a la

psicóloga, proyectando el cañón hacia su cabeza. Podía sentir su miedo. La mujer se aferraba con ambas manos al volante mientras abría y cerraba los ojos a cada momento, evitando girar el cuello y enfrentarse a su mirada. Leo carraspeó a modo de tentativa y la apremió a que abandonase el coche. Entonces, Inés tropezó con sus pupilas dilatadas.

- ¿Qué vas a hacer? – preguntó nerviosa.

- He dicho que bajes – volvió a requerirle –. Y dame también las llaves del coche.

La psicóloga accedió a sus órdenes y se apeó del vehículo. Su figura se diluyó bajo el fuerte aguacero, calando sus ropas. Leo la acompañó después y se internó junto a ella en la lluvia constante. Su larga cabellera zahína se anudaba caprichosa a su rostro, moteando de gotas gruesas sus pestañas embadurnadas de rímel. El sargento echó a andar y se dirigió al furgón estacionado al fondo, empuñando el arma con los brazos flexionados. La puerta del piloto continuaba abierta. Leo avanzó con suma precaución mientras el agua invadía sus botas. La humedad se apoderó de sus calcetines. Luego rebasó la puerta corredera y se precipitó en la cabina. Vacía. Ni rastro de Aura en su interior. Tampoco en el amplio maletero donde secuestraron a Tania cinco años atrás. *¿Dónde diablos se habrá metido?*, se cuestionó intranquilo. Recordó entonces su último mensaje. *Mira lo que acabo de encontrar en el bosque. ¿No te resulta extraño? Está en un cobertizo*. También la imagen que acompañó al texto, donde aquella espiral de aspecto envejecido parecía esconder un oscuro sortilegio difícil de descifrar.

Inés Solís se situó por su espalda.

- ¿Dónde está Aura? – pronunció.

Baeza se volvió con brusquedad.

- Me gustaría ayudarte.

- Debe seguir ahí dentro, en el bosque – señaló el conjunto de árboles que asfixiaba con sus ramas el horizonte –. Hace un rato me envió una foto de un cobertizo.

- ¿Y qué te hace pensar que se encuentra en peligro?

Leo adivinó lo que se proponía; vaciar en él sus dotes psicológicas de empatía y comprensión.

- Puedes no creerme si lo prefieres. Pero he estado llamándola al móvil y me sale todo el tiempo apagado.

- De acuerdo. Voy a ayudarte a encontrarla – dijo con la voz suave, sin altibajos –. Pero antes, necesito que me muestres esa foto.

- ¿Acaso no te fías de mí? – inquirió.

- Te equivocas. Sólo quiero saber lo que estamos buscando.

El sargento sostuvo varios segundos su mirada hasta que

desistió en apuntarla con la pistola y extraer el teléfono de su anorak. Luego encendió la pantalla y pulsó encima de la galería. La fotografía de Aura emergió bajo la luz sucia de la mañana, salpicando el cristal de gotas de agua.

- Aquí está – indicó.

El golpe que recibió por detrás de su cabeza plagó su visión de telarañas.

Los contornos comenzaron a desvanecerse y todo se volvió oscuro en su caída al abismo.

Ni siquiera respondió.

La tensión que ejercía su mandíbula, la devolvió de nuevo a las sombras. Tania se escudó por detrás del reluz que derramaba la bombilla, refugiándose en la fría opacidad donde se sentía a salvo. Tal vez no estaba dispuesta a compartir con ella lo que supuso convivir al lado de Tristán Ortiguera durante cinco años. Un tiempo finito que aún perduraba en su memoria mientras intentaba colarse en la cabaña, en los días soleados, en él. Tania se acostumbró rápido a quererle; también a adoptar su mismo influjo de inaccesibilidad. Y en aquel trayecto alimentado de recuerdos y sentimientos, Aura se dio cuenta que guardaba un proceloso rencor hacia el hombre que le arrebató su tesoro más preciado. El Legionario. El mismo que le condenó a pudrirse bajo un manto de cal viva en el recodo más húmedo y oscuro del sótano.

- No lo soportaste… – masculló –. No soportaste que Bautista acabara con la vida de tu raptor por la sencilla razón de que estabas enamorada de él.

- ¡Y tú qué sabrás! – dio un paso hacia delante.

Las sombras que nublaban su rostro, comenzaron a deshacerse tímidamente.

- Lo veo en tus ojos – se envalentonó –. Tenías doce años cuando Ortiguera te secuestró en esa fiesta. Era de suponer que al entrar en la adolescencia, empezaras a sentir algo especial por él. Me parece de lo más lógico. Al fin y al cabo, sólo os teníais el uno al otro. ¿Pero sabes qué es lo peor de esta bonita historia de amor? Que te has convertido en otro monstruo igual que Tristán.

- ¡Cierra esa maldita boca! – la encañonó con el arma de Leo.

Después, tensó el percutor. Aura cerró los ojos instintivamente mientras colocaba ambas manos por delante de su rostro. La fuerte presión que ejercía el cáñamo sobre sus muñecas, comenzó a desbrozar su piel en jirones. Le escocían. Aura se ovilló en posición fetal y esperó su final bajo intermitentes sacudidas. Sabía que no tenía escapatoria. Que hiciera lo que hiciese, nadie

escucharía su súplica en el exterior. Entonces, se acordó de su padre y de las preguntas que le habría formulado sobre Victoria de haber seguido con vida. También de su caso en La Alberca y del salto que dio en Madrid poco tiempo después. Incluso de Max, y de algunos de sus compañeros de redacción. Pero, sobre todo, se acordó de Baeza. Aura evocó a Leo en su memoria y se concentró en él a pesar de las últimas riñas en el chalet de Molinaseca. A pesar de enmascarar sus sentimientos por no tener el valor suficiente como para reconocer que aún seguía enamorada.

Aura evocó a Leo en su memoria y se perdió en su abrazo infinito. Después, escuchó unos pasos.

- Mierda – balbució Tania.

La joven retrocedió contra la pared del fondo y apuntó con la pistola al ramal de escalones que se perdía hacia arriba. El eco de las pisadas era cada vez más intenso. Aura creyó que se trataba del sargento y se dispuso a avisarle.

- ¡Cuidado! ¡Va armada!

Aquella silueta sombreada se detuvo en el último peldaño, velada por un paño de tinieblas. Sus ojos, en cambio, parecían sobresalir llameantes. Enseguida reanudó el paso, avanzando con cuidado por el suelo de cemento. Tania colocó el dedo en el gatillo, oculta tras la pared. Poco a poco, la luz de dentro comenzó a derribar la penumbra azul que envolvía su figura.

Tania bajó el arma en cuanto supo que se trataba de ella.

- ¡Joder! – escupió – Menudo susto me has dado.

- Intenté avisarte, pero me fue imposible. ¿Todavía no has terminado?

- Estaba en ello…

- Yo ya me he encargado del otro – le aseguró.

La periodista no salía de su asombro. Por más que se esforzaba en comprender la situación, era incapaz de asimilar lo que estaba viendo con sus propios ojos. Entonces, sintió como la devoraba con la mirada.

- Pareces sorprendida, Aura – articuló risueña –. Pensé que al encerrar al Legionario en ese Centro, los dos sospechasteis de mí.

- Pero… ¿Tú? ¿Por qué? ¿Qué tienes que ver en todo esto, Inés?

La psicóloga acuchilló con sus botas la arenisca disuelta en el interior del búnker a medida que se situaba por delante de ella. Su silueta se volvió desmesurada.

- Eso pregúntaselo al Legionario, que a fin de cuentas fue el que se encargó de cuidarme de niña. Aunque me parece que llegas un poco tarde para entrevistarle. ¿Verdad, Tania?

Ambas se rieron.

- ¿El Legionario? – seguía sin entrarle en la cabeza –. No tiene

sentido. Yo misma leí su expediente y no constaba que tuviera una hija; ni siquiera una familia. Únicamente convivió con una mujer extranjera que decidió abandonarlo cuando incendió sus tierras para cobrar el seguro. Una tal Nelly Wilson.

Aura recordó la información que ojeó en el móvil de Leo la mañana que Altamira le envió a su correo el expediente completo de su hermanastro.

- Te equivocas. Mi madre no se marchó. Mi madre fue asesinada por ese mal nacido.

Las facciones de Inés Solís se tornaron grisáceas.

- Era sólo un bebé cuando mi madre se largó de Inglaterra y viajó a España en busca de una oportunidad. Al parecer, mi padre biológico nunca quiso hacerse cargo de nosotras. Fue aquí, en El Bierzo, donde conoció al Legionario y se enamoraron. Pronto nos trasladamos a su casa y se esmeró en criarme como si fuera su propia hija. Pero con los años, la convivencia se volvió insoportable – Inés tomó algo de aire para enfrentarse a su pasado –. Recuerdo que mi madre le recriminaba que era incapaz de mantenernos por culpa de sus problemas con el alcohol. Apenas conseguía permanecer fijo en un puesto de trabajo e incluso muchas noches desaparecía de casa. Sin embargo, esa vez le amenazó. Creo que tenía unos diez años cuando mi madre le amenazó con abandonarlo. Le dijo que iría a la policía si volvía a largarse. Pero él se rio, como tantas veces. Cada vez que le sermoneaba aquello, Bautista se desternillaba de la risa mientras se recostaba en el sofá y gritaba que tenía la puerta abierta, que se fuera de una puta vez; pero que yo también era su hija y que no iba a permitir que me alejase de su lado…

- Hasta que un buen día intentó llevar a cabo sus amenazas y algo salió mal. ¿No…?

- Mi madre acababa de dejarme en el coche cuando regresó a casa a por las maletas. *No te muevas*, dijo, *ahora mismo vuelvo*. Entonces, escuché aquel disparo; un estallido breve y sonoro que se disolvió en el aire en cuanto el Legionario apareció por la puerta con aquella escopeta de la mano. Después, se metió en el coche. Arrancó el motor y nos alejamos rápido de allí mientras no paraba de repetirme que estuviera tranquila, que iba a pasar unos días en la cabaña de un buen amigo suyo, que él nos ayudaría, que sabría lo que hacer.

- Supongo que te refieres a Tristán Ortiguera – sospechó.

- Me refiero al que he considerado todos estos años mi verdadero padre. El único que se encargó de abrirme los ojos durante el tiempo que permanecí a su lado – matizó –. Ortiguera no sólo se ocupó de mi manutención; también de revelarme la verdad.

- ¿Es decir…?

- Que Bautista quemó la finca para borrar cualquier rastro de mi

madre. De algún modo la estafa al seguro fue sólo una tapadera para ocultar lo que realmente había hecho. Imaginó que sin cadáver, tampoco habría delito. Aunque jamás se esperó acabar entre rejas.

- Pero le cayeron ocho años por fraude y daños al medio ambiente – recordó Aura desde el colchón.

- Y podrían haberle caído más si Tristán hubiese contado a la Policía que lanzó el cuerpo de mi madre al río.

La periodista descubrió entonces por qué el Legionario aseguró en la sala de interrogatorios que se había deshecho del cadáver de Ortiguera arrojándolo al río Boeza. Hablaba sin duda de su implicación en la muerte de Nelly Wilson.

- Al menos, eso fue lo que le confesó a Tristán en prisión cuando le pidió que se hiciera cargo de mí – vació la pesada carga que oprimía su pecho –. Pero al salir, quiso volver a recuperarme. Demasiado tarde.

- ¿Por qué? – se interesó.

- Porque había tomado mi propia decisión y estaba más que dispuesta a no separarme de Ortiguera.

Aura se convenció de que ambas habían caído hechizadas bajo el sutil embrujo de un hombre que les coartó la libertad de tajo. ¿Hasta cuándo duraría su encantamiento?, se cuestionó. Era un hecho que las dos continuaban enamoradas de él.

- Pero el Legionario os lo arrebató el día que descubrió que Tania seguía viva – continuó escarbando en la herida –. ¿Por qué decidisteis ocultarlo en el sótano?

- Para chantajear a Bautista y que no se negara a participar en el plan que habíamos ideado.

- ¿Un plan? ¿Cuál…?

- Este.

Tania le mostró el cuaderno en tonos magentas y anillas combadas que sujetaba de su mano unos pasos por detrás. La periodista cayó enseguida en la cuenta que se trataba del mismo cuaderno que encontraron por casualidad en la taquilla de aquel gimnasio y que Rafael Oviedo incluyó junto a otros documentos de la investigación.

- ¡Quién te lo ha dado?

- Nadie – disipó Tania sus dudas –. Lo he robado esta mañana del chalet que compartes con ese Guardia Civil. Era justo lo que queríamos que encontrases por nosotras.

- ¿Un compendio matemático…?

Aún recordaba sus hojas cuadriculadas cargadas de algoritmos y problemas inexplicables.

- Más bien el segundo libro de Funelli – desveló al fin –. La continuación del *Juego de la Serpiente*.

- ¿Cómo…? Eso es imposible. Yo misma vi cómo el Abad del Monasterio de la Peña de Francia quemó el manuscrito.

- Sabes perfectamente que esa era la copia del editor. Todavía quedaba una más: la de su autor. La misma que ocultó bajo un código numérico para que nadie en el Psiquiátrico de Toén lo descifrara. Es decir, la que Funelli entregó a tu madre antes de morir.

Aquel nombre restalló en su mente a medida que viajaba en el tiempo y se colaba en la luz pajiza de aquella intrahistoria. ¿Qué ocurrió exactamente allí, en el Psiquiátrico de Toén, en 1978? ¿Por qué Funelli, uno de sus pacientes, le entregó a su madre la última parte de las aventuras de su intrépida Alicia (en palabras del informático)? ¿Qué le llevó a esconder sus párrafos bajo una ristra interminable de números? Y lo más importante, ¿por qué Tristán Ortiguera, el otro paciente que bosquejó aquellas criaturas en los muros de su habitación, decidió asesinarla años después?

Aura intuyó que ambas conocían parte de sus respuestas.

- Todavía sigo sin saber qué pinto en todo esto.

- No te hagas la tonta conmigo – disparó –. Ese detective de Coruña y tú eráis los únicos que conocíais la existencia del manuscrito y el lugar donde permaneció escondido.

- Y Tintín – prosiguió Inés –, nos dio la clave para llevar a cabo nuestro plan.

La oscuridad comenzó a disolverse en sus ojos. Una red de telarañas que distorsionaba las formas del bosque y que poco a poco fueron retomando su aspecto. Entonces, despertó.

Leo Baeza abandonó despacio el sueño vaporoso para abrazar de nuevo aquella sensación de ingravidez. Se sentía mareado. La lluvia caía perpendicular contra su cuerpo a medida que se incorporaba y posaba la mano por detrás de su nuca. ¿Qué es lo que había pasado?, se preguntó confuso. Un dolor intermitente se ramificó por la parte occipital de su cráneo, anudándose a sus cervicales. Gimió. El sargento emitió un gemido pastoso mientras las últimas escenas volvían a relampaguear en su mente. Inés Solís. El arma de Altamira en su mano. Aquel furgón varado en la linde del bosque. Una espiral dibujada en la pantalla de su móvil. De pronto, la oscuridad. Leo unió rápido las escenas y comprendió entonces que la psicóloga le había golpeado por detrás. ¿Dónde se había metido? Echó un vistazo a su alrededor. Ni rastro de la mujer. ¿Habría escapado…?

El sargento se impacientó al descubrir que no llevaba la pistola encima. *¡Joder!*, emitió con un hilo de voz. Rápidamente se levantó del suelo y miró una vez más al fondo. Estaba casi seguro que se habría adentrado en el bosque. *¡Aura!*, destelló en sus

pensamientos. Leo recordó el mensaje de la periodista. ¿Continuaría en ese cobertizo? Enseguida distinguió su teléfono entre la hierba. Lo cogió y retiró el agua de la pantalla con la manga de su anorak. Comprobó que aún funcionaba. Sin embargo, Aura no había vuelto a ponerse en contacto con él. ¿Por qué…? Se puso aún más nervioso. Estaba a punto de ir en su búsqueda cuando aquella idea secuestró su propósito. Era la única baza que le quedaba.

Marcó deprisa el número de la comandancia y esperó. Después, no tuvo más remedio que dejarse llevar por su instinto.

- Capitanía de Ponferrada – soltó el agente al otro lado de la línea.

- Escúchame, Martínez. Para detenerme, tendréis que venir a buscarme a Monte Castro. Tengo a la psicóloga conmigo. Esto no es un juego.

Y colgó.

Tampoco estaba convencido de que hubiera surtido efecto. Leo guardó el móvil en el bolsillo de su abrigo y corrió hacia el bosque bajo la lluvia persistente.

Aura Valdés ni siquiera supo a qué se refería.

Simplemente se limitó a observar la impaciencia que carcomía la mirada de Inés mientras daba vueltas alrededor del búnker. Sus manos comenzaron a amoratarse bajo la presión de las cuerdas.

- Por supuesto que Tintín nos dio la clave para llevar a cabo nuestro plan – prosiguió –. Había descubierto que ese otro detective, Rafael Oviedo, llevaba tiempo investigándolo sobre su posible implicación en el secuestro de Tania. Alguien le había puesto en la pista. Estaba casi convencido de que en la noche del incendio, una niña desapareció en el chalet de los Oldán – resumió –. Pero Tintín no estaba dispuesto a revelar su secreto; ni siquiera a que un desconocido hurgase en el pasado y destapara la verdad.

- Por lo que aprovechó su viaje a Madrid para citarse con él y asesinarlo – se adelantó Tania.

- He de admitir que Tintín nos dio la oportunidad de idear un plan para que tú, solamente tú, nos guiases hasta el manuscrito – arrojó con aplomo –. Sabíamos que al trabajar en prensa, te harías eco de la noticia y acudirías a su despacho para averiguar qué le había pasado a tu entrañable detective.

- En absoluto – forzó la periodista la voz –. Jamás había visto a ese hombre. Y si viajé a Ponferrada, fue porque me asignaron el caso. Rafael vino a la hemeroteca de la Sede en busca de respuestas.

- Respuestas que tú también buscaste en El Bierzo. ¿Me equivoco…?

Aura miró a la psicóloga desafiante.

- La siguiente cuestión que se nos planteaba era cómo atraer al

sargento Baeza. Sabíamos que no iba a resultar sencillo que abandonase su puesto en La Alberca sin una causa justificada. El plan era arriesgado, cierto; aunque no imposible. Estuvimos varios días dándole vueltas hasta que una tarde, el Legionario nos abrió los ojos.

- Tintín se había pasado por su caravana – continuó Tania –. Al parecer, tenía miedo a ser descubierto. Los periódicos estaban publicando noticias relacionadas con la muerte del detective y creyó que la mejor opción era confesar el crimen.

- Sin embargo, Bautista intentó disuadirle para que recapacitase y no cometiera un error; que se lo pensara dos veces antes de echar su vida a perder. Pero cuando el belga le dijo que ya lo tenía decidido, no nos quedó más remedio que intervenir.

- Imagino que optasteis por quitároslo de en medio, aparentando que se había suicidado – sospechó Aura –. La policía ataría cabos y deduciría que se había quitado la vida por lo que hizo en ese chalet de Madrid. Pero todavía os quedaba lo más esencial: involucrar a Leo en su muerte. No entiendo cómo conseguisteis que el belga le dejase ese mensaje de voz en el contestador.

- Te sorprendería lo que la gente está dispuesta a hacer cuando la encañonas con un arma. Tenías que haber visto cómo le temblaban las manos mientras grababa el mensaje con su teléfono… ¿Recuerdas, Tania?

La chica desató una breve carcajada que retumbó en el interior del búnker.

- En cuanto arrojamos a ese inútil por la azotea – siguió narrando Inés –, supimos que era cuestión de horas que el plan se pusiera en funcionamiento. Ambos os reencontraríais en Ponferrada y expondríais en común lo que os había llevado hasta aquí. Pero aun así, necesitabais un enlace; alguien que os ayudara a relacionar vuestros casos y que lograra atrapar vuestra atención. Alguien como…

- Daniela – la interrumpió Aura –. O mejor dicho, la persona que suplantó su identidad: Tania.

Sus ojos se enfrentaron en la deshilachada penumbra de dentro.

- Sí, yo. ¿Y sabes por qué? Porque Daniela me abrió su corazón durante el tiempo que estuvo a mi lado. Me mostró parcelas de su vida que la mayoría desconocía; secretos que de algún modo escondía celosamente por miedo a ser descubiertos y que acabó por confesarme. Sabía que un tipo la acosaba por cartas, que los dueños de ese restaurante no eran lo que aparentaban o que quería largarse de casa porque su madrastra parecía haber iniciado una guerra contra ella. Y eso, unido a un cambio de imagen, me ayudó a fingir un papel que, a fin de cuentas, todos aceptasteis.

- Pero Ismael, el padre de Daniela, te reconoció como su hija –

rememoró la periodista.

- ¿Crees que ese carnicero no sabía quién era? Por supuesto que lo sabía, pero tampoco buscaba problemas. Prefirió mantener la boca cerrada a admitir la verdad: que era igual de culpable que los demás cuando Daniela murió en ese incendio.

- Y funcionó – apostilló Inés –. El regreso de la chica que llevaba años desaparecida, caló rápidamente. Nadie puso en duda que se trataba de ella. Aunque no era suficiente. Tania necesitaba un apoyo externo, alguien que supervisase su evolución y dirigiera sus intervenciones en la dirección correcta.

Aura se cercioró que hablaba, precisamente, de ella.

- No me costó trabajo que Altamira confiase en mí y solicitara mis servicios cuando me ofrecí como psicóloga especializada en rapto a menores. Ambas necesitábamos crear una atmósfera donde Leo pareciera tener cierta relación con la víctima. Inculparle sin señalarle; que la chica se sintiera incómoda ante su presencia.

- Pero vuestro plan se vino abajo el día que Baeza decidió analizar la tierra de sus botas – arguyó rápido –. El resultado de la Científica confirmó que Tania había mentido en su declaración. Jamás vino desde donde aseguraba. Pero para corregir ese error, fue necesario que huyera del hospital. No valía con desaparecer. Había que dejar una pista; algo que estimulase el interés en la investigación y que relacionara a la chica con su secuestrador. Me refiero a la serpiente que Tintín tenía tatuada en su antebrazo.

Tania inclinó la cabeza con el ceño fruncido.

- Te equivocas. Dibujé esa serpiente en el cabecero de la cama para guiaros hasta mi verdadero raptor. O dicho de otra manera, para desvelaros el lugar donde el Legionario había depositado sus restos: la cabaña…

- Cabaña a la que tardasteis en llegar porque erais incapaces de encontrar un culpable. Disteis demasiados rodeos interrogando al círculo más cercano de Daniela hasta que…

- Hasta que en la última grabación, descubrimos a Bautista conduciendo el mismo coche con el que Tania se fugó del hospital – matizó Aura.

- Y una vez que confesó el asesinato y asumió la responsabilidad, el muy imbécil creyó que se libraría de todos los cargos al internarlo en ese Centro Psiquiátrico – atajó Inés Solís –. Al menos, ese era el trato. Alegar que padecía enajenación mental delante del juez para, al cabo de varios meses, largarse de allí.

- ¡Fuiste tú! – imprecó Aura estupefacta –. ¡Tú le provocaste la parada cardiorrespiratoria que lo dejó en coma!

- No iba a permitir que lo echase todo a perder – quiso justificarse –. Acababais de hallar la cabaña, estabais a punto de reencontraros

con vuestro pasado. Era indispensable que localizarais el mural antes de que Altamira diese el caso por cerrado.

- ¿Por qué…?

- Por la sencilla razón de que Tania os devolvería el caso de La Alberca.

Sus palabras le asestaron un duro golpe en la memoria. Destellos que la trasladaron a sus calles empedradas mientras la silueta vaporosa de Penélope Santana se escabullía como una sombra más en su recuerdo.

- Piénsalo, Aura – continuó –. El crimen de esa chica dejó una profunda cicatriz en cada uno. Necesitabais reparar el dolor. Hallar esta vez a Tania con vida.

La psicóloga desgranó una sonrisa maliciosa. Su compañera, mientras tanto, guardó aquel cuaderno de tapas magentas en una mochila que se colgó acto seguido a sus espaldas.

- Pero siento decirte que el juego ha llegado a su fin. Baeza será detenido por el asesinato de Daniela, y también por el de la periodista Aura Valdés.

- Eres una miserable – murmuró.

- Entiéndelo, cariño. Sabíais demasiado. Y el manuscrito de Funelli sólo tiene un dueño.

Después, Tania se detuvo delante del colchón y la volvió a encañonar con el arma. El odio que vislumbró en sus facciones, la ayudó a comprender que se trataba del final.

Aura cerró los ojos y se perdió en la figura de luz que despedazó de pronto el paño de oscuridad. Sus brazos, abiertos de par en par, la envolvieron en un cálido abrazo a medida que pronunciaba su nombre. Aura se dejó llevar por su manto de constelaciones y supo entonces que su madre había regresado para no soltarla jamás.

El estruendo del disparo rebotó contra las paredes de cemento.

La lluvia entorpecía su camino, desdibujando el follaje que se adivinaba en el horizonte.

Leo continuó deambulando por la cerrazón del bosque mientras la luz fría de la mañana apenas atravesaba las copas de los pinos. Tampoco sabía dónde se encontraba. El sargento se detuvo bajo unas cuantas ramas y sacó el móvil del anorak. Aquella fotografía que Aura le había enviado hacía una hora, volvió a asomarse en la pantalla como un mal presagio. *¿Dónde diablos habrá localizado esa espiral?*, caviló después con la vista puesta al frente. El sonido de la tormenta se coló entonces en el silencio cruel. Sólo el aire removía de vez en cuando los helechos que se anudaban al suelo embarrado. Leo reanudó la marcha y se perdió entre las

enredaderas que poblaban la corteza de los árboles. Buscó una señal. El sargento buscó una señal entre sus sombras; quizá entre la niebla desgastada del fondo; posiblemente, en su imaginación. Baeza persiguió el rastro volátil de Aura a medida que la cortina de agua lo fortificaba. A medida que sus pasos se volvían cada vez más confusos, donde aquel restallido desbrozó el equilibrio del bosque.

Leo echó a correr, seducido por la descarga del disparo. Ni siquiera se planteó quién había apretado el gatillo. Únicamente corrió, atravesando la alfombra de matojos que encontró a su paso y deteniéndose minutos más tarde delante de la puerta abierta del cobertizo. Un ramal de escalones se descolgaba en las profundidades cavernosas del interior. Leo invadió el primer peldaño y esperó. Después, distinguió unas voces.

Su figura se disolvió impaciente en la oscuridad.

Los primeros hilos de sangre comenzaron a surcar el suelo. Una mancha uniforme y espesa que se dilataba caliente, devorando a su paso la arenisca diseminada sobre el cemento.

Entonces, se enfrentó a sus ojos. Unos ojos negros como la noche, suspendidos en un punto incierto de la habitación. La sangre emanaba por debajo de su cabello, precipitándose en un revoltijo de mechones contra su rostro. Sin embargo, reparó en ellos. En sus pupilas. En esos dos trazos acuosos que se expandían inertes por dentro del iris. Aura se replegó contra la pared y pegó un chillido. La mano de Inés Solís continuaba invadiendo un extremo del colchón mientras en la otra, aún sostenía el arma con la que bajó al búnker. La periodista arrancó a llorar cuando se convenció de que estaba muerta. ¿Por qué lo había hecho?

Aura levantó la vista, donde enseguida tropezó con la boca del revolver. Tania la estaba apuntando con el arma de Leo a poca distancia.

- ¿Por qué…? – se esforzó en paladear –. Di. ¿Por qué lo has hecho? Creí que estabais juntas en esto.

- Ya no formaba parte de mis planes – adujo satisfecha –. Cuando la policía la encuentre, ese sargento añadirá una muerte más a su lista.

- Te has convertido en él… – masculló –. Eres igual de culpable que Tristán.

- ¡Cuidadito con lo que insinúas! – tensó el percutor.

La periodista dejó escapar un gemido en cuanto volvió a encañonarla con la pistola que Leo le entregó en el bosque. Estaba muerta de miedo. Apenas podía controlar los espasmos que se desataron de pronto en su organismo. Giró inconsciente el cuello y se refugió una vez más bajo sus muñecas maniatadas. Entonces,

se fijó. Aura percibió una silueta sombreada al fondo de la escalera. Bajaba despacio los últimos escalones a medida que intentaba asomarse a la luz de dentro. Avanzó por el suelo de cemento con cuidado de no hacer ruido hasta que la bombilla aclaró el anorak verde. Después, parte de sus facciones. Leo le hizo un gesto con las manos para que se mantuviera callada. Tania, mientras tanto, continuaba apuntándola con su *Beretta*.

Baeza no salía de su asombro cuando reconoció a Daniela por detrás. La misma joven que contempló en aquel coche calcinado en el Monte Pajariel. ¿Qué significaba aquello?, dudó. Enseguida reparó en la psicóloga, la cual yacía muerta al lado de Aura.

- Se acabó tu tiempo – descerrajó – ¿Algo que añadir?

Los ojos de la periodista se afianzaron a los suyos con temor.

- Eres igual de culpable que Tristán.

Entonces, sucedió. El tiempo se cristalizó en el interior del búnker a medida que Baeza se abalanzaba sobre ella, elevando su brazo con ímpetu hacia el techo. El arma se disparó. Un prolongado estallido reventó contra las paredes de cemento mientras Aura soltaba desde el colchón un grito de desesperación. Ambos cayeron al suelo en milésimas de segundo. Tania retrocedió con los brazos y le propinó un golpe en el estómago con las suelas de sus botas. El dolor se ramificó inexorable. Leo dejó escapar un quejido mientras caía abatido sobre el cadáver de Inés. El resuello de su respiración se volvió quebradizo. La joven aprovechó para levantarse y recoger el arma del suelo. Acto seguido, le encañonó.

- Ni te muevas, hijo de puta.

Leo ni siquiera hizo el amago de incorporarse. Se quedó varado con las rodillas flexionadas al tiempo que rozaba con las yemas de sus dedos el revolver que aún sostenía la psicóloga en su mano. De nada le había servido usurparle el arma de Altamira cuando le redujo por la espalda en el bosque, pensó.

- Ahora, gírate – le exigió –. Quiero verte la cara.

La periodista atendió aterrada a su propósito cuando Baeza le arrebató la pistola a Inés. Una vez que consiguió introducir el dedo en el guardamonte, encajó el índice sobre el gatillo y se volvió despacio. Lentamente. Hasta que al fin tuvo el valor de encañonarla en su ascenso. Ambos se apuntaron a corta distancia.

- Será mejor que te entregues – escupió –. Ya no tienes escapatoria.

El eco lejano de unas cuantas sirenas se filtró escaleras abajo.

- Hazme caso. Baja el arma – insistió.

La chica no parecía estar dispuesta a acatar sus órdenes mientras persistía en devorarle con la mirada furibunda.

Baeza, en cambio, era incapaz de reconocer a la misma joven

que días atrás entrevistó en su habitación con la actitud indefensa y los ojos huidizos. ¿Quién era realmente? ¿Y por qué apareció su cadáver en el coche que robó del parking del hospital? Las dudas volvieron a secuestrar su mente.

- ¡Dispárala! – la voz de la periodista se coló entre medias –. ¡Es ella! ¡Es Tania! ¡Tiene el segundo manuscrito de Funelli!

Ninguno cejó en su empeño.

Continuaron apuntándose a la altura del rostro mientras las sirenas de los coches patrulla se aproximaban. Tania retrocedió un paso. Después otro más. Como si en su intento por huir de allí, no tuviera otra opción que asegurarse de lo que pudiera hacer su contrincante. Leo tampoco la disuadió. Ni siquiera estaba dispuesto a entorpecer su camino. Pues sólo vio en ella a una joven de diecisiete años profundamente resentida. Una chica que a pesar de todo, ya nadie podría salvarla.

Tania siguió reculando con el arma de la mano hasta que rozó el primer peldaño.

Sus ojos tropezaron por última vez antes de girar el cuerpo por completo y desaparecer para siempre, como así había sido hasta entonces, en las sombras.

Un segundo después, Leo bajó convencido su pistola.

- ¡Pero qué haces…? ¡Sal tras ella! – clamó Aura con las manos aún maniatadas.

El sargento hizo caso omiso a medida que se arrodillaba a su lado. Luego dejó el arma en el suelo y se dispuso a desatar sus cuerdas. La periodista apenas salía de su asombro.

- ¡Me estás escuchando…? – no se daba por vencida –. ¿Por qué no has disparado?

- ¡Porque no puedo, joder! – bramó. Sus facciones se anquilosaron de golpe –. ¡Es sólo una cría!

Aura se dio cuenta que el rastro de Penélope Santana palpitaba al fondo de sus pupilas mientras continuaba desatando sus nudos. Mientras aquel escuadrón de agentes irrumpió en el búnker y le apuntó con sus rifles por la espalda.

- ¡Arriba las manos!

La lluvia comenzó a ceder en las inmediaciones de Monte Castro.

Había transcurrido una hora desde que Tania le apuntó con su arma cuando Leo atisbó a los dos operarios de la funeraria. Ambos intentaban sacar la camilla mortuoria por fuera del búnker, con los restos de Inés Solís envueltos en una bolsa impermeable oscura. Los demás peritos, enfundados en sus trajes de bioseguridad criminalística y lentes transparentes, continuaban inspeccionando el terreno por dentro de la cinta de balizamiento policial en busca de evidencias.

Huellas adheridas al barro húmedo que uno de ellos fotografió junto a las señalizaciones numeradas. En cuanto los operarios condujeron la camilla hasta la parte trasera del coche fúnebre, Leo esquivó el bulto que se adivinaba por debajo de la lona. Al menos, no tenía intención de llevarse ese recuerdo de la psicóloga.

Baeza se refugió en su compañera de batallas, la cual estaba siendo atendida en ese preciso instante por un sanitario. El joven encendió su linterna manual y exploró de nuevo las pupilas de Aura.

- Ahora mira hacia la derecha – le indicó.

La periodista, sentada al ras de la ambulancia con una manta isotérmica echada por encima de sus hombros, se limitó a obedecer.

- Vale – pronunció después mientras apagaba su linterna –. No veo ninguna lesión. Pero sería conveniente acudir al hospital para una exploración más a fondo.

- En serio, no hace falta…

- Insisto – resolvió el hombre –. Os trasladaremos a los dos.

Las miradas de Leo y Aura se cruzaron durante breves segundos.

- ¿Todo bien por aquí?

La voz de Vicente Altamira irrumpió por detrás del sargento a medida que se acercaba con el paso marcial y la actitud circunspecta. Leo reparó en el cinturón que portada alrededor de su cintura y recordó entonces lo que ocurrió horas antes en su despacho. ¿En qué momento se le ocurrió maniatarle para escapar por la ventana? Luego se maldijo hacia sus adentros.

- Quieren hacernos unas pruebas en el hospital – reveló la periodista resignada.

El sanitario no se dio por aludido mientras tomaba unas notas en un portafolio y se retiraba callado.

- ¿Se sabe algo de ella? – disparó Baeza a bocajarro.

Tania continuaba sumergiéndose bosque adentro en su imaginación.

- Tengo a varias unidades peinando la zona – dijo –. Aunque de momento no hay rastro de la chica.

Altamira hizo una pausa forzada con la mirada perdida al fondo.

- Me gustaría pedirte disculpas – dejó entrever –. Lamento haber dudado de ti durante el transcurso de la investigación.

- Yo también debería disculparme por mis formas.

- Déjame terminar – le solicitó –. Hemos comprobado la base de datos y efectivamente, Inés era hija de Nelly Wilson, la que fuera pareja de mi hermanastro hace años. En el hospital de León donde trabajaba, se mostró muy interesada en participar en el caso desde que

la noticia saltó a la prensa. He sido un estúpido por no darme cuenta antes…

Aura prefirió no intervenir, ahora que los dos hombres parecían haber encontrado un punto de cordialidad.

- Tampoco te martirices – atajó –. Nadie podía saber cuáles eran sus intenciones.

- Pero me dejé engañar, Leo – se lamentó –. Me dejé engatusar por sus estúpidas teorías y ahora mi hermano se encuentra en coma por mi culpa. Acaban de confirmarme desde el Centro que Inés lo visitó la noche que sufrió la parada cardiorrespiratoria.

Ambos lo observaron con cierta compasión.

- Lo siento – articuló el sargento –. Si hay algo que pueda hacer por ti…

El Capitán de Ponferrada y la Comarca del Bierzo resopló con las facciones contraídas. Baeza se percató que no paraba de tragar saliva.

- ¿Qué ocurre, Vicente?

- Se ha filtrado tu implicación en el caso y la mala praxis con la que se ha llevado a cabo la investigación – pronunció con la voz queda –. Parece ser que los de *Arriba* no han visto con buenos ojos que abandonases tu puesto en La Alberca y te extralimitaras en tus competencias. He hablado con ellos hace un rato para intentar disuadirles, pero no he conseguido nada. Van a abrirte una investigación disciplinaria.

Aquellas palabras le sumieron en un estado de visible estupefacción mientras su mente se afanaba en hallar una salida.

- ¡Cómo que una investigación disciplinaria? – se convenció de lo que acababa de oír –. ¡Pero si hemos resuelto el caso!

Vicente ni siquiera pudo sostener su mirada, con visos de incertidumbre.

- Lo sé. Pero es posible que te expulsen del Cuerpo.

DIA 15

Aura Valdés no se movió del pasillo. Ni siquiera había vuelto a probar bocado desde que fueron trasladados la tarde anterior al Hospital de la Reina. Llevaba algo más de una hora sentada en uno de los bancos de fuera con la sensación de que todo había acabado; con la idea más bien de que el caso que los había traído hasta Ponferrada, se cerraba en el mismo lugar donde se inició: el hospital. Una especie de círculo virtuoso donde tras varios días de investigación y algún que otro altercado, supieron llegar al final.

Esa misma impresión intentó volcarla en la pantalla cuando Aura abrió su blog y redactó sobre el teclado una historia que, aunque carecía de datos oficiales y nombres propios, decidió compartirla con sus internautas en primera persona. Tal vez se aventuró a hacerlo porque aún era capaz de percibir la niebla que abrigaba los huesos de Daniela Guzmán; el secreto debidamente guardado en un arcón frigorífico durante cinco años. Quizás, por el punzante dolor que aún sentía en la boca de su estómago cada vez que cerraba los ojos y Tania volvía a emerger en la oscuridad con aquella pistola de la mano. La periodista echó un último vistazo al artículo y pulsó el *Enter*. *Enviando*…, leyó en su móvil. Segundos más tarde, la nueva entrada apareció bajo el título de *Huesos en la Niebla*. Posiblemente, el único encabezado que resumía la perversidad con la que Tristán Ortiguera jugó desde su cabaña cuando años después de abandonar el Psiquiátrico de Toén, confeccionó un mural en las sombras inspirado en un libro de singular nombre: *El Juego de la Serpiente*.

Su muerte a manos del Legionario había entorpecido sus planes de continuar asediando a nuevas chicas. Sin embargo, el veneno depositado en sus presas las había transformado en una extensión malévola de su entelequia. Tania sería arrestada con el tiempo; incluso estaba convencida de que la internarían en un correccional de menores por matar a sangre fría a Inés Solís. Pero la huella de Ortiguera jamás cicatrizaría en su alma.

Eso conjeturó en el pasillo cuando la puerta de enfrente se abrió. Aura Valdés se incorporó del banco y arrancó a andar. Todavía sentía un ligero hormigueo bajo las vendas de crepé que aprisionaban sus muñecas. Luego reparó en el doctor, el cual rebasó parte del quicio con varios informes clínicos bajo el brazo.

- No olvide acudir a su centro de salud la próxima semana para que le retiren los puntos, ¿de acuerdo?

Nadie respondió al otro lado.

- Y anímese, que el TAC ha descartado cualquier tipo de lesión. Un golpe de esos con la culata de una pistola, podría haberle acarreado severos traumatismos. Está de suerte.

Después enfiló el pasillo tras saludar de manera escueta a la periodista.

Aura se asomó confusa por dentro de la habitación, donde enseguida tropezó con el rostro apesadumbrado del sargento. La luz de la mañana se filtraba sedosa entre las rendijas de la persiana, enredándose a los pies de la cama. Leo atrapó su anorak del perchero y se dispuso a salir de allí cuanto antes. La periodista vio entonces el apósito que llevaba prendido a un lateral de su cabeza.

- ¿Te encuentras bien? – robó su atención.

Baeza desplegó ligeramente los párpados ante su inesperada aparición.

- Pensé que estabas en el chalet descansando. ¿Cómo van tus muñecas…? – se fijó en las vendas.

- Igual – respondió –. ¿Y tú...? He oído al médico que te dieron unos puntos de sutura.

- Poca cosa – prefirió quitarle hierro al asunto –. Aunque me siento un pelín mareado. Supongo que de estar dándole vueltas a lo mismo toda la noche.

Las palabras que arrojó Altamira en aquel apartado del bosque, *es posible que te expulsen del Cuerpo*, continuaban orbitando machaconamente en sus pensamientos.

- Tenemos que hablar – soltó Aura –. ¿Por qué no bajamos a la cafetería a desayunar? Invito yo.

Un murmullo débil vagaba en el interior de la cafetería cuando Leo y Aura recogieron de la barra un par de cafés para llevar y se acomodaron en la mesa del fondo, junto al amplio ventanal. Los tímidos rayos de sol que se escurrían por la cristalera, vertían sobre el velador finas lonchas de luz polvorienta. Baeza se sentó de espaldas al jardín de fuera y vació los dos sobres de azúcar en su café. Después, removió el contenido con una cucharilla mientras se concentraba en sus pensamientos con el rostro carcomido por la incertidumbre. Aura se percató que seguía sin hacerse a la idea; que aunque intentara aparentar una fortaleza de la que gustaba presumir en multitud de ocasiones, esa vez la estocada había sido irreversible. El miedo a perder su puesto, y también la placa, gravitaba silencioso bajo sus anquilosadas facciones.

Sin embargo, tampoco sabía cómo sacarle el tema; exponerle la llamada que había realizado a Alicia Sanz (su redactora jefe) a primera hora de la mañana y que venía a resumir un giro drástico en

los acontecimientos. ¿De qué forma podía comunicárselo?, se impacientó. Aura se impacientó y no le quedó otra opción que empezar por él, por sus desvelos, por aquello que estaba casi convencida de que le haría menos daño. Entonces, lo abordó.

- Imagino lo que puedes estar sintiendo – el sargento alzó la vista y se detuvo en sus ojos –, pero créeme si te digo que eres un excelente Guardia Civil. Estoy segura que los de *Arriba* sabrán valorarlo. Has resuelto el caso y eso es lo que realmente importa.

- No lo entiendes, ¿verdad? – disparó –. Quieren abrirme una investigación disciplinaria, Aura. Pueden expulsarme del Cuerpo si lo ven conveniente.

- ¿Para tanto es…? – dudó.

- Sabes igual que yo que he cometido demasiadas irregularidades. Esa gente no se anda con ostias.

La periodista resopló al otro extremo del velador y posó su mano encima de la suya. Notó que tenía la piel fría.

- No estás solo, ¿vale? – intentó reconfortarle –. Voy a estar a tu lado durante el proceso.

- Con que me llames de vez en cuando, me conformo.

- Ahora eres tú el que no lo entiendes – dijo con la mirada vidriosa –. He dejado mi trabajo en Madrid.

Un silencio áspero se esparció sobre la mesa.

- ¡Cómo dices…? – descerrajó sobrecogido.

- He estado meditándolo toda la noche y me he dado cuenta que necesito tiempo. Tiempo para olvidar lo que ha pasado, pero también para recuperar lo que dejé en La Alberca hace tres meses – apresó su mano con fuerza –. Esta vez no pienso quedarme con la duda, Leo. Quiero volver a intentarlo.

El sargento continuaba igual de confuso.

- Yo también necesito estar a tu lado, pero no puedo permitir que hagas esa locura con lo que te costó conseguir ese puesto.

- Está decidido – apostilló, segura –. He hablado con mi jefa esta mañana y cree que me vendría bien tomarme unos meses. De hecho, me ha dejado la puerta abierta para volver a la redacción cuando esté preparada.

Leo, en cambio, seguía sin convencerse.

- ¿Y si luego te arrepientes…? – mostró sus inseguridades.

- Sabes que eso no va a suceder.

- Pero podemos seguir viéndonos sin que ninguno tenga que sacrificarse. Podría pasarme por Madrid cada fin de semana si tú quisieras…

- Por una vez, deja que haga las cosas a mi manera – le disuadió –. Además, he llegado a un acuerdo con Alicia. No publicará el vídeo que le compró a ese internauta a cambio de que le envíe un reportaje

extenso sobre el caso del Bierzo.

Aquellas imágenes donde aparecía gritando a dos agentes la tarde que se dejaron escapar a Ricky Garzón en Carucedo, volvieron a desfilar a toda prisa en su mente.

- Ya no tienes de qué preocuparte. Esa grabación no saldrá a la luz y la Comisión no podrá presentar cargos contra ti sin una prueba concluyente.

- Y te lo agradezco. Pero no quiero que eches tu vida a perder por mi culpa. Jamás me lo perdonaría, Aura – continuaba aferrado a su decisión.

- Si hay algo que he aprendido en estas semanas, es que necesito reencontrarme conmigo misma. Ahora sé con quién quiero estar, pero también lo que deseo acabar. Y creo que es hora de que ambos volvamos a enfrentarnos a nuestro pasado.

Leo desgranó un rictus de vacilación en su rostro.

- ¿A dónde quieres llegar…?

- No pienso parar hasta dar con el paradero de Tania y ver como un juez la encierra entre rejas.

- ¡Y qué crees que vas a conseguir con eso, sentirte mejor…? – alzó la voz.

- Saber por qué buscaba ese manuscrito por el que mi madre acabó perdiendo la vida. Saber por qué Funelli se lo entregó hace cuarenta años en ese Psiquiátrico de Toén. Y saber por qué este maldito caso, el mismo que creíamos haber resuelto en La Alberca, casi nos cuesta la vida.

El sonido del teléfono desempañó la ira que vibraba al fondo de sus pupilas. Leo extrajo el móvil de su anorak y comprobó en la pantalla que se trataba de Altamira. Descolgó.

- Dime, Vicente – moduló adrede el tono de voz.

La periodista se concentró en el café que sostenía entre sus manos.

- Te llamaba para saber cómo te encuentras. No he vuelto a saber de ti desde ayer.

- Mejor – admitió –. Acaban de darme el alta.

- Me alegro. ¿Y Aura? ¿Está contigo?

- Sí – respondió con ciertas sospechas –. ¿Pasa algo…?

- Estamos registrando la vivienda de Inés Solís – confesó parco –. ¿Os importaría pasaros dentro de un rato?

Leo frunció el ceño.

- ¿Qué habéis averiguado? – se interesó.

- Prefiero mostrároslo en persona. ¿Nos vemos en un cuarto de hora?

- Perfecto.

Acto seguido, colgó.

- ¿Y bien…? – desbrozó la periodista sus roídos pensamientos.

- Tenemos que irnos. Los hombres de Altamira han encontrado algo en el piso de Inés.

Baeza hizo el amago de levantarse cuando Aura detuvo su propósito, agarrándole fuerte del brazo.

- Entonces, ¿eso es un sí…?

Sus miradas se enredaron con torpeza mientras Leo volvía a tomar asiento.

- Por supuesto que es un sí, Aura. Pero antes, prométeme que no tomarás una decisión precipitada; que estos días valorarás con calma tu trabajo en Tribuna Madrid.

- De acuerdo. Trato hecho. Aunque aún me queda por saber una cosa más. Recuerdo que el primer día que nos vimos en Ponferrada, segundos antes de estallar aquel artefacto en el piso de Tintín, me pediste que fuera sincera contigo; que había algo que necesitabas preguntarme.

El sargento aún era capaz de sentir la lluvia de cristales que se pulverizó en el aire a medida que colisionaba contra sus cuerpos en el interior de aquella cafetería de la calle la Paz.

- ¿Qué era…? – insistió.

- Si todavía seguías enamorada de mí.

Aura se incorporó de la silla y cruzó el resto del velador para darle un beso en los labios. Después, afloró en su rostro una sonrisa sincera.

- ¡Venga! No te me quedes ahí como un pasmarote. Altamira nos espera.

Y entrelazó su mano a la suya para no soltársela jamás.

Las voces retumbaban por fuera de la puerta cuando ambos atravesaron el estrecho pasillo de la finca media hora más tarde. Leo se fijó de camino en la hilera de buzones que poblaba un extremo de la pared y dedujo que una treintena de familias residía en aquel edificio de ladrillo cara vista y balcones cerrados de la avenida América. Pronto tomaron el ascensor y subieron callados al segundo piso. La idea de husmear entre las pertenencias de la psicóloga le provocaba al sargento cierto rechazo. Una vez que las puertas abatibles se abrieron, Aura salió apresurada, donde una horquilla de luz se escurría entre las baldosas del rellano. Al fondo, la puerta entreabierta del 2ºB los invitó a traspasar el umbral. Las voces se hicieron cada vez más intensas a medida que franqueaban el hall, desprovisto de cualquier aderezo o mobiliario. Los agentes parecían encontrarse en una de las habitaciones que flanqueaban el largo pasillo. Aura se adentró dispuesta a recabar nuevas informaciones del caso hasta que se detuvo delante del quicio del salón. Altamira se encontraba de pie delante de una mesa camilla al tiempo que Labrador, el único guardia del Puesto con nociones de informática,

trasteaba con un portátil sumamente concentrado. El capitán levantó la vista y fue entonces cuando reparó en ellos.

- ¡Por fin…! – parecía impaciente.

Luego se aproximó a ellos con el talante serio.

Baeza examinó detenidamente la estancia, donde aparte de dos sofás y una estantería de teca, no apreció nada que le indicase que allí vivió Inés Solís.

- Pensé que ya no vendríais.

- Había algo de tráfico – mintió el sargento. Ambos se dieron cuenta –. ¿Entonces…?

- Labrador acaba de localizar en el historial del ordenador varias páginas relacionadas con la fabricación de bombas caseras realizadas a partir de *Triperóxido de Triacetona*. Las mismas que el *Daesh* ha elaborado en los últimos años, y la misma sustancia que se halló en el inmueble de la calle la Paz tras la detonación.

- ¿No fue lo que el forense encontró en los dedos de Tintín? – se adelantó Baeza.

- Exacto. *Triperóxido de Triacetona*.

- Fueron ellas – arguyó la periodista –. Ellas debieron de ponérselo en sus dedos cuando lo arrojaron por la azotea. Estoy segura. Lo hicieron para despistarnos.

- Aunque eso ya es lo de menos – la interrumpió el capitán –. El motivo de haceros venir hasta aquí es otro. Hay algo que me gustaría mostraros. Si me acompañáis…

Extendió el brazo hacia la salida.

- Se encuentra en una de las habitaciones.

Los tres abandonaron el salón y se perdieron al fondo del pasillo, velado por una penumbra azul que emborronaba el gotelé de las paredes. Una raspa de luz se filtraba por debajo de la última puerta. Altamira los aventajó con el paso ligero y forzó el tirador de rosca. La tupida claridad de dentro arrancó las sombras de cuajo mientras se colaban en aquella habitación de tamaño mediano. Había dos camas a un lado con las sábanas deshechas, un escritorio vacío empotrado contra la ventana y un armario sencillo con todos sus cajones abiertos. El sargento dedujo que los habrían registrado a fondo por la ropa que sobresalía revuelta.

- Aquí durmieron durante al menos los dos últimos meses – les confirmó.

Aura y Leo rastrillaron el dormitorio en busca de una señal que corroborase su teoría.

- Corredera ha hablado hace un rato con un vecino y parece ser que vio a las dos mujeres salir del inmueble en más de una ocasión.

- Entonces, Bautista decía la verdad – se convenció la periodista –. Ambas se trasladaron aquí a raíz de la muerte de Ortiguera. Se

largaron de la cabaña en diciembre como nos aseguró su casero.

Altamira la miró resignado. Todavía le escocía hablar de su hermanastro.

- Es posible – agregó –. Pero lo importante no es eso, sino lo que hemos encontrado en uno de los cajones del armario.

El hombre se acercó al mueble y extrajo del penúltimo cajón una carpeta de cartón con las tapas negras. Luego se la cedió a Baeza, el cual retiró las gomas elásticas que se cruzaban por fuera a modo de cierre. Aura atendió callada a medida que la abría. Sus ojos tropezaron con la funda de plástico que custodiaba en su interior varios recortes de periódico. Leo, por el contrario, reparó en la pegatina ubicada en la parte superior y que alguien había escrito con tinta azul: Chlóe Guillot. El mismo nombre que rezaba el titular del Diario de Andorra un poco más abajo. *"Se cumplen dos años de la desaparición de la joven francesa Chlóe Guillot en Rocamadour"*. La fotografía en blanco y negro que acompañaba a la noticia, mostraba el rostro risueño de la chica. Baeza calculó que tendría unos quince años.

- ¿Qué es esta mierda? – sonó ofensivo.

- Los recortes de prensa que alguien, Inés tal vez, coleccionaba en esta carpeta sobre la desaparición de esa chica en el sur de Francia – resumió Altamira con la voz lúgubre –. Aunque será mejor que sigas pasando el resto.

Leo lo atendió confuso y se apresuró a deslizar la cobertura de plástico transparente que sujetaba entre los dedos. Su corazón se heló al leer el nombre de la siguiente pegatina junto a otros recortes de periódico. Ainhoa Liaño.

- No puede ser… – balbució.

- ¿La reconoces?

- Es la chica por la que encarcelaron al Serbio. ¿Qué hace aquí…?

- ¡Que qué hace aquí? – le devolvió la pregunta – ¿Y ella? ¿Y esta otra chica?

El capitán pasó las demás fundas cargadas de nuevos recortes hasta que se detuvo en la última.

- ¿Y Penélope? – alzó la voz –. ¿Me puedes explicar por qué está Penélope Santana?

La mente de Leo se encasquilló en la profusión de noticias que habitaba en su interior a medida que los diversos titulares le devolvían sin remedio a las callejuelas de La Alberca. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Y por qué se encontraba junto al resto de jóvenes? ¿Quién era el miserable, capaz de recopilar todo ese material de lo más escabroso?

- ¡Mierda! – bramó la periodista, como si de algún modo hubiese acertado a encontrar la respuesta.

- ¿Qué ocurre ahora? – se alarmó Baeza.

Aura Valdés le arrebató la carpeta y comenzó a pasar deprisa las fundas transparentes. Sus ojos se alimentaron voraces de cada titular.

- ¡Son ellas! – exclamó después –. ¡Por eso hay seis casos!

El sargento la miró boquiabierto.

- ¡No lo entiendes? Son seis chicas. Las mismas que seleccionaron del mural para recrear el ritual.

- ¡Te refieres…, a las que asesinaron? – dudó.

- Me refiero a las que sacrificaron en cada punto de ese camino que Hooded interpretó en el libro de Funelli. *El Juego de la Serpiente*.

Un escalofrío erizó el vello de su nuca.

- No sé de qué juego habláis – les cortó Altamira –, pero yo quería mostraros esto otro.

El capitán cogió la carpeta y la volteó. Nada más deslizar la tapa, enmudecieron al ojear el grupo de fotografías que se arracimaba en desorden en la nueva funda de plástico. La lente de la cámara había capturado varias instantáneas de Leo en distintos lugares de La Alberca, así como otra tanda de Aura saliendo a pie de la redacción. Y en cada una de ellas, un círculo rojo que encarcelaba sus figuras.

- Por eso os llamé – prosiguió –. Os estaban vigilando de cerca.

Ninguno daba crédito a lo que estaban viendo.

Carmona se asomó por la puerta en ese preciso instante y carraspeó adrede con intención de robarles la atención. Todos se volvieron a la vez.

- ¿Qué habéis encontrado? – dilucidó el capitán por la gravedad de su rostro.

- Pregunta Vallejo si puede acompañarme al cuarto de baño. Hay algo que debería ver.

El grupo abandonó el dormitorio y se internó de nuevo en el pasillo, disuelto por la misma bruma azulada que enturbiaba el fondo. Ninguno parecía tener intención de preguntarle qué habían descubierto cuando el agente dobló el recodo y se dirigió hacia el dedo de luz que se escurría por la rendija de una puerta. Carmona giró la manilla y traspasó el cuarto de baño. Una claridad tamizada arañaba los cristales esmerilados al margen izquierdo. Enfrente, los azulejos amarillos se prolongaban hacia los dos lavabos, con un amplio espejo que abarcaba la totalidad de la pared. La periodista reparó en la bolsa de plástico que había extendida en el suelo, donde Vallejo continuaba depositando encima los restos de la papelera.

- ¿Quiere que avise al Laboratorio para que los analice, jefe? – le cuestionó Carmona.

Altamira se concentró en los rollos de papel y las hojillas desechables que Vallejo alineaba con suma meticulosidad para ser – sospechó – fotografiados.

- Es sólo basura – se convenció.
- Pero quizá esa maraña de pelo sirva como prueba.

El hombre se agachó y recogió con sus guantes de látex un mechón grueso, prendido aún a un coletero. Luego lo alzó con el brazo extendido para que todos pudieran contemplarlo.

- ¿Dónde estaba?
- En el cubo, junto a los demás desechos – le esclareció sucinto –. Creemos que fue aquí donde Tania modificó su aspecto físico para hacerse pasar por Daniela Guzmán.

El capitán enmudeció.

Aura, en cambio, se aproximó con intención de observar su estructura capilar y color, de un castaño oscuro.

- No es de ella – descerrajó –. Estoy segura que no es de Tania.
- ¿Y qué te hace pensar lo contrario?
- Este cabello es mucho más fino – se aventuró –. Aparte de que si os fijáis, hay algunas canas entremezcladas.
- Pero Inés no se cortó el cabello – dedujo extrañado –. ¿Tú qué opinas, Baeza?

El grupo se percató que el sargento se hallaba en uno de los lavabos, inspeccionando con la espalda encorvada un extremo de la porcelana.

- ¿Baeza…?
- ¡Rápido! – clamó –. Necesito unas pinzas y una bolsa pequeña.

Vallejo se apresuró a extraer de uno de los compartimentos del maletín el instrumental que necesitaba. Después se incorporó del suelo y le cedió el material con urgencia.

El sargento atrapó entonces aquel fragmento de vello que introdujo acto seguido en la bolsa transparente.

- Mandar que lo analicen también – dijo mientras le entregaba la prueba al agente –. Me parece que alguien se ha afeitado recientemente y ha tirado las hojillas al cubo.

Nadie tuvo el amago de rebatirle.

Su teléfono sonó en el bolsillo de su anorak. Leo se ausentó del cuarto de baño y comprobó en el pasillo quién lo reclamaba. El nombre de Alejandro Pumares apareció en la pantalla.

Los paneles del techo parpadeaban al fondo de la morgue cuando el forense volvió a reparar en el cadáver con el teléfono pegado a su oreja. Y es que el cuerpo que la Guardia Civil encontró en el sótano de la cabaña, todavía conservaba trazos de cal viva espolvoreados en su piel abrasada. Pumares levantó la vista y se concentró en su rostro, despojado de cualquier rasgo identificativo o gesto. Luego introdujo sus dedos enguantados por dentro de la boca y examinó una vez más sus dientes; una ristra de fragmentos óseos con el esmalte carcomido.

En ese instante, Baeza emergió al otro lado de la línea.

- ¿Sí…? – preguntó reticente.

- Buenas, sargento. Soy Pumares. ¿Podemos hablar?

- ¿Pasa algo…? – indagó.

- Te llamaba para comentarte que he realizado unas pruebas adicionales al cadáver que localizasteis en esa cabaña. ¿Recuerdas…? – le situó –. He comprobado que una de las piezas dentales es falsa. Se trata de un implante con matriculación *B.E.*

- ¿Y eso qué quiere decir?

- Pues, básicamente, dos cosas. O que la pieza fue fabricada en Bélgica, de ahí sus siglas, o que el muerto se puso el implante en una clínica belga. El caso es que esta mañana se me ocurrió realizarle una analítica para cotejarla con el otro cadáver que tuve en el depósito hace un par de semanas. El de Tintín. ¿Me sigues…?

- Al grano – le solicitó impaciente.

- La analítica es concluyente. Ambos cadáveres mantienen un alto grado de parentesco. Posiblemente sean hermanos.

Leo Baeza se quedó en *shock* en mitad del pasillo.

Infinidad de imágenes comenzaron a desfilar en su mente mientras rescataba a Christoffer van Hoof de la memoria. Nada se había vuelto a saber de su paradero desde que se fugó de Ponferrada al principio de la investigación. ¿Dónde se había metido en todo ese tiempo? ¿Y por qué no había vuelto a llamar a Nathalie Peeters, su esposa, para asegurarle de que se encontraba a salvo? ¿Acaso había sido capaz de cruzar la frontera el mismo día que detuvieron a su mujer con una bolsa de dinero en la vieja estación de tren?

Un mal presentimiento lo invadió a su pesar.

- ¡Qué insinúas – disparó –, que el cuerpo que encontramos en la cabaña era el hermano de Tintín?

- Eso digo.

- ¡Pero eso es imposible! – vociferó –. La tarde que la chica escapó del hospital, dibujó en el cabecero de su cama la misma serpiente que Tristán Ortiguera llevaba tatuada en su antebrazo. Serpiente que también tenía Tintín y que me mostraste la primera vez que acudí al Anatómico junto al capitán.

- Sargento… – se apresuró a interrumpirle.

- Lo siento, pero me niego a creer tu teoría. Tristán murió en esa cabaña y el Legionario lo ocultó bajo una montaña de cal viva.

- ¡Baeza! – alzó igualmente la voz –. Es cierto que el cuerpo de la cabaña presentaba un avanzado estado abrasivo a consecuencia de la cal. Pero de lo que no tengo ninguna duda es que el hombre que tengo delante de mis narices jamás se había tatuado la piel. Lamento comunicaros que no es la persona que pensabais. Este tipo no es su raptor.

Y colgó.

Leo se mantuvo invariable con el teléfono de la mano. Ni siquiera era capaz de enfrentarse a sus pensamientos. Aura se aproximó por detrás y rozó con la mano su hombro.

El sargento se volvió despacio con un rictus impreciso.

- ¿Qué ocurre? – la periodista adivinó en su mirada un viso de desconcierto.

- Nos ha engañado – dijo –. Ese malnacido nos ha engañado. Tristán Ortiguera está vivo.

El aire removía las copas de los pinos.

Una luz invernal se filtraba entre sus ramas mientras el *mojabobos* perlaba de gotas el rostro de la chica. Tania aceleró el último tramo del bosque y enseguida descendió el pronunciado terraplén que se prolongaba hacia un camino sin asfaltar. El olor a tierra mojada conquistó entonces su olfato. Nadie parecía habitar en aquel horizonte velado por la humedad cuando reparó en el coche estacionado por dentro de la cuneta a varios metros de distancia. Tania echó a correr y se fijó en el antebrazo que rebasaba parte de la ventanilla del piloto. El trazo de aquella serpiente enroscada a su piel se asomó por debajo de su camisa de manga corta. Rápido desgranó una sonrisa hueca y abrió la puerta del vehículo. La joven se deshizo de la mochila nada más acomodarse en el asiento del copiloto. Aquel hombre con la cabellera rapada y sin rastro de su barba, la contempló sin hablar mientras acariciaba su mejilla y la despojaba de la gorra que ocultaba su frente.

- Todavía no me acostumbro a tu nuevo aspecto, Tristán – pronunció.

Ortiguera le ofreció un bocadillo envuelto en papel de estraza. Tania no tardó en darle una amplia dentellada.

- Estaba muerta de hambre – dijo con la boca llena.

- ¿Hiciste lo que te pedí?

Su voz, fría y cadenciosa, la sedujo sin esfuerzo.

- A Inés pude matarla, pero la periodista sigue con vida. Ese sargento se adelantó y avisó al resto de guardias. Tuve que huir antes de acabar con el plan.

- Lo importante. ¿Te ha visto alguien más aparte de esos dos?

- No – negó igualmente con la cabeza –. Me he asegurado de despistarlos.

- Perfecto. Baeza ya no será un problema – se convenció satisfecho –. Le culparán por los homicidios y pasará una buena temporada entre rejas. Por cierto, ¿lo tienes…?

Tania deslizó la cremallera de su mochila y extrajo un cuaderno de tapas magentas y anillas deformes que le entregó acto seguido. Ortiguera ni siquiera reprimió sus ganas de abrirlo. Una ristra de

problemas matemáticos apareció entre sus páginas cuadriculadas al tiempo que se relamía con la mirada ufana. Por fin tenía la segunda parte del manuscrito, admitió para sus adentros. Por fin era suya la última copia de Funelli.

La joven lo contempló complacida hasta que sus ojos tropezaron con los suyos.

- ¿Te importaría guardarlo en la guantera? – le solicitó.

Tania se limitó a asentir y tiró de la palanca hacia arriba.

Después escondió aquel viejo cuaderno al fondo del compartimento, entre restos de papeles y botellas de agua. El *mojabobos* continuaba emborronando el paisaje que se asomaba por fuera de la ventanilla cuando sintió un leve pinchazo en su cuello. Un pellizco que comenzó a flamear bajo su piel a medida que se ramificaba indoloro en sus venas. Tania se mantuvo inmóvil unos segundos. Los suficientes como para advertir que la visión se le nublaba y su mente entraba en una especie de letargo vaporoso; una sensación de profundo vacío donde todo adquirió un movimiento interestelar. La chica giró despacio la cabeza y observó su sonrisa lobuna. Después, la jeringuilla que sostenía con crueldad en su mano. Tristán la emplazó contra el respaldo del asiento y dejó que las primeras convulsiones se precipitaran a su encuentro.

El aire removía las copas de los pinos mientras Tristán Ortiguera terminaba de repasar con una navaja aquellos dos símbolos esbozados sobre la corteza de un árbol.

Tal vez se apartó minutos más tarde para contemplar la tierra removida bajo sus pies.

Quizá para cerciorarse que su séptima víctima, la misma a la que acechó años atrás cuando la incluyó en el complejo mural de la cabaña, descansaba ahora en la penumbra del bosque.

Ortiguera desenroscó el tapón de la botella y vertió el agua de mar alrededor.

- Adiós, Tania – murmuró –. Me has sido muy útil.

Luego se alejó de allí y regresó a su coche.

Tristán se reclinó en el asiento con la certeza de que *El juego de la Serpiente* continuaba su curso. Aún le faltaba una casilla por completar. Una última chica para que el mundo entero conociese al fin su gran obra. Entonces nada volvería a ser como antes. Ni siquiera para él, cuando se imaginó a un centenar de cámaras de televisión grabando en directo su propia creación. Simplemente se relamió al pensar en Aura Valdés y arrancó el motor.

Christian Furquet (Salamanca, 1983) es licenciado en Comunicación Audiovisual y Máster en Guion Cinematográfico y Televisivo por la Universidad Pontificia de Salamanca.

En 2012 publicó su primera novela, *El Carnaval de los Sueños Rotos*; y al año siguiente, *Si las Paredes Hablasen*. Asimismo, ha participado en algunos medios de comunicación y en varios proyectos de guion cinematográfico.

En 2020 lanzó *La Prisionera de la Cumbre Nevada*, primer libro de la trilogía *El Juego de la Serpiente*, despertando un gran interés entre la comunidad lectora. Actualmente está escribiendo la tercera entrega, con la periodista Aura Valdés y el sargento Leo Baeza al frente de una nueva investigación.

Sígueme en:

Christian Furquet Escritor (FACEBOOK)
@christianfurquet_escritor (INSTAGRAM)